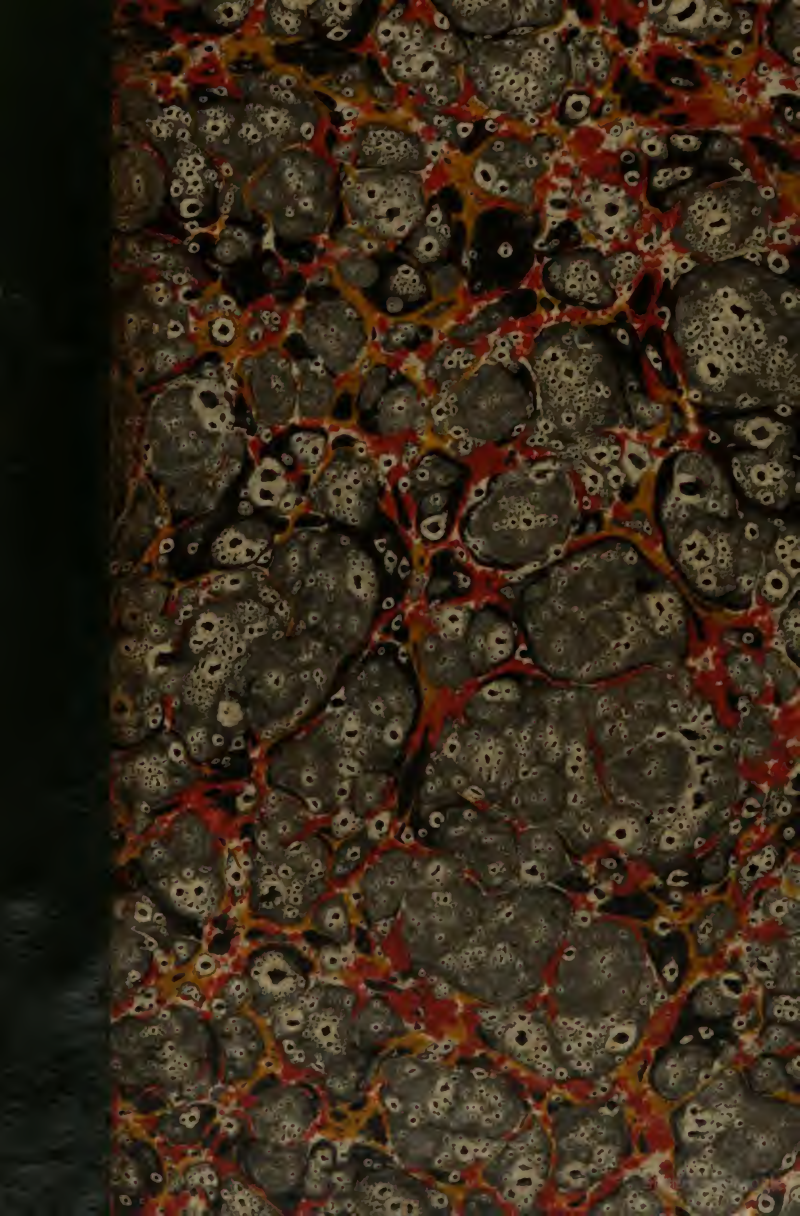
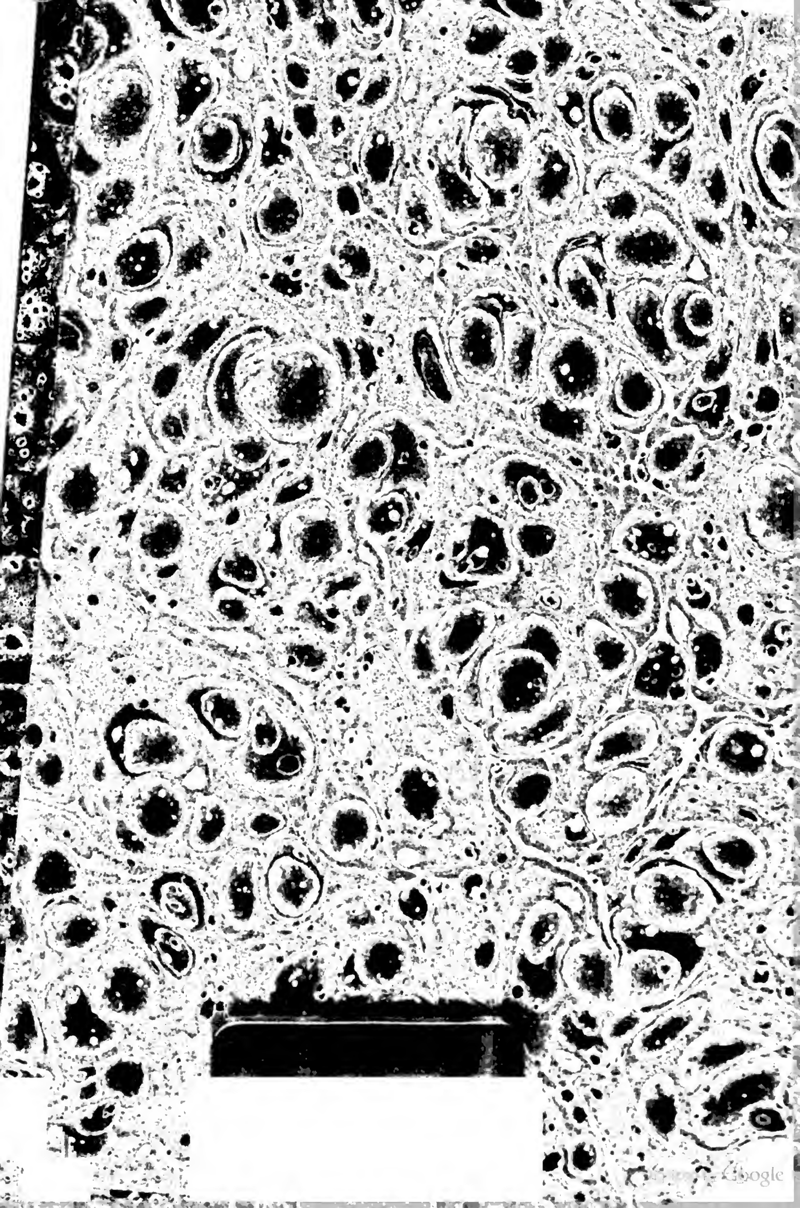
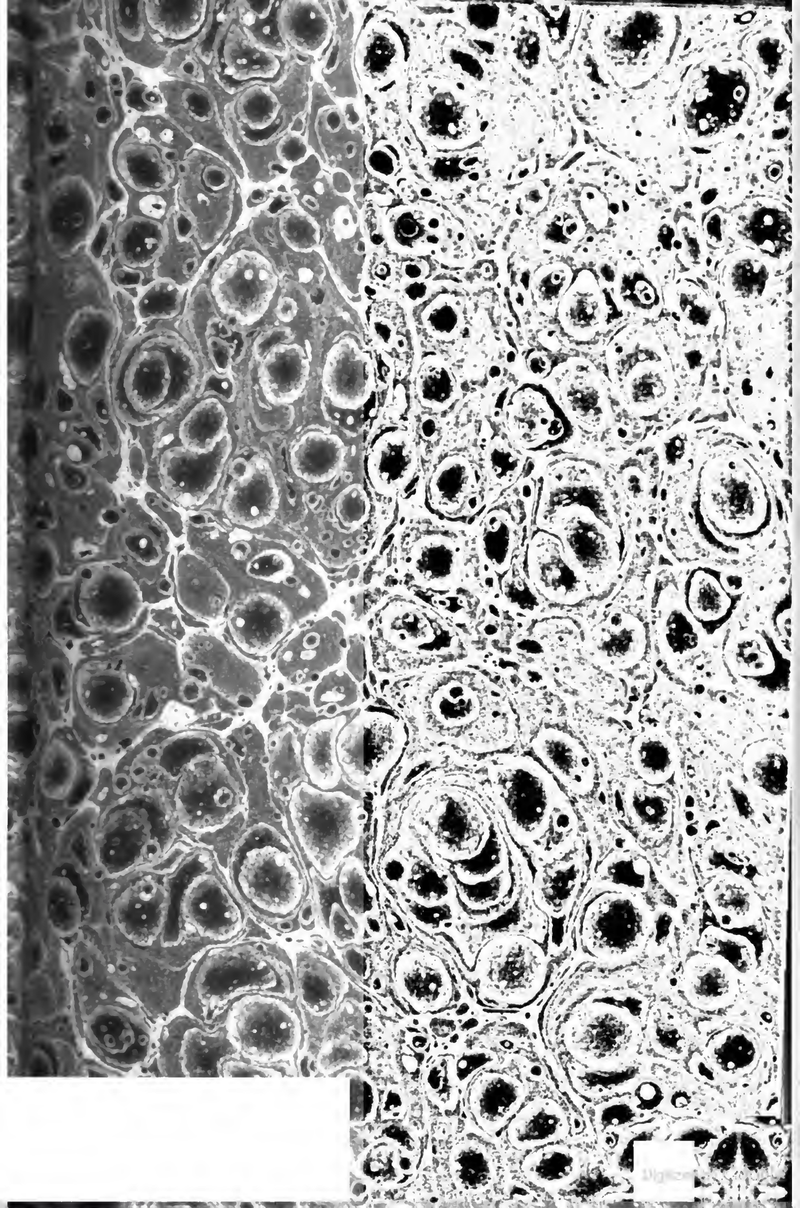






A

24 - 5 - 16

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS

DE

UN AYUDA DE CAMARA.

POR

EUGENIO SUE.

Tomo I.

MADRID.

IMPRENTA á cargo de D. Anselmo Santa Coloma.
Plazuela de ISABEL II, núm. 6.

1846.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS

DE UN AYUDA DE CAMARA.

INTRODUCCION.

CAPITULO PRIMERO.

La caza doble.

Singular es el aspecto que presenta aquella parte de la Sologne, donde van à confinar, de Norte á Sur, los departamentos del Loiret y del Loir-et-Cher, parte de los cuales forma lo que se llama el valle de la Sualdre: compónese aquel territorio de inmensos pinares, cortados á trechos por anchurosas llanuras de brezos, ó por terrenos hornagueros (1), empapados á menudo por los desbordamientos de los arroyos y de los rios; son tambien comunes por alli anchas lagunas, encajonadas entre espesas matas de lirios silvestres y floridos juncos, aguas pantanosas á menudo, rizadas por el vuelo circular de los chorlitos, de las cercetas ó de los martin-pescadores: de trecho en trecho, alguna pradera, sombreada por copudas en-

(1) Los que producen la turba, de que se hace el carbon de tierra.

cinas, interrumpe la uniforme vista de aquel paisaje de líneas rectas y tranquilas.

No hay pincel capaz de trasladar la melancólica calma de aquel pais desierto, cuyos horizontes están limitados por los erguidos pinares; de aquellas soledades inmensas, donde retumba de vez en cuando el choque sonoro del hacha del leñador, y de donde levantarse suele, al soplo de los vientos, un rumor sordo, prolongado, imponente como el rugido lejano de la mar; rumor causado por el balanceo y roce del ramaje de los árboles verdes: no es menos magestuoso el espectáculo que el sol ofrece descendiendo lentamente por detrás de las dilatadas llanuras, tersas como las aguas de un lago y cubiertas de brezos floridos y amarillentas aliagas, mecidas suavemente por la brisa de la tarde.

Las aves de rapiña, que prefieren para guarida las desiertas selvas, las atahormas, las águilas de Sologne, los milanos y los halcones abundan tanto en aquellas soledades como las aves acuàticas.

Lo que, en invierno especialmente, dá á aquel terreno un aspecto singular, es el perpétuo verdor oscuro de sus pinares interpolados con abedules y encinas, donde se guarecen por lo comun el zorro, la cabra montés y el lobo, y donde á veces suelen refugiarse los ciervos y jabalíes de los vecinos bosques.

Por esta razon todo aquel término es la tierra prometida del cazador, y por consiguiente del cazador de contrabando, porque abundan las liebres, perdices y faisanes, y el conejo pulula de tal modo que desde el rico propietario, á quien roe los arbolitos nuevos, hasta los pobres colonos, cuyos raquíticos barbechos destruye, todos le consideran como la plaga mas temible.

A fines del mes de octubre de 1845, y en un hermoso dia de otoño, avanzaban de frente á encontrarse dos grupos de aspecto diferente, atravesando una dilatada llanura cubierta de matorrales bajos, y limitada hácia el Norte por un dilatado bosque.

Componíase el uno de los grupos de un picador á

caballo y dos monteros á pie, que llevaban atraillados hasta treinta perros de la casta pura de los *Fox-Hounds:* su pelaje anaranjado y blanco solia ser *mantelado* de negro. El picador, cuyo caballo marchaba al paso, precedia á la trailla, que iba en el mayor órden, gracias al látigo nivelador de los dos monteros que formaban la retaguardia.

El picador, que ya frisaba en los sesenta, tenia la color morena, ojos negros muy vivos y cabellos blancos: llevaba una gorra de caza de badana, leviton color de castaña con cuello azul claro, galoneado de plata por las vueltas y bolsillos, botas de montar y calzon de terciopelo oscuro. Los monteros llevaban casacas de caza con la misma librea, solo que en vez de botas usaban altos botines, y de la espalda les pendian las bocinas, brillantes como espejos.

El otro grupo, que venia al encuentro de este, se componia de cuatro gendarmes á caballo, mandados por un sargento, cuya fisonomía revelaba una edad algo mas que madura y una mescolanza grotesca de simpleza y fantasmonería; llevaba el tricornio napoleónicamente encasquetado sobre la frente puntiaguda, luciendo un par de narices romas y remangadas en medio de dos patillas de chuleta, un pecho asaz abultado bajo el uniforme azul con vueltas amarillas, caderas bien marcadas por el apretado cinturon del enorme espaducho, piernas afectadamente derechas, y sepultadas en las botas: este personaje, á quien hemos procurado describir con la posible exactitud y que era nada menos que Mr. Beaucadet, comandante de la gendarmería departamental, caminaba al paso, con el puño apoyado en el muslo y dejando caer á ratos sobre su escolta una mirada imperiosa.

Esta fisonomía es por decirlo asi, la fisonomía oficial de Mr. Beaucadet; pero gendarme y todo, no dejaba de ser *hombre*, *y hombre amable*, como él se complacia en afirmar, pues, á pesar de sus maduros años, no renunciára á agradar; y la fama de sus amores, no menos célebre que la de sus sumarias, abarcaba desde *Salbris à Romorantin*: como las funcio-

nes civiles à la par que militares de Mr. Beaucadet, instrumento impasible de la ley, le obligaban á guardar cierto decoro, su libertinaje solapado se revestia de la traza de un alcalde de lugar, hipócrita y lujurioso. En una palabra, cúbrase con el traje de comisario el uniforme del veterano, y tendremos un retrato completo de Mr. Beaucadet, tipo precioso de la necedad magistral, enamorada de sí misma.

Como que los monteros y gendarmes llegaban por caminos opuestos, inevitablemente habian de encontrarse en una encrucijada, limpia por la parte de la llanura, y por la de la selva poblada de espesas matas.

—Calle! ahí tenemos á Beaucadet, dijo no sin inquietud el picador á los monteros, parando el caballo Santo á una cruz que habia en medio de la plazoleta. aludaremos con toda cortesanía al bueno del gendarme: porque con los gendarmes no deben regatearse los saludos, amigos mios, en atencion á sus visitas domingueras por las tabernas; que como no se atreven á echar un trago, andan feroces con la sed de los demas.

Poco tardó Mr. Beaucadet en alcanzar á los monteros; paró tambien su cabalgadura junto á la del picador, y dirigiéndose á este, díjole con acento retumbante y en tono de importancia á la par que chocarrero:

—Hola! Sr. Latrace, venís ya dispuesto á perseguir por montes y valles las fieras de estas selvas?

—Nos haceis demasiado honor, Mr. Beaucadet, contestó el montero echando mano á la visera de la gorra: el animal que perseguimos tiene mas de astuto que de fiero, pues se reduce á un picaron de zorro que espero aventar para cuando lleguen el señor conde, su hijo y demas señores.

—Hola, es aqui el punto de reunion de la cacería?

—Sí, Mr. Beaucadet, y á fé que para vos que sois aficionado al sexo hermoso, hay en la compañía que se acerca caza delicada y de buen gusto.

—Hombre soy, y como tal *nadie debe ignorar las*

leyes.... del amor, replicó Beaucadet pavoneándose, altamente satisfecho de aquella aplicacion de un aforismo judicial, que repetia con frecuencia: pero ¿qué caza es esa de que me hablais?

—Unas vecinas del señor conde: Mad. Wilson y su hija.

—Ah! sí, las americanas, la hermana y la sobrina de aquel señor panzudo á guisa de barrica; las recien llegadas á esta tierra... Dicen que es buen bocado... se examinará, añadió M. Beaucadet encasquetándose el tricornio, y dándole cuarenta y cinco grados de inclinacion de coquetería; tendré que ir á hacer visar la hoja de ronda á casa de las americanas, para tantear de paso el vado.

—Y con esa frescura pensais abandonar á la pobre Carrasca? dijo el picador con tono socarron.

—A quién, á la Carrasca? repitió Beaucadet desdeñosamente,—la Carrasca? la guarda-pavos de la granja del *Enebro*, ese renacuajo tan alto como mis botas, y que parece una loca con sus enormes ojazos, con las coronas de hojas que se pone en la cabeza, y á quien esos imbéciles de soloñeses miran como una hechicerilla, ó poco menos? Vaya, señor Latrace, me juzgais capaz de meterme en la manada de la pavera, cuando me venis con esos cuentos?

—Vamos, vamos, M. Beaucadet, prosiguió el viejo montero con irónica cachaza, que á vos, tenido por inteligente y aficionado, os he oido decir veinte veces, que en diez leguas en contorno no habia muchacha mas linda que la Carrasca, á pesar de su pequeña estatura.

—Sí tal dije, abusé de vuestros años.

—Cáspita! pues por ahí se cuenta que os han visto alguna vez correr por el arenal con las botas de montar, llevando el caballo de la rienda para ayudar á la Carrasquilla á reunir sus pavos.

—A mí!

—A vos, M. Beaucadet, y aun se añade que cierto dia que quisisteis retozar con la Carrasca, contra su gusto, sus dos pavos predilectos que, segun fama,

están hechizados, y serían capaces de defenderla como perros, se os tiraron á la cara y os picotearon las narices, por mas que quisisteis parar los picotazos con la vaina del sable, mientras la Carrasquilla escapaba riendo como una tonta.

Frunció el entrecejo Beaucadet, levantó la aplastada nariz y prosiguió en su voz de relator, haciendo por sonreirse irónicamente.

—Chancero venis, rey mio! Yo, representante de carne y hueso de la *fuerza de la ley*, habia de andar en riñas con unos pavos, para que me picotearan por retozar un rato con la bruja de la pavera! Basta de bromas con la autoridad, viejo chuzon, y á otra cosa. Con que ha regresado el señor conde? piensa detenerse mucho tiempo por esta tierra?

—Por vida mia que lo ignoro: el señor conde no peca de hablador y se contenta con decir á secas, hágase tal ó cual: hombre mas inflexible y mas duro!...

—El señor conde! yo lo creo, esclamó Mr. Beaucadet, poseido de un arranque de entusiasmo. Propietario modelo, que hace tanto caso de las lamentaciones y geremiadas, como pudiera una bala de cañon: parapetado siempre con la ley, con su derecho y su propiedad: alano legítimo que muerde sin ladrar! veinte veces ha tenido la amabilidad de enviarme á meter en la trena á algunos de esos miserables soloñeses, por haber cogido leña seca de sus bosques. Hombre rígido que no atiende á circunstancias, sino á la observancia de la ley... Salud! yo te respeto, propietario insigne! esclamó Mr. Beaucadet, á manera de evocacion jaculatoria. Y cuando quiere, qué cara pone! Fiscales y comisarios de policía he conocido, que hubieran pagado con todos sus ahorros, el gustazo de poseer un físico por el estilo, para amedrentar á los malhechores. Por esta razon, amigo Latrace, no me negareis que al lado del conde, el vizconde su hijo parece una damisela.

—La verdad es que el señor conde, si no es cariñoso, á lo menos es justo: á nadie le pasará lo mas mínimo, pero tampoco riñe nunca sin motivo. No obs-

tante, he oido decir que en otro tiempo fue muy bonachon y aun que no habia otro mas fácil de contentar.

—El señor conde bonachon! Señor Latrace, estais abusando de mi candor.

—Tan bonachon que rayaba en débil.

—Débil el señor conde,.... señor Latrace, estais abusando de mi pudor.

—Mas de repente, de cordero que era se convirtió en lobo el señor conde.

—Ya se vé, si le esquilaron á rapa terron....

---No se lo que pasó: pero delira por la caza, y esta cualidad vale para mí por todas las demas, dijo Latrace sonriéndose.

---Sin contar con que todo cazador es implacable con los contrabandistas de su oficio, otra plaga maléfica; ahi está sino ese tunante de Huron, nombre que le viene de perlas: oh! yo sé bien que se jacta de burlarme siempre, mas yo le pescaré tarde ó temprano.

—Y hareis perfectamente, dijo el picador esforzándose para ocultar una ligera inquietnd que se pintó en su rostro, hareis perfectamente; infinito lo agradecerá el señor conde, porque la caza es un paseon dominante.

—Y tanto: como que llegó antes de ayer, y hoy ya le tenemos en campaña.

—No es estraño. Pronto hará ocho meses que ni él ni su hijo han disparado una escopeta ni oido los ecos de una bocina, pues se marcharon de aqui por marzo, al declararse la veda. Oh! y en esto de vedas, sois inexorable, Mr. Beaucadet; al lucero del alba encausariais como cazara despues del 12 de marzo.

—De lo cual me glorío y envanezco: respeto ciego á la ley, cuya imágen represento! El 12 de marzo concluye la temporada de caza; todo el mundo debe saberlo, porque todo el mundo *debe conocer la ley*, como dijo el legislador y como yo les repito diariamente á esos gandules de soloñeses, cuando vienen á decirme con tono compungido: ¡pero, señor Beauca-

det, si yo ignoraba que estuviera prohibido hacer eso. "Ni sé leer para enterarme de la ley, ni me la han leido nunca."

—Ya se vé, no sabiendo leer, dijo el picador meneando la cabeza, ni habiendo oido nunca publicar una ley, no es fácil guardarla.

Uno de los gendarmes de la escolta, veterano de fisonomía áspera y franca, adornada con una cicatriz, muy antiguo en el servicio, si se atiende á los galones de las mangas y á las cintas que decoraban su pecho, habiáse encogido de hombros repetidas veces, durante la conversacion de su gefe con el montero, hasta que usando de una libertad otorgada ó consentida á causa de los años, interrumpió la conferencia esclamando:

—En estas andróminas se pasa el tiempo y nuestra batida será inútil.

—Silencio en las filas! gritó imperiosamente Mr. Beaucadet, mirando de reojo al atrevido.

—Para esto, no habia necesidad de que cargáramos carabinas y pistolas! murmuró amostazado el veterano.

—Una batida, armas cargadas? dijo el picador sorprendido. Ah! ya caigo, andais á caza de algun reincidente, de algun cazador furtivo, de Huron por ventura?

Y el semblante del viejo montero denotó otra vez alguna inquietud.

—Un cazador furtivo? dijo el sargento con menosprecio. Hum! Hum! La pieza que yo persigo se parece á un cazador de contrabando como un jabalí ó un lobo al zorro tras del cual andais vos, señor Latrace, repuso Beaucadet: pero yo no me doy prisa á comenzar la funcion, y tengo para ello mis razones.

Antes de proseguir esta relacion, recordaremos al lector que el lugar de la escena lindaba con los bordes de un espesísimo soto de encinas seguido de un intrincado pinar.

—Perseguís á algun malhechor famoso? dijo el picador.

Mas en vez de responder, asaltado por una idea repentina, dijo de pronto Beaucadet al montero:

—Hácia qué parte del bosque vais á dar la batid ?

—El zorro se ha encerrado en el segundo vallado del monte viejo del Espinar.

—No es por allí por donde hay pedruscos inmensos y una selva inaccesible? preguntó con interés el sargento.

—Sí, Mr. Beaucadet, vivienda pintiparada de javalí, para lo que gusteis mandar: un soto tan espeso, que han de sudar mis perros para colarse dentro.

Despues de un momento de reflexion, el sargento esclamó :

—Ahí es lo mas probable que esté escondido mi prófugo. Esta mañana, al amanecer, vió un leñador internarse en el soto á un quídam cubierto de andrajos, cuyas señas concuerdan con las del tunante á quien persigo: y como este no se atreverá á largarse del bosque, mientras sea de dia, tengo tanta seguridad de echarle la uña, como vos de dar con la pista de vuestro zorro, señor Latrace.

—Y en ese caso, ¿á qué aguardais que no dais principio ?

—Espero á uno de los mios, que vendrá á anunciarme el principio de la batida, á cuyo tiempo el prófugo se hallará cercado por tres puntos, acorralándole hácia este lado que custodiaré yo con mis gendarmes.

—Y desde cuándo anda por aqui ese ladron ?

—Hace mucho que no habeis estado en Salbris ?

—Dos dias.

—Entonces no habreis visto las señas de un bribon insigne fijas á la puerta de la alcaldía ?

—No, señor.

—Pues os las voy á leer, y asi, si le encontais, podeis echarle el guante, con ayuda de los muchachos. Escuchad con atencion, y vosotros tambien, añadió Mr. Beaucadet, dirigiéndose á los monteros que se arrimaron con curiosidad.

Sacó el sargento un papel del bolsillo, y leyó lo que sigue:

Señas del llamado Bamboche.

—Jesus! qué nombre tan raro! dijo Latrace.

—No se le conoce otro, y la justicia tiene obligacion de degradarse hasta pronunciar este, dijo Beaucadet, y prosiguió en seguida:

“Este preso, cuyo verdadero nombre y antecedentes se ignoran, logró, en la noche del 12 al 13 de »octubre, escaparse de la carcel de Bourges, donde es»taba encausado por dos asesinatos: hay graves indi»cios para creer que despues de haber encontrado un »asilo en el bosque de Romorantin, donde estuvo á »pique de ser cogido, se internó por los bosques y »arenales desiertos que se estienden por las inmedia»ciones de Vierzou, de Salbris y Laferté-Saint-Aubin.

»El prófugo, cuyas fuerzas son atléticas y estraor»dinaria su audacia, representa unos treinta y dos »años. Estatura: cinco pies, siete pulgadas y dos lí»neas:—cabellos casi canos, á pesar de su juventud:— »cejas castañas y barba ídem:—frente ancha, despe»jada y un poco calva:—ojos pardos y redondos:— »nariz aguileña:—boca regular:—cara larga:—mejillas »muy pronunciadas:—color bueno.

Señas particulares:

»Este prófugo tiene sobre la tetilla izquierda una »marca azul y encarnada (como las que se pintan los »indios y los presidiarios,) representando dos cora»zones atravesados por una flecha y coronados por »una calavera; debajo de estos dos corazones, dos pu»ñales en cruz atados con una cinta negra, en la cual »en letras coloradas se leen estas palabras:

BASQUINE MIENTRAS VIVA:

SU AMOR Ò LA MUERTE.

15 *de febrero de* 1826.

—Basquine! vaya otro nombre estraño! dijo el picador.

—Nombre digno de ser escrito sobre el pecho de un malhechor llamado *Bamboche*, repuso el gendar-

me. Basquine! no he oido otro nombre por el estilo.

—Pues por mi vida, saltó el montero, que si en 1826 juró amor eterno á la señorita Basquine, ese señor Bamboche se enamoró con harta anticipacion; pues teniendo ahora treinta años, juró amor mientras viviese; á la edad de diez ó doce.

—Precoz en amores es el tunante: bien que suele decirse que los precoces en amor salen malas piezas, objetó sentenciosamente Mr. Beaucadet: y continuó la enumeracion de las señas particulares del fugitivo.

"Sobre la tetilla derecha, otra marca, tambien en„carnada y negra, representa dos manos estrechamen„te enlazadas, y debajo estas palabras:

AMISTAD FRATERNAL DE POR VIDA
A MARTIN.

10 *de diciembre de* 1825.

—Cáscaras! el tal Bamboche aun ha sido mas precoz en amistad que en amor, dijo Latrace.

—Será otro bandolero de su calaña, que se criaria con él en casa de algun ladronazo viejo: educados para el crímen, por Dios que no han desperdiciado el tiempo, añadió el sargento: y tornó á la lectura de las señas.

"Debajo de estas palabras se nota un signo singular „comparable á una marca de panadero; y sobre el tal „signo, que forma una línea doble azulada, hay he„chos cinco pequeños surcos trasversales é irregulares „que llenarán como la cuarta parte de la longitud del „signo.

„Poco mas abajo de la quinta costilla, á la derecha „del pecho, tiene el fugitivo una cicatriz procedente de „herida de arma de fuego, y otras dos cicatrices muy „profundas en el brazo derecho, resultantes de heri„das hechas con instrumento cortante.

"La última vez que se le vió al prófugo en el bosque „de Romorantin llevaba una blusa azul muy rota, un „pantalon garance viejo, del color de los que usan

„los soldados de infanteria; el un pie desnudo y el „otro envuelto en trapos: con una mano sujetaba un „lio cubierto con un pañuelo de cuadros, y con la otra „se apoyaba en un enorme garrote de nudos."

Leido el papel de filiacion, guardólo Beaucadet en las pistoleras, y dijo al picador que se habia quedado pensativo:

—Me parece que no es difícil conocer á mi hombre y que no se equivocará vuestra caza con la mia, señor Latrace: mas qué diablos estais cavilando?

—Pensaba, dijo lentamente el montero, que es una casualidad muy singular.

—Cuál?

—Que el bandido á quien perseguís se pintára en el pecho—*Amistad fraternal á* Martin.

—Y en eso que hallais de estraño?

—Toma! que el nuevo ayuda de cámara que ha traido el señor conde se llama... Martin.

—Diantre! esclamó Mr. Beaucadet, empinándose sobre los estribos.

Despues de un instante de silencio y de sorpresa, dijo el gendarme, dirigiéndose al picador:

—Conque se llama Martin el nuevo ayuda de cámara del señor conde Duriveau?

—Sí.

—Y desde cuándo está sirviendo al señor conde?

—Creo que haga muy poco tiempo.

—Le habeis visto?

—Anoche, porque él fué á darme órdenes.

—Qué señas tiene? Alto? bajo? gordo? flaco?

—Es un arrogante mozo.

—Edad?

—Ya debe andar próximo á los treinta.

—Qué ojos tiene? qué nariz? qué frente? qué boca? vamos, preguntó el sargento aceleradamente.

—No puedo complaceros, Mr. Beaucadet, porque no le miré bastante para especificar todas esas señas. Era ya de noche cuando vino á la perrera, y solo le vi á la luz de la linterna.

—Decís que hace poco tiempo que sirve al señor conde?

—Sin duda, porque esta mañana cuando fuí por el caballo, le dije al gefe de la cuadra: conque tiene el señor conde nuevo ayuda de cámara?—Flamante, me contestó el de la cuadra.

—Oh! puedo prestar un servicio insigne á la justicia, dijo Mr. Beaucadet pensativo; nada se sabe de la vida pasada del prófugo; pues de grado ó por fuerza, no haré hablar á ese Martin cuyo nombre lleva escrito el prófugo en su condenado pecho y.....

—Poco á poco Mr. Beaucadet, dijo el picador interrumpiendo al sargento: acordaos de aquel famoso refran: *Mas de un burro va á la feria que se llama Martin*, por ejemplo: pues lo que se dice de los burros, porque no ha de poder decirse de los ayudas de cámara? Ademas.....

—Qué?

—No echeis en olvido que el señor conde, tan severo, tan exigente con sus subalternos, jamás admite á nadie en su casa sin haber tomado los mas minuciosos informes.

—Y eso qué?

—Es posible que un hombre de bien, como no puede menos de ser el señor Martin, sirviendo á nuestro amo, haya tenido relaciones con el malhechor á quien buscais?

—Ya empezó la batida, esclamó Mr. Beaucadet, interrumpiendo al picador. Ahí viene Ramageau.

—Algun sabueso? preguntó Latrace.

—Sí, un sabueso de botas y tricornio, contestó Beaucadet mostrando á lo lejos un gendarme que se acercaba corriendo.

—Buena caza, Mr. Beaucadet! dijo el montero.

—Cuento con vos, pues entre cazadores debe ser mútua la ayuda. Si topais al hombre, duro con él.

—Por supuesto, Mr. Beaucadet; si mi zorro os sale al paso, toda vez que os quedais á este lindero, espantadle á gritos hácia la llanura.

—Descuidad, se me figura que he de tener buena

caza, y puede que doble; pues acaso pellizque al paso á ese pícaro de Huron que hasta ahora se me ha escapado.

Al oir esta nueva amenaza contra el cazador, no pudo el picador disimular la inquietud, de que no se apercibió el sargento, esperando á que llegára el gendarme.

El picador prosiguió despues de una breve pausa:

—En una cacería no debe atenderse mas que á una cosa, so pena de perder el tiempo: contentaos hoy con cazar al lobo, y mañana perseguireis al gato montés.

—Bah! señor Latrace, es mucho que siendo antiguo en el oficio olvideis que en una batida se tira á cuanto pasa, ya sea ciervo ó conejo. Que se me aparezca Huron, y yo le diré lo que viene al caso. No ignoro que el muy tunante está apoyado por la gente del pais, que esos gandules de soloñeses le ayudan á ocultarse y no le delatan nunca, porque dicen que posee secretos para curar sus calenturas! Mas ya ha rodado bastante el Huron y es tiempo de enjaularle.

En aquel instante un chillido de ave, chillido agudo, sonoro, prolongado, partió del espeso soto que habia inmediato.

Estremecióse el montero poniéndose mas encarnado que un tomate, y el sargento, sorprendido por ruido tan inesperado, dió un bote sobre la silla y alzó con curiosidad los ojos hácia las verdes y espesas copas de los pinos.

Este movimiento no le permitió observar la sensacion del picador, asi como tampoco cierto roce del follaje por el lado mas espeso.

—Qué raro grito de ave! dijo Mr. Beaucadet.

—No conoceis el chillido del águila de Salogne? dijo Latrace tranquilamente; vedla allá abajo cómo se encamina á su guarida, rasando con las copas de las encinas. Vaya un aleteo!

—Por donde va? no lo veo.

—Allá abajo, á la izquierda, por encima de aquel pino torcido... otra vez se levanta, miradla.

—No distingo, porque no tengo como vos ojos de cazador. Si fuera Hurón ó el prófugo, á cien varas le atisbaria. Ya se acerca Ramageau, y tendremos noticias de la batida.

Con efecto, llegó el gendarme á galope con el caballo cubierto de espuma.

—Que hay, Ramageau? preguntó el sargento.

—Señor Beaucadet, se ha dado principio á la batida. Los aldeanos requisados para ojear el monte, tienen rodeado el Espinar por todas partes y vienen hácia este lado.

—Gendarmes! esclamó M. Beaucadet en tono de general en gefe que arenga á sus tropas al tiempo de entrar en accion:—Gendarmes! El combate nos espera, cuento con vosotros: monten pistolas, sable en mano; arrr!...

Hizo Mr. Beaucadet, pavoneándose, una señal protectora con la mano al picador, y se alejó á la cabeza de sus cinco hombres, apostándolos de centinela sobre el lindero del bosque.

Durante estas operaciones estratégicas de Mr. Beaucadet, viose aparecer á lo lejos un carruaje descubierto con dos señoras acompañadas de varios caballeros, vestidos de casacas encarnadas, y seguido por criados que llevaban del diestro caballos enjaezados.

—Muchachos, dijo el picador á sus compañeros reunid la trailla, que no se aparten los perros: el señor conde se acerca.

Dicho esto, apeose Latrace del caballo para salir á recibir con el debido respeto á su señor, el conde Duriveau.

CAPITULO II.

El soto.

Largo rato habia que duraba el ojeo, y el sol, próximo á su ocaso, iluminaba el horizonte con sus ardiente reverberaciones, figurando un fondo de color de cobre candente, sobre el cual destacaban los carrascales y los enhiestos troncos de los pinos: en medio de una espesura impenetrable por la espléndida vejetacion de las retamas, zarzas, helechos y escaramujos, en lo mas intrincado de la selva donde se daba la batida, habia una pequeña plazoleta sembrada de pedruscos musgosos, casi enteramente cubiertos por un apretadísimo tejido de hiedras y madre selvas.

Interrumpíase en raros intérvalos el silencio profundo de aquella soledad, con el sordo murmullo del ramaje agitado por brisas pasageras, y con los ecos lejanos de las bocinas de caza.

De pronto percibióse un chasquido en la espesura del soto próximo á la plazoleta, se apartaron ondulando las ramas de los matorrales, y apareció un hombre, que andaba encorbado y casi á la rastra.

Este hombre, cuyas señas conoce ya el lector, era Bamboche, el preso prófugo de las cárceles de Bourges, acusado de dos asesinatos. La raida blusa azul

que por toda vestimenta llevaba, hecha añicos por los zarzales, mostraba desnudo por varios parajes el velludo pecho y los atléticos brazos; el pantalon de paño, que fue de color *garance*, manchado de lodo, lleno de desgarrones, estaba destrozado hasta las rodillas: en pies y manos veíansele sangrientos arañazos, y el pobre prófugo andaba jadeando é inundado de sudor el rostro.

Paróse un momento aplicando el oido al menor rumor; se apoyó en un árbol para cobrar aliento y arrancó un puñado de hojas que con avidez se acercó á los labios inflamados, mascándolas para aplacar su sed devoradora. Despedian sus ojos salvaje resplandor; sus cabellos entrecanos erizados sobre la frente, ya calva, contrastaban con la barba castaña y la juventud de su enérgica figura. Dolor y espanto revelaba su fisonomía, descolorida por las privaciones y la angustia.

De repente una voz sonora, brotando por decirlo asi de debajo de los pies del fugitivo, esclamó:

—Bamboche!

Este nombre le hizo dar un brinco de sorpresa, y se puso á mirar con terror en torno suyo dudando si deberia huir ó quedarse quieto. En seguida, bajándose velozmente, agarró dos piedras descomunales, que podian ser armas terribles en sus manos.

Todo habia vuelto á quedar en el mas profundo silencio.

Miraba Bamboche en su derredor cada vez con mas inquietud, cuando de pronto, á tres pasos de distancia y cual si saliera de la tierra, plantóse delante de él un hombre vestido de un modo estraño.

El nuevo personaje, cuya estatura era mediana, llevaba un ancho sobretodo y pantalones de piel de lobo: con el cuero fino y apretado de la cabra montés se habia endilgado un gorro y apenas se distinguian sus facciones tostadas, curtidas por la intemperie de las estaciones bajo la espesa y erizada barba que las tapaba: sus ojos pardos, móviles, penetrantes, parecian iluminados por una pupila dilatable y fosforescente, cual si el

hábito de dormir de dia y vagar de noche le hubiera vuelto nictálope, como son todas las fieras : empero no por esta descripcion se crea que la figura de aquel hombre era un tipo repugnante. En su inteligente y arrogante faz, contraida á menudo por una sonrisa de amarga ironia estaba evidente ese aire indefinible de majestad que suele imprimir en la frente del proscripto la costumbre de vivir en medio del peligro, de la soledad y en perpétua rebelion.

Sin duda que ya se habrá conocido al cazador designado por el apodo de Huron, y que oculto en la espesura próxima á la encrucijada de la Cruz, asistió sin ser visto á la conferencia del montero con Mr. Beaucadet.

Hasta el momento de su repentina aparicion, habíase estado el cazador agazapado en lo que en términos de montería se llama *un puesto*, agujero de cinco ó seis pies de hondura, disimulado con helechos y retamas que forman una especie de dosel y por entre las cuales el cazador, que alli se está las horas muertas, inmóvil, acechando su presa, puede distinguirla y tirarla casi á boca de jarro.

A vista de Huron, retrocedió atónito Bamboche, á pesar de su audacia, y se le cayeron de las manos las piedras que para defenderse recogiera, ya fuese porque el aspecto de una escopeta de dos cañones con que el cazador estaba armado, convenciera al prófugo de la desigualdad de la lucha, ya porque un presentimiento le digera que debia existir alguna afinidad simpática, entre su condicion de fugitivo y la vida aventurera del habitante de las selvas.

No obstante, siguió retrocediendo, sin apartar del cazador una mirada de feroz inquietud.

—Te llamas Bamboche, te has escapado de las cárceles de Bourges, eres perseguido como una fiera y no podrias escapar. Yo vengo á tu socorro en nombre de... Martin.

Al oir el nombre de Martin transfiguróse la feroz fisonomía de Bamboche: una emocion tiernísima dilató sus facciones, contraidas y duras hasta entonces,

veló una lágrima el resplandor salvaje de sus miradas, y con las manos cruzadas, con los labios entreabiertos, palpitante el corazon, agitado el pecho, no pudo menos de esclamar con voz ahogada por el enternecimiento:

—Martin!!

Mas como la duda se pintára en el rostro del fugitivo despues de esta esplosion de afectuosos sentimientos, se apresuró á añadir el cazador:

—Sí, Martin, Basquine... la Lebrasse...

Interrumpió Bamboche al cazador, como si estos singulares nombres hubieran probado suficientemente la identidad de Martin, y esclamó enagenado:

—El es, sí, él es.

De esta suerte olvidaba el prófugo la cruda persecucion de que por milagro acababa de escapar y de la que dentro de breves instantes podia ser víctima.

No se le ocultaba á la penetrante mirada de Huron ninguna de las impresiones de Bamboche. De pronto, formando con la mano una especie de concha, se la aplicó al oido, y á pesar de que aun reinaba en aquella soledad el mas profundo silencio, dijo en voz baja, despues de escuchar de nuevo:

—Se acercan: estás perdido.

—Conoceis á Martin? Luego ha vuelto del estrangero? dijo el fugitivo olvidando su peligro.

Esta abnegacion de sí propio en tan formidable instante, conmovió al cazador, quien á su vez le dijo:

—Martin está aquí, sé que te debe mucho y en su nombre te salvo, ora seas inocente, ora culpable.

El prófugo se estremeció.

—Mas por la amistad fraternal que consagraste á Martin, prométeme que, si él lo manda, tú mismo te presentarás á la justicia.

—Que me diga Martin—entrégate; y me entregaré sin vacilar.

—Te creo: vamos, yo te salvaré!

Internándose unos cuantos pasos en la espesura á la izquierda del *puesto* donde habia estado escondido,

descubrió el cazador con trabajo la estrecha abertura de una especie de caberna. La trampa movible con que se cerraba era hecha de ramas de pino cubiertas con piedras y tierra, donde á fuerza de tiempo las zarzas habian echado ya raices.

Iba el fugitivo á introducirse en el inesperado refugio, cuando el cazador le dijo con tono de tristeza solemne.

—Respeto y compasion á lo que vas á ver, sinó, serias un sacrílego indigno de lástima.

Y en tanto que el fugitivo clavaba en el cazador una mirada sorprendida é inquieta, comenzó á percibirse mas claro el ruido de las trompas, que muy confuso se distinguiera. Huron entonces, empujando á Bamboche con viveza, díjole en voz baja, despues de haber vuelto á escuchar con atencion:

—Oigo el galope de los caballos...aprisa...aprisa... ocúltate.

Una idea repentina que le asaltó, hizo que, mientras Bamboche desaparecia por la abertura, el cazador, sin cerrarla, se echara de un salto fuera de la espesura, y se postrara de bruces en el raso, pegando el oido al suelo para percibir mas claramente los mas lejanos rumores.

A poco se levantó, esclamando con voz desesperada:

—Maldicion! el zorro trae la caza hácia este sitio.

Alarmado doblemente, corrió el cazador á cerrar la entrada de su escondrijo; mas en esto salió el prófugo lívido, desencajado, diciendo con voz trémula:

—Mas quiero ser cogido....muerto, que permanecer en ese subterráneo! Ah! lo que he visto!... si supierais qué fatalidad encierra ese nombre de Carrasca! Oh! yo voy á volverme loco.

De repente se aproximaron los ladridos de la jauría, distante hasta entonces, retumbando á poco con formidable estruendo en medio de aquellas selvas silenciosas y sonoras. Al mismo tiempo, una ráfaga de brisa les llevó un eco confuso de gritos y de voces que

avanzaban por varias partes á la par. Estos gritos eran de los que perseguian al prófugo.

Habian ocurrido estos dos incidentes en menos tiempo del que para escribirlos se necesita, y á la sazon en que Bamboche, saltando de la cueva del cazador, esclamaba poseido de terror:

"Mas quiero ser cogido... muerto, que permanecer en ese subterráneo!... Ah! lo que he visto!.. si supierais qué fatalidad encierra ese nombre de Carrasca! Oh! yo voy á volverme loco."

—Eres muerto! esclamó el cazador con acento terrible, alzando la escopeta á guisa de maza, te mato, si te encuentran aquí sin que yo haya podido cerrar este albergue.

Aun no habia acabado de formular su amenaza el cazador, y ya el ramaje sonó como agitado por algun objeto que cruzaba con violencia. Estremecióse el prófugo, y ora obedeciese al desesperado mandato del cazador, ora que el instinto de conservacion prevaleciera sobre su terror, ello es que se precipitó dentro del subterráneo.

Huron volvió á colocar la pesada trampa, borró las huellas de los pasos de Bamboche, y apenas tuvo el tiempo preciso para agazaparse en el *puesto*.



CAPITULO III.

La pista perdida.

ACABABA de desaparecer el cazador: al chasquido de las hojas siguió el ruido causado por un ligero galope, y un enorme zorro de piel tostada con las orejas y las patas negras, entró en el raso precipitadamente. Venia chorreando agua, pues acababa de atravesar una laguna para desorientar á los perros, ardid que tuvo buen resultado, pues la jauría, que se acercaba un momento, volvia á alejarse, segun indicaban los ladridos, mas distantes cada vez.

Jadeaba el zorro sofocado : colgábale de las abiertas fauces la lengua roja y seca : le chispeaban los verdosos ojos, en tanto que las orejas caidas, el rabo entre piernas y los hijares agitados denotaban la rapidez de la carrera y el abatimiento de sus fuerzas: descansó un instante, buscó el viento revolviendo á uno y otro lado el negro hocico, y asi estuvo algunos minutos escuchando por la parte de poniente con tanta atencion como ansiedad.—Mas nada percibió.

Como el puesto del cazador distaba pocos pasos ademas de estar situado en hondo, no olfateó el zorro la vecindad, y habiendo cesado completamente los

ladridos de los perros que perdieran el rastro, aprovechó el pobre animal perseguido aquellos pocos minutos para recobrar fuerzas; dejóse caer con las patas estiradas, recostada en el suelo la cabeza y entreabierta la boca: hubiera podido parecer muerto, á no ser por el movimiento incesante, casi convulsivo de las orejas, dispuestas á coger el mas ligero rumor.

Repentinamente se incorporó el zorro como impulsado por un resorte, conteniendo la fatigosa respiracion, cuyo alternado movimiento estorbaba á la delicada percepcion de sus oidos, y asi se aplicó á escuchar.

La cacería, en virtud de sus caprichosas evoluciones y de sus vueltas rápidas y repentinas, se acercaba otra vez hácia aquel lado, acompañando los ecos de las bocinas al estrépito de los sabuesos.

En tan supremo momento, amagado de una muerte inminente, intentó el animal un postrer esfuerzo, una treta desesperada, para desorientar otra vez á los perros y escaparse. Cruzó aquel poco de terreno raso en todas direcciones, multiplicando las huellas de sus pasos en un laberinto tan inextricable que los perros se confundieran; achicándose en seguida, de un salto enorme pasó de la plazoleta á la espesura, cayó en medio de las piedras, casi sobre la trampa, cubierta de zarzales: apoyando apenas las patas en el musgo del peñasco, dió otro empuje desesperado, de seis pies lo menos hácia la parte mas enmarañada, donde repitió hasta tres ó cuatro veces la misma operacion, y echó á huir con toda la velocidad de sus miembros, envarados por la fatiga y el reciente baño frio.

En virtud de un maravilloso instinto de conservacion, interrumpia el zorro con aquellos saltos enormes y sucesivos en un radio de treinta ó cuarenta pasos, la pista formada por el olor ácre y caliente que dejan sus pies impresos en el suelo; emanaciones fuertes, ráfagas penetrantes que, percibidas por el sutil olfato de los perros, son las que les guian en su perseguimiento.

Asi que desapareció el zorro, salió el cazador de

su escondite, y echado de bruces, buscó las huellas del animal perseguido, que no le fué dificil reconocer, apresurándose á borrarlas todas y destruyendo de esta suerte no solo las señales, sino que tambien el olor resultante de los pasos, con lo cual favorecia la fuga del zorro, y lo que le importaba mas, impedia que los perros y cazadores viniesen por aquella parte.

Escuchábanse ya con suma claridad los ladridos de los sabuesos y las tocatas de las trompas, alternados con los gritos de los ojeadores, que por tres lados distintos avanzaban en busca del fugitivo.

Cada vez mas asustado con tan temido lance, penetró en la espesura el cazador, donde volvió á encontrar huellas del zorro, que borró igualmente, hasta llegar á un enorme tronco de árbol derribado que obstruia el paso, y por encima del cual saltára el animal sin duda.

Seguro ya de que con la inmensa solucion de continuidad que quedaba en la pista, los perros se desorientarian en breve y tendrian que alejarse, internóse por lo mas intrincado de la selva.

En un principio se realizaron punto por punto los pronósticos de Huron.

Poco rato hacía que el cazador desapareciera, cuando estallaron con fuerza suma los ladridos de los perros; mas de repente cesaron como por encanto tan sonoros ecos: habian perdido el rastro, pues asi que hubieron saltado el enorme tronco, desde donde el cazador destruyera la huella y olor que deja el paso de la bestia, no teniendo la jauría nada para guiarse, enmudeció en el momento, pues es sabido que solamente ladra cuando sigue un rastro. Yendo y viniendo, inquietos, desconcertados con la inesperada interrupcion de una pista que tan fuerte percibieran hasta allí, daban cien vueltas los perros derrotados, con el hocico pegado al suelo. A unos doscientos pasos de la cueva del cazador habian perdido los perros el rastro totalmente.

Enterado el montero de esta novedad por el repentino silencio de los perros, diose prisa á alcanzarlos para

ayudar á su instinto: tropezó no obstante con el obstáculo del tronco derribado que le separaba de los sabuesos, y cuya magnitud, mas disforme aun con las ramas que le abultaban, era un estorbo no poco peligroso. Tenia Latrace, á pesar de su arrojo, demasiada esperiencia para esponer su vida ó la del caballo con una proeza inutil, y así, viendo que por ambos estremos del tronco, tambien estaba obstruido el camino con la mas enmarañada espesura, prefirió dar un largo rodeo para incorporarse con la jauría.

De pronto, dos señoras en traje de amazonas que venian cruzando el bosque en rápidos corceles, llegaron delante del tronco que el prudente montero no se atrevió á saltar, y en seguida aparecieron otros dos caballeros, que al reparar en el estorbo esclamaron á una voz:

—Señora, refrenad el caballo.

—Cuidado, señorita!...

Pero á pesar de estas súplicas, la que primero asomára de las dos señoras, no siendo dueña ya de contener el empuje del bruto, ó tal vez complaciéndose por temeridad en arrostra el peligro, aplicó á su cabalgadura un vigoroso latigazo, y le hizo saltar el tronco con no menos osadía que desembarazo; la violencia del salto y la accion del viento, que levantó un poco la larga falda de aquella muger intrépida, descubrió el delicado contorno de una pierna elegante, calzada con rica media blanca de seda, y apoyado con firmeza en el estribo un pié delicioso, cuya negra botita iba armada de un espolin de plata.

Asombrados de tanta temeridad los dos cazadores no pudieron contener una esclamacion de terror, y dirigiéndose entrambos á la otra cazadora, que se disponia á imitar á su compañera, gritaron:

—Señorita, en nombre del cielo, deteneos!

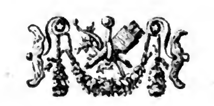
—Voy á unirme con mi madre, respondió la jóven con voz dulcísima, señalando á la que ya habia saltado.

Esta, con el caballo quieto á la parte opuesta del

estorbo, dirigia hácia los espectadores un semblante risueño y ligeramente animado por la emocion orgullosa del peligro arrostrado: mas á vista de su hija que iba á imitarla, quedóse pálida como un cadáver y gritó!

—Por Dios! Rafaela...

No era ya tiempo, porque la doncella, tan atrevida como su madre, estaba saltando el tronco, y á la sazon misma, con un movimiento de pudibunda gracia sujetaba con la punta del látigo los pliegues de la falda, á fin de impedir que se alzara indiscretamente como á su madre la habia sucedido.



CAPITULO IV.

Un padre del dia.

Los dos ginetes que venian en pos de Mad. Wilson y su hija, (pues asi se llamaban las intrépidas amazonas), eran el conde Duriveau y su hijo.

El conde, dueño de la jauría que á la sazon cruzaba aquellos bosques, había tenido por padre á un mesonero de Clermont-Ferrant, hombre avaro como pocos que despues de amontonar una fortuna inmensa, comenzada con lausura, aumentada con la compra de bienes nacionales y redondeada con contratas de provisiones en la época del Directorio, habia doblado y multiplicado sus riquezas con toda clase de trampas y robos legales, y á favor de la mas sórdida avaricia.

Muerto su padre, Adolfo Duriveau, que no soñaba entonces en ser conde, se halló dueño de trescientas mil libras de renta en bienes raices. Recien salido del estado de ilotismo y de penuria en que le aislara su padre con dureza sin igual, Adolfo, que tuvo la fortuna de encontrar un tutor honrado, propendió al bien en un principio, á pesar de su detestable educacion, notándosele cierta tendencia á las ideas elevadas: trasladado á una vida holgada, en posicion de gozar de

todos los placeres, de que careciera hasta entonces, se mostró generoso y bueno, cediendo en esto al impulso de su corazon y á la especie de embriaguez que siempre causa la exuberancia de una dicha repentina.

Los ensayos de generosidad de Adolfo Duriveau fueron mas de una vez pagados con la ingratitud.... la ingratitud, ese crisol en que se prueban las almas verdaderamente generosas y perseverantes. Aquel jóven no pudo resistir prueba tan dura: principió por afligirse, se agrió despues, se irritó en seguida y acabó por endurecerse hasta quedar petrificado su corazon. Como tantos otros, prevaliéndose del poco bien que intentara hacer, erigió Adolfo en principio la ingratitud humana y en deber la dureza de corazon, para no ser víctima de los ingratos. Desilusionado de lo bueno con harta ligereza, porque su generosidad novicia y aturdida carecía de paciencia, de desinterés, de discernimiento, de resignacion, y sobre todo, de misterio y de pudor, si puede decirse asi, no sospechaba Mr. Duriveáu que le habia faltado la inteligencia de los males que pensaba aliviar, y que á veces agravaba, pues su trato era brusco, impaciente, duro, y el alivio de ciertos infortunios tímidos, recelosos, requiere un esquisito tacto de dulzura y delicadeza.

Aquel ensayo laudable, si bien desgraciado, en la práctica de las ideas generosas, debia producir y produjo en efecto en el ánimo de Adolfo una reaccion funesta: á su juicio la insensibilidad sistemática era "esperiencia de los hombres;" la compasion, "flaqueza;" el egoismo, "buen sentido;" la codicia, "prevision;" el profundo desden, "conciencia de su valor legítimo;" las desgracias agenas, "justo castigo de los estravios, fatalidad inherente á todo estado social, consecuencia del primer pecado, voluntad de Dios etc. etc."

En una palabra, era ardiente partidario de aquel sacrílego axioma de los fanáticos, que dicen:

"Que un Dios, todo bondad, ha creado al hombre para la desgracia."

Parapetado con este axioma, legitimaba la dure-

de su implacable egoismo y esforzaba sus razones para ello.

"Los hombres han nacido para la desgracia, decia „con insolente sarcasmo; Dios lo dispuso, respete„mos la voluntad de Dios! jamas la contrariemos, li„mitándonos á vivir espléndida y alegremente en una „escepcion dichosa.... que confirma la regla."

Bajo su punto de vista, podia decir aquel hombre, y lo decia:

"He sido bueno, generoso, humano: en recompensa no he encontrado mas que decepciones é ingratitud. Los infortunios merecen su mala suerte, y harto necio es quien se apiada."

Menester es confesar que Mr. Duriveau, dotado de notable talento natural, de una energía de voluntad grande y de rara osadía de carácter, sabia de esta suerte, á fuerza de cinismo y de descaro, dar cierta novedad á sus crueles argumentos, que en la sociedad que frecuentaba, tenian no pocas veces aprobadores ó cómplices.

El trato de cierta gente, escesivamente vana con sus riquezas y flamantes títulos, la lepra del ocio, el maligno influjo de un bienestar adquirido sin faenas, ahogaron en breve las primeras tendencias de Mr. Duriveau. Siguió siendo fátuo, mas se hizo avaro: luego ya no le bastaron las riquezas y quiso ser noble como tantos. Por medio de un enlace con la hija de un duque del Imperio, reconciliado con la Restauracion, adornóse con un título de conde, y Adolfo Duriveau, el hijo del tio Duriveau, mesonero rapaz, indigno estafador, creyóse conde de los tiempos de Carlo-Magno. Quedóle de su esposa, muerta muy jóven, un hijo llamado Escipion, vizconde Duriveau, que asi se titulaba.

Toda la dicha, ó por mejor decir, todo el orgullo de Adolfo Duriveau estaba concentrado, reasumido en estas dos brillantes pretensiones; ser uno de los primeros propietarios de Francia, y hacer que le llamaran SEÑOR CONDE sus lacayos, sus proveedores y sus colonos. Como nunca la imaginacion se satisface,

agregóse á estas vanidades un capricho de ambicion política, cuya causa esplicaremos mas adelante.

Archi-millonario y conde, no soñó otro porvenir, ni mas felicidad posible para su hijo, y aun mas vano que codicioso, vió en el jóven otro nuevo medio de hacer alarde de su opulencia. A la edad de quince años, Escipion Duriveau, dotado de gallarda figura, de inteligencia precoz, instruido por un ayo de casa grande, que es bastante decir, proporcionó nuevo alimento al orgullo de su padre, satisfecho de poder dar á luz aquel tesoro de impertinencia y gentileza.

Existia por entonces en la buena sociedad de Paris o que llamaban *padres jóvenes*.

Eran estos, viudos de buena edad, personas de chispa y de buen humor, bromistas todavía, y que tuteaban generalmente á todas las principales entretenidas de Paris: estos *padres jóvenes*, partiendo del principio, escelente en su esencia, de que no hay nada mas dañoso, ni mas funesto por sus consecuencias que la tacañería y despotismo paternal que privan á los jóvenes de toda diversion, de toda libertad, creyendo hacerlos unos santitos, sin perjuicio de que luego salgan unos diablejos: estos padres jóvenes ostentaban por el contrario la tolerancia mas escesiva, y á veces mas que tolerancia.

Asi habia padre que teniendo dos niñas preciosas de seis ó siete años, las llevaba al teatro, donde le ligaban dulces relaciones; y la gracia, la charla infantil de los angelitos, eran la delicia y la admiracion de las cómicas.

En el plan de educacion práctica de otro padre jóven entraba el poseer las primeras letras de cambio de su hijo, á lo cual llamaba la *virginidad de la aceptacion*. Para ello le facilitaba por segunda mano empréstitos terriblemente usurarios, de que por supuesto no se aprovechaba, diciendo que un padre es acreedor nato de su hijo.

Otro profesaba el inflexible principio de emborrachar primeramente á su vástago querido con vino detestable, á fin de inspirarle desde años tiernos un

horror profundo, saludable, invencible... al vino malo...

Dos ó tres padres jóvenes de lo mas escojido, eran amigotes del conde Duriveau. Muy hueco este con las gracias de su pinpollo, parecióle de muy buen tono ser padre jóven tambien, lo cual trascendia á re gencia (1) desde una legua, pues no de otro modo educó el mariscal de Richelieu á su hijo, Mr. de Fronsac.

En breve fue citado el conde Duriveau en el número de *los padres jóvenes* mas troneras de París. sasatisfaciéndose su orgullo, siempre el orgullo, con ver á Escipion eclipsar á los hijos de los otros nobles; de forma que á los diez y siete años tenia el jóven cien luises mensuales para sus diversiones, habitacion separada en la casa paterna, seis caballos en la cuadra del conde, y asiento con él en un palco de hombres solos en la ópera, con sus correspondientes entradas entre bastidores.

Escusamos decir cuán obsequiado seria Escipion con su deliciosa figura y sus diez y siete años en aquel voluptuoso laberinto, donde le presentó su padre con toda solemnidad. A los pocos meses, el adolescente podia ya contar el número de sus fáciles queridas: á los diez y ocho años, habia muerto con la mayor frescura á un hombre en desafío, sirviéndole su padre de padrino; y mas de una vez la aurora sorprendió á hijo y padre en medio de estrepitosas bacanales.

Por singular que parezca este método de educacion, por poco que se conozca á la sociedad hay que confesar:

Que dada la posicion social y las riquezas del vizconde Escipion Durivean, de cien jóvenes con dinero y ociosos, los noventa harán la vida de Escipion, solo que no les será fácil sostenerse sino en virtud de trampas y mas trampas, á insabiendas ó á pesar tal vez de las severas reprensiones de sus familias, cu-

(1) Alude á las desenvueltas costumbres de la corte de Francia durante la menor edad de Luis XV.

ya herencia codiciarán con un afan.... algun tanto parricida.

Esto supuesto, no negaremos que *los padres jóvenes* tenian cierto buen sentido práctico, procurando á lo menos guiar, dirigir por sí esos estravios juveniles que no podian contener.

Cierto que á los ojos de los pensadores, tan bueno es el remedio como la enfermedad: cierto que es cosa deplorable ver disiparse así sumas enormes y duele considerar cómo se marchitan en la flor primera de la juventud tantos instintos nobles y buenos que la caracterizan, cómo se apagan y mueren inteligencias preciosas en medio de aquella atmósfera viciada: mas todos estos males y muchos otros resultan inevitablemente del estado actual de la *familia y de la propiedad.*

Claro es que llevando ya muchos años de vivir como *padre jóven*, la dignidad paternal del conde y el respeto filial del vizconde se habrian modificado y aminorado notablemente, sin que la rápida é impetuosa corriente por donde descendieron permitiera ya deshacer lo andado: mas de una vez la calma irónica é impertinente del hijo dominó el natural altanero y la enérgica voluntad del conde Duriveau: como algunos maridos de los de buena sociedad, que temiendo parecer celosos, devoran en silencio sus lágrimas y su vergüenza, asi el conde hizo mas de una vez su papel de padre jóven con risa en los labios y rabia en el corazon...

Empero no le quedaba otro arbitrio que resignarse á que su hijo le tratára con la impertinente familiaridad, contraida en la participacion comun de placeres ndignos, familiaridad que en un principio hiciera reir grandemente al conde y á sus amigos, y que acabó por sofocar en el alma del mancebo todo sentimiento de deferencia y de respeto filial.

El conde Duriveau, aunque próximo á los 50 años, apenas representaba 40, pues estaba ágil y erguido, rebosando en todas sus acciones juventud, vigor y energía. Era de color trigueño, asomábale por entre los lábios

una magnífica caja de blanquísimos dientes, y respiraban viveza sus ojos muy rasgados y muy azules, conservándose de color de azabache las cejas, barba y cabellos, á pesar de los años; podria haber facciones mas regulares, mas atractivas que las del conde Duriveau, mas dificilmente se hallaría una fisonomía mas espresiva, ni mas agradable ni mas resuelta, y sobre todo que revelara una fuerza de voluntad mas indomable: por esta razon, Mr. Duriveau inspiraba generalmente la reserva, la deferencia, el temor que imponen los genios enteros y altivos, sintiendo pocos hácia él cariño ni simpatia.

No obstante, este hombre tan enérgico, tenia toda la debilidad de un niño con su hijo, y acababa de perder el color y temblar de pies á cabeza, viendo á Mad. Wilson arrostrar con tanta intrepidez un peligro positivo: en aquel instante, lo mismo que durante toda la batida, habia observado el conde los menores movimientos de la encantadora viuda con una ansiedad llena de ternura é interés: casi nunca se apartaban de la hermosa dama sus miradas inquietas, apasionadas, ardientes, y era indudable que tan solo las leyes del buen tono le impedian manifestar mas francamente el irresistible imperio que sobre él ejercia.

Padre é hijo llevaban gorras de terciopelo negro, levitas de color de escarlata con botones plateados, calzon blanco de gamuza y botas de campana.

El fisico del vizconde hacia completo contraste con el esterior de su padre; la varonil figura de Mr. Duriveau, sus movimientos ágiles y prontos revelaban grande plenitud de vida, de pasion, de fuerza: las facciones del vizconde, delicadas y regulares como las de una muger, estaban ya marchitadas por escesos prematuros. Apenas frisaba en los veinte abriles y ya era flaca y hundida su cara guarnecida con sedosas patillas rubias como los cabellos y los nacientes bigotes. Al fresco colorido de la juventud habia tiempo que sustituyera la palidez del decaimiento de fuerzas: los ojos grandes y hermosos estaban rodeados de profundas ojeras y los párpados encendidos con el

calor ácre de las veladas y orgías: porque Escipion acababa de llegar de París, donde alentado por el conde y por sus amigos, el pobre jóven pasaba con razon como uno de los corifeos de la vida ociosa, pródiga, enfermiza en que trascurren las horas, entre queridas, juego, comilonas y desórdenes. Para el baile prohibido, no conocia Escipion mas rivales que dos: un par de Francia, diplomático muy notable, y el *Nestor del cancan*, el gran Chicard.

No obstante, el vizconde Escipion se vanagloriaba de estar ya gastado para los placeres. En realidad tantas veces habia abusado sin sed de los mas esquisitos vinos, que ya le empalagaban todos y preferia el aguardiente, cuanto mas grosero, cuanto mas falsificado estuviera: se hallaba tan hecho á la sociedad inmunda, depravada, de las ninfas que le iniciaran en el amor, que su predilecta era la que mas bebia, ó fumaba ó juraba con mas desenfado, y sobre todo aquella á quien podia despreciar mas altamente. La niña solia devolverle los ultrajes y desprecios en el idioma *caló* de la canalla, que no era tampoco desconocido al ilustre mancebo, divirtiéndole mucho estas polémicas, aunque sin desprenderse nunca de su seriedad glacial, ni de su calma insolente: los hombres gastados jamás se rien. En cuanto á sus sentidos, puede decirse que los tenia muertos á fuerza de tantos escesos prematuros y por la fatal accion del vino y de los licores espirituosos. Quedábanle no obstante todavía al vizconde las febriles sensaciones del juego, de las apuestas ó de ciertos amores terribles de que hablaremos mas adelante.

Empero, aunque fatigado y marchito, y á pesar del tono impertinente y aburrido (el vizconde se quejaba de no tener ya edad ni humor para la caza) se conservaba bastante grata su fi:onomía; ni talle mas delicado y elegante, ni conjunto mas seductor se encontraria con facilidad: á lo menos, este era el pensamiento secreto de la hija de Mad. Wilson, la señorita Rafaela.

Mad. Melcy Wilson (francesa de nacimiento y viu-

da de Mr. Stephen Wilson, banquero americano) y Rafaela Wilson, que vivian en compañía de un tio de esta, y hermano de la mamá, Mr. Alcides Dumolard, asistian, como ya dijimos, á la cacería, convidadas por el conde Duriveau y su hijo.

Si no se hubiera abusado tanto de la mitológica comparacion de Juno y Hébe, la aplicariamos á madama Wilson y á su hija: no porque la primera tuviese en sus facciones ó continente algo de la severa magestad de la *reina del Olimpo;* antes al contrario, Mad. Wilson era lo que se llama una mujer bonita, en toda la estension de la palabra, á pesar de que ya andaba cerca de los treinta y dos años. Pero hablando de Juno y Hébe, queriamos solamente pintar la diferencia que existe entre la belleza en todo su desarrollo, y la belleza en su primera flor, porque Rafaela contaba diez y seis años escasos.

La fisonomía de la madre se distinguia por la viveza, la movilidad y la gracia; la de la hija por la candidez y melancolía.

Ni las nublosas viñetas inglesas, ni el aristocrático pincel de Lawrence, produjeron jamás cosa parecida á aquel bello ideal de la mujer: verdad es que ningun colorido artificial era capaz de copiar la palidez trasparente de aquel cutis ligeramente sonrosado, ni el azul de sus rasgados ojos, dulces á la par que vivos, ni la lustrosa blancura de la frente coronada por finísimos cabellos castaños, cuyos rizos naturales ondulaban en torno de su preciosa cabeza, tan ligeros como el velo de gasa verde que llevaba sujeto por un lado al sombrero de montar.

Bajo el elegante corpiño del traje de amazona que llevaban madre é hija, dibujábanse admirablemente las figuras respectivas, mas esbelta, mas gallarda, mas casta, si puede decirse así, la de Rafaela; mas llena, mas voluptuosa la de su madre.

Esta diferencia aparecia mas notable por el corte de los vestidos; así el cuerpo del de Rafaela, que subia rigorosamente cerrado hasta la garganta, no enseñaba mas que un cuelleeito plegado y sujeto por

una estrecha corbata de seda azul celeste como los ojos de la doncella, al paso que el corpiño de madama Wilson, abierto por delante con solapas descubria un pequeño chaleco amarillo claro de casimir con botones de oro, debajo del cual lucia un camisolin de batista cerrado con dos rubies sobre duros y elásticos contornos: finalmente, para completar estos pormenores tan vanos como significativos, diremos que el cuello de hombre que madama Wilson llevaba iba doblado sobre una corbata de seda de color de púrpura, menos suave, menos rica, menos viva que la de sus labios risueños y encantadores.

Luego que hubieron salvado el peligroso obstáculo de que ya hicimos mencion, difirió la espresion de la fisonomia de madre é hija, pues la primera, que se asustara tanto en vista del peligro á que la segunda se habia espuesto, contemplábala despues con todo el gozo, con todo el orgullo de la ternura maternal, en tanto que Rafaela, indiferente para el peligro, buscaba con empeño las miradas distraidas de Escipion.

Escusamos decir que el conde Duriveau y su hijo no se mostraron menos resueltos que mad. Wilson y Rafaela: entrambos, á corta distancia, saltaron el tronco: el padre con todo el imperioso ardor de su carácter; el hijo con cierta especie de indolencia desdeñosa, porque montaba perfectamente, llevó su temeridad hasta el estremo de elegir el momento rápido en que el corcel, guiado con la mano izquierda, se levantaba por encima del formidable tronco para quitarse de los lábios el cigarro con la otra mano y echar al aire una ráfaga de humo azulado.

Si esta brabata hubiera sido provocada por la presencia de dos bellas y llevada á cabo con la loca petulancia de la juventud, habria tenido ese hechizo inseparable de todo lo que es brillante, osado y repentino; pero en su calidad de hombre gastado, Escipion hacía alarde de manifestar en todo y para todo gran desden y sangre fria: por esta razon permanecieron impasibles sus facciones, mientras que Mad. Wilson, y

sobre todo su hija, le felicitaban por tan valerosa presencia de ánimo.

Sorprendido el conde de la actitud de su hijo y aprovechando un momento en que no podia ser visto ni oido por las señoras, dijo á Escipion por lo bajo con acento cordial al parecer, pero que ocultaba patente disgusto:

—En que estás pensando, Escipion? ni siquiera eres cortés con Rafaela, y eso que...

—Ola! sabes que estas haciendo bonito oficio? respondióle Escipion interrumpiendo á su padre y encendiendo otro cigarro: cierto que es con buenos fines, mas por eso mismo eres imperdonable, ó desdichado autor de mis dias!

Aunque harto acostumbrado á estas zumbas, en aquel momento y por razones graves no pudo contener Mr. Duriveau la cólera que le causaba tal réplica, y dijo á su hijo sin alzar la voz pero con tono firme y lacónico:

—Basta de chanzonetas; hablo con formalidad esa conducta es inaudita; *hablaremos* esta noche y...,

—Mad. Wilson... saltó Escipion, sin quitarse el cigarro de la boca é interrumpiendo otra vez á su padre

—Qué quereis? repuso la linda viuda, volviendo la cabeza con no poca ansiedad del conde.

--Cuando querais ver á papá en todo su esplendor rogadle que represente un papel de *barba*—no tiene igual para ellos.

El despecho y el enojo tenian contraidas las facciones de Mr. Duriveau; mas por fuerza hubo de acojer con una sonrisa la primera mirada de Mad. Wilson, quien respondió al vizconde jovialmente:

—Y vos, querido Escipion, haceis como pocos los papeles de calavera.. mas, allá viene nuestro rodrigon, que os recordará, si es preciso, señor aturdido, el respeto que debeis tener á una mujer de *mis años*.

Y dirigiéndose á un nuevo persouaje añadió madama Wilson.

—Vamos, hermano, vamos, venid.

Dijimos ya que las dos parejas estaban reunidas al otro lado del tronco, en medio de los perros desorientados, cuando apareció por la parte opuesta Mr. Alcides Dumolard, hermano de Mad. Wilson.

Mr. Alcides Dumolard, viudo muy á su sabor de Mad. Dumolar, tenia cuarenta años, cara imberbe y disforme obesidad. Con nada podriamos comparar mejor aquel abultado rosto de carrillos colganderos, ojos hundidos y cráneo estrecho, que con las mofletudas figuras de mandarines que pintan en los vasos de la China: el vientre enorme y monstruosa cintura de Mr. Dumolard, tan repleto de espaldas como de abdómen, tenia en perpétuo peligro los ojales de su levitin de caza, y no era posible discurir espectáculo mas grotescos que aquella grandísima cara, que sobresalia por todos lados bajo la gorrilla de terciopelo; colocada en el vértice de la cabeca. Montaba Mr. Dumolard con suma prudencia una jaca de dos cuerpos, de fuerzas hérculeas, cual era necesario para sostener semejante dromedario.

Es innútil decir que el nuevo personaje tuvo la modestia de pararse delante del árbol caido, por lo cual le dijo el vizconde con impertinente cachazá.

— Vaya, Mr. Dnmolard, un saltito para aligerar esa humanidad ¡No temais, caereis como sobre colchones!

—Saltar! no en mis dias: no son juegos en que debe comprometerse un hombre que llega á reunir cincuenta mil escudos de renta, contestó el panzudo dándose importancia y buscando otro camino menos espuesto.

—Os estorban para saltar los escudos? replico Escipion con fisga. A no ser que esteis tan finchado por ser rico ¡bueno fuera que vinierais aforrado en billetes de banco!

—Silencio, por Dios! esclamó el gordo con inquie-

tud: esa chanza es un poco pesada. Ponerse á gritar en medio de estas selvas, de este pais de lobos y mendigos que vengo aforrado en billetes de banco... Si os oyeran pobrecito de mí!

Y dirigiéndose en seguida al picador que acababa de reunirse con los perros, le gritó Mr. Dumolard.

—Buen amigo, no habrá otro camino? porque yo no tengo gana de romperme la crisma.

—Seguid por la espesura á la derecha, contestó el montero, y un poco mas arriba encontrareis una senda que conduce aquí.

—Senda! saltó Escipion, perdido sois, os mata quien os saque de caminos reales.

Encogióse de hombros Mr. Dumolard, torció las riendas y siguió la indicacion del montero.

Digamos ahora lo que ocurrió de resultas de haber perdido el rastro la jauría á unos doscientos pasos de la cueva de Huron, el cazador.



CAPITULO V.

Lumineau.

Mudos y desconcertados los sabuesos, recorrian en todas direcciones la parte del bosque en que el cazador habia interrumpido las huellas del zorro; y el montero, estimulado por la presencia de su amo y de las personas que le acompañaban, examinaba atentamente aquel espacio, doblado sobre el caballo, buscando la huella y alentando á los perros con sus gritos de :

"*A la pista, valientes: à la pista!*"

El conde Duriveau, muy entendido en montería, fogoso para sus placeres como para sus pesares, y contento con hallar aquella ocasion de distraer el enojo que le causaba la conducta de Escipion, habíase alejado de Mad. Wilson y de su hija, ayudando al montero y exhortando á los perros con sus voces.

Mientras desplegaba el conde su natural actividad, Escipion, por su parte, apoyado indolentemente sobre la silla, y columpiando la pierna izquierda se entretenia en chocar el acero de la espuela con el del estribo, siguiendo con la vista las espirales del humo del cigarro, y sin decir una palabra á Mad. Wilson

ni á su hija, junto á la cual se hallaba á la sazon.

Aprovechando un instante en que interesada la madre por los varios incidentes de la batida, volvia la cabeza, acercó Rafaela su caballo al de Escipion, y traspasada de pena, le dijo en voz baja y temblorosa:

—Escipion, qué os he hecho yo?

—Nada, contestóel vizconde sin apartar los ojos de la azulada nube que brotaba del cigarro.

—Escipion,—volvió á decir la doncella con voz alterada, suplicante y conteniendo con dificultad las lágrimas que arrasaban sus ojos—Escipion, qué significa esa frialdad, esa dureza? qué te he hecho yo?

—Nada, repitió el vizconde con la misma desdeñosa calma.

—Leed esto y puede que tengais lástima, dijo lajóven alargando precipitadamente á Escipion un billete que habia sacado del guante.

Guardóse el vizconde, sin acelerarse demasiado, el papel en el bolsillo del chaleco, y viendo que Rafaela iba á proseguir, alzó la voz para llamar la atencion de Mad. Wilson, diciendo:

—Mad. Wilson, os divierte mucho esta funcion? Confesad que es un placer convencional... como la ópera, como los casamientos por amor.

Apenas hubo pronunciado Escipion estas palabras, hizo Rafaela como que le caia sobre el rostro el velo, y así, al volverse, no pudo ver la madre las lágrimas que brotaban de los ojos de su hija.

Durante la vatida, á pesar de su buen humor y animacion aparente, observára de reojo Madw. ilson á Escipcion, y mas de una vez la sorpresa y aun cierta vaga inquietud anublaron el rostro de la linda viuda, resentida del impertinente despego con que trataba el vizconde á Rafaela... A consecuencia de algunas reflecsiones, habíase serenado ya Mad. Wilson, pudiendo asi acojer con irónica sonrisa la importuna salida del vizconde.

—Apuesto, querido Escipion, repuso la viudita riendo que á la edad de doce años, en lugar de con-

tentaros con una de las graciosas chaquetas redondas que tan bien sientan á los niños, apeteciais un horrible frac, para parecer un hombrecito hecho y derecho...

A pesar de su aplomo, no dejó esta réplica de desconcertar á Escipion, quien volvió á decir, no obstante, con su ordinaria sangre fria:

—No comprendo, señora.

—Oh! pues es muy sencillo: el niño mimado que á los doce años anhela parecer un caballerito, es muy natural que á los veinte quiera pasar por hombre gastado y viejo.

Esto era herir en lo vivo las pretenciones de Escipion.... pretensiones justificadas desgraciadamente por el hábito de aparentarlas y por el abuso de placeres perniciosos.

Ocultando su despecho, prorumpió de nuevo el vizconde con mayor indiferencia y serenidad:

—Bah! hago yo por ventura el papel de hombre gastado?

—Sí, y por cierto que le haceis muy mal, á juicio de inteligentes, amigo mio, aunque por desgracia, demasiado bien.... para espectadores cándidos.

Esto lo dijo Mad. Wilson mirando á su hija tiernamente; y segura de tranquilizarla en breve, toda vez que ya habia notado su tristeza, prosiguió jovialmente:

—Vaya, vaya, querido Escipion, no querais pasar por viejo siendo jóven: esas apariencias no profundizan mas allá de la epidermis.

Llevais el traje de moda, y nada mas... pero aunque muy ridículo, no es posible que llegue á desfiguraros... Oh! perdonad; á una vieja como yo le es lícito espresarse con esta franqueza. Por mas que decís: *la caza*, *placer convencional*, ya veis si os esponeis á romperos la cabeza corriendo tras vuestros perros. El *matrimonio... de amor*, *placer convencional...* Oh! pero sobre esto no le contestemos, Rafaela, no le contestemos, porque no se nos acuse de vanidosas. La *ópera*, *placer convencional!* pues que cante Mad. Stoltz, que baile la Carlota, que Madell. Basquine cante y

baile á un tiempo, y tendremos alborotados los palcos y las lunetas, deshaciéndose en esclamaciones de entusiasmo, sobre todo con Madlle. Basquine, gacela y ruiseñor á la par. Y tendreis valor todavía para decir que estais gastado?

Al oir el nombre de Basquine, animóse el rostro de Escipion con una espresion singular y que podia traducirse por ironía, por orgullo comprimido ó desafío arrogante.

Clavando en Mad. Wilson sus miradas, díjola Scipion, imperturbable y sin soltar el eterno cigarro:

—Y qué sabeis si estoy enamorado de la Basquine?

—Por ventura se enamoran los señores gastados? Veis como haceis muy mal vuestro papel ? dijo madama Wilson riendo: y prosiguió con afectuosa gravedad. Hablemos formales, mi querido Escipion, sí, creo que estais gastado, y me felicito de ello; gastado para los falsos placeres, para los goces engañosos: asi me parece, estoy segura de que todo lo bueno, lo sincero, lo generoso y noble debe tener y tiene para vos el hechizo irresistible de la novedad en el buen camino; hechizo seductor que os aficionará para siempre á los únicos objetos dignos de un hombre de corazon y de talento. Mas vuestro padre se acerca; espero, señor aturdido, que no vayais á decirle que yo tambien me acabo de espresar como madre de melodrama.

—En qué estado va la caza, conde amigo ? prosiguió dirigiéndose á este.

—Vengo á pediros mil perdones, señora, por haberos invitado á una diversion que concluye tan mal.

—Pues cómo?

—Tenemos que renunciar á coger al zorro.

—Y por qué ?

—Porque los perros han perdido el rastro y es imposible dar otra vez con él.

—Con que es inútil la batida?

—Sí, señora; á este lado del tronco caido se pierde

la pista, y por mas que hemos hecho para encontrarla, imposible: hemos registrado todo al rededor del tronco, suponiendo que ocultará alguna boca, pero nada: es cosa incomprensible!

—Consolaos, amigo mio, con el placer del paseo.

—Y con la esperanza de que pasemos el resto del dia juntos, pues supongo que vendreis con vuestra amable hija y Mr. Dumolard á comer al Tremblay, en compañia de algunos vecinos?

—Escogidos entre los electores mas influyentes de distrito? lo apostara, añadió Mad. Wilson sonriéndose, porque no ignoro vuestros proyectos ambiciosos: vaya, yo tambien trabajaré para conquistar sus votos: colocadme junto al mas remiso, y ya vereis....

—No dudo de vuestro poder, dijo el conde sonriéndose tambien: si defendeis mi causa, la doy por ganada.... Conque, despidámonos de la caceria.---Latrace, recoje los perros.

—Hija mia, tenemos que renunciar á ver al zorro dijo Mad. Wilson á su hija, cuyo semblante volvió á animarse con graciosa sonrisa, despues de algunas palabras que añadió la madre por lo bajo.

A la sazon llegaba Mr. Alcides Dumolard, despues de un rodeo, sin ostigar demasiado á la cabalgadura, y dijo en tono misterioso al conde:

—Qué gente es esa, armada de hoces y de palos, que viene dando de trecho en trecho una especie de grito de señal?

—No sé nada, querido Dumolard, dijo el conde sorprendido.

Entonces el montero se acercó á su señor para satisfacer su curiosidad.

—Son paisanos, señor conde, que vienen ayudando á Mr. Beaucadet y á sus gendarmes.

—Para qué? preguntó el conde mas admirado.

—Para sorprender á un asesino muy temible, que se ha escapado de las cárceles de Bourges, y está escondido desde ayer en estas selvas.

—En esta misma en que estamos? esclamó Mr. Dumolard.

—Sí, señor, respondió el montero. Esta mañana le vieron unos leñadores, y...

Mas de pronto calló, aplicando el oido á un rumor lejano, y se apartó algunos pasos.

—Un asesino terrible! murmuró Alcides poseido de miedo retroactivo: y yo que he andado solo por esa espesura, despues de gritar Escipion que venia aforrado en billetes de banco!...

—Silencio, amigo mio, le dijo el conde encogiéndose de hombros, no hay peligro alguno, y escusamos asustar á esas señoras, que no han oido nada por fortuna.

—Señor conde, prorumpió de repente Latrace, despues de haber escuchado con suma atencion, señor conde, no desesperemos...

—Qué dices?

—Lumineau da la voz.

—No oigo nada. Estás cierto?

—Ciertísimo: Lumineau es el rey de los perros, y como siempre habrá tomado delantera de medio cuarto de legua. Ahora, señor conde, lo ois?

—En efecto, algo distingo, pero hácia qué lado?

—A doscientos pasos de aquí, hácia el raso próximo á las piedras.

—Señoras, dijo el conde acercándose á ellas: la fortuna nos es propicia: desesperábamos hace un momento, y ya tenemos buenas esperanzas: si cazamos el zorro, será un verdadero prodijio debido al valiente Lumineau.

—Oh! siempre es lo mismo! se atrevió á decir el montero con orgullo.

Y á galope se dirigió hácia el sitio señalado y que distaba muy poco del escondrijo del cazador.

—No hay nada mas delicioso que la esperanza que viene en pos de la desesperacion, dijo Mad. Wilson á su hija, lanzándola una mirada de inteligencia. Mi querido conde, veamos si ese milagroso Lumineau efectúa el prodigio que promete.

Y apretando el paso, partió la cabalgata velozmente en la direccion que el montero habia tomado.

Solo Dumolard se quedó atrás muy en breve, por que era necesario manejar el caballo con habilidad, para poder correr por entre aquel laberinto de pinos gigantescos. Como Mr. Dumolard no trataba de exigir de su cabalgadura esta prueba de agilidad serpentina, limitóse á seguir de lejos á los cazadores, unas veces al paso y otras al trote corto. Empero, como á pesar de sus esfuerzos iba siendo mayor por momentos el espacio que de sus compañeros le apartaba, sintióse aguijoneado por un miedo insoportable, pues sin cesar se le venia á la memoria la idea del feroz asesino que andaba perseguido por la selva.

—En momentos desesperados un malhechor es capaz de cualquier cosa: las desgracias suceden en un santi amen, y estan tan solitarios estos bosques! murmuraba el panzudo señor, trotando por entre los árboles con toda la celeridad que le permitia su prudencia. Duriveau que lo sabe, y se larga, dejándome solo!.. egoistas! Despues que su hijo tuvo la imprudencia de decir que venia yo aforrado en billetes de banco... Ah! por fortuna allá abajo... columbro á mi gente... Gracias al color encarnado de los levitas que se ve de lejos.

A este tiempo, espoleado por el miedo y por la esperanza de incorporarse con los demas cazadores, aprovechó un terreno algo mas practicable para partir al galope.

—Ah! ah! ah! ya estoy cerca, decia respirando. Voy á llamarlos para que me aguarden.

Y sin dejar de galopar, para no perder la ventaja, comenzó á gritar:

—Hermana, Melcy, espérame!

Pero su hermana no debió oirle, porque en pos de su hija, que iba delante, desapareció al mismo tiempo por un camino lateral, á través de una intrincadísima espesura.

—Du riveau! aguardad! qué diantre! voceó Dumolard con todo el vigor de sus pulmones.

Pero el conde Duriveau desapareció con todos los demas.

—Qué horrible indiferencia! esclamó Alcides con tanta amargura como temor; mas, á Dios gracias, distingo el camino que llevan.... han tomado hácia la izquierda, y...

No pudo continuar el pobre hombre: el caballo, que venia á galope, se plantó de repente, y fue tan violenta la reaccion de este movimiento inesperado, que faltó poco para que Mr. Dumolard fuera lanzado al suelo.

Acomódose en la silla refunfuñando, y trató de averiguar la causa que tan de improviso habia contenido el galope de su caballo: era un ancho canal de salubridad perfectamente construido para dar salida á las aguas pantanosas; atravesaba el bosque en toda su latitud y tenia ocho pies de anchura por seis de profundidad.

A vista de aquel boqueron que le interceptaba el paso, apoderóse la desesperacion de Mr. Dumolard, y mas al observar por las huellas que sus compañeros habian saltado el estorbo. Mr. Dumolard debia renunciar á reunirse con ellos, pues habria preferido la muerte cien veces antes que intentar el salto mortal. Volver atrás era alejarse mas de la partida, y el sol iba declinando velozmente; pues sucedia lo que vamos refiriendo en uno de los pocos dias del equinoccio en que la noche sustituye al dia casi sin transicion.

--Me han perdido! esto es como entregarme en manos del asesino! dijo Mr. Dumolard gimiendo: este maldito levita encarnado servirá para que me vea desde una legua. Si llamo, puede oirme ese ladron. Triste de mí! sigamos esta orilla, á ver si desemboca en algun sendero.

Mr. Dumolard, muy cariacontecido, costeó el canal hasta un sitio en que hacía un recodo y donde le asaltaron nuevas dificultades: un laberinto impenetrable de copudas encinas y espesos carrascales obstruia el paso completamente; meterse por aquella confusion, le parecia al pobre Alcides no menos peligroso que dar el salto, pues para avanzar por tales parajes era menester encomendarse al instinto del caballo, bajar la

cabeza, guarecer la cara con el codo y andar á ciegas.

No obstante el miedo que este recurso le inspiraba, atendida la proximidad de la noche y el temor de ser visto en sitio mas desenmarañado, de dos males optó Mr. Dumolard por el menor, y se propuso cruzar la espesura, esperanzado de encontrar á los cazadores.

Abandonemos á Mr. Dumolard á los percances de su entativa, y en dos palabras espliquemos el prodigio que se esperaba del famoso perro, á cuya voz todos se habian congregado en las inmediaciones del albergue del cazador de contrabando.

Despues de esquisitas pesquisas hechas en comunidad con los demas perros para dar con el rastro del zorro, el buen Lumineau, amaestrado por la esperiencia y ayudado por su admirable instinto, hizo el siguiente raciocinio; á saber, que siendo el zorro bastantemente astuto para dar saltos enormes, con objeto de interrumpir el rastro y dejar con un palmo de lengua fuera á los honrados perros que cazan solamente por el honor, como que no era posible que el animal se deshiciera en humo, claro estaba que á mayor ó menor distancia, segun los saltos, habia de aparecer otra vez la pista del fugitivo. En efecto, á pesar de la enormidad de los dos ó tres brincos con que cortaba el rastro, el zorro habia de volver al paso ordinario y continuar su camino por algun lado; de suerte que marchando el perro en círculos mayores á cada vuelta, inevitablemente habria un punto en que tropezara con la señal del zorro.

En virtud de tan escelente teoría y abandonando al vulgo de los perros, que no se movia de un sitio, examinó Lumineau el suelo con el hocico, y empezó á describir á galope círculos mas anchos cada vez, llegando de esta suerte al raso y en seguida á los peñascos, donde estaba la trampa que cubria la entrada de la cueva donde Bamboche se refugiara. Recordaremos que el zorro apenas hizo mas que apoyarse alli un instante para dar un nuevo salto: pero gracias á la sutileza del olfato de Lumineau, percibió la emanacion ácre, y al punto resonaron sus ladridos de triunfo,

para atraer á los cazadores, que ya habian desesperado.

Despues de este primer hallazgo, encontraba Lumineau otra interrupcion en el rastro, y si hubiera seguido sus pesquisas, á los treinta pasos habria dado de lleno en la pista; mas como sintió hueco el terreno, sospechó con fundamento el sagaz perro que allí estaba agazapado el zorro, y redobló sus ladridos, escarbando con ambas patas hasta descubrir parte de la abertura.

Durante este intérvalo, habian ido llegando sucesivamente el montero, el conde, su hijo, Mad. Wilson y Rafaela.

—El zorro es nuestro: se ha agazapado! esclamó el gefe de monteria, viendo al perro que escarbaba con furia.

Y echando pié á tierra, acudió á ayudar á Lumineau á ensanchar el agujero.

El conde Duriveau, lleno de gozo, tambien saltó del caballo, y deponiendo su orgullo, arrodillóse al lado del montero para desembarazar rápidamente la entrada de lo que creian madriguera del zorro.

CAPITULO VI.

El albergue.

En pocos momentos, arrancaron el conde y el montero las piedras ligadas con tierra que disimulaban la trampa del inesperado refugio que á Bamboche se le deparara.

Mad. Wilson y su hija aguardaban con interés el resultado de aquella nueva peripecia de la batida, dobladas sobre el arzon de la silla: el mismo Escipion participaba de la curiosidad general, á pesar de su desdeñosa indiferencia.

—No es madriguera de zorro! esclamó de repente el conde al descubrir la trampa, desembarazada de las piedras y zarzales que la escondian.

Y como por entre el enverjado de madera se perdia la vista en las tinieblas de una gran profundidad, añadió con mayor sorpresa:

—Parece entrada de un subterráneo.

—Subterráneo tenemos? esclamó Mad. Wilson alegremente: magnífico, un subterráneo no es cosa que se vé todos los dias.

—Sea subterráneo ó no, ahí debe estar agazapado

el zorro, esclamó el montero acabando de levantar la trampa y descubriendo una entrada estrecha y muy pendiente.

—Es singular, dijo el conde reflexionando, que exista en mis bosques esta cueva, sin saberlo yo... Tú tampoco la conocias, Latrace?

—No... no... señor conde...

Aquella pregunta sin duda dió en que pensar al montero, haciéndole concebir inquietudes.

—Examinaré por mis ojos qué subterráneo es este y dónde desemboca, dijo el conde Duriveau.

—No hay necesidad de que baje el señor conde, saltó Latrace; echando á Lumineau, veremos muy pronto si está dentro el zorro. Adentro, chiquito! añadió el montero enseñando el agujero al perro, que se precipitó por él inmediatamente.

Sin contestar á la observacion de su subalterno, iba el conde á seguir á Lumineau, cuando le dijo Mad. Wilson:

—Querido conde, mirad lo que haceis; no es una imprudencia que os espongais en esas profundidades.?

—Niñería! repuso el conde sonriéndose, pensais que va á salir de esa caverna un tigre ó un leon? Ay! son demasiado modestas estas selvas para aposentar tan reales huéspedes: permitidme que os deje un instante, porque confieso que se ha escitado mi curiosidad en grado superlativo.

—Tranquilizaos, señora, dijo Escipion irónicamente, yo tambien voy á participar de los peligros de mi padre.

Y en efecto, se arrimó al conde, despues de entregar á su criado las riendas del caballo.

—Es particular! decia Duriveau examinando la entrada; se me figura distinguir un reflejo de luz.

—Primer cuadro de un novelon fantástico! dijo Escipion, colocándose sobre la nariz el doble lente.

Ya iba el conde á penetrar en el subterráneo, cuando le llamó la atencion, asi como á todos los demas espectadores de aquella escena, un ruido de muchos pasos acelerados; con el pie en el borde de la sima,

quedóse inmóvil al ver desembocar en el raso por diferentes lados hasta unos treinta villanos, vestidos andrajosamente y armados unos con horcas, otros con hoces, y otros, por fin, con garrotes.

—Luego que se toparon los distintos grupos, comenzaron á decirse los que al parecer llevaban la voz:

—Qué hay? has visto algo?

—Nada... Y tú?

—Tampoco, y eso que no ha quedado una mata sin registrar.

—Pues nosotros hemos ojeado árbol por árbol.

—Y nosotros lo mismo.

—Pero sin encontrar señal alguna.

--Como el tio Lanzarote no haya tenido mas suerte!

—Qué canalla es esa que asi corre por mis posesiones? preguntó Duriveau al montero, arrugando el entrecejo.

—Son los ojeadores, que andan persiguiendo al malhechor de que hablé antes al señor conde.

—Un malhechor! esclamaron á una voz Mad. Wilson y su hija.

—Por no asustaros, señoras, dijo Duriveau sonriéndose, os oculté este incidente, que, junto con el hallazgo del subterráneo, compone un dia romántico completo. El hecho es que se dice que está escondido en estas selvas un malvado que logró escaparse de las tcárceles de Bourges.

—Pero ved entonces, esclamó Mad. Wilson asusada, que si ese hombre está escondido en el subterraneo...

—Efectivamente, dijo el conde, volviendo aceleradamente hácia la entrada, de donde se apartára un momento para hablar con la linda viuda; es posible que el bandido se haya guarecido en este albergue, y voy á cerciorarme.

—Deteneos, por Dios! esclamó Mad. Wilson, saltando del caballo y acercándose al conde: si está escondido el prófugo, se defenderá como un desesperado! A qué viene pues esa temeridad?

—Temerosa amiga, dijo el conde riendo, hace un

momento, al veros dispuesta á dar un salto peligroso, tambien os insté para que no cometiérais una temeridad. Ha llegado mi ocasion de tomar el desquite.

Ayudó Escipion á Rafaela á apearse del caballo, diciéndola al mismo tiempo algunas palabras al oido, y la acompañó hasta donde estaba su madre, quien dijo al vizconde:

—Escipion, apoyadme para impedir la peligrosa imprudencia de meterse solo á prender á un hombre desesperado.

—Es verdad, dijo Escipion á su padre, con burlona sonrisa: tu abnegacion es sublime, heróica, solo que huele un poco... á gendarme... Vaya, no te piques; no les quites el pan, digo, el malhechor, de la boca, á estos pobres diablos, y supuesto que los gendarmes andan cerca, que vaya un criado á llamarlos.

—En medio de sus locuras, Escipion se funda, dijo, al conde Mad. Wilson; por Dios, os ruego que no os comprometais en este lance!

—Escipion dice muy mal, contestó el conde con firmeza, el deber de todo hombre honrado es prender á un criminal, y mucho mas si hay peligro.

—Calla, que me humillas; hablas como un comisario de policía, dijo Escipion á su padre.

La procaz zumba del jóven hería esta vez al conde doblemente, obligado á aguantar los sarcasmos en presencia de una mujer que idolatraba y á quien creia halagar con este rasgo de bravura, mas condenado á guardar silencio, por no provocar otra escena mas desagradable, se contuvo, se encogió de hombros y marchó resueltamente hácia la boca.

—Amigos mios, dijo Mad. Wilson á los aldeanos, no abandoneis al señor conde, seguidle, defendedle si es preciso.

Era el conde muy temido: enagenábale todas las simpatías su notoria dureza con los colonos y el rigor implacable con que castigaba el atentado mas leve contra sus derechos de propietario; por otra parte, su imperioso continente y fisonomía severa á todos ins-

piraban miedo; de suerte que en vez de atender á la súplica de Mad. Wilson, dijo uno á media voz:

—Si el señor conde quiere prender solo al bandido que le prenda.... á nosotros qué mas nos dá?

—Ya lo sé, cobardes, contestó Mr. Duriveau desdeñosamente.

—Cobardes..... sí.... sí; dijo un pobre diablo de labios blanquecinos y descuadernado por las terribles calenturas del pais; si el bandido me hace daño, quién lo paga es mi muger y mis chicos.

—Raza embrutecida! dijo el conde con amargo desprecio. En su correría no han visto mas que una ocasion de venir á chillar juntos, á destrozar mis bosques, á asustarme la caza, ó robarme algo al paso, si podian. ¡Un dia mas de holgazanería y de desórden!

—No estamos aquí por nuestra voluntad, señor conde, se atrevió á decir un villano: el señor alcalde nos embargó en nombre de la ley, y para los pobres como nosotros, dia sin trabajo, dia sin pan.

—De veras? Y aun por eso el domingo están las tabernas atestadas de borrachos, replicó el conde con ironía mas desdeñosa aun. Si por falta de trabajo, el domingo es dia sin pan, no lo es sin vino, al menos para vosotros, porque os emborrachais como animales Andad¡ en algun tiempo fuí bastante necio para teneros lastima, pero ya os conozco.

—Eso es otra cosa, dijo Escipion á su padre, ya vas hablando en razon; pero hace un momento te vi ya hecho un filántropo furioso.

Aquellos aldeanos pacíficos, avezados á infiinitas humillaciones por la miseria, por una deferencia forzada hácia los que los esplotan, y tambien por la falta de dignidad personal, consecuencia inevitable del envilecimiento y de la ignorancia; los pobres aldeanos escuchaban con tristeza, aunque sin cólera las duras reconvenciones de Mr. Duriveau: no obstante. uno de ellos de cabeza cana, dijo en respuesta á lo de la ociosidad de los domingos:

—El Dios piadoso descansó un dia despues de seis de labor: tambien los pobres podemos...

—Basta; dijo Duriveau con altivez. Yo haré lo que ninguno de vosotros se atreveria á intentar.

Tanto por valor verdadero como para probar su superioridad sobre aquella gente que sinceramente creia de especie inferior á la suya, el conde, á pesar de las súplicas de las señoras, entró resueltamente y sin armas en el subterráneo, despues de prohibir á Latrace que le siguiera, con una seña imperiosa.

En pos de él pasó Escipion, cuidando antes de encender otro cigarro; y ostentando toda la calma zumbona que le caracterizaba, dijo á Mad. Wilson:

---Ea, orad por nosotros,.... un corito,... cualquier cosa por el estilo de la plegaria del Moisés.

Y sacudiendo maquinalmente con el estremo del látigo las empolvadas botas, siguió con indiferencia las huellas de su padre.

Despues de bajar ocho ó diez escalones groseramente abiertos en la tierra, halláronse padre é hijo en medio de una gruta bastante espaciosa y formada naturalmente por los pedruscos hacinados, que para mayor comodidad dejaban penetrar escasa luz y aire por una estrecha rendija.

El rayo luminoso unido á la pálida claridad de un acha de resina, despedia un fulgor singular, fúnebre, á favor del cual descubrió el conde Duriveau un cuadro que le hizo retroceder.

Tambien Bamboche se habia estremecido al ver lo mismo: mas en el fugitivo la sensacion se ligara con un recuerdo que le llenó de dolor y espanto.

En un rincon de la gruta, levantada sobre una especie de plataforma, hecha con piedras, habia una cuna tejida de juncos, y en la cuna, rellena de silvestres flores, un niño muerto muy recientemente: estaba tan natural, tan blanco y tan risueño que parecia dormido; no debia tener arriba de un mes, y al pie de la cuna ardia, sin duda como antorcha de funerales, una acha de resina.

La penumbra del albergue permitia columbrar una caja de madera, que hacia de cama, llena de hojas secas, y junto al rústico lecho una estrecha abertura co-

mo de galeria de minero, por donde un hombre podia pasar á la rastra: la pendiente de este largo conducto subia hasta el nivel del suelo esterior, donde desembocaba, y esto nos esplica la desaparicion de Bamboche.

Incorporóse el vizconde con su padre, en el momento en que este retrocedia sorprendido ante los humildes y misteriosos fúnerales de aquel niño muerto, colocado sobre una cuna llena de flores campestres. Aun cuando en el vizconde hubiera causado pasagera sensacion aquel espectáculo tierno y doloroso, su reputacion de *hombre gastado* le habria hecho disimular sus impresiones; empero era real y positiva la sequedad de corazon de aquel adolescente, viciado en la terrible atmósfera en que vivia desde la edad de quince años. No la aparentaba, como podia creerse, y lo que es peor, hacia impudente alarde de ella. Asi es, que cuando su padre, involuntariamente dominado por un sentimiento de interés y compasion, le dijo, olvidando los motivos de disgusto que contra él tenia:

—Mira, Escipion, mira ese pobre niño muerto.
Contestole el jóven flechando el lente:

—Oh dolor! ya estoy viendo.... un lloron menos... desliz difunto de alguna virtud campestre, episodio de la vida de la mujer.

Mirando luego en torno suyo y señalando con el látigo á la segunda abertura, añadió:

—Si en efecto estaba el bandido, se habrá largado por allí: nos quedamos sin ladron y sin zorro: bonito viaje hemos hecho! Pero sabes que me hace gracia la inocencia de las costumbres rústicas? Vaya, marchémonos ya.

A pesar de la dureza de su carácter, chocóle al pronto al conde, le humilló la cruel indiferencia de Escipion; mas como las últimas palabras de este correspondian con el pensamiento favorito del conde, y eran, por decirlo asi, un argumento mas en favor de su incurable desprecio á ciertas razas, dijo á su hijo:

—Sé hace tiempo que la plebe de los campos es

tan corrompida como la plebe de las ciudades : el estiercol vale tanto como el lodo.

Y cediendo como siempre á sus primeras inspiraciones, cogió el conde la cuna, con no poca sorpresa de su hijo; subió precipitadamente con tan triste carga, y dirigiéndose á los villanos que estaban inquietos por saber lo que pasaba en la gruta, esclamó con voz tonante:

—Tomad, interesantes aldeanos; tomad, mortales desgraciados, y sobre todo, virtuosos! ahi teneis lo que hacen vuestras hijas con sus hijos... cuando les estorban.

Y colocó la cuna sobre un peñasco.

Durante la momentánea desaparicion del conde, habia ido Latrace, á instancias de Mad. Wilson, á buscar la fuerza armada, y llegaba el sargento con dos hombres, al tiempo que el conde dirigia su terrible apóstrofe.

—Un niño muerto! esclamaron los aldeanos retrocediendo asustados.

--Qué horror, mamá! murmuró Rafaela, echándose en los brazos de su madre.

—Ah! caballero... delante de mi hija!... esclamó madama Wilson dirigiéndose al conde en tono de dolorosa reconvencion.

Era ya demasiado tarde cuando Duriveau echó de ver la cruel inoportunidad de su arranque.

--Un in-fan-ti-ci-dio! dijo Mr. Beaucadet, recalcando cada sílaba, como tenia de costumbre en toda circunstancia grave: un in-fan-ti-ci-dio! repitió atravesando el círculo de paisanos, para apoderarse del cuerpo del delito: está bien, este negocio corre por mi cuenta.

Y mirando atentamente el cuerpo del niño, y distinguiendo un objeto que en la oscuridad no viera el conde, esclamó el sargento :

—Un papel! La inocente víctima tiene un papel al cuello... atencion!

Todos los espectadores de aquella escena, á escepcion de Mad. Wilson, que sostenia en los brazos á su acongojada hija, se arrimaron á Mr. Beaucadet y á la cuna con ansiedad, diciéndose unos á otros por lo bajo:

—Tiene un papel atado al pescuezo.!

En efecto, de un cordoncito negro atado al cuello colgaba un papel que desenvolvió Beaucadet, apresurándose á leerlo en alta voz, sin cuidar antes de recorrerle con la vista.

En el billete estaban escritas estas palabras, que el sargento leyó con voz sonora:

«*Deseo que mi hijo se llame Escipion Duriveau, como su padre*.»

—Hola! tiene gracia, dijo Scipion encendiendo el cuarto cigarro con impasible sorna.

Rafaela Wilson desplegó un valor heróico. Al escuchar aquellas palabras, sintió en el corazon un dolor agudo, feroz: la abandonaron sus fuerzas por un momento, y tuvo que asirse á la mano de su madre para no caer al suelo, hasta que cobrando alientos para arrostrar un golpe tan atroz como imprevisto, se sintió con la energía necesaria para no sucumbir. Pocos momentos despues cruzábase entre madre é hija, una larga é indefinible mirada.



CAPITULO VII.

Misterios.

Deseo *que mi hijo se llame Escipion* Duriveau, *como su padre.*»

Este era el contenido del papel que colgado mostraba el niño muerto.

—Tiene gracia! habia esclamado el vizconde encendiendo un cigarro.

La lectura del papel, la horrible insensibilidad, la arrogante sangre fria del vizconde llenaron de estupor á los espectadores de tan singular escena.

Inmóvil y mudo el conde miraba á su hijo con irritado asombro, calculando los funestos efectos que debia producir tan triste revelacion en el ánimo de Rafaela VVilson. Apretaba esta en tanto convulsivamente la mano de su madre, clavaudo en ella los rasgados ojos azules arrasados de lágrimas. A pesar de su carácter dulce y tímido, exasperados los aldeanos por la flemática insolencia de Escipion, comenzaban á prorumpir en sordos é indignados murmullos, y Mr. Beaucadet, aturdido de su torpeza, (pues profe-

saba la mas respetuosa deferencia á Mr. Duriveau, modelo de propietarios), se encontraba en el mas lastimoso apuro, mirando maquinalmente el billete fatal. Mugia la tempestad cada vez con mayor fuerza, cuando de repente acordándose el buen gendarme de la firma del papel que suprimiera por un sentimiento de generosidad, supuso que publicando el nombre de la víctima, aplacaria la irritacion que iba en temible progreso. Por esta razon prosiguió el sargento en su ordinario tono rimbombante:

—El papel esta firmado por la desgraciada... por la miserable que... En fin, no necesito esplicarme mas; está firmado.

—Firmado! murmuraban en voz baja.

—Sí, la infanticida ha firmado: la aturdida ; y libertina ha firmado, repitió Mr. Beaucadet con acento solemne, ha firmado y es...

Circuló una especie de zumbido de inquietud y de angustia entre los villanos, que estaban colgados, como suele decirse, de los labios de Mr. Beaucadet.

—Pues, señores, es... la Carrasca... la pavera de la Granja del Enebro.

No obstante su serenidad imperturbable, estas palabras hicieron estremecer á Escipion; agolpósele la sangre al rostro, saliéndole colores por un momento; mas Rafaela, que no le perdia de vista, fue la única que observó la sensacion pasajera que él no fue dueño de reprimir.

Al saber los aldeanos que la victima y la culpable era la Carrasca, niña de diez y seis añoa, á quien se atribuia cierta influencia sobrenatural y cuya singular belleza, cuya encantadora estravagancia y bondad adorable eran populares en el distrito, supersticiosos é ignorantes los pobres aldeanos, sintieron acrecentarse su ira, su indignacion contra el vizconde.

Aunque tarde, advirtió Beaucadet que habia empeorado la situacion de Escipion ; pues los murmullos, que comenzaron por ser sordos , se convirtieron en quejas é imprecaciones.

—La Carrasca! pobrecita!

—El ángel bueno de esta tierra!

—Tan amable! tan cariñosa!

—Es una picardía haber abusado de ella.

—Oh! los señores son capaces de hacer cualquier cosa con los pobres.

—Atreverse á decir que ella mató á su hijo...

—Ella? imposible.

—Hum! nos llaman brutos y cobardes...

—Pues los brutos tambien se vengan...

—Sí, sí, echadnos el humo á la cara como burlándoos, dijo uno á Escipion; no nos meteis miedo.

—Si fuera hermana mia la pobre Carrasca, añadia otro enarbolando un garrote, nos veriamos las caras...

—Pobrecilla! dijo una voz conmovida—casi hermana nuestra es, porque, hechizada y todo, cada quisque la quiere como hermana, porque al fin aprovecha su heehizo para hacer bien á todo el mundo.

Alarmante se iba poniendo la escena. A la exasperacion promovida por la insolente audacia de Escipion, se agregaba el odio que su padre se habia grangeado con su dureza y con sus desprecios, odio comprimido largo tiempo por el hábito de la resignacion y por el omnipotente prestigio de que aun disfrutan los ricos en aquellos desiertos páramos.

Era ya amenazador el continente del grupo de campesinos, tan humildes y respetuosos poco antes. Madama VVilson y su hija sobrecogidas de susto, se arrimaron al conde y á Escipion, mientras Beaucadet, echando mano á la empuñadura del sable, decia á su gente:

—Atencion á la voz de mando!

En seguida, dirigiéndose á los amotinados, que estrechaban por momentos el círculo en derredor del vizconde y de su padre, esclamó con imponente acento.

—Grupo faccioso! en nombre de la ley, que nadie debe ignorar: Grupo rebelde! disípate, y vuelva cada cual á sus quehaceres.

Desoyóse la voz de Beaucadet, adquirieron mayor

violencia los lamentos y reconvenciones, arreciando la exasperacion con la actitud provocadora del vizconde, quien durante esta nueva peripecia no habia desmentido su carácter, parodiando aquella escena final del acto de las máscaras en que don Juan, despues de una brutal acometida, cuando todo el mundo le abruma á imprecaciones, levanta osado la frente desdeñosa, y solo contra todos, se resiste ante la amotinada muchedumbre.

Otro tanto hizo Escipion: con la cabeza erguida, con ademan arrogante, guardando negligentemente la mano izquierda en el bolsillo del calzon y con la derecha sacudiendo el látigo sobre la botas empolvadas, afrontaba el mancebo con audacia rara, aquel rústico motin; por efecto del despecho, del desden ó de la cólera, respiraban estraña resolucion sus graciosas facciones, afeminadas de ordinario; vivos y osados, despedian relámpagos sus ojos; tenia las mejillas ligeramente encendidas, y bajo el bigotillo rubio y sedoso, sus labios fruncidos por insolente sonrisa dejaban escapar frecuentes ráfagas del humo del cigarro.

A esta sazon en que Rafaela, asustadísima, se apretaba contra su madre, clavó en Escipion una larga mirada de reconvencion y de dolor: mas ay! que nunca la habia parecido tan interesante.

El mismo conde Duriveau, no obstante las razones secretas que le movian á deplorar aquel incidente, no pudo menos de sentir cierto orgullo en vista de la actitud intrépida de su hijo. Queriendo, sin embargo, calmar el público enojo, y sucumbiendo á pesar suyo al poderoso influjo de ciertos sentimientos de moralidad que no se atrevería á desconocer el padre mas escéptico y depravado, cuando habla á su hijo delante de otras personas, dijo Mr. Duriveau al vizconde con voz firme y sonora:

—Es grave la acusacion que pesa sobre vos, hijo mio; por esta razon espero que no sea fundada á pesar de las apariencias: no porque me inspiren temor esas amenazas locas, sino porque me lisongeo de que ni siquiera habreis dado pretesto para ellas.

Asi que el conde desplegó los labios, sustituyó al tumulto un profundísimo silencio: aguardaban todos la respuesta de Escipion, respuesta que habia de apaciguar ó exasperar la irritacion general. Tambien Rafaela con miradas suplicantes y lastimeras imploraba del vizconde que pusiera término á escena tan dolorosa.

—Contestad, Escipion, contestad! esclamó el conde.

—Declaro, dijo el vizconde con la misma voz irónica y serena, hechando el lente sobre los amotinados: declaro que me hizo gracia al principio que la paverilla se entretuviera en adornar con mi nombre el fruto de sus recreos campestres: mas en presencia de las estupendas amenazas de estos poco respetables paladines de la pavera, que me parecen borrachos como cubas, hallo mas divertido el publicar que es mio el chico.

Y como esta declaracion fuera acojida con un estrepitoso clamóreo de furiosos gritos, dió dos pasos adelante el jóven, y con los ojos chispeantes, con la frente indomable, cruzó los brazos sobre el pecho y arrimándose al villano mas próximo, repitió con acento firme y lacónico:

—Sí, es mio el niño: qué tenemos?

Las miradas, los ademanes, la actitud de Escipion, revelaban tan increible intrepidez, que involuntariamente se hicieron atrás algunos de los paisanos; mas fué terrible la reaccion de este primer movimiento: llegada la ira á su punto mas alto, cojió uno de los aldeanos á Escipion por los hombros, y haciéndole dar media vuelta, le puso frente á frente de la cuna, clamando con voz amenazadora:

—Desdichado! teneis valor para chancearos delante del cuerpo de vuestro hijo? Miradle, si os atreveis.....

Otra vez se estremeció Escipion, no de miedo, sino conmovido, y á su pesar hubo de fijar la vista en el cadáver del niño.

—Bribon! te atreves á levantar la mano á mi hijo!

esclamó el conde impetuosamente, cogiendo por el cogote al atrevido que obligara á Escipion á volverse.

—A él lo mismo que á vos, si llegais à tocarme.

—Tan bueno es el padre como el hijo! gritaron muchos.

A pesar de los esfuerzos de Beaucadet, de los gendarmes y criados del conde, hallábanse este y Escipion en inminente peligro, cuando gritos repetidos de *Socorro! que me matan!* distrajeron afortunadamente á los alterados campesinos llamándoles la atencion, y pudiendo asi desasirse padre á hijo mientras los agresores miraban hácia el raso con curiosidad.

Un hombre de obesidad enorme, casi desnudo, pues no traia mas que la camisa y los calzoncillos, manchados de lodo, se precipitó en el espacio claro, gritando desaforadamente:

—Socorro! al asesino! defendedme!

No obstante el susto del recien llegado, era tan grotesca la facha de Mr. Dumolard, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, vestido con un simple calzoncillo, con la cabeza pelada, pues tambien habia perdido la peluca; y con su descomunal abdómen, estaba tan ridículo, repetimos, el pobre hombre, que se deshizo en carcajadas el violento enojo que pudo costar muy caro á los dos nobles.

Viendo Dumolard en el uniforme de Mr. Beaucadet la representacion de la justicia protectora y vengadora, se arrojó en los brazos del gendarme con violencia tal, que por poco le ahoga.

—Caballero en paños menores,—decia Beaucadet pugnando por desasirse de los convulsivos apretones, —es mucha indiscrecion ... ved que hay aqui señoras; retiraos, cubrios y esplicaos.

—Salvadme, señor gendarme! defendedme! vengadme! chillaba Dumolard á grito pelado.

—Pero desdichado Adan, no ois que hay señoras? repetia Beaucadet: cómo se entiende salir asi por los campos!

—Me ha robado todo, la levita, el chaleco, el calzon y hasta las botas... Todo! esclamó Dumolard con voz acongojada... me ha asesinado!...

—Pero quién? preguntó Beaucadet.

—Me obligó á desnudarme, amenazándome; se puso mi ropa, quejándose todavía el muy bribon de que le viniera tan ancha; y cuidado, que llevaba cincuenta luises en el bolsillo... El infame me quitó hasta la gorra... hasta la peluca, para disfrazarse!

---Pero quién? volvió á decir Beaucadet, quién ha sido?

---Finalmente, cojiendo el caballo de la brida, le sacó de la espesura, donde yo me habia metido, y desapareció el mónstruo.

---Pero direis quién ha sido? repitió Beaucadet irritado.

---Ahora mismo, continuó el otro, arrastrado por el fervor de su narracion, ahora mismo acabo de verle pasar á escape por el camino, y se ha encontrado con dos gendarmes que le abrieron paso y le saludaron por añadidura... Imbéciles!

---No lo sois vos menos, esclamó Beaucadet, si no decís quién os robó todo eso.

---Quién puede ser sino él?

---Pero quién es él? gritó Beaucadet desesperado.

—El vuestro.

—El mio? quién es el mio?

—Si os lo estoy diciendo hace una hora! el malvado á quien perseguís.

---Bamboche! esclamó Beaucadet estupefacto.

—Cómo qué! dijo Dumolard, despues de lo que me pasa, me venís con insultos? yo no soy bamboche, y si engordé demasiado, no es una razon para...

—Hombre de Dios, ballenato descomunal, Bamboche es el nombre del ladron prófugo!...

—Pues es una burla atroz que se llame de esa suerte quien se ocupa en tan indigno oficio, murmuró Dumolard.

—Conque le saludaron mis gendarmes?

—Toma! si le creyeron uno de los cazadores...

—Ah! Bamboche, eres un zorro viejo, dijo Beaucadet poseido de indignacion; abusar de los efectos, hasta de la peluca de este macizo señor, arrancar un saludo á mi gente; oh tú, el mas insigne bribon de estos contornos... ya me las pagarás todas juntas...

—Rafaela, hija mia, qué tienes? esclamó Madama Wilson sosteniendo á su hija, que se desmayaba en sus brazos: Dios mio! se pone mala... socorro!

---Con esta otra peripecia, mudó de nuevo de objeto la atencion que estaba fija en Dumolard: las miradas de todo el mundo se clavaron con compasion y sorpresa en Mad. Wilson y su hija.

Muy poco conmovida, como sucedió á su madre, por la ridícula aventura de Dumolard, cedia Rafaela á la vehemencia de sus dolorosas impresiones, contenidas con valor por largo espacio: blanco como el alabastro habia ido quedando poco á poco su bellísimo rostro, y colgaban de los cerrados párpados algunas lágrimas abrasadoras: por bien que su madre quiso sostenerla, la pobre niña cayó de rodillas con la cabeza doblada sobre el hombro... Este movimiento habia tirado al suelo su sombrerillo de hombre, y desatados los admirables cabellos de Rafaela, casi la escondieron en una red de seda, mientras que su madre, arrodillada tambien, para tenerla mejor, la estrechaba entre sus brazos, cubriéndola de besos y de lágrimas.

La amenazadora indignacion de los villanos, si no calmada, disminuida en parte por la grotesca aparicion de Mr. Dumolard, acabó de desvanecerse con aquella série de sucesos raros, olvidando su resentimiento y conmovidos con el tierno cuadro que presentaba Mad. Wilson, sosteniendo acongojada á la hija sin movimiento...

. . . .

Un cuarto de hora despues de estos sucesos, á tiempo que el sol trasponía el diáfano horizonte, salian de las selvas tres grupos de muy diferente aspecto.

Una rápida carretela seguida por criados que con-

ducian los caballos del diestro, se llevaba á Rafaela Wilson, sostenida todavía por su madre, mientras que Mr. Dumolard tiritaba debajo de una capa que le prestara un gendarme.

Al un lado del carruaje iba el conde Duriveau, severo de faz y poseido por la ansiedad mas profunda. El vizconde Escipion, fiel á su hábito de hombre insensible, galopaba á la otra portezuela con estoica calma, si bien de vez en cuando le cruzaba una nube por la frente y un movimiento convulsivo arrugaba su entrecejo.

El cabo de Mr. Beaucadet iba al paso á la alabanza del segundo grupo, conduciendo dos aldeanos en unas angarillas improvisadas con ramas de árboles el cadáver del niño, y en pos iban los demas rústicos, silenciosos, tristes, recojidos.

Por órden de Beaucadet, acompañaba el cabo á la triste comitiva encargada de dejar el niño en poder de la autoridad civil, para que fuera examinado por peritos.

El último grupo que salió del bosque, se componia de Mr. Beaucadet y tres gendarmes, que á buen paso se encaminaban hácia la granja del Enebro, con el objeto de reducir á prision á la Carrasca, acusada de infanticidio.

Inmediatamente despues de hecha esta aprehension, debia Mr. Beaucadet poner en conocimiento de las autoridades el disfraz con que Bamboche habia logrado escaparse de las selvas, donde hubiera sido preso inevitablemente á no ser por su encuentro con M. Alcides Dumolard.

Pero un personaje que sin ser visto presenció todas las escenas precedentes, marchó tambien corriendo por distinto camino hácia la granja del Enebro.

Este personaje no era otro que Huron el cazador.

CAPITULO VIII.

La Granja.

El sol iba á ponerse cuando Beaucadet, seguido por los gendarmes, y resuelto á prender á la Carrasca, se encaminó hacia la granja del Enebro, propia del conde Duriveau, y dependiente de su hacienda del Tremblay.

A los que no han visto la mayor parte de las granjas de la Sologne, seria difícil dar idea del repugnante aspecto de aquellas zahurdas fétidas, desmanteladas, insalubres aun para los animales, y donde suelen vegetar los colonos, sus criados y peones, macilentos y escuálidos por lo comun; porque fiebres incesantes y terribles, causadas por las emanaciones deletéreas de un terreno pantanoso, estenuan á aquellas poblaciones harto debilitadas por un alimento escaso y de pésima calidad.

La granja del Enebro, se llamaba así por un arbol de esta clase, que contaba dos siglos á lo menos y estendia sus pomposas ramas á corta distancia de la habitacion del casero. La fábrica del edificio era una especie de paralelógramo compuesto con ma-

las y derruidas casucas de tierra y heno amasado.

El techado, hundido por algunas partes, era indistintamente de tejas corroidas por el moho y los años, de bálago pasado por la humedad ó de retamas estendidas sobre groseros tablones.

Todas las oficinas, como eran la granja, el aprisco, la cuadra, el establo y la habitacion del colono, daban vuelta á un corral, lleno en su mayor parte de un estiércol infecto que disuelto en aguas negruscas fétidas y estancadas, formaba una laguna de repugnante aspecto. Aquella masa de líquido nauseabundo, cubierta por una costra viscosa de color azulado de tal suerte invadia el corral por la parte de la habitacion del colono, que habia tenido este que construir una especie de dique de cascote, cubierto con haces de aliagas, donde desembocaban tres ó cuatro escalones desvencijados que conducian á la pieza única de que constaba su vivienda.

Por la parte de Levante de esta granja encerrada en un valle tan malsano, estendiase una llanura de eriales hornagueros; hácia el Norte un espeso bosque de encinas, en tanto que por el lado de Poniente, solo una estrecha calzada de césped separaba la granja de una que era ancha laguna en otoño y en invierno, y que cuando en verano al influjo de los ardores del sol, fermentaba su cieno, poblaba la atmósfera de pestilentes miasmas.

Estaba la noche próxima y era la hora en que los animales iban llegando del campo. A poco rato, cruzando por la laguna infecta, para entrar en su establo aparecieron unas cuantas vacas escuálidas, huesudas, secas y manchadas de fango: el insuficiente pasto de los brezos, de las aliagas y de los prados, sumergidos casi siempre, era el orígen de la flacura de aquel ganado que estaba á cargo de un jóven de quince años, aunque apenas representára diez: llevaba las piernas desnudas, llenas de grietas y de color morado por la costumbre de andar siempre sobre terrenos cenagosos: todas sus galas se reducian á un pantalon hecho giras y sobre la piel (esta casta desheredada desconoce

el uso de las camisas) una especie de saco de tela basta, empapado en la humedad penetrante de la tarde. Los cabellos de color amarillento le colgaban lácios y enmarañados y sus mejillas hundidas y lívidas, sus lábios blanquecinos, su mirar apagado y penosos pasos demostraban que estaba *con las calenturas*. Es inutil que aquellos infelices piensen en medios curativos : el médico reside á distancias enormes y su visita costaria demasiado: tienen, pues, sus *calenturas* que persisten hasta dar con ellos en tierra, si es que no se les antoja desaparecer, lo cual sucede muy pocas veces.

Un perro barbudo, puerco, descarnado era el compañero del vaquerillo que con no poco trabajo consiguió encerrar al ganado en una boyería hedionda, resquebrajada en el techo por varios lados, inconveniente que se habia tratado de remediar, cubriendo las grietas, de ramas de pino.

Observábase, que el pastor y el perro estaban unidos por un cariño recíproco nacido de un frecuente cambio de favores y una paridad completa de existencia. Cuantas horas de otoño y de invierno habia pasado aquel niño, resguardado tras de algun retamar y en medio de los desiertos eriales, con el perro apretado estrechamente, para comunicar un poco de aquel calor animal á sus miembros, envarados por el frio!

Sentado de esta manera, sin pensar mas que una bestia el pobre niño, ora miraba pacer sus vacas por entre la húmeda y helada bruma que casi las ocultaba á sus ojos, ora contemplaba maquinalmente el lento vuelo de los ánades y aves frias: sumido a menudo en una apatía estúpida sin mas vida que una madrépora, pasaba horas enteras con la frente apoyada sobre las manos, y con los ojos fijos en los de su perro.

Esta vida solitaria, animal, embrutecedora que rebaja al hombre al nivel de la bestia, era la cotidiana de aquel miserable mozo: á semejanza de miles de seres de su edad y condicion, estraño de todo punto á la instruccion mas elemental, vivia en aquellos

desiertos, poco mas ó menos como el rebaño que apacentaba. Ignorante de las primeras nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, el instinto de aquella criatura se reducia á asociar sus esfuerzos á los del perro para impedir que se entrarán las vacas por la espesura ó royeran los retoños, y recogerlas por la noche en el establo donde se albergaba con ellas.

Así nacen, viven y mueren multitud de criaturas en la ignorancia y embrutecimiento, sin tener de hombres mas que la traza, sin conocer de la humanidad otra cosa que los dolores y las miserias, y sin saber que Dios las dotó como á todas, dándoles un alma que las enlaza con la divinidad, y una inteligencia que si fuera cultivada, podria elevarlas á la altura del primero.

Acababa el vaquero de meter el rebaño en el establo, cuando entró la moza de granja, trayendo de beber en el estanque inmediato á dos caballos enfermos; montaba sobre el uno en pelo y á horcajadas, con las sayas remangadas hasta las rodillas, que apretaba al vientre del pobre animal, para hacerle andar mas á prisa.

La miseria, los trabajos groseros, el embrutecimiento tienden de tal manera á borrar los varios caractéres de elevacion, de fuerza ó gracia con que Dios distinguió á sus criaturas, que aquella individua no conservaba de mujer mas que el nombre.

Tenia abultadas las facciones, curtidas, tostadas por la intemperie de las estaciones, desfigurado el talle por faenas superiores a sus fuerzas: los vestidos hechos andrajos y manchados de fango: los cabellos mal peinados bajo un sucio gorro blanco, la traza brutal y osada, la voz ronca, viriles los movimientos. Y sin embargo aquella infortunada pertenecia al sexo que Dios dotó nativamente de tal delicadeza de formas, de tanta finura de carnes, de esos movimientos suaves y natural elegancia, de ese candor tímido, de ese hechizo atractivo á la par que casto, que caracterizan á la mujer y que por medio de la educacion se des-

envuelven y aumentan, porque no parece sino que cada uno de estos preciosos dones encierra el gérmen de una virtud ó una gracia.

Pero lejos de esto, aquella pobre moza de granja, abandonada, sin educacion, sin enseñanza, sin cuidado, como pasára su madre y como estaba la multitud innumerable de sus iguales, no era mas digna de lástima que un hombre en condicion semejante? Desheredada de toda ventura, de todo placer sobre la tiera, habia ademas á fuerza de faenas, de fatigas, de miseria, perdido hasta la fisonomía, hasta la forma que el Creador la concediera... y si el aspecto de la degradacion física de un hombre contrista el alma, el espectáculo de una mujer tal como la que hemos retratado, no ha de causar un resentimiento mas amargo todavía?

Entraron á poco dos mozos de arar, montados en los caballos raquíticos que servian para este oficio: tiraron de cualquier modo los arneses á un rincon del patio, y los caballejos, enlodados hasta el petral, fueron atados, sin cuidar de limpiarlos, á una esquina de la boyería.

Cojió entonces el vaquerillo una gran cazuela, malamente limpiada con un puñado de heno y se encaminó hácia la puerta de la habitacion del colono. Subió los dertartalados escalones, y dejó en el suelo la cazuela, diciendo con voz doliente:

—Ya están en casa todas las bestias: ahí va nuestra cazuela....

Y con la frente apoyada en las manos aguardó sentado en la piedra, exánime de fatiga y tiritando con la impresion del frio y de la fiebre.

A poco rato, á favor del rogizo fulgor que brillaba incierto á la puerta del cuartucho, vióse asomar un brazo descarnado, armado de un cucharon enorme de madera, y en breve estuvo llena la cazuela de una mescolanza alimenticia que bien merece mencion particular.

La base de aquella cosa sin nombre, se componia de leche, agua y cuajo, revueltos con harina y algunos

mendrugos de pan de centeno, negro, compacto y viscoso. El yeso poco mojado, no hace al caer en la artesa del albañil un sonido mas pesado, mas sordo que el que produjo aquel nauseabundo alimento, servido frio por supuesto, y entiéndase que el colono y su familia no usaban de manjares mas sanos ni mas abundantes.

Asi que la cazuela estuvo llena, cargó con ella como pudo el vaquerillo y colocándosela sobre la cabeza tomó el camino del establo

Cuando llegó, estaba la criada ordeñando la poca leche caliente y espumosa que daban de si las vacas á fin de preparar la confeccion de la manteca para venderla: en la Granja no se consumia mas que el residuo cuajado, agrio por la presion.

Al ver reservada para la venta aquella leche caliente saludable, apetitosa, los infelices, resignados con el detestable sustento que los esperaba despues de un dia entero de fatiga: los desdichados, avezados á la miseria, no esperimentaban la menor envidia. No, sucediáles lo que á esos trabajadores cubiertos de andrajos que en su boardilla desmantelada, trabajando sin descanso estan hechos á no envidiar las lujosas telas de oro y seda, cuya delicada trama tejen á destajo.

Cuando llegó al establo el vaquero cargado con la cazuela de la pitanza comun, encontró ya á sus compañeros sentados en el estiercol cerca de la puerta, para aprovechar el crepúsculo, pues otra linterna mas que la que alumbraba la habitacion del colono, habria parecido una superfluidad costosa.

A esta sazon, sonaron dolorosos gemidos en el rincon mas retirado del establo.

—Bueno! dijo uno de los mozos, ya empieza su música el tio Santiago.

—Como es la hora en que la Carrasquilla va todos los dias á verle...

—Pobre hombre! mas le valia reventar de una vez que vivir así.

—Sufre como un condenado... Y va para dos años

que está lo mismo: pues no era mejor morirse?

—Y gracias á que nuestro amo le dá un poco de paja en el establo y las sobras de nuestra cena, que sino, se moriría como un perro.

—Dios le pague al amo esa caridad, mejorando la mala suerte que le persigue, saltó la moza que se llamaba la Robin. Dicen que el mayordomo del señor conde despide á maese Chervin de la granja, por no poder pagar.

—Qué nos importa á nosotros? dijo bruscamente uno de los gañanes. Amo hemos de tener, con que lo mismo se me dá obedecer á Juan como á Pedro, interin me quedo como el tio Santiago.

—Caramba! cuando uno se acuerda que era de los primeros trabajadores! añadió el otro peon. ...

—Pues ya acabó... tullido de todo el cuerpo...

—Las humedades de las lagunas le han puesto de esa manera.

—Y luego los rocíos de las noches de otoño, cuando fué pastor.

—Pues el consuelo nuestro es que nos aguarda otro tanto para la vejez, y antes acaso: oh! no es broma: á mí ya no me sueltan las calenturas...

—Todos pagaremos el pato, dijo la Robin, la cual no carecia de indiferencia, que es la filosofía de los humildes. A fuerza de trabajar, los azadones se gastan, y luego que no valen, se les tira. Qué remedio tiene?

—Ninguno, está claro; cosas de la suerte.

—Caramba! pero es una suerte bien pícara para os pobres.

—Y tanto...

—Bah! saltó la Robin, la suerte es suerte.

—Sí, tú, la replicó un mozo, aunque te hicieran cuartos, dirias: perdonad, la culpa es mia, no lo hice á posta.

—Si la suerte lo dispone! repuso la criada muy persuadida, y prueba de que es la suerte, que lo mismo te sucede á tí, que á mí y que á esos!

A esta esplicacion triunfante de la fatalidad de su

destino, no supo qué contestar el mozo, se rascó la oreja y meneó la cabeza, pues no estaba del todo convencido.

--Vamos á ver, continuó la Robin, trayendo los hechos en apoyo de su raciocinio, te lo voy á probar tan claro como la luz del mediodia. Esta noche he ordeñado las vacas y ahí está todavía la leche calentita: esta mañana, por órden del amo retorcí el pescuezo á seis gansos cebados que irán mañana al mercado con seis de los pavos de la Carrasca, veinte libras de manteca, medio ciento de huevos, dos fanegas del mejor trigo de la cosecha, un sollo que bien pesa quince libras y dos carpas que no le van en zaga...

--Qué prueba eso en favor de la suerte? dijo el gañan embobado.

--Ten paciencia, prosiguió la Robin: con el trigo se hará escelente pan blanco, no es verdad?

--Ya lo creo.

--Con la manteca y los huevos frescos una tortilla esquisita?

--Huy!

--Pues no digo de las sopas con leche.

--Qué bien me sabrian!...

--Y qué frito con el sollo y con las carpas...

--Calla, calla, que se me hace agua la boca.

--Finalmente, serian una gloria los gansos asados.

--Muchos guardé cuando chico; pero jamás los he catado: debe de ser bocado de rey.

--Pues bueno, continuó la Robin; tenemos á dos pasos de nosotros con qué hacer pan blanco, sopas de leche, tortilla, asado, frito y hasta una buena torta, habiendo, como hay, harina, manteca y huevos; se podria poner una buena comida, no es verdad?

—Una comida de boda! Tendrá uno que casarse, aunque no sea mas que por comer bien un dia en la vida, pero todo eso, qué tiene que ver con la suerte?

—Eso lo prueba, contestó magistralmente la Robin, puesto que teniendo cerca cosas tan buenas, vamos á atiforrarnos con esa pasta.

—Hum! esclamó el criado mirando á su compañe-

ro con ademan interrogatorio; mas el otro dormitaba de cansancio, poco dispuesto á aquella conversacion filosófica, y el vaquerillo acurrucado tiritaba de calentura.

Juzgando la Robin por la fisonomía de su interlocutor qne no estaba enteramente convencido, añadió:

---Mira, Simon, si nuestra suerte fuera comer esas cosas buenas, en lugar de este mejunje, las comeriamos: cuando no las comemos, ni el amo tampoco, señal de que no es nuestra suerte.

---Pero, voto á brios, saltó el mozo desesperado, para quién se hizo la suerte de comerlas?

---Para los señores ricos de las ciudades, que las compran y se regalan con ellas.

—Sí, y para ellos son tambien nuestras terneras, nuestros carneros y nuestras vacas que nosotros jamás probamos (1).

—Hum!...

—Es ó no verdad? esclamó la Robin triunfante: no se lo comen ellos todo y nosotros nada?

—La verdad es que se lo tragan todo, dijo el gañan con tono lastimero, penetrado de la evidente claridad del raciocinio de la Robin...

—Suerte suya, como nosotros tenemos la nuestra, solo que á ellos les toca la buena y á nosotros la mala: ea, pues, mano á las cucharas, añadió la Robin, y despachemos.

Cada cual se arrimó como pudo á la cazuela, agui-

---

(1) Leése en las obras de Santiago Bugeault, obras llenas de buen sentido é inteligencia práctica, verdadero catecismo del agricultor.

"Medio mundo no sabe como vive el otro medio: nadie sospechará que en el departamento hay (Bugeault habla del departamento de Deux-Sevres que no es tan pobre como el de Sologne) 270,000 individuos que jamás comen vaca, ternera ni carnero, bastando para el consumo de cada uno *un cuarteron de tocino* POR SEMANA."

En Sologne una muy corta parte de la poblacion agrícola disfruta del cuarteron de tocino por semana.

jado por un apetito comprimido por el hastío: la Robin, sentada entre los dos gañanes, tratábalos con igual afecto y en frente de ella estaba el vaquerillo.

—Esto frio cae en la panza como terrones de nieve, dijo uno de los mozos, metiendo lentamente la cuchara: yo venia traspillado del frio y con esto acabo de helarme.

—No les darian esta pasta á los perros del señor conde que hoy estaban cazando...

—Oh! los perros! poquito mimados están, repuso Simon, el otro dia que fuí à llevar heno al castillo, miré la sopa que les estaba mojando el señor Latrace, y asi Dios me asista como que tenian cabezas de carnero, tripas, corazon de vaca... vamos, cosa esquisita.

—Ay! todos no podemos ser perros de caza, dijo la Robin resignada y sin la menor intencion irónica.

Tan natural pareció entonces el deseo de la pobre mujer, que sus palabras no dieron lugar á comentario alguno.

Oyéronse entonces otra vez los gemidos y una voz lastimera que llamaba á la Carrasca.

—El tio Santiago llama á la Carrasquilla, dijo la Robin: se conoce que está ya impaciente el pobre viejo.

—Es particular que no haya vuelto á estas horas... Oh! no lo digo por la cena, porque siempre la quedará mas de la que necesita.

—Bah! si come como un gorrion; y come porque ella quiere, insinuó Simon en tono misterioso, que si no quisiera, no comeria nada.

—No diré que no, respondió la Robin, meneando la cabeza, como que está hechizada: y si no díganlo sus pavos que la conocen, la quieren, la obedecen y la defienden como perros.

—Pobre del que se acercára de noche al nido donde duerme la muchacha! preguntádselo á Silverio que por poco le sacan los ojos los malditos animales!

—Ni mas ni menos estuvo á punto de sucederle al

gefe de los gendarmes, por querer retozar con la Carrasca.

—De fijo están hechizados tambien sus bichos, pero los comeria de buena gana, si fuera suerte mia comerlos, como dice la Robin.

A este tiempo entró en el corral un grupo compuesto de un viejo, un hombre de edad madura, y una mujer con un niño, encaminándose hácia donde estaban los criados.

—Hola! dijo la Robin, estos deben ser parroquianos de la Carrasca; pero no los conozco.

—Esta es la granja de la Carrasca? dijo uno de los recien llegados.

—Si lo decia! saltó la Robin, quereis hablarla para que os aconseje, eh?

—Sí, buena mujer, somos del Val, nos hablaron de ella, y venimos acabado el trabajo.

--Pues ya deberia estar de vuelta y no puede tardar: si quereis verla antes, llegaos hácia la azoquia, á mano izquierda saliendo del corral que por allí ha de venir.

--Gracias buena mujer, dijo el mas viejo; y salió de la granja seguido de sus compañeros.



CAPITULO IX.

La Carrasca.

Bueno, dijo la Robin, viendo salir á los parroquianos de la Carrasca; continúa la procesion: ya vienen del Val, y dentro de poco vereis como vienen hasta de la Beauce á pedirla consejos.

—Prueba de que esa chica está hechizada.

—Sí, no puede ser otra cosa, repuso la Robin, no veis qué mona se conserva?

—Con los cabellos relucientes como el aceite.

—Y qué coronas, y qué ramos lleva siempre!

—Pues, y los cinturones que se hace?

—Y las botitas de juncos!

---Válganos Dios, qué ojos tiene! Los ojos sí que estan hechizados!

---No os pasma cómo adivina el tiempo seco, el granizo, la lluvia, las nieblas...

—Ya lo creo como que á su lado es niño de teta un marinero del Loira!

---Asi vienen de todas partes á pedirla consejos...

---Y cómo conoce los terrenos! Con cuatro pala-

bras que diga a los que la consultan, se hacen férti-les las tierras mas malas! con ella no hay eriales!

---La prueba es esta granja, que por escucharla el otro año maese Chervin, hizo una cosecha soberbia.

—Si, de bastante le ha servido: acababa su arrendamiento y de que el mayordomo del señor conde vió tan gran cosecha, aumentó la renta en un tercio mas y una cántara de vino. El amo tuvo que pasar por ello y como no puede pagar le despiden.

—Por no haber hecho caso de las palabras de la Carrasca.

—Es verdad! no se equivoca jamás! Pues no digo nada de las yerbas, como las conoce! en un tiempo bien alivió los males del tio Santiago, pero el mal ha sido mas fuerte: en cojiéndole á uno, no le suelta tan aina.

—Sí, pero mira tú si ha curado á otros...

—Para las calenturas es para lo único que no bastan sus palabras.

—Si dice que las calenturas son dimanadas de los pantanos y hornagueras de esta tierra.

—Ah! ah! los pantanos dar calenturas! saltó uno de los carreteros riendo: esa es tontería suya.

—Cuando lo dice, repuso la Robin, sabido se lo tendrá; que si está hechizada para una cosa, lo mismo será para otra.

--Mira, contestó el carretero indeciso, no te diré que no.

--No hay mas que ver, continuó la Robin, cuando se pierde cualquier cosa: se la dice sobre poco mas ó menos donde ha sucedido y va allá con sus pavos, obligándolos á encontrar lo que sea, como sucedió con la caja de plata del mayordomo.

--Y con el frasco de la pólvora del guarda, que era de cobre (1)?

---

(1) Dos veces hemos sido testigos de un hecho igual que se nos ha esplicado diciendo que delante de cualquier objeto reluciente se reunen los pavos y empiezan á hacer ruido.

--La Carrasca está hechizada á no dudarlo.

--Por supuesto.

--Pues en cuanto á buen corazon, quién hay qué la gane?

--Eso que lo diga Huron, el cazador, que cuando le persiguen, ella le avisa y le proteje siempre.

--Por eso, desesperando de pescarle, le han dejado en paz.

--Oh! pues Huron es un buen hombre, y si caza en vedado, tampoco le falta nunca á cualquier pobre enfermo buena carne para tomar un caldo.

--Asi debe ser, si no lo mereciera, de seguro no le protejería la Carrasca.

--De algun tiempo acá, andan juntos á menudo.

--Toma! le habrá hechizado tambien al cazador.

--Qué duda tiene! dijo la Robin candorosamente: no hay sino mirarla junto á mí, con aquellos piececitos, aquellas manos tan delicadas, aquella cintura tan pequeña. Bah! no puede menos de estar hechizada.

--Mira tú como en lugar de acostarse con todos nosotros en el establo, se ha hecho un nido para ella y sus pavos.

—Eso es lo que te quema, gran tunante, qué echas menos el retozo! dijo la Robin soltando una estrepitosa carcajada y alargando al vecino un puñetazo: él por no ser menos, arrimó por detrás de la Robin un escelente cachete en las espaldas del otro gañan que se iba quedando dormido, y que por via de juego, contestó sacudiendo un puntapié al vaquerillo, quien sin dejar de tiritar, procuró sonreirse y no devolvió á nadie el golpe.

—No harás tú como la Carrasca, no es verdad, la Robin?

Y al mismo tiempo dió Simon un abrazo á la repugnante criatura, repitiendo:

—No es esta tan tonta que nos deje solos en el establo.

—Ya, por la cuenta que la tiene

Añadió el compañero de la izquierda, abrazando á la moza con igual familiaridad y sin que en Simon

se notaran celos, en tanto que el vaquero escuchaba con indiferencia, las groseras chanzas que se cruzaron; pues no intentaremos reproducir la inmunda conversacion que se prolongó hasta bien entrada la noche.

Las sobras del banquete quedaron reservadas en un rincon fuera del establo, no sin cuidar el vaquerillo de taparlas con un cubo: era la cena de la Carrasca, cuya tardanza sorprendia, aunque no inquietaba á los mozos de la granja. Ya se vé, quién habia de apurarse por una niña hechizada!

Luego que se cerraron las desvencijadas puertas del establo, acostáronse revueltos en la misma paja-za los dos mozos, la criada y el muchacho, sin desnudarse por supuesto, y apiñados unos con otros para darse calor, pues entre aquella gente era desconocido el uso de camas, sábanas y mantas.

Con estos preliminares, no hay en verdad motivo para que choquen los incidentes obscenos que encubren á menudo con sus sombras esas eternas noches de invierno, pasadas en una granja solitaria ó en las ardorosas veladas de estío cuando las casas de labor están llenas de segadores y segadoras, durmiendo en peloton hombres, mujeres y niños.

Y á estos séres criados sin mas esmero que las bestias, abandonados á sí propios sin distincion de edad ni sexo, como ganados que vuelven de la labor ó del pasto, hay derecho por ventura para exigirles otras costumbres que las que los animales tienen? ¿Con qué prétesto se les puede prescribir la represion de sus ardores brutales, el respeto á la infancia, y la dignidad personal?

Asi, tantos de estos infelices, abandonados á las tradiciones de aquella existencia de miseria y embrutecimiento, desheredados de todo lo que es capaz de cultivar el espíritu, depurar el corazon y engrandecer el alma, viven como pueden y por necesidad en el fango en que se les deja perdidos.

Mas á esto replicarán los optimistas y los hartos, que son la peor clase de egoistas: «Esa casta embru-

"tecida acepta su miserable suerte sin quejarse , y aun "se revuelve en su cieno con un gozo, con una sensua„lidad asáz grosera : ved á los proletarios de los cam„pos , cómo se contentan con un alimento insalubre y „detestable , en tanto que todos los dias están reco„giendo , criando y cebando sin envidia los elementos „de la alimentacion mas sana , mas suculenta , mas „apetecida. Qué se gana con despertar en esos infeli„ces necesidades, apetitos que no esperimentan? Ved„los como asi que se hartan , se tienden revueltos en „la misma paja , hombres , mujeres y niños : y qué „importan los hechos de promiscuidad salvaje que „puedan ocurrir en aquellas zahurdas? La noche es „complaciente , sus tinieblas esconden lo que debe „quedar oculto , y asi vive hace siglos esa casta su„frida , avezada á la servidumbre y que nada solicita: „trabaja resignada , sufre en paz : *no hagais, pues, mas „su causa que ella misma.* Esa gente, que tan desdicha„da se os antoja , rie , canta y hace el amor á su mo„do. No espereis por tanto conseguir que se compa„dezca su suerte.„

A esto contestamos nosotros:

Precisameate por la misma razon que esas castas desheredadas , no suelen tener conciencia de cuán grosera , cuán salvaje y embrutecedora es la vida animal en que se ven obligadas á vivir , por esta misma razon , repetimos, reclamamos nosotros para ellas en nombre de la dignidad y de la fraternidad humana una educacion que las penetre del horror de tan deplorable existencia.

Una educacion que imponiéndolas en los alcances de SU FUERZA , en el conocimiento de SUS DERECHOS y en la religion de SUS DEBERES, permita á estas clases desheredadas, reclamar y obtener su parte legítima de los bienes y productos que contribuyen á hacer valer , parte que debe ser equitativamente proporcionada á la fatiga , á la labor é inteligencia del que trabaja.

—Empero, volverán á replicar los optimistas y los repletos que, hastiados de los placeres del invierno,

eligen prudentemente la primavera y el verano para sus peregrinaciones campestres: á qué es hablarnos de zahurdas húmedas é insalubres, de eriales solitarios é incultos, de lagunas corrompidas? Esa misma granja del Enebro, por ejemplo, tiene vistas deliciosas..... Cabat ó Dupré sacarian de ellas un bonito cuadro.

Y efectivamente, en la primavera los brezos incultos se cubren de rosadas flores; en la cenagosa orilla de los pantanos, brotan las hojas lanceoladas de los írides de color de oro ó los enormes tallos de las cañas con sus oscuros penachos; el moho fresco cubre con sus reflejos de esmeralda los tejados ruinosos; bajo las floridas plantas parietarias desaparecen las grietas de las casucas, y hasta las encinas que por el lado del Norte resguardan la granja, ostentan á la sazon su mas pomposa verdura.

Ya se vé, á vista de las chozas reflejadas por el agua de las lagunas y escondidas entre floridas plantas y árboles copudos, el optimista esclama: *Hermoso paisaje! Cuadro pintoresco!* y se encoge de hombros si le hablan de la suerte horrible de los seres condenados á vivir en un paraje de donde, segun el optimista, pueden sacarse tan deliciosos cuadros.

No obstante, si el viagero enamorado del *colorido* y del *paisaje*, prolongára por poco tiempo su residencia en aquel lugar de efecto tan pintoresco, pronto advertiria que fermentadas con el ardor del sol las masas de estiercol húmedo hacinadas en el corral, desprenden un hedor pútrido que inficiona la habitacion, harto escasa de aire, mientras que calentado por la canícula el cieno de los pantanos, desparrama miasmas deletéreos, tan funestos como las nieblas que los cubren en otoño y en invierno.

Sí, porque se ignora ó se olvida que, si gracias á la inagotable profusion de la naturaleza, aquellas pobres viviendas en que se alberga la poblacion agrícola, están por breve espacio decoradas esteriormente con un humilde adorno agreste, el interior de las tales

chozas, y la vida de los que las habitan da lugar á las mas dolorosas reflexiones.

Nuestra opinion es que la suerte, la salud, la existencia de millares de criaturas de Dios no debe depender de la buena ó mala voluntad, del corazon bueno ó malo de un solo hombre, só pretesto de ser poseedor de parte de un territorio.

Tenemos en Mr. Duriveau un propietario de dos ó tres leguas de término. Por incuria, por ignorancia, por el egoismo ó la avaricia de este hombre, por culpa suya, en una palabra, la parte de terreno que posee y que está habitada por multitud de familias, se halla espuesta á la accion homicida de las aguas estancadas, que si se utilizáran por medio de canales, podrian fertilizar y fecundizar el suelo, que hacen estéril y mortífero para los que le cultivan tan penosamente.

No contento Mr. Duriveau con perpetuar los focos de corrupcion, obliga á sus colonos á vivir en las horribles guaridas que les arma con tierra y bálago en los sitios menos sanos, cubiles húmedos donde los miserables proletarios de los campos adquieren por precision enfermedades, hasta que una muerte prematura da con ellos en tierra (1).

¿Existe alguna autoridad ó ley que impida á este hombre dejar siendo homicida lo que debiera ser sano y estéril lo que podria ser fecundo? No: este hombre

(1) Hay escepciones raras, aunque honrosas, que confirman la generalidad de los hechos. El difunto Mr. Vicente Caillard fue el primero que introdujo en parte de la Sologne los plantíos en grande de pinos del Norte y pinos de Escocia, á fin de fertilizar y hacer mas salutífero el terreno. Mas adelante, Mr. de Lorge, ademas de sus continuos socorros, hizo inmensos desmontes y prestó notables servicios á la misma comarca con el generoso impulso que dió á la agricultura. Mr. Menard, ex-notario de Beaugeney, está en la actualidad ensayando las mas inteligen-

dispone á su antojo de parte del territorio de la Francia.

Véase sin embargo qué singular anomalía.

Si en la ciudad una casa mal configurada, roba un pie de terreno en una calle que tenga treinta ó cuarenta de ancha, inmediatamente la ley se conmueve, se aflije, se indigna, y en nombre de la *utilidad pública* se echa encima del pobre propietario, obligándole de grado ó por fuerza á derribar su casa. Ya se vé, no chocaba á la vista? no estorbaba la circulacion en un sitio dado? La urgencia era terrible, el peligro enorme de no llevar adelante la medida! La rectitud de la alineacion, el ensanche de la acera lo exigian!!

De esta suerte la policía urbana huella los derechos que se llaman imprescriptibles de la propiedad, y obliga al dueño á demoler su casa en breve espacio—casa paterna quizá—casa donde va á morir su madre.

Esta subordinacion del interés privado al interés de todos, dimana ciertamente de un principio admirable en su esencia y reasumido en estas palabras: *utilidad pública*: (para los buenos hay una santa revolucion social en la inteligente, vasta y fecunda estension del principio de EXPROPIACION), mas ¿por qué se limita á solo el embellecimiento de las ciudades las consecuencias de este magnífico principio de fraternidad? ¿Por qué la sociedad, tan radical, tan legítimamente agresiva á la propiedad y al individualismo, cuando en circunstancias dadas el individualismo y la propiedad perjudican al bien comun, porque la sociedad se mantiene indiferente, desarmada respecto de cuestiones mucho mas graves que las de alineacion de

---

tes mejoras agrícolas, apoyadas en las ideas fecundas y llenas de porvenir de la *asociacion* y del *socialismo*. Mas estos ejemplos por respetables que parezcan, no son mas que escepciones, sin enlace con ninguno de esos vastos sistemas, cuya iniciativa solamente puede tomar un estado social en que se diera satisfaccion plena y legítima á los representantes de estos tres elementos de toda riqueza.—*Trabajo.—Inteligencia.—Capital.*

calles, pues quese trata de la fertilizacion, de la riqueza del reino, y sobre todo de la vida—de la vida, sì! del mayor número de sus hijos?

En nombre de la humanidad ultrajada, en nombre dea ultrajada divinidad, porque sacrilegio es usar tan indignamente de lo que Dios crió para satisfaccion de todos, cierto que la sociedad, tan severa con Mr. Duriveau, gran propietario agrícola, como con el dueño de la casa desnivelada, deberia esclamar:

—*En nombre de la utilidad pública*, haced saludables propiedades, edificad casas humanas y no zahurdas para los hombres laboriosos que cultivan solos y hacen valer el terreno de que sois poseedor, evitad á esos infelices, hermanos al cabo y semejantes vuestros, las enfermedades que los enervan y los matan y de las cuales sois responsable á los ojos de Dios y de los hombres, puesto que de vos depende destruir la causa de esa mortandad! Si asi no lo haceis, la sociedad os espropia, como lo hace cuando un propietario no se sujeta á la alineacion ó á reconstruir una casa cuya inminente ruina amenaza á la seguridad de los transeuntes.

En vano diria Mr. Duriveau:

—Me faltan fondos para desmontar ó mejorar mis tierras, para construir casas sanas y vivideras en lugar de esas chozas.

Pues la sociedad debiera replicarle:

El mejoramiento de parte del territorio comun, su fertilizacion y ademas la salud y la vida de cincuenta familias no deben estar sujetas á las alternativas de vuestra caja, á la insuficiencia de vuestros recursos ó á la dureza de vuestro corazon. Sois demasiado pobre para ser tan rico? pues vended vuestras haciendas: la sociedad exigirá del comprador las garantías que vos nos dais. Si faltan postores, comprará la sociedad: la tierra abona siempre con usura los adelantos que se la hacen. Constituida en propietaria, la sociedad hará los trabajos de desmonte, cultivo y construccion en interés de todos y por consiguiente en el

suyo propio, porque congregaba á los trabajadores agrícolas en *asociacion*, en *participacion*.

La *comunion* entonces reemplazará á la egoista y estéril individualidad, y esos arenales pantanosos solitarios, casi estériles, donde vegetaba una poblacion miserable, raquítica, se trasformará en un territorio alegre, productivo, poblado de seres dichosos que por los derechos del trabajo y la inteligencia, disfrutarán de los bienes que Dios creó para todos.

A Dios gracias, tal es la fuerza de las cosas que estos tiempos se van aproximando. Ojalá que los hombres, que gobiernan puedan conseguir, como es hacedero, que se verifique la emancipacion de las clases desheredadas sin sacudimientos, sin violencias, sin víctimas y á satisfaccion de todos los intereses. . . . .

. . . .

Acababan los mozos de la granja del Enebro de cerrar la puerta del establo donde dormian, cuando entró la Carrasca en el corral.

No muy distante de la granja, la Carrasca habia encontrado á los que se dirigian en su busca *para ser aconsejados*, segun el decir de La Robin; fiel y consecuente con el deber que se habia impuesto, la benévola muchacha suplicó á sus rústicos *clientes* que la esperasen por algunos momentos fuera del edificio.

Cuando la *Carrasca* penetró en el patio de la granja, la pálida luz del crepúsculo sombreaba de un azul oscuro el firmamento, fulgurando ya en su zenit tal cual estrella, sin que por eso hubiera perdido todavía el ocaso la trasparencia luminosa que como el último recuerdo de un dia trascurrido, deja el sol en su postrer reflejo, derramando el melancólico encanto que hace de las tardes de otoño las mas puras y suaves del año; sobre este fondo de apagada púrpura se dibujaba la figura de la Carrasca. Su estatura si no muy aventajada, era un conjunto de perfectas proporciones, vestia un capisayo de mangas medianamente holgadas, de burda tela de lana blanquizca, esmaltada de parduscas

rayas, sujeta á la cintura por una flexible trenza de juncos tan finos como la misma seda, tegida por la Carrasca con admirable habilidad. Gracias á su anchura y á la consistencia del tegido, el vestido de la jóven, cerrado hasta el nacimiento del cuello y largo hasta media pierna, doblábase en pliegues de la mas graciosa sencillez, á la vez que lo escaso de su longitud lo preservaba de mancharse y enlodarse en el fango de los pantanos; sus anchas mangas, que no le pasaban del codo permitian admirar la morbidez de los brazos, un tanto tostados de la jóven; sus pies diminutos como los de un niño calzaban zuecos de madera de abedul ennegrecidos al fuego; el agua de un manso y puro arroyuelo en el cual acababa de labarlos, les habia prestado el lustre del ébano. Obligada á causa de su pobreza á caminar con las piernas desnudas, se habia arreglado ella misma una especie de botines de junco que subian hasta mas arriba de la redilla, y remataban en la garganta del pié, preservada por el zueco; nada mas lindo ni aseado que aquel suave y reluciente tejido, oprimiendo y estrechando el torneado perfil de una pierna seductora, precavida de este modo del endurecimiento de la piel y de las grietas casi siempre ocasionadas por el contacto del fango.

Por una costumbre singular, desafiando el frio, la lluvia y el ardor canicular, llevaba la jóven siempre la cabeza desamparada y sin ningun preservativo; alguna vez tan solo, cuando los carrascales se engalanaban con sus amarillentas flores, ataba algunas de sus flexibles ramas al sencillo peinado que usaba, sin duda en glorificacion del nombre con que habia sido bautizada, al hallarla tierna niña, abandonada en los arenales y recostada en medio de las carrascas (desde aquella época el mismo misterio velaba siempre su nacimiento): el pelo castaño, en estremo abundante, naturalmente rizado y separado en ondas, ostentaba un seductor viso, realzado por la sombra proyectada sobre la frente por la espesura de su cabellera, en donde oscilaban en-

tonces algunas delgadas ramas de carrascal rosa. Cejas deliciosamente trazadas y tan negras como las pestañas desmesuradamente largas y graciosamente rizadas, que guarnecian sus párpados, coronaban los ojos de la Carrasca, ojos de notable magnitud y de un color poco comun, *verde-mar*; segun la impresion del primer momento, tornábanse ora claros, brillantes como la esmeralda; ora de un verde sombrío y límpido como el de las olas siempre transparentes, á pesar de su profundidad. Este color singular y mudable, prestaba un aspecto estraordinario á la mirada de la Carrasca, mirada á las veces singularmente pensativa, y á menudo dotada de una movilidad y un brillo sin igual.

Todas las facciones eran aun mas notables por la perfeccion y maravillosa armonia que reinaba en el conjunto de la encantadora criatura que acabamos de retratar. Aquella rara belleza parecia un poco estraña por su original vestimenta, por su gracia salvaje y la increible habilidad que poseia para las labores que inventaba; su inteligencia, estraordinariamente viva y penetrante en diferentes sentidos, la sorprendente y afectuosa obediencia que la rendian los animales que tomaba á su cuidado, la especie de adivinacion ó mas bien prevision casi infalible de que parecia dotada en lo tocante á las cosas del campo, todas estas inocentes escentricidades, hacian pasar á la Carrasca en el concepto de los rudos y sencillos habitantes de aquel pais desierto, por una criatura *hechizada*, es decir, sometida á la influencia de un *conjuro* lanzado sobre ella á su nacimiento; pero á la inversa de lo que acontece comunmente en materia de hábitos supersticiosos, en vez de inspirar temor ó desvio, la Carrasca por el contrario, escitaba sentimientos de vivo reconocimiento ó de sincera simpatia, porque la influencia algun tanto sobrenatural que se le atribuia no se manifestaba jamás, sino por los servicios que prestaba; la pobre pastorcilla de pavos hallaba medio en su mísera posicion, de ser servicial y afable con todos.

A su entrada en el corral de la granja la Carrasca

iba no seguida, ni precedida, sino rodeada de su numerosa manada de aves de negro y lustroso plumaje y cabeza escarlata. Dos enormes pavos reales, ostentando orgullosos su cresta y papada de deslumbrante púrpura, sombreadas de vivo azul, se pavoneaban con aire formidable, *haciendo la rueda* como suele decirse, erizando el plumaje y redondeando la cola, magnífico abanico de ébano barnizado de verde oscuro. Ninguno de los dos se separaba un solo minuto, uno de la derecha y el otro de la izquierda de la Carrasca, ya mirándola con los ojos rojos y osados, ya graznando con voz tan triunfante, tan insolente, tan provocadora que no parecia sino que desafiaban á todo bicho viviente á que se acercase á su ama.

Viendo á aquellas dos monstruosas aves de tres pies de altura y cinco de punta á punta de las vigorosas alas, aves armadas de acerados picos y agudos espolones, no era de estrañar que Mr. Beaucadet, á pesar de su valentía, se encontrara bastantemente apurado para necesitar defenderse con la vaina del sable contra tan intrépidos agresores.

A una señal de la Carrasca, toda la pavada paró, graznando de placer delante de una especie de gallinero, del cual solo una abertura estrecha puso espedita la jóven con objeto de poder contar la manada, pasando asi de uno en uno por delante por órden de estatura, los mas jóvenes primero y todos sin apiñarse con admirable disciplina, en tanto que los dos enormes pavos reales que disfrutaban de algunos privilegios por su edad y servicios, dejaban desfilar magestuosamente á sus compañeros, metiendo prisa á los perezosos con picotazos equitativamente repartidos.

Luego que la manada entró en su albergue, á escepcion de los personajes importantes, abrió la Carrasca la puerta del gallinero. Aunque á la sazon respiraba profunda melancolía la figura de la doncella, asomó á sus lábios una sonrisa de satisfaccion, en vista del órden sorprendente, en verdad, que reinaba en el cobertizo, donde la gente de pluma estaba simétri-

camente colocada por tallas: los pavos mas pequeños, que entraban los primeros, iban en virtud del hábito que les hiciera formar la Carrasca á encaramarse en lo mas alto de tres viguetas colocadas unas sobre otras. Como el instinto observador, la inteligencia de la jóven adivinára la educabilidad inconcebible de que todos los animales están dotados, habia realizado prodigios en su humilde esfera, á fuerza de paciencia y de dulzura.

En lo mas alto del cobertizo, aun mas arriba de las viguetas estaba colocado el nido de la pavera, si es lícito llamarlo asi.

En sus tiernos años, en virtud de un sentimiento de pudor precoz y *dignidad personal*, que era una de las dotes mas notables de su carácter, habíale repugnado á la Carrasca participar de la cama comun, donde en aquella granja como en todas, duermen revueltos los criados de ambos sexos: la Carrasca habia conseguido del colono permiso para hacerse uno á manera de nido de golondrina pegado á la pared, un chirivitil donde se encaramaba trepando por las viguetas con la agilidad de un gato. En esta especie de nido tapizado de moho y lleno de hojas secas y yerbas aromáticas, hallaba al menos la niña un albergue sano y el aislamiento propio de su edad y de su sexo. En breve tambien contó en su manada centinelas vigilantes, porque la burlesca aventura de Beaucadet no habia sido la única de esta especie.

El año anterior, habiéndose atrevido á penetrar en el gallinero un mozo de granja, poseido de brutal amor, la poblacion de pluma gritó de tal manera y se tiró por todas partes con tanta furía sobre el temerario amante, que hubo de huir aceleradamente, aturdido por aquel estruendo, amedrentado por tan imprevisto ataque.

Terminada la tarea cotidiana, cerró la Carrasca la puerta del gallinero, colocó con esmero en un rincon un canastillo cubierto con hojas frescas que traia en la mano, y salió del corral para *dar audiencia* á las personas que iban á consultarla: aguardaban estas

fuera del edificio, sentadas sobre un tronco y á corta distancia del enebro enorme que daba nombre á la granja.

Nadie se estrañe de oir á la humilde pavera esplicarse en un lenguaje que revelaba cierta educacion, rara elevacion de ánimo y conocimientos no solo variados, si que tambien admirablemente aplicables á cosas rurales; el ingenio mas perspicaz, las mas felices disposiciones jamás hubieran dotado á una niña de su edad, de esa ciencia práctica que solamente imbuye el prolongado hábito de trabajos campestres y el laborioso estudio de las leyes y fenómenos de la naturaleza: porque la observacion inteligente de lo pasado infaliblemente sirve casi siempre para predecir el porvenir.

Sin duda la Carrasca se habia asimilado con singular fortuna las lecciones y fruto de otra esperiencia mas aventajada que la suya.

De este modo se esplica lo que tenia de estraordinario el saber de la Carrasca, la seguridad de sus pronósticos, la candorosa prudencia de sus consejos. Los villanos ignorantes y crédulos de quienes era el oráculo, no debian por su parte ver en ella ni veian mas que una criatura algo sobrenatural ó hechizada, como decian.

Dos hombres, de edad madura el uno, anciano canoso el otro, una mujer jóven todavía cargada con un niño de cinco ó seis años, tales eran los nuevos parroquianos de la Carrasca, por supuesto vestidos todos andrajosamente.

—Qué me quereis, buena señora? preguntó la Carrasca con acento afectuoso y dulce á la que tenia el niño sobre las rodillas.

En seguida de esta pregunta, movidos de loable discrecion, se apartaron los dos hombres unos cuantos pasos.

—Válgame Dios! esclamó la mujer tristemente: soy de Saint-Aubin, hija mia, por allí dicen que sabeis *palabras contra las enfermedades*, conque vengo á deciros que *hableis* algo para curar á este angelito.

Señaló á su hijo cubierto de andrajos, pálido y horriblemente flaco, cargados por invencible sopor los inchados ojos.

La Carrasca meneó la cabeza tristemente.

—Os han engañado, querida señora, no sé palabras para las enfermedades de los niños.

—Pues en el valle cuentan que la otra primavera hablasteis contra el mal de todo un rebaño de corderos y que escaparon la mayor parte... con que haced por este pobrecito lo que hicisteis por los corderos, hija mia, dijo cándidamente la pobre mujer en tono de súplica; os contaré como ha sido. Este angelito siempre ha sido mas delicado que sus dos hermanos mayores, pero al fin y al cabo iba trampeando.... Ya sabeis lo rigoroso que ha sido el invierno.

Al otoño, mi pobre marido tomó las calenturas por arrancar cepas en un terreno sumergido: las calenturas le quitaron de trabajar; sin embargo, iba como podia, aunque muy á menudo quedábamos en ayunas y á no ser por unos puñados de patatas, debidos á la caridad de un vecino nos hubiéramos muerto de hambre: el último huracan de febrero arrancó casi todo nuestro techado, y cuando vino mi pobre marido á recoger algunas ramas para componerle, y calentarnos, los guardas del señor conde le prohibieron tocar á nada... Caramba! desde entonces dormíamos á cielo raso y nos llovía encima, y de noche especialmente pasábamos un frio de todos los diantres: á resultas, este pobrecito fué perdiendo el color, tuvo tós, temblores hasta ponerse como le veis; dijo la mujer llorando.—Ay, hija mia, en vos tengo mi única esperanza, haceis lo que quereis y así, por Dios, quitadle este mal, como se lo quitásteis á los corderos.

Repetidas veces, durante esta cándida y triste *consulta*, la Carrasca habia estado á punto de interrumpir á la pobre mujer; pero no se habia sentido con suficiente resolucion para hacerlo: despues de haber mirado al niño, y tomando en la suya sus dos manecitas lívidas y frias, dijo á su madre suspirando:

—A los corderillos... ya se vé, no les faltaba ni la leche de su madre para alimento, ni el vellon para darles calor; su mal consistia en estar encerrados noche y dia en un redil bajo, sin aire, lleno de estiércol... allí dentro se ahogaban los corderos; y muchos llegaban á morir (1). Yo le dije al colono: en cuanto á vuestros corderos de primavera, que tengan aire libre, verdura y sol... y por la noche el establo abierto y fresco: de este modo los corderos respirarán un aire puro: al abrigo de su madre no sentiràn nunca el frío; los lebratillos y los ciervos, nacen, crecen y se robustecen, sin otro abrigo que el seno de su madre y la espesura de la enramada en que han visto la luz...

Pero los hijos del pobre, añadió la Carrasca con los ojos anegados en lágrimas, los hijos del pobre son mucho mas dignos de compasion que los hijuelos de la oveja del establo ó de la cierva de los montes; su madre no puede darles el calor que le falta á su pecho helado.... y cuando se agota la leche, no encuentran alimento en el valle, ni en los bosques. Vuestro hijo ha sufrido frio y hambre.... pobre madre! de esto proviene su mal.... y contra él, ah!... no tengo palabras.

—Con que es preciso que muera, querida mia, pues que no teneis palabras contra su mal! dijo la madre sollozando.

—Lo ha visto algun médico?

--No viene nunca á nuestra casa... vive muy distante y ademas, cómo podriamos pagar sus visitas?... ni las medicinas tampoco... ah! los médicos no son para los pobres como nosotros.

---

(1) Por una aciaga preocupacion y para aumentar la masa del estiércol en muchas granjas, los corderos y otros animales subsisten todavía rigurosamente encerrados noche y dia en rediles infestados, en los cuales falta casi completamente el aire vital; de aquí sobrevienen frecuentes enfermedades de los órganos respiratorios, y muy á menudo muertes por asfixia con todos los síntomas de este género de muerte.

La Carrasca miró al niño con silencioso enternecimiento: su corazon se oprimia de pensar que tendria que despedir á aquella pobre madre sin una sola palabra de esperanza.

—Y sin embargo bastaria tal vez bien poca cosa para salvar á esta criaturita, añadió la Carrasca con ademan pensativo, un vestidito bien caliente, una cama muy seca... y todos los dias leche pura y templada...

—Buenas noches, Carrasquilla, esclamó de repente una voz gruesa y jovial.

Levantó la cabeza la jóven y vió acercarse con las manos estendidas y risueña la faz á un hombreton flaco y moreno, cubierto con el sombrero redondo de la Sologne, blusa blanca y botines del mismo color.

—Dios os guarde, añadió acercándose á la Carrasca, y os conserve largos años para las buenas gentes, porque se me antoja que habeis de ser algo parienta del Dios piadoso; cuando quereis no hay desdicha que resista.

—Qué hay de nuevo, maese Chervin? preguntó la Carrasca.

—Qué hay de nuevo? que esta noche quedará mi cosecha encerrada. Contaba con unas diez fanegas, que ya era bastante y cojo quince... resultado de vuestros hechizos y...

La Carrasca, que estaba pensativa, interrumpió de pronto al del sombreron.

—Estais satisfecho de la cosecha, maese Chervin?

—Que si estoy contento? á cada medida de esceso que contaba, decia por lo bajo: «gracias, Carrasquita, gracias, Carrasquita» como si invocára á Dios y...

La Carrasca le volvió á interrumpir.

Puesto que estais contento, maese Chervin, es justo que me contenteis á mí...

—Pues á eso venia, y como dicen que no tomais dinero por vuestras palabras....

Nueva interrupcion de la Carrasca para decir, señalando á la pobre mujer suplicante:

—Aqui teneis una honrada mujer del valle, cuyo

hijo se halla muy malito, estoy segura de que se salvaria con una cama bien caliente, un vestido, y por espacio de un mes ó dos, un poco de leche todos los dias...

Asi pues, os ruego, maese Chervin, que deis á su madre una brazada de la última lana de vuestras ovejas en un saco que servirá de colchon; no le faltará á vuestra mujer algun vestido viejo con que hacer dos para el niño, y todos los dias en mi nombre apartareis un puchero de leche para este angelito... su madre la irá á buscar... Hacedlo, maese Chervin, añadió la Carrasca con su voz dulce y penetrante, hacedlo en obsequio mio...

—Sí, bueno... lo haré por esta pobre mujer, esclamó el recien llegado, y lo haré de buena gana... por vos Carrasquita, por vos...

—Algun dia os enviaré á decir lo que deseo.... con alguna otra pobre mujer, añadió la Carrasca con melancólica sonrisa.

—Ya, ya entiendo, dijo maese Chervin, vos siempre pensais en la prógima: bien dicen cuando dicen que estais hechizada.

—Hija mia, dijo la madre asiendo las manos de la Carrasca y besándoselas con reconocimiento: ¡qué buen pensamiento fué el de venir! Ya cônsidero casi sano á mi hijo.... pero, añadió con timidez y vacilando, con solo que digais algunas palabras contra su enfermedad, se salvaria del todo mi pobre hijo.

Creyó la Carrasca con razon que sus consejos tendrian doble autoridad y serian mas escrupulosamente observados, si iban acompañados de alguna particularidad misteriosa: en este concepto, y como reflexionando acerca de la solicitud de la madre, desprendió la jóven lentamente una de las ramas de carrascal que adornaban sus cabellos, la arrimó á sus lábios purpurinos que murmuraban palabras misteriosas, y en seguida con un ademan solemne que contrastaba con su breve estatura é infantil traza, alargó á la pobre mujer la rama verde y rosa diciendo:

—Tomad esta rama de carrascal.

—Gracias, hija mia, contestó la pobre mujer

asiendo el leve ramo con una especie de circunspeccion respetuosa.

—Luego que tengais el colchon, que os dará para el niño, maese Chervin, prosiguió la jóven, cortad esta ramita en siete pedazos, ni mas ni menos; cuidado, que esto importa mucho.

—En siete pedazos, repitió la mujer escuchando á la jóven con profundo recogimiento.

--Sí, mas para partirla, aguardad la postura del sol, añadió la Carrasca, aplicándose el dedo índice á los labios para dar con este ademan mas importancia al encargo.

--Oh! seguramente que aguardaré la postura del sol, repuso la madre.

--Entonces, prosiguió la *mágica*, metereis entre la lana del colchon los siete pedazos, y lo volvereis á coser.

--Y en qué sitio del colchon he de ponerlos?

--Tres pedazos á una punta y cuatro á otra.

--Tres pedazos á una punta y cuatro á otra, repitió la mujer con el mismo respetuoso recogimiento.

—Solo que habeis de poner un poco mas de lana al lado donde esten los cuatro pedazos, y en esta parte ha de apoyarse la cabeza de vuestro hijo.

—No lo echaré en olvido, hija mia.

—Tened en cuenta, añadió la Carrasca con gravedad, que para que las porciones de rama conserven el efecto de las palabras, es preciso que cada quince dias, descosais el colchon y laveis la tela al amanecer.

—Está bien, hija mia.

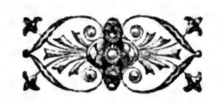
—Y en seguida dejeis la lana al aire por espacio de siete horas.

—Cada quince dias... por espacio de siete horas... bien, no lo echaré en olvido.

—Dentro de un mes volved á verme, añadió la Carrasca magestuosamente.

—Vendré... vendré... seguramente á deciros que mi hijo está sano y bueno, contestó la mujer oprimiéndole contra su seno.

Esta conferencia semi-cabalística tenia á maese Chervin poseido de admiracion profunda, al par que de inocente envidia, pues los escelentes consejos que de la Carrasca recibiera, no habian ido acompañados de estas bellas fórmulas mágicas, y sin duda iba á manifestar su resentimiento por ello á la linda maga, cuando los otros dos clientes, el viejo y el hombre de edad madura se aproximaron á su vez.



CAPITULO X.

Los consejos.

Muy triste parecia estar el mas viejo de los nuevos clientes de la Carrasca, y el hijo de este que iba acompañándole, de unos cuarenta años de edad, mostrábase tambien altamente preocupado. La pobre mujer los dejó á entrambos con la Carrasca, de la cual se desvió un poco lo mismo que Maese Chervin, el afortunado colono que á favor de los buenos consejos de la jóven, era dueño de tan magnífica cosecha.

—Qué me quereis, respetable padre mio? preguntó al anciano con afectuoso y blando acento.

—Querida *santita* mia, esclamó el viejo procurando espresar por esta palabra el respeto y la confianza que le inspiraba el renombre de la Carrasca.—Querida *santita* mia, vengo á que digais cuatro palabras contra nuestra tierra de labor que cae al otro lado del valle. Yo me voy cansando ya... ¡ decir que luego hará diez años que heredé de mi tio esas tierras y que la cosecha cada dia va á menos, vamos, da compasion ! Sí, casi, casi he llegado á creer que un año hace peor al otro... los últimos agostos han sido bien

fatales, pero... el de antaño y el de ogaño han sido todavía repeores... Caramba! diez fanegas de sembradura... y qué pan me han dado? Apenas treinta celemines! Y qué mies! que espiguillas de nada, tan claras... tan poco granadas... casi, casi puedo decir que me ha producido apenas la sembradura. Ah! maldita seas una y mil veces, tierra infame! esclamó el viejo, dando una patada en el suelo con desesperacion.

—Tiene razon mi padre, esclamó el hijo, todo va de mal en peor. Maldita sea la tierra tan ingrata para el pobre labrador!... Maldita sea esta tierra tan condenada!

Al escuchar estas imprecaciones contra el mal querer de la tierra, el rostro encantador de la Carrasca cobró de repente una espresion de afliccion y de tristeza como si hubiese escuchado indignos ultrajes dirijidos contra una persona querida y sagrada. Dirijiéndose pues al anciano le dijo con acento de blanda reprension, mezclado de cierta exaltacion que daba á su belleza un carácter estraño y elevado:

—Oh! respetad, amad, bendecid la tierra de Dios. ¿No es una madre generosa, infatigable que por un grano os devuelve diez espigas, por un puñado de bellotas un bosque de encinas? Abierto siempre su rico seno, está siempre dispuesto á fecundizarlo todo desde el grano que siembran los vientos, desde el hueso del fruto que deja caer el pico de los pájaros hasta la semilla que derramais en vuestros surcos. Oh! no,no, jamás la tierra ha sido ingrata: si con el tiempo se empobrece, si se agota la pobre nodriza es porque á semejanza de una madr- pródiga siempre da mucho mas de lo que pueeden sufrir sus fuerzas, porque siempre se le está exigiendo sin tregua ni reposo. Oh! la tierra! tierra santa y bendita! ¿Cuándo llegará el dia en que segun la voluntad de Dios te cubras por todas partes y sin esfuerzo, de selvas de mieses y de flores? ¿Cuándo verás vivir en la abundancia y en la alegria á todos tus laboriosos hijos?

Es imposible pintar la actitud y fisonomía de la Carrasca al pronunciar estas palabras; sus rasgados ojos de color verde mar, mirando al cielo, brillaban con el mismo resplandor que las estrellas que comenzaban á aparecer en el zénit. Los últimos fulgores del crepúsculo despedian un misterioso reflejo sobre la deliciosa cara de la jóven, llena de fé y esperanza en la paternal bondad del criador.

La madre y el hijo, el anciano y su hijo, lo mismo que el otro colono, escuchaban á la Carrasca silenciosamente, contemplándola con respetuosa admiracion. Para aquellas gentes sencillas é ignorantes, el lenguaje algo poético que acaban de oir, era una especie de invocacion mágica que aumentaba todavía mas el prestigio que rodeaba á la doncella.

Esta, despues de haberse dejado llevar de un arrebato involuntario, conoció que necesitaba presentar hechos despues de sus palabras, y añadió dirigiéndose al anciano:

—No, no, ya os he dicho, padre mio, que la tierra no niega nunca su cosecha, á no ser que haya dado demasiado y por mucho tiempo.

—Haber dado demasiado! esclamó el anciano, con despecho y cólera,---demasiado! la miserable! En el espacio de diez años, qué la he pedido? Año bueno con malo, la consabida cosecha! Pródiga, ya, ya!... solo lo ha sido la primera vez... pero despues...de año en año se ha mostrado cada vez mas tacaña. Así es que, si me enseñais algunas palabras contra la maldecida, querida santita mia! el mal se trocará en bien, pues ya solo en vos confio.

—Escuchad, padre, dijo dulcemente la Carrasca; despues de un dia entero de trabajo sin descansar qué necesitais para reponer vuestras fuerzas abatidas? Alimento y descanso, ¿no es verdad?

—Eso es lo menos, santita del alma.

—Ciertamente, es lo menos, padre mio... pero esa pobre tierra... que estais maldiciendo, la habeis dado, concluida la recoleccion, alimento y descanso, es decir, barbecho y abono?

—Abono?.... un poquito.... barbecho!... jamás..... Pues no faltaba mas! esclamó el viejo; á poco que dé, la indina! á lo menos da.... mas vale algo que nada.

—Sí, padre mio, mas vale poco que nada; pero ¿no valdria mas que produjese mucho? Y ciertamente que os daria abundantemente, la generosa madre, si tuviera alimento y suficiente descanso.—Nada de descanso absoluto; no, pues Dios es tan benigno, que ha querido que para la tierra equivalga al descanso el cambio de cultivo.

—Cómo es eso, santita mia? dijo el anciano, cada vez mas admirado.

—Desde hace diez años, solo dais á esa pobre tierra un poquitito de abono, y la exigis granos y mas granos, y siempre granos. Qué quereis, buen hombre? al fin la nodriza padece, se agota, y no puede producir mas.

El viejo y su hijo se miraron indecisos y atónitos; pertenecian á la clase de labradores que siguen á ciegas los usos de una rutina ignorante, estercolan rara vez y con escasez, sin tener idea alguna de un cultivo bien entendido, *alternado y variado* que es tan poderoso estímulo.

—En lugar de agotar la tierra, pidiéndola siempre lo mismo, dijo la Carrasca, seguid mi consejo, buen hombre, y antes de poco llenareis vuestra granja y el bolsillo.

—Ay! santita mia, disponed, vos que lo podeis todo.

—Teneis, no es cierto, veinte fanegas de tierra? Entre esas veinte, la habrá buena, mediana y hasta mala!

—Cuatro tengo, que en lo poco que producen dan ellas solas tanto como las otras diez y seis, respondió el anciano.

—Pues bien! si diéseis á esas cuatro fanegas todo el alimento que empleais en las veinte?

—Por escaso que sea, con eso se estercolarian.

—Bien, y en un año las cuatro fanegas, costando

mucho menos dinero y faenas, os produciririan cuatro veces mas que hoy os producen las veinte; sobre todo si despues de pedirlas trigo, os contentárais al otro con patatas y al siguiente con cebada ó trébol y luego otra vez trigo, alternando de esta suerte las simientes, porque lo cierto es, que lo que agota á la pobre nodriza.... no es el producir siempre, que ella bien quiere dar: lo que le agota, es producir siempre lo mismo, pues asi no empleais mas que una de sus fecundidades y tiene mil. Con que, creedme, con las cuatro fanegas bien cultivadas, llenareis el granero, al paso que con las veinte mal labradas, nunca tendreis provecho.

—Y las otras diez y seis fanegas? dijo el anciano meditabundo.

—Las menos malas... dejadlas para yerba, mantendreis algun ganado, el ganado os dará abono, que sin abono no hay granos.

—Y mi tierra mas mala?

—Sembradla de pinos, de ese árbol de nuestra pobre Sologne; su madera sirve para hacer casas, sus hojas calientan el horno, su sávia nos da resina; las tierras peores son buenas para él, que crece sin cuidados ni labores y á los seis años ya produce.

Estos consejos tan sencillos, aunque tan sabios, fundados en el estudio y en el esperimento de las diferentes aptitudes del terreno, eran harto claros, harto lógicos, harto prácticos sobre todo para no impresionar vivamente al viejo. Empero la *costumbre*, esa fatalidad terrible de las costumbres agrícolas, luchaba con violencia contra los instintos buenos del viejo, que le instigaban á seguir los consejos de la Carrasca; y como esta adivinase la causa de su incertidumbre, llamó á maese Chervin y le dijo:

—Maese Chervin, qué consejo os di el año pasado?

—Ah! hija mia, esclamó el colono, un consejo *hechicero*. ¿Debo repetirlo ahora? Yo cultivaba mucho terreno con grandes gastos y mal: vos me dijisteis: cultivadpoco y bien, y lo que ha sucedido es que este

año he tenido dos veces menos de gasto y cuatro mas de cosecha; pero no es esto lo mejor.

Me faltaba el abono... y el abono, como vos decís, es el pan de la tierra. No tan solo faltaba ciemo sino que tampoco tenía con qué comprarlo, porque me hubiera costado tal vez setenta francos por media yugada.

¿Y qué es lo que me digísteis con esa vocecita tan dulce que Dios os ha dado?

"En agosto sembrad centeno, maese Chervin y vereiscomo ¡brota en octubre, enterradlo entonces con flor y tallo hojas y todo, y no hay abono mejor ni mas barato; y sembrad luego en aquel terreno asi preparado, y ya vereis que buena cosecha!»

—Yo os hice caso, enterré mi centeno en flor, lo cual apenas me costó nada; hice en seguida mi sementera, y el trigo comenzó á salir espeso y lozano como la yerba de los prados. Acabo de trillarlo y entrojarlo. Me ha dado ciento por uno!.... y eso que el terreno era peor que el vuestro.

—Ciento por uno! esclamó el viejo entre atónito y dudoso.

En aquel punto la Carrasca divisó al vaquerillo que saliendo de la granja corria hácia ella.

—El tio Santiago os está llamando, os está llamando que es una compasion, dijo el muchacho á la jóven, no nos deja dormir en el establo con los gemidos que da.

—Ve volando á decirle que voy allá, esclamó la Carrasca contristada.

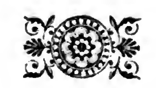
—Padre mio, maese Chervin, os dirá lo que ha hecho. Alentado por su esperiencia, seguid mis consejos, que os saldrá la cuenta y no volvereis á pedirme conjuros contra la madre tierra; mas os diré otras palabras que truequen en fecundo el esquilmado terreno. Aprendedlas bien.

Poco cultivo y bueno.
Año nuevo, cultivo nuevo.
Con abono frecuente, tierra fecunda.
Sembrad prados, sembrad prados.

Sin prados no hay ganado.
Sin ganado no hay abono.
Sin abono no hay cosecha.

Practicad estos preceptos, añadió la Carrasca dulcemente, y lejos de maldecir, bendecireis la tierra del Dios piadoso.

Dichas estas palabras, estampó la jóven un beso en la frente del niño dormido en brazos de su madre; apretó cordialmente con su manecita la callosa mano de Maese Chervin, dirigió al viejo un saludo lleno de gracia y respeto, y encaminándose rápidamente hácia la granja, desapareció encantadora y leve como una hada.



CAPÍTULO XI

El tio Santiago.

Antes de penetrar en la cuadra abandonada, desde un ricon de la cual la llamaba gimiendo el tio Santiago, tomó la Carrasca el cestillo, que trajera de los campos y que habia dejado aparte, mientras iba á recibir á sus clientes; este cestillo estaba lleno de gruesas zarzamoras, y su jugo habia manchado de púrpura las frescas hojas de vid silvestre que guarnecian por dentro el canastillo.

La Carrasca entró en la cuadra por una de las anchas y numerosas rajas de que estaban cubiertas las paredes.

Redonda y esplendente ostentábase la luna en lo alto del firmamento y uno de sus tibios rayos, penetrado por la resquebrajada techumbre, alumbraba débilmente un estremo del ruinoso cobertizo.

Alli se detuvo la Carrasca, porque de aquel sitio salian de vez en cuando los dolorosos quejidos que ya durante la cena llamaran la atencion de los mozos de la granja. La jóven contemplaba con pena un cuadro poco nuevo para ella, si bien siempre la impresionaba de la misma desagradable manera.

Un poco de paja de cebada cubria el suelo húmedo y apenas resguardado de la lluvia y de la nieve, con algunos haces de retama colocados sobre pértigas para tapar las aberturas del destrozado techo, cuya negra armazon se destacaba sobre la azulada trasparencia del firmamento en que brillaba á la sazon la luna.

Sobre esta pajaza inmunda, infecta, mas infecta y mas inmunda que la de los animales de labor, agitábase con dificultad una forma humana, malamente rebujada entre unos harapos de manta; era el espectáculo mas horrible, mas lamentable que pueden presentar la vejez y la miseria, unidas á dolencias incurables.

Figúrese el lector un pobre viejo de ochenta años, tullido de un modo tan estraño, tan terrible que no parecia sino que un poder implacable, paralizando sus fuerzas en el momento que acababa un surco penosamente, habia querido condenar á aquel desdichado á permanecer toda su vida con la cara y el cuerpo inclinados sobre el suelo.

Mas el origen de quedar reducida una criatura de Dios á esta espantosa deformacion no era una potencia sobrehumana, sino la simple voluntad del hombre esplotando al hombre.

Ni era tampoco ninguno de esos fenómenos tan raros como lastimosos que de vez en cuando anota la ciencia, pues todo el mundo ha tenido ocasion de ver por los campos, ancianos de uno y otro sexo, arrastrándose con ayuda de un palo, literalmente *doblados por la mitad del cuerpo*, de suerte que el tronco forma casi un ángulo recto con las estremidades inferiores, y parece soldado en esta postura. Sumamente frecuentes son estas desviaciones de la columna vertebral en seres empleados en un trabajo incesante y superior á sus fuerzas. Los cuerpos, débiles por sí y cada dia mas debilitados por un alimento insuficiente, van perdiendo toda elasticidad, toda energía; poco á poco conservan el *doblez*, la postura mas continua: doblados constantemente hácia el suelo, las articulaciones se entorpecen, quedan tullidos los miem-

bros débiles, espuestos de continuo á la intemperie: en esto sobrevienen los años, y los infelices pasan á aumentar el número de los mártires del trabajo.

Por cierto que si en una leyenda se contara que un Dios vengador para castigar á un asesino le condenó á la inmovilidad en el momento en que inclinado sobre la víctima, con el puñal enarbolado se disponia á dar el golpe, y que aquel Dios para dejar á los hombres un ejemplo terrible habia dicho al asesino:

—Vivirás... pero tu cuerpo maldito conservará siempre la postura que tenia en el momento de cometer el crímen.

Tal leyenda, aunque singular, podria tener su moralidad.

Mas al pensar en las crueles paradojas con que algunos vagos y bienaventurados del mundo, reforzados por sabios economistas, legitiman los egoismos mas implacables, proclamando como voluntad divina que el hombre está condenado en esta vida á las lágrimas, á la miseria, á la desolacion; al pensar en esto, repetimos, no seria estraño que algunos de esos ciegos creyentes en la fatalidad del mal, esclamara con ocasion de la leyenda arriba indicada:

—Proletarios de los campos! vuestra raza maldita sin cesar tendrá la frente baja hacia esa tierra árida, que fecundais con vuestros sudores: tal es el destino vuestro! Por nuestra boca os condena nuestro Dios á faenas, á miserias, á sufrimientos perpétuos: y para que á los ojos de todo el mundo quede demóstrado que es esa vuestra suerte, muchos de vosotros heridos de inmovilidad en el momento de estar cavando el surco penosamente para cumplir con su destino, muchos de vosotros quedarán por siempre en esa postura, para ser símbolos vivo de la inmutable suerte de vuestra raza maldita y desheredada.....................

....

Si ya no se pronuncian tan bárbaras palabras, se consuman, lo que es peor, todos los dias, hechos aun mas bárbaros.

El aislamiento, el abandono, un fin miserable, una dolorosa agonía, tras largos años de insoportable trabajo: tal es la suerte que en nuestro estado social aguarda á los *inválidos* de agricultura.

No hay prevision alguna tutelar, ni proteccion para el porvenir de estos instrumentos infatigables de la riqueza temporal del pais. Sin embargo, ellos cultivan el trigo... y jamás comen trigo.

Ellos siembran verdes pastos, engordan numerosos rebaños... y jamás comen carne.

Ellos hacen fructificar á la viña..... y nunca beben vino.

Ellos recogen el caliente vellon de las ovejas... y tiritan bajo mugrientos harapos.

Ellos cortan la madera que arde en el hogar, y forma las casas...... y mueren sin hogar ni albergue....

En una palabra, para ellos no hay mas que indiferencia implacable, desprecio homicida, y aun pueden conceptuarse dichosos, cuando encuentran como el viejo paralítico, protegido por la Carrasca, la paja de un establo abandonado, para morir despues de mil atroces dolores.

A vista de la Carrasca el viejo tullido, revuelto entre la paja, interrumpió sus dolorosos gemidos, y volvió la cabeza dificultosamente hácia la muchacha. Lívida y horriblemente flaca tenia la cara el octogenario: tan solo el ardor de la fiebre animaba sus ojos hundidos y vidriosos, y tendido de lado, tocaban al pecho las descarnadas rodillas; dos años hacia que sus miembros estaban soldados en esta postura, sin conservar mas que un poco de movimiento en la mano derecha.

El anciano debia á la caridad del colono, harto pobre por su parte, este albergue y el escaso alimento que partia con los mozos de la granja. Por espacio de largos años habia trabajado en aquella posesion el tio Santiago, primeramente como peon de desmonte de terreno; mas como este penoso oficio que se ejerce en medio de arenales cenagosos, desarrollára en

él los primeros síntomas de su cruel dolencia, el colono, satisfecho de su celo y probidad, le habia encomendado la guarda del rebaño, toda vez que el ejercicio de pastor, aunque penoso, no exije como el otro, tan continuado abuso de las fuerzas: de pastor estuvo sirviendo el tio Santiago hasta el dia en que completamente tullido y doblado del todo, cayó estenuado sobre la paja de donde no debia volver á levantarse. El aislamiento en que se hallaba en aquel rincon, la agudeza de sus dolores incurables, la conviccion de no tener otro alivio que la muerte, habian producido en el viejo la mas profunda apatía, mas notable por su obstinada taciturnidad: la Carrasca era la única persona en cuyo favor quebrantaba el pobre postrado su silencio absoluto.

Hombres hay maravillosamente dotados por la naturaleza, que nacen geómetras, astrólogos, pintores, músicos, etc., etc. Por qué misterioso fenómeno lle garán estas organizaciones privilegiadas y traspasan á menudo sin dificultad, y de un salto el límite de ciertos conocimientos? Nadie lo sabe.... mas es un hecho tan evidente como inesplicable.

El tio Santiago era una de estas organizaciones privilegiadas. Nacido *agricultor*, habia presentido no solo las mejoras, sino que tambien las revoluciones que la ciencia y los estudios agrícolas, habian de hacer en el cultivo de los campos, ciencia y estudio muy poco aplicados aun por desgracia, merced á la espantosa ignorancia en que se deja sumida á la poblacion campestre; repetidos esperimentos hechos en algunos pies de terreno, habian convencido al tio Santiago de todo el valor de sus ideas, relativas á la geología por el conocimiento de la accion de los diferentes abonos calcáreos, comparados con las diferentes clases de terrenos: relativas á la historia natural por sus curiosas observaciones sobre la higiene y fisiología de los animales; ideas relativas, en fin, á la botánica, por una clasificacion y apropiacion muy bien entendidas, de los diversos abonos vegetales. El tio Santiago era un tesoro de ciencia práctica; tesoro que habia tenido

oculto largo tiempo sin que nadie sospechase su existencia.

Mas no fuera causa de este disimulo la maldad, ni el egoismo, en esa especie de celos que suelen inducir al sábio á ocultar sus descubrimientos con tanto afan como el avaro su oro. No, tan solo una indolencia profunda, incurable, habia impedido al tio Santiago hacer alarde y aplicacion de su saber. ¿Qué interés, que estímulo podian alentarle á hacerlo! Qué le importaba que produjera mucho ó poco la heredad de su amo? Iguales eran siempre su corta soldada y penoso trabajo (1); su rústica ignorancia no era posible que concibiese la ambicion de pasar por innovador. Sin embargo, como al cabo era hombre del bien, y le irritaban las desastrosas tradiciones de la rutina, aventuróse alguna vez á dar consejos, admirables por su discurso y saber práctico: todos empero le volvieron las espaldas tratándole de loco, tanto que él se lo llegó á creer y en lo sucesivo siguió trabajando ni mas ni menos hábilmente que sus compañeros, hasta el dia en que tullido de todos los miembros cayó sobre la paja de donde no habia de levantarse. Desde aquel momento, se encerró en el mas absoluto silencio.

No obstante, al cabo de unos cuantos meses de esta existencia cruel, privado de la distraccion de los objetos esteriores, acosado por los dolores atroces, á solas con sus reflexiones, sintió el viejo una especie de remordimiento de haber tenido estéril por tanto tiempo la maravillosa aptitud de que Dios le dotara y que habria podido ser tan fecunda.

---

(1) Infinitos son los descubrimientos preciosos, las mejoras escelentes en el modo de labrar que se pierden por falta de estímulo, de ocasion y de interés. En otra obra (el *Judio Errante*) citamos los resultados increibles, que está obteniendo un amigo nuestro M. Camilo Pleyel, que ha sido el primero que ha dado á los obreros de sus talleres, participacion en los beneficios, como la tienen en los trabajos; asi ha encontrado muchos procedimientos nuevos y perfectos.

La Carrasca que contaba entonces catorce años prodigaba los mas tiernos cuidados al anciano, que por mas de un concepto la queria: estremadas eran la gentileza é inteligencia de aquella niña; su talento natural se habia desarrollado estraordinariamente, gracias á la educacion recibida del maestro mas singular del mundo, de Huron el cazador que la daba diarias lecciones en medio de la soledad de los arenales ó de los bosques. Porque este hombre despues de trocar por una vida vagabunda otra vida humilde y oscura, aunque aplicada, habíase complacido en inocular sentimientos generosos, elevados, tiernos en el alma de la pastorcilla.

El tio Santiago, mas admirado cada dia de las raras prendas de la Carrasca, resolvió valerse de ella para esparcir y propagar el tesoro de conocimientos que habia hacinado y que tanto le pesaba haber tenido ocultos... A la Carrasca, á ella sola, esplicó desde entonces el fruto de su saber reasumido en axíomas concisos, sencillos, claros: con gran paciencia fué enseñando á la jóven, cuyo perspicaz talento pronto se empapó en tan escelentes preceptos.

El tio Santiago, que conoció *las necesidades supersticiosas*, por decirlo así, de los habitantes de aquel pais solitario, habia arrancado á la Carrasca el juramento de no divulgar jamás el orígen de su ciencia, pues sus consejos tendrían tanta mayor autoridad cuanto mas estraordinarios y misteriosos parecieran. La especie de prestigio de que la jóven gozaba en atencion á su belleza, á sus encantos, á su originalidad nativa, vino de molde al tio Santiago: cualquiera se habria mofado de los consejos del octogenario tullido: en boca de la Carrasca fueron acogidos con sorpresa, punto menos que supersticiosa y pasaron por oráculos, al ver su realizacion casi inalible.

Tal era el secreto de la ciencia de la Carrasca...

Por desgracia posteriormente los dolores, la soledad y los años llegaron á trastonar la cabeza del pobre viejo: perdió casi del todo la memoria y si por

intervalos recordaba lo pasado, parecíanle sueños recientes estas cortas y vagas reminiscencias: hacia ya algunos meses que á duras penas lograba reanimarle un poco la presencia de la Carrasca.

Dos veces no obstante sacudiera su entorpecimiento Santiago, hablando á otras personas.

La primera solicitó con urgencia hablar con el conde de Duriveau, propietario de la granja, mas como el conde acogiera esta súplica con menosprecio burlon, el tio Santiago se limitó á decir cuando lo supo:

—H*ace mal, hace mal.*

Despues el pobre tullido rogó que le llevaran á Huron el cazador.

Este acudió.

Despues de una larga conferencia secreta con el antiguo pastor, conferencia en que se pronunció muchas veces el nombre de Martin, salió del establo el cazador, pálido, desencajado y el tio Santiago volvió á su obstinado silencio.

En vano al dia siguiente intentó Huron arrancar al viejo algunas palabras mas: este permaneció mudo.

En otra ocasion, de resultas de la visita de un desconocido en traje de aldeano, á quien no se volvió á ver por la granja, llamó de nuevo el tio Santiago al cazador y tuvo con él otra larga conversacion. Un mes despues (esto habia ocurrido poco tiempo antes de la época en que presentamos la accion) una de las dos derrotadas habitaciones que el colono ocupaba, fué separada por medio de un corredor y recompuesta en lo posible y adornada con muebles sencillos y cómodos qne se llevaron de Vierzon, la ciudad mas próxima. A los pocos dias llegó de noche á la granja del Enebro una carreta cerrada con cortinas de cutí; de ella se apeó una mujer abrigada con un traje de aldeana y desde entonces habitó la estancia, de donde jamás salía y siendo tan completa su soledad que á escepcion del colono que la recibiera, y la Carrasca, que la visitaba diariamente, apenas los otros in-

quilinos de la casa habian tenido ocasion de atisbarla.

No obstante estos sucesos en que tenia participacion y que supo por el cazador, jamás habia visto el tio Santiago á aquella mujer, persistiendo en su silencio ordinario: únicamente desde el amanecer del dia en que pasaron los sucesos que vamos refiriendo, notósele al viejo poseido de singular agitacion.

Contra su costumbre durante el dia, llamó con impaciencia á la Carrasca que le traia cotidianamente un cestillo de zarzamoras, cuyo sabor ligeramente ácido refrescaba el paladar del anciano.

—Aquí teneis las moras, tio Santiago, dijo la Carrasca arrodillándose en la paja, perdonad que os haya hecho esperar.... mas estaban ahi á pedirme consejos unos pobres del valle.... y les he enseñado lo que á vos debo.... Todos me dan gracias, me bendicen, añadió la Carrasca enternecida. Ah! cuanto me cuesta no poder decirles: las gracias y las bendiciones se las debeis al tio Santiago....

Parecia que el viejo, al perder la memoria un momento recobrada, olvidaba ya el motivo de haber llamado con impaciencia tal á la Carrasca, no dándose por entendido de su presencia y clavando en ella miradas vagas.

—Me habeis llamado, le dijo la Carrasca tristemente: quereis hablarme, tio Santiago?

—El tio Santiago no quiere hablar con nadie, contestó el viejo despues de una pausa; ni tampoco nadie le habla; para qué?

Cuando Canelo, aquel buey negro tan viejo murió reventado de tanto trabajar, hablaba con alguien? le hablaban á él?

Estas palabras que probaban harto el trastorno del viejo hicieron suspirar á la Carrasca, quien le dijo para disipar sus siniestros pensamientos:

—Acordaos de lo que sois y de lo que habeis sido, tio Santiago: en vuestra época no habia mejor trabajador que vos y aun en el valle cuentan que con

azada desmontabais vos solo tres celemines de tierra diariamente!

—Sí, dijo el viejo con cierta vanidad reuniendo sus recuerdos: tenia yo un azadon dos veces mas grande y mas pesado que el de los otros, y desde el alba hasta la noche le manejaba con tal ahinco, que no miraba al cielo una vez por hora... Mas ay! repuso con abatimiento y amargura, de qué valen esas memorias? Tambien Canelo fué un escelente buey de labor, no tenia igual para desmontes de terrenos, de raices, y casi solo arrancaba él el arado. Por eso reventó el pobre, como á mi me va sucediendo, en aquel rincon de la derecha. Canelo ó yo, lo mismo dá. Solo que él ha muerto y antes de espirar, no podia acordarse de sus tiempos de juventud y de fuerza. No es mejor perder la memoria y estarse mudo, que tener que envidiar á Canelo?

—Pero, tio Santiago, no solo erais un trabajador fuerte y animoso, recordad lo que me habeis enseñado, todos esos preceptos que convierten en fecundas las tierras estériles, repuso la Carrasca conmovida. Siempre es una recompensa pensar en el bien que se hace con las cosas que uno sabe.

Brilló por un instante otro chispero de orgullo en los apagados ojos del anciano y contestó:

—Es verdad... en mi tiempo... muchas cosas supe... y si yo hubiera hablado... si me hubieran hecho caso, oh! la miseria seria riqueza... la desdicha, felicidad...

Y mudando de idea, prosiguió el viejo con amarga ironía:

—Eh! yo era algo mas que un robusto buey de labor, como Canelo: no me faltaba inteligencia... bien que, esa tampoco le faltaba á *Capitan*, mi último perro: á una señal mia, guiaba, hacia andar ó paraba á todo el rebaño, defendiéndole mejor que una empalizada... oh! pues con todo su talento, aqui murió entre mis rodillas, ciego, desdentado, estropeado casi por un lobo que degolló. Capitan, yo y Canelo todo es lo mismo. Eh! eh! los malos dicen: no reven-

tarán esos gana panes, esos vagos, pero los buenos esclaman! Pobre Canelo! pobre tio Santiago! pobre Capitan! En su tiempo, que buey, que labrador y que perro! Mas hoy vedlos á los tres, estropeados sobre la paja, por haber llenado su DEBER y sin mas deseo que reventar cuanto antes.

Arrasáronse de lágrimas los ojos de la Carrasca, pues jamás se quejára el viejo de su suerte con tanta amargura.

—Tio Santiago, le dijo conmovida, inclinándose hácia el viejo, no me conoceis? soy yo, la Carrasca que os quiere tanto; dicen que hace poco me estábais llamando: qué quereis? vuestra hija os obedecerá.....

Con estas palabras asomó á los ojos del anciano un relámpago de memoria y de razon: se pasó la mano por la frente diciendo con débil voz:

—Si, es verdad, te he estado llamando todo el dia... Para qué?... no me acuerdo... como no fuera para hablarte del sueño que he tenido... Mas cómo, añadió el viejo, hablando consigo, cómo viene tan tardío este sueño?

—Qué sueño, tio Santiago?

—Un sueño como ya he tenido dos... dos, sí... hace mucho tiempo... mucho... dijo el anciano concretando sus recuerdos... una vez despues de soñar, quise ver al señor conde... y no vino... hizo mal... Para qué? no me acuerdo, mas en lugar suyo vino el cazador y despues del otro sueño... el otro... no hago memoria...

—Me llamabais, tio Santiago, para hablar de vuestro sueño? dijo la Carrasca con dulzura para no contrariarle. Pues contádmele, pero luego habeis de comer estas moras que tanto provecho os hacen.

Llevóse otra vez el viejo las manos á la frente, estrujándola convulso como para contener la razon y a memoria que veia próximas á escapar y continuó con voz mas precipitada.

—Si, eso es.... te he llamado para hablarte del sueño. Mira, soñaba que te entregaban á mi siendo pequeñita y que yo.... yo te llevé allá abajo al arenal de los pájaros, cerca del bosque y te puse en medio de

unas matas del carrascal: podrias tener cinco años.... y luego hice como que te encontraba por la casualidad.

—Vos! vos! esclamó la jóven sin saber si deliraba el viejo, ó recordaba su hecho antiguo, y otra vez repitió atónita: Vos....

—No sé,... es posible.... cuando lo sueño ahora....

—Esos sueños, tio Santiago, dijo la Carrasca trastornada por aquella revelacion, esos sueños suelen ser recuerdo de cosas pasadas... Quién me entregó á vos?

—Aguarda... una persona... una... no sé... pero tenia algo que me chocó... Qué era?

Otra vez se pasó el viejo la mano temblando por la frente.

La Carrasca, cada vez mas turbada, mas inquieta, contuvo su curiosidad devoradora y calló, por miedo de romper el hilo tan endeble que enlazaba los inciertos pensamientos del anciano.

—Tu sabes, prosiguió este despues de una breve pausa, te acuerdas de las ruinas del horno, á orillas del estanque, tras de la granja...

—Ay! murmuró la Carrasca, al oir estas palabras, cuya coherencia aparente destruia las esperanzas harto pronto concebidas.

—Sí, repuso el viejo, asi era el sueño... El horno tenia tapiada la boca... sí... eso es... quitando un ladrillo, escondí dentro lo que me entregó la persona... diciendo: para esta niña... que ha de llamarse Carrasca... aguardad á que tenga... sí... aguardad... Como no te habia dicho nada, hoy... hoy queria hablarte, porque, Dios mio! porque... no me acuerdo, murmuró el viejo, cuya voz sonora al empezar, se iba oscureciendo por momentos.

Habia un hecho tan preciso en la revelacion del anciano, que esclamó la Carrasca:

—Conozco el sitio... puedo ir á buscar lo que decís? tiene relacion con mi nacimiento? Oh! por piedad, tio Santiago, otro esfuerzo, responded...

—Me dá vueltas la cabeza, dijo el viejo cerrando

los ojos y abatido por los esfuerzos de memoria que de hacer acababa, para contar á la Carrasca lo que le parecia sueño y era una rara reminiscencia.

—Tio Santiago, esclamó la Carrasca inclinada, otro esfuerzo por Dios. Esa persona era mi madre? mi padre por ventura? sabeis si viven?

—No sé, murmuró el viejo con voz apagada.

—Mi madre! qué es de mi madre?

El tio Santiago movió los labios maquinalmente, aun arrancó algunos sonidos inarticulados y cerró los ojos prorumpiendo en dolorosos lamentos, cual si distraido un instante de sus padecimientos, los sintiera con violencia nueva.

Despues de otras tentativas, convencida la Carrasca de que serian sus instancias vanas, y condolida de su impotencia para aliviar al anciano, ahuecó un poco la paja que le servia de cabecera, le puso cerca el cestillo de zarzamoras y salió del establo, trémula, agitada, meditando sobre la singular revelacion del tio Santiago.

A pesar de lo ardiente que era su curiosidad de penetrar en el misterioso escondite indicado por el anciano, dominó su impaciencia, pues aun se divisaba luz en la habitacion del colono, y la Carrasca quiso aguardar á que estuviera acostado todo el mundo para ir á las minas del horno.

Ademas tenia costumbre la jóven de ir por mañana y tarde á visitar á la desconocida que desde algun tiempo residia en la granja.

Dando, pues, vuelta al edificio, llegó la jóven á una puertecita que caia á la parte posterior y enfrente del inmenso estanque pantanoso de que ya hablamos y cuyas aguas estaban á la sazon muy altas.

Entretanto Beaucadet, picando espuela á la cabeza de su escolta, se iba acercando á la granja del Enebro, con objeto de prender á la Carrasca acusada de infanticidio.

CAPITULO XII.

El retrato.

Habia que atravesar un pasadizo oscuro antes de llegar al aposento en que la Carrasca entrára, despues de costear las paredes esteriores de la granja.

Este aposento de aspecto humilde, casi era lujoso comparado con las desmanteladas habitaciones del edificio: las paredes estaban cubiertas de papel nuevo: la chimenea estaba adornada con una guarnicion de sarga verde, con festones á la antigua usanza y galoneada de amarillo; una alfombra ocultaba en parte el reluciente entarimado del suelo; una cama buena y algunos muebles sencillos y aseados componian el mueblaje de la estancia, iluminada de dia por una ventanita de vidrios verdosos octógonos, engastados en plomo.

La luz que era una vela cuya claridad se hacía mas intensa atravesando una bomba de cristal llena de agua clara, permitia distinguir á una mujer sentada á un lado del hogar. Estaba tan ensimismada que no advirtió que habia entrado la Carrasca, y esta inmóvil y muda se paró á la puerta.

Cerca de esta mujer habia un telarcillo guarnecido de paño verde, sobre el cual sujetos por millares de alfileres se cruzaban unos finísimos hilos blancos, y de estos pendian unos palillos de ébano: admirable era la belleza del encaje comenzado en este telar, y anunciaba una mano hábil y ejercitada.

Mad. Perrine, que asi se llamaba esta mujer, representaba unos cuarenta y cinco años, y debia haber sido muy hermosa. Sujetas por una cofia blanca de aldeana dos bandas de cabellos negros como el azabache, coronaban la frente morena como el resto de la tez: sus ojos negros muy abiertos y brillantes ora vagaban en el vacío, ora se fijaban en dos objetos de que hablaremos en seguida. La morena tez de madame Perrine era pálida, y aun algo enfermiza: parecia mas larga la cara por lo flaca, y mas marcada su nariz aguileña; una sonrisa melancólica asomaba á su boca graciosamente dibujada, y tenia la frente apoyada en la mano con ademan pensativo. Vestia madame Perrine aseadamente de aldeana, y el color negro del vestido hacia resaltar mas la blancura de la cofia y del pañuelo cruzado.

De vez en cuando un estremecimiento casi imperceptible agitaba á la par los labios y las negras y arqueadas cejas de aquella mujer, estremecimiento nervioso procedente de una enfermedad cruel.

Por espacio de muchos años habia estado loca.

Su locura, furiosa en un principio, mudára poco á poco de carácter: al frenesí sucedió una melancolía dolorosa, pero inofensiva. Con el tiempo y los cuidados se habia conseguido una curacion casi completa, curacion consolidada por el profundo sosiego de que disfrutaba Mad. Perrine desde su instalacion en la granja del Enebro.

Despues de un atento estudio del carácter de la infortunada, y sobre todo de las suspicaces susceptibilidades que conservaba, de resultas de su insanidad, habia encargado al médico contra la costumbre un aislamiento casi completo. Efectivamente, sentia tal humillacion, una vergüenza tan penosa de su estado

anterior, que hasta la presencia de personas amigas la habria causado un malestar, un sufrimiento indecible. El médico habia añadido que poco á poco desaparecerian estas susceptibilidades, pero que so pena de recaida incurable quizá, debia Mad. Perrine vivir en la soledad. Por otra parte, estas condiciones de salvacion se avenian de tal modo con los gustos de aquella mujer que casi tuvo por fortuna conformarse con ellas: de dia, no salia jamás: de noche, especialmente si brillaba la luna, daba Mad. Perrine largos paseos á orillas del estanque.

No tenia acceso en su aposento nadie mas que Carrasca, cuyas atenciones la eran gratas. Acojida en un principio con fria reserva nacida de su vergüenza, supo poco á poco la jóven á favor de sus naturales encantos, de sus obsequios, disipar los recelos de madama Perrine. En breve profesó esta á la Carrascaca el interés mas tierno, y esta sensacion agradable contribuyó á asegurar la curacion de la pobre loca.

....

La Carrasca continuaba inmóvil, sin ser vista, en gracia de la contemplacion pensativa de Mad. Perrine: los objetos en que alternativamente fijaba sus miradas eran dos retratos y dos cartas.

Tenia en la falda uno de estos retratos pintados en miniatura y dentro de una caja de tafilete entreabierta. El otro mucho mayor, pues tendria cerca de tres pies de alto y dos de ancho, estaba colocado en el fondo de un especie de almario de nogal con molduras, cuya parte inferior servia de cómoda.

La miniatura representaba un jóven de cerca de treinta años, moreno, ojos vivos, cabellos negros ensortijados, un tanto carilargo, de fisonomía graciosa y atrevida, sus facciones se parecian estremadamente á las de Mad. Perrine fuera de las diferencias de edad y de espresion, cuya semejanza se esplicaba por las siguientes palabras grabadas al borde del medallon :

MARTIN A SU QUERIDA MADRE.

El otro retrato, ó por mejor decir, el otro cuadro, porque los *accesorios* le daban cierta importancia, tenia la fecha de 1845, y su marco magnífico de bronce cincelado y dorado en la cima ostentaba las insignias reales, contrastaba con la pobreza del aposento. Este espléndido marco cerraba el retrato de cuerpo entero de un monarca... de un monarca que imperaba en uno de los pueblos del norte de Europa, vestido con la sencillez de un particular; tenia frac azul, chaleco blanco y corbata negra.

Espresaba la fisonomía de este soberano una mezcla singular, de superior inteligencia, de resolucion y de bondad: era dulce su sonrisa y melancólica como si un conocimiento prematuro de los hombres hubiese lastimado su corazon sin alterar su bondad nativa; sus miradas eran á un tiempo meditabundas y penetrantes, pero faltaba cierta regularidad á sus facciones: sus lábios gruesos, la nariz larga, el rostro cuadrado, sus ojos únicamente eran magníficos y de un azul de lapis lazuli que estaba en maravillosa y completa armonía con su rubia y corta cabellera, bastante lácia y sus espesos bigotes del mismo color.

La actitud, el tipo de las facciones del príncipe revelaban suma sencillez, bonachon le llamaríamos, si no se creyera que esta cualidad es incompatible con la energía: su estatura robusta y elevada, su pecho prominente, sus hombros anchos, carnoso cuello y musculosas manos daban idea de un origen mas plebeyo que aristocrático y anunciaban vigor y salud.

Hemos hablado de los accesorios del retrato que eran muchos y singulares.

En mitad del fondo oscuro y bituminoso del retrato, habia sobre dos altares en señal sin duda de piadosa adoracion, dos bustos cuyo severo perfil de mármol blanco estaba pintado por el artista en una misteriosa media tinta.

Uno de los bustos representaba á Bruto.

El otro era el de Marco Aurelio.

El gorro frigio que cubria la inflexible figura de Bruto, era de color de escarlata y estaba coronado por una luminosa aureola que irradiaba en la penumbra en que el artista de intento sin duda habia dejado envuelto este busto asi como el de Marco Aurelio en cuya frente meditabunda resplandecia un esplendor divino.

Imposible era no ver en esta ovacion una prueba patente del culto de aquel rey al gran emperador y al gran tribuno.

Si se concibe la admiracion santa de un soberano hácia Marco Aurelio, uno de esos hombres-dioses, de esas almas adorables y tres veces sagradas que parecen amenazadas directamente de la humanidad, menos se comprenderá que un príncipe absoluto, pues todos los del Norte lo son, consagrára tan religiosa veneracion, aquella especie de idolatria al indomable tribuno, en quien parecen personificadas la varonil virtud, la fiera independencia de las almas verdaderamente republicanas.

Tales eran los dos retratos que Mad. Perrine, la misteriosa habitante de la granja del Enebro contemplaba con atencion suma y de los cuales no apartaba los ojos sino para leer de nuevo algunos pasajes de dos cartas colocadas sobre la falda.

Una de las cartas estaba concebida en estos términos:

Paris 20 de octubre de 1845.

Mi adorada y tierna madre:

"Te veré dentro de pocos dias : hasta entonces paciencia, valor y esperanza : nada temas , pues Claudio vela por tí y responde de la discrecion del colono: jamás sales de dia, el conde Duriveau no visita nunca sus heredades , y aun cuando la casualidad le condujera á esa , y le pusiera en tu presencia , nada debes temer...

"En treinta años que no te ha visto el conde, has pa-

decido tanto, pobre madre ! estás tan demudada que le seria imposible reconocerte.

«Pronto sabrás mi proyecto, ya te diré por qué de vuelta de mi viaje al Norte, llamado á Francia por la tardía revelacion de Claudio, he logrado no sin trabajo, y en gracia de las escelentes recomendaciones de uno de mis antiguos amos, ser admitido en clase de ayuda de cámara, por el conde Duriveau.

«Sobre este particular, mi querida madre, nada temas; la prueba se ha hecho ya y he quedado contento de mí... En presencia del conde, me he mantenido sereno, impenetrable, y sin embargo, durante nuestra singular entrevista, decia en mis adentros para esperimentarme mejor:

—«Ese hombre que me está examinando, interro-«gando con tan soberbio desden... ese hombre es mi «padre... ignora que soy su hijo... hijo de aquella po-«bre niña de diez y seis años á quien el cruel...

«Mas callemos madre mia, á qué resucitar recuerdos tan terribles? Te ruego únicamente que por esta entrevista juzgues del imperio que sobre mí tengo, y que te tranquilices. Durante mi conversacion con el conde, á pesar de los pensamientos, de las mil sensaciones que hervian en mi corazon, no se desmintió mi impasibilidad y contesté á sus altaneras preguntas con tanta oportunidad, con tanto respeto y sangre fria, que desde luego me dió por recibido.

«Empero no te admire este omnipotente dominio que sobre mí ejerzo, porque la vida de servidumbre, madre mia, á que renunciára no hace mucho, y que he soportado tanto tiempo, me tiene tan avezado á reprimir mis impresiones, que es casi ya para mí segunda naturaleza cierta insensibilidad aparente.

«Por esta razon te suplico, madre querida, y te lo vuelvo á repetir, que nada temas. Mi causa es santa y justa... Mis proyectos se realizarán.

«Me has preguntado cómo vino á mis manos el retrato que te he enviado, no creyendo prudente conservarle por aqui: por la sencilla y espresiva carta que remito con esta, vendrás en conocimiento. Al diri-

gírtela, madre mia, al pensar que tu noble corazon tan cruelmente mortificado sabria comprenderla, he esperimentado cierto orgullo, reflexionando que acaso te envanezcas de tu hijo... Asi tambien glorificaba yo al hijo de la pobre obrera, vilmente seducida, abandonada indignamente; al hijo del pueblo que tras la vida mas miserable, mas aventurera, mas humilde ha llegado á... Mas perdona, querida mia: antójaseme mas vivo este movimiento de orgullo, quizá por ser el primero... No me toca á mí envanecerme... goza tú con tu hijo, si es que su conducta te parece digna y buena.

"Adios, tierna madre, acaso nos veamos dentro de tres ó cuatro dias: creo que pasado mañana se pone *mi amo* en camino para la Sologne, pero la prudencia no me permitirá ir á abrazarte el dia mismo de su llegada.

"Adios, adorada madre, besa respetuosamente tu frente y tus manos

Tu hijo respetuoso,
MARTIN.»

La segunda carta, que miraba á menudo con orgullo Mad. Perrine, era escrita á Martin por el rey (1) que arriba retratamos.

3 de agosto de 1845.

"Os debo la vida, Martin... y mas que la vida, os debo... Aceptad ese retrato como prenda de mi agradecimiento y de mi estimacion profunda.

(1) Nos ha parecido necesario legitimar, si puede decirse así, las ficciones mas singulares al parecer con *hechos* casi análogos, que prueben, no la *realidad*, pero la *posibilidad* al menos de una concepcion tachada quizá de inverosimil, si no tomáramos esta precaucion.

Véase un hecho.

Una mujer de gran talento y gran corazon, Mad. Balma de Arnim, que nunca tuvo la relacion mas leve con Federico Guillermo, rey de Prusia, dice en el prefacio de un libro que se titula ESTE LIBRO PERTENECE AL REY, que no tomó este título hasta despues de *haber empeñado*

"Pláceme recordar y recordaros á vos la causa de este reconocimiento, la razon de mi profunda estima.

"Un año ha que nos vemos por vez primera de resultas de una singular aventura: ignorabais quien era yo y me salvasteis de una muerte infalible.

"Quise saber á quien debia la vida y me referisteis una historia harto sencilla, habiendo venido al pais sirviendo á un amo, cansado luego de la servidumbre, os habiais hecho artesano, como ya lo fuisteis en vuestra primera juventud, á fin de ganar lo necesario para regresar á Francia.

"Sobrevino un tercero, me reconoció y me nombró pero con no poca sorpresa mia, lo confieso, ante mi soberana presencia (como dicen en la corte) ni mostrasteis turbacion, ni adulador respeto, ni tampoco, y esto me sorprendió mas, noté jactancia en vuestra actitud, que era noble y natural: grandemente admirado de hallar en un artesano tanto tacto y mesura, agradecido al servicio que me habiais prestado, quise hablaros á solas para preguntar como podria recompensaros... ah! nunca olvidaré vuestra respuesta:

—"Señor, por mi nada podeis hacer... soy jóven y „robusto... no tengo familia y dentro de pocos dias „habré ganado lo suficiente para regresar á Francia... „Mas aqui... en este pais tambien hay muchos artesa- „nos que no son jóvenes y robustos como yo: los hay „cargados de familia, honrados y laboriosos, que pade- „cen todo género de privaciones: acordaos de la suer-

---

el rey su palabra de leer el libro entero. En él pone á descubierto la horrible miseria de los trabajadores, y trata con generosa audacia las cuestiones sociales mas resbaladízas. Segun tenemos entendido, de resultas de la lectura de este libro, se promovió una correspondencia entre Federico Guillermo y la noble dama, que con tanto valor defendia la causa de las clases desheredadas, y que supo hacer fijar la atencion de un *omnipotente* en las formidables cuestiones que rigen en la Europa entera.

„te inmerecida de esos... *hermanos nuestros.* Señor, „haced que sufran menos y bendeciré á Dios que me „ha escogido para salvar vuestra vida.

"Nuevo asombro me causaron estas palabras pronunciadas por vos con sentimiento y firmeza; por la vez primera se fijaba mi atencion en miserias consideradas hasta entonces como fatales, inevitables sin remedio... Vuestra generosa demanda tenia un carácter especial por la estraña circunstancia que nos reunia... Mas y mas admirado de un desinterés, de una elevacion que tan rara crece entre personas de vuestra esfera, hablé con vos largamente, quise saber todas las particularidades de vuestra vida... Creeriais sin duda mi deseo hijo de una curiosidad vana y me disteis á entender que la confianza se gana, mas no se supone; entonces os recordé la miseria de los que llamais hermanos nuestros y como esta causa ya no era personal defendisteis la causa de los vuestros con elocuencia, con uncion, con sencillez, con verdad. Me citasteis hechos, guarismos irrecusables, en breves palabras trazasteis cuadros de inexorable realidad; me revelasteis cosas terribles y desconocidas para mí, y si desde la primera entrevista no destruisteis preocupaciones, creencias, convicciones harto arraigadas, á lo menos me dejaisteis meditabundo y dudoso. Mis sospechas, os las confieso con tanto menos escrúpulo, cuanto que luego las desvanecisteis: llegué á creer que exagerando la importancia de la atencion que yo os prestaba, se dispertaria vuestro orgullo, vuestra ambicion quizá y pretenderiais haceros presente: mas no hubo tal. Sin vos saberlo, averigüé que al dia siguiente de nuestra entrevista, volvisteis á vuestro trabajo, y continuasteis guardando el mas profundo secreto acerca de nuestro encuentro.

"Quise volveros á ver despues y han sido frecuentes nuestras conferencias, secretas para todo el mundo: de dia en dia aprecié mas la rectitud, el buen sentido, la elevacion de carácter que os distinguen; jamás os pregunté por qué rara combinacion de sucesos, siendo vos en corazon y pensamientos, tan superior á los de-

mas hombres, os habiais resignado á la servidumbre: respeté vuestros secretos.

"Mas os he escuchado con aprovechamiento. A instancias mias, y aceptando un trabajo manual que desempeñábais con escrupulosa exactitud, consentísteis en permanecer en mi pais algun tiempo. Nuestro trato, ignorado siempre, fué precioso para mí. En calidad de niño espósito, habíais esperimentado todas las condiciones, todas las miserias de la vida del pueblo; posteriormente vuestra existencia aventurera, vuestro estado de servidumbre os pusieron en contacto con todas las clases de la sociedad, desde las mas ínfimas hasta las mas encumbradas.

"Observador por naturaleza, dotado de un ingenio exacto y perspicaz, reflexionasteis profundamente sobre lo que habíais visto; estudiásteis tanto las causas como los resultados; lleno de escrupulosa lealtad, estoy convencido de que jamás habeis exagerado ó atenuado lo bueno ó malo de ese pueblo á que os gloriais de pertenecer; y penetrado yo de vuestra sinceridad, medité detenidamente sobre vuestras doctrinas, doctrinas verdaderas, variadas, vivas, que hasta entonces no se me habian ocurrido, pues era harto rara la combinacion de una suerte como la vuestra, con un carácter y una imaginacion como la de que la Providencia os dotára.

"Empeñado en una senda nueva, difícil, peligrosa tal vez, de resultas de las maduras reflexiones nacidas de nuestras conferencias; poco á poco, con lentitud, comencé á descubrir horizontes nuevos, reveláronseme verdades muy importantes.........................

....

"No queria ser ingrato con vos, anhelaba demostraros mi reconocimiento como vos mereciais...... Pero partisteis á Francia, llamado, segun me digisteis, por un deber sagrado..... Con profundo pesar os vi alejaros por largo espacio para siempre, quizá....

"Pero creo tener derecho á una compensacion, y si opinais como yo, satisfaced un deseo que no me parece ya indiscreto.

"Acordaos que una vez puse en duda, no vuestra sinceridad, pero sí la exactitud de vuestros recuerdos con motivo de un hecho estraordinario que habiais presenciado: entonces me digisteis que casi era imposible que vuestra memoria os engañara puesto que habia largos años que teniais la costumbre de escribir dia por dia una especie de *memorandum* de vuestra vida.

"Debe esta tener faces tan singulares, condiciones tan diversas desde la infancia hasta hoy, que su relato ha de ofrecer por nececidad un ancho campo para graves reflexiones. Mucho me llamaron la atencion algunas palabras vuestras sobre este particular. Recuerdo haberos oido decir que la calidad de criado, franqueándoos el santuario del hogar doméstico, os habia dado á conocer misterios impenetrables hasta para el médico, para el juez y para el sacerdote, esos tres confesores del alma y del cuerpo, y añadisteis que la *constitucion viciosa de la familia* observada desde este punto de vista tan íntimo, os habia facilitado los mas curiosos y austeros enseñamientos.

"Ruegoos, pues, que me confieis esas memorias de vuestra vida, peticion que no tiene por móvil una fútil curiosidad: la humanidad en todas partes es la misma: lo que en Francia es verdad, verdad es aquí y para los llamados á ejercer alguna influencia sobre sus semejantes, tiene un interés eterno y poderoso el estudio del hombre. Hay otra razon para que yo desee la lectura de esas memorias: quizá en ella se hable de mi persona, de mis acciones y como no han sido *escritas para mi recreo*, porque os conozco, sé que ninguna consideracion habrá podido alterar respecto de mí la independencia de vuestras convicciones.

"No insisto mas; ya os hareis cargo de los motivos de mi circunspeccion: si no accedeis á mi ruego, creeré que una razon honrosa ciertamente, y de antemano respeto, os obliga á ello.

"Adios, contad siempre con la estimacion é íntimo agradecimiento de vuestro afectísimo

«****—****»

"Recibí vuestra carta número 2: os agradezco la noticia sobre la organizacion de las salas de asilo, que es admirable: el nombre del grande hombre de bien cuyo tierno genio va á salvar la vida de millares de niños era un desconocido por acá, al paso que al menor cañonazo el nombre y título del mas estúpido de nuestros mata-hombres, como haya hecho muchos destrozos, retumban en ocho dias del uno al otro ámbito de Europa.»



CAPITULO XIII.

La conferencia.

Absorta Mad. Perrine en la lectura de las cartas y en la contemplacion de los retratos, no habia reparado en la Carrasca.

La pobre niña, desde la revelacion incompleta del tio Santiago, revelacion tan interesante para ella como que le hacia concebir la esperanza de penetrar el secreto de su nacimiento, la pobre niña, repetimos, esperimentaba la mas angustiosa impaciencia; empero á pesar de su zozobra, no pudo menos de llamarla la atencion al entrar, el cuadro real de tan lujuso marco y tan bella pintura: sin embargo, al punto apartó los ojos avergonzada de mirar una cosa que se ofrecia á sus ojos casi por sorpresa: pues hasta entonces jamás abriera Mad. Perrine delante de la Carrasca la parte superior del mueble que ocultaba el cuadro.

Con objeto de poner término á tan embarazosa situacion y distraer á Mad. Perrine, tosió la jóven, primero levemente, despues mas fuerte, y viendo que ni

aun así se apercibia la señora movió con estrépito una silla. Levantóse al ruido, Mad. Perrine cerró rápidamente las puertecillas que encubrian el cuadro y se guardó las cartas y la miniatura que representaba á Martin: en seguida, volviéndose á la Carrasca, la dijo con dulzura aunque algo cortada.

—Buenas noches, hija mia... no te habia visto...

—He entrado sin que me oyerais, señora Perrine, contestó la Carrasca confusa por la indiscrecion que acababa de cometer sin voluntad... hice un poco de ruido para que advirtierais que estaba aquí.... perdonad....

Mad. Perrine alargó la mano efectivamente á la muchacha, quien estampó en ella sus labios.

—Como habia pasado la hora á que sueles venir, no te aguardaba ya, hija mia.

Hallando la Carrasca en estas palabras una coyuntura para entrar desde luego en la conversacion que se proponia tener con Mad. Perrine, contestó conmovida:

—Es que el tio Santiago... ha estado hablándome un gran rato.

--El tio Santiago? ese pobre pastor enfermo de quien me has hablado alguna vez? Me parece haber oido que habia perdido la memoria, que no desplegaba los labios.

--Es verdad, señora Perrine... y por eso ha sido mayor mi sorpresa cuando me ha dicho...

No pudo acabar la Carrasca, retratándose en su rostro la turbacion y el temor. Mad. Perrine, admirada del silencio y conmocion de la jóven, repuso:

--Estás pálida y temblorosa... Callas, hija mia, qué tienes? qué ha sucedido?

Despues de nueva incertidumbre, prosiguió la jóven tímidamente:

--Señora Perrine, estoy sola en el mundo, en este momento á nadie tengo aqui que me aconseje... no me atrevo á obrar por mí y venia á vos...

--Habla, habla, esclamó Mad. Perrine con afec-

tuoso interés... no tengo grandes luces... mas te quiero y me inspirará el cariño.

--Ah! sí, me quereis mucho, no es verdad? dijo la Carrasca.

—Sí, hija mia, te quiero como á una hija, si la suerte me la hubiera concedido... empero, tasada me dió la dicha maternal... pues no he tenido mas que un hijo.... el mejor, el mas digno de los hijos, añadió con orgullo. Y dirigiéndose enternecida á la Carrasca: Ya ves, continuó, que no tengo razon para quejarme, tengo un hijo, que me envanece y tú me amas, como si fuera tu madre, no es asi, hija mia?

—Ah! sí, como habria amado á mi madre..... Y despues de una breve pausa, añadió muy quedo..... Mas no..... á una madre se le cuenta todo.....

Calló en seguida enjugándose los ojos arrasados de llanto.

—Hace algun tiempo que me tienes inquieta, hija mia, dijo Mad. Perrine atrayendo á su lado á la Carrasca y cogiéndola las manos con cariño: sí, de algun tiempo acá; he observado que estás pálida..... demudada..... afligida... Sobre todo, un mes há, cuando pasaste tres dias sin verme, te hallé tan alterada.....

—Habia estado enferma, se apresuró á contestar Carrasca..... muy enferma, señora Perrine....

—Harto lo ví, porque quedaste desconocida.

—Por Dios, esclamó la jóven con voz casi suplicante, no hablemos de eso.

—Válgame Dios, qué tienes? Qué significan esas reticencias, esa turbacion, esas lágrimas?

—No es nada, señora Perrine, repuso la Carrasca haciendo un esfuerzo para dominarse. Las palabras del tio Santiago..... la esperanza que me han infundido..... yo creo que me han vuelto loca..... Disculpadme, señora.

—Vaya, hija mia, serénate y hablemos: no querias pedirme consejo de resultas de tu conversacion con el pastor?

—Sí señora, porque segun me ha dicho, tal vez algun dia pueda conocer á mis padres.

—Cómo?

—Señora Perrine, yo soy una niña abandonada... mi madre... no, mi padre acaso se vió en la necesidad de abandonarme.

—Como no le roben la criatura á su madre á viva fuerza, ó mientras duerme, una mujer que abandona espontáneamente á su hijo... es un monstruo! esclamó Mad. Perrine con singular exaltacion, brotando chispas sus ojos y coloreándosele el semblante por vez primera desde la entrada de la Carrasca. Mas esta, no bien hubo lanzado su esclamacion, la madre de Martin, exhaló un grito desgarrador, cubrióse el rostro con las manos, y cayó de rodillas diciendo:

--Perdon! perdon!!

--Qué tienes, Carrasca? Por qué pides perdon? dijo Mad. Perrine espantada ante el terror, la pena y la desesperacion que se reflejaban en las facciones de la niña.

Mas de pronto creyendo á su vez adivinar la causa de aquella turbacion, añadió con acento suplicante:

--Perdon, Carrasca! yo soy, hija mia, quien invocarle debe, pues sin querer en mi arrebato he ultrajado á tu madre: perdóname, inocente: he hecho mal. Ay! en ocasiones una desdichada jóven... vendida... abandonada... no es dueña de sí propia... Oh! el miedo... la vergüenza...

--Verdad que sí, señora Perrine? dijo temblando la Carrasca, la vergüenza... es horrible cosa, y sobre todo las burlas, el desprecio, no estando acostumbrada... Ay de mí! yo me moriria de vergüenza.

Y conociendo la Carrasca que al pronunciar estas palabras se habia estremecido Mad. Perrine, y mirándola con sorpresa é inquieta curiosidad, se apresuró á añadir:

--Por eso, señora Perrine... cuando el tio Santiago me dijo que podria conocer á mi madre, tuve una alegría loca... inmensa; pero luego reflexioné: si descubro á mi madre; si me presento á ella, la cubriré

quizá de vergüenza... porque hasta el dia ha sido un secreto su falta, y yo... yo su hija he de ir á divulgar ese secreto... esa vergüenza?... --Mas conocer á mi madre, verla... Qué haré, señora Perrine? aconsejadme... Oh! tambien vos perdeis el color... os tiemblan las manos...

--No es nada, hija mia, contestó Mad. Perrine con voz alterada, pasándose la mano sobre la frente ardorosa: tu conmocion es contagiosa y si supieras qué recuerdos despiertas!--Pero no hablemos de mí, sino de tí. Comprendo esa incertidumbre que prueba tu escelente corazon. Mas dime; en qué consiste la esperanza que te ha dado el tio Santiago de conocer á tus padres?

—Ciertos objetos que pueden servirme para descubrir el secreto de mi nacimiento, están, segun él dice, escondidos en las minas del horno que hay á orillas del estanque.

—Pues cómo pudo saberlo el tio Santiago?

—En sueños....

—Un sueño?... pobre inocente! y das crédito al sueño de un pobre viejo, acabado por los padecimientos?

—Es que.... lo que él llama sueño, señora Perrine, suele ser una reminiscencia de cosas pasadas.

—Pero no ha dado otras noticias?

—No: porque despues de esta revelacion, estenuado sin duda, volvió á su invencible silencio.

—Quién escondió esos objetos?

—El mismo.

—Y cómo vinieron á sus manos?

—Se los entregó una persona desconocida.... no he podido saber mas.... porque á esta sazon le abandonó la memoria....

—Es particular! dijo la señora Perrine reflexionando.... Pero siendo tan fácil cerciorarse de la verdad de esa revelacion.... Dónde está el escondite?

—Dos pasos de aqui....

—Un monton de ladrillos cubierto de musgo y yedra.... pegado al estanque?

—Sí, señora Perrine, alli estuvo antes el horno de la granja, mas se vino abajo é hicieron otro mas cerca....

Despues de una pausa, durante la cual se agitó una porcion de veces el rostro de Mad. Perrine con el temblor nervioso que padecia, dijo á la Carrasca:

—Yo creo, hija mia, que ante todas cosas, debes cerciorarte de la realidad de lo que ha dicho el tio Santiago.... Tu conducta se arreglará á los descubrimientos que hagas.... No te parece?

—Si, señora.

—El momento es oportuno, todo el mundo duerme por qué no vas ahora á registrar el sitio indicado?

—Señora Perrine.... alguna vez salis de noche.... si tuviérais la bondad de acompañarme?

—Con mucho gusto, hija mia.

Al prepararse á salir Mad. Perrine, asióla con viveza de la mano la Carrasca, entreabriéronse sus lábios como queriendo hablar: empero, cediendo á la reflexion sin duda, bajó la cabeza con abatimiento, abandonó la mano de su protectora y exhaló un profundo suspiro, murmurando.

—No, me faltan las fuerzas, no me atrevo.

—A qué, hija mia?

—A deciróslo todo... Y será necesario al cabo por que si deseo conocer á mis padres... no es por mi sola...

—No es por vos sola?

—Vamos, vamos, señora Perrine, dijo la Carrasca precipitadamente, temiendo dejarse llevar de un impulso involuntario de confianza, venid... lo que encontremos... me decidirá á callar ó á confesároslo todo.

Salieron de la estancia ambas mujeres, atravesaron el corredor y se hallaron en el campo.

El cielo estaba admirable. Difundia su claridad la luna llena sobre el inmenso cortinaje negro de los pinos; un vapor blanco flotaba sobre la superficie de las aguas dormidas del estanque, mas estas exhalaciones mefíticas se fueron disipando á medida que

caminaba en su lenta ascension la luna, trocando el estanque en una llanura de argentada luz...

Profundo era el silencio...

Zumbaban á ratos las cañas secas mecidas por la brisa nocturna, y cuando un breve espacio cesaba este ligero rumor, con el soplo caprichoso del céfiro, un oido atento hubiera podido distinguir lejos... muy lejos el ruido sordo y acompasado de varios caballos que se iba acercando poco á poco.

Mad. Perrine y la Carrasca se hallaban sobradamente preocupadas para pararse en esta circunstancia.



CAPITULO XIV.

Revelacion.

LLEGARON las dos mujeres á las ruinas del horno abandonado, del cual solo quedaban dos lienzos de pared medio caidos, formando ángulo recto. En mitad del uno se veia la boca del horno groseramente tapiado con tejas y tierra, á favor de cuya precaucion aquella cavidad no podia servir de albergue ó de emboscada á las comadrejas, garduñas, raposas ú otros enemigos implacables de los corrales. La yedra y las zarzas que por allí crecian en abundancia no dejaban distinguir mas á la luz de la luna que el semicírculo de ladrillos calcinados en otro tiempo por las llamas que del horno se desprendian.

Junto á las ruinas situadas á la márgen del estanque, elevaban sus tallos las cañas marchitas ya, y en medio de ellas sobre el nivel del agua aparecia una compuerta de esclusa para traspasar á un ancho canal bordado de juncos, las aguas del estanque, cuando se trataba de sacar la pesca de este.

Por momentos aumentaba la agitacion de Mad. Perrine. Los diversos incidentes del dia, los recuerdos que habia callado para sí pero que no por eso dejaban de impresionarla fuertemente: las medias revelaciones, la turbacion de Carrasca, causaban á Mad. Perrine estraordinaria conmocion: desde su restablecimiento habia pasado la vida muy tranquila, casi del todo aislada, por lo cual atribuyó á tan singulares circunstancias acumuladas, la especie de vértigo febril que iba sintiendo.

—Aquí es! dijo la Carrasca, parándose en el ángulo formado por los dos lienzos de pared y designando la entrada del horno á Mad. Perrine.

—El escondite es bueno, repuso esta, pues aunque se pasara por aquí veinte veces, nadie sospecharia.

—Señora Perrine... como me late el corazon! dijo la Carrasca temblando....aquí es....

—Créeme hija mia, no te alucine una esperanza demasiado viva..... Pero démonos prisa.... no se si consiste en la frescura de la noche, añadió Mad. Perrine temblorosa, pero estoy tiritando..

Así que pronunció estas palabras la Carrasca con la energia y agilidad de una hija del campo, armóse de un pedazo de viga, trepó por los escombros, y separó de la boca del horno las plantas que la cubrian abriendo sin trabajo un hueco para entrar.

De repente, á lo lejos resonó en los vientos el chillido del águila de Sologne: mas la distancia debilitaba de tal modo el ruido que apenas era perceptible.

Distinguiólo no obstante el esperto oido de la Carrasca, y se incorporó inquieta y atenta.

—Qué sucede? preguntó Mad. Perrine que no habia oido nada: qué habeis visto, hija mia?

La Carrasca, muda, inmóvil, hizo con la mano un ademan suplicante á Mad. Perrine, inclinó la cabeza y volvió á escuchar con ansiedad.

Mas nada oyó... Ora no se repitiera el grito, ora fuese arrebatado por alguna brisa en direccion

opuesta, no volvió á percibirse mas que el lejano rumor de los caballos.

—Hija mia, dijo Mad. Perrine con voz angustiada, démonos prisa por Dios, no me siento buena.

Estas palabras hicieron volver en sí á la Carrasca: en pocos golpes facilitó la entrada en la negra cavidad, mas Mad. Perrine la cogió por los vestidos esclamando:

—Cuidado, hija mia, por esta tierra hay peligrosas culebras, si en ese agujero estuviese escondida alguna....

—No temais, señora, aun no es la época de encamarse las culebras.

Y con ligero movimiento desasióse la Carrasca de la mano de Mad. Perrine, á quien se le oprimió el corazon al verla desaparecer en las tinieblas.

En aquel instante... cuando la Carrasca no podia ya oirlo... sonó de nuevo, claro, penetrante, próximo, el grito del águila de Sologne.

—Un ave de rapiña: Qué triste presagio! dijo para sí Mad. Perrine estremeciéndose.

Y como si este pensamiento acrecentára sus temores, se inclinó hácia la negra entrada del horno, esclamando:

—Carrasca, hija mia, háblame...

—Estoy buscando... y no hallo nada, respondió la jóven tristemente.

—Si lo decia... pobre niña! dijo Mad. Perrine.

Y aplicando el oido hácia el lado de donde venia el viento, añadió á media voz.

—Es particular... oigo como galope de caballos.

Escuchó otra vez y se tranquilizó pensando:

—Serán los potros de alguna granja vecina que queden pateando de noche.

De repente oyóse un grito penetrante de la jóven.

—Qué hay? preguntó Mad. Perrine zozobrosa; Carrasca, por Dios, responde !

—Un cofrecito, señora Perrine!

Y casi al mismo tiempo, palpitante de alegria,

tornó á aparecer la Carrasca á la entrada de la bóveda.

De aquella escena hubiera sacado un pintor un cuadro de deliciosa originalidad.

El vivo resplandor de la luna alumbraba de lleno á la Carrasca, quien de rodillas á la entrada de la bóveda, tenía el cofrecillo en los brazos: las verdes hojas de las yedras, los ramos de las zarzas de color de púrpura, envolvian con sus flexibles guirnaldas el semicírculo oscuro en cuyo centro resplandecía inundada de argentina luz la figura de la pastorcilla, inmóvil, prosternada, con los ojos arrasados de lágrimas, y fijos en el cielo con una espresion de inefable esperanza.

No obstante su agitacion é inquieta curiosidad, madama Perrine se quedó estática delante de aquel delicioso cuadro.

—Gracias, Dios mio! no me habia engañado el tio Santiago... tal vez conoceré á mi madre...

Decia la Carrasca con voz temblorosa, y de un salto se puso al lado de Mad. Perrine, añadiendo:

—Aqui está el cofre.

El cofrecillo no tenia de particular mas que la forma ; pues era redondo, de fondo plano y tapa combada : por algunos harapos, libertados de la accion del tiempo y de la humedad, conocíase que habia estado aforrado de sarga verde , sujeto con clavillos dorados que ya eran verdes: el cofrecito habia debido servir de estuche de un telarcillo de hacer encaje, casi igual al que describimos en la estancia de Mad. Perrine.

Las cabezas de los clavos que sujetaban la sarga, despues de formar sobre la tapa algunos arabescos groseros, estaban dispuestos en forma de letras trazando este nombre:

PERRINE MARTIN.

A vista del cofrecillo, quedóse como alelada madama Perrine, consultando sus recuerdos : mas al leer á la luz de la luna aquel nombre, que era el suyo, exhaló un agudo grito.

—Dios mio! Señora Perrine, qué os da? esclamó la Carrasca.

Pero ella sin contestar, cogió el cofre para examinarle mas de cerca, y trémula, delirante, prorumpió con voz ahogada, sin reparar en que allí estaba la jóven pastora.

—Este estuche es mio.... qué hace aquí? yo le llevé á aquella casa.... sí.... me acuerdo, le llevé á aquella casa á donde me condugeron cuando aun no estaba.... loca del todo.

—Vos.. loca! esclamó la Carrasca aterrada.

—A aquella casa, prosiguió Mad. Perrine fuera de sí, donde me tuvieron encerrada tanto tiempo: cuando salí curada... no me acuerdo bien... me parece que pedí este estuche y otras cosas que yo queria mucho... mucho... pero se me contestó que no habia nada.

—Este cofrecillo... vuestro! esclamó la Carrasca, apuntando en su mente una esperanza loca.—Si fuera su madre Mad. Perrine!... mas luego recordó que un momento antes mostrara esta su pena por no haber tenido una hija. Sin atreverse á hablar, aguardaba con inesplicable angustia la Carrasca, á que se descifrara aquel misterio.

Sobre un escombro colocó Mad. Perrine el cofre. Apretando no sin dificultad el broche enmohecido y muy disimulado que cerraba el estuche, abrióse este y lo primero que apareció fué un chupador guarnecido de cascabeles, como los que suelen tener los niños pobres.

—El chupador de mi hijo! esclamó Mad. Perrine, le creia perdido... oh! que ventura... Y despues de cubrir de besos aquel juguete, volvió á colocarle en el estuche.

Sacó en seguida una carterita de tafilete con adornos de plata ennegrecidos por el tiempo, entre los cuales descollaba una corona de conde.

—La cartera que su padre... dejó caer una vez añadió Mad. Perrine, y que contenia aquellas cartas... aquellas cartas funestas... Y estos dos bolillos de madera, tallados para mí por Claudio, el hombre mejor y mas desventurado... Ah! que dicha

tesoros queridos, reliquias sagradas que he llorado tanto tiempo perdidas... al fin os recobro...

Mad. Perrine cubria estos objetos de lágrimas y de besos con una exaltacion febril funesta, porque á sus sollozos acompañaban convulsivos movimientos.

—Pero esto... no lo conozco... yo nó puse esto, dijo de pronto Mad. Perrine.

Y levantó una bolsa de piel de bastante peso que traspasada por la humedad se reventó al alzarla, cayendo una porcion de monedas de oro.

—Oro! continuó Mad. Perrine con mayor sorpresa. Qué pergamino es este?

Con efecto, á la bolsa estaba atado un pedazo de pergamino amarillento, arrancado sin duda de la cubierta de un libro viejo.

—Está escrito!

—Leed, oh! leed, murmuró la Carrasca, cuyas ideas empezaban á perturbarse en vista de hechos tan inesperados.

Gracias á la deslumbradora luz de la luna, pudo leer Mad. Perrine lo que sigue:

"Este cofrecillo con lo que encierra debe pertenecer á la madre de mi hija, que tiene cinco años á esta fecha. Me veo obligado á espatriarme, á abandonarla. Se la confio á un hombre fiel, y acaso estos objetos sirvan algun dia á mi hija para darse á conocer á su madre, si lo creo oportuno; mas adelante daré otras instrucciones; mas como puedo ser muerto, sirvan estas líneas de testamento y en él quiero consignar una confesion que me oprime."

"Yo que hasta aqui lo arrostré todo... me siento „devorado de remordimientos: he cometido un crímen „horrible, sin nombre: justo es que empiece á espiar„le, descubriéndole á quien ha de leer... esto... que"

Desde este punto, habiendo penetrado la humedad el pergamino, comenzaba á haber palabras ilegibles y otras enteramente borradas, de suerte que estaban incomprensibles las líneas últimas, empero Mad. Perrine, cada vez mas delirante y arrebatada por el ím-

petu de una curiosidad devoradora, siguió leyendo aquellas frases incoherentes como si tuvieran sentido:

"Era pr... resuelto... una noche me introduje... loca, „pero hermosísima y... quiso... horror de mi... al ama„necer... me llevé el cofr... para sab............................

....

„me ha perseguido...

„Volví... mi hija... la madre loca todavía... robé... no „se le diga, hasta que tenga... por razones que yo sé... „póngase el nombre de CARRASCA á... hija... y.... mi...

Cayósele á Mad. Perrine el pergamino de las manos.

Aquel sacudimiento nuevo y terrible restituyó por un momento el equilibrio á su espíritu, asi como un monumento conmovido en la base por una oscilacion profunda, vuelve á su centro momentáneamente por otra oscilacion contraria hasta que cae derribado con estrépito.

Fácilmente comprendió Perrine Martin el sentido incompleto de aquellas frases. Un infame alucinado por la belleza de la desdichada, habia abusado de su estado de demencia: la Carrasca era el fruto de este crímen horrible, y Perrine Martin habia sido madre, sin que le quedára de ello conciencia ni memoria!

Ante tan espantoso descubrimiento, el maternal corazon de la infeliz no sintió mas que una cosa—una alegría inmensa, divina: tenia una hija y podia estrecharla sobre su corazon...

Dominada por este sentimiento, alargó los brazos á la Carrasca, esclamando:

—Creia volverme loca... mas ya no temo nada... Ven, hija mia... ven, tú me vuelves la razon...

Y decia verdad, porque hay situaciones dadas en que una madre tiene suficiente imperio de voluntad para no perder el juicio.

—Mi madre... vos, esclamó la Carrasca atónita, pues era demasiado cándida para comprender el sentido odioso de las palabras leidas por su madre.

—Sí... tu madre! soy tu madre! decia Mad. Perrine sollozando é inundando á Carrasca de lágrimas y caricias... poco importa lo demas. Sí... eres mi hija...

¿qué mas queremos? Dios mio! yo que me quejaba de no haber tenido una hija.. mas mi hijo le adoraba tanto... Oh! ¡cómo querrás á tu hermano!...

—Madre! hermano! murmuraba la Carrasca volviendo á su madre lágrimas por lágrimas, caricias por caricias, contento por contento.

De repente estremecióse Perrine y dijo muy quedo á Carrasca, á quien tenia entre sus brazos:

—Te llaman!

—A mí, madre mia?

—Sí, escucha.

Efectivamente por entre el choque de sables, de pisadas de caballos, de botas con espuelas y confusos gritos, tumulto creciente que la conmocion no les permitiera hasta entonces distinguir á Perrine y su hija, sobresalia la voz sonora de M. Beaucàdet.

—Buscamos á la Carrasca, decia el sargento de gendarmes, en nombre de la ley, que nadie debe ignorar; dónde está la Carrasca? vengo á prenderla...

Imposible es describir el apreton convulsivo con que ciñó Mad. Perrine á su hija, al oir estas palabras, acurrucándose en el ángulo formado por las dos paredes que proyectaban bastante sombra.

—Prender á la Carrasca! gritaba la voz varonil de la Robin: estais en vuestro juicio Mr. de Beaucadet? prender á esa niña.... al ángel bueno de esta tierra?

—Es verdad, añadian los mozos de labor, por qué prenderla?

—Porque está acusada de in-fan-ti-dio, respondió Mr. Beaucadet con gravedad, cortando las sílabas segun su maña.

—Qué significa eso? saltó la Robin, de qué estais hablando?

—O en otros términos, plebe ignorante, repuso Beaucadet desdeñosamente, se sospecha que la Carrasca ha muerto á un hijo suyo.

En este momento sonaron dos gritos desgarradores tras el ángulo formado por las tapias ruinosas del horno.

Mientras Beaucadet acudia en esta direccion seguido por sus gendarmes, la Carrasca, con la rapidéz del rayo, soltóse del abrazo convulsivo de su madre; de un brinco subió á lo alto de las ruinas, y desde aquella altura se precipitó en el estanque.

Todo esto habia sucedido en menos tiempo del que hemos empleado en referirlo.

Cuando llegó Beaucadet con toda la gente al ángulo formado por las dos paredes, cuya elevacion impidiera ver la funesta resolucion de la Carrasca, no encontró mas que á Perrine Martin.

La desventurada madre con la cabeza sobre una piedra, con los brazos tirantes, crispadas las manos y desencajadas las órbitas, estaba atacada de un atroz parasismo nervioso.

—Señora Perrine! esclamó la Robin arrodillándose junto á ella para socorrerla: mientras la rodeaban los gendarmes.

—La Robin! acá, socorro, gritó de pronto una voz al otro lado de las ruinas.

Era uno de los mozos que oyendo el ruido en el agua, corrió á la orilla del estanque, en tanto que los demás actores de aquella escena se precipitaban hácia las ruinas.

—La Robin! volvió á gritar—la Carrasca se ha echado al estanque..... en los juncos ha quedado una de sus botitas... socorro.....apriesa... suelta la barca... que acaso se pueda salvarla.....................................

....

Mientras Perrine era trasladada á la granja sin sentido, echóse al agua la barca, y fué sondeado el estanque en todas direcciones... Mas no fué posible dar con el cuerpo de la Carrasca...

La Robin, llorando amargamente, se llevaba como una reliquia preciosa la botita de la pastorcilla, mas reflexionando luego, dijo al carretero:

—Somos unos bestias en llorar; una criatura hechizada, como la Carrasca, no puede morir... Pronto la veremos..

....

Escrita la memoria del suicidio, montó á caballo Mr. Beaucadet, enderezando el paso hácia el castillo del conde Duriveau, á fin de comunicarle esta funesta noticia.

Despues de un rato de marcha, el veterano que en el curso del dia mostrara mas de una vez la impaciencia que le causaban las ridiculeces de Mr. Beaucadet, dijo por lo bajo á su camarada, apuntando al sargento.

—Acabo de verle llorar al montar á caballo.... Tanto mejor..... siempre le creí mas bruto que malo.



CAPITULO XV.

La mdre y la hija.

INTERIN ocurrian los sucesos precedentes en la granja del Enebro, pasaban otras escenas en la quinta de la *Sablonniere*, donde residia Mad. Wilson.

De vuelta á casa, despues del malhadado hallazgo de la cacería, Mad. Wilson y su hija se retiraron á su aposento, sin pensar en comer: no asi Mr. Alcides Dumolard, quien apenas recobrado del terror que le causára el atrevido ataque de Bamboche, no participaba de la indiferencia de su hermana y sobrina en cuanto á llenar el estómago y muellemente arrellanado en un sillon junto á una lumbre escelente, extasíabase á vista de un copioso banquete, asegurando que tantas diversas emociones, y en especial la pena de haber perdido el bolsillo, le habian debilitado estraordinariamente.

Accediendo á las instancias de su madre acababa de acostarse Rafaela Wilson y á la cabecera estaba su doncella Isabel, solterona de treinta años, que, sino bonita, tenia un rostro espresivo, inteligente, magní-

ficos cabellos y ojos vivos, la mano delicada, el pie pequeño y el talle elegante, realzado por un vestido negro admirablemente hecho.

Mostrábase Isabel tan sorprendida como contristada por el dolorido continente de sus señoras, y á una seña de Mad. Wilson, se retiró respetuosamente.

Quedáronse solas madre é hija.

La alcoba de Rafaela contígua á la de su madre, estaba colgada de tela de Persia con florones sobre fondo blanco: una luz debilitada por una bomba de cristal, despedia suaves destellos.

Trocára Mad. Wilson el traje de montar por una bata de cachemir de color de tórtola con cordonadura color de rosa bajo, tegido delicado y suelto que marcaba los contornos de aquel hechicero cuerpo.

Sentada en el borde de la cama de su hija, estrechaba inquieta, una de las manos de esta entre las suyas. La deliciosa faz de Rafaela, que en lo general brillaba con tan delicado colorido, se veia á la sazon tan alterada, que á no ser por el resplandor calenturiento de sus rasgados ojos azules y por el oscuro color de las bandas de cabellos, habríase confundido la palidez del rostro con la blancura del encaje y la batista de su cofia de dormir.

Aquella niña y aquella madre tan jóven, ó por mejor decir, aquel grupo de hermanas presentaba un cuadro bellísimo alumbrado por la claridad dudosa que reinaba en la estancia, tapizada de telas de flores é impregnada del perfumado aroma que despiden siempre las damas elegantes.

Por la primera vez, desde que volvieran de la cacería, se hallaba sola Mad. Wilson con su hija.

—Angel mio, sufres mucho? dijo la madre á Rafaela.

Esta contestó con un doloroso suspiro, acompañado por una lagrimosa mirada.

Cogió Mad. Wilson entre sus manos la cabeza de su hija que tenia apoyada en el hombro y la besó muchas veces en la frente, diciendo:

—Sufrir tú... ángel mio... tú! oh! jamás he senti-

do ódio... Mas á quien te causára el pesar mas leve le perseguiria con una animosidad terrible, implacable.

Y hablando de su ódio, transfiguróse la linda fisonomía de Mad. *Wilson*: despidieron un resplandor sombrío sus ojos, en lo general tan vivos y tan serenos: se contrajo su risueña boca: hincháronsele las venas de la frente, y retratóse en fin en su semblante tan amenazadora espresion, que Rafaela esclamó espantada:

—Mamá... no le aborrezco... le amo tanto!..

Estas palabras que acusaban su pasion incurable, trastornaron á Mad. Wilson que rompió á llorar con el rostro cubierto por las manos.

--Madre, madre querida... te aflijo, esclamó la jóven enlazando con sus brazos el cuello de Mad. Wilson... Oh! soy una miserable... no me ama acaso... y te destrozo el corazon...

--Que no te ama! esclamó Mad. Wilson enjugándose de golpe las lágrimas que inundaban sus mejillas, encendidas de indignacion. Qué no te ama, dices! Y habias de sufrir tal desprecio?... Tú, la bella entre las bellas, hermosura ideal, sin compañera, esclamó Mad. Wilson arrastrada por el loco orgullo del amor materno. No amarte!... prosiguió despues de una pausa... Pues no sabes lo que me ha costado...

Púdose contener á tiempo Mad. Wilson, antes de revelar á su hija un secreto que queria callarla, y se apresuró á añadir.

--No... no sabes las inquietudes que me ha costado este amor... prenda de mi corazon...

--Ay! madre mia, desde que salimos de París está acordado nuestro enlace, y ya habeis visto cómo se ha conducido hoy... alguna galantería frívola y nada mas... apenas me hacia caso, distraido é indiferente siempre... Y qué es aun esta indiferencia, comparada con la escena horrible en que hizo alarde de tanto valor y de tan soberano desden?... Ama á esa aldeana; me pospone á esa mujer que mata á su hijo! esclamó Rafaela con una espresion indecible de ódio, de celos y de desesperacion...

Anegada en llanto, volvióse á echar en brazos de

su madre, ocultando el rostro en el seno de esta.

--Compadecedme..... despreciadme, continuó; á pesar de todo, amo á Escipion, le amo mas, si cabe, porque jamás me ha parecido tan admirable, como cuando solo afrontaba desdeñosamente la furia de los campesinos que le amenazaban. Maldecidme, madre mia, añadió Rafaela levantando el hermoso rostro empapado de lágrimas, y estendiendo las manos suplicantes... Maldecidme... porque no lo sabeis todo...

Incorporóse Mad. Wilson como si la hubiera picado una vívora é interrogó á su hija con miradas inquietas y penetrantes.

—He abusado de vuestra ciega ternura.... de vuestra confianza sin límites, añadió Rafaela abatida....

Al escuchar estas palabras, el primer impulso de Mad. Wilson, fué estremecerse haciéndose atrás y soltando la mano de Rafaela: mas avergonzada de haber dudado un momento de su hija, aunque esta se acusára, replicó:

—Abusar tú de mi confianza! no te creo, ángel mio.

Fueron pronunciadas estas palabras con tan apacible sonrisa, que Rafaela estupefacta, quedóse muda y anonadada.

—No, no has podido abusar de mi ternura querida mia, repuso la madre, segun costumbre, tu cándido corazon abulta ciertamente alguna niñería... lo mismo que exageras la frialdad de Escipion... Vaya, picaruela, añadió Mad. Wilson, poniendo con un movimiento lleno de gracia, su cabeza al nivel de la de su hija; acabarás por hacerme tan miedosa como tú, porque al oirte esclamar ¡*Nó me ama*! temblé. Hacerme dudar de tí, de la omnipotencia de tu belleza, del adorable influjo de tu talento y de tu corazon.... oh! no te lo perdonaria nunca. Vamos, señorita, acercaos para que yo cierre esos párpados con mis besos, ya que esos divinos ojos son tan poco perspicaces y tan malos jueces del amor de Escipion.

Diciendo esto, estampó Mad. *Wilson* los rosados lábios en los blancos párpados de Rafaela.

Por la vez primera de su vida, sintióse esta dolorosamente admirada del lenguaje de su madre. La confianza, la quietud de Mad. *Wilson*, despues de los incidentes del dia, tan penosos para el corazon de la doncella, llenaban á esta de zozobra y de sorpresa.

—Perdóname, madre mia, dijo turbada; pero al oirte tratar con tanta indiferencia lo que hoy ha sucedido...

Mad. *Wilson* interrumpió á su hija diciéndola en un tono de grave ternura.

—Oyeme, querida...somos dos hermanas... voy pues á hablarte como una mujer casada.... á tí que serás en breve esposa del hombre á quien adoras.... Fuerza es, hija querida, tomar el mundo tal como es, y las cosas como estan. Te asusta, te hace padecer lo que crees indiferencia, frialdad de Escipion. Mas que remedio tiene? pertenece á su siglo.... á su época. Aunque muy jóven, aparenta (y ya delante de tí se lo he echado en cara) aparenta como la mayor parte de los de su edad, despego, desdeñosa indiferencia hácia todos los sentimientos tiernos. Miraria como soberanamente ridículas las atenciones esmeradas de novio, y colmándote de obsequios temería hacer el papel de un futuro de provincia. En realidad, qué valen esas afectaciones? apariencias no mas que en nada alteran el cariño real que te profesa. Si, porque te ama mas de lo que tú crees. Yo, que sé cuanto vales, debo defenderle contra tus funestas dudas, pobre angel idólatra.... has elegido á Escipion y le amas tanto que por poco mueres. El hizo que su padre pidiera tu mano y ves, que no le tentaria el dote, pues harto poco poseo, y tu tio tiene los bienes consignados á renta vitalicia.

—Mamá....

—Válgame Dios! conozco que son odiosas estas razones que me obligas á esponer para tranquilizarte, vida mia.... Mas supuesto que no tienes legítima

confianza en tí propia, preciso es entrar en estos pormenores, por repugnantes que sean.

—Sabes, madre mia, que no tengo que quejarme solamente de falta de atenciones....

—Te comprendo; te aflige ese cruel descubrimiento.... ese desdichado niño.... Pues tambien sobre eso, alma mia, debo hablarte como amiga, como hermana ó mejor dicho como madre que deja á un lado toda hipocresía cuando se trata de ilustrarte y no de engañarte.

Oyeme atenta. El año pasado, estaba aquí Escipion solo con su padre.... no te conocia. En el ócio de la vida campestre, tropezó con esa muchacha; le haria la corte y ella le escuchó... Lo demás ya lo sabes... Ahora bien, bajo el punto de vista moral, es una accion mala, muy mala... pero, preciso es confesarlo. para ese mundo en que vivimos tú y yo, la accion de Escipion es un pecadillo de juventud: aun cuando mañana, todo París supiera que el vizconde Duriveau habia tenido una querida aldeana con las resultas funestas que hemos presenciado, aun cuando todo esto se hiciera público, no creas que se le cerraria á Escipion una sola casa, ni que modificara nadie la acogida que tenga costumbre de hacerle... hay mas, hija mia, ningun padre, ninguna madre le rehusaria por eso á su hija. Conozco que te sorprendes, querida mia, mas al cabo oyendo lo que has de saber luego que te cases, enterada de la verdad de las cosas, te consolarás y desistirás de una idea funesta para tu reposo.

—Segun eso, dijo Rafaela mas pálida y temblorosa, segun eso, el mundo no muestra compasion á la infeliz seducida, abandonada: en el mundo nadie critica ni reprueba al seductor, al paso que para la víctima no hay mas que indiferencia y desprecio...

—Adorada mia... cruel es eso, injusto, deplorable, mas qué quieres? tenemos que tomar al mundo tal como es. Bajo este punto de vista, la penosa escena, que tanto te ha contristado, tiene menos importancia de la que tú la supones, importancia que es aun

menor si se trata de tu felicidad futura, pues al cabo un año ha no te conocia Escipion, y si bien es mal hecho seducir á esa muchacha... tambien por qué fué ella tan débil? por qué no tuvo virtud y valor suficiente para resistir? Es un justo castigo de....

—Ah! no puedo mas, esclamó Rafaela interrumpiendo á su madre: yo soy otra miserable... oir esto y callar... es una infamia.

Y clavando en Mad. *Wilson* una mirada delirante, díjola con acento hondamente alterado.

—Madre mia... no hableis con esa dureza de las pobres mujeres seducidas...

—Qué tienes, hija mia? Cómo tiemblas! Cómo me miras!

—Repito, madre, que se debe tener indulgencia y compasion á las míseras seducidas...

—Aun mas pálida te pones... me asustas...

—Tened lástima, sí, lástima de las infelices que no tienen virtud... ni valor para resistir á Escipion.... lo entendeis, madre mia?

Los sollozos ahogaron los acentos de la pobre niña.

—Rafaela, vuelve en tí, tranquilízate.

—Dios os castiga, madre mia.

—Dios, cómo?

—Esa desventurada... á quien ha seducido Escipion, era pobre, sin apoyo, prosiguió Rafaela con una sonrisa de terrible ironía: por eso habeis dicho como dirá el mundo: desprecio á la víctima! gloria al seductor!!!

—Rafaela!!!

—Ha muerto á su hijo... y ella morirá quizá... mas de qué vale semejante criatura? Pecadillo de juventud del vizconde Escipion. Esto habeis dicho y Dios os castiga...

—Dios mio! Dios mio!

—Eco de un mundo egoista y cruel, habeis sido inexorable con la pobre pastora... mas repito que Dios os castiga en vuestra hija.

—Qué dices?

—Digo que tambien he sido culpable... mas culpable todavía que esa desdichada, porque no estoy sola y abandonada como ella... Tengo una madre tierna y adorada de quien no me he separado desde la infancia... y he burlado la confianza de tan tierna madre...

—Oh! calla...

—He abusado indignamente de su ternura...

—No sabes lo que te dices... estás loca, Rafaela.., vuelve en tí.

—No, no estoy loca, esclamó la jóven delirando casi: pero lo estaré, si no me muero de vergüenza...

—De vergüenza!

—Yo tampoco pude resistir las seducciones de Escipion.

—Desdichada!

—Qué importa? pecadillo del vizconde... dirá e mundo, no es asi, madre mia? murmuró la infeliz exánime.

Y cubriéndose el rostro con las manos, volvió á caer sin movimiento sobre la almohada.

CAPITULO XVI.

El amor maternal.

Han trascurrido pocos momentos despues de la terrible revelacion hecha á Mad. Wilson por su hija, y que esta completó con algunas palabras pronunciadas con voz moribunda.

Antes de continuar, daremos alguna ligera esplicacion acerca del carácter de Mad. Wilson.

Esta mujer idolatraba á su hija y en breve podremos aducir pruebas de su idolatria, de su abnegacion ciega, apasionada... casi heróica.

Las personas que conocen lo que se llama *mundo*, y le han visto tal como es, tal como le han dispuesto las necesidades actuales del órden social, puede que tachen de impropio el lenguaje de Mad. Wilson, hablando de la seduccion de la Carrasca, mas en rigor, no dirán que no está conforme con las ideas, con las costumbres, con las tradiciones del siglo.

Al pintar á la sociedad con tan crudos colores, tenia sus razones Mad. Wilson, razones escelentes en cierto concepto.

La pasion que Escipion Duriveau inspirara á Rafaela, habia nacido y llegado á su apogeo, durante un viaje que hubo de hacer Mad. Wilson á Inglaterra, con motivo de algunos créditos que dejó su marido, banquero americano, y muerto en estado de quiebra. Asi pues, Mad. Wilson no habia podido precaver á su hija de una pasion tan loca, tan frenética, que cuando volvió la madre la halló casi moribunda... moribunda de amor...

Ya no pensó Mad. Wilson en examinar ni discutir si era ó no digno el objeto de pasion tan insensata. Ante todas cosas anhelaba salvar la vida de su hija, casándola con el vizconde. Increibles dificultades presentaba este enlace, y para vencerlas necesitó Mad. Wilson de toda su destreza, de toda su energía de voluntad... fue preciso que se resignara á un sacrificio admirable.

Finalmente, Mad. Wilson estaba demasiado orgullosa con la adorable belleza de su hija, demasiado penetrada de sus raras prendas, para no suponerlas una influencia irresistible, confirmándose en que Escipion ocultaba un amor verdadero bajo su aparente frialdad: por otra parte Rafaela le amaba con delirio, y á cualquier precio debia calmar Mad. Wilson los temores de su hija sobre el porvenir de una pasion que era su vida.

Tal fuera la línea de conducta de la madre, hasta que supo que Rafaela, cediendo á las apasionadas instancias del vizconde, le habia dado una cita pocos dias antes de partir para la Sologne.

Despues de estas tristes revelaciones, pasó un largo espacio de tiempo, durante el cual madre é hija permanecieron silenciosas, meditabundas, anonadadas.

Mad. Wilson, recostada en una butaca, demostraba el mas intenso dolor y clavaba en su hija una mirada llena de tristeza, de compasion, de amor y de perdon... Rafaela, pálida, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre las rodillas, parecia inerte, insensible... de vez en cuando, gruesas lágrimas corrian

silenciosamente sobre sus mejillas blancas y heladas como el mármol.

—Rafaela, dijo de pronto Mad. Wilson, óyeme, pobre hija mia...

Estas palabras que revelaban la indulgencia, la ternura infinita de la madre hicieron estremecer á la hija, quien cubrió las manos de Mad. Wilson de lágrimas y de besos.

—Levántate... tranquilízate, ángel mio... á mí tambien me cuesta trabajo contener mi conmocion... tengamos valor... discurramos.

—Ya os escucho, madre mia, repuso Rafaela, esforzándose para contener su llanto.

—Somos dos mujeres solas, aisladas; de nadie podemos tomar consejo, porque sabes lo que puede esperarse de tu tio... A nosotras solas toca tomar una resolucion para el porvenir... Tenias razon... Dios me ha castigado por la crueldad con que hablé de la pobre aldeana... Dios me ha castigado... pero le bendeciré, si á mí limita su castigo... Poco há, no me parecian fundadas las dudas sobre el amor de Escipion; ahora las creo insensatas porque ya se esplica su aparente frialdad por el interes de disimular.

—Ah! madre mia, contestó Rafaela abatida, en presencia del niño muerto... de su hijo... continuó seca y arrogante la mirada de Escipion... Esto me espanta, me hace dudar de sus sentimientos y eso que conozco cuánto le amo, desde que es dueño absoluto de mi honor, como lo es de mi corazon. Ah! qué horrible idea! si faltara á su palabra! si el desprecio... el abandono...

—Tú despreciada... abandonada!! tú!! viviria yo acaso? esclamó Mad-Wilson con increible energía. No, no, serénate, hija mia; Escipion cumplirá su promesa; la cumplirá, porque te ama... porque es preciso que la cumpla... porque no hay ya fuerza humana que pueda oponerse á este enlace.

—Ah! madre mia, si conociérais la inflexibilidad del carácter de Escipion! Si no me ama, nada en

el mundo le impedirá abandonarme, murmuró la jóven con doloroso abatimiento.

La ansiedad de Rafaela, la alteracion de sus facciones, que iba en aumento, desgarraba el corazon de Mad-Wilson. Conocia el esceso de sensibilidad de su hija, que ya estuviera á pique de morir de resultas de este amor. Asi que, amedrentada del abatimiento de la infeliz, deseando á toda costa infundirla fé en el porvenir, comunicándola lo pasado, resignóse á una revelacion que tuviera hasta entonces secreta por la modestia de su abnegacion maternal.

Despues de un momento de incertidumbre, dijo Mad. Wilson á Rafaela:

—Respondeme, vida mia... si antes de ese momento de vértigo en que te perdiste, te hubieran dicho: renuncia á tu amor...

—Habria muerto.

—Y si hoy te digeran: es preciso que renuncies á ese amor, á ese enlace...

—Moriría de amor y de vergüenza.

—Sí, lo creo, morirías de amor y de vergüenza... mas yo no quiero que mueras, y para que vivas, necesito confortarte probándote que ya nada puede oponerse á tu casamiento, ni siquiera la voluntad de Escipion, lo entiendes? necesito probarte que si para asegurar tu enlace, he hecho lo imposible casi...

—Vos, madre mia!

—Sí, mira tú, si me arredrará lo posible... Te admiras, hija querida.. Voy á contártelo todo... no sin pesar, porque debias ignorarlo siempre...

Despues de una pausa prosiguió Mad.-Wilson con orgullo:

—Por qué he de avergonzarme de confesar los sacrificios que me ha inspirado el amor maternal? Sabes que fuí á Inglaterra con la esperanza de cobrar algunos créditos dudosos despues de la muerte y desgracias de tu padre: era muy importante la suma que yo reclamaba, pues con ella te aseguraba un dote considerable, y en estos tiempos positivos influía esto mucho en la dicha de tu porvenir. Durante mi es-

tancia en Inglaterra, púsome la casualidad en relacion con Sir Francís Dudley, que estaba interesado en mis reclamaciones... Lealtad caballeresca, esquisita delicadeza, noble corazon, gran carácter, Sir Francís, reunia todas cuantas cualidades pueden inspirar estimacion y cariño. Tuve que verle á menudo para defender mi derecho... y al cabo, hija mia, las relaciones graves se convirtieron en viva amistad, que á su vez cedió el puesto á otro sentimiento mas tierno, del cual yo me envanecia, hallándome digna del hombre que le inspiraba... Sir Francis Dudley era libre, y yo tambien... en mis proyectos entraba en mucha parte la esperanza de tu porvenir... mas á qué resucito estos recuerdos? añadió Mad.-VVilson con melancólica sonrisa; no fué mas que un sueño vano de dicha...

—Pues por qué hablas de lo pasado como de un sueño? dijo Rafaela sorprendida y lisongeada por aquella confianza.

Mad. VVilson meneó la cabeza tristemente, y cual si quisiera desterrar penosas memorias, continuó abrazando á su hija con ternura.

—Hablemos de tí, querida... Durante mi viaje, todos los dias recibia carta tuya... de repente me faltaron las cartas, y supe por tu tia que te hallabas enferma...... Saber esta noticia y partir, todo fué uno. Cuando llegué estabas moribunda....

—Madre mia! amabas—y corriste—ahora comprendo tu sacrificio.

—Todavía no, hija de mi alma. Llegué, te encontré moribunda; me confesaste tu pasion; loca y fuera de mí, deseosa de salvarte la vida, te prometí casarte con Escipion: una crisis saludable se promovió de resultas de esta esperanza, de resultas de tu confianza ciega, en una palabra, y te salvaste. Mas yo necesitaba llevar á cabo la empresa empeñada en el delirio del dolor; necesitaba unirte con Escipion, si no que riaque cayeses de nuevo en el abismo de donde tan milagrosamente te habia arrancado. Ay vida de mi vida! aun ignoraba á lo que me habia comprometido.

--Pues qué! mi boda...

--Atiende... una amiga mia conocia con intimidad al padre de Escipion, al conde Duriveau. Despues de una larga conferencia con ella, salí desesperada: era imposible tu boda, pues el padre tenia concertado el enlace de su hijo con una heredera de tres millones y de encumbrada cuna, y como le objetara á mi amiga que siempre era necesario el consentimiento de Escipion...

--Qué? esclamó Rafaela.

--Se me contestó que si conociera el carácter de hierro de Mr. Duriveau, sabria que cosa que él acordaba era cosa hecha.

--Y Escipion consentia en ese enlace! esclamó Rafaela dolorosamente. Me engañaba ya!

--No, no te engañaba; pero tampoco queria sin duda chocar de frente contra la voluntad de su padre...

--Y me ocultabas eso...

--Para qué te lo habia de decir, despues de haberte resucitado con la promesa de casarte con Escipion? Tantos temores, tanta ansiedad, tantas dudas hubieran puesto término á tu existencia, y yo queria que conserváras fé ciega en mis palabras.

--Madre mia! murmuró la jóven agobiada por estas pruebas del cariño de su madre.

--Quise conocer personalmente al conde Duriveau, prosiguió Mad. VVilson: quise juzgar por mí propia á aquel hombre terrible, que sin saberlo tenia en sus manos la vida de mi hija. Para ello me sirvió la amiga de que te he hablado...

—Y luego....

—Tres meses despues de mi primera entrevista con el conde, dijo Mad. Wilson sin pretender ocultar el orgullo de su alegria natural, el conde Duriveau deshizo la boda que tanto lisongeaba su vanidad, y se me presentó á pedir tu mano para su hijo....

—Pero cómo fué tan repentino cambio?...

—Porque supe hacerme amar por el conde, dijo Mad. Wilson sencillamente.

—Amar por el conde! esclamó Rafaela.

—Con frenesí, porque á los dos meses de los mas asíduos obsequios, me suplicaba que aceptára su mano y su fortuna.... y acepté....

—Vos, madre mia! dijo Rafaela estupefacta.

—Sí, con la condicion de que al mismo tiempo que la mia, se habia de celebrar tu boda con Escipion.

Despues de una nueva pausa en que la sorpresa no permitió á la jóven quebrantar el silencio, esclamó esta arrojándose en los brazos de Mad. Wilson.

—Ah! madre mia, todo lo comprendo ahora.... Comprendo el sacrificio doloroso, inmenso que bicisteis; por asegurar mi felicidad, renunciásteis una pasion, que os hacia dichosa y vais á casaros con un hombre que os repugna tal vez.. . solo por mi.

—No, no, mi vida, desengáñate, dijo Mad. Wilson, para disipar los escrúpulos de su hija, tranquilízate, aprecio de corazon á Mr. Duriveau, porque siendo él quien asegura tu ventura, tiene derecho á mi reconocimiento. Confiésote ademas, añadió Mad. VVilson levemente turbada, porque en su alma leal no cabria la mentira, te confieso que he visto con placer el saludable influjo que ejerce sobre el conde. Poco á poco se ha ido desvaneciendo la aspereza de su carácter, porque el amor en un hombre de enérgicas pasiones como es él, hace prodigios. Ahora bien, añadió Mad. VVilson abrazando á su hija con delirio en la persuasion de haber disipado todos sus recelos, ¿no hallas suficientes garantías para tu porvenir, en mi voluntad, en la del conde y sobre todo en el amor sincero que te profesa Escipion, amor ya indestructible, sagrado. porque de ese amor depende el honor de una muger y el honor de un hombre? ¿piensas, mi vida, que despues de haber hecho lo imposible, como te decia al principio, para reducir al conde á pedirme tu mano, no me será ya fácil.....

—Te creo, te creo, madre querida! esclamó Rafaela interrumpiendo á Mad. VVilson y echándose en sus brazos, enagenada de esperanza y de ventura.

—Te creo y me complazco en creerte, añadió Ra-

faela, tus bondadosas palabras han hehco renacer en mí la calma, la confianza, el contento, casi me conceptúo dichosa de saber cuanto te debo, los sacrificios que por mí has hecho..... pues eso me impone tantas obligaciones, tanta ternura.....

Esta conversacion fué interrumpida por algunos golpes discretamente dados á la puerta del aposento de Mad. VVilson.

—Quién es? dijo esta pasando de la habitacion de Rafaela á la suya.

—Yo, señora, contestó Isabel la doncella.

—Pues qué ocurre?

—Traigo una carta, á lo que parece, muy urgente del conde Duriveau: aguardan contestacion.

—Traed... dijo Mad. Wilson á la doncella y ved si se le ofrece algo á mi hija.

Y en tanto que Isabel acudia al lado de Rafaela, abrió Mad. VVilson la carta del conde.

—Me lo figuraba! dijo leyéndola: está lleno de ansiedad... Cuánto amor! cuánta pasion! Haber conservado á sus años tanto fuego! ¿En qué consiste que á escepcion de este amor que le domina, solo respira el conde egoismo, codicia, orgullo y menosprecio de todo lo que no es rico, noble ó poderoso? Este hombre ha sido bueno... Dicen que en su juventud era modelo de generosidad... oh! pues muy mudados están los tiempos; la edad ha endurecido, ha bronceado esta alma que fué, segun cuentan, tan delicada y tan tierna.

Luego añadió lentamente Mad. VVilson continuando la lectura con ademan pensativo.

—Ya me lo esperaba, teme que la terrible escena de la caceria, haya cambiado las intenciones de Rafaela y las mias; en nombre de su amor me suplica que emple toda mi influencia para reducir á mi hija á perdonar á Escipion...

Al llegar aquí enjugóse Mad. VVilson una lágrima furtiva y continuó despues de una pausa:

—Oh! mis dulces ensueños, mis gratos recuerdos un momento resucitados...

Mas dejémonos de flaquezas... no se trata de mí...

valor! el conde aprieta mas que nunca: insta para que fije el dia 15 del mes próximo para las bodas... Es preciso... ayer hubiera vacilado en acelerar el término fatal que harto pronto llegará. Hoy... (Mad. VVilson se ruborizó como si pensara en su vergüenza propia) hoy, la situacion de esa niña infeliz me impone el deber de apresurar este enlace.

Siguió leyendo la carta y diciendo:

—A qué triste suceso ocurrido esta noche aludirá? Dice que no me le quiere comunicar por miedo de causarme un disgusto; pero que mañana me lo contará todo, si como de costumbre puedo recibirle... Contestémosle..

Mad. VVilson pasó de su alcoba á otra pieza donde solia escribir, y estaba acabando una carta para el conde Duriveau cuando entró de repente Rafaela, pálida y desencajada.

—Qué horror! esclamó la pobre niña, echándose en brazos de su madre, muerta!

—Dios mio! qué sucede? Rafaela! de quién hablas?

—Esa muchacha... la madre del niño muerto... se ha suicidado!

—Qué dices?

—Sí, se ha ahogado.. porque iban á prenderla!

—Pero cómo sabes...

—Acaba de decírselo á Isabel un criado del conde.

—Oh! no hay duda, esclamó Mad. VVilson dolorosamente, á ese suceso es al que aludia el conde.

—Oh! madre mia! Dios nos castiga! esa muerte... es un presagio funesto, murmuró la infeliz y cayó en manos de su madre acongojada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LA INTRODUCCION.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS

DE

UN AYUDA DE CAMARA.

POR

EUGENIO SUE.

Tomo II.

MADRID.

IMPRENTA á cargo de D. Anselmo Santa Coloma.
Plazuela de ISABEL II, núm. 6.

1846.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS

DE UN AYUDA DE CAMARA.

INTRODUCCION.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

El banquete.

VOLVAMOS ahora á los sucesos que ocurrian en el castillo del Tremblay (residencia del conde Duriveau) la noche misma en que Carrasca buscaba la muerte en el estanque de la Granja... la noche en que Rafaela confesaba á su madre su falta y su vergüenza.

De vuelta á casa, sintió doblemente el conde que no concurrieran á su banquete Mad. Wilson y su hija, convidadas con Mr. Dumolard; y á la pesadumbre que le causaba la ausencia de la hechicera viuda, agregábase la molestia de haber de recibir á algunos vecinos convidados igualmente, y cuyas esquelas de convite no habia sido ya posible recoger.

La molestia sin embargo tenia sus compensaciones: aquellos vecinos, ricos propietarios, industriales hinchados en negocios espuestos, leguleyos jubilados,

todos eran electores influyentes, siendo de advertir que el año anterior digeran al conde algunos de sus amigos, metidos en cierto círculo polítieo.

"La época es azarosa: esas abominables ideas radi„cales, sociales y democráticas abren una brecha ter„rible en las clases laboriosas de la sociedad; menester „es que un partido compacto, enérgico, inflexible, inti„mide y sujete esas tendencias anárquicas que nos „conducirian derechos á la república, al terror, al „maximun, etc., etc. En calidad de rico propietario, „estais mas interesado que nadie en el sostenimiento „del órden y de la paz. Sed de los nuestros, sed dipu„tado en lugar de Mr. de La Levrasse, hombre lleno „de vuestras intenciones, mas sin valor real: preparad „vuestra candidatura, el gobierno del rey la apoyará, „y una vez nombrado, votareis con nosotros para la „conservacion del mejor de los sistemas posibles.„

Estas indicaciones halagaban el orgullo del conde Duriveau, é irritaban la entereza de su carácter: con ardor se aplicó á poner en planta los oficiosos consejos de sus amigos, empezando por trabar relaciones con varios electores influyentes del partido á que deseaba pertenecer, á quienes recibia á menudo en su castillo; y el banquete á que los convidara el dia de que vamos hablando, inauguraba su regreso á la Sologne.

Los diversos incidentes del dia, la especie de motin promovido por la insolente audacia de Escipion, debian por estas razones ser mas dolorosos para el conde de Duriveau, asi por el temor de que Rafaela en vista del escándalo, rompiera un enlace que era prenda del suyo con Mad. Wilson, como porque difundida en el pais la añagaza de Escipion, podria perjudicar grandemente á los proyectos electorales del conde. Pero por fortuna suya los convidados no tenian la menor noticia de este triste acontecimiento.

El castillo de la Tremblay, edificado á fines del siglo XVII, dominando el delicioso valle de la Saaldre, que era un oasis en medio de aquel mísero territorio, tenia una apariencia casi real! En él desple-

gaba el conde un fausto estraordinario, teniendo un gran tren de casa.

Cruzaron primeramente los convidados una antesala inmensa donde habia una docena de lacayos con pelucas empolvadas, y librea color de castaña galoneada de plata: de aqui pasaron á un salon donde estaban los ayudas de cámara, luego á una galería de pinturas á cuyo estremo se veia la puerta del salon de recibo, magníficamente dorado y amueblado al gusto de *Luis XIV*.

Estaban corridas las largas cortinas de damasco verde: los candelabros y arañas de bronce dorado, cargados de bugías, reflejábanse en espejos de quince pies de altura bajo los cuales habia gigantescos vasos de china, llenos de las flores mas raras.

Acercábase la hora de sentarse á la mesa y acallando sus disgustos hacia el conde solo los honores de la casa, atenciones hospitalarias cuyo peso entero le dejaba el conde Duriveau.

Padre é hijo ofrecian á la vista un contraste notable y significativo, aun en los pormenores mas pueriles en la apariencia.

El conde á pesar de ser *padre jóven*, lejos de aprobar las modas desaliñadas de la juventud de 1845, habiase vestido con sumo cuidado y gusto: las anchas solapas del frac azul claro con botones de oro cincelados, caian sobre un chaleco blanco de piqué, muy ceñido al talle, que aun conservaba esbelto y elegante; el ancho lazo de una corbata alta, de raso negro, lucia sobre la camisa admirablemente bordada y sujeta con tres perlas finas rodeadas de diamantes y engarzadas en un follaje de esmalte verde; el pantalon negro, bastante ceñido, dibujaba sus formas robustas y elegantes á la par, y caia sobre el pie pequeño, calzado con medias blancas de seda y zapatos de charol muy bajos. Con este traje, el conde Duriveau favorecido por su tez morena, negros cabellos y rostro magro lleno de vigor, podia impunemente rebajar sus cincuenta años á treinta y cinco ó cuarenta.

Aunque pueriles en la apariencia, repetimos que estos pormenores tenian su significado: el conde Duriveau hubiera creido faltar á sus huéspedes ó á sí propio, si para comer aun cuando fuera solo, no se hubiera vestido con esmero: ponerse botas por la noche en lugar de zapato y media de seda, le parecia una falta enorme que en su vida cometiera, pues era esta una cuestion de dignidad personal, una garantía que en sentido figurado significaba: Que un hombre calzado de seda, se mira mucho antes de andar por el lodo. No dejaba de ser estraño este modo de comprender el *respeto humano*, mas lo cierto es que así lo hacia.

El vizconde Escipion, lejos de imitar tan ceremoniosas tradiciones, exageraba por el contrario el *negligé*, las modas holgadas introducidas por el desaliño de las costumbres del club, de cuadro y de mozas.

Así que, el traje de Escipion era el reverso completo del de su padre: la corbata negra, tan estrecha que parecia una cinta, sujetaba apenas un cuello de camisa cuadrado y almidonado, que, rozándole las orejas, dejaba desnuda la garganta; el frac verde mezcla, de desmesurada anchura y muy corto de faldones, mas que frac parecia casaquin de caza, un chaleco escocés de estraordinaria longitud y cortado por el modelo de los que usan los lacayos caia sobre el pantalon de cuadros grandes y fondo oscuro, flotante como pantalon de marinero que cubria casi hasta la punta de las botas de charol.

Tal era el traje del vizconde, cuyo descuidado aspecto se aumentaba por una indolencia de actitudes, una afectacion de desenfado, mas fácil de sentir que de pintar: la camisa entreabierta por la pechera, los puños tiesos y ajados, medio vueltos sobre la manga del frac, de la cual salia su mano blanca, fina, enjuta como la de una mujer enferma: sus posturas muelles ó fastidiadas, distraidas ó altaneras, eran otros tantos matices, toques delicados casi imperceptibles que no es posible describir y que sin embargo contribuye á dar al retrato su carácter especial.

Segun su costumbre, entró el vizconde muy tarde en el salon. Al verle vestido con tanta negligencia, acercósele el conde á decirle por lo bajo en tono de amistosa reconvencion:

—Hubieras debido vestirte con mas esmero: sabes que en provincia se nota todo.

—Eso es, contestó en voz alta Escipion: tú si que me das vergüenza con tu pantalon semi-colan, á guisa de galan de la ópera cómica.

Mordiase el conde los lábios de despecho, mas entraron algunas personas y tuvo que salir á recibirlas. El contraste de que hemos hablado no era menos notable en los ademanes de padre é hijo. El conde ora de pie, cerca de la chimenea, daba conversacion á los hombres, ora se inclinaba sobre el respaldo de los sillones de las damas, para decirlas algunas palabras galantes.

Escipion tumbado literalmente en un ancho y hondo sitial, con las manos guardadas en los bolsillos del pantalon, y con la pierna derecha cruzada horizontalmente sobre la rodilla izquierda, tan pronto miraba al techo, como bostezaba ruidosamente, ó bien en tono zumbon, dirigia cuchufletas á los que su mala suerte llevaba cerca de él. Respecto de las damas, limitábase á examinar su entrada con curiosidad, flechándolas el lente, mas sin dirigirlas una palabra ni un saludo.

Harto mortificado ya con la conducta de Escipion durante aquel aciago dia, y muy irritado ademas por las mordaces burlas con que le hiciera callar su hijo en presencia de Mad. Wilson, el conde Duriveau, fatigado de su papel de padre jóven, no podia soportar las impertinentes afectaciones de Escipion, que podian enagenarle la voluntad de los electores. No obstante, tanto temia el descaro del mancebo, cuya insolente audacia nada respetaba, que se contuvo, aplazando para mas tarde una esplicacion grave y severa que queria tener con Escipion.

Sepultado este en su poltrona, atisbó no muy dis-

tante al mayordomo del conde, y le hizo con un dedo señal de que se acercara.

El mayordomo Mr. Laurencon, hombreton seco y trigueño, de faz impasible y dura, se acercó respetuosamente á Escipion, diciendo:

—Deseábais alguna cosa, señor vizconde?

—Tirad de esa campanilla, contestó Escipion negligentemente: no sé en que están pensando, no sirven la comida... y tengo hambre.

Acercóse á la chimenea Mr. Laurencon, y tiró de un largo cordon de seda.

Inmediatamente abrió la puerta del salon un ayuda de cámara vestido de negro, con calzon corto, medias de seda y hevillas de oro en los zapatos.

Era Martin, el hijo de Mad. Perrine y del conde Duriveau...

El retrato que Martin enviára á su madre, se distinguia por la perfecta semejanza: lo mismo que en el cuadro, tenia la tez morena, fisonomía abierta y agraciada, mirada pensadora y penetrante á la par: mas en el momento de asomar al salon, un observador hubiera encontrado en él cierta represion, cierto esmerado disimulo, cual si estuviera penetrado de la prudente necesidad de aparecer tal como debia en su situacion presente.

El vizconde, que estaba sentado de frente á la puerta vió entrar á Martin y le hizo otra seña para que se acercara.

Martin se acercó respetuosamente al vizconde..... á su hermano.... con una turbacion interior, que no se traslucía, pero que aun no lográra dominar.

—Qué es esto? no se come? díjole Escipion.

—Perdonad, señor vizconde, van á servir...

—Pues meted prisa que yo tengo hambre.

Y como Martin, despues de saludar, se encaminára hácia la puerta, volvió á llamarle el vizconde.

—Martin! decidle al repostero que no beberé mas que vino de Oporto! Que ponga á entibiar dos botellas á la temperatura del Burdeos, de doce á quince grados, ni mas ni menos.

—Está bien, señor vizconde.

—Cuidar, añadió Escipion, de que no se olviden de poner junto á mi cubierto *curry* y pimientos de Cayena.

—Está bien, señor vizconde, volvió á decir Martin y salió.

Los convidados del conde eran en su mayoría de los que dicen mi *parienta* y llaman *leones* y *leonas* á los hombres y mujeres que suponen en moda. Para la mayor parte de aquellos particulares ignorantes y egoistas, vanidosos y aduladores, las impertinencias de Escipion eran otras tantas graciosas *leonerías*; su desdeñoso aplomo, su insolente fisga, los encantaban é intimidaban á la par, no atreviéndose nunca á llamarle mas que *señor vizconde*, y riendo asi que él abria los labios, lo cual le impacientaba en sumo grado, porque no se creia tan divertido. Tocante á las esposas de aquellos señores, sin dejar de atisbar con el rabo del ojo la interesante figura de Escipion, detestábanle, esto es, se morian de despecho, de pensar que no eran sin duda bastante lindas, bastante leonas, para merecer siquiera algunas palabras de urbanidad de parte de aquel fátuo, de aquel impertinente, etc.; en otro término, mas de una de aquellas bellas enojadas debia irse meditabunda, pensando en el pálido y agraciado rostro de Escipion, en sus rasgados y esdresivos ojos, en la sonrisa burlona que servia para lucir una magnífica dentadura, y finalmente, en aquella delicada mano que de vez en cuando atusaba tan indolente el bigotillo rubio.

De repente se abrieron con estruendo las dos hojas de la puerta del salon, y Martin con voz sonora, pronunció las palabras sacramentales para anunciar que la comida estaba pronta.

—Escipion, da el brazo á Mad. Chalumeau (1) dijo el conde á su hijo, ofreciendo por su parte el brazo á otra señora.

En calidad de hombre gastado, jamás se reia Esci-

(1) Significa *caramillo* en español.

pion, á no ser por lo cual, y no obstante la formalidad de su padre, habria soltado la mas estrepitosa carcajada al oir el grotesco nombre de Mad. Chalumeau. Pero una carcajada hubiera sido menos insolente que la irrisoria precipitacion con que saltó Escipion, por decirlo asi, desde las honduras de su poltrona, para ir á ofrecer el brazo á Mad. Chalumeau despues de hacerla una profundísima é irónica reverencia.

Mad. Chalumeau, mujer de uno de los electores de mas influjo, tomó como moneda corriente estos obsequios. Era una botigilla, blanca y regordeta, de cabellos y ojos negros como el azabache, pero con el defecto de tener las orejas mas coloradas de lo regular, la barba demasiado próxima á la boca y un esceso de vejetales plantados en el adorno de la cabeza, que asi tenia proporciones desmesuradas. Por lo demas, no habia nada que pedir á los lábios ni á los dientes, y sus ojos respiraban amorosa languidez.

Mr. Chalumeau, el elector influyente, respetable señor, calvo, adornado con anteojos azules, iba muy tieso detras de su mujer, sumamente hueco por verla colgada del brazo del señor vizconde, en tanto que su afortunada mitad, esponjada de satisfaccion y de orgullo bajo el vestido color de cuello de pichon engalanado con multitud de alamares, sentia el calor que inflamaba sus orejas y apretaba con su torneado brazo el brazo enjuto del vizconde, como temerosa de que la robáran su caballero las otras damas á quienes abrumaba con sus triunfantes miradas.

—Intriganta! dijo otra de las convidadas, mujer de un elector mucho menos influyente, mostrándole á su marido con ojos furiosos, la envidiada, la detestada Chalumeau.

—Pichona mia, Chalumeau dispone de treinta y siete votos, dijo el marido con acento lastimero, y yo no mas que de once.... Con que su mujer es antes que tú....

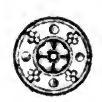
—Eso no quita para que si teneis la desdicha de votar por el padre de ese mequetrefe contra Mr. de

la Levrasse, nos veamos nosotros las caras.... dijo la señora electora, trémula de cólera.

—No quiero que tengamos por diputado al conde Duriveau, repitió amostazada.

--Pero sé justa, pichona mia, repuso el elector; dime si Mr. de la Levrasse nos dá estos festines de Baltasar con lacayos que parecen marqueses: el otro es mas descarado que las ratas y hace muy mal nuestros encargos en París, al paso que si tenemos por diputado á un conde, á un archimillonario, que encargue á su mayordomo de nuestras comisiones, siempre tendremos mas honra y mas provecho.

Dicho esto, el humilde elector tuvo la prudencia de dejar pasar delante á su colérica mitad y se confundió entre los grupos que se encaminaban al comedor.



CAPITULO II.

El jardin de invierno.

HABIAN atravesado los convidados de Mr. Duriveau una galería paralela á la de pinturas, llena de armadurasantiguas y armas preciosas, para pasar al comedor, cuyo artesonado blanco hacia resaltar sus doradas molduras, y cuyas paredes estaban cubiertas de bellos cuadros de caza de distintas épocas.

Sobre la mesa destacaban en primer término cuatro grandes candelabros de plata mate y cincelada, sostenidos por grupos de figuras de plata igualmente, si bien revestidos del color plomizo que adquieren las obras antiguas, y que hacia muy buen efecto. Cada una de estas magníficas lucernas, verdaderos objetos de arte, terminaba en seis brazos contorneados, imitando vides cargadas de hojas y racimos preciosamente trabajadas y formando una especie de canastillo de plata, calado como un encaje y lleno de flores naturales cuyo fresco colorido hacia mas viva la luz de las bugías. El vino de Champagne estaba encerrado en refrigeradores de cristal de Bohemia, brillantes como el rubí, con grupos de figurillas de plata por

pies, y por adornos vides de filigrana, que despues de subir enlazadas á estas vasijas como guirnaldas, se contorneaban en forma de elegantes asas. Una suntuosa vagilla de plata, en armonía con lo que acabamos de describir, guarnecia la mesa, habiéndose introducido la acertada innovacion de que en vez de sillas incómodas, los convidados ocupasen escelentes sitiales, para saborear con mayor comodidad las maravillas cuilnarias del gefe de cocina del opulento conde.

Como habia un lacayo detras de cada persiana, hacíase el servicio con el mayor órden y celeridad, y escusamos decir que los vinos mas esquisitos, los mas delicados manjares circulaban con profusion, y el brillo de la plata, el perfume de las flores, el reflejo de las bugías en tanto cristal, avivaba los placeres de aquellos goces ga stronómicos.

El conde Durivean, colocado en el centro de la mesa tenia á su derecha á la mujer del elector mas influyente, y en frente á Escipion, colocado entre la afortunada Chalumeau y la señora electora, cuyo marido confesaba candorosamente (y no era el único) que en lugar de Mr. de Levrasse, hombre avaro y poco sensual, preferia por representante al nuevo candidato, que daba tan buenas comidas.

Un hombre solo contemplaba con amarga y secreta tristeza aquel lujo de príncipe: este hombre era Martin. Ante tan fabulosa suntuosidad, ante tan exorbitante derrochamiento, recordaba la miseria horrible de los hijos del distrito, diezmados por el cansancio, por la necesidad, por las enfermedades. Horrible situacion, que el conde Durivean, poseedor de casi todo el territorio, habia podido mejorar con tanta facilidad, y sin suprimir ninguno de sus goces; porque Martin reflexionaba con razon que la *riqueza impone obligaciones, y que es preciso saber hacerse perdonar el boato.*

Empero no se traslució en su semblante ninguno de estos secretos sentimientos, ni tampoco ningun

criado se mostraba mas inteligente y afanado en el servicio.

Escipion (el hermano de Martin) no obstante sus quejas anteriores del hambre que le acosaba, comia poco, sazonado aun esto poco con especias de las mas fuertes que apenas hacian impresion en su paladar depravado; bebia en cambio como un tonel, lo cual podia hacer impunente. Ni siquiera le embriagaba el Oporto que es el vino que mas pronto se sube á la cabeza, y cuando no bebia, alargaba copas de Champagne á Mad. Chalumeau, haciéndola descaradamente, á media voz, las mas atrevidas declaraciones. La pobre Chalumeau, temiendo acreditarse de una gazmoña de lugar á los ojos de tan bello leon, comenzó por hacer dengues, mientras oia aquellas impertinencias libertinas; mas como siempre influyó poderosamente un requiebro de un jóven galan y una comida suculenta, remojada con abundancia, la pobre jóven empezó á sonreirse, hasta que poco á poco se le fueron encandilando los ojos, las orejas se volvieron carmesíes ytemió que reventáran los alamares del vestido á la fuerza de las palpitaciones que sintiera cuando Escipion tocó suavemente con la bota el zapato que ella no retiraba.

Temeroso el conde Duriveau de alguna otra locura de su hijo, porque harto penetraba el objeto de las atenciones del vizconde, clavaba en él de vez en cuando una mirada de enojo comprimido, á que contestaba Escipion con otra de arrogante desafio.

De repente, el vizconde, su pa dre, y Martin que esba de pie detrás de su señor, se estremecieron al oir un nombre pronunciado por uno de los circunstantes.

Este nombre era el de Basquine; [nombre pronunciado ya en el discurso del dia primero por Beaucadet, leyendo las señas de Bamboche, que llevaba pintado en el brazo el nombre de Basquine, y despues por Mad. Wilson al citar el entusiasmo que inspiraba esta grande artista, *gacela y ruiseñor tiempo.*

Al pronunciarse aquel nombre, las facciones de

Escipion se animaron con una especie de satisfaccion reprimida.

En las del conde se pintó una aversion penosa

Y las de Martin espresaron un asombro grande, meditabundo, como si aquel nombre dispertara en él multitud de recuerdos.

—Rogaremos al señor conde que nos entere del particular, ya que viene de la capital, dijo Mr. Chalumeau.

—De qué, amigo mio? preguntó el conde.

—El amigo Chandavoine sostiene, prosiguió el elector influyente, señalando á su vecino, haber oido decir que la famosa Basquine, esa actriz de la ópera de quien hablan tanto los periódicos, es recibida como amiga por las señoras de mas tono, y que se trata tú por tú con ellas.

—Si fuera esta comida de hombres solos, amigo Chalumeau, y no pecarais vos de escrupuloso, os contaría, aun callando mucho, lo que es Basquine, repuso el conde con una sonrisa de amargo desprecio: mas la presencia de estas damas no me permite entrar en pormenores.

—Involuntariamente se hace mi padre eco de rumores absurdos, saltó de pronto Escipion con los ojos y las megillas encendidas; sí, señor, es muy cierto que las señoras del mejor tono, los hombres mas alzados en autoridad, se apresuran á manifestar á Basquine con los mas delicados obsequios, la profunda y respectuosa admiracion que les inspira; y en esta cuestion soy yo tanto mas imparcial, continuó Escipion recalcando sus palabras, cuanto que no he tenido el honor de conocer á Madlle. Basquine de otro modo que por el entusiasmo que en mí despierta su talento.

Miró el conde á su hijo con la mayor sorpresa, pues era la primera vez quizá que le oia espresarse en términos graves, escogidos, con acento de conviccion, para hablar de una mujer acerca de la cual corrian los rumores mas contradictorios. Unos (y al número de estos no pertenecia el conde) veian en

Basquine un modelo de virtud tanto mas raro, cuanto que, como actriz de inmensa fama, estaba espuesta á todas las tentaciones, á todos los halagos; para otros (y con estos opinaba el conde) Basquine, mónstruo de hipocresía, era asimismo un mónstruo de depravacion, de libertinaje y de maldad: Mesalina y Cleopatra, á un tiempo, y como ellas soberana, si no de nacimiento, de genio al menos.

No fué el conde el único que estrañó las palabras, el acento de Escipion, y que trató de indagar en su fisonomía la causa de aquella singular suspension del tono habitual de zumba.

Clavando igualmente en el vizconde una mirada escudriñadora, dejóse ver en Martín cierta melancólica sorpresa, al oir al jóven enunciar su admiracion hácia el talento y carácter de Basquine, en términos tan formales, contra sus hábitos de insolente desenfado.

Por el modo con que su padre le miraba, arrepintióse Escipion de haberse dejado llevar involuntariamente de un primer impulso y hablado en términos muy naturales en boca de cualquiera, mas tan chocantes en la suya, que debian llamar la atencion, y asi para desorientar á su padre, púsose el vizconde á discurrir un medio de borrar la impresion que hubiera causado su defensa de Basquine. Por fortuna suya, Mad. Chalumeau le sirvió para su objeto.

—Oh! cómo defendeis á esa cómica... señor vizconde! le dijo á media voz y con acento agri-dulce.

El jóven se disculpó victoriosamente, sin duda, de esta tierna reconvencion, porque despues de algunas esplicaciones, disipóse enteramente la nube que por un instante oscureciera la frente de la celosa Chalumeau, y el zapato que al tiempo del elogio de Basquine se escapára de pronto de debajo de la bota de Escipion volvió tímidamente á su puesto anterior.

Mr. Chalumeau, no obstante los anteojos azules, no veia pizca, ni tampoco pensaba en observar nada : se habia acomodado á la mesa junto á su amigo Chandavoine, y entrambos se despepitaban por comer de

cuanto tenian delante, haciendo luego esfuerzos para adivinar lo que podia ser cada cosa, pues para ellos eran verdaderos enigmas los estraños nombres dados á los manjares por el maestre-sala.

Asi á la ventura probaban de todo, pasando luego á hacer sus conjeturas, cuando á lo mejor de tan sabrosa tarea fué interrumpido Chalumeau por Escipion, que le interpelaba desde el estremo opuesto de la mesa.

Veamos cuál era la causa del llamamiento del vizconde.

Despues de las señas de los pies, como viera Escipion la buena acojida de sus impertinencias, inclinóse un poco hácia su vecina y clavando en ella una mirada licenciosa y provocadora, díjola algunas palabras por lo bajo; mas el vizconde debió propasarse demasiado, porque la pobre Chalumeau, á pesar de tantas circunstancias conjuradas para trastornar su cabeza, física y moralmente, no pudo contener un arranque de indignacion.

—Bueno! repuso Escipion sonriéndose con inaudito descaro, ya que asi acojeis mis palabras, voy á quejarme delante de todos á vuestro marido.

Tal desverguenza dejó atónita á Mad. Chalumeau, por mas que no creyera á Escipion bastante osado para llevar adelante la amenaza; pero cómo se pondría la pobre señora, oyendo esclamar al vizconde:

—Palabra, Mr. Chalumeau.

Esta llamada acalló de repente el murmullo de las conversaciones particulares, y todos se pusieron á mirar á Chalumeau y al vizconde, quien continuó:

—Tengo que quejarme á vos, Mr. Chalumeau.

—De qué señor vizconde? preguntó el elector atragantado y encendido al verse objeto de la atencion general.

—Os declaro que Mad. Chalumeau niega cualquier favor que se la pide... y es menester que la riñais, añadió Escipion con imperturbable sangre fría.

—Cómo es eso, querida? dijo el lector á su mujer: el señor vizconde te pide un favor....

Sudaba el pobre hombre gotas tan gordas, que se le humedeció el cristal de los anteojos: veia el desdichado todos los objetos á través de una niebla azulada, y la turbacion y la zozobra le anudaban la garganta; hizo no obstante un esfuerzo y continuó:

—El señor vizconde se digna.... pedirte algun favor.... por supuesto, alguna cosa insignificante.... y tú te niegas, querida? Oh! no es bien hecho.

—Ya lo ois, señora, dijo Escipion á la pobre Chalumeau, que se estaba ahogando.

Y añadió dirigiéndose al marido:

—Vaya, Mr. Chalumeau, aconsejad á la señora que sea mas amable: tal vez os haga caso, y no dudo que si sabeis lo que es....

—Ya me lo figuro, señor vizconde; no puede menos de ser alguna bagatela, pero muy lisonjera.... para....

El conde Duriveau, que estaba en ascuas, se apresuró á interrumpir á Chalumeau, diciéndole con la risa en los labios:

—No adivinais? pues yo voy á deciros lo que mi hijo tiene la indiscrecion de pedir con tantas instancias á Mad. Chalumeau, y que le es muy justamente negado, sin vuestro consentimiento: pide para mí vuestro voto en las próximas elecciones....

—Oh! señor conde, esclamó el elector influyente, pues no sabeis que podeis contar con mi voto y el de mis amigos?....

Y hablando con su mujer en tono de grave reprimenda:

—Ya te he repetido cien veces, la dijo, que el señor conde es nuestro candidato... que solo le queremos á él, porque ya no nos agrada Mr. de la Levrasse. Con estos antecedentes, ¿cómo no has dicho que sí desde luego al señor vizconde? Amiga mia, es una falta imperdonable.

—Tienes razon, he hecho mal, contestó modestamente Mad. Chalumeau.

Leyó el conde en la cara de su hijo que iba á remachar el clavo, esplanando la sentencia de Mr. Chalu-

meau, y con el fin de evitar las burlas que podian enagenarle el apoyo de uno de los electores principales, esclamó el conde, ya que el banquete tocaba á su término:

—Puesto que hablamos de elecciones, señores, cuestion tan importante para hombres graves, para hombres políticos como nosotros, permitidme que proponga un brindis que no dudo será bien recibido.

Y volviendo un poco la cabeza hácia Martin, que de pié tràs de su *amo*, presenciaba impasible aquella escena, dijo el conde alargando la copa:

—Venga vino de Chipre.

Fué Martin á tomar del aparador una botella de cristal, y sirvió al conde aquel néctar, color de topacio líquido.

—Señores, dijo entonces el conde levantándose, *á los propietarios!* únicos apoyos verdaderos, únicos verdaderos garantes del órden y de la paz, únicos representantes legítimos de nuestra hermosa Francia, puesto que ellos nombran á los legisladores.

Estas palabras, pronunciadas por el conde con voz varonil y sonora, fueron acogidas con aclamaciones y estrepitoso choque de copas.

Pocos momentos despues se levantaba el conde de la mesa, conduciendo del brazo á la señora que á su lado tenia.

Escipion, imitando á su padre, dió el brazo á madama Chalumeau, quien le consideraba como un descocado, un libertino, un calavera: mas ay! estas malas cualidades estaban muy lejos de inspirarla un prudente desvío del elegante *monstruo*. Casi esperimentaba cierta admiracion, acordándose de la audacia, del desenfado con que se atrevió el vizconde á apelar al marido. Oh, qué osadía! qué presencia de ánimo! pensaba la muy loca, y tan jóven! tan agraciado! Para acabar de trastornar su razon, tenia en derredor todo aquel fausto que tan espléndidamente doraba los vicios de Escipion, y por último, este, que por capricho de hombre gastado, habia resuelto poner á prueba aquella virtud, tuvo la maña de mudar de modales

desde el fin de la comida, escusando su atrevimiento con el impetuoso ardor de una pasion tan repentina como sentida etc, etc.

En una palabra, al levantarse de la mesa sintió el vizconde que la imprudente Chalumeau le apretaba el brazo, y notó que los ojos negros de su víctima, vivos y brillantes de ordinario, habian mudado de espresion.

—A propósito, la dijo el vizconde, mi padre y estos señores van á hablar de política mientras toman café en el jardin de invierno. Todas esas mujeres me asustan por lo feas y lo tontas... oh! y la culpa es vuestra: por qué nacísteis tan linda y tan graciosa? Conque dejémoslos y vamos á ver la pajarera; es muy bonita...

—Oh! no, señor vizconde, eso no!

—Qué ingrata sois! Basta que yo desee una cosa tan insignificante como esa, para que vos querais la contraria. Si me amárais, como yo os amo! dijo Escipion con melancólica amargura.

—Pero no os haceis cargo de que si lo ven.....

—Oh! no temais... la pajarera está á lo último de una estufa que da al jardin de invierno... Nada tiene de particular que vayamos á verla... solo que estaremos algo mas solos, y la soledad con vos debe ser la felicidad.

Esta lindeza hizo bajar los ojos á la demasiadamente sensible Chalumeau; palpitóle el seno aceleradamente, mientras que Escipion, sin que ella lo viera, la hacia una mueca insolente y burlona.

Durante esta rápida conversacion, habian atravesado Escipion y su compañera de mesa, como igualmente todos los demas convidados, una sala de villar, cuyas tres puertas vidrieras daban á una estufa inmensa en forma de jardin de invierno, iluminado á la sazon por lámparas rústicas cargadas de bugías y engalanadas con olorosas plantas enredaderas. Los paseos enlosados con preciosos mosáicos daban vuelta al rededor de enormes grupos de camelias, rododendros, magnolias, mimosas, etc., y en el fondo del jar-

din habia una gruta rústica, cuyas piedras mohosas apenas se descubrian bajo una espesa red de pasionarias, glicineas, bignonias y otras.

Una de las puertas de este jardin, frontera á la del villar, conducia á un invernadero hecho en forma de galería, y terminado por una rotonda, en cuyo centro habia una magnífica pajarera poblada de las aves mas raras, que solo podian vivir en la atmósfera de las plantas tropicales.

El café se sirvió en el jardin de invierno; unas señoras paseaban, otras departian sentadas en asientos rústicos dentro de la gruta iluminada por linternas chinas de colores variados; en tanto que la mayoría de los hombres se habia agrupado alrededor del conde Duriveau, saboreando de pié como él, el ardiente moka.

Tan templada estaba aquella hermosa noche de otoño, que se habian abierto varias ventanas del jardin de invierno que caian al parque del castillo, y como el banquete se prolongaba hasta bastante entrada la noche, reflejábase á lo lejos la claridad de la una en un rio, encajonado entre césped, que serpeaba por una verde pradera.

Frente á una de las ventanas, junto á la cual coversaban el conde y sus convidados, estendíase á lo largo una faja de espesos arbustos, y mirando hácia ellos estremecióse de pronto Martin, que estaba detras de su amo aguardando órdenes, con una salvilla llena de botellas.

Al resplandor de la luna que de lleno caia sobre la espesura frontera á la ventana, acababa Martin de ver asomar un momento la cabeza de Huron el cazador, que se escondió en seguida, tan luego como le hizo al ayuda de cámara una seña de inteligencia.

Huron acababa de llegar de la granja del Enebro adonde se encaminára por sendas estraviadas, al mismo tiempo que Beaucadet y sus gendarmes.

La brusca aparicion del cazador, cuyo ódio irreconciliable al conde le era harto conocido, hizo estremecer á Martin de tal modo, que agitada violenta-

mente la salvilla, cayó una botella al suelo y se hizo añicos.

Al oir este ruido volvióse hácia Martin el conde, que estaba hablando con grande animacion y le dijo con dureza.

—Cuidado... torpe!...

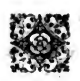
—Perdonad señor conde.... ha sido....

Pero Mr. Duriveau interrumpió á Martin con altanería:

—Basta: ya que no sabeis siquiera tener una salvilla, dejadla sobre esa mesa y aguardad mis órdenes.

No replicó Martin, colocó las botellas sobre una de las mesillas rústicas que habia esparcidas por el jardin de invierno, y se quedó de pie derecho, distante algunos pasos del conde.

Revistióse en breve la fisonomía de Martin de su impasibilidad ordinaria, y tuvo suficiente imperio sobre sí mismo para ahogar sus nuevas angustias al ver al conde continuar su conversacion apoyado en la ventana hasta cuyo pie llegaba la espesura donde se habia emboscado Huron el cazador.



CAPITULO III.

El cafe.

Cada vez era mayor la amargura y la dureza con que el conde Duriveau se espresaba, hablando con sus futuros comitentes: porque la conversacion, política en un principio, recayó naturalmente en un asunto que jamás trataba sin apasionada animosidad: E*l desprecio y aversion que le causaban los vicios de las clases pobres.*

Apoyado en el marco de la ventana del jardin de invierno, sentia el conde algun alivio con la brisa de la noche que refrescaba su frente, acalorada por la enconosa irascibilidad que le encendia en semejante discusion.

--Yo tambien, señores, decia Mr. Duriveau, tuve en mi juventud, como todo el mundo, un corazon candoroso, mano franca y lágrimas á la mano. Creia en las virtudes, en las desgracias inmerecidas de la canalla; creia en los padres que carecen de trabajo, siendo los únicos apoyos de hijos pequeños y de una mujer enferma; creia en el hambre de cuarenta y ocho horas de algunos miserables y en la desgracia de las viudas faltas de todo y obligadas á mendigar de noche con

un niño en brazos y otro de la mano... lastimábanme, en fin, las agonias de las huerfanitas solas en el mundo... de las infelices jóvenes seducidas y abandonadas.

En seguida, encogiéndose de hombros con un ademan de implacable desden, añadió el conde:

—Complacíame, señores, en aliviar estos *interesan-es* infortunios... Mas qué necio, qué necio fuí! El padre de familia sin trabajo era un borracho, echado del taller; el infeliz, que no habia comido en cuarenta y ocho horas, salia ahito de la taberna; la desconsolada viuda daba de mamar á un muñeco de carton y conducia de la mano á otro robado. Las huerfanitas de doce años partian sus limosnas con otros pilluelos de su edad con quienes estaban prostituidas, y las jóvenes seducidas salian madres de una casa infame!! Oh! qué leccion.

No es posible describir el acento con que pronunció el conde estas palabras henchidas de hiel, que como era de esperar causaron viva impresion en el auditorio.

—Tiene mucha razon el señor conde, dijo Mr. Chalumeau, buscando por costumbre con los ojos á su mujer: el señor conde tiene razon: siempre es uno víctima de su buen corazon: hacer bien á esa canalla, es aumentar el número de los ingratos!

Y con compuncion suma se puso á endulzar su café.

—O es fingida la miseria del pueblo, ó resultante de sus vicios, añadió sentenciosamente Mr. Chandavoine, meneando el azúcar en la taza, en cuyo caso la miseria no merece compasion.

—Es evidente, repuso un fabricante retirado: los hombres de bien se enriquecen, como lo acreditan las cajas de ahorros: además, no hay sino leer el discurso del trono, de todos los años: *La prosperidad sigue en progresivo aumento.*

—El señor conde conoce mejor que nadie la ingratitud de esa gente: *experto crede Roberto*, añadió un

antiguo abogado. No le han llovido los chascos por su generosidad natural?

Escuchando las duras palabras de Mr. Duriveau, la pálida y espresiva faz de Martin mostraba, no sorpresa ni indignacion, sino una amarga tristeza, y casi podriamos decir que compasion dolorosa. De vez en cuando clavaba una mirada inquieta en la espesura donde seguia agazapado el cazador, quien sin ser visto podia oir toda la conversacion.

—Pero lo que acaso no creais, señores, repuso el conde, es que tuve la necedad de entristecerme por esas decepciones que corren por las calles.

—Es posible, señor conde?

—Sí, y dije para mí con el corazon traspasado: dejemos en el fango del embrutecimiento, donde debe nacer y morir, á ese innoble populacho de las ciudades; vamos á mis tierras: allí, á lo menos, hallaré hombres sencillos, buenos, agradecidos, sin corromper aun por la crápula de los pueblos grandes... Allí desparramaré mis beneficios, sin miedo de ser burlado... Son tan virtuosas las gentes del campo!.. Llego, pues, aqui, donde mi padre, que era hombre que lo entendia...

—Oh! saltó Mr. Chandavoine haciendo una mueca de profunda veneracion; era todo un hombre!

—Pues mi padre, continuó el conde, habia prohibido bajo severas penas, é impedido por medio de guardas responsables, que se robara la leña seca de sus bosques, que se espigara en sus sembrados y se rebuscara en sus viñedos; el colono que dejaba de pagar iba á la calle, y para recibir á los pedigüeños tenia dos enormes sabuesos de los Pirineos.

—Cáscaras! esclamó sonriéndose Chalumeau: y preguntó por lo bajo á su amigo íntimo.

—Chandavoine, no ves ahí á mi parienta?

—No, contestó el otro con impaciencia, déjame escuchar al señor conde que habla como un abogado... Vaya un pico! este si que no se morderá la lengua... Me gusta aun mas que Mr. de la Lerrasse.

—Llego aquí, prosiguió el conde, embobado con mis

ideas de filantropía campestre; y haciéndole á mi padre la ofensa de creer que habia obrado como hombre sin corazon, mando encadenar á los perros, y poseido de fervor santo, me lanzo en la práctica de estas bellas teorías, inventadas, á no dudarlo, por algun perdido sin casa ni hogar: «El indigente tímido »jamás debe llamar en valde á la puerta del rico.— »Dejad espigar al infortunio humilde en el campo de »la opulencia.—Sed para los niños como el Dios pia- »doso para los pajarillos, que, echa la vendimia, aun tienen que picotear, etc.»

Ya veis si estaba yo tierno; me dan ganas de llorar solo de pensarlo, esclamó prorumpiendo en una carcajada sardónica. Seis meses despues de mis filantrópicos ensayos, *la indulgencia tímida*, que era una cuadrilla de mendigos borrachos, tenia sitiado mi castillo á todas horas, y los colonos no me pagaban. El *infortunio humilde* me cortaba los árboles de raiz y apacentaba sus vacas en mis sembrados, en tanto que los pajarillos del cielo, bajo la figura de pilluelos desarropados, me robaban la caza con lazo ó saqueaban mis viñas: llegué entonces á persuadirme de que era soberanamente tonto seguir representando el papel del Dios piadoso...

Esta peroracion fué acojida con estrepitosas carcajadas.

—Cáspita! á ese precio... yo lo creo... dijo el antiguo abogado, que habia comido por cuatro. El papel del Dios piadoso cuesta caro.

—Sí, cuanto mas bueno, mas se abusa; yo lo he observado en pequeño, lo mismo que el señor conde en mayor escala, dijo Mr. Chandavoine pavoneándose.

—Chandavoine, volvió á decir muy quedo Chalumeau, alarmado de veras, no ves á mi esposa?

—No, respondió el otro encogiéndose de hombros.

—Es muy cierto lo que dice el señor conde, saltó uno de los convidados: suceden cosas que matan la aompasion.

—Eso me sucedió á mí, repuso el conde, luego que abrí los ojos en vista de los osados abusos que mi flaqueza fomentaba. Colocado en el terreno de la razon, esto es, poseido del mas legítimo desprecio, de la aversion mas legítima á esa raza rencorosa, brutal y corrompida, cargué sobre ella con mano de hierro, en cuanto de mí dependia. En seguida, entró todo en órden. A la cárcel al primer vago que osára cojer un leño de mis bosques! Multada, y á falta de dinero á la cárcel, á toda bribona que se atreviera á meter una vaca en mi sembrado! Echado sin compasion todo colono que dejára de pagar! Este método observaba mi padre, y era el mejor... Para los andrajosos que tuvieran la imprudencia de venir á mi puerta á tender la mano, coloqué dos magnificos perros de Terranova (escelente tradicion de mi pobre padre) que recibian á dentelladas á esa plaga famélica y osada. Así, pues, creedme, señores, imitad mi ejemplo. Encerrémonos dentro de nuestro derecho legal. Sostengámonos, estrechemos las filas los que poseemos. Nada de concesiones, lo cual es reconocer cobardemente ese tiránico é insolente supuesto derecho del pobre á ser socorrido por el rico... Mostrémonos implacables, sin lo cual seremos arrollados; y á fé mia, que mas vale devorar al lobo que ser por él devorado.

El tono convencido del conde, la animacion de sus enérgicas facciones y resuelto ademan hicieron profunda impresion en el auditorio: aquellas crueles paradojas, dirigidas á legitimar el egoismo y erigirle en deber, fueron acogidas con aprobacion casi unánime.

A la sensacion penosa manifestada por Martin al comienzo de la conferencia del conde, sustituyera la mas profunda angustia: dirigiendo la vista alternativamente, ora hácia el conde, ora hácia la espesura donde estaba escondido Huron, y donde á la sazon no daba la luna, eclipsada por los enormes árboles del parque, adivinábase que Martin recelaba algun peligro para Mr. Duriveau.

Despues de un momento de incertidumbre, aprovechando una de esas pausas que á menudo cortan

las mas animadas conversaciones, acercóse Martin á su señor, que seguia apoyado de brazos en la ventana, y díjole con acento lleno de respetuoso interes:

—Señor conde, sin duda no advertís la humedad de la noche, y acaso no sea prudente...

Mr. Duriveau, tan sorprendido como enojado, interrumpió á Martin diciéndole con dureza:

—Sabed de una vez para siempre que no tolero familiaridad de ninguna especie, ni siquiera so pretesto de interés... Tomad las tazas de estos señores.

Martin se inclinó sin chistar.

Despues de recojer y reunir en una bandeja todas las tazas, colocólas sobre la mesilla, cerca de la cual se quedó inmóvil, pálido, devorando con la vista la sombria espesura, poseido de una ansiedad que aumentaba por momentos.

El incisivo y áspero lenguaje del conde hiciera viva impresion en los oyentes: uno de ellos, no obstante, Mr. de Chandavoine, á pesar de su egoismo tradicional y de su entendimiento romo, sintiendo rebelarse en su interior lo que le quedaba de *humano*, contra las implacables máximas del conde, dijo tímidamente:

—Me permitireis que haga una observacion, señor conde.

—Ya os escucho, amigo mio.

--Convengo con vos, señor conde, en condenar los vicios y la corrupcion de las clases bajas. Sin embargo, admitiendo que el pobre no tiene ningun *derecho* para exigir socorros del rico... no convendria... en circunstancias dadas y con las restricciones oportunas .. no convendria, digo, si no por deber, por política al menos, socorrer al pobre? Por supuesto, se entiende que el pobre ha de mostrarse humilde, sumiso y agradecido á lo que el rico se digna hacer por él...

--En efecto, legalmente, no es la caridad un deber para el rico, añadió el abogado... mas al cabo... tiene sus visos de razon lo que dice Chandavoine.

—Sí, sí.... repitieron muchas voces, porque los hay muy malos entre los pobres.

—Y cuidado con imitarlos....

—Qué opinais vos, señor conde?

—Mi opinion, señores, voy á esponerla, dijo el conde con acento mas acerbo, mas sardónico: no tan solo no es la caridad un deber para el rico, sino que sostengo que la caridad es cosa estúpida, peligrosa y detestable.

—La caridad estúpida! esclamó uno.

—La caridad peligrosa! añadió otro.

—La caridad detestable! prosiguió el tercero; y todos miraban al conde con asombro.

—Sí, contestó este en tono imperioso y absoluto; sí, la caridad es estúpida, es peligrosa, es detestable; y cuenta que no soy yo quien lo dice, señores... Son claros talentos cuya ciencia y genio admira la Europa entera, que prueban lo que dicen con hechos y guarismos irrecusables. Estos genios son mis santos: para mí sus escritos son el catecismo y el evangelio, y como buen creyente, sé de memoria el dogma: en prueba de ello, escuchad lo que dice Malthus: S. Malthus, uno de los economistas mas admirables de los tiempos modernos.... Atended, señores... "Un hombre que nace en un mundo ocupado ya, si su familia no tiene medios para alimentarle ó si la sociedad no necesita de su trabajo, UN HOMBRE EN TALES CIRCUNSTANCIAS NO TIENE DERECHO PARA RECLAMAR PORCION ALGUNA DE ALIMENTO; EN REALIDAD ESTA DE SOBRA EN LA TIERRA; NO HAY PUESTO PARA EL EN EL GRAN BANQUETE DE LA NATURALEZA.

—En el gran banquete de la naturaleza...eh! eh! eh qué florido es ese Malthus! dijo el abogado que la echaba de literato; parece que habla Fenelon.

—"La naturaleza manda á este hombre marcharse, prosiguió el conde con su cita, y no tarda ella misma en poner en ejecucion la órden.» (1) ¿No está esto bien

(1) Cuando Malthus lanzaba este decreto de esterminio del género humano, respondíale Godwin:
"No, no es la ley de la naturaleza, sino la ley de un es-„tado social muy facticio, la que amontona sobre un puña-„do de individuos tan enorme superabundancia, y les pro-

claro, señores? añadió el conde con amargo y triunfante gozo: y cuando la escelente naturaleza, la madre prudente encarga á Mad. Miseria que desocupe el puesto lleno, ¿habia yo de ir con mi sandia caridad á contrarestar los preceptos de la naturaleza? Por Dios, señores, que sería buena hazaña.

Los circunstantes se miraron en silencio despues de oir aquella cita terrible.

—Pero es posible, dijo Chandavoine, que Malthus diga...

—Mañana tendré el honor de enviaros sus obras completas, dijo el conde. Oh! es una lectura escelente para uso de los propietarios. Leed, meditad á Malthus, señores, y en tan sano estudio adquirireis la conciencia de vuestros derechos; hallareis ademas estas palabas que os ruego tengais presentes cuando os tiente el demonio de la caridad: CADA CUAL EN

„diga á ciegas medios de entregarse á todos los goces del „lujo y la perversidad, en tanto que la gran masa del gé„nero humano está condenada á arrastrar una existencia „miserable, ó á morir de inaccion.»

Para gloria de la Francia y de la humanidad, hay claros ingenios, profundos pensadores que protestan con toda la energía de su corazon y de su inteligencia, contra la escuela implacable de los economistas que admiten el mal por fatalismo, como un hecho consumado y sin remedio posible. Mr. F. VIDAL, escritor elocuente, lleno de saber, lógico rigoroso, y animado de las mas generosas intenciones, acaba de dar un golpe contundente á la secta económica en su hermoso libro de la *Distribucion de las riquezas.* Mr. PIERRE LEROUX, uno de los primeros filósofos de nuestra época, y cuyo carácter inspira veneracion y fé, acaba de publicar en la *Revista social*, con el título *Del capital y el trabajo*, un alegato admirable contra esa escuela, que, desatendiendo enteramente el *derecho*, se inclina ante el *hecho* por horrible que sea, y le legitima. Finalmente, la *Democracia pacífica*, periódico redactado con tan alta independencia, con conviccion tan ferviente, erigido en órgano infatigable de las ideas sociales, ha pulverizado á menudo esas deplorables teorías económicas.

ESTE MUNDO RESPONDA DE SI Y POR SI; LO PEOR ES PARA LOS QUE ESTAN DE SOBRA; *harto habria que hacer si se hubiera de* DAR PAN *á todos los que vociferan su hambre*; QUIEN SABE SI QUEDARIA EL SUFICIENTE PARA LOS RICOS, *tendiendo sin cesar poblacion á traspasar los medios de subsistencia?* LA CARIDAD ES UNA LOCURA, ES EL FOMENTO DE LA MISERIA.» Qué tal, señores, me creeis ahora?

—Seguramente, dijo el abogado convencido, no puede negarse que bajo ese punto de vista la caridad es ilegal.

—Y tened en cuenta, señores, prosiguió el conde en el apogeo de su triunfo, que Malthus era hombre buenísimo, al mismo tiempo que genio superior: no tenia el menor punto de contacto con esos insolentes y estúpidos reformadores contemporáneos que sueñan visiones, que piensan en lo que *deberia ser* en vez de atenerse á lo *que es*. Malthus, que conocia la verdad de las cosas, no quiso engañar á nadie: penetrado como buen lógico de que las masas han estado, están y estarán condenadas á la suerte mas miserable, prohibe en su libro á los pobres tener hijos; y dice muy bien: para qué sirve esa semilla de hambrientos? Marcus, discípulo de Malthus y de Adan Smith, todavía ha sido mas consecuente... proponiendo valerosamente la supresion de los hijos del pobre.

—Cáspita! dijo Mr. Chandavoine rascándose la oreja--qué nene seria ese Marcus...

—Lógico sutilísimo y exacto, dijo el conde con acerada ironia. Finalmente, S. Juan Bautista Say, otro apostol de mi calendario, ha dicho estas palabras memorables; meditadlas, señores, para cuando se quejen los peones del corto precio de sus jornales; *Cuando son muchas las peticiones de trabajo*, *declina la ganancia de los trabajadores* POR BAJO DE LA TARIFA NECESARIA PARA QUE PUEDAN MANTENERSE EN EL MISMO NUMERO, Y PERECEN LAS FAMILIAS MAS CARGADAS DE HIJOS Y DE ACHAQUES. *Desde entonces ceden las ofertas de trabajo*, y siendo LAS MANOS MENOS, *crece el salario*» En otros términos, señore,

como dice Ricardo, otra verdadera notabilidad, *á fuerza de privaciones, queda reducido el número de obreros y se restablece el equilibrio.* » Esto es muy natural, la naturaleza no quiere agrupamientos de populacho, y la mortandad hace el oficio de las patrullas.

—Cierto, y no pudiendo ser de otra manera, dijo uno de los oyentes mas benignos.... alegrémonos de no pertenecer al agrupamiento.

—Es evidente! Por mi vida que tienen razon los economistas! cada cual mire por sí.

--El mal es para los otros!

--Procuremos no ser de los otros.... y andando!

--Chandavoine, dónde andará mi mujer? dijo al oido de su amigo Mr. Chalumeau, que con la zozobra de su mujer no atendiera mucho á la conferencia.

--Quieres dejarme en paz? dijo Chandavoine, anda á buscarla.

--No me atrevo, estando el señor conde en el uso de la palabra.... Vaya, otra vez da principio.

--De todo esto, señores, prosiguió el conde envanecido con la profunda impresion causada por sus citas y comentarios, qué se ha de deducir? Que es necesario, como yo decia, apoyarnos unos á otros los que poseemos, y no hacer, só pretesto de caridad y de lástima, cobardes concesiones que se vuelvan contra nosotros; porque compadecer á los que padecen, es acusar indirectamente á la sociedad, y la sociedad siempre obra bien.

Esto sentado, no nos hagamos ilusiones; entre el que posee y el que no posee, existe una guerra á muerte. Siga, pues, la guerra. Los que se llaman proletarios, asi de la ciudad como de las campos, nos tienen una envidia feroz, porque nosotros gastamos en cosas supérfluas, y á ellos les faltan las necesarias: esto es muy natural, y en su posicion haria yo otro tanto. Querrian saquearnos las casas, bebernos el vino, subir en nuestros coches: bajo su punto de vista, tienen razon; que lo hagan, si pueden. Pero que tampoco se estrañen los señores proletarios, si á

mi vez les vuelvo ódio por ódio, si mi instinto de conservacion me prescribe hacer lo posible para poner una mordaza á esa fiera cuyos dientes me dan miedo.

Repito, pues, señores, que ambiciono la diputacion para coadyuvar en interés de todos á forjar el freno, la albarda y las trabas de la fiera con toda solidez, á fin de que no le quede fuerza ni gana de desencadenarse. Oh! porque la hambrienta tiene grande apetito de propiedad, y yo tengo la flaqueza de desear que mis hijos hereden mis bienes de unos en otros! La fiera en cuestion quisiera heredar lo pasado, lo presente y lo porvenir. Mas cachaza, que aqui estamos nosotros; y en el ínterin, señores, brindo por el encadenamiento perpétuo de la fiera!

— Martin! licores...

Apenas habia pronunciado el conde estas palabras, cuando Martin, dando un grito de terror, se lanzó sobre el conde, á quien dió un empellon; saltó de un brinco por la ventana, que estaria á cuatro pies del suelo, y cayó en medio de la espesura que ocultaba al cazador, y de la cual salió un tiro casi al mismo tiempo.



CAPITULO IV.

La pajarera.

AL estruendo del tiro que sonó tan próximo á la ventana del jardin de invierno, fueron generales el asombro y el espanto; las mujeres prorumpieron en agudos gritos, y se precipitaron hácia las salidas de la estufa. Muchos de los convidados que rodeaban al conde en el momento de la esplosion, echaron á correr tambien en todas direcciones, (del número de los fugitivos fué M. Chalumeau), al paso que otros se agruparon denodadamente en torno del anfitrion.

El conde, ligeramente pálido, pero firme como antes, volvió á acercarse á la ventana de donde le apartara Martin de golpe, y pasado el primer momento de turbacion y sorpresa, é ignorante todavía de la causa del tiro, dijo á sus convidados con una sangre fria irónica que demostraba su arrojo.

—Tranquilizáos, señores, será sin duda la señal de algunos fuegos artificiales.... de alguna sorpresa que me preparaban mis dependientes...Sin embargo, me ha

parecido demasiado viva la celeridad con que mi ayuda de cámara fué á ocupar su puesto.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, volvia corriendo Martin, despues de algunos minutos de ausencia; entró y dijo á su amo con acento conmovido:

Ha escapado hácia la quesera; en la espesura del bosque perdí sus huellas.

—¿De quién? esclamó el conde.

—Del hombre que estaba ahí escondido, señor conde. A la luz de las lámparas del jardin, vile asomar la cabeza entre la espesura: no diré que tuviera malas intenciones, mas en mi primer impulso, sin reflexionar, creyendo que el señor conde podia correr algun peligro, salté por la ventana para prender al desconocido: en la lucha, se le disparó una pistola que traía... echó á correr y yo tras él...

—Y venís herido! esclamó el conde, acercándose á Martin.

—Me parece que sí, señor conde, un poco en la mano... la bala me rozó la muñeca. No es nada.

—No importa: idos á curar, dijo el conde: y como habia acudido ya multitud de criados, dijo á uno:

—Que vayan inmediatamente á buscar al médico de Salbrís.

—¿Qué traza tenia el asesino? pregunto Chandavoine aterrado; quizá sea ese malvado Bamboche, que está acorralado por todas partes, y cuyas señas se han publicado en todo el distrito.

Al oir que estaba acorralado por todas partes Bamboche, cuyo nombre era la primera vez que le oía desde su llegada á Sologne, no pudo menos de estremecerse Martin, á pesar de las opuestas sensaciones que le agitaban, y las palabras espiraron en sus labios.

Sorprendido en vista de la cara que puso, díjole el conde:

--Qué teneis?

--Nada, señor conde, nada... me siento algo débil... sin duda de la sangre que he perdido.

--Pero pudisteis ver bien al agresor? preguntó Mr. Chandavoine.

--Sí señor, contestó Martin, era pequeño, moreno, muy jóven.... diez y ocho ó veinte años á lo sumo, añadió con seguridad, y llevaba una blusa y un birrete.

--No son esas las señas de Bamboche, dijo Mr. Chandavoine, pero si llevaba armas no hay duda que es un asesino.

--Un asesino! Y por qué diablos habian de querer asesinarme, querido amigo? dijo el conde con desdeñosa indiferencia; como no fuera algun ladron de leña á quien yo haya preso, ó algun merodeador perseguido por mis guardas... pero ni aun eso: esa raza cobarde y embrutecida no tiene siquiera la energía de la venganza. Vaya, señores, esto no merece la pena de ocuparnos un momento: es negocio para Mr. Beaucadet, á quien avisaré mañana.--Martin, idos á curar... Parece que sois un buen servidor... Beaucadet que tiene escelente olfato, dará pronto cuenta del miserable que os hirió.

Mientras hablaba el conde, habia sacado Chandavoine un papel del bolsillo, y puestose á leerle atentamente, hasta que de pronto esclamó:

—Cálle! esto si que es singular.

Y como el conde le miraba con curiosidad, añadió Mr. Chandavoine.

—Aferrado yo en que el hombre emboscado podia ser ese temido Bamboche, estaba leyendo su filiacion, que se ha repartido, como dije, y aunque es verdad que estas señas no convienen con el retrato hecho por vuestro criado, encuentro una cosa curiosa. Sabeis que en la mesa hemos hablado de esa famosa Basquine á quien tan contradictoriamente se la juzga...

—Bien, y qué? repuso el conde cuya frente se frunció al oir aquel nombre.

—Leed, señor conde, dijo Mr. Chandavoine, alargando el papel á Mr. Duriveau: vereis que Bamboche lleva pintadas en el brazo estas palabras:

Amor mientras viva à Basquine.

—De veras? Ese miserable lleva escrito en el brazo el nombre de esa horrible criatura... Qué misterio! dijo el conde tan sorprendido que no echó de ver siquiera que tambien el nombre de Martin figuraba en el brazo de Bamboche.

Repentinamente y con no poco estrépito viose por una de las calles del jardin de invierno desembocar á Mr. Chalumeau, pálido, enfurecido, sujetando del brazo á Mad. Chalumeau, confusa, acongojada y que como dice el vulgo hubiera querido hallarse cien estados debajo de tierra.

Inmediatamente detrás del matrimonio venia Escipion con cara insolente y zumbona, metidas las manos en los bolsillos del pantalon, y pocos pasos mas atrás seguian unos cuantos convidados, tan atónitos de la aventura y de la audacia del vizconde, que guardaban un profundo silencio solamente interrumpido por algun murmullo de palabras dichas en voz baja.

—Señor conde! gritó Mr. Chalumeau con voz trémula de coraje, es una indignidad! á vos hago responsable....

—Pero podré saber lo que pasa?

—Repito que vos sois responsable, señor conde! esclamó el infortunado elector interrumpiendo á Mr. Duriveau. Sí, sois la causa y el responsable de todo, porque teniendo semejante hijo, señor mio, lo que se hace es encerrarle, cuando se han de recibir señoras.

—Caballero....

—Caballero, prosiguió el elector indignado, sabeis lo que me acaba de suceder con mi esposa?

—No sé nada, señor mio, dijo el conde con frialdad, ahogando con dificultad la cólera que le revolvia esta nueva gracia de Escipion. Pero si teneis que pedirme algunas esplicaciones, paréceme lo mas natural que pasemos á mi gabinete, á fin de evitar la publicidad.

—La publicidad, eh? gritó Mr. Chalumeau con una carcajada sardónica: pues si yo quisiera que mi voz pudiera oirse desde aqui hasta Romorantin, para pre-

gonar con toda la fuerza de mis pulmones que mi esposa es una... y vuestro hijo un...

Tocó Escipion con el dedo en el hombro á Mr. Chalumeau, dejándole parado y le dijo con voz clara y altanera:

—Un... qué ?

Volvió el elector de pronto la cabeza hácia el vizconde : de arriba abajo le miró indignado, y cuadrándose resueltamente, esclamó con tono de bravata.

—Digo que sois un hombre... devorado por pasiones adúlteras!

Escipion, que jamás reia, no pudo menos de sonreirse y dijo á Mr. Chalumeau desdeñosamente.

—Está muy bien : largo de aqui.

—Cómo qué ? yo no soy criado vuestro, ni necesito vuestro permiso para...

—Caballero, dijo el conde, os suplico, si no por vos, al menos por esta señora, que pongais término á tan penosa escena, y reflexioneis que las apariencias suelen engañar...

—No, señor, no son las apariencias las que engañan, si no las mujeres*!* esclamó el elector mirando á la sensible Chalumeau, cual si quisiera confundirle con aquel terrible sarcásmo... las apariencias! añadió exasperado, las apariencias! Cuando sonó el tiro, acordándome de ese foragido á quien persiguen, escapé, me metí por la primera puerta que hallé delante, era la de la estufa... atravésela y llegué á una rotonda donde habia una pajarera... alli me juzgué seguro, cuando cata que de repente oigo una voz... la voz de mi mujer... corro..... y que es lo que veo, cielo santo ! al vizconde abrazando á mi parienta !!!

—Os repito, dijo el conde, no pudiendo apenas contenerse y clavando en Escipion una mirada terrible: os repito que siento en el alma este suceso, pero es deplorable el escándalo que armais.....

—Armo escándalo! con que soy yo quien arma escándalo? volvió á decir Chalumeau desesperado; me gusta por vida mia : bien dice el refran : *á tal padre, tal hijo.*

--Caballero!

--Caballero!! replicó el elector influyente con una ira magestuosa, olímpica, ya supondreis que ni yo ni mis amigos políticos podemos ser representados ante la Francia por un padre cuyo hijo nos ha...

--Nos ha... nos ha... dijo el elector, su amigo Chandavoine, habla tú por tí, dí que te ha...

--Es verdad, querido amigo mio, contestó Mr. Chalumeau suspirando, cuyo hijo me...

Interrumpióle el conde, irritado con aquella escena que deseaba terminar á toda costa, y dijo al esposo ultrajado.

--Enhorabuena, señor mio; por muy grato que hubiera sido para mí vuestro sufragio y el de vuestros amigos... renuncio desde luego. Ahora, creo que comprendereis que aunque os agradezco el honor que me habeis dispensado, viniendo á mi casa, han llegado las cosas á tal punto que temeria deteneros por mas tiempo.

—Vamos, señora, vamos, poca vergüenza, dijo el elector con voz formidable, tirando de la pobre Chalumeau que hacia esfuerzos inauditos para desmayarse.

Empero su florida, su rolliza y espléndida salud se oponia á este deseo: faltábale á la inocente el artificio necesario para figurar con verosimilitud un desmayo.

Encaminábase hácia la puerta Mr. Chalumeau, cuando le dijo Escipion con ironía:

—Eh! ya sabeis que cuando gusteis, estoy á vuestras órdenes.

Enterado el elector por algunas palabras, que Chandavoine le dijo al oido, del significado de las frases de Escipion, contestóle con grande dignidad:

—No soy un espadachin, caballerito: soy un esposo indignamente ultrajado.

—Ahora bien, repuso Escipion con gravedad zumbona, puedo declarar que este caballero ha sido víctima de una ilusion óptica, y debo publicar la completa inocencia de esta señora...

—Lo oyes, amigo mio? se atrevió á decir la pobre Chalumeau.

—Bonita garantía! esclamó el elector. Vamos, señora, vamos.

. . . .

Verificóse la marcha de los convidados con profundo silencio y confusion mortal; la parte femenina de la asamblea, que tenia envidia á la Chalumeau por su mayor lujo, no acertaba á disimular el gozo que la aventura la causaba, pregonando al mismo tiempo su virtuosa indignacion. Entre los hombres, habíalos tambien envidiosos de Mr. Chalumeau, mas rico propietario que ellos; otros habian obsequiado á madama Chalumeau sin resultado, bien que se hablaba en el pais de un cierto sobrino colosal, teniente de carabineros, que habia pasado algunas temporadas en la *Gaudriole*, (1) (nombre de capricho puesto por Mr. Chalumeau á su quinta); en una palabra, á hombres y mujeres complació en grado superlativo el enorme escándalo que iba á dar alimento á las conversaciones por mucho tiempo.

El conde, dotado de suficiente presencia de ánimo, para reprimirse hasta la postre, salió pel mejor modo posible de la difícil posicion en que se hallaba, respecto de sus convidados, y acompañó cortesmente hasta la entrada, á la dama que durante el banquete tuviera sentada á su lado.

Salió por fin el último coche del castillo de Tremblay.

En vez de retirarse á su aposento, bajó la escalinata el conde, sofocando la rabia que le ahogaba, y esperanzado de que el egercicio y el aire libre mitigarian su violento arrebato, dejándole con la serenidad suficiente para tener con su hijo una conferencia decisiva, conferencia de todo punto indispensable despues de aquel nuevo incidente que completaba el dia.

Héroe por la mañana de una aventura deplorable

(1) Significa cuento verde.

que debia producir en el pueblo malísima impresion, acababa Escipion de coronar la fiesta enemistando con el conde á las personas mas influyentes del distrito.

Asi heria Escipion en lo vivo las dos pasiones mas ardientes de Mr. Duriveau: su ambicion y su amor: su ambicion, porque la burlesca aventura del vizconde con Mad. Chalumeau arruinaba los proyectos electorales del conde, enagenándole los votos que podian asegurar su candidatura: su amor, porque en un dia mismo habia de celebrarse su enlace con Mad. Wilson y el de Rafaela con Escipion: mas no parecia sino que este, á fuerza de frialdad y de escándalos, trataba de retardar ó comprometer una union, con tanto ardor deseada por su padre.

Devorado de febril agitacion, paseaba el conde por el patio principal del castillo, ora apretándose con ambas manos la abrasada frente, ora contemplando con amarga ironía los esplendentes fulgores que todas las ventanas despedian y el continuo pasar y cruzar de sus lujosos criados.

Por la vez primera de su vida, aquel hombre tan infatuado con su opulencia, tan envanecido con poder decir que despues de él, su hijo, y sin duda el hijo de su hijo, deslumbrarian, dominarian á los humildes con el prestigio de tan inmensa fortuna, aquel hombre que ambicionaba la diputacion por poder asegurar á la *propiedad*, y de consiguiente á la *herencia*, nuevas y formidables garantías; arrastrado ahora por la fatalidad de su situacion, esperimentaba por la primera vez una especie de amargo despecho, al pensar que todos aquellos bienes, todo aquel fausto iria á parar de derecho y sin trabajo á manos del insolente mozalvete contra quien á la sazon casi ódio le animaba: pues no obstante la energía rara de su carácter, temia el conde la calma glacial é irónica de su hijo, y la conviccion de esta flaqueza le exasperaba aun mas contra sí propio que contra Escipion. Nunca tal vez sintiera tan de veras el conde el penoso y tardío arrepentimiento de haber entrado en el gremio de los padres jóvenes: veíase ya arrollado, si

no cortaba por lo sano, si aquel dia mismo no imponia al vizconde el respeto que no conociera jamás.

Un vivo resplandor, acompañado de ruido de sables y de espuelas, distrajo al conde de sus dolorosas reflexiones: volvió la cabeza y vió á Mr. Beaucadet bajar magestuosamente los escalones del vestíbulo.

Amostazado con tan importuna visita, salió el conde al encuentro del sargento, diciéndole bruscamente:

—Qué se ofrece?

—Señor conde, contestó Beaucadet con un tono grave y compungido que no era en él natural, acaba de suceder una gran desgracia.

—Cuál?

—Fuí á la granja del Enebro en busca de la llamada Carrasca, acusada de infanticidio...

—Bueno: y qué?

—La desgraciada era culpable, porque al verme con mi gente... se tiró al estanque...

—Gran Dios! esclamó el conde.

—Y se ahogó... continuó Beaucadet.

—Qué horror! murmuró Mr. Duriveau, cubriéndose el rostro con las manos.

—He venido, señor conde, prosiguió Beaucadet á fin de...

—Bien está... dejadme.

—Pero señor conde...

—Dejadme os digo.

—Como representante de la ley, esclamó Beaucadet en tono oficial, tengo derecho para ejercer en su nombre: acabo de saber que un hombre emboscado ha disparado un tiro hiriendo á uno de vuestros criados: mi deber, señor conde, es formar sumario y....

—Formad lo que os diere gana, pero dejadme en paz, exclamó el conde fuera de sí, dando una patada en el suelo.

—Hay mas, señor conde: el criado herido se llama Martin, y yo sospecho que....

No pudo acabar Beaucadet, porque el conde, sin

hacerle mas caso, desapareció por una de las calles de árboles del parque.

—Poco importa que no me escuche, dijo el sargento: se me presenta una ocasion famosa de interrogar á ese Martin, que debe ser pájaro de cuenta, cuando Bamboche lleva en el brazo su nombre pintado..... Bamboche... eh ! nunca le perdonaré el haber hecho que le saludáran mis gendarmes... Bribonazo!

Dió media vuelta Beaucadet y se dirigió otra vez hácia el castillo...

....

Media hora despues del encuentro con el sargento, subia el conde por la escalinata.

Estaba pálido Mr. Duriveau, pero enteramente sereno. Al entrar, la primera persona que vió fué á Escipion.

De camino para su aposento, iba el vizconde á encender un cigarro en el candelero que su ayuda de cámara le alargaba respetuosamente con una mano, llevando en la otra una botella de rom sobre una salvilla de plata.

--Escipion... venid... os tengo que hablar, le dijo el conde con reposado acento.

--Aguarda... encenderé el cigarro.

--Luz habrá en mi aposento, contestó con paciencia el conde.

Volvió Escipion á meterse el puro en la boca sin encenderle, y siguió indolentemente á su padre atravesando los suntuosos salones, ya desiertos.

Abrió el conde la puerta de su aposento particular, y su hijo entró tras él.

CAPITULO V.

El padre y el hijo.

Corrio el conde el cerrojo de su alcoba, que era una anchurosa estancia guarnecida de muebles de laca y oro, colgada de damasco verde é iluminada por un candelabro de tres bujías resguardado por una pantalla de seda.

Grave, severa estaba la fisonomía de Mr. Duriveau: un buen rato permaneció sin dirigir la palabra á su hijo, mirándole fijamente.

El vizconde, perezosamente recostado en la chimenea, acariciaba con los labios el cigarro, sin encender todavía, y segun costumbre, tenia las manos sepultadas en los bolsillos del pantalon, columpiándose ya sobre una pierna, ya sobre otra: cubria sus facciones mayor palidez que la ordinaria y los párpados estaban ligeramente inyectados, porque hiciera en el banquete gran consumo de vino de Oporto, ínterin combatia la virtud de Mad. Chalumeau: no por eso se crea que el vizconde se embriagára: tiempo habia que el vino no le hacia mella, y conservaba su razon lúcida y entera, solo que estaba repleto; y esta pleni-

tud se manifestaba en él con un aumento de su desdeñosa sangre fria é impertinente cachaza. Aguardando á que su padre entrára en materia, arrimó tranquilamente el cigarro á una de las bujías del candelabro colocado sobre la chimenea.

Pero Mr. Duriveau le arrancó el cigarro de la mano, y le tiró á la lumbre diciendo:

—No se fuma en mi cuarto, señor mio.

—Calle! repuso Escipion mirando á su padre con sorpresa: desde cuándo no se fuma aquí?

—Desde que he resuelto recobrar mi puesto y volveros al vuestro, repuso el conde Duriveau con voz severa y resuelta.

—Hola! hola! saltó Escipion con frescura, acostumbrado á rebatir con zumbas los raros accesos de severidad de su padre: parece que tenemos escenita de Moliere.... yo seré Clitandro ó Damis y tú..... ¿te encargas del papel de Orgon ó del papá Geronte? Durará mucho? Piensas matar á garrotazos al picaron de tu hijo? Pero dónde diablos hay un Scapin que venga á decirme: «Señor Damis, vaya con mil de á caballo vuestro padre! Hay viejo mas fastidioso? Cuando nos hará herederos ese maldito barbon?»

Imposible es descubrir el impertinente aplomo con que Escipion pronunció estos sarcasmos.

Pero no obstante que se los esperaba y que se habia propuesto no alterarse, cediendo el conde á un arrebato involuntario, esclamó dando un paso hácia su hijo con tono amenazador:

—Insolente!

—Magnífico! hé aquí la escena del palo: la esperaba, dijo Escipion con progresiva audacia: eh! pronto, pronto un palo para el Sr. Geronte.—«Alma de Cain (habla con su hijo Damis) todavía te atreves á burlarte... pícaro traidor! y Crispin? donde...»

--Escipion!! esclamó el conde con voz atronadora interrumpiendo á su hijo y asiéndole del brazo con mano trémula.

Despues de una pausa, prosiguió con honda amargura:

--La culpa es mia... yo le alenté en ese camino de desvergüenzas... yo toleré sus insolentes familiaridades... Hé aquí el fruto de mi educacion!... esta leccion das dura, mas provechosa...

--Bah! dijo Escipion, todas las educaciones son iguales. Preval, educado por un cura, á la vista de la mamá, acaba de cometer una falsificacion que merece un presidio: á D'Havrincourt, recien salido de la escuela Politécnica, ha habido que ponerle interdiccion de bienes por derrochador. Oh! eres demasiado modesto... tu discípulo te hace honor.

—Basta... caballero, basta! No me conoceis todavía; pero nos veremos las caras, y os juro, voto á brios, que desde hoy cada cual ocupará su puesto; y en lo sucesivo habeis de ser tan humilde, tan respetuoso conmigo, como insolente y burlon os habeis mostrado hasta aquí.

Sorprendióse Escipion, y no era hombre que se asombraba con facilidad: hasta entonces, nunca habian resistido á una chanzoneta las escasas reprensiones de su padre, ni este le habia hablado tampoco nunca con aquella firmeza, con aquella resolucion de recobrar y mantener su autoridad.

—Parece, esclamó mirando á Mr. Duriveau con profunda compasion, como si se lastimara de verle descender á una reprimenda tan casera, parece qué hablais serio....

—Muy sério, sí señor.

—Nuevo es, pero poco divertido. Y con qué motivo has elegido este dia para ese arranque de moral y de autoridad paterna?

—Y teneis la audacia de preguntármelo.... cuando no hace aun una hora.... del horrible escándalo...

—De veras? hombre, mírame sin reirte, saltó Escipion encogiéndose de hombros; acuérdate de aquella historieta tuya con la marquesa de Saint-Hilaire... que nos contastes este invierno, cenando en casa de Ceferina.

Quedóse el conde mudo, aterrado ante el recuerdo que evocaba su hijo.

—Eh! no tengas miedo, díjole Escipion con irónica benevolencia, no creas que te lo digo por reconvenirte... al contrario... No te hagas el modesto: tu aventura fué muy superior á la mia, porque la marquesa era una mujer encantadora : si mal no recuerdo, estaba en la quinta del marqués, muchacho escelente y muy amigo tuyo, quien, despues que una noche le ganaste dos mil luises, te sorprendió con su mujer... El caso fué chistoso, sin contar los postres...un buen desafio de madrugada en el parque del marqués, desafio en que le atravesaste un muslo, de cuyas resultas se fué á morir á Italia... Oh! es lance que te he envidiado siempre! matar á tan buen marido! yo que no tengo mas muerte á cargo que la de aquel capitanazo, de resultas de haberle cruzado la cara con el látigo, yendo en carruaje... Hombre mas facha, picado de viruelas, velludo como un oso... puah! qué honor hacía semejante muerte?...

No acertaba el conde á contestar. La leccion era terrible, y en su impotente rabia se llevó á la frente los dos puños crispados murmurando:

—Dios mio! Dios mio!

—Tú sabes lo que hubieras debido decirme con motivo de lo que llamas el escándalo de esta noche: prosiguió Escipion con implacable ironía : porque yo soy justo, conozco los sagrados deberes de un padre. Si me hubieras dicho : no te dá vergüenza, oh caro hijo mio?.. Una mujercilla rechoncha, que se llama Chalumeau y lleva un vestido con alamares!... Yo entonces te habria contestado respetuosamente : «no te acuerdas, ó padre, cuantas veces, por capricho de glotones, hartos de todo, hemos ido á la taberna á comer ropa-vieja, verdadero guisote de portero, pero apetitoso para una humorada?.. Esta escena hubiera desarmado tu furor, y me habrias echado tu bendicion paternal, bebiéndonos en seguida una botella de rom á la salud de la marquesa de Saint Hilaire, la predilecta de tus buenos tiempos.

—Enhorabuena, repuso el conde, procurando rechazar este golpe contundente. Hice mal en hablar

con ligereza de algunos estravíos juveniles que debí callaros; pero no debeis tener la audacia de echármelos en cara, ni menos autorizar vuestra conducta indigna de esta noche, doblemente ofensiva para mí, puesto que ya sabiais el objeto de la comida.

—Tú diputado? para ser buen representante tienes el defecto de tomar todavía muchas cosas por el lado sério.

—Que no respeteis mi casa ni mis proyectos, prosiguió el conde dejando pasar la saeta de su hijo, no puede sorprenderme, porque os ha autorizado mi ejemplo. Pase por tanto, añadió el conde con íntima amargura..... mas este escándalo no es el único de hoy.

—Pues cómo?

—No os acordais del inocente niño?

—El inocente... niño?...

—Hallado muerto en la gruta...

—Bien, y qué?

—Cómo qué? no os horrorizais?

—De qué?

—De esa accion!

—De haber tenido un hijo? Bah! pues aun en este juego de paternidad precoz, me llevas de ventaja algunos tantos, porque segun noticias, á los diez y seis años, *hiciste madre* (estilo de comedia) á aquella encajerilla que fue tu primer capricho juvenil; y por señas que si mal no recuerdo se volvió loca...

Este nuevo golpe, esta reconvencion nueva, mas terrible que la primera, alteró profundamente las facciones del conde... se estremeció, y apurado por la inexorable y fatal lógica de su hijo, hubo de esclamar:

—Pero ella no se suicidó de desesperacion!

—Pues quién... se ha suicidado? dijo Escipion.

—La Carrasca...

—Ella! esclamó Escipion, subiendo los colores á su pálido rostro.

—Ella! volvió á decir.

Y se inundó de sudor su frente.

--Sí... esta noche... fueron á prenderla... por acusacion de infanticidio... y traspasada de vergüenza, se tiró al estanque... lo entendeis? esto al menos, abatirá vuestro arrogante descaro, seductor imberbe, indigno fanfarron de vicios, esclamó el conde con notoria imprudencia, porque era exasperar hasta la ferocidad el detestable crímen del adolescente.

Esto fué lo que sucedió.

Secóse al punto una lágrima involuntaria que brotára en los ojos de Escipion: su frente inclinada bajo el peso de una idea terrible, irguióse insolente, altanera; aseguróse su voz alterada y continuó con sarcasmo:

--Calle! conque murió esa chiquilla?

--Sí... murió... repitió el conde mirando á su hijo atentamente. Murió por causa vuestra...

--Pues, señor, contestó Escipion con espantosa frescura, si tú tienes tu chistoso desafio con el marqués, en cambio yo tengo una mujer que se ha ahogado por mí... nada tenemos que echarnos en cara.

—Mónstruo! exclamó el conde fuera de sí.

—Bien representado, dijo Escipion, denotas calor y nervio...

Sacó su mondadientes del bolsillo del chaleco, y comenzó á servirse de él.

Hubo un espacio de silencio profundo, terrible, dentro de aquella anchurosa habitacion: el hijo triunfante por haberse mostrado tan fuerte: el padre espantado de lo que acababa de oir.

Me dá miedo, dijo á media voz el conde mirando á su hijo: y con voz alterada prosiguió: no, es imposible que à vuestra edad esteis tan empedernido. El hábito de burlaros de todo os ha llevado mas lejos de lo que quisierais... estoy seguro de que todo esto es una chanza, una chanza feróz por cierto, pero que ya os pesa...

Interrumpió Escipion á su padre, y le dijo con increible acento de superioridad:

—Lo que á mí me pesa es verte con todo tu talento patalear en ese virtuoso atascadero. Tan falsa es

tu posicion, respecto de mí, que desvarías. Mientras tanto que no han contrarestado tus proyectos lo que ahora virtuosamente llamas mis *vicios*, mis *escandalos*, mis *ferocidades*, has celebrado á carcajadas mis hazañas, alentándolas con el relato de las tuyas. Esto es cierto, si ó nó?

Como consecuencia inexorable de la educacion, de los funestos principios que inculcára en aquel desdichado jóven.... no sabia el conde qué contestar... porque Escipion hablaba con fundamento, y abusando con cruel regocijo de su ventaja, prosiguió con el refinamiento de audacia de hablar á su padre en tercera persona:

—Es delicioso... porque se trata de la mujer de uno de sus imbéciles electores, la aventura ya no tiene chiste... y gracias que no oigo resonar en mis oidos el fatídico grito de *adultero*! Está pasmoso este padre desnaturalizado! Porque el desenlace de mi capricho campestre puede frustrar mi enlace con Rafaela Wilson, viene ahora á moralizar en el género de los brutos de esta mañana, que querian argumentar á garrotazos!...

--Y aun cuando asi fuese... esclamó el conde, qué tendria de particular que se irritase mi susceptibilidad... mi moralidad, tratándose de nuestros intereses?

—De mis intereses?

—Quién niega que al ser diputado, miro tanto por vuestro porvenir como por el mio? Y respecto de Madlle. Wilson, ¿no es de temer que los escándalos de este dia comprometan vuestro enlace con ella?

—De veras? saltó el vizconde con sardónica sonrisa, clavando en su padre una mirada penetrante. Y qué dirias si hubiera yo cambiado de modo de pensar, tocante á la boda?

—Cómo! esclamó el conde con secreto terror.

—Sí... y si ya no se me antojára casarme con Rafaela? dijo Escipion lentamente, fijando otra mirada en su padre.

El conde no contestó.

Cruzóle una nube por delante de los ojos, afluyó

al cerebro su sangre toda; empero trató de disimular esta sensacion en presencia de su hijo.

Son indispensables dos palabras de esplicacion, acerca del amor del conde Duriveau á Mad. Wilson.

Aquel hombre impetuoso, enérgico, amaba como aman las personas de su edad y su carácter, cuando al cabo de una vida de placeres fáciles ó efímeros, esperimentan por la vez primera y á pesar de los años, un amor ardiente, profundo, encendido é irritado dia por dia, ora por provocadoras seducciones, ora por severas repulsas que no quitan empero toda esperanza.

Porque preciso es confesarlo: Mad. Wilson, tan amante madre, no amaba al conde de manera que no le hubiera quedado libertad de espíritu suficiente para desplegar en aquella singular intriga los irresistibles recursos que tiene en su mano una mujer bonita, coqueta, de talento, de mundo, y sobre todo una mujer *que no ama*, para lograr un objeto del cual pende la vida de una hija adorada.

Todos los estímulos cuyo conjunto contribuye á hacer indomable, casi demente, el amor de un hombre de cierta edad, cuando cree correspondido este amor: la certidumbre de haber hecho olvidar sus años á fuerza de atenciones, de obsequios, de pasion rendida: la conviccion fundada en la apariencia de ser amado por sí en una época de la vida en que ya no suelen lograr los hombres tales triunfos: finalmente, la idolatría ciega que un hombre, sobre todo si es orgulloso, esperimenta hácia la mujer cuya correspondencia legitima las pretensiones del mas presuntuoso amor propio, todos estos estímulos, repetimos, habian exasperado la pasion del conde hasta los postreros límites de lo posible.

Habia ademas otra cosa grosera, pero capital... en tal ocasion: aquel hombre enervado, no tanto por la edad como por el abuso de los placeres, sentia que su pasion ardiente por la graciosa viuda le convirtiera en un nuevo Jason. Léase al pensador inmortal á quien

llaman Moliere, y se verá en prueba que el amor de los viejos, tan obstinado, tan terrible, tan implacable, trae su orígen del ardor sensual contrariado. Qué cosa mas séria, mas exaltada, mas tierna casi, en vista de lo que aquel hombre padece, que la pasion de *Arnolfo* á *Inés*? (1) y sin embargo, ¿puede darse pasion mas lúbrica?

Esplicado de esta manera el amor del conde, fácilmente se comprenderá su angustia al pensar que aquel amor, que la posesion de mujer tan encantadora y con tanto ardor codiciada, estaba á merced de su hijo... porque sabia el conde cuál era la inmutable voluntad de Mad. Wilson: un dia mismo habia de alumbrar las bodas de padre é hijo.

Cuánta no seria la ansiedad de Mr. Duriveau, trayendo á la memoria no tan solo los frios desdenes de Escipion á Rafaela, si que tambien el siniestro hallazgo del niño muerto, el suicidio de la Carrasca, y por remate la escandalosa aventura de Mad. Chalumeau Resistiría á pruebas tan duras el amor de Madlle. Wilson? Y si por un repentino capricho, como ya lo indicaba, se volvia Escipion atrás de su palabra, y si la rápida emocion disimulada apenas por el jóven al hablar en la mesa con tan estraña gravedad en defensa de Basquine, fuera el indicio de una pasion depravada por aquella misteriosa criatura, pasion que hiciera desistir á Escipion de su pactado enlace? En tal caso, cómo obligarle?

En este abismo se perdian los pensamientos del conde que pasó un rato cruel.

Muy tarde en verdad, é impelido por el interés de sus pasiones, adquiria aquel hombre conciencia de su dignidad paterna... tanto tiempo desconocida, ultrajada... aquel hombre se horrorizaba de los vicios de su hijo; por la primera vez hablaba como padre, mientras que el adolescente á cada reconvencion le arrojaba al rostro estas terribles recriminaciones: qué vale mi escándalo comparado con los escándalos de

---

(1) En la *Escuela de las mujeres* de Moliere.

que en presencia mia te has vanagloriado? Qué vale esta infamia en comparacion de las infamias que te he oido referir? Pero habia mas: en virtud de su pasion ciega á Mad. Wilson, conocia el conde que estaba bajo la dependencia absoluta de su hijo, quien podia imposibilitar el matrimonio del conde, negándose á casarse con Rafaela.

—Qué haré? qué haré? reflexionaba Mr. Duriveau poseido de terrible angustia. Si se niega á casar con Rafaela, cómo he de hablarle á Escipion de la sinceridad, de la violencia de mi amor! me asesinaria á sarcásmos!... Si invoco la autoridad paternal, contestará con burlas...

Aquel hombre imperioso, altanero, duro; aquel hombre que entonces por instinto adivinaba el carácter augusto y sagrado de la paternidad... llegó á arrepentirse de haber hablado á su hijo con lenguaje digno y firme: hizo mas... seguro de no saber nada... de no conseguir lo mas mínimo del mancebo, empleando la severidad, resolvióse cobardemente, trémulo de rabia y de vergüenza, á entrar de nuevo en su papel de padre jóven, para ver de penetrar los secretos designios de su hijo.

Todas estas reflexiones asaltaron en tropel al conde, en menos tiempo del que para escribirlas necesitamcs: sabiendo que Escipion no se dejaria engañar por una transicion repentina, aunque fuese hábilmente manejada, pero no queriendo tampoco dejarle adivinar la causa del cambio por su actitud y lenguaje, dió el conde algunos pasos por el aposento con meditabundo continente, y dijo de modo que Escipion pudiera oirle:

—Pues, señor, no es para mí este papel.

En seguida se volvió á su hijo, diciéndole con cordialidad:

—Vaya, mala cabeza... enciende el cigarro.

CAPITULO VI.

Continuacion del mismo asunto.

A pesar de las precauciones del conde, no se le escapó á Escipion la profnnda impresion que le hiciera oir hablar á su hijo del rompimiento posible de los proyectos de boda con Rafaela: creyó oportuno el jóven sin embargo callarse la observacion, y cuando le dijo el conde con aparente cordialidad:

—Vamos... mala cabeza... enciende el cigarro!

Contestó el vizconde á su padre, arrimando un puro á la bujía:

—Ahora te conozco: pero por mi vida que hace un momento hubiera renegado de tí.

—Qué diantres he de decirte? repuso el conde con fingida sinceridad; para todo tienes salida, me bates con mis propias armas... Yo representaba con la mejor intencion un papel de... de Geronte, como tú dices, buena alhaja... pero se conoce que no hago efecto.

—Lo haces lastimosamente; esto te servirá de leccion: pero no tengas miedo, que yo repararé la brecha

abierta en tu candidatura: quieres ser diputado? lo serás, y yo tambien, y todos nos divertiremos.

—Tú tambien! de veras?

—No, ahora no, todavía no soy un hombre grave, como dice tu amigo Guizot: pero luego que tenga un millon de deudas, asi que haya robado con escándalo á una duquesa y á una mujer política (sobre todo á una mujer política... debe ser golpe magnífico!) tan luego como haya muerto un par de hombres siquiera en desafio y fume guindilla, porque el *capoarl* me parezca hoja de rosa, y beba alfileres, pareciéndome agua panada el espíritu de vino; en una palabra, cuando esté enteramente derrengado, seré un hombre grave, y tu amigo Guizot me sacará diputado: oh! qué sublime dominguillo tienes por amigo! En punto á graciosos sérios, no conozco mas que tres: él*** y Federico Lamaitre; pero Guizot es el mas fuerte porque tiene la facha de su parte. Luego que con su apoyo sea yo *diputado jóven* como d'Armainville y Saint-Firmin, ya verás qué aplomo. Oye una muestra:

Y con los ojos bajos, aunque con frente arrogante, dijo Escipion aparentando una indolencia desdeñosa que hacia singular contraste con la humildad afectada de sus palabras:

"Pido á la Cámara, ante la cual tengo el honor de hablar por la primera vez, permiso para prestar mi humilde, mi ínfimo y oscuro apoyo *al gobierno del rey*, etc., etc.„ Y al terminar mi *speach* ministerial, tendrás ocasion de observar mi modestia, última insolencia serenísima, porque habré hablado con un aplomo piramidal. Escucha... "Me lisongeo de que la Cámara se dignará perdonar á mi tímida inesperiencia.... bondad que me atrevo á esperar de la Cámara... porque jamás será tanta su benévola indulgencia conmigo, como mi profundo respeto hácia ella... etc. etc.„

Y volviendo á su voz natural, añadió Escipion:

—Hecho esto, lléveme el diablo si al año siguiente tu amigo Guizot, que venera á los buenos parlanchines, no me envia de ministro plenipotenciario cerca de... cerca de la reina Pomaré... A propósito de

reina Pomaré: ¿te acuerdas de la que te armé el año pasado en el baile Mabille? No dirás que no estuve admirable, cuando dije: "Rosita, te presento á papá: esta noche cenaremos los euatro con Mogador... (1)" Pero cuidadito, yo respondo del autor de mis dias delante de mis acreedores.

—Silencio, calavera, dijo el conde! quiéres no hablar aqui de nuestras locuras de soltero?... cuando tan pronto vamos á casarnos...

A pesar de su resolucion, no pudo disimular el conde una ligera turbacion, cuando clavando en su hijo una mirada inquieta y penetrante á la par, pronunció estas palabras:

"Cuando tan pronto vamos á casarnos!"

Miró Escipion á su padre fijamente, encendió muy despacio otro cigarro y dijo:

A propósito de *nuestra* boda: confiesa que has querido jugarme una chanada...

—Yo! cómo?

—Está claro. Hace muy poco tenias arreglado un casamiento con Mad. de Francheville d'Ormon, niña huérfana, de una de las primeras familias de Francia y con tres millones de dote: no era mal bocado... cincuenta mil escudos de renta siempre sientan bien, una huérfana no estorba, y un gran nombre restaura, sobre todo siendo nieto de un mesonero de Clermont, del tio Du-Riz-de-Veau (2), pronunciado Duriveau, por corrupcion ambiciosa y nobiliaria.

Aunque siempre desagradaban al orgullo del conde los sarcasmos sobre el origen de la familia, sarcasmos frecuentes en boca de Escipion, como estaba á la sazon demasiado inquieto por las resultas de aquella conferencia, contestóle:

—Vaya, te abandonó tu abuelo el mesonero; guísale á tu sabor con todas salsas; mas acaba: á dónde vas á parar?

---

(1) Nombre de una de las mas conocidas mujeres públicas de París.

(2) Quiere decir *molleja de ternera.*

—Cuando se trató tan rico casamiento, estábame yo solazando (cosa que tú ignorabas) en jugar al perfecto amor con Rafaela Wilson.

—Tú?

—Yo, en cuerpo y alma, que la veia todos los dias en casa de su tia cuando íbamos á jugar con el imbécil Dumolard. Aquel amor de colegiala me tenia bastante encandilado: mas la boda con los tres millones, con la horfandad y con el ilustre apellido, tampoco me desagradaba: asi que, consentí en casarme con arreglo á tus deseos; lo cual, por snpuesto, no me imidióp continúar haciendo la corte á Rafaela.—De repente—zás... mutacion á la vista... deshácese el rico casamiento; resulta que los tres millones de Mad. de Francheville d' Ormon consisten en créditos sospechosos... La muchacha ha mudado de intenciones, y el tutor idem... Pataratas todas de invencion tuya porque ya no te convenia aquella boda.

—Te aseguro...

—Quieres ser diputado? pues aprende á no interrumpir al orador... despues hablarás: hallándose en el colegio del Sagrado Corazon Mad. de Francheville, no era fácil que yo la viera ni averiguara cosa segura. No me casé de consiguiente, y tampoco me morí; pero quedé convencido de que el autor de mis dias me habia pegado una soberbia tostada por interés personal suyo, y que se habia erigido en Robert-Macaire, dejándome el desairado papel de Gogo ó de Bertran.

—Escipion!

—No se interrumpe al orador. Poco despues de haber desperdiciado tan bonita proporcion, me hablaste otra vez de boda, y me propusiste... á quién? á Rafaela Wilson, á mi amante. Fortuna Dios la dé: cuna, de banquero, con los cuarteles de Dumolard. Al proponerme semejante casamiento con una muchacha oscura y sin fortuna, dije para mis adentros con acento de traidor de melodrama: robado estoy, mas *disimulemos*.

Palideció el conde; una angustia horrible le atara-

zaba el corazon: empero esforzándose pará ocultar sus sentimientos, dijo:

—Continúa...

—Por pura fórmula... puse algunas objeciones... Pero, padre mio, ¿es posible que rompieras un proyecto magnífico para venir á parar á esta ruin union?

—Tranquilízate, hijo mio, me dijiste, y no perderás nada: yo te aseguro cincuenta mil escudos de renta; la tercera parte de lo que poseo, desde el dia que te cases. —Esta generosidad del autor de mis dias en darme lo que al fin y al cabo habia de ser mio, pareció que ponia un cohete á mi agradecimiento, haciéndome consentir en todo. Seguí disimulando, pero como tenia la espina de que la señorita Wilson hubiera manipulado en el negocio, y no me gusta ser monote de nadie, puse pies en pared, redoblé las protesta de amor, recordé á Rafaela nuestro próximo casamiento y conseguí una cita... de suerte que, suceda lo que suceda, yo ya he *sacado mi escote.*

—Rafaela! esclamó el conde.

—Bah! repuso Escipion sacudiendo con increible impudencia la ceniza del cigarro. A tí, continuó mirando á su padre sardónicamente, seguí diciéndote que me casaria, para descubrir el fondo de tu juego, lo que no tardó en suceder. Estás muertecito por la madre, y esta señora, abusando sin duda de tus pocos años, habrá puesto por condicion de su boda contigo, que yo case con la hija. Bonita idea! P*artie carrée* del género de nuestra cena con Mogador y Pomaré. Ahora vamos á la moralidad del lance: actualmente mi voluntad sola puede *canducirte al altar con el objeto de tus ardientes adoraciones*, y Rafaela Wilson ha sido mi querida..... Quién se ha llevado el petardo, tú ó yo?

--No está mal jugado, dijo el conde ahogando admirablemente su espanto secreto; pero juegas por la honrilla; qué sacas con haber sido amante de Rafaela y tener mi boda en tu mano, como crees?

---Qué saco? Muchísimo. Poseo el secreto de tu pa-

sion, que solamente mi voluntad puede satisfacer, y te haré cantar como decirse suele.

--Oh! que mal discurrido, hijo mio!

--Sí, eh!

--Seguramente; convengo en que negándote á casar con Rafaela, impides que yo me case con su madre, pero de esto ¿qué ventajas te resultan? Ninguna. Si sucede lo contrario, ¿á qué vienen esas amenazas, puesto que has de acceder luego á la boda?

--Ya, pero con qué condiciones? Esto es lo que tú no sabes.

—Condiciones?

—Que yo no he de poner.

—Pues quién?

—Una mujer encantadora.

—Una mujer? dijo el conde sorprendido.

—Sí, una mujer que me adora, que se interesa mucho por mi porvenir: mas como es muy original, y sobre todo, nada celosa de las mujeres propias, desea discutir contigo.... contigo solo, y en secreto, las condiciones de mi boda, y las claúsulas del contrato.

—Te chanceas. Vaya, dime el nombre de esa mujer que denota instintos.... un poco *escribaniles*.

—Bonito adjetivo. Pues el nombre de esa mujer es Basquine.

Dió un respingo el conde como si le hubiera mordido una serpiente, y en sus facciones, revestidas hasta entonces de aparente cordialidad, estalló de pronto la indignacion, el horror y la ira.

—Conque es verdad? Conocias á esa horrible criatura, cuya defensa tomaste á tu cargo en la mesa?

—Un mes há que tengo ese honor.... No quise decírtelo delante de los electores.

—Conque es cierto, esclamó el conde fuera de sí, que conoces á ese mónstruo de codicia, de depravacion, de infamia y de hipocresía....

—Envidioso! dijo Escipion encogiéndose de hombros: yo de buen gana te hubiera presentado á ella, mas como estabas tan enamorado....

—Y tal vez ames á esa horrible criatura?

—Como un loco.

—Las graciosas facciones de Escipion se colorearon, despidieron chispas sus rasgados ojos.

—Y lo que en ella adoro no es su maravilloso y doble talento de sílfide y ruiseñor... quedénse esas admiraciones para los frenéticos del proscenio.... lo que adoro en Basquine, quieres saberlo? pues es precisamente lo mismo que tú la echas en cara, aunque sin pruebas, pues tiene demasiado talento para darlas: lo que adoro es su depravacion desmedida, su genio osado, infernal, tan admirablemente rebozado por su magnífica hipocresía, que la da visos de ángel y la abre los salones de las mujeres mas timoratas.... de las altezas y emperatrices. Pero á mí.... á mí solo ha confesado Basquine sus vicios, porque á mí solo me ha juzgado digno de idolatrarlos! dijo Escipion con detestable orgullo.

—Perdido es el infeliz!.... esa criatura horrible le ha cogido por la vanidad del vicio, murmuró el conde espantado.

—Sí, lo que idolatro en ella, prosiguió el joven, cada vez mas exaltado, es el contraste de aquella alma negra como el infierno con aquella angelical figura coronada de cabellos rubios: por esta razon defiend á Basquine de tus acusaciones, para que conserve siempre esa auréola de virtud que nos divierte tanto, y que en tal grado alucina á los tontos y á las devotas. Comprendes ahora mi idolatría á ese demonio? Mas ay! idolatro platónicamente, porque ha aplazado *la hora del pastor*, la hora del diablo, como ella la llamaba, para despues de mi boda con Rafaela, boda cuyas condiciones quiere arreglar Basquine á solas contigo. Así, pues, cuidadito, añadió Escipion en un tono de inexorable amenaza: dá gusto á Basquine; este es el precio de mi boda y por consiguiente de la tuya... Si no, no.

Creíase el conde bastantemente enterado de los antecedentes de Basquine, para ver en la depravada pasion que acertára á inspirar á su hijo un abismo que, no solo se tragára sus esperanzas mas caras, si que,

tambicn el porvenir, el honor, quizá la vida de Escipion. De pronto, dándose una palmada en la frente, como si le acudiera un recuerdo repentino, sacó del bolsillo el conde la filiacion de Bamboche, en la cual se decia que el fugitivo contaba entre otras señales estas palabras escritas sobre el pecho al lado del corazon.

Amor eterno á Basquine.

El conde alargó á su hijo este papel.

—Leed... vereis que esa infame ha sido querida de un asesino... del bandido que perseguian esta mañana por las selvas.

Leyó el papel Escipion y se le pasó al conde, contestando friamente:

—Qué prueba esto? Que quizá por ella se ha hecho ese hombre bandido y asesino... no me choca.

—Pues á mí me asusta por vuestra suerte, esclamó el conde irguiéndose altanero con amenazadoras miradas é imperioso continente, con actitud enérgicamente resuelta.

Y al ver asomar á los lábios del mancebo una sonrisa de fisga, continuó el conde:

—Oh! no hay aquí burla que valga, ni Orgon, ni Geronte! he sido débil, imprudente, cobarde, criminal; sí, criminal, porque os he dejado impunemente abofetear en mi rostro á la dignidad paternal : mas ya basta, lo entendeis? gritó el conde poseido de indomable resolucion. No se trata ya de calaveradas insolentes ó infames, que el mundo tolera y que yo he tenido la indignidad de alentar con mi ejemplo; se trata de un amor horrible que puede arrastraros á la infamia, sí, á la infamia, porque amar á esa infernal criatura, es amar á sabiendas al vicio, la depravacion, y esponerse á cometer un crímen el mejor dia; pues... Mas interrumpiéndose con un violento arranque de indignacion contra sí propio, añadió el conde... Mas, á qué soy tan necio que entro en discusion con vos? Hay por ventura necesidad siquiera de discutir semejante cosa? Iguorais que osar enorgulleceros en pre-

sencia mia, de ese amor odioso, osar erigir á una criatura horrible en árbitra de mi destino y del de un ángel de candor, vilmente seducido; ignorais que atreverse á tanto á los veinte años, es incurrir no solo en la indignacion paternal...

—Sino tambien en la del Padre Eterno? Habré de temer los rayos de Júpiter? dijo Escipion con descaro.

—No, es correr el riesgo de ir á un encierro....

—Un encierro?

—Sí, esclamó el conde exasperado; sí, como me obligueis, habeis de saber lo que es una casa de correccion, porque no sois mayor de edad hasta dentro de diez meses; una casa de correccion, donde vivireis sujeto á la dura disciplina del establecimiento, ya que tanto os habeis burlado de la autoridad paterna: vivireis con el pan del encierro, vestido con el uniforme de la casa, ya que estais estragado por los placeres del lujo y de la gala. La transicion es un poco repentina y os sorprende..... ya me lo esperaba yo.

--Repentina la transicion? no por cierto, dijo Escipion, recobrando su sangre fria, que falseára un momento: de la alta comedia pasamos al drama, y del drama á la casa de correccion... huele un poco á *Gaceta de Tribunales*: por lo demas no me admiro.

--Sí, yo cuidaré de que no figure algun dia vuestro nombre en ese periódico..... por mas que sea el nombre de un miserable mesonero, dijo el conde con amargura. Aunque os parezca ridículo, no le marcará al menos un sello de infamia. Ah! pensais que no hay mas que tomarse el trabajo de nacer, para abusar de todos los goces de la opulencia y ser conducido por este abuso al estragamiento de todo, á la mas repugnante depravacion?

—Declaro absurda esa acriminacion, dijo Escipion imperturbable, arrojando el humo del cigarro: vos no os tomásteis otro trabajo que el de nacer para ser rico y gozar del aventurado sudor del abuelo Du-Riz.

du-Veau, usurero abominable y estafador de la época del Directorio. Con esto está dicho todo.

—No me hacen ya mella vuestras insolencias, porque harto me asustan los hechos, esclamó el conde. Hablais de condiciones? pues sabed las mias.

No volvereis á ver jamás á la mujer horrible cuyo nombre habeis pronunciado, y reparareis una seduccion indigna, casándoos con Madlle. Wilson.

—Con el piadoso objeto de que podais vos casaros con la mamá?

—Repito que os casareis con Madlle. Wilson y residireis en este castillo, á voluntad mia, dos años, ó mas quizá, sin poner los pies en París. Este retiro, el cariño de una mujer dotada de las prendas mas raras, y mi severa vigilancia, bastarán para apaciguar vuestra fiebre de perversidad que, al cabo, dá lástima; porque á vuestra edad, no es todavía, á Dios gracias, vicio encarnado, sino loca exageracion, deplorable monomanía, de la cual se sana, porque tambien sanan los locos. Descuidad, que yo seré vuestro médico.

—Mil gracias por la atencion; pero, ¿y si me niego á casar con Rafaela, ó en otros términos, si estorbo vuestra boda con la madre?

—Desengañaos, no imagineis tener en vuestras manos la suerte de un amor que confieso, de un amor que me envanece, porque es puro. Por tanto, si os negais á reparar vuestra indigna seduccion, le diré lealmente á Mad. Wilson lo que sois... la contaré el amor infame que os habeis atrevido á participarme, y las desgracias horribles de que seria víctima su hija al lado vuestro... Como ante todas cosas, Mad. Wilson adora á su hija, se dará por contenta con zafarse del siniestro porvenir que preparabais á entrambas.

Este franco proceder, lejos de ser un obstáculo para mi enlace con Mad. Wilson, acrecentará el noble y puro afecto que nos une. Ya veis como os llevais chasco.

Escipion se encojió de hombros y recobrando la tris-

te ventaja que al parecer perdiera, contestó al conde con amarga ironia:

—Siento en el alma abusar de mi superioridad, mas me brindais con un juego escelente: no teneis en cuenta que Rafaela ha sido mi querida, é ignorais ademas lo que he sabido no há mucho leyendo un papelito que me dió en la cacería: ignorais que es muy posible que la pobrecita esté pronto, como se dice todos los años de la Reina Victoria, *en situacion interesante*?

—Es una mentira infame cuyo objeto bien alcanzo.

—Leed, dijo Escipion á su padre, entregándole un billete.

Leyó el conde... y quedó consternado.

—Veis como á esta fecha por no morir, no tan solo de amor, sino de vergüenza, querrá Rafaela casarse á toda costa? dijo Escipion. Y aunque digais los mayores horrores de mí á su madre, azuzada esta por la hija, que acaso la revele todo, se obstinará doblemente en mi boda con Rafaela, poniéndola como condicion precisa de la vuestra. Ved, pues, si os tengo cojido: eh! qué diablo! confesad que habeis obrado como un aturdido, vomitando amenazas contra mí: una casa de correccion! cómo era posible que un hombre como vos incurriera en semejante brutalidad?

A pesar de su impertinencia prodigiosa, era lógico el raciocinio de Escipion acerca del enlace de su padre, y este se quedó estupefacto. Mas exasperado luego por la insolente audacia del mancebo, por la cólera y violentos resentimientos que le devoraban; pálido, delirante, dominado por la fogosidad de su carácter, lanzóse sobre su hijo en ademan amenazador.

—Cuidadito! esclamó Escipion sin moverse y mirando intrépidamente á su padre: aqui ya no hay Geronte ni Damis que valgan; sino dos hombres frente á frente!

Afortunadamente dos ó tres golpes dados á la puerta, desarmaron el brazo del conde; enjugóse el sudor

que le bañaba la frente, calló un instante y luego con voz alterada dijo:

—Quién va?

—Soy yo, Beaucadet, contestó la voz hueca del sargento.

--Qué diablo! esclamó el conde, venís á perseguirme hasta en mi aposento?

—Se trata de un asunto de vida ó muerte, contestó el gendarme.

Al oir estas palabras, apresuróse el conde á abrir la puerta, mientras tanto que Escipion encendia otro cigarro, y se arrellanaba en una poltrona.

—Asunto de vida ó muerte? preguntó á Beaucadet, que entraba con misteriosa traza.

—Sí, señor conde, puede serlo, si no se toman precauciones; pero yo, en mi calidad de ojo de la justicia, velaré sin descanso...

--Decid que es ello, preguntó con impaciencia el conde.

—Teneis un ayuda de cámara llamado Martin?

—Sí.

—El herido de esta noche?

—Sí... sí...

—Acabo de interrogar al susodicho, sospechoso de antemano para mí...

--Martin?

—Sí, señor conde, y en atencion á sus respuestas evasivas y equívocas, mucho me temo que componga parte de una partida de malhechores mandada por Bamboche (ah! bribon! hacer que le saludaran mis gendarmes!) mandada por Bamboche y protegida por Huron y el susodicho Martin...

—Bah! estais loco, dijo el conde encogiéndose de hombros, tengo los mejores informes de ese criado.

—Pero no sabeis, señor conde, que Martin es amigo íntimo de Bamboche; en atencion á que este lleva el nombre del otro iluminado en su perverso pecho.... Esta filiacion os lo probará...

—Con efecto, repuso el conde recordando esta circunstancia.

—Calle! el buen Bamboche tiene pintado el nom-

bre de Martin como el de Basquine? dijo el vizconde disimulando su asombro bajo un acento de fisga y desafio, porque pronunciaba el nombre de Basquine para insultar á su padre... Mr. Martin se encuentra en escelente compañía: pero quién asegura que ese Martin sea el nuestro?

—Debe ser él, señor vizconde, mi corazon de gendarme me lo dice. Conque, señor conde, acudamos á la astucia para prender á los criminales; no os deis por entendido de nada... no tengais cuidado, y dormid tranquilo... Basta que dejeis á mano un par de pistolas, una carabina ó un buen cuchillo de caza... cualquier cosa... que á fé de Beaucadet, antes de mucho sabremos á qué atenernos.

—Bien, mañana hablaremos, dijo el conde á Beaucadet dando algunos pasos hácia la puerta.

-Mañana vendré sin falta á ponerme á vuestras órdenes.

Salió el sargento.

Durante esta conversacion, habíase estado Escipion tendido en la poltrona fumando: varias veces se encogió de hombres, y así que marchó el gendarme, dìjole á su padre con amarga ironia:

—Creo que dejamos la conferencia en lo mas interesante, cuando alzabas la mano para pegarme...

—Hice mal. Dispensadme, dijo el conde con calma, la violencia no prueba nada, ni para nada sirve. Prefiero deciros estas sencillas palabras: dentro de quince dias, sin condiciones y sin salir de aqui, os habreis casado con Rafaela.

—Ah! bah! me he de casar así sin mas ni mas?

—Os casareis así sin mas ni mas, contestó el conde con reposado ademan.

—Y no teneis por ahí alguna otra con quien casarme? preguntó Escipion levantándose.

—Andad.

--Pues buenas noches, dijo el vizconde encaminándose á la puerta, y añadió desde el humbral:

--Os ruego que no soñeis demasiado con Mad. *Wilson*; os puede hacer daño.

No contestó el conde, y Escipion desapareció.

CAPITULO VII.

La venta.

Tres dias han transcurrido desde que la Carrasca se arrojó al estanque de la Granja del Enebro.

Caminaba el sol á su ocaso, y en la Granja se notaba un movimiento estraordinario: los utensilios de labor, carretas, rastrillos, arados, arneses, etc., se hallaban simétricamente colocados sobre un repecho fuera del edificio: á corta distancia, las vacas escuálidas estaban alineadas á lo largo de una barrera armada con estacas. Al un lado, los pavos, tan queridos de la Carrasca, se apiñaban dentro de una empalizada recien hecha: al otro, los caballos tísicos estaban sujetos á algunos árboles diseminados.

Los mozos daban cien vueltas con afanadas trazas; unos trasladaban sacos de trigo, otros de avena que colocaban al rededor de una romana pendiente de un travesaño y destinada á pesarlos.

Dos hombres, con blusas azules por encima de los fraques negros, presenciaban este insólito movimiento. El uno de ellos mandaba al otro con notable arrogancia y prosopopeya: tenia hundido hasta las ore-

jas un birrete á la Perinet-Leclerc (moda bastante antigua), y á caballo sobre las largas narices un par de anteojos: veíasele en la mano un cuaderno donde inscribia el número de bestias de la granja, despues de palparlas y examinarlas con ojo inteligente: pasó luego á apuntar las herramientas y todo cuanto alli habia, cosa por cosa fué anotado bajo la vigilancia de aquel hombre, que era nada menos que Mr. Herpin, perito y escribano en Salbris, ausiliado por su escribiente, operacion que tenia por objeto embargar á maese Chervin, colono de la granja del Enebro. Un gran cartel amarillo, flotando á merced del viento, enclavado sobre la derruida puerta de la granja, anunciaba para el domingo próximo, despues de misa, la venta judicial.

Asi que el *hombre del rey* (1) hubo terminado la tasacion de los módicos valores que la granja encerraba, iba á entrar en la habitacion de maese Chervin, el arrendador, cuando le detuvo una mujer de alguna edad, vestida miserablemente, pálida y con los ojos inflamados de llorar, la cual bajando precipitadamente los desiguales escalones, se acercó, tímida y suplicante, al escribano, diciéndole con las manos cruzadas:

—Por Dios... por Dios, buen señor!...

—Eh! qué tenemos? mas jeremiadas? mas llantos? repuso el hombre del rey con impaciencia brusca. Qué le tengo yo de remediar? Debeis el arriendo, no podeis pagar; el señor conde embarga y os despide de la granja: está en su derecho.

—Es verdad, señor, es verdad! respondió la pobre mujer; no podemos pagar, y nos embargan y nos despiden... No me opongo.

(1) En esta época tan eminentemente monárquica, en que se hace alarde de decir: *el gobierno del rey, los ministros del rey, los embajadores del rey*, cederemos al torrente, y llamaremos *hombres del rey* á los procuradores, escribanos, alguaciles y demas que persiguen, embargan y encarcelan en *nombre del rey*.

—No os oponeis! Gracias por el permíso. Pero aun cuando os opusiérais, sucederia lo mismo. Sí, que el señor conde se deja intimidar! No conoce mas que la ley y su derecho. Pagar al que deba... que le pague quien le deba... y tiene razon.

—Válgame Dios! yo lo creo que tiene razon, cuando nos embargan y nos echan...

—Pues dejadme concluir el inventario, dijo el hombre del rey, queriendo separar á la mujer que le impedia subir; tengo que tasar los muebles, que es lo que me falta, y la noche se va acercando: no sea que me pille por esos campos, cuyos huéspedes no me gustan, sobre todo, desde que ese maldecido Bamboche anda por las cercanias. Dicho esto, hizo el hombre del rey ademan de subir la escalera.

—Por dios, no subais! por el amor de Dios! esclamó la pobre mujer cruzaudo las manos con terror.

—Y por qué no he de subir?

—Ay! Dios me valga! porque mi pobre marido está en la cama.... Ya tenia las calenturas cuando ocurrió la muerte de la pobre Carrasquilla, y despues con la noticia del embargo.... tuvo tal sentimiento, que hace cinco dias que no se rebulle. Si os viera entrar, seria un escopetazo.

—No es poco delicado el tio Chervin. Pues cuando los dias de mercado empina el codo con un compañero, no se queja de las calenturas.... Vaya.... vaya.... yo tengo que inventariar los muebles, con que despachemos.

Pero, señor, si se muere mi pobrecito marido... Yo diré qué muebles son...

—En realidad,—dijo el escribano, viendo la hora que era y calculando que habia de cruzar dos leguas de bosque y despoblado,—en realidad, toda vez que he de volver el viernes, entonces tasaré los muebles... ahora no haré mas que apuntarlos: decid.

—Tenemos el armario de boda, dijo la pobre mujer suspirando.

—De nogal?

—Sí, señor: ah! cuánto os agradezco...

—Qué mas?

—El arca del pan.

—Bien: nueva ó vieja?

—Doce años hace que nos está sirviendo.

—Qué mas?

--Una mesa blanca de madera y dos escaños.

--Qué mas?

--La cama.

--La cama os la deja la ley: hay otra cosa?

--Ay! no señor, eso es todo.

--Pues hasta el viernes. Y llamando á su escribiente díjole el hombre del rey: Vamos, Benjamin, aprisa, el sol se va á poner, y necesitamos mas de una hora para llegar á casa. El camino es muy desierto y poco seguro ahora, gracias á ese maldito Bamboche, á quien confunda el infierno.

Acto contínuo, se pusieron entrambos en acelerada marcha, con la esperanza de llegar bajo techado antes de que anocheciera enteramente.

—Idos, y ojála os retuerza el pescuezo el diablo, aves de mal agüero! les gritó la Robin, cuando estuvo segura de que no podian oirla; porque participaba de esa mezcla de temor y odio que la justicia inspira á las poblaciones pobres.

—Caramba! pensar que el domingo por la noche estará maese Chervin el arrendador, reducido á un jornal, ni mas ni menos que nosotros, sin mas casa que su blusa! dijo uno de los mozos llevando los caballos á la cuadra: para eso no valia la pena de ser arrendador treinta años... Pero... le está bien empleado.

--Por qué ha de estarle bien empleado? preguntó la Robin.

--Bah! es un amo, contestó el carretero.

---Y qué?

---Toma! siempre gusta ver á los amos apurados.

Sí, porque como es tan malo maese Chervin, dijo la Robin, encogiéndose de hombros, puedes hablar: un infeliz incapaz de meterse con un niño, que

siempre nos ha pagado nuestra soldada, privándose de todo para poder hacerlo...

—Ya... pero siempre es amo... siempre es el que manda, contestó el mozo con estúpida terquedad... y á mí me gusta ver bajar la cólera á los amos: es mi idea.

Esta respuesta irritó mucho á la Robin; pero hizo reir á carcajadas al otro carretero, quien repitió:

—Hi! hi! hi! Es divertido ver como los amos se quedan ras con ras como nosotros.

—Y no hemos de tener siempre un amo? dijo la Robin amostazada.

—Pues por eso, contestó el gañan, por eso mismo es una broma verlos humillados... Anda... que vayan ahora á ajustarnos como si fuéramos terneros (1).

—Con esta ocurrencia estallaron nuevas carcajadas.

A falta de razones mas convincentes, enojada la Robin, comenzó á dar á los mozos puntapiés en las piernas, esclamando:

—Y qué sois mas que unos terneros grandones?

Los golpes con el zueco que la Robin repartia á sus contrarios, á guisa de argumento, hicieron mas efecto que los mejores discursos, y el jovial carretero, rascándose las piernas, contestó como si se tratara de una simple objecion.

—Esta es tu idea, la Robin? pues yo tengo la mia.

—No, malas entrañas, no debes reirte estando tan apurado ese pobre señor Chervin!

—Me rio porque es amo, sí señor; porque un gato es un gato, lo mismo que un perro siempre es un perro.

—Qué tiene que ver eso? saltó la Robin impacientada.

—Toma, repuso el bufon, el amo es amo, y el

(1) Por S. Juan, todos los años en Sologne, hay mercado de personas racionales, en que los arrendadores van á ajustar gente para el servicio de su labor.

criado criado, no es asi, la Robin? pues es lo mismo que perros y gatos, que viven bajo el mismo techo, que comen en el mismo cuenco, sin que cada cual deje de tener su índole, y sin que *haya nada que los ponga acordes.*

A través de la ignorancia crasa, del embrutecimiento en que al igual de millares de sus hermanos, estaba aquel miserable condenado á vivir, entreveia por instinto esta triste verdad, que si no la justifica, esplica al menos la indiferencia, la desconfianza, la aversion con que el trabajador agrícola mira generalmente al amo que le emplea. Como decia el gañan, no hay nada que ponga acordes al amo y al labrador; no hay entre ellos comunidad, ni solidaridad fraternal, ni lazo alguno de asociacion: en un palabra, ningun interés tiene el trabajador en el éxito bueno ó malo del cultivo de su amo. Sea abundante ó nula la cosecha, para el peon es igual; el colono no aumenta ni disminuye su salario: lo mismo sucede con los arriendos por un tanto alzado, (1) que tampoco ofrecen aliciente alguno: sea bueno ó malo el año, el colono ha de pagar, sopena de embargo y espulsion; de suerte que la desconfianza, la aversion instintiva que separa al trabajador agrícola del arrendador, separa igualmente á este del poseedor del terreno..

Luego que marchó el escribano, subió otra vez la mujer del colono por la destartalada escalera que conducia á la habitacion.

Era esta bastante grande, aunque muy baja de techo: unos palos, sujetos por las puntas á las vigas ahumadas, sostenian dos filas de quesos ágrios y ráncios, mientras que en el estremo opuesto, por entre las

---

(1) El arriendo *por mitad*, en que dando el propietario el terreno y el arrendador la industria, se parte por igual el producto, es un sistema de arriendo mucho mas equitativo. Pero los simples peones de labor quedan escluidos de esta asociacion.

grietas cubiertas de espesas telas de araña, se veia el heno del granero.

De dia no penetraba la luz en el aposento sino por el cuarteron superior de la puerta, que era de quita y pon, pero sin vidrios. Las resquebrajadas paredes estaban lucidas de una sustancia viscosa, pardusca, y el agua rezumaba en algunos sitios del suelo, que era de tierra molida.

Al un lado de la habitacion habia una gran chimenea, si merece el nombre de tal un ancho tubo hecho de ladrillo, perpendicular, á cuatro ó cinco pies del suelo sobre una piedra que servia de fogon y donde encendian lumbre como en una choza de salvajes: de suerte que á la menor bocanada de viento el humo desaparecia en remolinos por la estancia, harto malsana de por sí.

La noche de que vamos hablando, con el fin de evitar en lo posible el frio húmedo y penetrante del otoño, que invadia la habitacion, estaban colocados sobre el hogar dos pinos, cuyas raices llegaban á la mitad del cuarto: mas aquella leña, verde todavía, en lugar de arder se carbonizaba y esparcia un humo negro y repugnante.

A corta distancia de la chimenea estaba un arca de pan, apolillada, y encima, sobre una tabla, unos cuantos pucheros incompletos: enfrente el armario, y por último en una esquina distinguíase un lecho de enorme altura, compuesto de un gergon de paja, de tres pies de grosor, y un diminuto colchon de lana sin lavar: un banco de madera, una mesa coja y algunos escaños completaban el mueblaje de aquel albergue, débilmente iluminado por un cabo de vela puesto en una linterna, pues habia caido la noche.

Tal era la morada de maese Chervin, el arrendador del opulento conde Duriveau, y tal es generalmente la vivienda de los arrendadores de Sologne.

El colono parecía dormido, y su mujer, arrodillada delante del hogar, procuraba hacer llama, soplando los tizones con todas sus fuerzas. No pudiendo lograrlo, acurrucóse cerca de la lumbre, con la barba

apoyada en las rodillas, y mirando de vez en cuando hácia la cama donde dormitaba el marido.

De repente exhaló maese Chervin un prolongado y doloroso gemido, dando una vuelta sobre el lecho húmedo y duro. Frisaba en los sesenta años; su cara, de aspecto apacible y bueno, estaba pálida; tenia los ojos hundidos, blancos los labios; la barba gris, no cortada en mucho tiempo, brotaba ensortijada sobre la piel rugosa.

Al oirle su mujer quejarse y revolverse, corrió hácia la cama diciendo:

—No duermes, pobrecito?

—Ay! válgame Dios... estaba soñando con el *señor del rey*. Se ha marchado?

—Sí... queria subir á anotar los muebles; pero le he rogado tanto que no te despertára, que ha escrito lo que le he dicho y se ha marchado.

—Estamos vendidos... murmuró el colono... perdidos; ¿qué vá á ser ahora de nosotros?

—Ay! no lo sé.

—Tan débil... acabado por las calenturas!... pero yo me tengo la culpa.

--Tú?

--Sí; porque cuando el año pasado en vista de la buena cosecha debida á los consejos de la Carrasca, me pidió el mayordomo del señor conde una cántara de vino y un aumento de arriendo, no debí renovarle á este precio: era nuestra ruina segura, como ha sucedido. Ah! que bien decia mi difunto padre: «No mejores nunca el cultivo, hijo mio, porque si puede el „propietario, te pedirá el doble de lo que produzca la „mejora!„

--Necesitado de dinero debe de estar el señor conde, cuandonos vende nuestra pobreza y nos despide al cabo detantos años!

—Sí... eso será... y como está en su derecho, segun dice el *señor del rey*!..

—Pero cómo vamos á vivir ahora? Ya estás demasiado débil para trabajar de jornalero: y yo qué he de

ganar? Aun cuando tuviera trabajo, no sacaria para pan.

—Es verdad.

—Qué haremos? Dios mio! qué haremos?

—Por Dios que no lo sé.

—Sabes, repuso despues de una pausa la arrendadora con dolorosa impaciencia, sabes que es una picardía dejar asi á dos pobres honrados, sin pan y sin asilo? caramba! esto no se puede aguantar.

—Y quién no lo ha de aguantar, pobre mujer?

—Qué sé yo: pero lo que digo es que no se debe abandonar de esta manera á unos hijos de Dios.

—Eso dicen todos los infelices.

—Ya se vé, repuso la mujer con amargo dolor; bien dice nuestro refran: *Vive si puedes, muere si quieres.*

—Cabalito: así es. Qué sacamos con quejarnos? El señor conde está en su derecho... no es culpa nuestra que no podamos pagarle, pero ni suya tampoco.

—Nos aumentó demasiado.

—Y quién nos mandaba firmar?

—Es verdad.

—Al fin y al cabo, el señor conde es *señor*, y nosotros arrendadores. Qué le importa que seamos desgraciados? Allá ellos entre señores se ayudarán; pero cada oveja con su pareja... no es hermano nuestro para ayudarnos.

--Tienes razon, dijo la mujer con su humilde y cándida resignacion: lo mismo seria si el amo fuera otro... no le acusemos; pero por Dios, que es cosa terrible! Y qué va á ser del pobre tio Santiago, á quien dábamos albergue y de comer?

—Amiga... mientras hemos podido, le hemos socorrido; ahora nos echan... el pobre viejo lo paga como nosotros!

—Oh! no lo digo porque me pese de haberle ayudado

—Ya lo sé, mujer; lo que á mí me pesa es el dinerillo que he gastado en los dias de férias y de mercado. Si lo tuvieramosahora!..

—Bah! te pesa haber bebido un trago, ó comido una tajada, despues de estar toda la semana ayunando y echando el bofe? pobre hombre!

—No importa, muchos poquitos hacen mucho, y ahora pienso, que mientras yo me regalaba con un vaso de vino ó una tajada, tú bebias, como siempre, agua de pozo, y comias pan negro... pero la desgracia enseña, y...

—Escucha, saltó de repente la arrendadora, interrumpiendo á su marido y aplicando el oido con atencion.

Enmudecieron los dos viejos, y escucharon.

Entonces, en medio del profundo silencio de la noche, oyóse por dos veces el grito del águila de Sologne.

—Es Huron el cazador, dijo la mujer, conozco su seña. Querrá hablarme de esa pobre señora Perrine. Con tal que haya templado la locura que la entró el dia de la muerte de la Carrasca!... ya tendrá noticia Huron, porque se interesaba mucho por la señora Perrine...

Como sonára otra vez el grito que servía de señal á Huron, tomó la arrendadora la luz, salió precipitadamente hácia el estrecho callejon que quedaba entre el estanque y las ruinas del horno, y allí aguardó, despues de levantar en alto por tres veces la linterna, y apágarla en seguida.

CAPITULO VIII.

El cazador furtivo.

La luna pura y serena inundaba el estanque con argentinos fulgores: vió á poco la arrendadora dibujarse sobre aquella esplendente zona el negro perfil de una forma humana, que ora andaba de pié, ora encorbada, y que avanzaba deslizándose por entre los cañaverales en direccion hácia la granja.

A poco rato salió Huron de los juncos á favor de los cuales habíase ido escurriendo, y subió hácia la calzada, donde le aguardaba trémula la dolorida mujer del arrendador.

—Ha venido Martin? preguntó el cazador.

En vez de contestar la arrendadora, cruzó las manos y esclamó:

—Válgame Dios! sois vos, señor Huron? os creia escondido en las selvas; no sabeis que Mr. Beaucadet y sus gendarmes....

—Ha venido Martin? repitió el cazador impaciente, interrumpiendo á la mujer.

—No.... señor Huron, contestó ella, todavía no.

Y añadió en seguida con tímida incertidumbre:

—No me atrevo á rogaros que entreis en casa, se-

ñor Huron, porque no os gusta poner los pies dentro de las casas.

—Y el pariente? preguntó el cazador, sin contestar al ofrecimiento que le hacian.

—Dios me valga! repuso tristemente la arrendadora... mi pobre marido está cada vez mas débil... Desde el dia en que vinieron los gendarmes á prender á la Carrasca y ella se ahogó, el pobrecito no ha alzado cabeza, tanto efecto le ha hecho... Queriamos tanto á aquel ángel!

—Ha muerto.... ha muerto.... no hablemos mas de eso, se apresuró á decir el cazador con sordo acento.

—Qué lástima es no haber podido dar con su cuerpecito!

--No, no era posible encontrarle, contestó el cazador; hay pozos en el estanque que habrán tragado su cuerpo.

Y queriendo cortar esta conversacion, añadió el cazador:

—Conque, no sigue mejor el pariente?

—Qué quereis? señor Huron, la muerte de la pobrecita, la venta judicial... todo esto desespera á mi marido; y como no sabemos lo que será de nosotros!..

Enjugóse la pobre mujer las lágrimas que habia tenido valor para contener delante de maese Chervin.

—Sí, os venden lo que teneis por no poder pagar el arrendamiento, asi es de justicia; dijo el cazador con amarga sonrisa: os ireis á morir de miseria en algun rincon, despues de cuarenta años de probidad!.. asi es de justicia!

—Sí, señor: no hay duda que el señor conde está en su derecho...

—Que si está en su derecho!.. yo lo creo... el arrendamiento os abruma... La zahurda en que estais enterrados es tan malsana, que habeis cogido calenturas incurables... Los años, las desgracias, los achaques os han enervado... Conque ahora, fuera canalla:

se os vende hasta la camisa... Afortunadamente teneis la piel pegada al cuerpo, que si no, tambien os la embargarian... Mas, qué remedio tiene? Vuestro amo y señor está en su derecho.

—Ay... sí.

—Ni cómo afear tal accion al señor conde Duriveau?....

—Ay! no!

—Ay! sí! Ay! no! esclamó el cazador prorumpiendo en una carcajada sardónica... Hé ahí su respuesta: los desuellan vivos: y qué remedio tiene? El carnicero está en su derecho; la prueba es que nos arranca la piel!

—Asi es, señor Huron!

—Oh! el conde es un hombre escelente, y su hijo un jóven amabilísimo. Yo los quiero en el alma... Pero basta de esto. No conviene que el pobre señor Chervin se apoltrone en la cama... que se levante, que ande, que cobre fuerzas... la venta no está hecha, y de aqui á mañana... Dios dirá!

—Pero cómo quereis que el infeliz se levante y tome fnerza, señor Huron? No come nada, porque el cuajo le repugna.

—Es particular, repuso Huron en el mismo tono sarcástico, porque hace sesenta años que no come mas que eso amasado con centeno y agua de pozo!

—No, pues no será porque la eche de delicado, señor Huron; pero...

—Calla, pobre oveja! dijo el cazador con un tono singular de feroz ironía y enternecimiento: me harias ser cruel con los lobos.

Metióse la mano en uno de sus profundos bolsillos y sacó un faisan magnífico que aun tenia rodeado al pescuezo el hilo de laton con que habia sido cogido.

—Aqui tienes un ave de dos años; ponla á hervir en un perol por espacio de tres ó cuatro horas, con un puñado de sal y un manojo de tomillo de las selvas: será para tu marido el caldo mejor que pueda darse á un enfermo, y cobrará fuerzas.

—Válgame Dios! todavía cogeis caza, señor Huron? esclamó la arrendadora asustada, sujetando maquinalmente por la cabeza al faisan. Y los guardas? y los gendarmes? ved que han jurado haceros tajadas si os atrapan. Escondeos!

—Asi que beba el caldo de faisan, que es sano y ligero, continuó el cazador sin hacer caso del temor de la arrendadora, vereis cómo va á mejor: su enfermedad es tambien de necesidad.

—Pero, señor Huron... este faisan es del señor conde... es de sus bosques... y hacemos mal...

—Tranquilízate, Dios crió la caza para todo el mundo... Tu amo y señor tiene mas de lo que puede comerse, como que ya les repugna á los criados... á los criados de los criados... y hasta á los perros...

—Pero... si...

—Cuando te digo que hasta los perros están hartos!. tómalo, esclamó el cazador: despues del caldo, que se coma el enfermo una de estas tencas asadas en las brasas... es alimento ligero, nutritivo y apetitoso.

El cazador sacó de debajo del vestido dos soberbias tencas redondas, gordas y de un pie de largas, sujetas por medio de un junco atravesado por las agallas; no necesitó mas el cazador que colgarlas del puño de la arrendadora, donde quedaron pendientes junto al faisan que la pobre mujer tenia maquinalmente.

—Virgen santa! esclamó esta; tampoco perdonais á los pescados, á pesar de gendarmes y de todo el mundo?

A este tiempo, á favor de su fino y ejercitado oido, advirtió el cazador á lo lejos un ruido de pasos, perceptible no mas para quien tenia los sutiles sentidos de un salvaje.

—Sin duda es Martin; déjanos.

Y hablando asi, empujó suavemente el cazador á la arrendadora, y en breve quedó solo á corta distancia de las ruinas del horno.

Por un corto espacio anduvo Huron con ademan

sombrío, meditabundo, ya aplicando el oido á los pasos de Martin, que se accrcaban, ya clavando una mirada penetrante en la márgen opuesta de la laguna desde donde poco antes solo se oia el rumor lejano y progresivo de una considerable caida de aguas.

Apareció Martin entre las ruinas del horno, y divisando al cazador que venia á su encuentro, apretó el paso, y estrechándole en sus brazos, dijo con acento dolorido:

—Perdon, Claudio, perdon!...

--Por qué, hijo mio? preguntó el cazador con un acento que revelaba paternal cariño.

--Ay! cuando hace tres dias penetrásteis en el parque y os arrimasteis al castillo... para verme... para comunicarme...

No, prosiguió Martin... y se estremeció, prosiguiendo con alterada voz:

--Para comunicarme el fatal acontecimiento que por vuestra carta del siguiente dia...

Volvió á enmudecer Martin, sin poder acabar, porque las lágrimas le sofocaban.

--Valor, hijo mio! le dijo el cazador... Valor!... Tocante al suceso de la otra noche, no le recordemos mas... Me viste levantarme amenazador en el momento en que Duriveau hacia cínico alarde de sus execrables principios... temiste por la vida de ese hombre y te arrojaste sobre mí... salió por casualidad el tiro del arma que yo llevaba... y fué causa de todo el tumulto...

--Sois indulgente, Claudio: pero nunca me perdonaré haberos podido creer capaz de un asesinato..... á vos!

--Juro ante Dios que nos escucha, hijo mio, dijo el cazador con voz solemne. que arrebatado por la mas legítima indignacion, solamente queria, en presencia de todos los convidados de Duriveau, darle el postrero y terrible aviso; gritarle: Arrepiéntete, aun tienes tiempo; si no...

--Necesitais jurarlo por ventura? esclamó Martin interrumpiendo al cazador: vos asesino, Claudio!

--Llegará un dia en que sea juez y vengador á un tiempo, dijo el cazador con sordo acento; usaré de un derecho terrible... mas asesino! jamás.

--Lo sé, Claudio, contestó Martin conmovido: oh! os repito que fue preciso que me asaltára un vértigo para concebir temores semejantes; mas la violencia de las palabras del conde, vuestros justos motivos de odio...

--Luego hablaremos del conde, dijo el cazador: y tu madre?--Aun no he podido verla, replicó Martin con doloroso abatimiento; temí que sintiera una impresion demasiado viva. Por la persona á cuya casa fue trasladada anteayer, supe esta mañana que al menos no habia empeorado mi pobre madre.

Suspiró el cazador profundamente, y bajó la cabeza. Martin, tan abatido como él no echó de ver una lágrima que corriendo por la mejilla fue á perderse en la barba gris.

Dominando su conmocion, pudo proseguir Martin despues de una pausa.

—Y Carrasca? Y mi pobre hermana?

—Ya te escribí que no corria peligro alguno... solo que está muy débil... Mañana la podrás ver.

— Pobre niña! dijo Martin con amargura. La primera noticia que de su existencia tuve, ha venido acompañada de la lamentable historia de las desgracias que tan en flor la marchitaron. Mas no me engañais, Claudio? La veré mañana? No corre peligro?

—No: su juventud la ha sostenido contra tantos golpes... contra tantas sensaciones. Repito que su salud es buena, tan fijo como que yo saqué del agua á la pobrecita.

—Sí, Claudio, sí; es otra deuda... tenemos ya tantas!... siempre os hallo en mi camino como un genio tutelar, dijo Martin enternecido, alargando ambas manos al cazador, quien se las apretó fuertemente: mas en la carta escrita de prisa no me deciais cómo pudisteis salvar á mi hermana de una muerte casi segura.

—Oculto en la selva, presencié la horrible escena

del hallazgo del niño.... Al oir anunciar al gendarme que iba á la granja á prender á la Carrasca, pensé poder ganarle la delantera. Conocia yo veredas mas cortas que el camino ordinario, y me proponia ,cuando estuviera cerca de la granja, hacer una seña harto conocida de tu hermana; y así que saliera avisarla: por desgracia, se dieron tanta prisa los gendarmes, que la Carrasca no oyó mi seña. En vista de haber llegado demasiado tarde, me agazapé entre las cañas de aquel foso, separado del pantano, como ves, por una compuerta.... Dios me inspiraba....

—Y luego.....

—A la luz de la luna... vi á la desdichada echarse al agua.—Conocí desde luego que podia salvarla, y corrí la compuerta, por cuyo medio, precipitando el agua en el foso, se estableció una corriente que arrastró hácia mí á tu desventurada hermana, luchando con la muerte: así la con una mano por el vestido, con la otra volví á levantar la compuerta, y bajó el agua del foso que ya me llegaba á la cintura. Cargado con tu hermana seguí andando por la hondura; y cuando pude salir sin riesgo de ser visto, me interné en la selva hácia una de mis guaridas.—Lo demás ya lo sabes...

—Y en el interin buscaban en valde el cuerpo de la infeliz arrastrada al suicidio por una acusacion infame... dijo Martin sin poder contener sus lágrimas.

—Miserable! ella infanticida! exclamó el cazador, cuando la pobrecita, dominada por un sentimiento irresistible de vergüenza y de terror, habia logrado ocultar el nacimiento de su hijo! cuando con prodigioso valor iba dos veces al dia á sustentarle á mi albergue, mas de una legua distante de la granja! viendo empero que á pesar de sus cuidados y de los mios, la inocente criatura se acababa en aquella cueva, oscura y húmeda, me ocurrió la fatal idea de llevar el niño á Vierzon, donde existia un torno en otro tiempo.

Creí no poder convencer á la pobre madre de diez y seis años, en vista de su cruel desesperacion, de sus

sollozos y de sus gemidos; mas la salvacion de su hijo la dió fuerzas. Partí y me acompañó un dia entero casi, ora amamantando al niño, ora cubriéndole de lágrimas y de besos. Cuando llegó el momento de separarse de él, pensé que no lo recabaría... ¡Resignóse, no obstante, y aun no me habia alejado veinte pasos, cuando me volvió á alcanzar otra vez: «la última!» me decia sofocada por los sollozos, para estampar nuevos besos y exhalar sentidas quejas. Caia exánime en el camino... echaba yo á andar, y á poco oia detrás pasos precipitados... Era ella. «Otra vez, querido Claudio, ahora si que es la última!» Yo, que nunca lloro, sentia mis ojos arrasados de lágrimas... Dió por fin vuelta á la granja por no inspirar sospechas, y yo llegué á Vierzon. Habian suprimido el torno por economía: como yo vivia en los bosques, ignoraba tan honrado cálculo.

—Por economía? dijo Martin mirando al cazador como si no comprendiera sus palabras.

—Sí, por economía, repitió Huron prorumpiendo en una carcajada feroz: mas no, qué digo? han suprimido este postrer asilo abierto por un verdadero sacerdote cristiano á la miseria, á la vergüenza de las jóvenes seducidas; lo han cerrado por lógica, porque sabian que era el medio mas seguro de condenar á una muerte infalible á la mayor parte de los niños que habrian recibido los cuidados maternales en tan humilde albergue. «Mas para qué han de vivir las criaturas nacidas en desgracia? dirian aquellos prudentes calculadores... ¿No hay ya demasiado pueblo? ¿No hay de sobra convidados que se apiñan al banquete de la vida?» ¿cómo afirmaba la otra noche Duriveau, citando las execrables máximas de sus evangelistas? Pues cerremos los tornos, dirian para sí los infanticidas, habrá menos populacho: y con efecto, el hijo de tu hermana ya no les estorbará.

—Qué horror, Claudio! dijo Martin, cubriéndose el rostro con las manos, piedad, piedad!...

—Razon tienes: no es cuestion de ironia, sino de odio! esclamó el cazador: sí, vergüenza y execra-

cion sobre ese mundo donde no se bendice la venida de una criatura de Dios como un don divino, y no se la acoje con tanto reconocimiento como solicitud!... sí, anatema sobre ese mundo, donde al que nace pobre y abandonado se le mira como una carga funesta, peligrosa para la sociedad, por ser su porvenir casi seguro la miseria, la ignorancia, la desgracia y acaso el crímen!... Anatema sobre ese mundo que casi me priva del derecho de afligirme por la muerte del hijo de tu hermana... tan horrible es la suerte deparada á sus iguales! Sin embargo, añadió el cazador dominado por involuntario enternecimiento: si vieras lo que es ver palidecer poco á poco, estinguirse y espirar á una pobre criatura inocente! Oh! no, no podria esplicarte lo que sufrí aquella noche, en que despues de haber llamado en valde al asilo donde pensaba depositar al hijo de tu hermana, intenté en vano volvérmelo á traer. Ay! aunque muy acabado por la enfermedad y la fatiga, habria vivido, si al llegar se le prodigaran los cuidados que su debilidad exigia... mas nada... nada... á hora tan avanzada de la noche!... de una noche lluviosa y fria... ni una sola casa estaba abierta... sentia yo como los miembros del niño se iban envarando... helándose; quise calentarlos con mi aliento... mas se estremeció convulsivamente, arrancó un vagido dulce y quejumbroso, sonrióse como si viera á los ángeles... y murió.

Despues de una pausa que no tuvo Martin valor para interrumpir, prosiguió el cazador con voz mas firme:

—Creí un deber piadoso restituir á tu hermana su hijo... Para una madre algo es poder orar y llorar sobre la tumba del pedazo de sus entrañas.. Con tan triste carga regresé á mi guarida. Aquel mismo dia, una casualidad funesta fué orígen de que se descubriera mi retiro, antes de prevenir yo á la Carrasca, quien á un tiempo mismo supo la muerte de su hijo y la acusacion que sobre ella pesaba... Tantos golpes la trastornaron y quiso morir.

Ya sabes los padecimientos de la víctima: mañana

sabrás la violenta é infame sorpresa en que sucumbió tu hermana... un dia... solo un dia, casta siempre, aunque deshonrada... Esta relacion terrible, que la vergüenza y el temor ahogaron, y que á mí solo me ha hecho moribunda de confusion, mañana la escucharás de los lábios de tu hermana, toda vez que tú eres su vengador natural, y que la hora ha sonado...

—Qué hora, Claudio?

—La hora de un grande escarmiento, contestó el cazador con voz solemne.

Martin esclamó de pronto:

—Claudio, no oís galope de caballos?

—Hace rato que le estoy oyendo... tengo el oido mas ejercitado que tú...

—Y qué es eso? preguntó Martin con inquietud.

—Los gendarmes que me buscan, contestó Claudio con frialdad: vienen á prenderme...



CAPITULO IX.

El juez.

Tan indiferente aparecia el cazador ante el peligro que le amenazaba, que no pudo menos de esclamar Martin lleno de estupor.

—Vienen á prenderos, y os estais quieto, Claudio.

Sin contestarle Huron, asió á Martin del brazo, sacóle de las ruinas del horno, en donde estaban ambos guarecidos, hízole andar algunos pasos, y á lo lejos, al otro lado de las aguas, enseñóle á favor de la luna un grupo de gendarmes que á galope venian derechos á la granja.

—Los gendarmes! esclamó Martin, huid, Claudio, huid!

--Tengo cosas muy graves que decirte.

--Pero antes de diez minutos llegarán esos soldados...

Huron hizo un movimiento negativo.

--Quién ha de detenerlos? preguntó Martin.

--La esclusa... Escucha...

Aplicó el oido Martin, y oyó en efecto en medio

del profundo silencio de la noche el lejano bramido de las aguas.

--Habeis levantado la compuerta, Claudio?

--Sí... una hora hace... Cuando al venir los divisé á lo lejos... conocí que no podian encaminarse á otra parte, y que aqui no podian buscar á nadie mas que á mí...

--De ese modo en efecto, el arrecife se habrá inundado y los ginetes tendrán que volverse.

--Y una vez metidos entre los pantanos y hornagueras, han de tardar una hora para llegar aquí, con cuyo tiempo me sobra para burlarlos: oyeme pues.

--Ya atiendo, Claudio.

--Pocos meses hace que descubrí el secreto de tu nacimiento... estabas en pais estrangero; te lo escribí, y volviste á Francia... Entonces te conté la conducta atroz de Duriveau con tu madre, quien se volvió loca de desesperacion, cuando el miserable, siendo tú aun niño, te robò de sus brazos para abandonarte despues a la mas miserable vida... Tambien te dije como despues de herirme implacablemente en el corazon cuando ningun daño le habia hecho, Duriveau, mi genio maléfico, me ultrajó por segunda vez en mi honor...

—Sé todas esas infamias inauditas, Claudio.

—Te dije, en fin, como por confesion suya, tuve legítima, legalmente en mis manos, la vida de ese hombre, que pálido y resignado aguardaba la muerte: mas fiado en una promesa solemnemente jurada, de que debia burlarse en breve, le dejé vivir.

Estas palabras causaron á Martin un enternecimiento, una admiracion indecible...

—Oh! amigo mio, esclamó; en esa ocasion como en todas se mostró vuestra alma grande y generosa! Jamás olvidaré lo que en uno de nuestros últimos encuentros me digisteis, despues de una larga separacion, sin advertirme, empero, que erais vos el protagonista: "Oye, hijo mio, un rasgo que encierra una „buena leccion. Un hombre oscuro y pobre fue ultra„jado indignamente por otro hombre rico y poderoso. „Era uno de esos ultrajes sangrientos que la ley au-

„toriza á castigar con la muerte. El pobre estaba ar-„mado y dijo al rico: Vais á morir.—Mi vida es vues-„tra, dijo el otro, disponed de ella.—Pues atended, „repuso con gravedad el pobre: habeis sido malo has-„ta aqui... Sed desde hoy bueno, sed humano... Au-„siliad á los hermanos vuestros que padecen; juràd-„melo, y vivireis; mas ved que vuestro ultraje me ha „hecho la existencia odiosa para siempre, y si fuerais „perjuro, á pesar de tan solemne promesa, tarde ó „temprano iré á arrancaros esa vida que os concedo „para que hagais buen uso de ella: y dormirán en la „misma fosa el juez y el reo.... El rico juró.

—Oh! continúa, dijo el cazador interrumpiendo á Martin con profunda y amarga ironía: recalca bien mi necia y culpable confianza. Sí, porque fui el mas cándido, el mas criminal de los hombres...

—No hablareis asi, Claudio, cuando sepais que vuestro ejemplo me sirvió, como deseábais de generosa leccion....

—No te comprendo...

—Despues... he podido yo tambien, no dejar noblemente la vida á quien me habia ultrajado; pero sí librar de una muerte segura á un hombre poderoso... muy poderoso, y decirle, recordando vuestro sublime ejemplo:

«La vida que os he salvado, consagradla al bien: „grande es vuestro poder; empleadle en socorrer á los „hermanos vuestros que padecen!„

—Y ese tambien fué perjuro?

—No, Claudio, no lo fué; contestó Martin conmovido: hasta ahora ha cumplido lealmente su palabra. Ved, pues, si tenia razon para deciros que tambien esta vez habiais mostrado la admirable y fecunda generosidad de vuestro gran corazon.

—Pues yo te repito que fuí chasqueado y criminal, esclamó el cazador con feroz exaltacion: sí, criminal, porque dejé vivir á un miserable que, á pesar de su juramento, hizo derramar torrentes de lágrimas y causó males horribles... á un miserable que, gloriándose de sus vicios, los ha perpetuado en su raza...

Oh ! no debí tolerar que viviera semejante hombre... no debí! y sin embargo, sacrificando mis resentimientos personales, hice cuanto estuvo de mi parte para atraerle al arrepentimiento, recordando la fé jurada... En vano pretendí enternecerle, inspirarle la conviccion del daño que hacia, del bien que podia hacer; en vano quise ilustrarle sobre la causa de las decepciones que le alejáran del buen camino; pues en un principio la zumba y el insulto, despues el silencio, fué el resultado de mis exhortaciones, de mis súplicas, de mis amenazas... Ya le oiste la otra noche!..

—Oh! jamás he visto hacer alarde de un odio mas cínico, mas feroz, contra cuanto inspira respeto y compasion, contestó Martin con ademan sombrío.

--Sí, era el mas insolente, el mas arrogante desafío que es posible declarar á la humanidad, y eso que no le han faltado los avisos. A tí que tienes cuentas terribles que pedir á ese hombre, te he dicho todo, y he añadido:

«Esto se prolonga demasiado: siento agotada mi clemencia, ha sonado la hora del juicio.» Pero tú me has respondido: «Paciencia, Claudio; tengo esperanzas de entrar en casa del conde... paciencia!...» Ya estás en casa del conde, conoces los execrables principios que profesa, el daño que ha hecho... Su hijo... su digno hijo ha sido el verdugo de tu hermana... Me dirás todavía: Paciencia!

Y como Martin mirára al cazador con indefinible espresion de dolor y de angustia, esclamó Claudio:

--No contestas? apruebas mi conducta ó la condenas? No dices como yo que es llegada la hora? Por ventura, no es ese hombre sin corazon el azote de este pais desdichado, debiendo ser su bienhechor, su Providencia, como me jurára solemnemente en un momento supremo al borde de la tumba? No es ese millonario dueño absoluto de este territorio inmenso que conquistó su padre con el dolo y con la usura, como en otros tiempos se conquistaba con la

lanza y con la espada? Y qué es lo que abunda en tan vastos dominios, fruto de infames estafas, santificadas por la posesion y que se transmitirán por herencia? Míseras criaturas embrutecidas por la ignorancia, diezmadas por la fatiga, por el hambre, por las enfermedades de los terratenientes abrumados por arriendos tan onerosos, que de esos campos regados con su sudor desde el alba hasta la noche, el provecho es para el conde: para ellos el trabajo, los incesantes cuidados, la miseria y la ruina!... para él la calma, el ócio, los placeres, la riqueza! Y aun hay mas: un hijo indigno, imágen viva de tan indigno padre, heredará esos bienes adquiridos por medio del fraude, y perpetuará sus vicios... Despues este hijo tendrá otro que se le parezca.

De esta suerte, la cuarta parte de una provincia de Francia se verá condenada á todos los males, por haber tenido la desdicha de vivir bajo la dinastia de los Duriveau, dinastía depravada, impuesta por un bribon afortunado. Y luego dirán que está abolido el feudalismo, que está obolida la servidumbre! Mentira, esclamó el cazador, soltando una carcajada amarga y dirigiéndose á Martin con resueltos y feroces ademanes; y puesto que aun no está próxima la época de la fraternidad humana, se necesita, por el pronto, un ejemplo terrible, provechoso, que espante á los malos y haga perseverar á los corazones generosos en el buen camino.

En silencio escuchára Martin estas imprecaciones arrancadas por un resentimiento llevado al último grado de exaltacion.

Varias veces cubriósele de rubor la frente y brillaron sus ojos, cual si le repugnase la resolucion horrible de su amigo.

Al poco rato, dijo Martin á Claudio, con voz afectuosa y triste:

—Claudio, habeis padecido mucho y por espacio de largos años. Vuestros pesares, exacerbados por la soledad y por la vida salvaje á que os relegásteis desde que....

—Basta, interrumpió el cazador con sordo acento. La herida sigue sangrando.

—Sí, sangra, y veo que está cruelmente envenenada: por tanto callaré, Claudio; no os recordaré los mas agudos dolores que es dado á un hombre padecer, sobre todo si el hombre tiene vuestro corazon; empero las penas mas acerbas, los resentimientos mas legítimos no harán nunca de un mortal como vos, un hombre de violencia y asesinato.

El cazador miró á Martin, asombrado.

—No, por implacable que aparezca el conde, por perjuro que se muestre á su palabra, aunque os hayais portado con tan admirable generosidad con él, y á pesar de vuestros legítimos resentimientos, no teneis derecho, Claudio, para disponer de la vida que le dejásteis. Ese derecho pertenece á Dios.

—Seré instrumento de Dios! dijo el cazador con tono feroz.

—No, no teneis tal derecho, y en breve convendreis conmigo, contestó Martin con dulzura y autoridad, porque la soledad no ha podido estinguir en vos aquella brillante y noble inteligencia, aquel juicio tan exacto, tan elevado, que nadie sospechó cuando desempeñabais el oscuro y venerable destino de maestro de escuela de un lugar, destino que trocásteis por una vida errante y solitaria... Claudio, amigo mio! añadió Martin estrechando con ternura una de las manos del cazador; si en las raras vicisitudes de mi vida he estado al borde de terribles abismos, sin caer en ellos despues de haberos conocido, á vos lo debo... á aquellas indelebles impresiones que en mi corazon dejaron vuestros paternales consejos... cuando tuvisteis lástima de mí, pobre niño abandonado como tantas criaturas de Dios, menos cuidadas que animales... Pues por lo mismo, Claudio, que os debo la vida del corazon y de la inteligencia, no quiero asociarme á vuestros proyectos, y al contrario, os haré tomar parte en los mios...

—Tus proyectos?

Clavó el cazador en Martin una mirada penetrante preguntándole:

¿Qué proyectos?

—Me propongo el mismo fin que vos, Claudio; solo diferimos en los medios.

—Necesito un ejemplar.

--Haremos un ejemplar, dijo Martin con voz solemne; un ejemplar grande.

--Terrible?

—Provechoso... como vos deciais.

—Para la raza á quien quiero castigar, no hay leccion que valga sin espanto...

--Tal vez...

--No... el terror... el santo terror!...

--Qué objeto os proponeis, Claudio? Alentar á los buenos para que sigan por el camino derecho; impedir que los malos perseveren en el torcido...

--Y castigar á los malos por los daños que han causado, á fin de que el castigo aterre á sus iguales.

--Y si los malos se hacen tan buenos como perversos fueron, Claudio? Si se hacen tan humanos como crueles eran?

—Buenos! humanos! repitió Claudio admirado, eso no reza con el conde Duriveau *tu padre*.

El cazador pronunció estas últimas palabras con ironia cruel.

—Pues reza con el conde Duriveau, mi padre....

—Y con el vizconde *tu hermano*.

—Con el vizconde mi hermano.

—Adios.... la librea te ha contaminado: la domesticidad es la esclavitud, y la esclavitud te ha corrompido....

El cazador hizo ademan de alejarse; pero Martin le detuvo, diciendo con voz triste y conmovida:

—Severo sois conmigo, Claudio.

—Porque eres cobarde, porque abandonas la buena causa; porque desconozco tu prístino vigor y energia: ahora querrás sin duda hacerme un panegírico de las virtudes del conde tu padre y de la ingénua dulzura del vizconde tu hermano?...

—No conozco nada mas egoista, mas duro, mas avaro, mas monstruosamente orgulloso que el conde Duriveau, dijo Martin con voz severa y lacónica.

El cazador le miró sorprendido.

—No conozco alma mas cerrada que la suya á todo lo que sea conmiseracion, ternura y caridad; no conozco un hombre que haga alarde de un desprecio mas cínico, mas inexorable y mas sentido hácia aquellos de sus hermanos que padecen y se resignan. Como yo, le oísteis la otra noche.—Aunque conocia al conde, jamás le hubiera creido capaz de hacer tan pública ostentacion de sus execrables máximas.

—Y tenias miedo?... temblabas bajo tu librea?

--Sí, tuve miedo, temblé, Claudio, contestó Martin con dulzura; tuve miedo de comprometer los intereses sagrados que me obligan á representar el papel que estoy representando al lado del conde. Mas ved si le juzgo con la severidad que vos... y ese hombre es doblemente culpable, porque hubiera podido convertir sus inmensas posesiones en tierra de promision, y ha hecho de ellas un valle de lágrimas y miserias.

—Siendo asi, qué quieres? qué aguardas? No te comprendo, esclamó el cazador con feroz impaciencia... El hijo es digno del padre.

—Educado en tal escuela, qué tiene de estraño, Claudio, que sea Escipion lo que és? No, añadió Martin con acento de dolor y de profunda conmiseracion: no hay egemplo de depravacion mas precóz, mas profunda, mas horrible que la de ese desdichado jóven que juega fria y desdeñosamente con los vicios mas atroces... cómo se fastidiaria un adolescente con los juegos de la infancia!... y cuenta veinte años escasos!!!

—Segun eso, tratas como yo de escarmentar á los malos con el terror de un gran castigo?

—Con el terror? no, en eso diferimos, Claudio.

—Que así hables despues de trazar con colores tan negros los retratos de esos dos hombres! Ah! no tienes sangre en las venas, ni ódio en el corazon...

—Odio? no, Claudio, en mi infancia borrasteis el ódio de mi corazon con el ejemplo de vuestra resignacion angelical, de vuestra serenidad inefable enmedio de vuestra cruel pobreza, de vuestras penas y de las persecuciones de que érais objeto.

—Pasó ya el tiempo de la resignacion, contestó el cazador con aspereza: ni se trata ya de mis resentimientos personales, ni solamente quiero vengar mi ultraje. Pero si ese hombre no te inspira ódio ni horror, qué es lo que sientes?

—Lástima, Claudio.

—Lástima! esclamó el cazador riendo con ironia salvaje: lástima!

—Sí, Claudio, siento la profunda, la dolorosa conmiseracion que en la infancia me infundisteis hácia los achaques... hácia las deformidades físicas...

--Monstruosidades serian en tal caso... mas es falsa la comparacion; se trata de monstruosidades morales; y compadecer lo que es indigno de interés es dar muestra de criminal tolerancia.

—Pues yo os aseguro, Claudio, que un desdichado niño que educado en una atmósfera viciada, se marchita y se corrompe, merece compasion; sí, una conmiseracion sincera, y seria barbarie y locura llamar crímen á la enfermedad que le mata...

—Hablas de tu hermano? Interesante jóven en efecto! y de tu padre? respetable personaje!

—Como su hijo, fué educado en un centro corrompido: tuvo no obstante hácia el bien generosas aspiraciones... pasajeras sin duda, pero totalmente desconocidas para su hijo...

—Basta: interrumpió el cazador; el tiempo urge: que resuelves?

—Voy á deciroslo: aceptad mi comparacion, Claudio. Supongamos un ser atacado de una enfermedad terrible, contagiosa, que ha mamado con la leche... Aparece un hombre y dice: "Muera este miserable... El espectáculo de su suplicio hará en los inficionados del mismo mal una revolucion tan terrible y tan sa-

ludable á la par, que temerosos de igual suerte, la reaccion del espanto los curará.»

—Bien, ese medio se emplea con los locos rematados, y á veces con fruto... Se coje á uno de ellos, y en presencia de todos los demás, se le castiga de un modo terrible: el espanto hace brotar entonces un chispazo de razon de su cerebro estúpido, y entran en órden: mas aquí se trata de un hombre que tiene su razon sana, y que la aplica á lo malo con execrable intelijencia.

Cuando pronunciaba el cazador estas palabras, proyectóse sobre la orilla del estanque, iluminada á la sazon por la luna, la sombra movediza de dos personas, que encorvadas se encaminaban hácia las ruinas del horno.

Martin y Huron, muy entretenidos, no hicieron alto en este incidente, y continuaron su conversacion.



CAPITULO X.

La sorpresa.

Prosiguió Martin dirigiéndose al cazador, cuya exaltacion iba en aumento:

—No, Claudio, no creo en la omnipotencia de los medios terribles... La humanidad los reprueba...

—La gangrena se cura con el cauterio: tu padre y tu hermano están podridos hasta el tuétano.

Despues de una pausa, continuó Martin:

—Permitidme, Claudio, que os cite un hecho singular, casi maravilloso, de que fui testigo, y que os esplicará mi pensamiento; era entonces mi maestro un médico ilustre, sábio, célebre y profundo pensador. Llamado un dia á la cabecera de un enfermo rico, encontró un hombre moribundo, estenuado por el esceso de todos los placeres: la sangre empobrecida, viciada en su esencia, circulaba lentamente por las venas casi exhaustas, no ya como gérmen de vida, sino como fluido de muerte. Los primeros doctores habian abandonado al infeliz, pronosticando una muerte cercana. El sábio, el pensador profundo recor-

dó entonces aquellas historias misteriosas y terribles que hablan de sangre jóven y generosa, atrasvesada á la agitada vena de algunos viejos, estenuados por lo escesos.

—No decía yo que se necesitaba sangre! esclamó el cazador con acento feroz de triunfo.

—Nó, Claudio, no se necesitó sangre; mas este mentiroso cuento sugirió al sábio una idea admirable. Las paredes de la opulenta alcoba estaban cubiertas de telas de oro y seda, empapadas en funestos perfumes y cerrando la entrada á la luz y al aire. Dispuso el sábio que se quitaran las colgaduras para que el sol benéfico penetrára por todos lados, adornando el aposento con verde ramaje, reciente despojo de árboles resinosos y balsámicos, que exhalaban en abundancia los gases purificados del aire; asi mismo mandó que nodrizas jóvenes, sanas y robustas alternaran para brindar al moribundo con el néctar de su fecundo seno. ¡Oh prodigio! apenas los secos lábios se humedecieron con aquella leche regeneradora, apenas aspiró el aire vivífico y saludable exhalado por las frescas ramas que coronaban su lecho, pareció que el enfermo resucitaba! se renovó, regeneróse la sangre corrompida: se salvó y vive... vive... sin que su resureccion haya costado lágrimas ni sangre... Leche pura y nutritiva, frescas ramas de árboles verdes, los rayos benéficos del sol: tales fueron los instrumentos de aquella cura maravillosa (1), Claudio, y otro tanto sucederá con esos dos infelices que tanta compasion me inspiran: el desden, el orgullo, la dureza llenan su corazon: viciados están su espíritu y su alma. Pero yo me propongo regenerar esos corazones gangre-

---

(1) Acaso se disculpe el orgullo filial del que escribe estas líneas; se dice que la referida cura fué debida á su padre, el difunto doctor Süe. Agradecido el enfermo quiso levantar un monumento que eternizára el recuerdo de su *resurreccion*, como él decia. Este monumento estaba coro-

ñados, salvarlos, sacándolos de su corrompida atmósfera, trasladándolos á un centro de ideas sanas y puras, donde sientan el calor vivificante de los pensamientos generosos: quiero, en fin, dar á esas almas enfermas un alimento dulce, saludable, vigoroso, como la leche maternal. Ahora bien, decidme, Claudio, ¿no será un grande ejemplar ver á esos infelices recobrar la vida del alma, los nobles sentimientos que antes insultaban? Y esta transformacion de malos en hombres de bien ¿no será una leccion mas fecunda que el ejemplo terrible, aunque estéril, que vos proyectais?

--Déjame... déjame, me harias tan débil, tan cobarde como tú! saltó el cazador; pues qué! no ha de haber castigo para ese hombre que ha hecho tanto daño á sus semejantes? No, no, quiero vengarme.

—Tranquilizaos, Claudio; os vengareis, será castigado.

--Por quién?

—Por el recuerdo incesante del mal que causó?...

—Remordimientos! él!

--Remordimientos... sí... Cuando sea lo que yo me propongo... Harto os vengarán sus remordimientos, creedme, Claudio.

--Pero olvidas que Duriveau estaba ligado por un juramento solemne, y que ha respondido con el desprecio á todas mis tentativas de promover esa regeneracion de que hablas?

--Su carácter de hierro se revelaba contra la idea de ceder á la fuerza.

--Y el juramento?

--Lo holló indignamente, Claudio; lo sé, mas no por eso desespero...

---

nado por un grupo de hasta veinte figuras, cuyo boceto puede verse en el rico Museo de anatomía, historia natural, geología, etc., que el doctor Süe legó á la escuela real de bellas artes de París, coleccion rara comenzada por el abuelo del difunto doctor Süe.

—Te anima sin duda la fé que trasplanta la montaña, gran taumaturgo? dijo el cazador con amarga ironía.

—Tengo fé en mí, Claudio, porque estoy en una posicion especial respecto del conde... Soy su hijo, y cuando lo sepa...

—Tendrá nuevos motivos para perseverar en el mal; si por orgullo no queria ceder á la fuerza, menos cederá á su hijo... á un bastardo... como él dirá. Le conozco bastante... con que... basta, aliméntate de ilusiones, yo quiero hacer un terrible escarmiento... y le haré.

—Amigo mio, esclamó Martin, es demasiado legítima, demasiado santa, demasiado bella vuestra causa para mancharla con la violencia: además, por mas que digais, yo creo QUE SE ACERCA LA EPOCA; sí, los pueblos alimentan esperanzas vagas. Acabo de recorrer la Europa entera, y en todas partes se observa un trabajo sordo, profundo, contínuo, misterioso; á estas fechas las clases desheredadas hasta el dia conciben la posibilidad de la emancipacion universal; nosotros estamos presenciando el lento y laborioso fenómeno del alumbramiento. Mas la emancipacion nacerá en su dia y en su hora, amigo mio, y su aparicion radiante será saludada por las fraternales aclamaciones de todos los que están padeciendo.

A pesar de su resolucion salvaje, no pudo el cazador disimular la sensacion que le causaba el discurso de Martin, discurso dulce, penetrante, lleno de fé en mi próximo porvenir mejor.

—Tal vez tenga razon, murmuraba Claudio, la violencia es mala consegera.

Disponer de la vida de un hombre, por malo que sea, es cosa muy grave! Si me cegára el ódio, si á pesar de las razones que me asisten, obrára movido de personal pasion..! quién sabe! Y en realidad, es horrible constituirse en juez y verdugo, por grande que sea el crímen.

Empero, desoyendo el cazador estas generosas reflexiones, tornó á esclamar:

No, no, es una cobarde flaqueza; y tú que me predicas conmiseracion, esclamó dirigiéndose á Martin con cruel ironía, desde lo alto de esas regiones de clemencia y de esperanza en que te descarrìas, ¿no ves á tu madre loca? no ves á tu hermana deshonrada, obligada á pasar por muerta ó presentarse ante un tribunal? Desde lo alto de ese empíreo, de donde distingues las señales de una emancipacion inmediata, ¿no ves junto á las afligidas caras de tu madre y de tu hermana, las figuras insolentes, implacables del conde y de su hijo, pisoteando á sus vìctimas?

—Sí... Claudio... contemplo los tristes y dulces rostros de mi madre y de mi hermana... Claudio, sí, durante nuestra larga conferencia, he tenido sin cesar delante de los ojos esas figuras queridas...

—Aun, cuando hablabas de despertar en el conde Duriveau y en su hijo sentimientos generosos? esclamó el cazador.

—Entonces, mas que nunca, amigo mio, porque cuento con mi madre y con mi hermana para que me ayuden á hacer al conde y á su hijo dignos... de estrecharnos la mano algun dia.

—Tu deliras, esclamó el cazador atónito: tu madre... tu madre está!...

—Está loca, dijo Martin con voz dulce y firme: restituiré la razon á mi madre...

—Y el honor á tu hermana?

---Tambien...

Hablaba Martin con un acento, con una autoridad de corazon tan profunda, tan imponente, que por un momento participó el cazador de sus esperanzas; mas desechando tal flaqueza, repuso:

---Te estás mofando; adios.

---Claudio, se apresuró á esclamar Martin en tono de dolorosa reconvencion: estoy hablando de mi madre, privada de razon, de mi hermana deshonrada, y decís que me mofo?

—Perdóname, replicó el cazador alargando la mano á Martin, perdóname: no te burlas, no, corazon generoso, pero te alucinas. Conseguir los fines que te

propones, raya en lo imposible; tu ilusion es sagrada y la respeto, pero yo...

--Una palabra no mas, Claudio: respetad mi ilusion por espacio de un mes, comenzando á contar desde este dia.

—Qué quieres decir?

—Prometedme no intentar nada contra el conde en este tiempo...

—Y luego? ¿y si en efecto estás alucinado, pobre corazon noble? ¿Si es incurable la enfermedad que piensas estirpar? ¿Qué harás si ese hombre persiste terco en sus mañas? porque, ya que admita yo tus suposiciones, ¿admitirás tú las mias?

El rostro de Martin, hasta entonces sereno, apacible y triste, revistióse de un aspecto sombrío y siniestro, replicando despues de una breve pausa:

—Teneis razon, Claudio; debo admitir tambien vuesras suposiciones... confieso que á veces se me ha ocurrido con pavor que el mal tiene fatalidades terribles.

--Y en esas horas desesperadas, dijo el cazador con satisfaccion feroz, cuál era tu proyecto?...Cuándo pensáras lo que el conde Duriveau ha hecho sufrir á tu madre... y la detestable influencia de ese hombre, á quien no hacen mella, ni la fé jurada, ni las mas poderosas instancias, debiste...

—Claudio, dijo Martin interrumpiendo al cazador con gravedad, juradme no intentar nada contra el conde Duriveau en el término de un mes... y luego...

«A ellos, gendarmes! esclamó de repente una voz sonora.»

Y mas rápido que un rayo se precipitó sobre Huron el sargento Beaucadet, pocos momentos antes emboscado en las ruinas; y cinco gendarmes que le acompañaban, cayeron sobre Martin, el cual no pensó en hacer resistencia alguna; tanto era el asombro de que estaba poseido.

No le sucedió lo mismo al cazador; quien emprendió una lucha vigorosa y obstinada contra sus adversarios, logrando estos á duras penas derribarle y ponerle las esposas.

--Ah! bien decia yo, pícara canalla, dijo Beaucadet triunfante, que tarde ó temprano caeriais en mis manos! envié caballería por el otro lado, y yo me vine á pié por los arenales.... Pues!.... y soltando la esclusa, te creistes ya seguro, gran bribon!

El cazador no contestó.

Dirigiéndose en seguida á Martin:

--Y vos tambien por acá, alhajita, vos, amigo íntimo de ese tuno de Bamboche que se hizo saludar por mis gendarmes... Eh? Si acertaba yo en decirle al conde: Maña... maña... no nos demos por entendidos de nada... Qué pronto caisteis en el garlito!

--De qué se me acusa? preguntó Martin con desden.

--De qué, galan? De haber tenido connivencia en la perpetracion del tiro disparado al señor conde tres dias há...

--Yo? saltó Martin encogiéndose de hombros, y salí herido... levemente... es verdad...

--Razon mas... farsa bien dispuesta pero que acá no cuela. Tan cierto sabiais que este pillastre de Huron estaba escondido, que quisisteis hacer retirar al señor conde de la ventana, por miedo de que le descubriera... Y tan seguro estoy de que sois su cómplice, como que por favorecer su evaporacion disteis unas señas, tan parecidas á las suyas como yo al mas feo de la provincia...

Mas ahí tenemos al señor conde y su hijo, á quienes mandé avisar... y que vienen para cerciorarse por sus propios ojos de vuestra maldad, caballerito.

En efecto, pocos instantes despues se apearon el conde y su hijo de un lijero carruaje de caza. No obstante la gravedad de la escena que entre ellos pasára, reinaba la mas cordial inteligencia entre padre é hijo, pues parecia que el conde, olvidado de sus resentimientos, habia recobrado su papel de *padre joven* respecto de Escipion.

Enterados del hecho, asaz grave por sí y presentado de la manera siguiente: que el tiro resultaba de una tentativa de asesinato contra el conde, y que uno

de sus criados, cómplice del culpable, tenia con él entrevistas nocturnas, Mr. Duriveau y su hijo, avisados por Beaucadet de la prision que proyectaba, quisieron concurrir, para enterarse por sí de la verdad.

Asi que descubrió al conde, esclamó Beaucadet:

—Victoria... cayeron los pájaros! Señor conde, vuestro criado se entregó como un cordero, debo hacerle esta justicia, pues casi alargó las manos, para que le pusieran las esposas; pero Huron se ha defendido como un perro rabioso.

Brillaba la luna en todo su esplendor, y el conde y Escipion se aproximaron al grupo de soldados, en cuyo centro estaban los presos.

--Hola! segun parece, dijo el conde á Martin con el mas duro desprecio, tenias, gran tunante, antes de entrar á mi servicio, conexiones con este miserable vagabundo que, no contento con robarme la casa, atentaba á mi vida, por lo visto... Para que yo vuelva á creer en los certificados, en los buenos informes!

--Qué cándido eres! esclamó Escipion encogiéndose de hombros. Lo mismo fuera creer en las cualidades de los caballos vendidos por un chalan... caballos y servidumbre solo con el uso se conocen...

Martin, pensativo y sereno, sonrióse apaciblemente y no contestó.

--Y tú, dijo el conde dando un paso hácia el cazador, tú, mendigo, por qué pretendias?...

--Me llamo Claudio Gerard, dijo con gravedad el cazador, interrumpiendo al conde.

—Claudio Gerard! esclamó Mr. Duriveau, poniéndose pálido y retrocediendo.

Mas al punto, acercándose con curiosidad al cazador para ver mejor su cara y convencerse de una identidad que no creia, prosiguió despues de un rápido exámen:

—El es... sí...

--Quién es... Claudio Gerard? preguntó Escipion encendiendo un cigarro, mientras Beaucadet y los

gendarmes se miraban unos á otros, muy sorprendidos con aquel incidente.

--Claudio Gerard! volvió á decir el conde con profundo asombro y como agobiado por los recuerdos que aquel hombre despertaba.

--Duriveau, lo comprendes ahora? dijo el cazador al conde, quien inmóvil y abatido un momento, alzó luego la cabeza, y con la frente erguida, con espresion irónica y desdeñosa, exclamó cruzando los brazos sobre el pecho:

--Ah! ah! sois vos, señor hombre de bien, el de las epístolas! Sois vos, el que bajo nombre fingido vagabundeaba por mis bosques y tenia la insolencia de perseguirme con moralidades epistolares? Yo os creia muy lejos. Y preguntais si os comprendo?... Demasiado. Viendo que vuestros sermones no me llegaban al corazon, quisisteis probar si erais mas certero con el plomo de la carabina... Ah! bribon, predicais la caridad á tiros!...

--No es verdad... no pensaba hacer fuego... mas ya me pesa haberte tolerado tanto tiempo... Te acuerdas de tu juramanto?

--Ah! ah! á buena hora mangas verdes, exclamó el conde soltando una carcajada sardónica.

El cazador dijo á Martin con sordo acento:

--Le estás oyendo?

--Pero qué diablos significa esta gerigonza? dijo Escipion á su padre.

--Vas á saberlo, contestó el conde clavando en el cazador una mirada de ódio y de provocacion.

Y en un tono propio del mas desenvuelto padre jóven, prosiguió:

--Aqui donde ves á este hombre, ha sido maestro de escuela de un lugar... Estaba loco de amores por una linda muchacha... que le correspondia en cuanto es posible querer á un ente de esa calaña, entre rústico y pedante; es decir, que le amaba como hermano... Me presenté yo, y le soplé la novia.

--No es lance nuevo, dijo Escipion friamente, sin quitarse el cigarro de la boca.

--Pocos años despues, en una cacería, tropecé por casualidad con la mujer del pedagogo, que se habia casado para consolarse del chasco.... Era una chica muy linda, por señas; demasiado para un palurdo.... Precisamente se habia ido á hacer un viaje, y caí en la tentacion de soplarle la mujer, como le habia soplado la novia.

—Estás oyendo... al padre y al hijo? dijo el cazador á Martin con voz ronca, sofocado por la rabia.

—Sí, los oigo, contestó Martin con intensa tristeza.

--Mas hizo el diablo, prosiguió el conde, que le diera gana á Claudio Gerard de volver de improviso, y me sorprendiera con madama.

—Con la mujer de un dómine! dijo Escipion en tono de reconvencion: siempre me has ocultado ese desliz! Y tenias valor para echarme en cara lo de madama Chalumeau?..

—Escipion, sé generoso..... Pues como decia, Claudio Gerard me sorprendió en conversacion criminal: yo que le vi entrar armado con una escopeta de dos cañones, y que conocia sus humos, me dí por muerto. Pero á qué no adivinas lo que hizo Claudio?

—Oyele.... óyele, dijo el cazador á Martin.

—Ay! con harta pena le escucho, respondió Martin.

—Qué diantres habia de hacer? dijo Escipion reflexionando. Emboscado al pie de la cama de su mujer, ¿te pidió la bolsa ó la vida?

Arrancó el cazador un grito terrible é hizo un movimiento tan desesperado, que le faltó poco para romper las esposas que le sujetaban.

—Claudio... amigo mio... dijo Martin reconviniendole con dulzura, calma y desprecio

—Has acertado, hijo mio, contestó el conde á su hijo.. Claudio me pidió la bolsa, no para sí, qué disparate! sino para los que él llamaba sus hermanos en humanidad.

—No comprendo, saltó Escipion.

"Eres rico, me dijo Claudio, jura socorrer á los

hermanos tuyos que padecen, y te perdono la vida; si no, nó.»

—Hola! dijo Escipion con fisga, te saltó con la gerga filantrópica... Pero sabeis, añadió dirigiéndose al cazador, que si todos los maridos engañados hicieran lo que vos, no se encontraría ya un pobre por un ojo de la cara?

Esta salida del vizconde arrancó á su padre una estrepitosa carcajada.

Pero un incidente nuevo interrumpió aquel desahogo de buen humor.



CAPITULO XI.

La espulsion.

Desvelados por el ruido y por las pisadas de los caballos, se habian levantado el arrendador y la arrendadora del Enebro, averiguando muy luego que estaba allí el conde Duriveau, su señor, como ellos decian Aterrados por la suerte que les esperaba, verificada su espulsion de la granja, resolvieron maese Chervin y su mujer intentar el postrer esfuerzo, y lagrimosos y suplicantes se fueron acercando tímidamente al conde en el momento en que Escipion profería su insolente sarcasmo.

—Señor conde, dijo la arrendadora temblando, en nombre de Dios, tened lástima de nosotros!...

—Qué es esto? preguntó el conde con altanera impaciencia. Quién sois? qué quereis?

—Somos los Chervin, los arrendadores del Enebro, señor de mi alma. Nos han embargado, nos echan de la casa que ocupamos cuarenta años há. Siempre hemos trabajado lo que hemos podido y sin hacer daño

á nadie; no es culpa nuestra que no podamos pagar; pero si nos echais, señor de nuestro corazon, qué va á ser de nosotros con los años que tenemos?

—Es verdad, prosiguió el arrendador, quien mas cortado que su mujer no se atreviera á hablar el primero; qué va á ser de nosotros, señor conde?

Escuchára Mr. Duriveau en un principio desdeñosamente tan humilde súplica; mas reflexionando que se le deparaba una coyuntura de poner en accion, por decirlo asi, su menosprecio del juramento hecho á Claudio, le dijo:

--Ya ois, señor hombre de bien, ya oís á vuestros *hermanos en humanidad*, como decís; por mi vida que me encanta esta aventura para póder probaros el caso que hago de una promesa arrancada por la violencia y que en mi lugar habria hecho cualquier hombre desarmado, para zafarse de las garras de una especie de fiera! Atended á lo que va á suceder, señor Claudio Gerard, y supuesto que decis no haberme hecho fuego, lo cual os será fácil probar, veremos si en quedando libre os atreveis á ejecutar la amenaza demorada por vuestra escesiva bondad... Yo haré que no os falte pretesto... ved si me porto con vos...

Y dirigiéndose á Beaucadet, añadió el conde:

--Toda vez que ya está hecho el embargo de los útiles de la granja, bajo mi responsabilidad, echad ahora mismo de esa casa al arrendador, dejando un gendarme hasta mañana, de guarda de vista, para que no roben nada, interin envio yo quien tome posesion.

--Vírgen Santísima! echarnos á estas horas! esclamó la arrendadora espantada.... estando mi pobre marido débil y enfermo... va á costarle la vida.

—Dadnos algunos dias... por compasion! dijo el arrendador con tono suplicante.

—Inmediatamente, dijo el conde con sequedad, sáquese de la granja la cama, que es lo que la ley deja á los embargados.

Si no hubiera exasperado su detestable orgullo la presencia del cazador, que era una reconvencion ven-

gadora, un remordimiento vivo, no habría hecho ostentacion de tan implacable dureza (por mas que en otras ocasiones hubiera dado órdenes iguales, aunque sin presenciar la ejecucion); pero el recelo de que pareciera que cedia á la intimidacion, unido á la inexorable conviccion que tenia de su derecho legal, al cual por hábito lo sacrificaba todo, impulsó al conde á tan deplorable estremo.

Como lo dijo se hizo.

Despues de una escena lastimosa que fácilmente se imagina, fué el matrimonio arrojado cruelmente de la granja, en mitad de la noche y á pesar de sus súplicas congojosas.

Mudos, impasibles, presenciaron el acto el cazador y Martin.

Asi que se concluyó, dijo el conde á Claudio, en tono desdeñoso y de irónica provocacion:

—Ahora, Claudio Gerard, hasta la vista, si os atreveis... Os aguardo para cuando esteis libre.

Asió del brazo á su hijo y se encaminó adonde esperaba el carruaje.

Al tiempo de subir, dijo Beaucadet á Mr Duriveau:

—Señor conde, se me ocurre una idea famosa: puede que ese bergante de Martin tenga mas cómplices entre los criados: antes de que se sepa su arresto, haced una visita domiciliaria en su cuarto y guardaos la llave hasta mañana: asi no podrá estraerse nada, y muy temprano iré yo á completar el registro.

—Decís bien, repuso el conde: lo haré asi que llegue al castillo.

El coche se alejó velozmente.

—En marcha, buenas piezas, dijo Beaucadet á sus prisioneros.

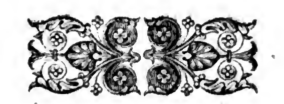
—Qué tal, Martin? dijo el cazador lentamente, qué es de tus esperanzas, de tus ilusiones? pobre loco!

No contestó Martin, y bajó la cabeza con abatimiento.

Pocos momentos despues alejábanse tambien de la granja del Enebro los gendarmes y los presos.

Maese Chervin y su mujer, anegados en llanto, tiritando de frio, estaban sentados sobre el jergon que les tiraron á la orilla del estanque.

La pobre Robin, sentada á sus pies, lloraba con sus amos y los consolaba del mejor modo que podia.



CAPITULO XII.

El aposento de Martin.

Así que llegó al castillo, se encaminó el conde á su alcoba: tomó una luz y pasó á una anchurosa pieza de tocador desde donde por una escalerilla se trasladó al aposento de Martin, especie de caramanchon, oscuro, sin ventilacion, bajo de techo y casi inhabitable. Esto era lo que menos importaba al conde, conviniéndole tener á mano á su ayuda de cámara.

Habia en la pieza otra puerta que daba á una escalera interior: lo primero que hizo el conde fué cerrarla y guardarse la llave, colocando en seguida la luz sobre una mesa y mirando en torno suyo con cierta curiosidad. Obligado á andar con la cabeza inclinada, de puro bajo que era el techo, dijo para sí el conde con el mayor candor:

«No comprendo cómo se puede vivir aquí!»

Dió principio el conde á su registro, que no podia durar mucho, puesto que el mueblaje se reducia á una percha donde estaba colgada la ropa de Martin, á una cómoda, una mesa, dos sillas y la cama.

En la cómoda nada sospechoso encontró el conde nada que pudiera ilustrarle acerca de la clase de relaciones que mediaban entre Martin y Claudio Gerard, Huron por apodo.

Desesperanzado de penetrar aquel misterio iba, á retirarse, cuando distinguió en un rincon una maleta vieja cerrada con candado. Bajar al tocador, tomar las tenazas de la chimenea y emplearlas á guisa de palanca para forzar el candado, fué para el conde operacion de poquísimos minutos.

El primer objeto con que tropezó fué un paquete como de un pie cuadrado y poco grueso, cuidadosamente envuelto en un hule: á este paquete acompañaba una carta con el sobre siguiente:

SEÑOR BARON DE FRUGEN.

Lleno de sorpresa, no titubeó Mr. Duriveau en abrir el paquete. Debajo del hule habia una caja de madera blanca cerrada con cerradura, y sobre ella un pliego con dos cartas.

Decia la una:

«Muy señor mio:

«Una persona de confianza pondrá en vuestras ma»nos la adjunta caja.

«Con arreglo á una órden que ya habreis recibido, »servios trasmitir este paquete al Rey con la posible »brevedad, ademas del pliego que acompaña á esta »carta.

«Tengo el honor de ser vuestro mas humilde »servidor

MARTIN.»

El pliego sellado decia en el sobre—AL REY, y dentro se tocaba una llavecita que debia ser la de la caja.

El conde estaba atónito: apenas queria dar crédito á lo que estaban viendo sus ojos, y por dos veces leyó la carta de Martin, creciendo su admiracion por momentos. Qué relaciones podia tener su ayuda de cámara con un rey?

Aquel hombre que sin asomo de escrúpulo violen-

tára la maleta y cometiera la indiscrecion mas grave, titubeaba en proseguir el curso de sus descubrimientos; mas no le fué posible resistir á la tentacion, y rompiendo con mano trémula el sello del pliego dirijido al rey, halló una llavecita y lo que á continuacion copiamos:

"Señor:

"Remito á V. M. las *Memorias* que deseaba leer "Es en mí muy antigua la costumbre de llevar una „especie de diario de mi vida.

"Desde el dia en que de resultas de mi existencia „errante y lastimosa, fuí testigo ó actor de singula„res aventuras, parecióme curioso, instructivo y hasta „útil para mí (en varias ocasiones me he convencido de esta utilidad) escribir una especie de memorandum, y conservarle.

"A escepcion de algunas reflexiones intercaladas „posteriormente y que me he tomado la libertad de „dirigiros, Señor, estas memorias refieren mi vida des„de mi infancia hasta el momento actual, y estan „lo mismo que las escribí, antes y despues del dia „en que la casualidad me acercó á V. M.

"La primera condicion de semejante trabajo, co„mo yo le he concebido al menos, es una sinceridad „absoluta, inexorable: jamas creo haber faltado á es„te deber.

"Los severos juicios que de mí mismo formo, en cir„cunstancias dadas de mi vida, creo que me dan de„recho para mostrarme no menos severo con los de„mas.

"Con el tiempo, y á favor de las lecciones que apren„día en los sucesos de mi vida, se ha ido madurando „mi ingenio, desenvolviéndose la inteligencia, for„mándose el criterio; en una palabra, fijándose mis „principios. Me he esmerado por conservar en estas „memorias la lenta trasformacion de mis ideas, de „mis convicciones, de mis sentimientos, que á traves „de mil sucesos me ha conducido del bien al mal.

„En mi primera juventud reflexionaba poco, y por „entonces fué cuando escribí todo lo referente á mi

„infancia y á mi adolescencia. Estas páginas segun „las diferentes fases del relato , llevan en sí el carác- „ter de indiferencia y buen humor propio de la edad. „Despues empecé á investigar las causas de los diver- „sos hechos que ante mis ojos pasaban.

„Si en el curso de una existencia turbada por tantas „aventuras, me he apartado alguna vez de la línea „recta, por volver luego á ella, tal vez advertireis „que la causa fatal de este estravío ha solido ser en „campo, á donde yo, pobre huérfano abandonado, me „veia impelido.

„Podeis creer, Señor, que por honrosa que sea pa- „ra mí vuestra benévola curiosidad, no me he pro- „puesto meramente satisfacerla, recojiendo estas pá- „ginas tiempo há escritas, sinoque alimentaba la es- „peranza de que os confirmáran mas en vuestras gene- „rosas tendencias.

"Aunque muy humilde y muy oscura... ó acaso por „lo mismo que ha sido humilde y oscura, mi vida en- „cierra alguna instruccion. La historia sincera de un „hombre que ha vivido, visto y sufrido lo que yo, no „puede ser estéril para V. M., porque en varias cir- „cunstancias esta historia es la de la inmensa mayoría „de hombres pobres y abandonados á sí propios... es- „to es, la historia de las diversas condiciones en que „por fuerza ha de vivir el pueblo.

„Os repito las seguridades de mi sincera adhesion. „Acaso el santo deber que aqui tengo que cumplir me „impida en lo sucesivo salir de Francia: mas estad „seguro de que conservaré el recuerdo de vuestras „bondades, y que todos los dias doy gracias á Dios „por haberme permitido salvar una vida que de vos „pende hacer preciosa para la humanidad.

„Tengo la honra de ser

„Señor:

„Vuestro mas rendido servidor,

„Martin.„

. . . .
. . . .

No es posible describir las encontradas sensaciones del conde Duriveau despues de la lectura de esta carta, y la impaciente, la fogosa curiosidad con que abrió la caja que contenia las *Memorias de Martin.*

Componíanse de un lío de papeles de diversas magnitudes, escritos, á no dudarlo, en épocas distintas: el tiempo habia echado ya su barniz amarillento sobre la primera parte de las Memorias.

Apoderóse el conde Duriveau del manuscrito, bajó apresuradamente á su estancia, donde se encerró, y á la luz de las bujías dió principio á la lectura de las Memorias de Martin.

En aquel instante sonaba la una en el reloj del castillo del Tremblay.

FIN DE LA INTRODUCCION.

MEMORIAS DE MARTIN.

MEMORIAS DE MARTIN.

CAPITULO I.

Lemosin y su perro.

CONFUSA é incompleta es la idea que conservo de los sucesos anteriores á mi octavo ó noveno año. Empero de aquella nebulosa época, tan remota ya, guardo el recuerdo de una hermosa jóven, cuyos ágiles dedos tenian en contínuo movimiento los bolillos de un telar de encaje, cubierto de brillantes alfileres de cobre: toda mi diversion era el sonoro chis-chas de los boliches que aun me parece estar oyendo: mas de noche el recreo se trocaba en admiracion: acostado en mi camita, veia á la misma jóven, obrera infatigable (acaso sin madre), trabajar á la luz de una vela, cuya viva claridad se dilataba atravesando una bomba de cristal llena de agua: el aspecto de este foco luminoso me causaba un especie de alucinamiento y de éstasis que remataba en el sueño.

Aqui queda un largo vacio en mis memorias, dimanado á mi parecer de una enfermedad. Pero desde los once años, se despiertan mis recuerdos, exactos ya, animados, y sumamente fieles, respecto de las personas.

A la edad de diez ú once años, me hallaba sirviendo en cuanto mis fuerzas alcanzaban, de ayudante y amasador á un peon de albañil, llamado *Lemosin*, de nombre ó mote : iba yo siempre pegado á él como su sombra, andando sumiso y afanoso en pos; hé aqui porque solian decir al vernos pasar : *ahi va Lemosin y su perro.*

En virtud de la costumbre del pais, llevaba yo al hombro la artesa de amasar, carga tan pesada para mis años, especialmente cuando habia de subir hasta los tejados, que adquirí el vicio de andar encorbado y con la cabeza baja: la columna vertebral tambien se me torció algo, aunque luego hubo de enderezarse bien pronto con remedios no poco singulares.

En toda estacion llevaba cabeza y pies desnudos, y apenas me cubrian algunos andrajos usados antes por Lemosin : todavía me acuerdo de cierto pantalon viejísimo de droguete amarillo, remendado en veinte partes con colores diferentes, y que habia venido á mi poder despues de servir dos campañas á Lemosin, que ya le tenia de quinta ó sesta mano. Gracias á mi poca estatura, recortado el pantalon por las rodillas, me lo pude meter hasta el pescuezo, al cual le sujetaba con un bramante introducido por la jareta de la cintura, y por los bolsillos rotos sacaba los brazos.

Cubierto de yeso endurecido y asegurado con la mugre de la vejez, aquel singular atavío mas parecia tapia que tela: no se rasgaba, se le abrian grietas, y Lemosin remediaba con suma limpieza estas ligeras demoliciones parciales, por medio de un puñado de yeso fino desleido en agua, igualando luego la compostura con su hermosa llana de cobre con puño de ébano.

Mi alimento se reducía invariablemente à un zoquete de pan negro y duro, acompañado dos veces al dia de una cabeza y una cola de arenque curado, unidas entre sí por la espina dorsal: Lemosin se reservaba el resto del pez, y á mí me parecia la cola infinitamente mas sabrosa que la cabeza.

Por la noche, de vuelta del trabajo, calaba mi amo dos veces por semana una sopa de grasa, que comíamos fria los demás dias, despues de lo cual nos acostábamos en un gergon, que en invierno se reforzaba con un exiguo colchon de heno.

Contra la costumbre casi general de mis compatriotas, no se iba mi amo á *la tierra* en los otoños, y á corta distancia de un pueblo grande, cuyo nombre no recuerdo, habia obtenido permiso Lemosin para hacerse, en un terreno pedregoso y abandonado, una mala casuca que habitábamos.

En la estacion de las obras, casi nunca le falt ba trabajo á Lemosin. Si posteriormente, á pesar de la huelga forzosa, ocurria alguna obra urgente de albañilería, se le encargaba siempre á Lemosin, y si no trabajaba en los caminos, mientras que yo recogia estiércol de caballo, para venderlo despues à un jardinero.

Con el dia nos acostábamos y nos levantábamos, sin encender jamás luz: durante los grandes frios, pasábamos las eternas noches de invierno, y á veces tambien los dias, cuando faltaba trabajo, en una especie de aletargamiento que debia tener bastante semejanza con el sopor letárgico en que pasan ciertos animales el invierno.

No era aquello velar ni dormir, sino una especie de suspension momentánea de la vida y de sus necesidades: recuerdo haber pasado en la época de la nieve, uno y hasta dos dias sin comer ni sentir hambre: este estado no era absolutamente doloroso. Parecíame que la sangre se iba enfriando progresivamente y cuajándose la médula de los huesos: á esta sensacion, bastante penosa, seguia un embotamiento tolerable, mientras me estaba quedo é inmóvil; el menor movimiento era doloroso.

Cuatro ó cinco veces cada mes, esto es, cada domingo, alteraba esta vida laboriosa, sóbria, monótona, un singular incidente periódicamente repetido.

Lemosin era un moceton flaco, huesudo, robusto, de hasta cincuenta años: segun decian sus compañe-

ros, parecia que estaba siempre pensativo, y su carácter era constantemente igual y afable: trabajador asíduo, hábil, infatigable, no se le oyó jamás distraer la faena con una copla; taciturno siempre, hablaba de mala gana, á la precisa, y así que nos retirábamos á casa no volvia á dirigirme la palabra hasta el dia siguiente.

Pero los domingos se trasformaba Lemosin.

A la madrugada del dia dominical llegaba una criada de la posada de la villa, con un burro cargado con un pedazo de tocino salado, algunos huevos duros, medio pan blanco y un barrilito que cabria unas diez botellas de vino de la tierra. Así que la criada salia, cerraba á piedra y lodo nuestra puerta; Lemosin, colocaba el barril cerca del jergon, y encima de este el tocino y los huevos, comenzando luego á beber, hasta que perdia la razon.

No olvidaré jamás que cierto dia, despues de haber bebido el Lemosin dos ó tres botellas, y conservando aun cierta hilacion en las ideas, desenvolvió esta singular teoría de la borrachera:

«Mira, Martin, decia, el domingo es mio: si este dia »no me emborrachára, andaria beborroteando toda la »semana y pararia en perezoso, pendenciero, envidioso, »y quién sabe si me haria ladron.

«Yo me conozco, confieso que no podria soportar »mi trabajo y mi miseria, si fuera cosa sin fin, como »esos caminos rectos, que solo de verlos tan largos se »le rompen á uno las piernas.

«Todos los domingos, en lugar de la infinita tirantez »de mi pícara existencia (que es como si dijéramos de »arena ardiendo y guijaros puntiagudos) veo cascadas »de agua de pie, montañas de flores, palacios encanta»dos; vamos, un cúmulo de delicias, tanto que despues »me parecen zahurdas los magníficos castillos en que trabajo, y topiñeras sus parques.

«Los lunes, de vuelta de estos paseos, qué me importa arrastrar seis dias perros? Pasados estos, se me recuerda el domingo.

«Jamás bebo en la taberna, porque alli se evapora

„la embriaguez entre cólera, gritos é injurias: allí se „corrompe y pierde su dignidad: yo no bebo por dis„putar, ni por aficion al vino, que es una mala droga „(mejor beberia aguardiente si no fuera dañoso) bebo „para salir de esta vida cuatro ó cinco veces cada mes. „No vale mas esto que rabiar continuamente?

"Asi son los verdaderos borrachos, solo que no dis„curren.

"Juan Pedro bebe por olvidar que ha estado toda „la semana oyendo á su mujer y á sus chicos llorar de „hambre: bebe para olvidar que ha de volver á oirlos „en la semana inmediata.

"Simon bebe para olvidar que ha oido y oirá á su „madre achacosa gimotear desde el lunes hasta el „sábado.

"Finalmente, otros beben para descansar del trabajo „que les agobia.

"Yo sé que algunos señores, que no tienen que ol„vidar trabajos ni miserias, que con su dinero pueden „proporcionarse toda clase de diversiones y recreos „honestos, y que sin embargo se emborrachan como „ingleses por aficion al vino bueno, dicen, al vernos „calamocanos.

"Habrá canallas, habrá glotones que se atraquen de „ese asqueroso brebaje en sus hediondas tabernas!

"Pero, señores mios; al cabo de una semana de „privaciones, de trabajo, de disgustos, dónde diablos „hemos de encontrar distracciones honestas, placeres „delicados que estén alcance de nuestra bolsa, y „dela ignorancia en que vivimos? Sobre todo, dón„de hemos de encontrar el olvido de lo que nos des„espera?

Mostrábase Lemosin rigorosamente fiel y consecuente con este modo de considerar la embriaguez; puesto al trabajo, al cual ni un lunes faltaba, no habia un artesano mas laborioso, mas inteligente, mas sóbrio ni mas honrado.

Preguntándole una vez por qué no se emborrachaba todas las noches, ya que tan bueno era, me contestó con severidad.

"De dónde habia de robar para tener con que em-„borracharme sin trabajar? No quiero robar, y si ga-„nára lo suficiente para tener medios de emborrachar-„me diariamente, me contentaria con esta ganancia y „no necesitaria beber para olvidar „

Ahora comprendo el verdadero sentido de las palabras de mi amo, cuya exactitud me sorprende.

Como niño abandonado, viviendo entre indigencias y dolores de todo género, he tenido ocasion de conocer que en la gente del pueblo, el vicio de la embriaguez es dimanado de la necesidad de distraer males y privaciones crueles: este vicio es mas comun cuanto mas precario, cuanto mas deplorable es el estado de la persona, va disminuyendo y haciéndose mas raro á medida que aumenta el bienestar ó se desenvuelve la inteligencia con la instruccion.

No es decir que no haya escepciones: recuerdo que muchos años despues de haber dejado al Lemosin estuve sirviendo á un gran señor, de quien hablaré mas adelante: poseia este un fortunon inmenso, una mujer llena de virtudes y atractivos.... Pues con todo, mas de una vez tuve que ir secretamente á buscar á mi gran señor á las tabernas mas hediondas de Paris, donde se estaba emborrachando en compañía de la peor gente: á la madrugada, me lo traia sin sentido á la antigua y espléndida morada de su noble familia, que le legára su padre, como él habia de legarla al hijo que tenia.

El abuso casi inevitable de la riqueza adquirida sin trabajo, por razon de herencia; la aversion á placeres elevados, la saciedad, el despego de todos los goces, ponia al opulento señor en la misma línea de Lemosin, el pobre albañil, falto de todo.

El rico buscaba en una embriaguez repugnante el olvido de su opulencia: el pobre (con mas docoro al menos), procuraba olvidar sus infortunios con una embriaguez solitaria.

Todos los domingos, encerrado yo con Lemosin en nuestra desierta casuca, presenciaba en ayunas, „con estúpido y medroso asombro, las estravagancias

las divagaciones que á mi amo le inspiraba el vino.

Solía suceder tambien que el Lemosin me obligára á desempeñar papeles secundarios en las estrañas escenas que su alucinacion suscitaba; su embriaguez inofensiva siempre, ora rayaba en grotesca, ora era tan triste que hacia llorar. Empero jamás le inspiraba sentimientes de ódio ó amargura. Digo esto porque hablaba en alta voz, y por intérvalos contaba las visiones maraviliosas que le extasiaban, ó departia en voz baja con séres imaginarios.

Una de las ilusiones frecuentes y predilectas de mi amo era creerse poseedor único de todos los paraguas de Francia: (en su sana razon apeteciera siempre uno de esos gigantescos paraguas azules ó encarnado que en Francia solo tienen ya los albañiles; pero hubiera sido preciso suprimir el vicio dominical, y no podia resolverse á tan gran sacrificio) no obstante debo advertir, que en vez de apropiarse todos aquellos utensilios, los distribuia mi amo generosamente entre todos los que no tenian, esceptuando á los que iban en coche: inexorable en este punto, no hallaba términos bastante enérgicos para calificar la codicia de los egoistas, que, sin necesidad, se pavoneaban con los paraguas de los pobres.

En estas comedias solitarias representaba yo á la muchedumbre, á quien mi amo distribuia millares de paraguas simbolizados en su garrote de acebo.

Luego se remontaba mas la ambicion de Lemosin: veiase vestido de tambor mayor, con su gran plumero y el baston en la mano, conducido en una carroza de seis caballos blancos con caparazones de escarlata (no habia quien le apease de estos colores.) Sin duda á los ojos de Lemosin el uniforme de tambor mayor era el bello ideal de la magnificencia del traje: encaramado en un escaño, con la mano izquierda en la cadera y con la derecha apoyada en la regla, mi amo, no muy firme, dirigia á todos lados afables saludos, mientras yo tenia el encargo de gritar con todas mis fuerzas en calidad de pueblo masculino:

—Viva el buen Lemosin!

En seguida habia de representar al pueblo femenino y chillar con voz de tiple:

—Viva el gallardo Lemosin!

Mi amo acojia esta manifestacion lisongera por dos conceptos, con sonrisas llenas de amenidad y coqueteria.

Si mal no recuerdo, las palabras incoherentes de Lemosin, en esta especie de alucinacion se creia elegido como el mas bello y mejor de todos los albañiles del globo; en seguida pasaba á recibir á sus eléctores y à tratarlos fraternal y suntuosamente en el templo de Salomon. Acompañaba una descripcion maravillosa de este sitio que me arrebataba de admiracion, y hambriento siempre, porque jamás me atrevia á tocar los regalos de mi amo, escuchaba suspirando la enumeracion del monstruoso banquete que daba Lemosin á los compañeros de llana, servidos á la mesa por los doce apóstoles vestidos de salvajes banquete que me parecia delicioso, aunque algo monótono, pues se componia todo de morcillas y pepinos en vinagre.

A estos chistosos ensueños solian seguir melancólicas visiones, que enternecian á mi amo y le arrancaban lágrimas.

Recuerdo que un dia se figuraba estar viendo y oyendo á la madre comun de todos los chicuelos condenados como yo á penosas faenas desde la edad mas tierna y precozmente arrebatados por el hambre, el estenuamiento y las enfermedades.

Esta madre aguardaba el regreso de sus hermosos hijos con séres imaginarios, y con una impaciencia gozosa á la par que inquieta; gozosa, porque esperaba verlos pronto inquieta, porque tardaban en llegar.

Para distraer sus angustias, preparaba la buena madre del mejor modo una cantidad inumerable de camitas; pero los niños no parecian.

Entonces la madre comenzaba á dar vueltas de acá para allá; miraba á lo lejos pero nada, nada aparecia! y la noche estaba cerca.

Luego que era de noche...--Pobre madre! "esclama-

ba Lemosin, que se imaginaba presenciar las mater nales angustias, y las referia con voz llorosa.

Al cabo la madre comun oia en lontananza un ruido ligero y tumultuoso, á la par que se iba acercando por minutos.

--Ahí estan mis hijos! clamaba llorando de júbilo.

Y como la claridad de la luna resplandecia mucho, resguardábase la madre los ojos con la mano para no deslumbrarse, mientras que, embargada de gozo, se desojaba por distinguir el tropel de niños.

Cosa singular! el ruido seguia aumentando, se acercaba, y la madre nada veia.

--Ya lo creo que no atisbareis nada, pobre madre! decia Lemosin con voz vinosa y conmovida, despues de contar la vision á largas pausas «ya lo creo que no „vereis nada! como que no son pisadas de niños lo „que ois, sino aleteo de millares de pajarillos que sue„na sobre nuestras cabezas... Mirad, miradlos... son „ellos que casi oscurecen la luna... son vuestros hi„jos... todos pálidos, todos con alas!... ellos son... po„brecitos! van á cientos, á miles, á millones... No los „ois, cómo gorgean abanieándose con las alitas? cómo „os dicen con voz de miel: *Adios, madrecita, ya no pa„decemos, estamos libres*? Mirad, mirad, pobre madre „como remontan el vuelo... y suben... suben... ya estan „en las nubes, ya parecen puntos blancos en medio de „las estrellas... Eh! pobre madre, valor! ya no pade„cereis... Demonio! no responde... eh? se tambalea, „cae, está muerta! muerta de veras... Calle! qué es „aquella luz blanca que sube trás los niños? Ah! la „luna que se acuesta trás un nubarron negro... Pues „hagamos lo que la luna.. Buenas noches, camaradas.„

Caia Lemosin sobre el jergon, fatigado, aturdido con aquella doble embriaguez en que la imaginacion tenia tanta parte como el vino.

Interesado, divertido ó asustado con estas relaciones, con estos singulares monólogos, pasaba yo los domingos en una agitacion fébril, y de noche proseguia con las pesadillas que me asaltaban en el curso de los delirios de mi amo.

Despertaba Lemosin el lunes, como de costumbre: su rostro, sus ademanes, su acento, tan animados el dia anterior, eran ya serenos y frios: á la exuberancia de palabras de la víspera sustituia la mas taciturna cachaza.

Asi volvia mi amo á la faena ordinaria con el mismo ardor, con la misma asiduidad, y en toda la semana no me dirigia veinte veces la palabra.

Antes de continuar, hablaré de un personaje qne ha cegran papel en mi relacion.



CAPITULO II.

La Lebrasse.

El personaje de quien voy á hablar, era un buhonero muy conocido en aquella tierra con el nombre de La Lebrasse: se conocia que este hombre tenia antiguas relaciones con Lemosin, pues contra la costumbre de nuestra vida solitaria, varias veces fué de noche el buhonero, charlando largamente y muy quedo con mi amo: por algunos gestos, por algunas palabras y miradas, conocí que hablaban de mí, aunque jamás supe el motivo de sus misteriosas conferencias: solo recuerdo que un dia, de resultas de una de estas conversaciones, me pidió Lemosin que le dejara examinar lo que él llamaba mi *reliquia*. Era esta un boton viejo, plateado, con unas armas, que yo llevaba al cuello, colgado con un bramante: jamás supe cómo ni desde cuando poseía aquel objeto, que me merecia poquísima importancia, conservándolo solamente por costumbre: despues de mirarle un rato con ademan pensativo, volvióme mi reliquia, sin que despues me hablára de ella mas que una vez, con motivo de lo que diré luego.

Servíale á La Lebrasse la profesion de buhonero como de capa para ejercer toda clase de industrias arriesgadas: en apariencia vendia por los lugares y caserios canciones, almanaques y estampas de santos pero en realidad practicaba la brujería, echaba conjuros, hacia parecer los objetos perdidos, curaba enfermedades, llevándoselas, segun decia, en un zurron misterioso: todo, por supuesto, mediante retribucion; y por último, vendia á hurtadillas libros de májia, y sobre todo, impresos y grabados obscenos.

Despues averigüé estos pormenores y otros muchos mas.

Viajando por varias provincias de Francia, y llegando hasta París, segun decian, el buhonero-brujo no pareció jamás por la villa ni por sus alrededores durante la buena estacion, en cuyo tiempo ejercia el oficio de volatinero. A nuestro pueblo iba solamente en invierno, y aun eso á largos intérvalos: nadie sabia su residencia: daba sus audiencias ó consultas en casa de los clientes que le llamaban y se negaba á recibir á persona alguna.

Tenia aquel hombre, jóven aun, una cara difícil de olvidar: completamente imberbe, privado hasta de cejas, poseia no obstante una cabellera negra como tinta, y lárga como la de una mujer; recojíase este pelo á la china sujetando el abultado moño con un peine de cobre puesto muy á la cara, la cual tenia en perpétuo movimiento, pues La Lebrasse atraia al vulgo con sus pantomimas, con sus gestos y con la rareza de su vestimenta. A pesar de tantos elementos grotescos, la espresion de aquella faz era mas bien siniestra que risible; sus dos ojillos amarillentos, redondos y penetrantes como los de un ave de rapiña, sus lábios hundidos y casi imperceptibles, revelaban astucia y mal corazon.

Por su cara imberbe, por su estraño atavío, compuesto de una especie de chaqueta redonda guarnecida de pieles y una saya rojiza que llevaba por encima de los pantalones, habíanle colgado el mote femenino de *La Lebrasse*, que en francés significa liebre

hembra, porque, como este animalito, andaba siempre corriendo el bueno del buhonero por montes y por valles.

Un burro enorme, negro, llamado *Lucifer*, destinado á conducir las maletas de libros é imágenes del buhonero-brujo-volatinero, tambien presentaba su fisonomía particular: colgaban de sus orejas dos gigantescos pendientes de cobre. Gracias al peso de estas alhajas, en vez de estar tiesas las orejas de Lucifer, se estendian horizontalmente: completábase su adorno cabalístico, (para hacer pareja con la estraña figura del amo) con un anillo de cobre adornado de signos simbólicos y de siete campanillitas, que llevaba el burro atravesado en el morro.

La inteligencia de Lucifer era tan notoria en el pais como sus malas intencionnes: si bien es cierto que indicaba la hora dando patadas en el suelo, si se paraba delante de la muchacha mas enamorada de la sociedad, mientras La Lebrasse repartia sus almanaques y canciones, tambien solia suceder que poseido de una especie de frenesí, se precipitaba Lucifer sobre los espectadores, haciendo ademan de querer destrozarlos á dentelladas: el burro me inspiraba tanto miedo como el amo, y asi es que tuve crueles insomnios despues de las tres ó cuatro visitas que hiciera este de noche á Lemosin.

En nuestra última entrevista, el buhonero-brujo, despues de mirarme atentamente, me cogió, haciendo chascar con no poco dolor las coyunturas de mis brazos y de mis piernas: hecho este exámen, del cual quedó satisfecho, dijo unas cuantas palabras en voz baja á Lemosin, quien contestó al golpe en tono enojado:

—El? jamás... jamás!

Despues no volvió á parecer el buhonero, que se marchó irritado, murmurando palabras de maldicion.

De resultas de este suceso, fue el encargarme mi amo que guardára á todo trance mi reliquia, sin esplicarse mas sobre el particular.

Menester era la vida casi animal que yo hacia, para embotar, ya que no para estinguir la viva sensibilidad de que la naturaleza me dotára.

Esperimentaba á menudo accesos involuntarios de enternecimiento, hinchábaseme el corazon, latía mas aprisa, se arrasaban de lágrimas mis ojos, y una necesidad irresistible de amar, que me hacía aun mas árduo el trabajo, impulsábame á demostraciones de cariño que solian ser acogidas con indiferencia ó con burla.

Muchas veces, de vuelta á casa, satisfecho de haber cumplido fielmente mi penosa tarea, y figurándome, no sé por qué, leer en el apático rostro de mi amo una espresion de bondad, apoderábame de su mano y se la besaba con ardor, anegado en llanto.

Pero Lemosin, que sin duda no comprendia estos sentimientos, mirábame sorprendido, y encojiéndose de hombros, retiraba la mano y me decia:

—Bien, Martin.... quita, hijo.

Lo mismo que si se tratára de un perro cuyas caricias importunan.

El corazon se me despedazaba entonces de dolor; tendíame en el jergon, sofocando los suspiros, ocultando mis lágrimas por miedo de ser importuno ó dar ocasion de risa á mi amo, y llorando, me dormía.

Despues de vanos esfuerzos para conquistar el cariño de Lemosin, viendo acogidos siempre con profunda indiferencia, y con despego acaso, mis espontáneos impulsos de infantil afecto, asaltóme un íntimo desaliento.

Ahora, mas esperimentado, comprendo mejor y disculpo la frialdad de Lemosin; en virtud de su hábito y de su género de embriaguez, no vivia, por decirlo asi en este mundo: todo su fondo afectuoso y simpático se desahogaba en las ilusiones que entreveía. Aquel hombre, de contínuo tan frio, tan triste, tan taciturno, vertía en sus delirios dulces lágrimas de enternecimiento, espresaba los mas delicados sentimientos, ó se abandonaba á la alegría mas loca; por

tanto, la oferta de mi cariño debia serle del todo indiferente.

Repelido por él, traté de buscar otra amistad.

Aquel otoño habiamos trabajado en una casa de campo cuyos dueños estaban ausentes; la jardinera, rolliza moza de 20 años, habia mostrado algun interés por mí; ora ayudándome á cargar una artesa demasiado pesada, ora regalándome fruta á la hora de comer ó haciéndome entrar á calentar cuando habia pasado horas enteras trabajando espuesto á la lluvia, para servir a mi amo, en quien no hacia mella la intempérie de las estaciones.

Grabadas tenia en mi corazon las bondades de Catalina, y creyendo manifestar mejor mi agradecimiento con hablar del casino que la gratitud me inspiraba, arrastrado por la imperiosa necesidad de espansion que mi amo avivára con su repulsa, dije tímidamente á aquella muchacha, con los ojos empapados de lágrimas y enchido el corazon de esperanza y de ternura:

—Madle. Catalina: quereis dejarme que os ame? Sois tan buena para mí!...

La robusta moza clavó en mí sus ojazos, en que se pintó primero la sorpresa, y soltando una estrepitosa carcajada que puso en movimiento toda su maciza persona, esclamó:

—Eres aun pequeño.

Volviéndome á mirar, prosiguió con nuevas carcajadas:

—Habráse visto arrapiezo! á su edad?...

Y añadiendo algunas sucias palabras, ininteligibles entonces para mí, dióme por via de chanza ó de leccion un solemne puntapié.

Si no la dije á aquella moza, cuya compasion brutal sospechaba en mí una cínica precocidad:

«*Dejadme amaros como habria amado á mi madre; ya que no tengo madre!*»

Es porque me faltaban las palabras para espresar esta pura y vaga aspiracion hácia el cariño maternal

que no conociera jamás, y cuya inefable dulzura presentia no obstante.

Asi que, mezclóse un sentimiento instintivo de disgusto á mi cruel decepcion, al ver de aquella suerte acogidas por Catalina mis ofertas de cariño.

Este otro desengaño no me corrigió de mi invencible necesidad de apego, mas inspiróme de nuevo el mas amargo desaliento: acudia entonces al vago recuerdo de aquella hermosa jóven, á quien yo viera trabajar junto á mi cuna, dando vueltas á los bolillos entre sus ágiles dedos al resplandor de un globo luminoso que fuera la admiracion y el encanto de mi infancia. Aquella apacible figura se me aparecia entonces como el hada tutelar de mis primeros años: mas estos recuerdos tan lejanos, tan confusos, no bastaban á satisfacer la sed de ternura que me atormentaba.

Poco despues de haber sido tan cruelmente tratado por Catalina, tuve aun valor de hacer otra tentativa para adquirir un amigo. Habia yo puesto los ojos en un jóven, oficial de carpintero, con el cual trabajábamos en la casa de campo indicada: parecia su carácter dulce y afectuoso; varias veces me habia dirigido la palabra con benevolencia, y yo un dia, discurriendo el modo de brindarle, estaba sentado tristemente sobre una piedra á la hora de comer: ví llegar á este artesano á quien llamaban el Beauceron (1) acompañado de Catalina: á los pies se me habia caido el pedazo de pan y la espina de arenque.

—No comes, muchacho? dijo el Beauceron dándome cordialmente un golpecito en el hombro.

—Cuando no come, repuso Catalina riendo, es que tiene alguna pena.

—Por qué? dijo el Beauceron.

—Ah! porque el otro dia este muñeco, repuso Catalina riendo á carcajadas, quiso... pues! quiso *ser mi novio* (las palabras de Catalina fueron mucho mas espresivas).

(1) Natural de la provincia llamada Beauce.

--Eh! esclamó el Beauceron, contagiado por el buen humor de Catalina.... pues no está atrasado para sus años...

Morado me puse de vergüenza y de dolor: quise contestar, mas se estinguió en el gaznate mi voz temblorosa.

--Ah! ah! ah! prosiguió el Beauceron, miren el perrillo... que aun mamaba ayer...

Al verme tan brutalmente injuriado, convirtióse la vergüenza y el dolor en un arranque de cólera.

--No me llameis perro, dije resueltamente al Beauceron; yo no soy un perro.

--Bah! repuso el carpintero, no tienes padre ni madre; conque eres menos que un perro, eres un hijo de...

No podia yo comprender el injurioso significado de la última palabra que pronunció el Beauceron, mas por el hervor de mi sangre, presumí la grosería del ultraje: aunque niño, por la vez primera me poseí de ódio y furor ciego: iba á precipitarme sobre el Beauceron sin reparar en la desproporcion de fuerzas, cuándo se me vinieron á la memoria aquellas palabras de: *No tienes padre ni madre*: toda mi cólera trocóse entonces en un abatimiento inesplicable, se me doblaron las piernas y caí sobre la piedra sollozando, cubierto el rostro con las manos.

--Eh! Martin, no llores, qué demonio! algo se ha de decir para pasar el rato, esclamó el Beauceron lastimado de mi llanto: su fondo era bueno, mas se chanceaba como pueden chancearse unas pobres criaturas, faltas de educacion.

—Vaya, novio mio, dijo Catalina cogiéndome por la barba, ven á casa, comerás una cazuela de judías para enjugar las lágrimas.

Si bien agradecido por este buen sentimiento, no acepté la oferta de Catalina: dieron las diez y me volví al trabajo, desesperanzado de nuevo de encontrar un amigo.

Abatido, triste, desalentado, comencé entonces á reflexionar que con la embriaguez se zafaba mi amo

todos los domingos de las tristes realidades, para disfrutar de maravillosas ilusiones.

Lemosin durante su borrachera semanal, divagaba en voz alta delante de mí, representando yo un papel pasivo en las escenas tiernas ó grotescas, evocadas por su imaginacion delirante.

Oyendo los estraños monólogos, las maravillosas descripciones de los encantados paises que mi amo recorria, habíase despertado en mí una curiosidad con ribetes de temor.

Parecerá singular que á imitacion de Lemosin no se me ocurriera la idea de embriagarme el primer dia que le ví soñar y en que me desenvolvió sus teorías sobre el uso del vino que semanalmente le proporcionaba el olvido de lo pasado, de lo presente y de un porvenir no menos miserable: habíame siempre guarecido de todo mal pensamiento la esperanza de merecer el cariño de mi amo; mas cuando ví tan brutalmente rechazadas mis dolorosas y vanas tentativas, me creí con derecho para buscar tambien en la embriaguez el olvido de lo pasado, de lo presente y del porvenir.

Ya no podia detenerme el miedo de afligir á Lemosin: como es natural, no podia sentir hácia él aversion ni cariño; pues si bien no me trataba con dureza, tampoco nunca me decia una palabra afectuosa. Puesto al trabajo, no me hablaba mas que para gritarme en voz ronca: *yeso* ! yo acercaba mi artesa llena de masa, que en breve quedaba desocupada para llenarse de nuevo. Por la noche, de vuelta á nuestra casuca, cenábamos sin hablar palabra, y con mi trabajo harto ganaba el pan que comia.

No habia pues lazo de ternura, de gratitud ó veneracion que me detuviera: empero, á pesar de tantos motivos para caer, todavía resistí algun tiempo á la tentacion, parte por virtud, parte por la dificultad de robar vino á mi amo, y sobre todo por los temores vagos que esperimentaba, á pesar de mi ardiente curiosidad, solo de pensar en lanzarme como él en la esfera de visiones estraordinarias y misteriosos encantos.

Por último, cesó mi incertidumbre, vencí mis escrúpulos.

Primeramente, necesitaba proporcionarme vino, cosa dificil, pues mi amo jamás perdia de vista el mágico tonel, y era tal su costumbre de beber todo el contenido, que jamás se dormia sin haberle apurado enteramente. Largo tiempo estuve meditando mis medios de ataque, y seguro por fin de lograr mi objeto, aguardé la ocasion, que no tardó en presentarse, pues el proyecto, madurado el jueves, fue puesto en ejecucion al domingo inmediato.

Jamás se me olvidará: era el postrer domingo de noviembre y hacia muchísimo frio; cubria la tierra una espesa capa de nieve, y yo habia pasado la noche en la agitacion y el insomnio: por la mañana, segun costumbre, nos llevó la criada del meson las provisiones consabidas, y asi que se hubo retirado, cerró mi amo la puerta y colocó el barril armado de su espita, á la cabecera de la cama. Provisto de un vaso roñoso de hoja de lata, Lemosin, taciturno, sentóse en el jergon y comenzó á beber trago sobre trago, sin pronunciar una palabra: por costumbre permanecia silencioso hasta que los vapores del vino obraban en su cerebro.

Durante estos preliminares, acurrucado de intento en el rincon mas oscuro, no apartaba yo de Lemosin mis miradas de reojo.

Fuera que la intensidad del frio ó una indisposicion accidental contrariase ó retardase la escitacion del vino, contra su costumbre tardó mucho mi amo aquella vez en sentir los síntomas comunes de la embriaguez: ví por fin irse fundiendo lentamente la máscara de hielo que durante la semana petrificaba sus facciones, coloróse su rostro macilento, brillaron los apagados ojos, y se incorporó rápidamente entonando una cancion para beber: siguiendo asi su curso la embriaguez, comenzó á hablar en voz alta y á referir alegres visiones; de vez en cuando reia á carcajadas y aplaudia estrepitosamente, como si fuera espectador de alguna divertida escena. Demasiado sobrecogido

para prestar atencion á sus divagaciones, las oía sin escucharlas; agazapado en mi rincon, y fingiéndome dormido, con las manos cruzadas sobre las rodillas y al frente sobre las manos, hacia lentamente cada cuarto de hora un movimiento imperceptible para acercarme al barril, tan imperceptible, que en dos horas habria avanzado algunas cinco ó seis pulgadas de terreno.

Iba oscureciendo el dia: otra vez caia la nieve en espesos copos, y nuestra morada, que no tenia mas luz que la que entraba por dos vidrios puercos, colocados encima de la puerta, se hallaba casi á oscuras: gracias á estas semi-tinieblas podia irme acercando al barril con menos lentitud y circunspeccion.

De repente me llamó mi amo riendo á todo trapo.

Permanecí inmóvil, acelerando y apretando la respiracion para que no dudára de mi sueño.

—Duerme! dijo Lemosin. Bah! pues iré solo á la boda.

En seguida se puso á hablar y gesticular con mayor animacion é hilaridad.

Alentado por este primer triunfo, al cabo de dos horas habia llegado al pie del barril, colocado entre la tapia y el gergon: aprovechando el momento de estar mi amo vuelto de espaldas, me entrometí en el espacio que quedaba entre la pared y el barril: jugaba ya el todo por el todo, pues á aquella sazon volvió á llamarme mi amo con voz mas temblona y vinosa.

Guardé el mismo silencio. Dejóse caer mi amo desplomado sobre el jergon, y apoyado con el codo en el barril, sujetóse la barba con la mano izquierda, mientras con la derecha tenia el vaso, dispuesto á llenarle, pues aun no estaba desocupado el barril....

Veía yo á mi amo de perfil, malamente pergeñado con una camisa y un pantalon andrajoso, concentrándose en su rostro regocijado la claridad dudosa que filtraba por los vidrios.

Tarareaba Lemosin una alegre copla, y aquella figura animada por una serenidad, por una beatitud

inefable, dibujábase radiante de felicidad sobre las tinieblas de nuestro albergue. Mientras tanto sop'aba el cierzo y azotaba la nieve en remolinos por el desierto escampío.

Al tiempo de robar el vino de mi amo, habíame asaltado el postrer escrúpulo: mas en vista de la dicha ideal que al parecer gozaba en medio de nuestra triste miseria, no vacilé ya.

Un grueso clavo de aguda punta, y el tubo de la pipa de un compañero, que yo rompiéra como por casualidad, fueron los instrumentos que tenia preparados para consumar mi latrocinio: atravesado el fondo del barril, fácilmente adapté al agujero el tubo de la pipa, y comencé á sorber el vino á largos tragos, con una angustia, con unos latidos terribles...

Al principio el sabor amargo de aquel vino espeso y espirituoso me causó gran repugnancia: vencíla no obstante, y á poco comenzó á circular por mis venas un calor desconocido: latieron con violencia las arterias de mis sienes, se me turbó la vista. En pos de luminosos desvanecimientos, me acometió un vértigo tal, que me aferré con ambas manos al barril: como si me faltára el suelo, arrebatado por un movimiento rápido de rotacion, y en medio de mi desvarío, esclamé:

—Señor amo, socorro!

Desde entonces, no conservo ya la mas ligera idea.

Paréceme no obstante que ví á Lemosin incorporarse, y perdiendo el equilibrio caer otra vez sobre el jergon dando una gran carcajada.

Cuando volví en mí, me sentí envarado por un frio penetrante... abrí los ojos: me hallaba en mitad de un bosque, tendido en la nieve, y el dia rayaba en su ocaso...

La cabeza me dolia atrozmente, y con la razon aun perturbada miré en mi derredor con cierta mezcla de temor y curiosidad.

Cómo habia yo ido á aquel bosque que no conocia? qué me habia ocurrido con Lemosin? me hallaría muy lejos de casa? me habia echado, ó estaba bajo el

imperio de una de las visiones ordinarias de mi amo? Estos pensamientos incoherentes se entrechocaban en mi espíritu, cuando me hizo estremecer un ruido lejano y harto conocido. Era un sonoro repiqueteo de campanillas, acompañado de los ecos de una voz clara y penetrante que cantaba esta añeja cancion de titiriteros:

La Borbonesa bella
era como una estrella
de ardiente resplandor, etc.

Era la voz de La Lebrasse, el buhonero, precedido por su burro Lucifer que repicaba sus campanillas.



CAPITULO III.

El encuentro.

Cuando acercó La Lebrasse quise huir, mas me faltaron las fuerzas: dobláronse mis piernas envaradas y caí al pie de un árbol.

A poco, por entre la espesura, ví acercarse al buhonero y su burro. No obstante el rigor de la estacion, llevaba La Lebrasse su traje ordinario: la cabeza desnuda y peinada á la China: la chaqueta de paño pardo le caia sobre la raida saya de color rojizo oscuro; el burro, no menos bizarramente engalanado que el amo, iba casi todo cubierto por un gran húle flotante que tapaba los envoltorios del buhonero: parecia un caparazon de funerales. Enjaezado de esta suerte, su enorme cabeza belluda, y sus orejas caidas bajo el peso de los abultados pendientes llenos de adornos cabalísticos , me infundian mas pavor que nunca.

A cada paso que hácia mí daba el buhonero, subia de punto mi espanto ; por segunda vez traté de huir, mas petrificado de terror, fuéme imposible hacer

un movimiento. Conservaba todavia una esperanza: el crepúsculo dejaba ya una claridad muy escasa, caian lentamente del cielo gris algunos copos de nieve, y acaso podria no ser visto tras del enorme tronco donde estaba agazapado.

Muy pocos pasos separaban á La Lebrasse que venia cantando á grito pelado aquellas palabras que no olvidaré en mi vida:

La Borbonesa bella
era como una estrella
de ardiente resplandor.

Y á guisa de estrivillo daba el buhonero una aguda carcajada repitiendo:

Ah! ah! ah! oh! oh! oh!

Al mismo tiempo remedaba, por via de ensayo sin duda, toda clase de modos de reir grotescos ó repugnantes, con tales contorsiones, que ninguno de sus músculos quedaba en reposo: ora alzaba los ojos al cielo con fuerza tal, que desaparecia enteramente la pupila debajo de los párpados, ora se contraían estos apareciendo su reborde rojo y sanguinolento; ora en fin desgarraba su enorme boca, que parecia abierta de oreja á oreja.

El acceso, ó con mas propiedad, la convulsion de solitario regocijo de aquel hombre, sus carcajadas salvajes, en vez de atenuar mi miedo, lo exacerbaron. De repente interrumpió La Lebrasse sus pantomimas y cantares: me acababa de atisbar, y se paró delante de mí, imitándole su burro.

Poseido de terror, aun tuve fuerzas para ponerme de rodillas, cruzar las manos, y sin saber lo que me decia, esclamar:

—Perdon!!

En seguida caí otra vez hecho un ovillo y temblando como un azogado.

Asi que me vió, dejóse de gestos el buhonero, me miró sorprendido, acercándose mas, mientras que su burro negro, parado igualmente, alargaba hácia mí la cabeza, olfateando con zozobra.

—Qué haces aquí, tan lejos de la casa de tu amo?
No me atreví á contestar.
—Anda por aquí Lemosin?
Guardé el mismo silencio.
—Me contestarás? esclamó el buhonero irritado, tirándome del brazo.
Amedrentado por el terror, apelé á una mentira.
—Me ha echado mi amo, le dije con voz temblorosa.
—Por qué?
--Porque, porque... era perezoso.
El buhonero no me quitaba ojo, y debió sospechar la mentira, porque repuso en tono de duda...
—Lemosin te ha despedido por perezoso? pues es particular, porque nunca se quejó de tu pereza: verdad es que ya hará cinco ó seis meses que no he visto á tu amo.
En seguida añadió:
—Conque te has hecho malo, perezoso?
—No, no! esclamé.
—Pues por qué te ha despedido tu amo?
No supe qué contestar.
Despues de una larga pausa, durante la cual me estuvo mirando atentamente el buhonero, repuso:
—Qué piensas hacer?
—No sé.
—Y tus padres?
--No tengo padre ni madre...
--Pues dónde estabas antes de vivir con Lemosin?
--No me acuerdo.
--Quién te colocó en su casa?
—No me acuerdo.
--Nadie hay en el mundo que se interese por tí?
--Nadie...
Calló otra vez La Lebrasse, acercándose mas como para examinarme mejor, pues iba ya oscureciendo; mas no dándose por satisfecho del exámen, me dijo:
--Ponte derecho.

Imposibilitado de obedecer por el miedo, fui levantado en alto por La Lebrasse con un vigor que nunca hubiera sospechado en él; con puño de hierro hizóme poner en pié, palpándome luego por todo el cuerpo con sus dedos duros y huesudos; y dijo á media voz, conforme avanzaba en sus investigaciones:

«Buen pecho, buenos miembros, buena armazon!... con el alimento pronto recobrará fuerza y agilidad: no estorbarian dos años menos, mas aun es tiempo...»

Terminado este exámen que acrecentaba mi terror, me dijo La Lebrasse:

—No quieres volver á casa de tu amo?

—Oh! no, tengo demasiado miedo!

—Y con razon, seria capaz de clavarte por las orejas, ó acaso hiciera otra cosa peor.

Me estremecí.

—Dónde vas á dormir esta noche?

—No sé...

—Y las demas noches?

—No lo sé.

—Te morirás de frio en este bosque, ó serás comido por los lobos.

Eché á llorar amargamente.

—Eh! vamos, no llores. Te llamas Martin?

—Sí, señor.

—Pues bien, Martin, por esta noche yo te daré albergue; despues... ya veremos: ven, te subiré sobre el burro...

A pesar de mi desesperada posicion, lejos de aceptar la hospitalaria oferta de La Lebrasse, exhalé un grito de pavor, y levantándome de golpe, eché á correr; mas La Lebrasse me alcanzó en dos saltos con sorprendente agilidad, esclamando:

--Hola! me tienes miedo.

--Sí.

--Y te niegas...

--Quiero mejor morirme en este bosque y ser comido de lobos que ir con vos! esclamé, cayendo de rodillas con las manos cruzadas.

--Y por qué me tienes miedo, Martin? me dijo La

Lebasse con tono zalamero, que lejos de disminuirlo exacerbaba mi terror; no temas nada, seré tu protector...

—Mas quiero volver á casa de mi amo...

—Ya es tarde.... no le verás mas, dijo el buhonero.

Y sujetándome con sus nerviosos brazos, fácilmente venció mi débil resistencia: sacó una correa del bolsillo, me ató sólidamente las manos á la espalda y levantándome como una pluma, apartó el caparazon del burro, acomodóme sobre los fardos de mercancías, y cubriéndome con el úle, me dijo con voz burlona:

--Buenas noches, Martinito, buenas noches.

Dirigiéndose en seguida al burro:

--Andando, Lucifer!

Lucifer echó á andar inmediatamente.

Habia estado nevando todo el dia, y asi no era posible que sonaran los pasos del burro ni de La Lebrasse: poseido de pavor, abandonando mi cuerpo á los movimientos del asno, no percibia yo otra cosa, de vez en cuando, en medio del profundo silencio de la noche, que la voz clara y penetrante de La Lebrasse, cantando su monótona cancion con acompañamiento de pantomimas:

La Borbonesa bella
era como una estrella
de ardiente resplandor.
Ah! ah! ah! oh! oh! oh!

Ignoro cuánto tiempo caminamos de esta suerte: solo recuerdo que por dos veces sentí que atravesábamos vados, mientras La Lebrasse iba sin duda á cruzar por algun puentecillo, pues su voz se alejaba.

Despues de andar asi por espacio de dos ó tres horas, paró de pronto.

Oí el violento repiqueteo de una campanilla, y á poco rato una voz varonil y ronca que preguntaba con tono áspero:

—Quién es? quién llama á estas horas?

—Yo, tia Mayor: porque aquella voz sonora y formidable era voz de mujer.

—Yo en cuerpo y alma, viejecita mia, repitió La Lebrasse.

--Y quién eres tú?

--Aun no me conoces? no has conocido á tu hombre? esclamó La Lebrasse enojado.

--Trueno de Dios! Quién habia de aguardarte con este temporal? Si pareceis tú y Lucifer dos bolas de nieve! ya bajo, hijo mio, ya bajo...

Oí á poco el ruido chillon de una puerta que se abria: avanzó el burro con precaucion, porque descendiamos por una rápida pendiente, y se paró.

La Lebrasse levantó otra vez la voz.

--Trae una luz al cuarto de las cabelleras.

--Para qué? tienes corriente tu cuarto: respondió la voz ronca.

--Tráela.

--Bueno! allá voy.

--Hay donde dormir en ese cuarto? añadió La Lebrasse.

--Ya lo creo: hay una manta sobre una cama de paja de maiz fresquita.

--Trae tambien pan, cerbeza y una lonja de tocino, prosiguió La Lebrasse.

--Al cuarto de las cabelleras?.. preguntó la voz ronca, á modo de admiracion.

—Sí, respondió La Lebrasse.

Pocos minutos despues de este diálogo, conocí que levantaban el úle que me cubría, dándome en la cara un viento picante y fresco.

—Quiéres andar, ó que te lleve, Martinito? dijo la Lebrasse con su voz melosa.

Y ayudándome á bajar desató la correa que me sujetaba las manos.

—Puedo andar, díjele dominado por un terror indecible.

—Dame la mano, y cuidado no te caigas, porque hay hielo.

Despues de tropezar muchas veces bajando por unos escalones escurridizos, entré en pos de La Lebrasse en un reducido aposento abovedado. Una es-

celente lumbre de ramas de álamo llenaba la chimenea, difundiendo por toda la estancia su caliente y alegre claridad.

—Aquí tienes cuarto, cena y cama, me dijo La Lebrasse indicando con el dedo un cajon lleno de paja de maiz y un escaño sobre el cual habia un pedazo de pan, una lonja de tocino y un jarro de cerbeza.

—Ahora, añadió pellizcándome una oreja con paternal ademan; buenas noches y buen apetito, Martinillo.

Salió La Lebrasse del aposento y cerró la puerta con llave.

Cuando me quedé solo, reanimado por el calorcillo de la llama, comencé á cobrar mas ánimos, porque hasta entonces se me habia figurado estar soñando.

Púseme á mirar en torno mio con cierta mezcla de pavor y curiosidad. Los haces de álamo revueltos con sarmientos chisporroteaban en el hogar, despidiendo á millares las llamitas blancas y azuladas, y desparramando á bocanadas su olor aromático y saludable. Esta alegre luminaria bastaba para alumbrar las paredes desnudas y blancas del aposento.

Mirando por casualidad al techo eché de ver que colgaban de las bovedillas una porcion de cabelleras, de largas matas de pelo de todos colores, rubias, negras, castañas y hasta rojizas, todas cuidadosamente colocadas, peinadas y rotuladas: habíalas tan gruesas y tan relucientes que bien podian compararse con enormes madejas de seda.

Este singular espectáculo dió nuevo alimento á mi miedo: imaginaba yo que aquellas cabelleras habrian sido de cadáveres, y aun mi ilusion llegó al punto de ver algunas ensangrentadas: fuera de mí de espanto, corrí hácia la puerta; pero estaba sólidamente cerrada, y no pudiendo huir, puse especial esmero en no mirar hácia la terrífica techumbre.

Afortunadamente distrájose mi miedo un tanto con el exámen de otros objetos que me rodeaban: el cajon que hacia de cama estaba lleno de hojas de maiz, y sobre ellas, á medio doblar, ví una escelente man-

ta de lana: la lonja de tocino me parecia muy apetitosa, el pan era blanco, y la cerbeza, recientemente sacada sin duda, cubria de espesa espuma los bordes del jarro: en mi vida me habia visto con tan buena habitacion, tan buena cama y tan sabroso alimento; sin embargo, me fué imposible tocar á nada; á pesar del cansancio, ni siquiera me atrevia á tenderme sobre las hojas de maiz, y tembloroso me senté en los ladrillos cerca de la lumbre, cuyo calor restituia la vitalidad á mis miembros entumecidos.

Al verme en poder del buhonero en paraje desconocido, parecíame estar separado de mi amo mucho tiempo habia y á distancia enorme de la casuca de donde sin embargo debia haber salido pocas horas antes: otras veces, me creia borracho aun, y entonces, los sucesos, de que era actor y testigo, me parecian ilusiones, sueños, de que tarde ó temprano habia de despertar bajo el techo de nuestra pobre choza.

Cosa singular! cuando admitia esta suposicion, lejos de amedrentarme mi primera escursion á los misteriosos dominios de la embriaguez, hallaba una especie de encanto en aquella angustia, pensando en la alegría que habia de esperimentar, cuando recobrada la razon, me encontrára en nuestra triste y pacífica morada.

Pero, si se me ocurria que estaba realmente en poder del buhonero; que no volveria á ver jamás á mi amo, frio, taciturno, indiferente, es verdad, pero que nunca se mostrára conmigo duro ni mal intencionado, sentia amargo pesar, angustias terribles, y maldecia mi fatal curiosidad.

La tension de espíritu causada por estos pensamientos, unida á la fatiga y al temor, promovieron en mí una especie de abatimiento, estituido en breve por un sueño pesado y zozobroso á la par.

No sé cuánto tiempo llevaria durmiendo, cuando me despertaron de improviso los lamentables gritos y las súplicas de un muchacho.

Apenas era de dia; un escaso fulgor, proyectado por el erepúsculo ó por la reverberacion de la nieve,

se filtraba por una ventanilla frontera al hogar, apagado ya, junto al cual me habia dormido.

Los gritos del muchacho, que me despertáran, cesaron por un momento, y entonces distinguí el vozarron de la mujer que recibiera á La Lebrasse y á quien él habia llamado *tia Mayor*.

—No quieres *hacer el aro?* (1) decia la mujer con tono airado.

—No puedo... no tengo fuerzas, respondió una voz doliente.

—Una vez, dos te lo digo: no quieres?

—Pero si me ahogo, en tocando los pies con la cabeza... replicaba el muchacho.

—Yo te enseñaré á ahogarte, repuso la mujer con voz tonante.

Oyéronse golpes secos y precipitados, que el muchacho, furioso de dolor y cólera, recibia chillando y prorumpiendo en horribles juramentos.

—Lo harás ahora? volvió á decir la mujer.

—Me pegas tan fuerte que haré otro esfuerzo, respondió el muchacho, rechinando los dientes.

—Eh! pocas palabras y á doblarse; dijo la mujer con tono amenazador.

Hubo en seguida una pausa, y á poco esclamó la mujer con tono triunfante:

—Lo ves, holgazan *Bamboche*! lo ves, cómo te ahogabas de pereza?

Al mismo tiempo que asi hablaba la mujer, asaltó al muchacho un acceso violento de tos convulsiva, oprimida y entrecortada por silbidos sofocados: parecia que se estaba ahogando.

—Sí, sí, haz pamemas, dijo el vozarron: aguarda, que yo te haré cantar! toma, para ensanchar el gaznate.

Otra vez volvieron á sonar los golpes secos y precipitados.

Esta vez no chilló el muchacho; la mujer fué la que jurando y blasfemando esclamó:

---

(1) Mas adelante esplicaremos estas palabras técnicas.

--Ah! bribon Bamboche, me has mordido hasta hacer saltar sangre! Este pillo es mas traidor y mas malo que un gato montés... Conque me muerdes, tunante? Yo te pagaré en la misma moneda, pero en la cueva, que aqui tus gritos despertarian al *novato*.

Despues del rumor de una débil lucha acompañada de murmullos y gritos ahogados que se iban alejando, todo volvió á quedar silencioso.

Estaba yo temblando como azogado: el *novato* era yo sin duda.

Que trabajo le impondrian al muchacho cuando le mandaban *hacer el aro*? que significaban estas singulares palabras? Cosa muy dolorosa debia ser, cuando yo le habia oido al infeliz sofocarse casi. Me estaría deparada una suerte igual?

Recordé entonces que la víspera me habia palpado La Lebrasse los miembros, y esplorado el pecho pronunciando palabras ininteligibles: mi terror era tanto mayor, cuando se trataba de cosas mas desconocidas y misteriosas. Finalmente, aquella solitaria morada, aquellas matas de pelo de todos colores, colgadas del techo, aquel muchacho, á quien estaban martirizando en una cueva, para que yo no percibiera sus lamentos: todas estas circunstancias reunidas, de tal suerte acrecentaron mi espanto, que olvidando las tentativas vanas de la víspera, me lancé hácia la la puerta: hallándola cerrada, corrí á la ventana por donde penetraban los primeros destellos del alba; mas estaba enrejada.

Poseido entonces de un terror indecible, caí de bruces sobre la cama de maiz, esclamando con voz llorosa:

—Quién se apiadará de mí?

Nadie.... nadie.... no tengo padre ni madre!

De repente se abrió la puerta, y apareció La Lebrasse.*

CAPITULO IV.

La tia Mayor.

Buenos dias, Martinito, dijo La Lebrasse con voz melosa: mas debió creerme dormido al verme echando de bruces sobre la cama con las manos en la cara, y añadió acercàndose:

—Hola! se duerme todavía como un lironcillo!

Sacudióme lijeramente, y me puse en pié con el rostro empapado de lágrimas, esclamando en tono suplicante:

—Dejadme ir de aquí... y volver á casa de mi amo.

—Qué? que es eso de volverte, Martinito? dijo La Lebrasse con voz agri-dulce.

—No quiero quedarme aqui!

—Hola! hola! Deseas volver á casa de Lemosin para que te clave por las orejas á la puerta, no es verdad?

--Mas quiero morir en casa de mis amos que aquí!

Y saltando de la cama donde estaba arrodillado en ademan suplicante, precipitéme hácia la puerta entornada; tentativa que me salió vana, pues La Lebrasse

me alcanzó en el umbral, volviéndome á traer hácia la cama y diciendo:

—No seas loco, Martinito. Quieres escapar á casa de tu amo: pero quién ha de enseñarte el camino? Nadie: porque no hay habitaciones en los bosques que hemos atravesado, y esta noche, como ayer, estarias á punto de morir de frio ó de ser comido por los lobos. Ademas, añadió La Lebrasse con tono amenazador, no quiero yo que salgas de aquí, y advierte que hay buenas puertas y paredes altas. Cuando yo salga, irás conmigo; y no te pesará, Martinito, añadió apelando otra vez á la voz melosa.

Viéndome absolutamente sujeto á aquel hombre, no intenté escitar su lástima ni alterar su resolucion: recostado en la cama, exhalé esta queja que formulaba siempre la espresion suprema de mi desesperacion.

—No tengo padre ni madre: quién se apiadará de mí?

—Qué estás diciendo! que no tienes padre ni madre, Martinito? pues yo seré tu padre y te proporcionaré una madre, añadió con sardónica sonrisa, una madre como no la has tenido seguramente.

A renglon seguido, gritó La Lebrasse con voz chillona, dando algunos pasos hácia de la puerta:

—Eh! tia Mayor!

—Estoy acabando de *mecer á Bamboche*, contestó una voz tonante que parecia salir de las entrañas de la tierra, y que procedia sin duda de la cueva donde aquella mujer llevára al muchacho.

Harto bien comprendia el sentido de las palabras: estoy acabando de *mecer à Bamboche*. Mas La Lebrasse añadió:

—Ah! buena madre! la oyes como mece á sus hijitos queridos? asi serás tú mecido, Martinillo.

—Sí, sí, bien lo creo, murmuré estremeciéndome.

—Vamos, acá, tia vieja, dáte prisa, repitió La Lebrasse.

—Cachaza, truenos de Dios! contestó la tia Mayor con una voz que hizo retemblar los vidrios.

Pocos instantes despues entró en el aposento la tia Mayor.

Era una mujer de hasta treinta y seis años, de seis pies de altura, de enorme volúmen, con el lábio superior sombreado por un verdadero bigote negro, lo mismo que las cejas; cara ancha y colorada, facha hombruna, voz varonil y ronca, fisonomía áspera y desvergonzada; finalmente, su apariencia enteramente viril formaba el mas singular contraste con la traza de La Lebrasse.

Despues he visto cómo la casualidad que diera á aquel hombre la cara imberbe, la voz aguda de una mujer, y á ella el bigote, el acento robusto de hombre, era esplotada por entrambos, en provecho de la parte grotesca de sus funciones: entre sus varios oficios mas ó menos espuestos, contaba La Lebrasse el de *volatinero ambulante*, que era su ejercicio predilecto; y si le trocaba en invierno por el de buhonero ó hechicero nómada, era en primer lugar porque las representaciones al aire libre sólo son lucrativas y posibles en el buen tiempo, y en segundo pórque solia desorganizarse á menudo el personal de la compañia de La Lebrasse.

Hablando de los diferentes oficios de La Lebrasse, debo hacer mencion del de *comprador* de matas de pelo de mujer, lo cual esplica la abundancia de despojos capilares colgados en el techo de mi aposento.

Sí, La Lebrasse era tambien uno de esos especuladores que en la época del año en que aprieta mas el frio, en que es mas escaso y mas corto el salario, y por consiguiente mas intolerable la miseria, recorren las provincias mas atrasadas de Francia, á fin de tentar con la oferta de un franco, ó menos á veces, la codicia de las jóvenes indigentes, comprándolas á este precio la hermosa mata de pelo, que es el único adorno de las infelices.

La compañera de La Lebrasse, la gigantesca tia Mayor, asi apellidada á causa de su estatura y de su traza de tambor mayor, desempeñaba en las representaciones públicas el empleo de mujer gigante, verdade

ro alcides hembra, que haciendo arco con pies y manos, doblaba hácia tras la cabeza, y convidaba á tres sugetos de la *respetalle sociedad*, elegidos entre los mas robustos, á dispensarla el obsequio de patearla en el vientre, lo cual aguantaba heróicamente, sin ceder una línea las caderas; hecho lo cual y pasando á otro ejercicio, desafiaba á los primeros maestros de armas de la guarnicion, levantaba pesos enormes con los dientes, etc. etc.

Cuando entró en mi aposento la tia Mayor venia en traje de trabajo, porque el mandato á Bamboche de *hacer el aro*, (esto es, estando de pié, echarse hácia atras, hasta que la cabeza toca con los talones) tenia por objeto ensayar un ejercicio con el muchacho.

Reducíase la vestimenta de la jigante á un calzon de punto hecho giras y lleno de remiendos, cuyo primitivo color fuera color de salmon: con este atavío se marcaban sus piernas hercúleas, y sus rodillas escabrosas como los nudos de una encina: una á manera de túnica corta, hecha de un resto de zagalejo negruzco y mugriento, ceñia su cintura, en tanto que se ataba á la espalda un chal raido despues de cruzarlo sobre el monstruoso pecho. Finalmente, para completar su masculina traza, tenia rapados á lo Tito los cabellos, negros, espesos y duros como crines.

Tal se me apareció la tia Mayor por la vez primera, armada de una formidable disciplina.

—Ven acá, tia Mayor, dijo La Lebrasse á la mujer gigante: aquí tienes á Martinito, que carece de una mamá y la desea: no es verdad que tú lo serás?

—Un poco, contestó la tia Mayor con su voz de trueno.

Y acercándose, cogióme en sus brazos, como si fuera un niño de mantillas y me puso de pie junto á la ventana para examinarme mas á su sabor.

—Veamos al novato, dijo; ven acá, hijo mio, levanta esa cabeza, que se te vea. Es guapo, y así que esté desasnado andará mas listo que una ardilla. A ver, qué tal estamos de brazos y de piernas? bue-

no... hay elasticidad... guapo!.. esto se deshuesa pronto, se desune...

Mientras decia estas palabras, la tia Mayor me habia retorcido los brazos y las piernas en todas direcciones, haciendo chascar las coyunturas; esto me causó un dolor horrible, y rompí en agudos gritos haciendo esfuerzos para desasirme.

—Estate quedo, calla; no parece sino que te desuellan, repuso la terrible mujer.

Prosiguiendo su exámen, añadió despues de palpar las caderas:

—Qué lomo tan tiernecito!... se descoyuntará sin trabajo.., Trueno de Dios! callas ó te sacudo!

Blandió las disciplinas, mas no pude menos de exhalar nuevos gritos de dolor, á pesar de esta amenaza, de esta enérgica insinuacion de la tia Mayor; pues al mismo tiempo poniéndome la enorme rodilla en mitad de la espalda, tiraba con tanta violencia á juntar los pies con la nuca, que creí sacar destrozadas las caderas.

—Martinito, Martinito, si no hay juicio, reñiremos, me dijo La Lebrasse mirándome de reojo.

—Por Dios... tened lástima de mí, decia yo á la tia Mayor llorando.

—Por Dios... por Dios... no se les oye otra cosa; se dedica una á hacerlos trabajar desde pequeñitos, á enseñarlos un oficio, grátis, y parece que los destripan, esclamó la tia Mayor con indignacion.

Piensas, añadió dirigiéndose á mí, que se te va á dar casa, comida y vestido por el amor de Dios? No, señor, es menester que te ganes la vida, y te la ganarás, voto al demonio! te la ganarás: eres bien formado, jóven, de pocas carnes, conque harás lo que otros: antes de dos meses te prometo que has de hacer el *paseo turco* y el *salto del conejo* como un ánjel sin contar que para entonces andarás tambien de manos y cabeza abajo, como si en toda tu vida no hubieras paseado de otra manera.

—Lo cual te ahorra calzado, puesto que no gas-

tas guantes, Martinito, añadió sentenciosamente La Lebrasse.

No acertaba yo á comprender lo que querian hacer conmigo: solamente me pareció que no me matarian, toda vez que me hablaban de ejercicios aprendidos para dentro de dos meses. Tranquilicéme algo, pues confieso que la tia Mayor, á pesar de su vozarron, de sus bigotes, de su volúmen y de las temibles disciplinas, no me causaba tanto miedo como el volatinero, y afortunadamente era ella la encargada de mi educacion.

—Acá, hijo mio, dijo la tia Mayor, ven á besar á mamá, y ten juicio: dejaremos para mañana la primera leccion; hoy estarás de huelga, y asi conocerás á Bamboche, otro pilluelo de tu edad. Oh! dentro de pocos dias, tunantuelos, tendreis el refuerzo de una niña: entonces sí que haremos famosos ejercicios.

Con esto, hízome la tia Mayor señal de ir tras ella; se paró delante de una escalera abovedada que daba sin duda á la cueva, y gritó:

—Sube, Bamboche, te perdono para celebrar la llegada de tu compañero; hoy podeis divertiros en el patio, pero mañana, trabajo duro

No subes, Bamboche?

El muchacho no parecia.

--Vaya, quédate al fresco, si te agrada... Tú puedes jugar solo, Martinito, pero desconfia de Bamboche, que es malo y cazurro como un diablo... Ah! se me olvidaba: para estimularte, te enseñaré los hermosos vestidos que has de ponerte, si trabajas bien; ven conmigo.

La tia Mayor me condujo á un aposento, donde había una enorme maleta, de la cual sacó una chaqueta turca de terciopelo raido, bordado de lente juelas.

--Póntela, Martinito, verás qué guapo estas!

La chaqueta, doble de largo de lo que mi estatura requeria, me servia á mí de levita: mas, no obstante mis angustias, aseguro que aquel trage me pa-

reció magnífico, y con todos mis sustos, la esperanza de usar algun dia tan sobresaliente ropaje me causó cierta satisfaccion.

--Cuando con esto te pongas un pantalon de color de carne y borceguíes verdes de piel de gato, estarás hecho un querubin, añadió la tia Mayor; ahora ve á buscar á Bamboche, si quieres, ó si nó, juega en el patio... ya os llamaré para daros la pitanza.

La tia Mayor fué á buscar á La Lebrasse, y yo me quedé en un anchuroso patio rodeado de altas tapias y cerrado con una sólida puerta. A este patio daban las ventanas de la casa, que tenia miserable aspecto, y bajo un cobertizo habia un disforme carruage destinado sin duda para las peregrinaciones de La Lebrasse y su compañia, cuando estaba esta completa.

La altura de las tapias me impidió ver si aquel edificio pertenecia ó no á una villa, á una aldea, ó si tenia cerca otras habitaciones.

Abandonado á mis pensamientos, no pensé en otra cosa que en el muchacho de quien me hablára la tia Mayor y cuyos gritos ya habian llegado á mis oidos. Por penosa que fuéra mi existencia nueva, nunca seria mas dura ni miserable que la pasada, y al cabo me trataria con un niño de mi edad. Con la idea de encontrar un compañero, un amigo, pareciame soportable la situacion mas desesperada.

Tan desgraciado habia sido hasta entonces en mis tentativas de trabar amistades, que el encuentro de Bamboche en aquellas circunstancias tenia doble precio á mis ojos: dilatóse mi corazon, dolorosamente comprimido, y á las angustias sustituyeron esperanzas vagas. Llegué á olvidarme hasta del pavor que me infundian los misteriosos ejercicios anunciados, que á Bamboche le arrancaron tan lastimosos gemidos: solo pensé en avistarme con el desdichado niño que padecia, que habia sido castigado, pareciéndome por lo mismo justo ir á buscarle para grangearme su cariño.

La tia Mayor habia mostrado la entrada de la cueba, y á ella me encaminé corriendo.

Bajé unos cuantos escalones cubiertos todavía de nieve, y llegué á una especie de meseta donde estanba l puerta de la cueva. Como estaban mis ojos tao familiarizados con la oscuridad, que en aquel sitiera grande, á esceρcion de un reducido espacio iluminado por un vivo rayo de luz que penetraba por una claraboya, fácilmente divisé á Bamboche, hecho un ovillo en un rincon, con los codos apoyados en las rodillas y la barba en las palmas de las manos.

Al punto me chocó el resplandor salvaje de los rasgados ojos pardos del muchacho, que me parecian de doble tamaño, por lo mismo que la cara era muy flaca: representaba unos doce ó trece años, y era mucho mas alto que yo: sobresalíanle los juanetes de las megillas, y le daban cierto aire sardónico y malo, la boca caida por los ángulos, y los labios, casi imperceptibles: los cabellos, negros y crespos, le crecian desde mitad de la frente, y subian en punta hácia las sienes, dejando estas enteramente descubiertas; era tan singular el efecto de esta atezada caballera sobre la palidez mate de la frente, que en la oscuridad parecia armado de dos cuernos blancos.

Llevaba Bamboche una mala blusa raida, los pies desnudos descansaban sobre la tierra húmeda de la cueva, y al verme, guardó silencio, clavando en mí una mirada feroz.

—Debes tener frio, y aburrirte en esta cueva; le dije con dulzura acercándome á él; quiéres venir arriba?

—Déjame en paz, no te conozco, contestó Bamboche brutalmente.

—Tampoco te conozco yo; pero he de vivir aqui contigo, con La Lebrasse. Esta noche, cuando te zurraron, te oí chillar y tuve gran sentimiento.

—Será pollino este grandísimo animal? Pues no le da pena de que zurren á los demas?

No es posible estampar aqui las sucias frases de que se valia aquel niño de doce años; y asi suprimire-

mos los votos y blasfemias con que salpicó toda nuestra conversacion.

No menos afligido que admirado de la respuesta de Bamboche, repuse con dulzura:

—He sentido saber que te zurraban: si me zurráran á mí, no lo sentirias tú?

—Al contrario, me daria gusto, porque asi no era yo el único.

—Por qué dices eso? Nunca te hice daño.

—Me es igual.

—Tan malo eres?

—Vete al Diablo!

—Por Dios, escúchame...

—Te empeñas? pues toma esta y vuelve por otra!

Y Bamboche, de quien yo no desconfiaba, y que era mas robusto que yo, arrojóse sobre mí con la agilidad de un gato, me derribó, y asiéndome con una mano por el pescuezo, sin duda para ahogar los gemidos, empezó con la otra á darme puñetazos en la cara, en el pecho, adonde pudo.

Aturdido en un principio de tan inesperado ataque, no intenté defenderme; mas escitado por el dolor, por la cólera que me inspiraba accion tan perversa, me desasí de las manos de Bamboche, luché, le pagué golpes con golpes, y aun logré echar debajo á mi contrario: sujetándole entonces con la rodilla, á pesar de sus esfuerzos, no quise abusar de mi victoria, pero mas afligido que irritado de aquella manera salvaje de acoger mis ofrecimientos de amistad, le dije:

—Á qué zurrarnos? vale mas ser amigos...

Renunciando la ventaja de mi posicion, dejé en libertad á Bamboche, de la cual se aprovechó arrojándose sobre mí con mayor furia, y me mordió en el rostro tan fuertemente que saltó la sangre.

A vista de la sangre, trocóse en frenesí la cólera de Bamboche, chispearon de ferocidad sus ojos y no me zurró ya sino que se tendió sobre mí desgarrándome antes la ropa para morderme en el pecho.

Creí que iba á matarme y no opuse resistencia alguna: no porque el miedo ni la cobardía paralizasen

mis fuerzas, sino porque sentia una desesperacion profunda causada por la maldad gratuita de aquel niño de mi edad, hácia quien sintiera tan repentina simpatía.

No hice la mas leve resistencia: tan intenso era mi dolor moral, que apenas sentía los mordiscos de Bamboche; sin quejarme, lloraba en silencio.

Los caractéres violentos, vengativos, se exasperan siempre en la lucha; esta escitacion los embriaga y cuando les falta, se apaciguan por falta de resistencia: así le sucedió á mi adversario, se levantó con los lábios teñidos de sangre mia y me creyó desmayado.

La claraboya de la cueva proyectaba claridad suficiente para que Bamboche distinguiera perfectamente mis facciones, luego que me tuvo otra vez debajo: yo le miraba fijamente y sin cólera... Despues me dijo que lo que mas le chocó fué la espresion de resignacion dulce y triste de mi fisonomía: no respiraba ódio ni cólera, ni miedo, sino pesar profundo.

--Tienes los ojos abiertos, no te defiendes, lloras... esclamó; toma, collon!

Otra vez volvió á zurrarme.

--Mátame... te lo perdono.

--Que me perdonas?

--Sí, y eso que si hubieras querido, habriamos vivido como hermanos...

--Habrá endemoniado! esclamó Bamboche, desesperado de mi resignacion que le impresionaba á su pesar; cuanto mas daño le hacen, mas dulce habla...

--Te hablo asi porque te compadezco.

--Me compadeces... despues de molerte á golpes y morderte.... á tí es á quien hay que compadecer.

--Y á tí tambien, porque rehusas mi amistad.

--Anda, véte, me dijo zafiamente Bamboche, cada vez mas asombrado de mi resignacion; véte, que eres como mi perra Mica.

--Pues que hacia?

--Me la habia encontrado y la daba de comer con parte de mi racion... sin mas objeto que tener á quien

zurrar cuando me zurraban: pero por mas que la mortificaba, jamás se vengaba... Cuando la hacia mucho daño, ni siquiera se atrevia á chillar; rechinaba los dientes de dolor, y en seguida... venia á lamerme las manos y á acostarse á mis pies...

—Y al cabo, dije conmovido con estas palabras, al fin y al cabo llegarias á querer al pobre animal.

—Al cabo, viendo que era así, la tiré al rio con una piedra atada al pescuezo.

—Mejor era eso que atormentarle.

.— Seré yo mas digno de lástima que ella? me dijo Bamboche con tono sardónico.

—Sí...porque la mataste. Ya ves, ahora estas solo en lugar de tener siempre á tu lado á un pobre animal, sumiso y cariñoso, que te hubiera seguido á todas partes y defendido tal vez.

—Sin perjuicio de poder sacudirle!

—Podias, es verdad; pero no por eso dejaria de lamerte las manos y acostarse á tus pies.

-Sí, la cobardona habria hecho lo que tú.

--Ya ves como me has mordido y me has hecho sangre. Pero he chillado? me he quejado siquiera? El que se queja y chilla es el cobarde.

Esta respuesta le hizo efecto á Bamboche; mas procuró ocultar su conmocion.

--Por qué no te defendiste la segunda vez como la primera? me dijo; aunque mas pequeño, eres mas fuerte que yo.... bien lo he conocido....

—Porque la primera vez estaba encolerizado, y la segunda triste de que me quisieras tan mal.

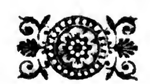
Dilatábanse las facciones de Bamboche: á una maldad ciega reemplazaba, si no simpatía, á lo menos viva curiosidad, y me dijo impacientado, como si quisiera luchar con sentimientos mejores que en él se despertaban:

—Si no me conocías, por qué querias ser mi amigo

—Ya te lo he dicho, porque te oí gritar esta noche,

porque eres de mi edad, y desgraciado como yo... como yo acaso, sin padre ni madre.

Al oir estas palabras, anublósele el rostro á mi compañero, se entristeció, bajó la cabeza y exhaló un profundo suspiro.



CAPITULO V.

El Leñador

Como Bamboche continuaba silencioso, reiteré mi pregunta:

—Lo mismo que yo, le dije, no tienes padre ni madre?

—No he conocido á mi madre, contestó bruscamente, aunque en tono menos sardónico y menos áspero.

—Y tu padre?

—Mi padre era leñador de *camino.*

—Qué es eso?

—Sí, viajaba y hacía alto luego que encontraba donde estuvieran desmontando bosques: entonces nos hacíamos una choza con tierra y haces, y vivíamos allí todo el tiempo del desmonte.

—Trabajabas ya con tu padre?

—Le ayudaba en lo que podia: iba arreglando la leña que él derribaba.

—Dónde está ahora tu padre?

—En el bosque, contestó Bamboche con siniestra sonrisa.

—En el bosque?

—Sí; un dia se partió casi una pierna con el hacha; lo mismo que un caño le brincaba la sangre á diez pasos...

—Válgame Dios!

—Yo, amedrentado, lloraba y chillaba, dijo Bamboche enternecido : pedia socorro con todas mis fuerzas.

—Caramba! yo lo creo.

—Mi padre se sujetaba la pierna con ambas manos para impedir que saliera sangre; mas como corria lo mismo por entre los dedos, empezó á decir: á prisa, arranca yerba, trae mucha... mucha... Yo arrancaba toda la que podia y se la llevaba á mi padre que la iba aplicando sobre la herida... pero en seguida la yerba se ponia colorada...

—No se estancaba la sangre?

—Cá! entonces dijo mi padre: anda, hijo, trae tierra húmeda... puede que asi se restañe la sangre mejor que con yerba.

—Y qué?

—La tierra se ponia tambien en seguida colorada y la voz de mi padre comenzaba á debilitarse.

—Pero no se podia pedir socorro en parte alguna?

— Socorro!— Bamboche se encojió de hombros.— Dijo mi padre: corre al llano, por allí vi esta mañana á un labrador desmontando con arado... pídele ausilio. Corrí gritando:—Mi padre acaba de partirse una pierna y pide socorro; está lejos la aldea?—Jesus! pobrecito, pues acaso hay cirujanos en las aldeas? Escasea mucho el dinero. Eso se queda para los pueblos grandes, y el mas inmediato dista cuatro leguas de aquí—Pues venid vos á socorrer á mi padre.— No entiendo nada de heridas, ni soy pastor; ademas, no puedo dejar solos á estos animales, porque lo destrozarian todo y me echaria mi amo.

Tanto insté, que el labrador se resolvió á acceder, mas aun no habia andado diez pasos, cuando los caballos del arado empezaron á morderse y á tirar coces.—Lo ves? me dijo, no puedo ir contigo. Echó

mano á los caballos ; yo me volví al lado de mi padre...

—Que desgracia!

—Cuando llegué estaba en el mismo sítio, sujetándose la pierna con ambas manos, en medio de un lago de sangre. Al verme se incorporó mi padre: tenia la frente empapada en sudor, la cara blanca, los lábios morados.

—No hay socorros mas que en el lugar, y dista cuatro leguas, le dije: el labrador venia: pero se le alborotaban los caballos y ha tenido que volverse. Qué haremos, padre, qué haremos?—Lo que estás viendo, hijo mio, derramar toda mi sangre, dijo con voz tan baja que apenas le oia; los cirujanos y socorros son buenos para las grandes poblaciones... Para nosotros... mira... mira los que vienen á ayudarnos cuando morimos!—Me mostró una bandada de cuervos que pasaba por encima del bosque.—Haciendo en seguida un esfuerzo para incorporarse, soltó las manos que estaban empapadas de sangre y me alargó los brazos, esclamando: Abrázame, pobrecito, harto trabajabas ya para tus fuerzas... Pero qué vá á ser de tí? Dios mio! Qué va á ser de tí?—Quiso hablar mas mi padre y le dió hipo:—cayó de espaldas y espiró.

Pronunciadas estas palabras, cubrióse Bamboche los ojos con las manos y echó á llorar.

Yo lloré como él, pues me inspiraba una compasion profunda, convencido de que habia sido mas desgraciado que yo. Habia visto morir á su padre, sin poder socorrerle.

—Qué hiciste luego? le pregunté á Bamboche despues de una pausa.

—Estuve junto al cuerpo, llorando hasta que fué de noche, y de cansancio me dormí. Por la mañana desperté helado: el cadáver de mi padre estaba ya tieso enmedio del charco de sangre. Volví á salir al llano en busca del labrador de la víspera, á decirle que mi padre habia muerto y que viniera á enterrarle: no estaba alli el labrador, y como no parecia, á pesar de haber dejado el arado, me volví á nuestra choza que

distaba bastante. Tomé un pedazo de pan, porque estaba hambriento, y volví al lado del cadáver. Los cuervos se habian arrojado sobre él, y le estaban destrozando el rostro.

—Dios mio! esclamé estremeciéndome.

—Echábalos con un palo, pero no se iban lejos, y andaban dando vueltas por encima del cuerpo, graznando y posándose en los árboles mas inmediatos. Viendo esto, empuñé el hacha de mi padre, que no podia apenas manejar, é intenté abrir un hoyo, mas no pude por ser el suelo todo de piedras y raices. Me alejé un poco, y aunque el terreno era menos duro, adelantaba muy poco mi tarea; ademas, mientras trabajaba, viéndome lejos los cuervos, se echaban otra vez sobre su presa. Iba á anochecer, y lo que hice fue poner dos haces de leña á los dos lados del cuerpo con otros atravesados por encima sujetándolos con las ramas mas récias que pude hallar. Tambien eché piedras y cogí el gorro, el morral y el cuchillo de mi padre: el hacha pesaba demasiado, los zuecos eran muy grandes y los dejé. Volví en seguida á la choza por el pan que nos habia quedado, y fuí andando, andando... hasta encontrar un camino.

—Cuando encontraste á alguien, no dijiste que habia muerto tu padre y que fueran á enterrarle para que no le comieran los cuervos?

Soltó Bamboche una carcajada brutal, y esclamó:

—Valiente cuidado se les daba de que á mi padre, muerto como una fiera, se lo comieran los cuervos!... buen caso hacen unos de otros! y como me decia el tullido, cierto pícaro mendigo con quien pedí limosna, á los lobos solamente no los comen, conque á ser lobezno, galan, ínterin te haces lobo...

—Te queria mucho tu padre? le pregunté á Bamboche con la idea de despertar en su ánimo sentimientos mas dulces.

—Sí, contestó volviendo á ponerse triste, en vez de aparecer sardónico... sí... él no me hubiera zurrado nunca... me hacia trabajar con arreglo á mis fuerzas, que no eran grandes, pues escasamente tenia los ocho

años. Si llovia, me echaba por los hombros su mandil de cuero, ó me hacia un albergue con haces: si el sábado nos faltaba pan, él jamás tenia hambre. Los domingos, en el buen tiempo, me alcanzaba nidos ó andábamos á caza de ardillas: si llovia, nos estábamos en la choza, y me hacia carretitas con el cuchillo para divertirme: otras veces me cantaba canciones... Cuando me acuerdo de aquellos tiempos... créelo... me dá pena...

—Por qué echas menos la época en que te amaba alguien? esclamé enternecido: mira tú si es bueno ser amado... á falta de un padre... por un hermano... déjame ser tu hermano...

Bamboche guardó silencio: aventuréme á cogerle la mano, y no la retiró al pronto; mas luego hizo un movimiento brusco para alejarse de mí, diciendo:

—Bah! dejémonos de bobadas: los lobos no tienen amigos: yo he de ser lobo, como decia el tullido.

No atreviéndome á insistir mas por aquella vez, de miedo de incitar de nuevo á Bamboche, repuse:

—Y cuando te viste en el camino real, despues de muerto tu padre, qué hiciste?

—Cuando se me acabó el pan que llevaba en el morral, entré en una hermosa casa de campo á pedir, diciendo que se me habia muerto mi padre en los bosques: un tio gordo que tenia arrollado un pañuelo á la cabeza y estaba almorzando debajo de un emparrado donde habia muchas rosas, me dijo con dureza: Jamás doy limosna á los vagabundos; marcha, perezoso.—Se ha muerto mi padre; no tengo trabajo.—Y te lo he de buscar yo? marcha, que huelen que apestan esos andrajos--Pero, señor!--Acá, Castor, dijo el gordinflon llamando á un perrazo que acudió al momento: anda, muérdele... Tomé el tole, pero luego volví recatándome: cogí piedras y rompí dos vidrios. La cabeza es la que hubiera debido romper á aquel mal hombre, que en vez de darme un pedazo de pan me echaba el perro, esclamó Bamboche, cuyo rencor aún se conservaba... Jamás se me olvidará; pero aseguro... añadió con aire reconcentrado.

—Qué le habria hecho á aquel señor un poco de pan? tan malo era?

—Los ricos... son unos bribones... no dan mas que lo que les pillan, decia el tullido, y tenia razon.

—Y qué hicistes cuando te faltó pan y no te lo querian dar?

—Era por otoño, los árboles estaban llenos de manzanas; comia las que podia.

—Qué mendigo era ese de quien me has hablado?

...Estando un dia durmiendo en un valle junto á un vallado, me despertó un ruido: miré y era un tullido con las piernas en aspa, andando con las manos que llevaba armadas con unos zuecos á guisa de guantes: se sentó, desató las vendas que le sujetaban las piernas, se puso de pié y empezó á saltar y brincar para desentumecerse: estaba tan tullido como yo.

—Pues para qué lo fingia?

—Para engañar á la gente y coger limosnas. Yendo y viniendo por junto al vallado, reparó en mí, y furioso porque le hubiera sorprendido, cogió un zueco y se vino para mí diciendo:—Si tienes la desdicha de decir que me has visto y que no estoy impedido, yo sabré encontrarte y he de romperte la cabeza á golpes.—Tuve miedo y eché á llorar: entonces era yo un collon como tú; lloraba por cualquier cosa.—A quién he de decírselo? contesté á aquel hombre.—A tus padres, si eres de esta tierra.—No soy de esta tierra, ni tengo padres.—Pues cómo vives?

—Caramba! dije yo á Bamboche, asi poco mas ó menos encontré á La Lebrasse.

—Pues tuviste un bonito encuentro, me dijo Bamboche, y continuó:

—Còmo vives? me preguntó el mendigo.—Duermo en el campo y como manzanas y ubas, si las hallo. --Quieres pedir conmigo? Ya estoy harto de ser tullido, siempre con calambres en las piernas y callos en las manos: por mudar, me voy á hacer el ciego; tú serás mi hijo y me guiarás: verás qué ricamente lo pasamos!--Convenido en irme con el tullido, esperamos á que fuera de noche, y tomamos soleta hasta sa-

lir de la tierra donde pasaba por impedido : al dia siguiente empezamos á mendigar, fingiéndose él ciego y yo hijo suyo.

—Te trataba mal?

—Cuando no caian limosnas me echaba la culpa y me molia á golpes por la noche.

—Pues cómo no abandonaste á un hombre tan malo?

—No le podia ver, pero seguia por no tener otro amparo. Con él, al menos, casi habia una certeza de comer... y me enseñaba unas cosas!...

—Qué cosas?

—Me enseñaba lo que hay que hacer para que no se la pegue ninguno...

Miréle á Bamboche sin comprender.

—Habrá bruto! me dijo con desden.

Y como por condescendencia con mi inocencia añadió:

—El tullido me enseñaba que á los lobos no los comen, y que es menester ser lobo.... que si hay otro mas fuerte que tú, te hace daño; y asi debes vengarte en el que sea mas débil: que no haciendo nadie caso de tí, tú no debes hacer caso de nadie: que todo es lícito no dejándose coger: que los hombres de bien son unos papanatas y los ricos unos bribones: que los imbéciles son los únicos que trabajan, y bien se lo recompensan dejándolos rebentar de hambre.

—Pero tu padre no creeria eso, ni te lo diría, no es verdad?

—Mi padre trabajaba como un caballo y murió por falta de socorros, medio comido de cuervos: yo me contentaba con un pedazo de pan y trabajo; y me echaron azuzando á un perro para que me mordiera, esclamó Bamboche prorumpiendo en una amarga carcajada: el impedido no hacia mas que pasearse, se la pegaba á todo el mundo y no carecía de nada.— A veces nos atracábamos de lo lindo con las limosnas del dia... conque razon tenia el tullido.

La verdad, no sabiendo que contestar á Bamboche, me callé.

El continuó como complaciéndose en evocar sus recuerdos :

—Tambien me hablaba de las mujeres! dijo, chispeando en sus ojos precoz ardor.

—De las mujeres? le dije con candorosa sorpresa.

—Sí, de sus queridas, á quienes zurraba, y encima le daban dinero.

No comprendía yo; pero por miedo de motivar las zumbas de mi compañero, le dije:

—Al cabo, como te separaste del mendigo?

—Nos prendieron á los dos.

—Quién?

—Los gendarmes.

—Por qué?

—Al tullido se lo dijeron, á mí no. Nos encerraron en una granja para llevarnos á la ciudad al dia siguiente, y por la noche desperté al ruido que el tullido hacia para agugerear la pared con objeto de escaparse: yo le dije que iba á chillar si no me llevaba: tuvo miedo, le ayudé, y escapamos.

Pero así que estuvimos distantes, dijo:—Me estorbas: por tí me pueden conocer.—Descargóme un garrotazo en la cabeza y caí sin sentido, dándome por muerto; pero tengo la calamocha dura y me despavilé bien pronto. Solo otra vez, me puse á mendigar por los caminos, y haciendo la rueda delante de los carruajes, recogia algo, siendo muy raro el dia que me quedaba sin comer. Hará un año que encontré á La Lebrasse con su compañía, y como yo me acercára á pedirle, observó que era listo y me preguntó si tenia padres.

—Lo mismo que á mí.

—Le dije que no los tenia, y que mendigaba. A esto repuso que si me acomodaba, él me enseñaría un buen oficio, me daría bien de vestir y de comer, algun dinerillo y que iría en carruaje... Acepté, por supuesto; subí al carricoche y me dijo que me llamaría Bamboche en vez de Pedro... Desde entonces estoy con él, y estaré hasta que...

Enmudeció Bamboche.

—Hasta cuando?

—Eso es cuenta mia, contestó Bamboche con ademan sombrío y pensativo.

—Y el oficio que debia enseñarte?

—Un año há que le estoy aprendiendo... Tú tambien le aprenderás... ya verás lo que es...

—Pues qué hay que hacer?

—Habilidades para divertir á la gente.

--Para divertir?

--Sí, en las férias.

Miréle á Bamboche, sorprendido.

—Yo he trabajado ya en público. La tia Mayor me sujetaba por los pies, y yo con los brazos cruzados cojia del suelo con los dientes algunas monedas, ó bien, atada una pierna al pescuezo, hacia piruetas con la otra, y varias cosas mas...

—Eso quieren enseñarme? esclamé aterrado.

—Sí, eso se enseña á latigazos, deshaciéndole á uno los huesos. Oh! tus gritos me despertarán mas de una vez, como los mios te han despertado esta noche, dijo Bamboche con sonrisa cruel.

—Dios mio! Cuánto sufririas!

—Al principio no mucho, porque la tia Mayor me enseñaba el oficio poquito á poco, sin zurrarme: me vestia bien y me daba golosinas sin que lo viera La Lebrasse. Ademas, cuando trabajábamos en público, me ayudaba para facilitar las suertes; pero ahora ese morcon de mujer me deja ir lleno de andrajos, me tiene á pan y agua á cada paso y me muele á golpes por nada: en ocho dias quiere que aprenda las suertes mas difíciles, y me zurra porque estando demasiado tiempo cabeza abajo, me ahoga la sangre.

—Pues por qué es ahora tan mala, siendo antes tan buena para tí la tia Mayor?

—Toma! porque antes era su amante, y ahora ya no quiero serlo, respondió Bamboche con desdeñosa fatuidad.

Tampoco esta vez comprendí lo que queria decir, y le dije candorosamente.

—Su amante? Y qué significa eso?

Soltó una gran carcajada mi reciente amigo y respondió:

—No sabes lo que es ser amante de una mujer? Habrá borrico!... con los años que tiene...

Yo tendria unos once años y Bamboche uno ó dos mas.

—No, le dije confuso por mi ignorancia.

Entonces con increible aplomo y con un tono de superioridad burlona, ilustró Bamboche, sin escrúpulos ni reparos, mi inocencia infantil, contándome como *le habia seducido la tia Mayor.*

En aquella época, casi sin nociones del bien y del mal, no podia chocarme cuán repugnante y horrible era la monstruosa depravacion de aquella arpía: asi que la cínica revelacion de Bamboche solo me causó asombro, acompañado de esa especie de vergüenza que causa el miedo del ridículo: porque me avergonzaba de ser todavía tan ignorante.

—Y por qué no quieres ya ser amante de la tia Mayor? díjele turbado por aquella revelacion inesperada.

Al pronto no me contestó Bamboche.

Guardó silencio un rato; pero arrastrado por esa necesidad de espansion propia de los amantes de todas edades, ocurriéndosele por primera vez, como despues me confesó, que un amigo era confidente, y por último, sojuzgado por un impulso de simpatía, tan inesplicable como involuntario, díjome con no menos conmocion que sinceridad.

—Mira... cuando llegaste... me complacia en hacerte daño, como me lo están haciendo á mí: te defendiste, me cogiste debajo y acabé de enfurecerme... entonces te hubiera ahogado. Mas luego, cuando sin defenderte, te oí llorar, no por los golpes, sino porque yo no queria ser tu amigo... caramba! sentí una cosa... así... como tierna... el corazon se me puso como no le habia tenido desde que murió mi padre, y así de sopeton me vino gana de hablarte de él y contarte mi historia, que á nadie he contado... ¿Conque, si quieres ser mi amigo...

Pero, cuando poseido de inesplicable gozo, me iba á arrojar en brazos de Bamboche, detúvome este diciendo:

—Poquito á poco... si somos amigos... yo he de ser el amo.

—El amo?

—Sí, has de hacer lo que yo quiera.

—Todo lo que quieras.

—Si me hacen daño, me vengarás.

—Descuida, tengo valor.

—Me contarás lo que digan La Lebrasse y la tia Mayor.

—Todo.

—No me ocultarás nada de lo que pienses?

—Nada; ni tú tampoco?

—Lo que exijo de tí, claro es que lo haré tambien, esclamó Bamboche; solo que quiero ser el amo, porque es mi manía: yo te lo diré todo, y tú á mí: me vengarás, te vengaré, y maquinaremos siempre juntos. Te acomoda?

—De todo corazon, esclamé regocijado y envanecido de haber logrado poseer *un amigo*, despues de tantas penalidades.

—Ahora, repuso Bamboche con una precipitacion que demostraba su satisfaccion por tener un confidente, quiero que sepas que estoy enamorado.

—No ya de la tia Mayor? le dije con nuevo asombro.

Bamboche se encojió de hombros.

—Habrá papanatas? me dijo, y añadió como movido de compasion: trabajillo me ha de costar desasnarte; pero haré contigo los oficios que el tullido hizo conmigo.

—Gracias, Bamboche, le dije penetrado de agradecimiento: y de quién estás enamorado, si no es de la tia Mayor?

—Te lo voy á contar, me dijo.

Con viva curiosidad aguardé su relacion.

CAPITULO VI.

Los amores de Bamboche.

Cuando pronunció Bamboche estas palabras: "quiero que sepas que estoy enamorado" despidieron ardiente resplandor sus ojos: colorose levemente su cutis pálido: sus facciones, que hasta entonces me parecieran duras y sardónicas, se revistieron de una espresion de apasionada dulzura y casi le encontré hermoso.

—Cuando entré en la compañía, me dijo, componíase esta de un payaso, un albino que tragaba hojas de sable, y una chica de diez años, muy fea, flaca como un palo, y negra como tizne, que bailaba, tocando la guitarra y no trabajaba mal en las suertes con la tia Mayor: pero como la pobrecilla llevaba siempre desnuda la garganta, los brazos y las piernas, y era de contestura endeble, estaba tiritando siempre y tosiendo. Hacíanla trabajar mas de lo que permitia su edad y fuerzas, y asi la iban matando poco á poco. Por lo demas, en su carácter era un cordero y tan servicial como la que mas. Acabados los ejercicios, se metia en su rincon, no hablaba con nadie ni se reia

nunca: daba lástima mirar, á pesar de su fealdad, sus ojillos azules, dulces y tristones. La tia Mayor, que á mi entender llegará á concebir celos por mi causa, apretó contra ella, desde que entré en la compañía, con tal crueldad que la pobrecilla enfermó y murió en una de nuestras correrías. No supe quién era ni cómo la habia enganchado La Lebrasse.

—Pobre niña! dije á Bamboche; creí que era de esa de quien te habias enamorado.

—No, no, ya verás. La Lebrasse la habia puesto el mote de Basquine, como á mí el de Bamboche así que murió, dijo á la tia Mayor: necesitamos otra Basquine, pero mas linda: una niñita de esa edad siempre viene bien, sobre todo si es guapa y canta coplas verdes para divertir á los bobos.--Dices bien, contestó la tia Mayor; necesitamos otra Basquine.--Es de advertir que hará dos meses, al acabar la estacion de nuestras funciones, quedó desconcertada toda la compañía; pues el albino tragó atravesada una hoja de sable, por lo cual tuvo que ir al hospital y nuestro payaso nos abandonó para entrar en un seminario.

--En un seminario!

--Sí; es una casa donde enseñan á ser cura. Fué lástima, porque no he conocido hombre mas gestero que Girofleé.

--Quién es Girofleé?

--Nuestro payaso! Tenía unos pelos de color de zanahoria que daba risa. No quedaba, pues, de la compañía, mas jente que la tia Mayor, La Lebrasse y yo: se acercaba el mal tiempo y nos veniamos hácia acá, donde suele pasar el invierno La Lebrasse, cuando una jornada paramos á hacer noche en un pueblo: el carruaje estaba algo descompuesto, por lo cual le llevó La Lebrasse á casa de un carretero y volvió á la posada mas contento que una páscua.--Ya pareció aquello, la dijo á la tia Mayor: he encontrado otra Basquine.--Bah! dónde?--En casa del carretero, que tiene once hijos, de los cuales seis son muchachas: el mayor es un arrapiezo de catorce años, de suerte que aquel hormiguero se está muriendo de hambre; con

mas, que la madre se halla postrada: pero sabes lo que hé visto en medio de aquel escuadron de chicos? Una niña de diez años que es un ángel, un tesoro. Cabellos rubios rizados, boca de cereza, cintura que yo abarco con dos dedos, derecha como un junco, y una carita tan mona, que no hay mas que pedir. Tiene mal color, porque está muerta de hambre, pero dándola carne y leche se pondrá otra.

Ya se me figura estarla viendo vestida de encarnado con lentejuela de plata, hacer sus gracias en lo alto de la pirámide humana ó cantar unas cuantas coplas de *mi amigo Vicente* ó *de la tia Arsouille*, (1) con lo cual lloverán sobre nosotros tantas monedas de plata como de cobre nos hizo ganar en su vida la otra Basquine con su cara escuálida.—Pero cómo hemos de hacernos con esa chiquilla? preguntó la tia Mayor á La Lebrasse.—Verás; le dije al carretero: Buen hombre, vos y vuestra familia estais pereciendo de hambre, de sed y de frio.—Asi es la verdad, repuso el patan con tono lagrimoso, once hijos pequeños y la mujer en la cama, es mas de lo que puede aguantar un hombre, no teniendo sino dos brazos para mantener doce bocas.—Quereis que no sean mas que once, buen hombre?—El carretero me miró aturdido.—Sí, me encargo de la mayorcita de vuestras hijas, de aquella rubilla que nos mira con los ojazos abiertos; me encargo de mantenerla, y con tal que me la dejeis hasta los diez y ocho años, la enseñaré un buen oficio.

—Juanita! mi tesoro! esclamó el padre con las lágrimas en los ojos, pues si no tengo otro consuelo que su vista!... jamás me separaré de ella.—Pero reflexionad que siempre es una boca menos.—No sé si os daría otro de mis hijos; trabajo me costaría pero siendo por su bien... Tocante á Juanita... jamás!

—No siendo la rubilla, dijo La Lebrasse á la tia Mayor, podia guardarse en conserva los otros mu-

(1) Canciones obscenas.

chachos, que parecian una nidada de buhos; no sé cómo diablos habia nacido allí tan bonita alondra.

—Pues, señor, le dije al carretero, yo quiero la rubilla, y no otro; con mas, os doy al contado cien francos como me dejeis á Juanita hasta los veinte años.

"Cien francos! esclamaba el hombre suspirando, cien francos!"

Para su miseria era un tesoro, y al ver la cara que ponia, me estaba aguardando que soltara á Juanita; cuando la llamó, la cojió en sus brazos y empezó á darle besos y mas besos, llorando como un becerro: mas cátate que sollozando, salta el animal y dice: "idos, idos, me quedo con Juanita: si nos morimos de hambre, cómo ha de ser! pero no puedo separarme de ella." —Conque nos quedamos sin Basquine? dijo á La Lebrasse la tia Mayor no, muy apesadumbrada por causa de sus celos, añadió Bamboche por via de paréntesis. —Escucha hasta el fin, repuso La Lebrasse: yo le dije al carretero: buen hombre, no quiero abusar de vuestra posicion; pensadlo bien, teneis de plazo hasta mañana á medio dia, y no son ciento sino trescientos los francos que os ofrezco por Juanita; mañana me hallareis en la posada del Ciervo Grande, y para despues os dejaré las señas á donde habeis de escribirme. —Nos separamos, pero estoy seguro de que mañana viene á traerme su rubilla.

—Y se la llevó en efecto? preguntó á Bamboche.

—No, pero yo que me estaba haciendo el dormido oyéndolo todo, curioso por ver á la nueva Basquine, madrugué mucho, pregunte dónde vivia el carretero, y...

La relacion de Bamboche fué interrumpida por el vozarron de la tia Mayor, que gritó desde la entrada de la cueva:

—Eh! Martin... Bamboche, á la sopa!

—Nos llaman, saltó precipitadamente mi nuevo amigo: yo te contaré lo demas, y cómo estoy tan enamorado de lo que ví y oí de Juanita, que no pienso en

otra cosa. Aquella vez no quiso darla su padre, mas hará ocho dias que he oido decir á La Lebrasse que le habia escrito el carretero, y que tan luego como llegára un *hombre-pescado* á quien está aguardando, iríamos hácia el pueblo del carretero para recoger á Juanita.

—Trueno de Dios! estáis sordos? volvió á gritar la tia Mayer.... Tendré yo que bajar, escuerzos?

--Vamos, señora, vamos allá! esclamé y abrazando á Bamboche, le dije con entusiasmo :

--Somos amigos, no es verdad? amigos para siempre!

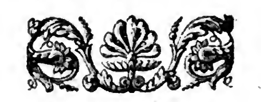
--Sí, amigos, contestó Bamboche, estrechándome cordialmente: amigos para siempre.

. . . .

Desde esta fecha data mi amistad á Bamboche.

Pocas semanas despues, conocí á Basquine.

Personajes singulares, casi inesplicables, á quienes he amado siempre tanto como ellos á mí, y á quienes en el curso de mi vida, tan aventurera como la suya, debia encontrar tantas veces en circunstancias tan diversas.



CAPITULO VII.

Martin a un rey.

A esta parte del manuscrito estaba unida una nota marginal concebida en los términos siguientes, y dirigida por Martin al rey de quien hablamos:

Setiembre de 1845.

Señor: por pueril que al pronto os parezca la historia de estos primeros años de un pobre niño abandonado, dignaos reflexionar y advertireis que esta relacion se roza con las mas graves cuestiones sociales.

El albañil, á quien yo servia, se emborrachaba. Por qué?

Con objeto de alejar por medio de la embriaguez el pensamiento presente y futuro de una vida asaz penosa.

Por una escepcion singular, aquel hombre poetizaba un vicio odioso.... Muy odioso, sí, pero no tanto como las causas que le enjendran y suelen hacerle inevitable.

Entre las causas numerosas y diversas de este vicio, dos hay omnipotentes:

Olvidar por un rato una vida de privaciones y fatigas incesantes.

Distraer los sufrimientos y necesidades continuas de una familia estenuada, à la cual no alcanza á sostener el salario insuficiente del proletario.

No hay duda que entre los proletarios se halla mas de un hombre con bastante valor y resignacion para contemplar, sin cerrar jamás los ojos, esa infinita y sombría perspectiva de dias, de meses, de años, en que desesperando de todo reposo, de todo bienestar para la vejez, se mira trabajando sin cesar, ínterin sobreviene una muerte miserable, fin miserable de una miserable vida.

No hay duda que entre los proletarios se hallan hombres mas estoicos todavía.

Alguno, al cabo de doce horas de abrumador trabajo, vuelve por la noche á su albergue infecto, ahogado, despues de comprar con el insuficiente jornal, pan insuficiente para mantener á su familia hambrienta: tambien él tiene hambre, despues de todo un dia de trabajo, y lo mismo su mujer, que está dando de mamar; mas el escaso sustento es abandonado casi todo á los muchachos escuálidos y descarnados...

Sin embargo, durante su insomnio, el padre y la madre los oirán chillar que tienen mas hambre.

Este hombre volverá á levantarse al amanecer, para correr á la faena, no obstante la desesperacion que debe infundir este pensamiento:

«Por mucho que trabaje... esta noche, y todas las „demas, resultará que no he ganado lo suficiente para „mantener á los mios, y esta noche y las demas, sus „quejas no me dejarán dormir... estinguiéndose así „mis fuerzas y mi vida alrededor de este círculo „fatal.»

Un hombre como este es estoico y venerable, porque escatimando uu poco de su jornal, podria como tantos encontrar en la taberna por todo un dia,--lo entendeis, señor, *por todo un dia!!!*--el OLVIDO de los eternos pesares que le devoran.

Y porque estos hombres valerosos sean dignos de

veneracion, porque resistan al halago de un vicio casi inevitable en su situacion horrible, porque sufran resignados é inofensivos, es justo, es prudente abandonarlos siempre á esta agonía? Porque el inocente resista el tormento, se ha de prolongar el suplicio?

Pero por desgracia no todos los propietarios están dotados de esta energía estoica. Hay tambien muchos embrutecidos por la ignorancia, degradados por la miseria, estragados por la desesperacion... y estos ceden al funesto encanto de la embriaguez, que les proporciona el olvido de sus males... otros hay en fin, mas degradados, aunque son los menos, que gustan de la embriaguez por lo que ella es.

Estos son vituperables... Pero lo son mas los que condenan sin piedad á estos infelices á la ignorancia, á la miseria, á la desesperacion, causas primeras, causas fatales del deplorable vicio que trae consigo el embrutecimiento, las enfermedades y la muerte...

Otras razones menos desconsoladoras, mas de consecuencias igualmente fatales, arrastran á la embriaguez á las víctimas del pauperismo.

Evidentemente, despues de una semana de penoso trabajo, el hombre siente la necesidad imperiosa del descanso y del placer.

Hay entre los proletarios, hombres que quebrantados por el hábito de una resignacion austera, ó debilitados por las privaciones, hallan en el apático reposo del cuerpo y del pensamiento en que pasan el domingo, una compensacion suficiente de las pesadas tareas de la semana.

Otros hay dotados de cierta instruccion, de una delicadeza de pensamientos que no ha podido estinguir el peso de los trabajos manuales.

De estos, los hay que descansan y se recrean con la lectura de poetas ó pensadores, otros con la contemplacion de las obras artísticas espuestas al público: algunos, admiradores de los encantos de la naturaleza, persuadidos de encontrarla adorable, espléndida, asi en su inmensidad como en sus mas pequeñas creaciones, observan enagenados ó religiosamente

conmovidos la deslumbradora magnificencia de una puesta de sol, el chisporroteo de los millones de mundos de una noche serena de verano, ó bien se embebecen en el curioso exámen de una rama de flores silvestres, de un insecto de coselete de oro y esmeralda, y alas de gasa.

Pero desgraciadamente no pueden ser muchos los que á pesar de las fatigas de una existencia laboriosa siempre, dura, precaria, embrutecedora á veces, pueden adquirir esa delicadeza de percepcion, esa frescura de impresiones, esa nobleza de pensamientos, indispensables para los goces intelectuales.

Muchos de los proletarios, aunque laboriosos y honrados, se han criado en la ignorancia, desheredados de la educacion liberal, que únicamente puede refinar los instintos é inspirar aficion á diversiones delicadas.

Qué resulta? que despues de una semana de privaciones y fatigas ceden á una necesidad natural é irresistible de placer.

Arrastrados por el ardor de la juventud, por una especie de fiebre, se agolpan con fogosa impaciencia en los únicos sitios de recreo abiertos á su pobreza!

Asi se llenan de un gentío tumultuoso las tabernas inmundas donde se vende vino envenenado, manjares nauseabundos y mozas inficionadas: al rededor de tan bulliciosas reuniones acuden los saltimbanquis, y en escenas innobles y repugnantes se pone en ridículo cuanto tiene el hombre de mas digno y respetable. Tambien abundan los cantores, y ya sean viejos, mujeres ó niños, todos rivalizan en impudor y cantos obscenos para escitar el buen humor de los bebedores.

Todas estas pasiones desencadenadas mujen pronto como un huracan dominado apenas por el clarin ó tambor de los volatineros, ó por el vuelo de campanas con que llaman espectadores. Un polvo sofocante y fétido se levanta envolviendo como en una nube aquella grande orgía del pauperismo.

Sobreviene la noche: luces rojizas iluminan aquellas caras vinosas, inflamadas: suben de punto los

gritos, los cantos cínicos, la alegría brutal... habia ya rato que la embriaguez iba mugiendo, hasta que estalla por fin.

A los acentos de hilaridad grosera sustituyen las injurias, las amenazas: en pos siguen las brutalidades, las violencias, y á menudo la sangre corre. Aquellos rostros alegres, encendidos por la embriaguez un momento antes, se ponen lívidos, magullados unos, sanguinolentos otros ó manchados de lodo; no son ya hombres, son fieras, locos desatados. La terrible accion del vino envenenado que se les vende produce frenesí en los infelices... Sus mujeres, sus hijos trémulos, acongojados, suelen presenciar estas horribles escenas, y las mujeres ó las hijas despues de estar escuchando todo el dia las indecencias de los titiriteros, ven á un marido, á un padre ó á un hermano víctima de una encarnizada lucha, rodar ensangrentado á sus pies, con los modestos vestidos del domingo rotos, manchados de fango; le ven levantarse trompicando y desconociendo á séres tan caros, prodigarlos injurias y amenazas.

Pasan en tanto las horas, se apagan las luces, se apacigua la tormenta, aquellas voces chillonas degeneran en balbucientes y gimoteadoras: aquellos hombres enérgicos no pueden tenerse mas.

Un silencio sombrio, interrumpido no mas por algunos gritos lejanos, reemplaza al estrepitoso tumulto: algunos recobran la razon, y abatidos, avergonzados, arrepentidos, se encaminan á sus casas, postrándose tristemente sobre el lecho y pensando ya en la faena del dia siguiente.

Sí, esto es asqueroso, esto es horrible: se irrita, sangra el corazon de ver á esas criaturas de Dios dotadas de un alma inmortal y con todos los gérmenes del bien y del mal, complacerse, rebajarse, degradarse á tales placeres.

Mas para vituperarlos, ¿dónde están los placeres nobles, delicados, puestos al alcance de esos infelices en cambio de sus goces brutales?

Qué pruebas de interés se dan á las masas desheredadas? Se las ha mirado, sí, como instrumentos de trabajo: se ha tratado de esplotar su fuerza, su inteligencia y su vida. Pero se ha pensado alguna vez en sus placeres?

En sus placeres, sí, por qué no? Se ha pensado que por lo mismo que su situacion es penosa, necesitan mas de distracciones, despues de muchos dias de trabajo? Se ha pensado en ennoblecer sus recreos? A los que enriquecen el pais durante la paz, á los que le defienden si hay guerra, se les han proporcionado en nombre del pais desahogados sitios de placeres honestos donde encuentren diversiones puras que los entretengan, que los consuelen y enseñen?

No: pues entonces con qué derecho se los vitupera porque se agolpan á gozar de placeres groseros, únicos al alcance de su miseria y de su inteligencia limitada?

Voy á acabar, Señor.

En este sincero relato de los diversos sucesos de mi vida, á menudo vereis aparecer á los dos compañeros de mi primera infancia.

Bamboche, hijo del leñador, niño abandonado que despues de ver morir á su padre como un perro, es rechazado con tan cruel desprecio, cuando por vez primera pide á un rico, *trabajo y pan.*

Pobre niño caido primeramente en manos de un vagabundo que le enseña la estafa, y que despues por los azares de la miseria pasa á poder de unos saltimbanquis que con su depravacion y sus brutalidades le enseñan el vicio y el odio.

Basquine! hija de un mísero artesano que azuzado por una miseria atroz está á punto de vender su hija á unos titiriteros, que se proponen esplotar de un modo infame aquel inocente tesoro de belleza, de gracia y de candor.

Sea cual fuere el porvenir de estas dos criaturas, antes de formar un juicio inexorable, dignaos, Señor, acordaros de lo que ha sido su infancia, y aca-

so en vez de vituperio, manifesteis la compasion mas profunda y mas dolorosa.

No son estas escepciones, Señor... Entre los que fatalmente caen en esos abismos sin fondo, de perversidad y de infamia, muy pocos hay que no hubieran sido honrados y buenos, á no haber comenzado su vida en el abandono, en la miseria ó en medio de ejemplos corrompidos y corruptores.

CAPITULO VIII.

La Educacion.

La Lebrasse y la tia Mayor, temerosos sin duda de que intentára escaparme, me vigilaban muy de cerca, mas eran inútiles sus precauciones, desde que Bamboche en nuestra primera entrevista comenzada por una pelea y concluida con un cordial abrazo, me habia dicho:

—Sí, seremos amigos, amigos para siempre.

Bamboche se mostró no menos fiel que yo á esta promesa de cariño recíproco. Por un contraste singular, aquel muchacho de carácter indomable, dotado de perversidad precóz, de maldad hipócrita, y aun de fría ferocidad en ocasiones, manifestóme desde entonces la adhesion mas tierna. Confieso que á no ser por la realizacion de la amistad fraternal tan apetecida por mí, á no ser por el lazo que tan estrechamente me unió á mi compañero de infortunio, habria intentado zafarme con la fuga, del cruel aprendizaje de mi nuevo oficio.

Todo el tiempo no empleado en mis lecciones, lo pasaba con Bamboche, le oia hablar de Basquine, con un ardor, con una sinceridad de pasion que ahora me

parece estraordinaria en un niño de su edad: ora se deshacia en llanto, al pensar en la suerte cruel que aguardaba á la pobre niña, pues recordaba la triste vida y desgraciado fin de la primera Basquine: ora brincaba de gozo imaginando que dentro de pocos dias sería compañera nuestra la hija del carretero: ora en fin, prorumpia en amenazas furiosas contra La Lebrasse y la tia Mayor, solo de pensar que Basquine fuera zurrada como nosotros.

A fuerza de oirle hablar de nuestra futura compañera con tan apasionada admiracion, llegué, tanto por cariño á Bamboche como por un vivo sentimiento de curiosidad, á desear con impaciencia suma la llegada de Basquine.

Bien fuera porque la tia Mayor no me juzgára digno de heredar en sus afecciones al infiel Bamboche, ó que disimulára sus proyectos, por miedo de espantarme (y no se equivocaba) lo cierto es que no pronunció una palabra de *amor*, y mostróse conmigo sumamente rígida.

A pesar de sus favorables pronósticos, asegurando que antes de un mes haria *el salto del conejo* y otros ejercicios, mi constitucion, mas que mi voluntad, se habia mostrado rebelde á las lecciones de mi maestra.

Mi primer oficio de ayudante de albañil me acostumbrára á andar encorvado bajo el peso de una artesa demasiado pesada para mis fuerzas, en tanto que la tia Mayor exigia de mí, no solo que metiera las espaldas para adentro, sino que doblára el cuerpo hácia atrás. Mi primer progreso fué andar derecho, enderezándose mi columna vertebral, que seguramente habia sufrido alguna deviacion: á esto está limitado todo lo que tengo que agradecer á la tia Mayor.

Cuotidianamente me imponia una especie de tortura preparando lo que en su jerga llamaba mi descoyuntamiento. Diré cómo procedia á estas nociones elementales é indispensables de mi oficio.

Todas las mañanas me ataba alternativamente á cada muñeca un peso de tres ó cuatro libras, obligándome en seguida, sopena de dura correccion, á

describir con el brazo paralelo al cuerpo, un movimiento de rotacion, lento en un principio y mas rápido sucesivamente, cuyo eje era el hombro.

Arrastrado por el peso de la muñeca, lo cual centuplicaba la celeridad del impulso, sentia distenderse mis articulaciones con tirantez cruel; por efecto de una sensacion singular y muy dolorosa, figurábaseme que se alargaba el brazo... que se alargaba estraordinariamente á medida que se aceleraba el movimiento de honda.

Una niñería inesplicable me inducia alguna vez á cerrarlos ojos, á pesar de los dolores, con el objeto de de que la ilusion fuera completa; y en efecto, habria jurado entonces que mi brazo, conforme describia círculos, alcanzaba á ocho ó diez pies de longitud. En nuestras conversaciones llamábamos á esto Bamboche y yo *hacer largos los brazos y las piernas.*

Sujetábanse estas despues á una evolucion análoga, por el método de los pesos, atados alternativamente á los tobillos. Aquí no era movimiento giratorio, sino de péndulo, cuyo punto articulado era la cadera, y la péndola el pie cargado con su gran peso: los mismos dolores se renovaban, mas vivos quizá, en las ingles, en la rodilla y en la garganta del pie, y la misma singular ilusion de creer que se alargaban los miembros, á medida que el ejercicio era mas precipitado.

La leccion solia concluir con lo que la tia Mayor llamaba el *molinete de cabeza.*

Bamboche me habia dicho que á las primeras pruebas de este tormento habia estado á pique de volverse loco. Esto me pareció exagerado entonces; mas amaestrado por la esperiencia, me convencí de la verdad del aserto de mi camarada.

Cojíame la tia Mayor la cabeza á la altura de las orejas, las cuales pellizcaba con toda su fuerza á la menor resistencia de mi parte: sujeto asi el cráneo entre sus dos manazas robustas, tiraba de la cabeza hácia adelante, hácia atrás, á la derecha y á la izquierda, menudeando estos movimientos contínuos y sucesivos con tal rapidez, que casi puedo decir que

me retorcia el pescuezo. A poco que durase este ejercicio, acometido de un vértigo acompañado de agudas punzadas, parecíame que se me iban á saltar los ojos y que se bazuqueaba el cerebro en su caja ósea. Cada uno de estos choques me ocasionaba un dolor increible.

Casi siempre despues de este ejercicio, con el cual terminaba la leccion, quedaba enteramente atontado por un rato.

Confieso no obstante que el descoyuntamiento producia sus frutos: poco á poco fuí adquiriendo, á costa de dolores atroces, una agilidad admirable, llegué á acostumbrarme á posiciones y á ciertos enlazamientos de miembros que me hubieran sido fisicamente imposibles; mas no paró aqui mi terrible maestra: creyéndome bastante descoyuntado, quiso hacerme trabajar á fondo en el *paseo á la turca*. Por qué *á la turca*? lo ignoro. Pero hé aquí en lo que consiste:

La tia Mayor me hacia sentar sobre un jergon, ataba la mano derecha al pie derecho, la mano izquierda al pié izquierdo y asi me hacia rodar en línea recta por medio de una série de volteretas contínuas, de las cuales el menor inconveniente era derrengarme y ocasionarme al fin de cada leccion una especie de golpe de sangre, que mi maestra remediaba echándome encima un cubo de agua. Esta catarata improvisada me hacia volver en mí, y pasábamos á otro ejercicio.

En público, *el paseo á la turca* debia ejecutarse libremente, esto es, que en vez de estar atado y recibir un impulso estraño, debia uno cojerse por las puntas de los pies y dar las volteretas, solo.

Asi pasaron muchas semanas, durante las cuales hizo frecuentes viages La Lebrasse; en diferentes ocasiones trajo numerosas matas de pelo de todos colores, porque continuaba en su tráfico con los cabellos de las muchachas indigentes.

Seguia en aumento mi cariño á Bamboche, por lo mismo que, insolente y malo con todos, se mostraba conmigo solo bueno y afectuoso á su manera; habia presenciado los padecimientos que me originára

el paseo turco, mas observé que ni me consolaba ni me compadecía: muchos dias le ví distraido, absorto, dirigirse hácia su granero desocupado, donde pasaba largos ratos: me ocultaba un secreto, y por orgullo no le quise pedir esplicaciones.

Salí una vez quebrantado de la leccion: de resultas de haberse prolongado *el paseo turco*, me dolía estraordinariamente la muñeca, por haber caido una vez en vago, y encima haberme la tia Mayor molido á golpes por la torpeza. Encontré á Bamboche enagenado de júbilo; mas al saber mi doble percance, nublóse su faz, colmó de imprecaciones á la tia Mayor, examinóme la mano con fraternal interés, y mirándome tristemente, dijo conmovido:

—Afortunadamente, es la última vez que te zurran!

—La última vez? repuse admirado.

—Mañana no estarás ya aquí, contestó despues de una pausa.

—Que no estaré aqui? esclamé.

—Atiende: ayer oí á La Lebrasse hablar con la tia Mayor, y parece que mañana llega el hombre-pescado: conozco al carretero que le trae, que es un buen hombre. Me he provisto de una cuerda llena de nudos, que tengo muy escondida: en el granero hay una claravoya que dá al campo: cabes por ella, porque yo soy mas alto y quepo...

—Para qué?

—Atiéndeme. Yo tendré la cuerda atada de antemano, para lo cual ya he dispuesto una estaca: asi que salga el carro conductor del hombre-pescado, *te las guillas* por la ventana y ruegas al carretero que te lleve consigo, ocultándote hasta estar tres ó cuatro leguas de aqui. Asi que te veas libre de las garras de La Lebrasse, no te faltarán albañiles con quienes trabajar, ó pides limosna hasta tanto.

Esta proposicion me destrozó el corazon, y llorando interrumpí á Bamboche.

—Qué te dá? preguntó bruscamente.

—Ya no me quieres! le dije con tristeza.

—Cómo que no! esclamó airado: estoy bregando para facilitar tu fuga!.. Quince dias hace que no pienso en otra cosa, y no te lo indiqué, por si acaso se frustraba el plan. Asi me lo pagas?

—Sí, repuse con amargura, te es igual que yo me vaya; no me tienes ley.

Al oir esto, cayó sobre mí Bamboche á puñetazos.

Aunque acostumbrado á las singulares maneras de mi amigo, este ataque brusco, cuyo significado no comprendia entonces, me irritó mucho. Convirtióse el enternecimiento en cólera, y pagué golpes con golpes.

—Despues que me privo de tí! despues que he estado espuesto á romperme el alma, probando si era la cuerda bastante larga! esclamó Bamboche enfurecido por mi ingratitud. Toma.... toma.... añadió acompañando esta tierna queja con un vigoroso puñetazo.

—Tú me prometiste que no nos separaríamos nunca, repliqué no menos indignado. Toma, mal amigo, dije sacudiéndole un puntapié.

—No sé yo lo que estás sufriendo aquí, gran pícaro? repuso Bamboche continuando aquella singular escena de pugilato: yo te compondré!

—Y no sabes tambien que como estemos juntos, no me importa que me zurren?

—Enhorabuena, dijo Bamboche, calmándose algun tanto. Pero yo me quedo á aguardar á Basquine: á no ser por eso, hace ya tiempo que habria prendido fuego á la casa, para tostar á La Lebrasse y á la tia Mayor, antes de largarnos. Supuesto que yo no puedo, vete tú.

--Jamás, porque en llegando Basquine, si quieres escaparte con ella, me necesitareis...

Suspendióse la lucha por un momento.

Bamboche, tan arrebatado en sus amistades como en su odio, hizo un movimiento para arrojarse otra vez sobre mí: incierto de cuáles serian sus intenciones, me puse en defensa, mas era precaucion vana. Aquel

singular muchacho me abrazaba con entusiasmo, diciendo conmovido:

—Martin, jamás lo olvidaré...

—Ni yo tampoco, Bamboche.

Le pagué el cariñoso apreton de tan buena gana como los puñetazos.

—Truenos de Dios! qué mágia tengo yo para tí? dijo despues de una pausa. Por mas que lo pienso, no descubro nada.

—Ni yo tampoco, Bamboche; para todo el mundo eres un diablo encarnado, y para mí... lo contrario...

Despues de un nuevo silencio, prosiguió Bamboche en un tono entre burlon y triste, que no era natural en él:

—Ya sabes cómo salió el contarte lo de mi padre... cosa de que no habia hablado con nadie... aquello debió ablandarme un trozo de corazon... tú te zampaste de patas en el trozo blando como el lagarto incrustado en una piedra que enseña La Lebrasse. Y tan fijo es esto, que no por estar yo loco por la Basquine, has desalojado el puesto... Ademas, quieres creerlo? pues me parece que desde que soy tu amigo, me divierte mas ser malo con los otros.

—Corriente, está dicho, seré tu lagarto, Bamboche, y no saldré de mi rinconcito: mas no volverás á hablarme de escapar solo?

—No, pero en viniendo Basquine, así que haya ocasion, largo los tres!

—Dónde iremos?

—Andando, andando derechos.

—Pero de qué nos hemos de mantener?

—De pedir limosna. Diremos que somos tres hermanitos huérfanos: los bobos de los pasajeros nos creerán, y recojeremos buenos cuartos. Verás como nos divertimos sin trabajar.

—Y si no nos dan?

—De muchachos nadie desconfia... robaremos.

—Hum! robar... dije acordándome del Lemosin, mi antiguo amo, que tenia tanto horror al robo. Sabes Bamboche? mejor será no robar.

—Por qué?

—Porque es mal hecho.

—Por qué ha de ser mal hecho?

—No lo sé: pero se lo oí á Lemosin.

—Yo te digo que no es mal hecho: á quién crees mejor ¿á Lemosin ó á mi?

—El aseguraba que se debia ganar la vida trabajando.

—Mi padre trabajaba, y lo que ganó fue la muerte, saltó Bamboche con amargura... el impedido mendigaba, robaba lo que podia.. y la peor de sus comidas la hubiéramos querido mi padre y yo para los domingos. Tambien yo antes de mendigar, pedí trabajo cuando murió mi padre. Mis ánimos eran buenos, pero me dieron trabajo? no. Los lobos no trabajan. Qién se interesó por mí? nadie. Pues peor para ellos, cuando el lobo tiene hambre come.

Trabajar! ya ya! La Lebrasse y la tia Mayor no trabajan, roban chicos para atormentarlos, como hacen con nosotros, nos muelen á golpes y nos hacen danzar en pûblico como perros sábios, para llevarse ellos la bolsa. Como yo dé con la tal bolsa, tú verás si nos reimos... oh! si no aguardára á Basquine... Chispearon los ojos de Bamboche, y dilatóse su robusto pecho al pronunciar este nombre.

—Ya estaríamos lejos... pero, paciencia! Verás que vida hacemos los tres. Libres y alegres como pájaros, picoteando como ellos. Ahí tienes á los pájaros: piden permiso á alguien para coger lo que necesitan para vivir? Qué hubiera respondido á esto el bruto de Lemosin?

—Ya, pero nosotros no somos pájaros.

—Somos mas ó menos? No te crees superior á un pájaro? replicó Bamboche con un acento de dignidad soberbia.

—Me creo mas que un pájaro, contesté convencido é ilustrado por mi amigo acerca de mi valor individual.

—Siendo así, saltó Bamboche, muy pagado del dilema que iba á establecer, somos superiores á los pá-

jaros, y no habríamos de tener derecho para hacer lo que ellos hacen? No habiamos de poder como ellos picotear para vivir?

Confieso que este dilema me envolvió y no supe qué responder.

Repito, que como tantos niños abandonados, carecia de nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Me equivoco: habia retenido algunas severas palabras de mi amo Lemosin contra el robo: empero estas palabras simplemente afirmativas no podian dejar huellas muy profundas en mi imaginacion, ni luchar con las seductoras paradojas de mi camarada; porque confieso que una vida vagabunda con Bamboche y Basquine, una vida libre y aventurera, alimentada con las limosnas de las personas caritativas, ó en último resultado, con medios espuestos, me parecia el bello ideal de la felicidad.



CAPITULO IX.

El Hombre-Pescado.

La noche misma del dia en que me negué á utilizar los medios de evasion que Bamboche me proporcionara, mandóme La Lebrasse que le siguiera al cuarto de las cabelleras.

Este hombre, con sus muecas convulsivas, con su calma, su sonrisa falsa y pillesca, su voz chillona y labios sardónicos me infundia mas miedo que la tia Mayor; no obstante sus robustos puños y su vozarron, solia esta alguna vez, al verme quebrantado de cansancio, empapado en sudor, atolondrado y con los ojos inyectados de sangre, interrumpir las lecciones acrobáticas por un rato; pero cuando La Lebrasse asistia á estos ejercicios, se mostraba implacable.

—Anda, Martinito, decia con tono irónicamente dulce, ahora que has entrado en calor, no te enfries, que hace daño. Si te paras, tendré que tomarte á disciplinazos la medida de una almilla de flanela... que te durará aunque vivas cien años...

Al mismo tiempo me hacia un gesto grotesco. Mucho me asustó verme solo con la La Lebrasse en el cuarto de las cabelleras : cerrado que hubo la puerta me dijo :

—Martinito, estoy tan contento contigo, que te voy á dar una prueba de confianza.

Yo abrí ojos como puños.

—Mañana llega Leónidas Tiburon.

—Leonidas Tiburon , señor amo?

—Sí , repuso La Lebrasse , es el hombre-pescado: y como tú eres aqui el mas nuevo , te toca el servicio corporal.

—Qué servicio?

—Un servicio de confianza , porque ese canalla de Bamboche sería capáz de ahogarle y dejarle sin agua.

—Y yo qué tengo que hacer , señor amo?

—Dar de comer al hombre-pescado , en atencion á que el pobrecito no tiene mas que aletas , cosa muy poco cómoda para manejar un tenedor y un cuchillo.

—Yo he de dar de comer al hombre-pescado?

—Y mudarle el agua todos los dias , Martinito, porque vive dentro de una gran vasija , en calidad de pescado de agua dulce.

—Mudarle el agua! esclamé consternado por este nuevo empleo.

—Además le darás de beber dos veces al dia agua del Nilo , de la cual trae provision , pues no puede beber de otra : es la de su rio natal , pero ten cuidado con los dedos , porque muerde... en razon de descender por su abuelo de la familia real de los crocodilos de Egipto , y por bisabuelo de los caimanes sagrados, que reverencia y adora aquel pueblo embrutecido.

Estas palabras , pronunciadas con el acento del charlatan que con la varilla en la mano enseña un fenómeno, fueron interrumpidas por la aparicion repentina de la tia Mayor, que se precipitó dentro del aposento como un huracan.

Con ademan furioso y amenazador , traia el alcides hembra en la mano una cuerda de pozo, cuida-

dosamente guarnecida de nudos de trecho en trecho.

Por presentimiento adiviné que era la cuerda de que me habláran Bamboche y que debia servir para mi fuga.

—El tunante de Bamboche queria escaparse, esclamó la tia Mayor; ya habia yo caido en sospechas, y viéndole escurrirse hácia el granero próximo al palomar, le seguí sin que me viera y le sorprendí con esta cuerda en la mano.

—Hola! hola! repuso La Lebrasse, poniendo un gesto que me hizo temblar.

—Hay mas, habia sujetado á la ventana una especie de gancho de donde colgar la cuerda... y largarse...

—Hola! hola! volvió á decir La Lebrasse con otra mueca mas grotesca que la primera.

—Le tengo atado en la cueva al muy bribon! dad luego una educacion, e nseñad un oficio á estos pillastres, para que se escapen asi que están en disposicion de trabajar.... esclamó la tia Mayor: pero voy.... voy....

La Lebrasse la detuvo.

—Eh! poquito á poco. Tu le tienes ya acostumbrado á tus *caricias*, y haces mas ruido que daño... á mí no se me oye... nada... pero mis consejos penetran en el pellejo mas que tus aspavientos de furor... Dices que está en la cueva Bambochito?

—Sí... bien atado... aunque queria mordiscarme las manos.

—Vamos á hacerle una visitita, dijo La Lebrasse con su voz melosa; y se encaminó hácia la puerta de puntillas, como un gato montés que se embosca para acechar la presa.

Desde mi ingreso en la casa, jamás habia La Lebrasse impuesto un castigo á Bamboche; de suerte que las amenazas y el tono de nuestro amo me llenaron de terror.

La tia Mayor acabó de llenar la medida de mi es-

panto, cogiendo á La Lebrasse por el brazo y diciéndole á media voz:

—Pero cuidado no te escedas...

—Descuida... *no le necesitamos* hasta dentro de quince dias, replicó La Lebrasse... no te apures, que no oirás nada... Yo no meto ruido.... nada.... nada.... nada.. Y desapareció repitiendo esta palabra que acompañaba con gestos.

—No importa, dijo la tia Mayor, evidentemente inquieta á pesar de su dureza; no importa, voy yo tambien, hoy está de mal talante La Lebrasse.

Tiró la cuerda y echó á andar hacia la puerta, dejándome desesperado, pues por mí, por haber querido facilitar mi fuga, iba Bamboche á sufrir un castigo que me parecía tanto mas terrible, cuanto mas misterioso era.

Asiendo entonces por el brazo á la tia Mayor, esclamé:

—Yo era quien queria escaparme... para mi habia dispuesto la cuerda Bamboche... yo se la pedí...y yo merezco el castigo...

—Hola! querias escaparte? bueno es saberlo, dijo la tia Mayor, examinándome atentamente... te ayudaba el tuno de Bamboche? tan bueno es el uno como el otro. Nos quereis robar el oficio que os enseñamos! Luego te compondré.

Dicho esto, dejóme la tia Mayor en el cuarto de las cabelleras, cerrando la puerta con llave.

Poseido de desesperacion, anegado en llanto, me arrojé en el suelo, acusándome de ser la causa involuntaria del castigo de Bamboche.

Pasada esta primera crisis de dolor, apliqué el oido á ver si distinguia los lamentos de mi camarada.

Pero todo estaba en el mas profundo silencio. Me encaramé á la ventana guarnecida de barras de hierro y no atisbé nada.

Por la noche á la hora de cenar, oí tocar á una Puerta, y en seguida la voz de La Lebrasse.

—Martinito, te acostarás sin cenar, asi se calmará

tu agitacion; mañana te consolará el hombre-pescado, tu futuro amigo.

Pasé una noche cruel, cien veces mas cruel que la primera en que dormí en aquel aposento, á mi llegada á casa de La Lebrasse.

A cosa de media noche, quebrantado de cansancio y de pesar concilié un sueño, turbado por espantosas pesadillas: veia á Bamboche sufriendo tormentos horribles, y le oia decirme: "Por tu culpa, Martin, por tu culpa." En medio de estos penosos sueños se me aparecia la figura monstruosa del hombre-pescado, persiguiéndome, sin poderme zafar de sus atroces mordiscos.

Dos golpes estrepitosos me despertaron sobresaltado, estando con esta pesadilla. Habia amanecido, y me llamaba La Lebrasse.

--Vamos, vamos, Martinito: acaba de llegar el hombre-pescado y aguarda á su servidor.

Abrióse la puerta, y al ver como la realidad continuaba mi ensueño, miré á La Lebrasse con ojos espantados: en seguida acordándome de los sucesos de la víspera, pregunté:

--Y Bamboche?

--Bamboche? Es mas afortunado que tú..... está al fresco... con vacaciones para unos dias...

Despues de una pausa, añadió La Lebrasse:

—Conque querias escaparte, Martinito? dejar así á papá y á mamá! eso no es bien hecho.

—Donde está Bamboche? quiero verle, esclamé: qué le hicisteis ayer?

Al ver que La Lebrasse contestaba con una mueca sardónica señalando á la puerta, callé, convencido de la inutilidad de la pregunta, pero resuelto á aprovechar la primera ocasion de acercarme á mi camarada.

Cuando llegué al patio con La Lebrase, la tia Mayor, desplegando sus fuerzas hercúleas, ayudaba al carretero á bajar de un carromato un cajon bastante pesado y de forma singular, donde venia en-

cerrado el hombre-pescado, como lo anunciaba un cartelon escrito con letras coloradas sobre fondo blanco, que decia:

EL HOMBRE-PESCADO

PENSIONISTA DE MONSIEUR DE LA LEBRASSE, ARTISTA ACRÓBATA

Aquel cajon oblongo y bastante parecido á un baño cuadrado tenia por encima una capota hecha con una plancha de hierro. Entraba luz al cajon por dos claravoyas circulares guarnecidas de vidrios sin pulir, y en la parte delantera habia muchos agujeros para dar paso al aire, pero que desafiaban las miradas mas curiosas é indiscretas.

Por bajo de la capota, hácia la parte posterior del cajon, habia un ancho embudo destinado á recibir el agua con que llenaban el baño, agua que para mudarla, se desocupaba por una llave colocada en el estremo inferior.

Asi que el cajon estuvo en el suelo, el carretero, que tenia traza de ser hombre sencillo y cándido, y que miraba su cargamento con cierto temor acompañado de curiosidad, dijo á La Lebrasse:

—Mi amo, me parece que no quedareis descontento de mí. Ayer salí, y como estaba la noche tan clara, no he parado mas que á dar un pienso al ganado, de suerte que me he tragado veinte y dos leguas en quince horas...

La Lebrasse interrumpió al carretero:

—Supongo que anoche mudariais el agua á mi hombre-pescado, como ya os encargarian?

—Señor La Lebrasse, no me encargaron tal cosa.

—Desdichado! esclamó La Lebrasse aparentando una ansiedad terrible, qué olvido!

—Pues si Mr. Boulingrin, en cuya casa cargué el pescado, digo, el hombre-pescado, no me encargó nada....

—No os encargó nada?

—No, señor; solamente me dijo: Tio Lefevre, llevareis este cajon, que contiene un hombre-pescado: no necesita nada; pues ya le he echado para comer dos carpas y una anguila...

Sin oir mas la justificacion del carretero, corrió La Lebrasse hácia el cajon, y aplicando la boca á uno de los agujeros destinados á dar paso al aire, preguntó:

—Leónidas... pobrecito!... cómo te sientes?...

Una voz doliente contestó unas cuantas palabras en un idioma desconocido, que nos hicieron aguzar las orejas al carretero y á mí. (Despues supe que era una cita de Séneca, en latin), en seguida añadió la voz en francés:

—Mudar agua... mudar agua...

—Lo habeis oido, tio Lefevre? dijo La Lebrasse al carretero, dándose importancia: tanto le urgía mudar de agua que lo ha dicho en egipcio.

—Era egipcio?

—Egipcio puro del Nilo... Bien decía yo que quería mudar de agua, añadió La Lebrasse con inquietud, pues en ese punto es tan delicado como una sanguijuela. Ah! tio Lefevre, esclamó en tono de reconvencion solemne, acaso seáis causa de una gran desgracia!

—Pronto, pronto, tia Mayor, cubos de agua fresca. Es capaz de morirse!

Mientras que la tia Mayor y yo íbamos por cubos de agua, soltó La Lebrasse la llave para vaciar la que habia dentro y que corrió en abundancia.

Tomó entonces La Lebrase un cubo que yo llevaba y le echó en dos ó tres veces por el embudo.

—Ah! qué gusto! dijo la voz en una espresion de beatitud estremada y sin el menor acento estrangero. Qué bien que sabe!

A esta esclamacion siguieron algunas palabras latinas.

El carretero estaba aburrido por haber comprometido involuntariamente la existencia de un hombre-pescado egipcio que hablaba en tan buen francés.



—Y yo que he venido costeando el rio! esclamó el carretero apesadumbrado: qué me hubiera costado, sabiendo que porteaba un hombre-pescado, meter el carro en el agua, y tenerle en la corriente una horita siquiera para que se hubiera refrescado ese digno hombre; no, ese digno pescado; tampoco, ese digno hombre-pescado. Torpe de mí!

Apenas espresó en estos términos su sentimiento el carretero, agitóse violentamente el habitante del cajon, alarmado por la combinacion hidráulica á que habia estado espuesto.

—Desdichado! esclamó La Lebrasse dirigiéndose al simple carretero, la hubiérais hecho buena!

Y volviendo á arrimarse á un agujero, añadió:

—Leónidas... monono, qué tal ahora?

—Mejor, mejor, dijo la voz, pero el rio... jamás, jamás, decídselo al carretero.

—El vanidoso está hecho al Nilo y no puede soportar otro rio, dijo La Lebrasse; anda, aristócrata!

—Ah! señor La Lebrasse, dijo el carretero meneando la cabeza, qué famosas ganancias vais á tener! en todas partes me seguia un gentío inmenso leyendo el cartel, y diciendo: Un hombre-pescado! Un hombre-pescado! debe ser cosa curiosa... Sí, señores, les contestaba yo, lo llevo á Mr. La Lebrasse, de quien es propiedad, y como ha de pasar por aqui con su compañía, tendreis ocasion de ver al hombre-pescado.

La Lebrasse interrumpió al carretero:

—Has pasado por Saint-Genet? le dijo.

—Sí, mi amo.

—Y mi encargo?

—Entregué la carta. ¡Válgame Dios, qué cuadro! El carretero está casi moribundo.

Al oir esto, puse mas atencion: Bamboche habia completado su relacion, diciéndome el nombre del pueblo donde residia el pobre carretero, padre de Juanita Basquine, futura de nuestra compañía.

—Conque es cierto que está tan malo? esclamó La Lebrasse sin poder contener su regocijo. No me engañó su mujer: la has visto á ella?

—Sí, señor; achacosa sigue y en cama. Caramba! es cosa que parte el alma ver á padre y madre enfermos, rodeados de aquel enjambre de chiquillos andrajosos, muriéndose de hambre.

—Lo oyes? está moribundo el carretero, repitió La Lebrasse pensativo, dirigiéndose á la tia Mayor.

—Eso te prueba, replicó esta, que debemos despacharnos á ir.

—Sí, sí, cuanto antes mejor, respondió La Lebrasse.

Grande alegría me causó esta determinacion. Se pondria tan contento Bamboche al saber que pronto iba á ver á Basquine! Desde aquel instante no pensé mas que en discurrir un medio de acercarme á mi camarada, con objeto de participarle tan fausta nueva.

Dió La Lebrasse dinero al carretero y le dijo:

—Toma, ahi tienes: ya han descansado los caballos; conque puedes irte.

—Caramba! yo no me voy asi, sin dos cosas, mi amo, repuso el carretero.

—Qué cosas?

—Primeramente, quisiera ver á Bamboche, ese mico maldito mas malo que un diablo; pero que me divierte tanto...

—Está durmiendo, contestó La Lebrasse.

—Lo siento, mi amo, lo siento. Lo segundo que deseo es la propina.

—Juré á mi abuela en su lecho de muerte no dar jamás propina, esclamó La Lebrasse con solemnidad grotesca.

—No me entendeis, mi amo: la propina que yo deseo es que me dejeis ver un tantico el hombre-pescado; por el camino, miraba por los agujeros, pero sin ver nada.

—Cuando lleguemos á tu pueblo, te daré un asiento gratis, al otro dia de la última funcion.

--Pero, mi amo...

--Qué se entiende? piensas burlarte de mí? ahora

irias contando por el camino lo que vieras; y como hay papanatas que se contentan con ver con los ojos agenos, truncarias mis ganancias.

—Os juro...

—Basta... basta... has avisado por esos pueblos que cuando pase compraré pelo?

—Sí, señor, dijo el carretero con un suspiro de curiosidad burlada... He dicho que recojeríais cosecha de trenzas; y á fé que os las han de dar baratas; porque el pan andaba caro ogaño.

—Pues vete, y buen viaje, dijo La Lebrasse, señalando la puerta.

—Conque de veras no quereis?

—Acabarás de irte? esclamó La Lebrasse, dando una patada de impaciencia.

Pocos momentos despues cerrábanse las sólidas puertas del patio trás el carretero, quedándonos solos yo, La Lebrasse y la tia Mayor, delante del misterioso cajon que contenia al hombre-pescado.

Confieso que á pesar de mi inquietud por la suerte que á Bamboche le habia cabido, y á pesar de mi empeño por verle, para decirle nuestra próxima reunion con Basquine, sentia cierta curiosidad y temor ante el singular personaje, á quien por órden de La Lebrasse debia cuidar con tanto esmero.



CAPITULO X.

El segundo premio de honor.

Debió oir sin duda el hombre-pez cerrar las puertas, pues dijo con voz tímida por entre los agujeros del cajon:

—Puedo salir ya?

—Aguardad, contestó La Lebrasse: ese borracho de carretero como tan curioso es capaz de encaramarse en el carro para mirar por encima de la tapia ó aplicar un ojo á la cerradura. Tia Mayor, sube á ver si se aleja.

Dióse prisa á obedecer el alcides hembra, y apareció poco despues asomada á una ventana del granero diciendo mientras miraba.

—No hay peligro; ya vá por allá abajo el tio Lefevre... da vuelta á la callejuela.

—Anda, Leónidas, puedes tomar el aire, dijo La Lebrasse al hombre-pez abriendo el cajon.

Latióme el corazon de curiosidad y de temor; al fin iba á contemplar al misterioso fenómeno.

Levantóse la tapa del cajon, y salió dificultosamente un hombre de corta estatura, como si tuviera

entumecidos los miembros. Lo que mas me chocó fué ver enteramente seca la especie de ropon ó saco en que estaba envuelto aquel personaje y que le tapaba los brazos: yo esperaba por el contrario que saliera chorreando agua, como parecia natural despues de los cubos de agua derramados por La Lebrasse en el embudo.

Leónidas Tiburon (tal era su nombre, nombre predestinado seguramente) representaba unos veinte y cinco años: sus facciones irregulares y grotescas, fielmente copiadas habrian parecido un bosquejo trazado por una mano inesperta: el ojo derecho con el párpado superior entornado siempre á consecuencia de un defecto natural, estaba situado mucho mas alto que el ojo izquierdo, desmesuradamente abierto. De aqui resultaba la mirada mas singular del mundo. La punta de la desmesurada nariz de Leónidas en vez de salir recta, se torcia considerablemente hácia la mejilla izquierda; incorreccion grave, que hacia parecer ridícula la boca, á pesar de que esta ocupaba su lugar entre dos gruesos labios bajo los cuales apenas se distinguia la barbilla: tenia ademas gran cabeza y unos pocos pelos lácios, con abundantes huellas de viruelas en el rostro, imberbe á trechos.

Respiraba esta fealdad ridícula tanta bondad y timidez, que en lugar de darme risa el nuevo compañero, casi le miré con interés.

—EGO ET ANIMAL SUM ET HOMO, NON TAMEN DUOS ESSE NOS DICES (1) (Al mismo tiempo soy animal y hombre, sin que pueda decirse que soy dos.)

Tal fué la cita latina con que nos saludó el hombre-pez, Leónidas Tiburon, al salir de su supuesto baño.

Escuso decir que entonces no distinguí siquiera las palabras pronunciadas por Leónidas: solo escuché sonidos incomprensibles para mí; mas como luego en el

---

(1) Cartas de Séneca, CXIII. SI LAS VIRTUDES SON ANIMALES? Absurdos de estas cuestiones.

curso de mi aventurera vida encontré varias veces á Leónidas en situaciones tan diversas como originales, hemos recordado tan amenudo nuestra primera entrevista, que despues supe lo que significaba la cita tomada de Séneca, autor favorito del hombre-pescado, que debia practicar como nadie la estóica filosofía de su maestro.

Entre otros papeles he tropezado con un fragmento de carta que Leónidas me escribia quince años despues. A pesar de la ínfima posicion en que me hallaba, creia poder ofrecer á mi antiguo compañero un modo de vivir mas descansado y honroso.

En esta carta, destinada para comunicarla á un tercero, esplicaba Leónidas con la mayor franqueza las causas que le impulsaran á aceptar y representar el papel de *hombre-pez*.

Acompaño el fragmento, que dará á conocer, y acaso hará amar á este nuevo personaje, que ha de figurar despues en mi relato.



CAPITULO XI.

Fragmentos de una carta de Leonidas Tiburon.

"Yo nací para sastre, y aun tengo la vanidad de creer que hubiera descollado en este oficio; pero mi ambicioso padre no consintió... respetemos su memoria, porque tenia el corazon mejor, y al mismo tiempo el criterio mas errado que he conocido, querido Martin.

"Era portero de la casa de Mr. Raymond, director del colegio de Monte Parnaso, (allí se puede ir á tomar informes), mi tio, sastre de poca nota, vivia cerca del colegio, y era el encargado de las composturas de la ropa de los alumnos: cuando le llevaba yo algunas prendas á remendar y le veia manejar la aguja con tanta destreza, cruzado de piernas sobre el tablado, en su habitacion calentita en invierno y ventilada en el verano por el aire de la plazuela, no se me alcanzaba que pudiera haber suerte mas venturosa.

El sonido de las enormes tijeras de acero tajando reluciente paño, la combinacion de aquellos ovillos

de seda de todos colores, me infundian el mayor placer; pero mi admiracion hácia mi tio rayaba en veneracion supersticiosa casi, cuando me devolvia intacto al parecer, el pantalon que yo le trajera desarrapado.

"Debo confesar que la inmovilidad del cuerpo inherente á esa bella profesion que tan bien trasfigura la ropa vieja, me seducia en alto grado: porque nací con un odio invencible al movimiento: por intuicion conocia tambien, que siendo moralmente muy tímido á físicamente feísimo, de una clase de fealdad ridícula, con el un ojo engarabitado hácia arriba y el otro hácia abajo, sin contar la nariz, que desfila por un lado, todas estas imperfecciones no perjudicarian á mi oficio de sastre... ni á la confianza que en mí pudieran depositar los parroquianos.

"No obstante estas aventajadas disposiciones, destruyóse mi porvenir por la vanidad loca de mi padre... ET FIENT ET FACTA ISTA SUNT! (Tales cosas han sucedido y sucederán siempre) como dice el divino Séneca.

"Era un dia de reparto de premios: habia visto pasar mi padre por delante tantos discípulos coronados y llevando debajo del brazo libros lujosamente encuadernados: le habia exaltado de tal suerte la armonía de la música que estallaba despues de proclamar el nombre de cada premiado: finalmente, tanta impresion le hicieran las palabras del ilustre señor ministro de instruccion pública, que se dignó honrar la ceremonia con su presencia y calificó á los jóvenes alumnos de FUTURAS GLORIAS DE LA FRANCIA, que aquella noche misma suplicó mi padre á Mr. Raymond que por caridad me admitiera en su colegio, dándome los estudios competentes á pesar de mi aficion decidida al taller de mi pobre tio el sastre. Mr. Raymond, que apreciaba mucho á mi padre, no tuvo dificultad en encomendarme á un maestro, y así comenzó mi educacion universitaria.

„Por desgracia, y en virtud de mi figura ridícula de mi cortedad, de mi poco ánimo y de mi condicion

social de hijo de portero, llegué ¡ay! á los pocos años á ser un discípulo sobresaliente.

"No lo tomeis por paradoja, querido Martin: achuchado, corrido, mortificado por todos mis camaradas, de quienes era juguete, me esforzaba por hacer grandes progresos para que los maestros me protegieran, anhelaba ser el primero á fin de colocarme lo mas lejos posible de los bancos inferiores donde generalmente se hallaban mis mas encarnizados perseguidores, los traviesos y malos estudiantes.

"Si hubiera yo sido capaz de concebir orgullo, fácilmente me habrian hecho estos descender de mi empíreo, pues lo mas comun era que atravesasen las piernas para dejarme caer de bruces, cada vez que yo me encaramaba á mi primera grada.

"Uno de los dias mas azarosos de mi vida fué aquel en que, estando en sesto año resonó mi nombre por la vez primera bajo el pabellon armado enmedio del patio del colegio de Luis el Grande, para el reparto de premios.

"Leonidas Tiburon! gritó con voz estentorea el censor, encargado de llamar á los premiados.

"Al escuchar tan estraño nombre, primera risa general: la música rompió en seguida.

"Hallábame en los bancos con mis compañeros de colegio, y al oir que me llamaban, me asaltó un sentimiento de terror solo de pensar que habia de meterme por entre aquella brillante muchedumbre, subir á un tablado con acompañamiento de música etc. etc. Vaya, pedazos me hubieran hecho antes que arrancarme del banco.

"Leonidas Tiburon!» repitió el censor con voz mas estrepitosa.

"Nuevas carcajadas, acompañadas de la música que tocaba *crescendo*.

"Trastornado enteramente, acurruqueme en cuatro pies debajo del banco, precisamente cuando la música cesaba.

"—Tiburon está aquí, escondido debajo del banco,

gritó un compañero, uno de los mas traviesos como podeis discurrir.

"Estas palabras dichas con voz de tiple en medio del pasagero silencio, llamaron hácia nosotros la atencion de los espectadores: oí gran movimiento en torno mio: reian, aullaban, llamaban á Leonidas Tiburon con las voces mas grotescas, con los mas lastimosos epitetos. Dos de mis compañeros me cogieron de los pies; me defendí como un leon dando gritos atroces, y entretanto continuaban las risas, se acrecentaba el escándalo, tanto que para ponerle término el censor enojado me proclamó *ausente*. Continuó la distribucion hasta que se promovieron nuevas carcajadas cuando me nombraron otras dos veces, pues habia obtenido dos primeros premios y un segundo.

"Todo esto no es mas que ridículo, querido Martin, pero ahora vereis lo atroz.

"De vuelta de la ceremonia, Mr. Raymond, mi maestro, me llamó á su gabinete, y despues de una blanda reconvencion por mi insuperable timidez, me dijo:

—"Tiburon, debeis ser, y lo sereis, la honra de mi casa: desde este dia no os considero ya como discípulo, sino como hijo: yo os repasaré, y comereis á mi mesa.

"Mi otro padre, el tio Tiburon, despues de sacudirme una buena felpa para enseñarme á no chasquear otra vez el orgullo paternal, estuvo á pique de tener un patatús de gozo, cuando supo las bondades que Mr. Raymond me dispensaba. He dicho que estas bondades eran feroces; vereis si me fundo.

"Desde que fuí el discípulo favorito de Mr. Raymond, convirtíome en un cebo, en una muestra, en un reclamo viviente destinado á acreditar su colegio con la fama de mis estraordinarios triunfos, atribuidos necesariamente á la brillante educacion que se debia recibir en casa de Mr. Raymond.

"Yo habia huido siempre de los recreos que á pesar de la protectora vigilancia de los maestros, no eran

para mí mas que horas de tribulaciones de todo género. Asi que, el tiempo de los recreos lo pasaba en el reducto paternal, asilo inviolable, si es que no estudiaba para distraerme. Mas declarado discípulo de Mr. Raymond, no solo seguia trabajando durante las horas de solaz, sino que tambien los domingos y dias de fiesta; me acostaba á media noche, me levantaba á las cinco: para mí no habia vacaciones: trabajaba sin tregua ni reposo. De resultas de este contínuo afanar, padecia á cada momento atroces dolores de cabeza, sin atreverme á quejarme y sin suspender mis tareas.

"El bueno de Mr. Raymond me tenia en estufa por decirlo asi, para que brotáran á fuerza de labor todos los precoces frutos de que fuera capaz mi inteligencia: á mi digno maestro no se le ocultaria que despues de un par de estaciones se marchitaria la planta exhausta por una produccion tan violenta: mas esto le importaba poco con tal de producir efecto en el público. No sé cómo siendo tan débil pude resistir á estos trabajos exagerados, á sufrimientos físicos casi contínuos. Ello es que seguí floreciendo á cada estío escolar, abrumado con el peso de las palmas universitarias.

"Mr. Raymond triunfaba: todos los años se repetia en los periódicos este magnífico reclamo:

El alumno Leonidas Tiburon *que acaba de obtener tres premios en el gran concurso y cinco en el colegio de Luis el Grande, pertenece à la famosa casa de pension de Mr. Raymond, baluarte de Monte-Parnaso. Escusamos recomendar á los padres esta escelente casa de educacion, etc.*

"Ya os hareis cargo, querido Martin, de que rara vez me quedaba tiempo para discurrir lo que sería de mí; pero si acaso me sucedía, echaba de menos con pesar el taller de mi pobre tio; por que mis triunfos no me habian envanecido: no creais que me hago el modesto: habia jurado (sin que hasta entonces faltara á mi palabra) no arrostrar jamás el triunfo de la coronacion pública, y en los repartos de

premios era siempre proclamado ausente, renunciando de este modo á la única recompensa que hubiera podido causarme algun vértigo de orgullo. Despojados mis triunfos de todo prestigio, reducidos á su espresion mas sencilla, para mí se reasumian en torniscones, tarascadas, zumbas y otros indicios de la envidiosa animadvercion de mis compañeros, que no obstante la proteccion de que yo era objeto, siempre hallaban ocasion de mortificarme: ademas, como por efecto de mi timidez, de mi torpeza, de la conviccion de mi fealdad ridícula, andaba siempre huido de la gente, me creian envanecido y llovian sobre mí cachetes en toda coyuntura.

"No obstante, querido Martin, (y lo que voy á deciros me ha dado siempre una idea favorable de mi buen juicio) á pesar de mis muchas coronas, y de mi persuasion de ser escelente humanista, sinceramente me creia un borrico... el discípulo mas atrasado desplegaba en la conversacion cien veces mas recursos que yo.

"Pasadas las traducciones del latin al francés y del francés al latin ó al griego, ejercicio estéril y monótono, muy parecido á la ociosa faena de la ardilla en su jaula: vencidas estas inútiles y penosas tareas, que prolongadas por espacio de siete ú ocho años adormecen, embotan y aun destruyen los mas ricos gérmenes de la inteligencia de los niños, me hallé estúpido de veras.

"Dos ó tres veces tuvo Mr. Raymond la malhadada idea de lucir á su *fenómeno* en algunas reuniones de amigos. Pero yo era un torpe, incapaz de alternar en la conversacion mas insignificante como no se tratara de autores clásicos, de la mejor ó peor apropiacion de la lengua francesa para espresar fielmente el testo, y aun asi tartamudeaba, no podia poner en claro mis ideas; pero como digo, fuera de estos ejercicios, parecia tan completo idiota, que Mr. Raymond se hartó pronto de estas exhibiciones de mi clásica persona.

"Para mí esta esclusion era un placer, y aun en

caso de afectarme me habria consolado de mi necia timidez, diciendo con el divino Séneca:
Sed semel hunc vidimus in bello fortem, in foro timidum. (Hombres hay valientes para la guerra y tìmidos para las luchas del foro.)

"Cuántas pruebas podria citar, querido Martin, de mi torpe incapacidad! Referiré una entre mil.

Yo queria mucho á mi padre, y con motivo de haberse ido por unos dias á Normandia, traté de escribirle. Veinte borradores forjé, á cual mas inverosimiles: tan avezado estaba á alimentarme únicamente con las palabras con las frases y pensamiento de los demas que hube de renunciar á espresar mis sentimientoss propios con palabras mias.

Por un singular contraste, el dia mismo en que renuncié á escribir á mi padre, recibí una carta del alumno mas travieso y atrasado del colegio.

Deciame en ella que mis cualidades de collon, de adulador... (collon sí por cierto, pero adulador jamas me hubiera atrevido á serlo) y de discípulo adelantado, le desagradaban soberanamente; que mi presencia le atacaba los nervios; en una palabra, que le *cargaba*, y que si en lo sucesivo no hacia de modo que me quedára atras *como todo el mundo* (añadia el maldito) ya podia, sin que me valieran mis protectores, prepararme á la mas solemne tollina que cayó jamás en espaldas de un estudiante *demasiado bueno.*

(No pongo mas que la sustancia de la carta, amigo Martin, carta que en mi vida hubiera yo escrito otra igual.)

"El alumno terminaba proponiéndome, si tenia corazon, luchar á quien pusiera mas barbarismos en las próximas composiciones para los premios, único medio, segun él, de que se igualáran las armas entre nosotros.

"Este arrogante y cínico desprecio de las composiciones para los premios, de lo mas sagrado que hay en la religion universitaria, me pareció monstruoso: á mis ojos era un sacrílego aquel mal estudiante, y soñé que lo quemaban en una especie de auto de fé,

sobre una hoguera hecha con todas sus composiciones. Desperté implorando su perdon y que abandonáran al infeliz á sus remordimientos vengadores.

"Mas hay caracteres indomables: aquel desventurado debia coronar sus crímenes fumando anis en pipa y dando (parece increible) una grandísima patada en el vientre al señor censor, porque le rompió la pipa entre los dientes.

"Aquel estudiante fué echado solemnemente del colegio, y atendiendo á las maldiciones tremendas, á los horribles pronósticos fulminados contra él, dí por cierto que remataria su carrera en un cadalso.

Despues he visto su nombre (ya sabeis quién es, Martin, puesto que habeis sido su criado), despues, repito, he visto aquel nombre fatal escrito en grandes letras en todos los gabinetes de lectura. Ha llegado á ser uno de nuestros poetas mas célebres, y yo, *éheu miser*! yo, en quien el escelentísimo ministro veia una de las futuras glorias de la Francia, héme visto obligado á abdicar mi dignidad para descender al papel de *hombre-pescado*. Sin embargo, de pues de salir de la vida de *humanidades* para esperimentar la vida humana, he aprendido á espresar de cierta manera mis ideas, y ya os puedo escribir, querido Martin, una carta como esta, cosa imposible en la época de mis brillantes triunfos escolares.

"Diré unas pocas palabras para llegar á nuestra primera entrevista (quince años hace) en casa de aquel abominable titiritero llamado La-Lebrasse, donde os hallé siendo aun niño: con esta soldadura, tendreis mi vida completa.

CAPITULO XII.

Continuacion de la carta de Leonidas Tiburon.

"Os dije ya, amigo Martin, el jugo que Mr. Raymond sacaba de mis triunfos: le llovian discípulos, atraidos por mi fama, mas no dejaban estos triunfos de llevar consigo algunos sinsabores.

"Estaba entonces acabando la retórica, y desde el dia funesto en que me agazapé debajo del banco para zafarme de mi coronacion, jamás mi padre, ni mis maestros, ni Mr. Raymond, ni el mismo señor provisor lograron vencer mi obstinada resolucion de rehusar toda ovacion pública, con acompañamiento de música y abrazos ministeriales, episcopales, municipales y demas.

"Por una parte, mi obstinada modestia le convenia á Mr. Raymond, pues si por mis triunfos era el representante mas ilustre de su colegio, fisicamente hablando, habria sido el mas ruin, el mas grotesco

representante de su casa, y siempre es perjudicial el ridículo.

"Esto bien lo conocia Mr. Raymond, que no era tonto, y esta era la hoja de rosa que impedia á aquel digno sibarita reposar con completo deleite sobre mis triunfos: si hubiera sido posible presentar en mi lugar en el estrado de la Sorbona algun condiscípulo listo, travieso, bonito como suelen ser los malos estudiantes, habria sido completo el triunfo de Mr. Raymond. Mas la sustitucion de personas era cosa grave y no habia que pensar en recurrir á ella.

"En estas andanzas, á fines del año escolar, cayó mi padre en una enfermedad de languidez. No sé como ni por qué se le ocurrió la deplorable idea de pedirme como una gracia que le hiciera gozar con el espectáculo de mi próximo triunfo, del cual nadie dudaba: hacia ya tiempo que para mí equivalia el componer á ganar el premio, y esta vez se disputaba *el premio de honor*.

"A juicio de mi padre, la sensacion que le causaria verme *en el camino de la gloria* acarrearía de fijo una crisis saludable en la enfermedad que padecia; esta idea fatal se redujo al estado de idea fija, de monomania, y cada vez que me disculpaba, rompia á llorar tan amargamente, se conceptuaba tan dichoso, tan curado casi á la menor esperanza dada por mí, que sojuzgado por su dolor y ahogando mi miedo, me resigné y dí mi palabra...

"Esta promesa hizo á mi padre saltar del lecho de donde no se habia rebullido en dos meses, y esclamar:

Me vuelves la vida, Leonidas!

"En el momento de sentarme á componer, asaltome una idea monstruosa: me acordé de la propoicion sacrílega de mi condiscípulo el mal estudiante: luchar á barbarismos: sí, Martin, tuve por un momento la idea de hacer una oracion latina tan detestable, que me quitara toda esperanza de triunfar: así me zafaba de la temible oracion; mas no tuve fuerzas para consumar aquel acto de cobardia.

"Llegó el dia fatal; *Omnia patienter ferenda*: armémonos de paciencia, esclamé echándome acuestas la única casaca de mi padre, la casaca de los dias de fiesta: (¡qué hermoso frac de rico Elbeuf me hubiera hecho mi pobre tio el sastre, si no hubiese muerto!)—Como aquella malhadada casaca era tan pequeña, me llegaban las mangas á la muñeca, de suerte que mis manos parecian dos veces mas gordas y coloradas: llevaba arrollado al pescuezo, á manera de soga, un pañuelo de puntas bordadas: añádase á esto un chaleco rayado de problemático color y sacado de una saya de mi madre, unos estrechos pantalones de mahon muy blanquizco, que no me pasaban de los tobillos, medias negras de lana y zapatos de *pensionista* en cuya comparacion son escarpines los de los aguadores.

"Figuraos, querido Martin, cuán bien campearia con este atavio la espresion encojida y espantada de mi cara al subir con Mr. Raymond y mi padre, quien, segun decia, habia recobrado aquel dia sus piernas de quince años... al coche simon que habia de llevarme al suplicio, ó lo que es lo mismo, á la Sorbona, donde se distribuyen los premios del gran certámen.

"El heróico valor que en aquella ocasion demostré, justifica la cobardía pasada y futura del resto de mi vida.

—»Leónidas, díjome mi padre dándome un apreton de manos, al separarme de él para ocupar mi asiento en los bancos reservados:

—»Leónidas, cuidado con tener miedo.

—»Me portaré como el Leónidas de las Termópilas padre, le respondí con cierta fiereza.

»Y me puse á caballo en el banco.

»No comprendió mi padre la alusion, mas le tranquilizó mi fisonomía.

"Un tal Adriano Borel, alumno del colegio de Cárlo-Magno, fué quien ganó el primer premio. Seguro

estoy de que á mí me le habrian dado, á no ser por la turbacion que me causara la maldita promesa hecha á mi padre: gané el segundo, y despues de la fórmula de costumbre gritó la fatal voz:

—"¡Leonidas Tiburon!

"Y la orquesta tocó la marcha de *Hernan Cortés* mientras yo *desfilaba.*

"Un sordo murmullo de curiosidad se alzó al sonar mi nombre: siempre se comunican las grandes noticias con eléctrica rapidez: era ya público que el famoso discípulo de Mr. Raymond, privado hasta entonces por su exagerada modestia de tan halagüeños triunfos, íbase á dejar por fin coronar públicamente.

"No bien sonó mi nombre enmedio de una estrepitosa música, cubriéronse mis ojos como con una nube: ásperos zumbidos me taladraron las orejas; pero dije para mí: mi padre me mira, valor...

"Levanteme, pues, y marché animosamente hácia la izquierda: precisamente debia haber ido á la derecha... Una piadosa mano me hizo girar como una peonza, y una voz me dijo: —Anda todo derecho.

"Obedecí pasando por entre los bancos.

—"Ahora á la izquierda, me gritó la misma alma caritativa.

"Giré á la izquierda, y me encontré en el ancho espacio que divide el salon en dos partes, y formaba un camino hasta el tablado. A él me dirigí, inmóviles los ojos, y sin mirar ya ni á mis pies, ni á la izquierda ni á la derecha. Era como si anduviera por encima de una tabla que sirviese de puente á un precipicio... el único norte que escogiera era el brillante ropon del Excmo. señor gran maestre de la universidad.

"Guiado por aquella especie de estrella polar, logré llegar á los primeros escalones del tablado; mas hube de darme tanta prisa, ó francamente, de moverme con tal torpeza, que enredándose mis pies en la alfombra, caí cuan largo era sobre los peldaños: mi cara espantada, mi ridículo traje y la rara combina-

cion de nombres con que se me designaba, tenian ya al auditorio no poco predispuesto á la hilaridad; mi batacazo fué la señal de una universal esplosion de risas.

"Heróico anduve: la idea de la angustia que aquel incidente grotesco debia infundir á mi pobre padre, me hizo levantarme con valor en medio de la salva de carcajadas; gané por fin lo alto del tablado, y ciegamente me arrojé en brazos del gran maestre, quien no esperando aquel brusco abrazo, se disponia á laurear mi frente; consiguiólo á duras penas, venciendo las dificultades que le oponian mis estemporáneas y convulsivas contorsiones; mas oh fatalidad! la corona era muy grande y se me encajó hasta los ojos, cubriéndomelos casi del todo con su espeso follaje; yo, en lugar de quitármela, acabé de perder la cabeza, alargué maquinalmente las manos y convertí el resto de la ovacion en una especie de juego de gallina ciega; resonaron los gritos de *frio*, *frio*, *caliente*, *caliente*, entre sonoras carcajadas, hasta que en una de mis circunvoluciones tuve materialmente la *fortuna* de caerme de cabeza por el tablado abajo, con tal fuerza, que me quedé atolondrado del golpe.

"Una fortuna fue en efecto para mí esta caida, mi querido Martin, pues el sério desenlace de tan jocosa escena hizo que al menos se compadecieran de mí. Poco duró mi postracion, mas yo tuve la escelente idea de fingir que se prolongaba, y transportado afuera con una herida poco peligrosa en la cara, recogí al pasar numerosas muestras de interes y lástima.

—"Pobre diablo! decia uno; parecia muy pavo para ganar un premio... pero de todas maneras es lástima que haya dado ese batacazo.

—"Lo que es yo, respondió otro... siento que no haya durado mas la *gallina ciega:* ya le vi á punto de agarrar al obispo por la cabeza.

—"Já, já! sí, replicaba el tercero, ya llevamos que reir, etc. etc.

"Interesantes demostraciones que me acompañaron hasta que salí del salon.

. . . . , ...

"A los ocho dias de este último *triunfo*, perdí á mi pobre padre: tal revolucion obraron en él, primero el despecho de verme puesto en ridículo y luego el susto de mi caida, que sucumbió en pocos dias.

"Mr. Raymond, quien como llevó dicho no era tonto, vendió su colegio, llegado que hubo á aquel grado de favor que luego no puede menos de ir en disminucion. En tanto que yo asistia á mi padre en su agonía y muerte, instaló él á su sucesor y partió para Lorena resuelto á descansar de sus trabajos. Diome esta noticia en una esquela, en que concisamente me decia que por no distraerme de las dolorosas atenciones que sobre mí pesaban, se marchaba sin verme, lo cual sentia mucho, pero que me dejaba especialmente recomendado á su sucesor.

"En una palabra, como ya para nada podia yo ser útil á Mr. Raymond, este aprovechaba con gusto la ocasion de zafarse de mí.

"Cortas y muy sencillas fueron mis relaciones con el nuevo maestro: era un hombre impasible, muy atildado en el hablar, pero que, á lo que pude conocer, no queria alimentar ilusiones y gustaba de ir derecho al asunto

"Su lenguaje era poco mas ó menos el siguiente:

—"Señor Tiburon de mi alma, habeis sido el mejor alumno del colegio, están concluidos vuestros brillantes estudios y la muerte de vuestro señor padre os ha dejado en completa libertad. Si no teneis por conveniente salir por el pronto de la casa que funda en vos su orgullo, tendré una satisfaccion en probaros la estimacion con que miro á uno de los mas brillantes cursantes de la universidad, ofreciéndoos una cama y un asiento en la mesa del colegio... por espacio de quince dias. Despues de lo cual, querido señor Tiburon, no dudeis que haré fervientes votos por vuestra prosperidad en la carrera que emprendais, cualquiera que sea.

"Las palabras de *emprender una carrera* me dejaron atónito, estupefacto, petrificado.

"¿Y qué carrera iba yo á seguir? Nunca habia pensado en tal cosa. Mr. Raymond habia sacado todo el partido posible de mi presente, sin curarse de mi porvenir. ¿De qué servia yo, para qué era apto, con mi pacotilla compuesta de veinte ó treinta coronas ajadas, con mis ciento cincuenta tomos de premios magníficamente encuadernados, y mi cualidad de escelente humanista, por añadidura? Entonces conocí con cuánta razon me tachaba á mí mismo de estúpido, á pesar de todos mis triunfos, y sentí con mas amargura que nunca haber perdido el establecimiento de mi tio el sastre.

"Comprendió el sucesor de Mr. Raymond la causa de mi turbacion, y me dijo:

—"Señor Tiburon de mi alma, para sacar algun partido de vuestros brillantes estudios, debeis ante todo graduaros de bachiller y asistir luego á la facultad de medicina ó de derecho á la escuela normal, para salir un buen médico, abogado, notario ó catedrático: mas, mientras se sigue una de estas carreras, se necesita tener para vivir y pagar las matrículas. ¿Teneis para vivir? ¿teneis para pagar las matrículas?

—"Solo tengo una coleccion de coronas y libros y el ajuar de mi padre, compuesto de su cama, una cómoda, una mesa y dos sillas.

—"No es lo bastante, me contestó el sucesor de Mr. Raymond, con aire frio y metódico.

—Me habia ocurrido proponeros que fuerais mi pasante; pero un maestro que ha sido condiscípulo de casi todos sus alumnos, mal puede tener la autoridad necesaria para hacerse respetar, mucho mas cuando su natural timidez, y me atreveré á decir... su físico... no son las circunstancias mas oportunas para imponer ese respeto, sin el cual no hay subordinacion posible.

—"No tengo dinero para seguir una carrera, es muy cierto, respondí casi alelado; tambien es verdad que si yo tuviera discípulos se reirian de mí en mis

propias barbas, y en cuanto á que me faltan la firmeza y el valor necesarios para hacerme respetar, no trato de negarlo; pero esto supuesto ¿qué quereis que haga?

—"Cuestion es esa á que no puedo responder, amigo y señor Tiburon: no he tratado de resolver el problema de vuestro porvenir sino de plantearle con claridad: la futura solucion corre por vuestra cuenta; mas, como he tenido el honor de deciros antes, siempreharé fervientes votos por vuestra prosperidad en la carrera que emprendais, cualquiera que sea.

—"Pero si mi pobreza me ha de cerrar todas las que podria adoptar, ¿de qué me sirve mi buena educacion? ¿Qué va á ser de mí?

—"Tengo el honor de repetiros, señor Tiburon mio, que he planteado el problema de vuestro porvenir sin resolverle... su solucion es cosa esclusivamente vuestra... Yo siempre haré fervientes votos etc. etc. etc.

"Imposible me fué sacarle de aqui.

"Pasé los quince dias de gracia que tan generosamente me concediera el sucesor de Mr. Raymond, en la mas completa inercia, abatido, alelado, sin tomar resolucion ninguna, por la sencilla razon de que no me ocurria una sola que tomar. Igual en esto á todo el que carece de la energía suficiente para adoptar un partido decisivo, y que ve próximo á terminarse algun plazo fatal, creia yo que concluidos los quince primeros dias me concederia mi nuevo maestro otros tantos, y otros quince finalizados estos. Menester es confesar que aun cuando hubiera tenido dos meses por delante no habria adelantado mas. Y como aquel escelente señor tenia mucha penetracion y juicio, sin duda hizo la misma reflexion que yo, pues al sonar las doce del décimo quinto dia, entró en la solitaria aula donde pasaba yo el dia (los estudiantes estaban de vacaciones á la sazon) y presentándome la mano, entre ceremonias y conmovido, me dijo:

—Vengo á daros el último adios, señor Tiburon de mi vida... señor Tiburon de mi alma...

"Conocí que no habia escape, y contesté con resignacion:

—"Esto es hecho, señor maestro, me voy. Permitidme tan solo que vaya á buscar un mozo para que cargue con los muebles de mi padre y con mis premios.

—"Qué...? ya habeis tomado casa?

—No señor.

—"Pues... á dónde llevais esos libros... y esos muebles?

—"Qué se yo?

—"Es tanto el interés que por vos me tomo, me dijo el sucesor de Mr. Raymond, que aun cuando tengo hecho propósito de no dar consejos á alma viviente, por ser una responsabilidad muy grave, voy á quebrantarle por vos. Vuestros libros y coronas, que son una muestra y un recuerdo de vuestros triunfos, estarán perfectamente en la biblioteca del colegio: cededmelos. Tambien me quedaré con el ajuar de vuestro padre, servirá para el portero que lo sustituye: y en cuanto á vos os aconsejaria que os pusiérais de huésped; es lo mas cómodo para un jóven. Con que os pagaré los libros á cinco francos uno con otro, que es mucho mas de lo que darian en un puesto: luego vendrá un prendero á tasar los muebles, descontaremos el total las exequias de vuestro señor padre, que he pagado, y el resto quedará á vuestra disposicion.

"Dos horas despues salí del colegio con mi petate debajo del brazo y 720 francos en el bolsillo.

CAPITULO XIII.

Fin de la carta de Leonidas Tiburon.

"Entre los grandes inconvenientes de mi educacion contábase el de ignorar hasta los primeros rudimentos de la vida práctica y positiva, en mi condicion, sobrado comun por desgracia, de *hombre absolutamente entregado à sus propios recursos*, *los cuales consisten solo en su cualidad de brillante humanista.*

"Yo decia con el divino Séneca: *Bonis externis non confidendum.* (No fies en bienes esteriores.) La aplicacion de esta máxima era muy sencilla, como que no poseia bienes de ninguna especie. Habíanme tambien enseñado á no adormecerme voluptuosamente en el seno de las riquezas, cosa muy útil si al mismo tiempo me hubiesen dicho de qué manera podria adquirirlas.

"Bien conocia que una vez gastados mis 720 francos, seria incapaz de ganarme la vida; era muy débil y estaba acostumbrado á un trabajo mental, puramen-

te mecánico. Nadie menos á propósito que yo para mozo de cuerda, y este oficio sin embargo era mi único recurso, dado que encontrase parroquia y tuviera las fuerzas necesarias.

"Otra consecuencia de las educaciones como la mia es el inhabilitar al que la recibe para los trabajos mecánicos, bien sea por orgullo, por incapacidad física ó porque el pensamiento de un *trabajo corporal* no se le pueda ocurrir nunca; tan estravagante le parece, tan lejos está de la esfera en que ha solido vivir.

"No me distinguia yo, como ya habreis podido notar, querido Martin, por mi conocimiento del *mundo*. Solo para ir al colegio habia salido del cuarto de mi padre ó del aula de Mr. Raymond, y pensando siempre con las lecciones de la víspera ó del dia siguiente, apenas miraba por donde iba, ni llamaban mi atencion los varios incidentes de las calles. Asi es que me eran tan poco familiares, el modo de vivir y las costumbres de París como al mas cerrado patan. Figuraos ahora mis apuros cuando me hallé solo en el *Barrio latino*, precisado á buscar casa y atender á todas mis necesidades.

"Un caritativo tendero á quien pregunté, me encaminó á una modesta casa de huéspedes de la calle de la Harpe. Alli senté mis reales, y como no sabia dónde esconder mi tesoro de 720 francos, para que no me robasen, ocurrióme la feliz idea de depositarlos en manos del patron, quien se encargó de su guarda con mil amores.

„Tan rara *condescendencia* me inspiró una estremada confianza en aquel hombre, y decidióme á preguntarle dónde podria hallar ocupacion.

„Su primera pregunta, varias veces repetida en lo sucesivo, fué la siguiente:

—„Qué sabeis hacer? de qué servis?

„Mi contestacion, repetida tambien muy amenudo, era esta:

—„He ganado el segundo premio en el gran certámen: poseo perfectamente el latin y el griego.

—„Pues enseñad griego y latin, me respondia el huéspede con notable sensatez.

—„A quién?

—„Amigo, no lo sé; buscad y encontrareis... yo soy patron de huéspedes, y no agente de estudiantes.

"¡Buscar! muy fácil era decirlo... pero ¿á dónde podia yo buscar, y lo que es mas difícil, encontrar nada, estando tan poco versado en conocer el mundo y tratar á las gentes? El tal consejo parecia mas bien una pulla: humanamente no podia yo ofrecer mis servicios al primer bicho viviente que se me presentase.

"Hice no obstante algunos esfuerzos: pregunté, entre otros á dos estudiantes vecinos mios, y el uno me prometió bajo palabra de honor nombrarme maestro de griego del primer hijo que le pariese su conjunta persona, y el otro me respondió, que á todas las lenguas antiguas preferia el arte de hacer cabriolas y ennegrecer las pipas.

"Corrido y acobardado no tuve ánimos para esponerme á mas burlas, y reincidí en la apatía en que yaciera durante los quince dias de *gracia* concedidos por el sucesor de Mr. Raymond.

"Habia entonces creido que nunca acabarian aquellos, y de la misma manera creia ahora en la eternidad de mis setecientos veinte francos. Fomentába desgraciadamente esta ilusion la precaucion que habia tomado de encargar al huésped que atendiera á mi manutencion y alojamiento con el caudal que en su poder obraba; rasgo de candor, muy raro en aquellos barrios, y que impulsó al buen hombre á tratarme á cuerpo de rey, por supuesto por *mi cuenta y ricsgo*.

"Pasaban dias entretanto. Yo salia poco á la calle: sumido en un entorpecimiento inerte, solo me proponia un fin: olvidarme del porvenir que me aguardaba, para cuando se hubiese consumido mi corto tesoro, es verdad que tambien concebia á veces esperanzas vagas y locas.

—"Vaya, decia yo, es imposible que un hombre que ha ganado segundos premios, y que ha sido coronado

en mas de treinta ocasiones, se muera de hambre. ¿Cómo haré para salir del atolladero presente? No lo sé, pero una voz secreta me dice que saldré.

"Otras veces me esforzaba en sacudir mi apatía, y apelaba á mis mejores recuerdos clásicos.

"*Vana optari, vana timere, remedium á philosophia pretendum*, esclamaba con Séneca, (solo la filosofía puede remediar los deseos y los temores vanos. Y agotaba todo mi surtido de filosofía.

"*Desprecia las riquezas.*

"*Sufre con resignacion.*

"No tenia yo riquezas que despreciar, mas sufria resignado, segun lo ordenaba la filosofía, si bien la solucion práctica de la cuestion de mi porvenir no adelantaba un solo paso.

"Cierto dia ví venir al patron rebosando alegría. Os he buscado un discípulo, me dijo; os dará treinta francos al mes, á franco por leccion: es un escelente muchacho, que está bastante atrasado y quiere estudiar para graduarse de bachiller en artes.

"Ví el cielo abierto; pues aunque desconfiaba de mi autoridad moral y física, y sabia cuán poco *imponente* era, contaba sin embargo con vencer mi timidez, habiéndomelas con un solo discípulo.

"Presentóseme este, tan tímido, tan feo y casi tan ridículo como yo: me pareció la mas escelente criatura que Dios hubiese echado al mundo, y me demostró la mayor deferencia y respeto. Creyéndome ya al abrigo del naufragio, le dí la primera leccion.

"Mas tropezé aqui con un espantoso escollo, cuya existencia no sospechaba siquiera. Me convencí de que es muy posible tener una instruccion verdadera, saber mucho y ser completamente inepto para la enseñanza. Me costaba un trabajo ímprobo el esplicarme: con la mas minima objeccion se me atajaba: comprendia yo que para que fuesen provechosas mis lecciones, debia traducir de corrido y en alta voz interpolar con esta traduccion disertaciones encaminadas á hacer notar las bellezas y criticar los errores del discípulo, mostrándole en qué consistian: ay de mí!

nunca habia yo poseido la facultad de traducir, ó facundia oratoria ; era de los que se llaman *tardios pero seguros*, y no hay espresion bastante para espresar todo el trabajo, la pausa, la pesadez que implicaba mi método de estudio.

"No desesperé, sin embargo, al primer golpe, pensando que acaso seria efecto de mi falta de costumbre, y que en las lecciones sucesivas tomaria mas confianza con mi discípulo... mas no sucedió asi, y á fuer de hombre de bien, hube de confesar francamente á mi alumno, pasados los primeros ocho dias, que continuar dirigiendo sus estudios seria robarle el dinero.

—"Estoy en eso, me respondió con la mayor ingenuidad: observo que me hallo hoy lo mismo que el primer dia.

"Pagó sus ocho francos por las ocho lecciones y nos separamos, profesándonos un mútuo y profundo afecto.

"Contundente, decisivo fue este golpe: convertida en humo la única ventaja que de mi educacion creia haber sacado, volví á mi apática inaccion, repitiendo mi sentencia favorita: *omnia patienter ferenda* (con paciencia se gana el cielo.)

"Asi pasaron cuatro meses, hasta que una mañana entró el patron en mi cuarto.

--"Señor Tiburon, me dijo, veinte francos os quedan descontada esta quincena; no lo digo por mí, todo lo contrario, nada me debeis, pero siempre es bueno poneros al corriente de vuestros negocios.

"Quedé petrificado.

"Con mis 720 francos habia creido pasar un año, dos, toda la vida... ¿qué sé yo? Bien conoció el patron que mi estupor provenia de sospechas un tanto ofensivas á su probidad; y á los pocos momentos volvió con un papelote en que estaban enumeradas mis cotidianas comidas, sobrado delicadas desgraciadamente para mi bolsillo y que yo habia despachado en medio de la mas completa distraccion.

"Entregándome con dignidad la cuenta y el dinero sobrante, me dijo el patron:

--"Aquí están los veinte francos, señor Tiburon: de mí nadie sospecha; once dias os quedan que vivir en mi casa, ya que los teneis pagados: pero despues me es absolutamente igual que venga otro á ocupar vuestro puesto.

"Dejó el dinero sobre la mesa y se marchó.

"Ibase reduciendo el fatal círculo dentro del cual me hallaba encerrado; pero yo no salia de la parálisis que me incapacitaba.

"Gasté mi última moneda la víspera del dia en que me dijo el huésped que espiraba el medio mes y que le pagase otro plazo adelantado, ó saliera de la casa; me decidí por esto.

"Largo tiempo hacia que renunciára á toda pretension en el vestir: con la indiferencia mas filosófica miraba convertirse mi ropa en harapos, y mis zapatos en celosías: mi sombrero era un objeto informe y sin nombre: sentia desde la víspera los punzantes estímulos de un hambre canina, y no tenia dónde dormir ni un cuarto en el bolsillo.

"Eché á andar sin objeto, desde la calle Dauphine al puente nuevo, y empezé á pasearme por aquellos muelles, repitiendo desesperado todas mis máximas de filosofia clásica: algunas de ellas que ya antes me habian llamado la atencion, se me ocurrieron entonces, por ser de una aplicacion práctica é inmediata.

"*Nam ut quandoque moriarir, etiam invito positum est, ut quum voles, in tuâ manu est--quid in mora est? Nemo te tenet; evade, qua visum est! Elige quam libe trerum naturæ partem! Quam tibi præbere exitum jubeas! Hæc nempe sunt et elementa, quibus hic mundus administratur, aqua, terra, spiritus! Omnia ista, tam causæ vivendi sunt, quam viæ mortis, etc. etc.*

"(Estando determinado que has de morir aunque no quieras, y que puedes hacerlo cuando se te antoje; en qué consiste la detencion? Nadie te estorba; huye por la senda que mas te plazca; escoje entre

las cosas de la naturaleza aquella con que quieras abrirte camino. Los elementos que constituyen el mundo son el agua, la tierra y el aire; todos producen la vida y dan la muerte, etc. etc.)

«Nunca me habia parecido tan fundada como entonces esta apologia del suicidio, ámplia, franca y cómoda. Eché una mirada al rio que pasaba á mi izquierda: estaba tan sereno, tan claro; se transparentaba el sol con tanta coqueteria que me dieron tentaciones... No obstante, seguí mi paseo por los campos Eliseos.

«A poco oí á lo lejos una campana: nunca he sido devoto: pero aquel toque melancólico que traia á mi memoria cuanto de la moral cristiana sabia, me demostró tambien su vanidad... aplicada á mi condicion presente.

«Predica esta moral, lo mismo que la de los sabios de la antigüedad, desprecio á las riquezas, resignacion esperanza en una vida mejor. Y aplaude y recomien? de la fraternidad humana, diciéndonos:—Sed hermanos... amad al prójimo...—Ay!... qué mas queria yo que encontrar quien me mirase, quien me amase como á un hermano... quien me dijese:—No tienes casa, pues ven á la mia: tienes hambre? toma, come. Pero á dónde estaban aquellos hermanos en Jesucristo? La caridad depende de quien puede hacerla, no de quien la implora: es como la famosa receta para guisar liebres: lo primero es tener la liebre.

«Siquiera en esto me parecia superior la doctrina del suicidio: podia ponerse inmediatamente en planta; por estar al alcance de todos; no era como esos principios cuya aplicacion depende de personas estrañas: su ejecucion era esclusivamente cosa mia: pasar un mal rato... y hasta la otra vida.. Y voto á tantos que por mala que fuese no podia ser mas miserable que la que yo queria dejar: moralmente estaba convencido de ello... sin embargo, seguia andando... Tenia á dos pasos el Sena, tan fresquito, tan hermoso, dispuesto á recibirme... enteramente á mi disposicion, y hallábame entregado á una especie

de beatitud, interrumpida solo por las punzadas y vértigos del hambre.

"Asi llegué á los campos Eliseos, cuando involuntariamente me llamó la atencion un gran ruido de cornetas y platillos; volví la cabeza y ví unos cuantos tinglados de titiriteros, construidos al aire libre.

"Encima de un tablado que habia delante de uno de ellos, estaban un payaso y su amo, llamando á la gente con infinidad de gestos. Sobre la puerta se alzaba un cuadro en que estaba pintado un gigante de bocaza enorme, en la cual introducian dos hombres, con tenedores tan largos como horquillas, una infinidad de pavos asados, salchichones y pasteles.

"Debajo del cuadro se leia la siguiente inscripcion en letras de á puño:

LA GOMIA VERDADERA.

Este individuo comerá delante de los señores que le honren con su presencia, diez libras de carne, un pastel de cinco libras, un queso de Holanda y seis libras de pan !!!

"Vivamente escitada estaba la curiosidad pública; multitud de gente se apiñaba al rededor de la barraca en que se anunciaba este fenómeno, mientras que las otras dos se mostraban desiertas, y los demas titiriteros contemplaban con tristeza y envidia la fortuna de su vecino.

—"¡Qué oficio tan hermoso... tan fácil ... tan cómodo... tan nutritivo... el de esa gomia!... dije sonriéndo tristemente.--Ese si que es un hombre predestinado ! Ah ! si los premios del colegio le asegurasen á uno siquiera tan bello porvenir !

"Y seguí mi paseo alejándome de los titiriteros, de la gomia y de las músicas que me arrancaron esta otra reflexion, pronunciada con melancólico orgullo.

--"Tambien para mì ha habido músicas!

"En esto vino la noche, templada y apacible, á pesar de que estábamos en invierno: los paseantes se

fueron retirando unos tras otros hasta que me quedé solo: meditando sobre mi teoría del suicidio á la antigua, habíame acercado á la orilla del rio, alta y escarpada por aquella parte.

"Me apretaba el hambre de un modo horroroso: una especie de vértigo se apoderó de mí, y me decidí á acabar con mi vida... vuélvome de espaldas, y me dejo caer hácia atrás.

"La impresion del agua dispertó sin duda en mí el instinto de conservacion: empecé á manotear maquinalmente; pero con grande estrañeza noté que en lugar de hundirme, estaba sostenido á flor de agua por un objeto invisible: al hacer un movimiento, caí de cabeza y me hallé, á pesar ó á causa de mis desesperados esfuerzos, enredado cada vez mas entre las mallas de una gran red: tragué al mismo tiempo dos ó tres bocanadas de agua que me sofocaron y perdí el conocimiento.

"¿Qué pasaria despues?... no lo sé: pero ya fuese que la corriente se hubiese llevado la red, arrancada por el golpe de mi caida de las estacas á que estaba atada, ó bien que yo me hubiese acercado sin advertirlo á la orilla por medio de movimientos convulsivos, ello es que cuando volví en mí me encontré, á la magnífica luz de la luna, blandamente recostado en la ribera, á cubierta de césped por aquel paraje. Tenia el cuerpo fuera del agua á escepcion de las piernas, pero estaban tan encabestrado en la maldita red como el mismo Gulliver. Al desenredarme, sentí que se movian al rededor mio diferentes cuerpos húmedos y escurridizos, que, cuando acabé de despejarme, conocí ser otros tantos hermosos pescados.

"Un cuarto de hora despues hallábame sentado en el ribazo, calado hasta los huesos, pero libre de la red y no pude contener una sonrisa al ver los prodigiosos saltos que una docena de carpas y barbos daba á mi lado sobre la yerba.

"Soy franco, querido Martin: mi primer impulso fué de alegría por haberme librado de morir: la segunda impresion que me acabó de convencer de que

pertenecia á la humanidad fué un hambre devoradora. Cosa muy grosera... muy material... pero muy cierta. A la luz de la luna ví el luciente y plateado vientre de un barbo, le cojí... y... qué horror!... despues de darle un buen golpe en la cabeza para atronarle, me le comí vivo... No me causó la menor repugnancia aquel manjar fresco y carnudo... muy lejos de eso... despaché en seguida una carpa de regulares dimensiones, y solo al devorar la tercera víctima me detuve como hombre repleto, empachado, descontentadizo, en escojer los mejores pedazos con toda la delicadeza de un gastrónomo.

"Mucho me entonó aquella cena de *ichtyofago* (1) pero estaba tiritando de frio: ví á lo lejos una luz, me sacudí el agua y recojiendo en un pedazo de red las sobras de mi pescado (no me arredró la idea de ser ladron) dirigí mis pasos hácia la nocturna luz. Alumbraba á unos marineros que debian marcharse al amanecer y estaban calentando brea para tapar algunas rendijas de su barca.

"Con una inventiva que á mí mismo me admiró, pues nunca la habia desplegado igual en mis amplificaciones latinas ni francesas, finjí ser frenético apasionado de la pesca y afirmé que al recoger mis redes habia caido de cabeza al rio: el agua que chorreaban mis vestidos y los peces que llevaba me acreditaron de veraz.

"Recibiéronme cordialmente los buenos pescadores, me ofrecieron un asiento á la lumbre para secarme, un jergon para pasar la noche, si me convenia quedarme allí, y llegó su hospitalidad al estremo de brindarme con un jarro de aguardiente: acepté el jergon, usé con moderacion del jarro, y me tendí, despues de secarme, en el camarote, con la cabeza bastante alborotada por el aguardiente y los raros lances de aquel dia, que concluí pescándome á mi propio, digámoslo así, y cenando carpas y barbos crudos.

"No sé cómo me acordé de la gomia; pero en el

(1) El que se mantiene de pescado.

estado de sobrescitacion cerebral en que me hallaba, aquel recuerdo me sujirió un pensamiento grotesco, irónico y sério á la vez.

—«Quién me manda apurarme?—decia—tengo un oficio, un escelente oficio aprendido. Enseñan á esa GOMIA, cuyo mérito.. bastante mediano... (ya le juzgaba como *artista rival*)... cuyo mérito menos que mediano consiste en tragarse una enorme cantidad de alimentos; eso no es mas que un hombre que *tiene mucha hambre* y que come: cosa bien poco nueva, bien vulgar: yo diria que es hasta repugnante el ver á ese gladiador, á ese tragaldabas (ya me propasaba á injuriarle) entregándose á su voracidad asquerosa. ¿Pues no seria mucho mas original y curioso y de mejor gusto... (¡adonde me llevaba la emulacion!) presentar á un jóven, familiarizado con la bella literatura de la antigüedad, premiado por la universidad, coronado de laurel treinta veces... y que por un oportuno contraste se mostrára en el interesante ejercicio de comer pescados vivos?.. (sentíame con ánimos para ello, deseoso de alzarme sobre las ruinas de a reputacion de la gomia).

«¿Quién me quita ofrecer mañana mis cortos servicios á uno de aquellos tiriteros de que huian ayer los curiosos, agolpándose á la puerta de ese insípido tragon, de ese intrigante voraz (ya odiaba sinceramente á mi rival).

«Enseña vuestro vecino una gomia? les diré, ¿os hace mal tercio? pues fijad á ese público inconstante, voluble, esponiendo, no un hombre que coma mucho, sino otro que se mantenga de pescado crudo... Mas todavía, prorumpí exaltándose mi imaginacion y completando mi primera idea con ingeniosas enmiendas:—Sí, más todavía: enseñad un *hombre-pez*; que víva en el agua... y que en lugar de brazos... tenga aletas... Grandioso efecto, señores, cuadro magnífico que podreis oponer al de vuestro rival: un hombre con aletas en vez de brazos, metido en una inmensa tina y que devore toda clase de pescados. Francamente, señores, lo digo sin vanidad, pero con con-

viccion; qué vale una gomia, comparada con un hombre-pescado?

"Fascinado con las ventajas que me proponia sacar de mi proyecto, ninguna dificultad me arredraba.... Estar metido en el agua ínterin me vieran, no era mas que tomar un baño prolongado. Faltaban las aletas: en esto no podia hacerme la menor ilusion, no las tenia; mas á fuerza de cavilar me ocurrió que unas mangas de pergamino cortadas á manera de aletas, pintadas de un bonito azul, y sujetas á los hombros con una especie de coraza con escamas de hojadelata, podrian engañar la vista, si no habia mucha luz. Bien conocia yo que este proyecto era informe, que estaba en embrion todavía; pero á poca inteligencia que desplegasen los titiriteros, muy diestros por lo general en esta clase de transformaciones, deberia fecundizarse mi idea y ser de las mas productivas.

"Haciendo estos calendarios me dormí: al amanecer me dispertaron los marineros. Despedime de aquella buena gente y me marché con el resto de la pesca.... Lejos de parecerme disparatada y absurda mi idea: de competir con la gomia, la creí mas practicable, mas razonada, mas posible que nunca.

"Vencí, pues, mi timidez y me acerqué á los carricoches ambulantes en que vivian los saltimbanquis vecinos del jigante tragon.

"Figuraos mi júbilo, mi entusiasmo, querido Martin. Despues de una hora de conferencia con el tio *Bolingrin, artista-Alcides* y profesor de pujilato, (estos títulos se daba) tuve el gusto de que prohijase con afan mis proyectos.

"No sin verme antes comer una carpa y un barbo crudos, me propuso el apreciable acrobata este ajuste fabuloso:

"Veinte y cinco sueldos diarios.

"Casa y plato.

"Suministro de aletas.

"Ocho dias invirtió el tio Bolingrin en la ingenioso confeccion de aquellas. Al octavo apareció á la puerta de nuestra barraca de lienzo un magnífico

cuadro en que estaba yo representado con medio cuerpo fuèra de un gran estanque, las aletas desplegadas y un pez de fantástica figura entre los dientes. Debajo se veia este pomposo anuncio, que yo habia redactado en su parte científica, geográfica é histórica.

EL HOMBRE-PESCADO.

FENOMENO VIVO Y SOBRENATURAL.

"Cojido por los mamelucos del bajá de Egipto en "el rio Nilo, situado en el pais de los Faraones y de "las pirámides. Este fenómeno no puede vivir mas "que en el agua y solo come pescados vivos; tiene en "vez de brazos aletas que nadie podrá tocar sino los "militares y las señoras, como séres privilegiados de "la Francia.

(Debo confesar humildemente que este piropo al bello sexo y á la gloria nacional era propio y peculiar del tio Bolingrin.)

"Este maravilloso fenómeno contestará en cuatro "lenguas á las preguntas que se le hagan por la no-"ble concurrencia, á saber, en *latin*, *griego*, *francés y* "*Egipcio del Nilo*.

"Convine con el tio Bolingrin que en la dudosa hipótesis de que algun concurrente me preguntase en egipcio, le contestaria yo en una lengua de mi invencion, que infundiria vehementes sospechas en el público, y le convenceria por fin de que mi imprudente interlocutor no hablaba el *verdadero egipcio del Nilo*.

"Prodigioso fué el efecto de nuestro cuadro: la gomia quedó miserablemente abandonada en favor del hombre-pez, (por cierto que este triunfo me causó una especie de remordimiento), y nuestra primera funcion produjo la enorme cantidad de *treinta y dos francos y cincuenta céntimos*.

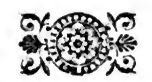
"Mas adelante me ha parecido llevadera la condicion de hombre-pescado.—Acompañé en clase de tal al tio Bolingrin en sus peregrinaciones, y cuando abandonó su vida errante por otra menos azarosa

aceptė la proposicion que me hizo de ajustarme bajo las mismas condiciones con La Lebrasse. Al entrar en casa de mi nuevo patrono os conocí, querido Martin, siendo vos entonces un niño.

«Sabeis lo restante de mi vida, y gracias á estos pormenores retrospectivos que os envio, la conoceis ahora pór completo.». . . . .

. . . .

Estos eran los antecedentes de Leónidas Tiburon, el hombre-pescado, que iba á aumentar el personal de la tropa de La Lebrasse.



CAPITULO XIV.

La partida.

Tales eran las causas que lanzáran á Leónidas Tiburon en la azarosa carrera de *fenómeno* vivo.

—Nuesamo, dijo á La Lebrasse luego que la tia Mayor se cercioró de la marcha del carretero: ahora que estamos en *familia*...... podré mover los brazos?

Estremada fue mi sorpresa: habia creido con la mayor buena fé que el ropon sin mangas del hombre pescado servia para encubrir sus aletas: no agradó á La Lebrasse la indiscrecion de su nuevo comensal, y haciéndole seña de que no le desmintiese, respondió:

—Si por parecer un hombre como los demas quieres llamar brazos á tus *aletas*, corriente... hijo mio. Hablando ahora formalmente, este galopin te ayudará en todo lo que te haga falta, y podrás usar de sus brazos como tuyos.

Leónidas miró á La Lebrasse con sorpresa y respondió:

—No me habia dicho nada el tio Bolingrin de esa condicion: qué!... ¿ni en *familia* he de poder servirme de mis brazos? Tendrán que darme papilla como á un niño? Bah, bah, nuesamo! no he hecho poco en venir quietito en mi cuba todo el camino: delante del público represento mi papel lo mejor que puedo... pero en la vida privada recobro el uso de todos mis derechos naturales, y uno de ellos es este.

Hablando asi, sacó el hombre-pez, por los agujeros laterales del ropon, un par de brazos delgados como sarmientos y abrigados con una ajustada almilla de punto, y los movió y estiró desperezándose:

—Has de saber, torpe, le dijo La Leqrasse, que para que caiga el público en el garlito, es necesario persuadirle de que nosotros tambien hemos caido: la cháchara de este muchacho, prosiguió señalándome, puede echarlo á perder todo: mucho mejor hubiera sido engañarle tambien á él... pero en fin, eso es cuenta tuya... Leónidas, el dia que no crean en tus aletas, te vas con la música á otra parte.

—Es una gran verdad filosófica, respondió el hombre-pez, con cómica gravedad; en eso se cifra toda la ciencia de la vida: *que crean en nuestras aletas.*

. . . .

La llegada del hombre-pescado solo momentáneamente me distrajo de mi inquietud por la suerte de Bamboche, víctima del cariño que me tenia. Fueron inútiles los esfuerzos que durante muchos dias hice para ponerme en comunicacion con mi amigo: todas las mañanas veia á la tia Mayor bajar á la cueva á buscarle y darle leccion: mas volvia colérica gritando que el tunante se negaba con terquedad á moverse.

Siempre que esto sucedia entraba La Lebrasse en el sótano, con su paso de gato-montés, que apenas se sentia, y estaba allí un cuarto de hora cuando mas: volvia despues, sin que se hubiese oido el mas mínimo rumor, el menor grito, y si le preguntaba por mi compañero, me respondia con una mueca espantosa.

Leónidas Tiburon, afectuoso para con todos, apático y tímido por naturaleza, solo una cosa buscaba descansar: mostrábase muy satisfecho de su suerte escuchaba con estóica flema las patochadas de la tia Mayor ó las palabras solapadamente perversas de La Lebrasse, comia perfectamente, dormia á pierna suelta y aprovechaba el menor rayo de sol para tenderse y filosofar á sus anchas, leyendo y releyendo á su divino Séneca. De vez en cuando vestia la coraza, meneaba las aletas y se comia un pez crudo, para tener suelta la mano, como decia La Lebrasse.

Mas tarde me ha manifestado Leónidas que al principio no creyó tan mala mi suerte, y que mi *educacion acrobatica* que tenia la ventaja de desarrollar mis fuerzas, mi agilidad y mi maña sin hacerme incapaz de otras profesiones, le pareció preferible á su estéri- educacion universitaria.

Cierto dia me ofreció enseñarme á leer, proposicion que no acepté, aunque tenia grandes deseos de instruirme, por no hacer á Bamboche la infidelidad de tratar amistosamente al nuevo compañero, y contraer demasiada intimidad con él.

Mucho me dió tambien en que pensar el finjido hombre-pescado, y fué para mí una prueba mas en favor de los malos principios de Bamboche; pues un dia que estaba Leónidas Tiburon tomando el sol despues de un copioso almuerzo, dulcemente tendido sobre el césped del patio y con su Séneca sobre las rodillas, me dijo:

—Quién dirá que debo mi actual beatitud á comer pescado crudo y llevar aletas postizas? Antes era todo un sabio, no deseaba otra cosa que trabajar para ganarme honradamente el pan, y me moria de hambre.... Ahora embaúco á la gente, y cómo mas que un Heliogábalo.

--Tiene razon Bamboche, pensaba yo--tampoco este ha sido feliz hasta que se ha resuelto á engañar y mentir.

Apurados todos los arbitrios para ver á mi ami-

go, y creyendo que si le imitaba me encerrarian tambien con él, me negué una mañana á hacer los ejercicios.

--Martinito, me dijo La Lebrasse con voz melosa, no pienso ponerte la mano encima; pero si no ensayas, duplicaré la dósis de tu amigo Bamboche... por tí.

Renuncié á mi proyecto al oir esta amenaza, que La Lebrasse era muy capaz de cumplir, é imaginé otro recurso.

--Enseñadme el salto mas difícil y peligroso, le dije, y le aprenderé á riesgo de estrellarme; pero á condicion de que cuando le sepa perdonareis á Bamboche.

--Quiero darte gusto, me respondió La Lebrasse con la sonrisa astuta y perversa que le era propia. En cuanto sepas el *salto del conejo*, se pondrá en libertad á tu amigo.

Nada mas arriesgado y difícil que esta evolucion: consistia en tirarse desde una especie de plataforma de dos varas de altura; dar una voltereta en el aire y caer de pié; al menor descuido podia uno caer en falso y romperse un miembro ó desconcertarse el pescuezo, lujacion que siempre es mortal. Pero tal ardor me infundió la esperanza de salvar á Bambo-boche, que logré fatigar la robusta actividad de la misma tia Mayor; y aunque perdia cada vez mas fuerzas, seguia obstinado mis evoluciones. Atolondrado por fin y casi sin aliento, dí una caida con tan mala suerte que me rompí el brazo izquierdo.

Obedeciendo entonces á un impulso de lástima, me concedió La Lebrasse el perdon de mi amigo. Cuando entró Bamboche á verme me acababan de llevar á la cama Leónidas y la tia Mayor. No he sabido nunca con qué objeto ó por qué razon le dijo el titiritero la causa de mi herida; pero ello es que aquel indómito muchacho á quien no arrancaban una queja ni una lágrima los mayores castigos, se dejó caer sobre mi cama, deshecho en llanto, y esclamó:

—¿Conque solo por mí... porque me perdonáran... te has roto el brazo?

--¿No te han castigado á tí ocho dias seguidos por mi culpa?.. le respondí abrazándole con inesplicable júbilo.

—¡Oh! qué espectáculo tan tierno, tan cruel, tan.. hi, hi, hi!.. saltó La Lebrasse haciendo gestos grotescos y fingiendo que lloraba, mientras que el hombre-pescado, sinceramente enternecido y viendo que allí estaba demas, se marchaba diciendo que iba á leer el famoso tratado de *Amicitia.*

Me detengo en estas pruebas recíprocas de cariño infantil que nos dimos Bamboche y yo, porque ellas son la base del afecto que resistió mas tarde á la diversidad de nuestras condiciones y creencias morales, y nos impuso los mayores sacrificios, que ejecutamos siempre con placer y religiosa puntualidad.

Examiné atentamente á Bamboche cuando nos quedamos solos, y me espantó la alteracion de sus facciones: su estremada palidez revelaba que debia haber sufrido dolores atroces.

—Conque te han atormentado tanto? le pregunté.

—Oh! sí... me contestó con siniestra sonrisa, y hasta con una salvaje alegría; mucho, gracias á Dios!

—Gracias á Dios!

—Sí, porque algun dia llegará en que se lo pague á La Lebrasse.

—Y te hacia mucho daño?

—Me hacia *ver à Dios*, respondió Bamboche soltando la carcajada.

—Qué quiere decir eso?

—Que me ataba á los pies una pesa de hierro de esas que nos sirven para los ejercicios, y luego me cogia por debajo de las orejas y me levantaba del suelo teniéndome en el aire algunos minutos. Repetia esta operacion dos y tres veces.

—Ya no me estraña que no metiese ruido al castigarte.

—Menos dolores pasaria un hombre á quien desollasen vivo, me dijo Bamboche sordamente; algunas veces me parecia que se me iba á arrancar la cabeza del pescuezo, y me pasaban por delante de los ojos unas llamaradas azules... Yo no hacia resistencia á La Lebrasse, porque es muy fuerte y de nada me hubiera servido... pero no cedia y decia entre mí... bueno, bueno... aprieta cuanto puedas que para tí trabajas... Espera á que venga Basquine, ya verás cómo te lo pago todo en la misma moneda.

Me asustó el ademan con que pronunció Bamboche esta amenaza...

Precipitaron nuestra partida los cuidados que reclamaba mi herida, medianamente curada por la tia Mayor que estaba muy hecha á esta clase, de lances, y una carta que recibió La Lebrasse sobre nuestra Basquine á quien debiamos recojer en el camino.

Como casi todos los saltimbanquis, poseia nuestro amo un carricoche nómada donde se alojaba la compañía durante las representaciones en las ferias de los pueblos.

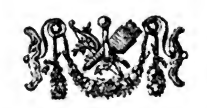
Este vehículo, que tenia quince pies de largo y diez de altura, constaba de tres divisiones que recibian la luz por otras tantas gateras y comunicaban interiormente unas con otras. La de delante servia de almacen, la de enmedio de cocina y la última de habitacion general. Era esta bastante espaciosa y estaba amueblada como la cámara de un buque, con ocho camas en forma de cajones de siete pies de largo por tres de ancho, divididas en dos filas; una reja puesta en un hueco del techo, daba entraba al aire y á la luz. Tres caballos, que se alquilaban en las diferentes poblaciones por uno ó dos dias, bastaban para arrastrar la máquina, que contenia entre sus tablas los lienzos y vigas necesarias para armar nuestro teatro. *Lucifer*, el asno sabio, que era tan robusto como un caballo, tiraba de un carromato supletorio que alternativamente ocupaban La Lebrasse y la tia Mayor, para atender desde afuera á la marcha del grande; vino tambien el carretero que habia traido al

hombre-pescado, y abandonamos por fin la casa alquilada hasta entonces por La Lebrasse.

No habia yo tenido la menor noticia de mi antiguo amo Lemosin. La Lebrasse respondia á todas mis preguntas sobre el asunto con el silencio ó con gestos de burla. Tributé, pues, el último recuerdo á Lemosin, quien al menos nunca me habia maltratado, y me instalé en un camarote, con Bamboche al lado: cuidábame este con paternal esmero, y de vez en cuando cobraba una espresion de delirante alegría al pensar que muy en breve se reuniria con Juanita.

Resolvió La Lebrasse que hiciésemos el primer alto en el pueblo mas próximo, donde renovaria un cirujano los vendajes de mi herida. Debiamos tambien encontrar allí algunas muchachas, que avisadas con anticipacion del viaje de La Lebrasse, le aguardaban para venderle su pelo *que cosechaba él mismo*, como decia al hablar de estas siegas capilares.

Al siguiente dia debiamos llegar al pueblo del apeador, padre de Juanita, la futura Basquine de la compañía.



CAPITULO XV.

Las cabelleras.

JAMAS olvidaré el raro y triste espectáculo de que fui testigo en *Folleville*, pueblo en que paramos para comprar pelo y curarme mi herida. El cirujano declaró que la fractura era *sencilla*: la tia Mayor habia colocado con bastante habilidad el primer apósito, de modo que mi curacion debia ser rápida.

Como el pueblo tenia bastantes vecinos y nunca habian visto á un *hombre-pescado*, consintió La Lebrasse en dar lo que llamaba una *pequeña representacion*, que se compuso de la presentacion del fenómeno, precedida de algunas evoluciones de la tia Mayor y Bamboche. Por ahorrarse el trabajo de armar el teatro, determinó el patron que se diese la funcion en una granja, y que la tia Mayor cuidase de vender los billetes, mientras él iba á recoger cabelleras.

Mi herida me escusó de concurrir á los ejercicios. Habiame el cirujano mudado el vendaje en una sala

baja de la posada, y allí ví por la primera vez á La Lebrasse ejercer un singular ramo de comercio

Han pasado muchos años y todavía me acuerdo de esta escena con todos sus pormenores.

Penetrando difícilmente una escasa luz por los verdosos vidrios de dos ventanas á la *guillotina*, tapizadas de telarañas, alumbraba á medias la espaciosa habitacion: el techo era bajo y de negruzcas bovedillas, las paredes parecian haber estado antiguamente blanqueadas con cal: dos tizones humeaban en el hogar en medio de un monton de ceniza.

Las *parroquianas* de La Lebrasse, como él decia, le esperaban, sentadas en bancos, al borde de una larga mesa, ó en taburetes. Habia una separada de las demas y oculta en la sombra que proyectaba la enorme chimenea: apenas distinguia yo su gorra blanca, un pedazo de su andrajosa saya y sus pies descalzos.

Todas se mostraban inquietas hasta saber si acomodaria su pelo á La Lebrasse: y por algunas palabras que se dijeron colegí tambien que las daba verguenza de ser las únicas del lugar que por necesidad tenian que vender sus guedejas.

No obstante, algunas de ellas manifestaban indiferencia ó resignacion: una sentada en la mesa talareaba una cancion, llevando el compás con los zuecos; otra mascullaba ansiosa un mendrugo de pan duro y moreno.

Se abrió la puerta y apareció La Lebrasse con traje entre masculino y femenino: pantalon colorado, zagalejo verde oscuro, casaquilla ajustada de pana negra y pelo recogido á la chinesca. Al verle se levantaron todas las mujeres con la deferencia humilde é interesada con que trata al comprador el que necesita despachar su mercancía.

El gesto de mi amo era sardónico y truhanesco á la par: paseó una mirada por la *parroquia* é hizo un saludo ridículo.

--Buenas tardes,--dijo con voz atiplada--parece que el *mercado* está bastante concurrido--vamos, pichonas, despachemos que traigo prisa--fuera las gor-

ras, y cerviguillos al aire... sobresaliente ha de ser el pelo que yo compre hoy: de todas partes me le ofrecen casi de valde; como el pan ha subido...

Estas palabras infundieron á todos los circunstantes una estremada zozobra.

La Lebrasse me atisbó y dijo:

--Oyes, Martinito, ayúdame con el brazo bueno á acercar este banco á la ventana, no me den gato por liebre; soy amigo de enterarme de lo que compro...

Ayudé á mi amo á colocar el banco junto á la ventana, formando un ángulo recto con ella, de modo que diera el sol de lleno y permitiera juzgar del brillo del pelo.

--Vamos, palomitas, aquí: dijo La Lebrasse, se abre el mercado.

Todas aquellas pobres criaturas corrieron á sentarse en el banco... escepto la que medio escondida detras de la chimenea, solo dejaba ver su gorra blanca y sus pies descalzos.

--Eh!... esa del rincon, dijo La Levrasse, ¿no viene? todavia hay sitio.

--Allá voy, respondió con voz dulce y levemente alterada por las lágrimas.

—Bueno, dijo La Lebrasse... quereis haceros de rogar, eh? Como gusteis, prenda; yo entiendo el busilis, y no os daré un cuarto mas aunque os esteis ahí toda la tarde.

Volvióse á las del banco, y añadió:

—Ea, fuera gorras!

El sentimiento, la vergüenza, casi el pudor tuvieron inmóviles á aquellas mujeres por espacio de algunos segundos. Por fin, una de las mas resueltas se quitó de repente su mala gorra de indiana.

Fué esta accion como una señal que hizo caer destrenzadas todas las matas de pelo sobre la frente y hombros de aquellas infelices: rubias unas, otras negras ó castañas, claras ú oscuras: escasas y lácias estas, aquellas espesas y fuertes, erizadas y crespas. Algunas habia tambien mezcladas con canas, disimuladas todo lo posible; porque ay! cada cua-

habia *dispuesto la mercancía* (segun la espresion de La Lebrasse) del modo mas favorable... Triste y dolorosa coquetería!

—Hum, hum! á mí nadie me la pega, decia La Lebrasse paseándose por delante del banco, mirando, tocando, sompesando y midiendo en fin las matas de pelo, para juzgar de su suavidad, longitud, peso y color. Yo no me mamo el dedo... bueno es que lo tengais entendido... añadió con risa zumbona, sé todos vuestros trampantojos, hijitas. No ignoro los resultados que se obtienen con los polvos de carbon, el aceite y la manteca de puerco: sé el modo de hacer pasadera la greña mas envedijada.

Despues de reconocer nuevamente la *mercancía*, prosiguió:

—Por vida mia, que estoy de mala suerte. Ni aqui ni en ninguna parte he encontrado este año cosa que me acomode... Está visto, añadió desdeñoso y disgustado, luego que hubo echado otra ojeada á aquellas cabezas escondidas entre largos rizos... está visto... nada de eso me conviene... Surtido de municion... de deshecho...

De todos aquellos pechos comprimidos hasta entonces por las angustias de la esperanza, se exhaló un ¡ay! de desengaño doloroso, y por un movimiento maquinal y casi espontáneo se inclinaron hácia el suelo aquellas cabezas desmelenadas.

—Qué demonios quereis que haga yo con eso? No comercio en crines ni estopa, añadió mi amo con la brutal ferocidad del mercader á quien importa ante todo menospreciar el género.

—Ea, pichonas, prosiguió, caláos las gorras... nada tengo que hacer aquí... Y á fé que no valía la pena de venir á perder el tiempo.

Durante esta escena, cuya crueldad degradante no podia yo comprender entonces, pero que me oprimió el corazon, observé que la jóven del capillo blanco, oculta detrás de la chimenea, salia de su rincon y se dirigia lentamente á la puerta. Puso la mano en el pica-

porte, pero deteniéndose de pronto... bajó la cabeza cual si vacilára en salir.

Raras veces he visto facciones mas proporcionadas que las de aquella muchacha: tendria diez y siete años á lo mas; llevaba medio cubiertos los hombros con un mal pañuelo de algodon encarnado, y la saya, remendada con piezas de todos colores, iba sostenida con unos tirantes de orillo. Mucha deberia ser su belleza para resaltar tanto á pesar de la estremada flacura y palidez de su cara, en que se advertia la huella de lágrimas recientes.

Pasados algunos minutos junto á la puerta, y siempre con la mano en el picaporte, pareció que hacia la jóven un violento esfuerzo, alzó al cielo los hermosos ojos azules y volvió con lentitud á ocupar su puesto.

En aquel momento repetia La Lebrasse ásperamente:— caláos las gorras: nada tengo que hacer aquí, y á fé que no valia la pena de venir á perder el tiempo.

Dando algunos pasos hácia la puerta, añadió La Lebrasse:

—A mas ver, buena gente...

Hubo entonces una escena de regateo, innoble y penosa á un tiempo.

Escena penosa, porque daba lástima ver á aquellas infelices que harto sabian *cuan caro costaba el pan*, como decia La Lebrasse rogar, implorar á aquel hombre, con lágrimas en los ojos algunas de ellas, para que comprara á cualquier precio sus cabellos, pobre y último recurso en que depositaran sus esperanzas.

Escena innoble, porque La Lebrasse, abusando con indigna rapacidad de la miseria de aquellas infelices, regateaba obstinadamente cuarto á cuarto, repitiendo sin cesar que no le convenia la *adquisicion*, y despreciándola sin compasion!

Finalmente, agotadas las súplicas, aceptaron las miserables las ofertas del comprador: pedian tres ó cuatro francos por su mata de pelo, y La Lebrasse apenas accedió á darlas veinte sueldos...

Los admitieron... á lo menos tenian pan para tres ó cuatro dias...

Otro momento hubo que me causó una impresion cruel: este fué el de ver poco menos que afeitadas todas aquellas cabezas cubiertas poco antes de ondeantes cabelleras, que segaba La Lebrasse con sus enormes tijeras, y que luego me hacia atar en madejas con cintas de hilo.

Gran negocio debia haber hecho, pues respiraba gozo el semblante sardónico de La Lebrasse, y no tenian término sus chanzonetas.

—En vez de estar tristes os debeis alegrar, hijas mias, decia haciendo chascar las tijeras sobre las cabezas que mondaba. Estos pelos, que para nada os servian, van á tener el honor de engalanar la cabeza de las señoras de cierta edad que llevan postizos ó pelucas. Se lucirán adornados de turbantes de oro y plata, de magníficas pedrerías, de diamantes soberbios!... En vuestra cabeza esos pobres pelos irian tapados por vuestras gorras mugrientas y ya que siempre estais chillando con vuestra miseria, á lo menos una parte de vosotras irá en coche, á las fiestas mas lujosas de la capital. Esto siempre halaga, y sin embargo no me lo pagais... al contrario, yo os doy dinero... Vaya, me vuelvo tonto de puro bueno: en lo sucesivo os advierto que no pagaré nada, y que si tomo los pelos será por el honor que les resulte.

Las zumbas crueles de La Lebrasse fueron interrumpidas por la hermosa jóven de quien hablé antes

Acercóse hácia la ventana, se sentó tímidamente la punta del banco, se quitó la gorrita y dobló la cabeza sin pronunciar una palabra.

Al ver una magnífica cabellera de color de azabache, tan larga que llegaba al suelo y se ensortijaba en los desnudos pies de la jóven, tan espesa que tapaba su andrajoso vestido, formando una especie de manto negro, no pudo La Lebrasse menos de decir, á pesar de su costumbre de despreciar el *género*:

—Esto es soberbio,... estraordinario.... no he visto cosa igual.

Un murmullo de sorpresa habíase alzado al apare-

cer la jóven entre sus compañeras, una de las cuales dijo en voz baja:

—Mira, mira: tambien vende Josefina su pelo..... y se va á casar....

—Sí, con Justo; y le quiere tanto..... contestó otra.

En casi todos los rostros se pintaron el sentimiento y la compasion.... Josefina era, pues, de carácter dulce y bueno, cuando inspiraba tal interés á sus compañeras, resueltas y resignadas á hacer el mismo sacrificio que ella.

—Conque os vais á casar, niña bonita?—dijo La Lebrasse contemplando con ojos rapaces la magnífica mata de pelo, y pasando por ella la mano, trémula de alegria.—Pues haceis perfectamente en dar salida á esto: de nada sirve en casa, vale mas una buena *dote*.—añadió en tono sardónico,—y yo me encargo de aprontarla....—Ahi va.... tomad.... es una hermosa pieza de cuarenta sueldos, nuevecita.... No se dirà que soy tacaño.... á veinte pagaba estas otras... es verdad que vá mucha diferencia.

—Yo, quisiera.... cuatro.... francos *por mi pelo*, tartamudeó Josefina en voz baja y temblona.

—Cuatro francos!—esclamó La Lebrase.—Cuatro francos! Qué disparate!... Queréis tener una comida de boda como la de Baltasar, prenda?... Cuatro francos! No puedo favorecer semejante prodigalidad.... Ea, ahi van cincuenta sueldos, y no hay mas que hablar.

Diciendo así cogió La Lebrase impaciente la larga y negra guedeja de la muchacha.

—Pobre Josefina! murmuró una de sus compañeras; todas las demás demostraron con sus miradas la misma conmiseracion.

Mas arrancándose ella de manos de La Lebrasse, repitió con una espresion de dolor y vergüenza que probaba cuanto padecia:

—Yo quisiera cuatro francos: los necesito.

Con el rostro encendido como la grana, añadió para escusar su *avaricia*:

—No son para mí... pero los necesito... indispensablemente.

—Cuatro francos! gritó brutalmente La Leqrasse. Vamos, esto es querer robarme.

Josefina se levantó por un movimiento rápido que dejó en descubierto su cara, libre de la espesa melena que la tapaba. Sus megillas estaban bañadas en lágrimas. Se inclinó con resolucion para cojer la gorrita que se habia caido; pero La Lebrasse, que temia perder aquella buena proposicion, la contuvo diciendo:

—Vamos, picaruela, daré los cuatro francos... aunque sé que me pierdo... Ahí está el completo.

Sentóse Josefina, dobló la cabeza, y dijo temblando y en voz baja:

—Quisiera tambien... quedarme... con una trencita... despues que me corteis el pelo.

—Tambien eso?... esclamó La Lebrasse... hija mia, sois insaciable.

Reflexionó un momento, y añadió:

—Digo que me habeis hechizado: ea, os quedareis con la trencita... pero ha de ser pequeña como la cola de un raton, nada mas.

Y empuñó las terribles tijeras.

—Aguardad, aguardad... gritó una muchacha cogiéndole el brazo... al fin no son mas que cuatro francos, y si escotarámos entre todas... añadió consultando á sus compañeras con la vista.

—Sí, sí... eso es... escotar... respondieron muchas.

—¡Hola!.. Os estais muriendo de hambre... y la echais de generosas... dijo La Lebrasse amargamente y sujetando á su víctima, que no le dejaba mover las tijeras.

—¿No sabeis que el pan anda caro?

¡Ay! tambien en aquella ocasion la miseria paralizó los instintos mejores: tambien entonces la voz imperiosa de la necesidad acalló al primero y generoso grito del alma.

Las duras palabras de La Lebrasse recordaron á

aquellas miserables que eran demasiado desgraciadas para demostrar su compasion... y ¿no es esta la mayor de todas las desgracias?

Al generoso impulso de las amigas de Josefina se siguió un triste silencio; esta, que quizás se habia abandonado á la esperanza, dijo vivamente á La Lebrasse:

—Dáos prisa; acabemos.

No aguardó La Lebrasse á que lo repitiera, é introduciendo las tijeras en aquella magnífica crencha de pelo comenzó á moverlas con tal maña que, cayendo cabellos por todas partes, quedó á poco descubierto el pálido y apacible semblante de Josefina, bañada en lágrimas y completamente rapada.

La Lebrasse, fiel á su promesa, la dió una larga trenza, del grueso del dedo meñique... Josefina la envolvió y se la guardó en el pecho.

. . . .

No pudeentonces contener las lágrimas, y siempre he tenido muy presente en mi memoria aquella escena dolorosa.

. . . .

No dudo que la gente *positiva* verá todo esto con el mas profundo desden y dirá burlándose:

—¡Cuánta palabreria, señor, por un poco de pelo! ¿Qué nos importa que esas labriegas estén rapadas como monaguillos? Todo se reduce á ganarse veinte sueldos.

Pero os compadecereis de esta nueva consecuencia de la miseria... Tiene tantas!... Sí, vosotras os compadecereis, jóvenes que con la risa en los lábios adornais delante del espejo con flores y pedreria vuestros lucientes cabellos... ó nô les poneis ningun adorno, rasgo mas grande de coquetismo.

Y vosotras tambien, madres felices, tan orgullosas con las largas trenzas que coronan la frente angelical de la niña que todas las noches abrazais tiernamente.

Y vosotros, amantes que con ardiente lábio ha-

beis besado los rizos húmedos y perfumados de vuestra amada.

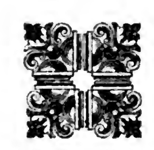
Y vosotros, en fin, los que amais, respetais y adorais á Dios en sus criaturas, los que veis con amargura todo lo que las aja, las afea y las degrada.

. . . .

Fué muy productiva la representacion compuesta de los ejercicios de la tia Mayor y del hombre-pescado.

Al amanecer del siguiente dia nos marchamos, para llegar por la tarde al pueblo de nuestra nueva Basquine.

La alegria y el amor tuvieron á Bamboche fuera de sí todo el dia... iba á ver á Juanita para no separarse ya de ella.



CAPITULO XVI.

La nueva Basquine.

Conforme nos íbamos acercando al pueblo de Juanita subia de punto mi impaciencia. La tia Mayor conducia el carro en que iba el hombre-pez; La Lebrasse ocupaba el pescante de nuestra gran máquina, y en el interior de esta iba yo solo con Bamboche. A los arranques de alocada alegría que le causuba la esperanza de ver á Juanita sucedian momentos de temor y abatimiento en los que me decia con voz alterada:

—Si su padre, que tanto la quiere, no se la da á la Lebrasse, mira, no se lo que haré.

Y en aquella frente de trece años, en aquellas contraidas facciones se pintaba el choque de afectos tan violentos como precoces.

—No hay miedo, le respondí; si no viene Juanita con La Lebrasse, nos separaremos de él y entraremos de criados en casa del padre de tu querida.

Bamboche se encojió de hombros al oir esta proposicion candorosamente novelesca.

—Su padre se está muriendo de hambre, me con-

testaba ¿cómo demonios ha de tomar criados? y aunque nos recibiera, no adelantaria yo nada.

—Cómo qué!

—¡Torpe!... ¡no ves que me habian de estorbar el padre y la madre y los hermanos? ¿Tendriamos ella y yo la libertad que tendremos con La Lebrasse hasta que llegue el momento de tomar el tole?

—Ay Dios! dije de pronto, asaltado de una repentina idea.

—Qué tienes?

—Tu deliras por Juanilla... tratas de escaparte con ella; pero y si ella no te quiere? ¿no te se ha ocurrido eso?

—Mas de una vez.

—Y qué piensas hacer?

—Sacudirla hasta que me quiera.

—¡Pegarla! esclamé yo; á la pobrecita! y serias capaz...

—Trabajo me costará... pero mejor.

—¡Sacudirla para que te quiera! repetí asombrado... así te tendrá ódio.

Bamboche se rió de mi inocencia y me dijo con una energía y firmeza increibles.

--Para que le quieran á uno las mujeres no hay como meterlas miedo; cien veces me lo dijo el tullido: y tuvo queridas que reñian á navajazos por él, y que se hubieran tirado por él á lumbre y que le entregaban todo su jornal. Pues mira, tanto miedo les daba, que le llamaban el tigre negro y *sudaban frio* solo de hablarle.

Cedí á la esperiencia del tullido.

--Si tan seguro estás... corriente... dije con el corazon oprimido, pero no la hagas mucho daño... ¡Pobre niña!

--Si me quiere por buenas... no la pegaré hasta mas adelante... (y no por mi gusto... porque si surtiera el mismo efecto, cien veces mas me gustaria que ella me sacudiese á mí) pero la sacudiré para que me tema, porque como decia el tullido, la mujer que no teme... te hace andar como un...

--Es lástima que haya que pegar tanto, dije á mi amigo con un suspiro.

Bamboche se quedó pensativo, y pasados algunos momentos, repuso con voz sorda y siniestra.

--Solo una cosa me inquieta.

--¿Cuál?

--Que La Lebrasse se enamore de Basquine, me respondió apretando los dientes de rabia.

—A su edad! esclamé yo.

—Qué? no me hizo la tia Mayor amante suyo? replicó asperamente Bamboche; por cierto que ella tambien va á aborrecer á Basquine... Y el payaso que estamos aguardando, si es tan canalla como el otro, un tal Giroflée, que entró en el seminario... será tambien capaz de querer á Basquine... Bien sé yo cómo hacia Girofleé rabiar á la otra que se murió.

Dió una patada en el suelo y esclamó con los ojos chispeantes y las venas de la frente hinchadas por la cólera:

—Mira, Martin, conozco que voy á hacer barbaridades por Basquine.

Me pareció que el amor, espantoso pero posible de La Lebrasse ó el futuro payaso á Juanita, los celos de la tia Mayor y los singulares medios á que Bamboche pensaba apelar para hacerse querer, complicarian tanto el porvenir de Basquine y Bamboche, que guardé silencio mientras mi compañero se entregaba á sus reflexiones.

Solo ahora al escribir estas líneas, despues de tantos años, conozco cuán monstruosos eran aquellos sucesos, y desgraciadamente la esperiencia me ha probado que lejos de ser escepcionales tales monstruosidades, nunca sabrán ni creerán los que no han profundizado el fango social, todos los vicios y horrores que engendran la miseria, la ignorancia y el abandono.

Sin nociones del bien y del mal, en la época de que voy hablando, salvos algunos buenos instintos, me acostumbré á la depravacion cínica en medio de la cual vivia, haciéndome á ella como á mi atmósfera

natural: lo que hoy me repugna entonces me parecia muy sencillo; faltándome puntos de comparacion, me resentia yo... no de los vicios agenos, sino de mi ignorancia: es verdad que algunos principios, algunos hechos culminantes me ASOMBRABAN, pero no me INDIGNÁBAN... ni podia ser de otro modo... En qué escuela de moral y virtud habia yo aprendido á indignarme de ellos?

Asi como un niño criado con ternura y esmero concibe vagas preferencias á ciertas cualidades y virtudes, mas acomodadas, si es lícito decirlo, á su espíritu, corazon y carácter, tenia yo desde mi entrada en casa de La Lebrasse una vaga aficion á ciertos vicios; la pereza, las trampas, la vagancia, el mismo robo como último recurso, me gustaban bastante: repugnábanme empero las violencias y crueldades, y á pesar de las eróticas revelaciones de Bamboche aun no sentia la *necesidad de amar*.

Mas esto no obstante... (prueba clara de que en general el hombre nace bueno, ó apto al menos para todos los sentimientos generosos) á despecho de los detestables ejemplos que me rodeaban y las lastimosas tendencias que iba adquiriendo diariamente, era yo digno, capaz de cumplir con todos los deberes y sacrificios de la amistad... Lo propio sucedia á Bamboche... mas de una vez me habia ya probado su abnegacion, aunque horribles lecciones le tenian sumido en una corrupcion mucho mas profunda y aborrecible que la mia.

. . . .

Poco faltaba para anochecer cuando llegamos al pueblo, y nos apeamos en la posada del Gran-Ciervo donde paraba ordinariamente La Lebrasse. Lo primero que hizo fué preguntar al posadero cómo seguia el tio Paillet, el aperador.

—Está en las boqueadas, respondió el patron... pero ¡qué miseria! once hijos y la mujer enferma. —El cabildo le da dos panes de limosna todas las semanas... pero qué sirven dos panes para tantas bocas?

—Perfectamente, dijo La Lebrasse sin disimular su satisfaccion.

Cobró luego un gesto de lástima y dijo:

—Patron, no habrá por ahí algunos fiambres que poder llevarme ahora mismo?

—Sí, señor, hay un soberbio pavo recien sacado del asador y un pastelon que acaba de salir del horno.

—Vengan: envolvedlos y metedlos en una cesta con dos panes de á cuatro libras y seis botellas de vino.

—Para esa pobre familia? preguntó el posadero con admiracion; ¡ay Sr. La Lebrasse, cuán poco conocido sois! ¡qué alma tan caritativa!

—No tanto todavía como yo quisiera, amigo, respondió mi amo fingiendo modestia y contricion.

Interin preparaba el huésped los comestibles, dijo La Lebrasse á la tia Mayor.

—Dáme el saco.

—Ahi va.

—Y la corona?

—Dentro está con todo lo demas.

—Bueno, respondió La Lebrasse, que echen un pienso á las caballeríos, y en cuanto despachen...

No pude entender lo que añadió mi amo al oido de la tia Mayor: esta contestó:

--Corriente, mejor será.

--Conque dentro de una hora, allá abajo, repuso La Lebrasse.

--Dentro de una hora, replicó la tia Mayor.

Entonces me dijo mi amo:

--Toma, Martin, coge este saco con una mano, con la otra llevarás la cesta.

Y me dió un bolson de tela verde muy vieja y de poco peso aunque abultaba bastante.

Sentí que Bamboche, que se quedaba á guardar al hombre-pez, no pudiera ir en mi lugar, para ver á Basquine, cosa que tan grata le hubiera sido. El posadero trajo un gran cesto que exhalaba un delicioso perfume, y echamos á andar. Yo seguia con mi carga al amo, quien contra su costumbre se habia puesto

capa: parecia que estaba inquieto y marchaba con rapidez.

Llegamos á una callejuela llena de lodo, que por una punta daba al pueblo y por la otra salia al campo: unas cuantas ruedas rotas arrimadas á la pared, y un monton de madera indicaban la casa del carretero...

Estaba anocheciendo cuando entramos en una especie de cobertizo que servia de taller al artesano, y de habitacion á su numerosa familia.

Era aquella pieza grande, oscura y húmeda: solo la alumbraba una abertura con vidrios que habia encima de la puerta, y el resplandor de una corta lumbrada de virutas humeantes, al rededor de la cual estaban apiñados, escuálidos y secos, hasta diez chicos, (el mayor apenas tendria catorce años), que tiritaban bajo inmundos harapos. Entre aquel enjambre de criaturas se veia una mujer de ojos hundidos y tristes, pálida como una difunta, y tan flaca, que los huesos, si así puede decirse, casi la agujereaban la piel: estaba tendida en un banco de respaldo. La parte inferior de su cuerpo, cubierta con una andrajosa colcha, estaba casi del todo paralizada. Al entrar nosotros lloraban y gemian los muchachos, y su madre les contestaba con voz dolorida y fatigada:

—Válgame Dios! si no hay pan en casa, qué quereis que os dé?... mañana... comereis, porque es dia de limosna, pero hasta mañana... no hay remedio, teneis que aguantaros, hijos mios...

—Mañana, es muy tarde, mamá! decian los muchachos llorando... esta noche tenemos gana... todavia.

En el rincon mas oscuro ví una miserable cama, ocupada por el aperador, padre de la familia: estaba casi en la agonía: sus ojos adquirian unas veces una inmovilidad espantosa y otras pendian la espresion... y al parecer no comprendia nada de lo que pasaba. Tenia cojida con un brazo á su hija predilecta, nuestra futura Basquine, sentada en la orilla de la cama. Como si por instinto la quisiera

protejer, la sujetaba convulsivamente, y de vez en cuando murmuraba aterrorizado:

—El *hombre*... el *hombre*... va á venir... ten cuidado mucho cuidado con el *hombre*.

Sin duda seria La Lebrasse, la persona cuya llegada temia tanto el carretero delirante.

No habia yo visto ni despues he encontrado nada comparable á la hechicera cara de Juanita que contaria á la sazon ocho ó nueve años: vestia por todo traje una mala camisa de lienzo amarillento, rota pomas de una parte y que dejaba descubiertos sus brazos y piernas, algo flacos, pero de alabastrina blancura: un bosque de cabellos rubios, rizados naturalmente y que caian enredados sobre sus ojos rasgados y negros, la cubrian la garganta y espaldas: no es posible imaginar nada mas puro ni agraciado que aquella hechicera carita, aunque estaba profundamente consumida por la miseria. La fisonomia de Juana era triste: dos ó tres veces la ví tocar con los labios la mano descarnada de su padre, despues de lo cual, cediendo á la movilidad de impresiones propia de su edad, entonaba una canturia meláncolica, llevando el compás con los pies desnudos que impelia uno contra otro: nuestra presencia no fue bastante á interrumpirla, y solo cuando nos vió acercarnos á su madre cesó de cantar, apartándose el pelo de los ojos con gracia infantil. En seguida inclinó un poco la cabeza, apoyó el codo en la rodilla y la frente en la mano y nos observó con asombró, curiosidad é inquietud.

El aperador moribundo no dió muestras de advertir nuestra llegada: de cuando en cuando obligaba á su hija á acercarse y repetia débilmente.

—El *hombre*... el *hombre*!...

El miedo á La Lebrasse le perseguia en su delirio comouna idea fija.

La mujer del carretero conoció á mi amo. Levantó, al verle, las manos y los ojos al cielo, luchando entre la duda y la esperanza, y esclamó:

—Vírgen Santísima, el hombre!

Mientras que el grupo de niños volvia á nosotros la vista, con espresion de asombro, La Lebrasse cerró sigilosamente la puerta, se llevó un dedo á los labios, cogió la cesta de provisiones y fué colocando sobre una mesa el pavo asado, el pastel, el pan y el vino... muy en evidencia.

El aspecto de tanto comestible hizo levantarse precipitados á los hambrientos niños, que corrieron en tumulto hácia la mesa, atropellando los mayores á los mas pequeños.

La Lebrasse los detuvo con un ademan y una mirada, y dijo:

—Poco á poco... todavía no os pertenecen estos esquisitos manjares... pero si quiere vuestra madre, los comereis.

—Si yo quiero! esclamó la muger del aperador.

Sin responder mi amo impuso nuevamente silencio con un gesto; y los chicos aguijados por un hambre devoradora y exasperados por aquellas viandas de magnificencia nunca vista, se pararon de mala gana á algunos pasos de la mesa.

La pobre aldeana miraba muda de sorpresa á La Lebrasse. Este me quitó entonces el saco verde, sacó un vestidito de seda dc color de rosa con lentejuelas de plata, unos borceguíes de terciopelo verde tambien con lentejuelas, y una corona de rosas artificiales, con hojas de plata. Se acercó á la cama en que ya no pronunciaba el moribundo sonidos inteligibles aunque todavía meneaba los labios, y puso delante de Juanita el vestido.

La niña, deslumbrada y llena de admiracion, juntó las manecitas, abrió desmesuradamente los ojos y esclamó:

—Oh! qué bonito... qué bonito!

—Chiton! para tí es, la dijo la Lebrasse muy quedo, haciéndola seña de que se bajase de la cama.

—Ven, añadió, voy á ponerte maja para qne cuando despierte tu papá le parezcas guapa... mira, no le incomodes, no metas ruido.

La muchacha se soltó con facilidad de entre los

lánguidos brazos de su padre, y La Lebrasse la puso en pocos momentos el vestidito rosa, los borceguíes de terciopelo y la corona de plateado follaje: Juanita se dejaba vestir con una admiracion mezclada de júbilo inocente al verse tan bonita, mientras que su madre decia á La Lebrasse:

—Pero, para que poneis á mi hija ese traje de?....

Otra vez se llevó La Lebrasse el dedo á los labios, para imponerla silencio, y acercándose á Juanita, dijo:

—Mirad á vuestra hija... que linda está asi. ¿No la veis tambien vosotros, amiguitos,—prosiguió dirigiéndose á los muchachos, no veis que maja está vuestra hermana?

Algunos no habian apartado su famélica atencion de la comida que tenian delante; otros presenciaron en silencio la trasfiguracion de su hermana; pero todos esclamaron respondiendo á La Lebrasse:

—Ay qué bonita está! qué bonita!

—Parece un niño Jesus de cera, dijo uno.

—Como que tiene vestido de Santa, añadió otro.

Y olvidaron por un momento su hambre, por contemplar el brillante adorno de Juanita. Entonces sacó mi amo, sin duda como último medio de seduccion, un bolsillo lleno de plata y soltó la mano de la niña.

Esta corrió inmediatamente hácia la cama de su padre, se encaminó á ella y besando satisfecha y risueña aquel rostro cadavérico y helado, dijo:

--Mira... papá... que guapa estoy... mira!

No respondió el carretero: permaneció con los ojos fijos y entreabiertos, movió desmayadamente los brazos y murmuró algunas palabras sin concierto.

--Está durmiendo.... soñando, dijo la muchacha sentándose con circunspeccion á la orilla de la cama: y sin duda para entretenerse hasta que dispertára, empezó á cantar entre dientes y á jugar con la corona que se quitó de la cabeza. Sus hojas plateadas mezcladas con rosas, eran lo que mas llamaba la atencion de Juanita.

Nunca, no, nunca olvidaré la conmocion profunda y estraña que me causo á pesar de mis pocos años, el ver á aquella hermosa niña vestida de rosa y lentejuelas, sentarse en la miserable cama de su padre, casi moribundo.

Mi amo entretanto cojió por el fondo el saco de dinero, y acercándose á la mujer del aperador, derramó sobre la malrotada colcha con que se tapaba las piernas, una razonable cantidad de monedas... creo que trescientos francos.

Sacando en seguida del bolsillo un papel que llevaba á prevencion, y un tintero de hasta, presentó á la mujer una pluma de hierro con el papel, y la dijo:

—Firmad esto, buena mujer... y queda á vuestra disposicion esa suculenta cena, y os ganais este dinero, y dais carrera á Juanita, sin contar con...

Un tremendo grito del carretero interrumpió á mi amo.

Yo no habia apartado los ojos de Juanita, ni perdido un solo movimiento de su padre.

Cuando oyó el moribundo el ruido del dinero, se incorporò convulsivamente en la cama, paseó por el aposento los ojos espantados, y gritó:

—*El hombre del dinero!... el hombre!...* Viene á llevarse á Juanita... Socorro... socorro!

Al oir estos gritos, al ver la palidez y el terror de su padre, Juanita se arrojó llorando á su cuello; el carretero la estrechó contra su corazon con mano desfallecida y repitió cada vez mas desmayado:

—*El hombre, el hombre!...* no quiero... antes morirme... y quedarme con Juanita... mi mujer... sí queria... y ha escrito al *hombre...* yo no... no quiero... ni...

Una convulsion violenta no le permitió continuar: cayó de espaldas, y arrastró consigo á Juanita que lanzando desgarradores lamentos.... continuaba abrazada á su padre.

—Santísima madre de Dios, tened compasion de mi pobre marido!... Sed justa... esclamó la buena mujer con amargo dolor.—Dios mio! verle asi y no poder ir á socorrerle... y esos chicos ahí... quietos al

rededor de la mesa. ¡Desgraciados! ni siquiera piensan en su padre... no piensan mas que en comer...

Pero como si se arrepintiera de estas palabras, añadió:

—Pobrecitos... están tan hambrientos!

—Firmad pronto... firmad, dijo La Lebrasse agarrándola con impaciencia una mano.—Firmad... y será vuestro todo este dinero: de nada carecerán vuestros hijos... podreis asistir bien á vuestro marido... y yo me encargo de la suerte de la muchacha.

—Decid á mamá que firme, añadió dirigiéndose á los niños, y no tendreis frio, ni hambre... y os comereis esa cena tan rica, y otra porcion de cosas.

—Firma... mamá... anda...

—Pero qué he de firmar? preguntó la infeliz mujer medio loca de oir los gemidos de su marido que agonizaba, los gritos dolorosos de Juanita y los ruegos de sus demas hijos.

—El ajuste de Juana hasta los veinte y un años... Asi la haceis feliz.

Cediendo la pobre mujer á su terror, á su conmocion y á sus deseos de poner fin à la espantosa miseria de sus hijos, firmó llorando y sin leerle siquiera, el papel en que trasmitia á La Lebrasse sus derechos sobre Juanita.

—Ea, mnchachos, á la mesa... á cenar... gritó La Lebrasse.

¡Ay! es indescriptible el frenesí con que se arrofaron todos sobre los manjares, destrozando y disputándose los pedazos: mi amo entretanto se metió el papel eu el bolsillo, y marchó hácia la cama para coger á Juanita.

La pobre niña daba gritos penetrantes, diciendo entre sollozos:

—Papá... yo quiero quedarme contigo... Que me dejen... que me dejen!

La madre no pudo sobrellevar tan cruel espectáculo, y tirando al suelo desesperadamente las monedas que tenia sobre las rodillas, esclamó:

—Tomad vuestro dinero... y dejadnos nuestra hija.

El señor hará lo que quiera... pero no os llevareis á Juanita.

La Lebrasse se encogió de hombros sin responder, y separó sin gran trabajo á la niña del pescuezo de su padre, quien yacia sin movimiento: cojiéndola entonces en brazos á pesar de su resistencia, dijo marchando hácia la puerta:

—Es ya tarde para volverse atrás... obra en mi poder el documento de ajuste.

—Hija mia!... yo quiero mi hija!... se la va á llevar! gritó la pobre mujer viendo que La Lebrasse la cubria con la capa... Niños, socorredme... no le dejeis salir... agarraos á él... Socorredme, Madre de Dios!... que me roban á mi hija... me va á matar mi marido!!...

Ocupados los muchachos en satisfacer su hambre devoradora, no obedecieron, y La Lebrasse abrió la puerta, con su lijera carga en brazos.

Habíame yo quedado inmóvil y espantado en medio del aposento: para sacudir mi estupor, fué necesario que mi amo volviera la cabeza desde la puerta, y me dijese con voz terrible:

—Acabarás de venir?

Corrí maquinalmente hácia La Lebrasse, y aun despues que hubo cerrado la puerta con dos vueltas de llave, oí sonar la voz de la afligida madre que decia desesperada:

—Virgen Santa... tened lástima de mí... Santísima madre de Dios... amparadme... ¿Siempre os he de implorar en vano?

Mi amo me dió un fuerte tiron, y me obligó á seguirle precipitadamente.

En vez de atravesar el pueblo, como yo creia, salimos al campo por la callejuela, y al cuarto de hora de marcha encontramos los carros, que sin duda por órden de La Lebrasse fueron con anticipacion á esperarnos.

Habia cerrado la noche.

En poco tiempo nos alejamos bastante del pueblo. La Lebrasse arreaba repetidas veces las caballerías, como temiendo que saliesen á sus alcances.

CAPITULO XVII.

Basquine.

Dominada por una profunda tristeza, y sin cesar de llorar é invocar á sus padres y hermanos, Juanita, á quien desde ahora llamaré Basquine, cayó enferma de tanta gravedad, que se llegó casi á desesperar de su vida: mas su juventud é increible fuerza vital la salvaron y permitieron al poco tiempo parecer mas linda, mas encantadora que nunca.

La presencia de Basquine, que con tanto ardor deseaba Bamboche, produjo en él un singular efecto... su amor y la vivísima zozobra en que habia estado hasta saber el resultado de la tentativa de La-Lebrasse en casa del aperador, pudieron tanto en el enérjico temperamento de aquel muchacho, que al saber por mí la llegada de Basquine al carromato de la tia Mayor, se le agolpó la sangre á la cabeza, y cayó atolondrado: á esta profunda conmocion sucedió una calentura que se declaró poco despues.

Como tambien estaba enferma Basquine, La Lebrasse hubo de hacer alto, aunque de mala gana, en

una ciudad pequeña, donde pasó un mes cuidando á sus dos alumnos, no por cariño, ni siquiera por respeto humano, sino por el interés de su empresa, pues los ejercicios de Bamboche, Basquine y mios, acompañados de la presentacion fenoménica del hombre pez, le prometian para en adelante cuantiosas ganancias.

Muy fuertes eran ya los lazos de amistad que con Bamboche me unian, mas los diversos incidentes de su enfermedad y la de Basquine los estrecharon haciéndolos indisolubles. Diré como:

La Lebrasse quiso sacar partido de aquella imprevista detencion para comerciar en baratijas y caballerías por los alrededores de la poblacion en que estábamos, y se marchó con *Lucifer*, contando con hacer un viaje productivo.

Ya se nos habia agregado el payaso de la compañía: se llamaba *Poireau* y era sucesor de Giroflée, que dejando su primera carrera habia entrado *por vocacion* en un seminario, segun me dijera Bamboche: mas adelante tuve ocasion de ver que no me habia engañado.

Era Poireau un hombrachon, seco de hijares y descuadernado de miembros, de facciones bastante proporcionadas, si bien las afeaba una espresion habitual é ignoble de crápula y perversidad. No pronunciaba dos palabras en su conversacion ordinaria, sin acompañarlas con gestos obscenos ó sucios de repugnante groseria. Hízose en breve aquel miserable el favorito de la tia Mayor, y aunque Bamboche no me hubiese ya abierto los ojos, habria bastado el cinismo con que el payaso y la plebeya Mesalina se entregaban á su inmundo amor, para revelarme lo que mi compañero me dijera... lo que Basquine, niña pura y cándida, debía saber muy en breve... en aquel centro de depravacion en que desde entonces debia vivir... tierno recental sin mancha, arrojado al nacer á tan inmundo lodo.

Pero no quiero anticipar revelaciones crueles, horribles: demasiado pronto llegarán; necesito armarme de valor para describir aquella época de mi vida, va-

lor tanto mas grande cuanto que comerciando ingénuamente con el vicio, no me inspiraba entonces la menor indignacion lo que ahora me horroriza.

Ausente La Lebrasse, entretenidos la tia Mayor y Poireau por su *amor*, enfermos Bamboche y Basquine, solo quedamos el hombre-pescado y yo para cuidar á estos y hacer los oficios de la casa.

Poireau, que la echaba de dictador, encargó al hombre-pez de propia autoridad la cocina, la conservacion y guarda de los disfraces de la compañia, el material etc. No sé por qué razon miró desde el principio con malísimos ojos á Leónidas Tiburon, divirtiéndose en incomodarle, hacerle rabiar, injuriarle y hasta sacudirle con tenaz y cobarde perversidad, pues Leónidas, pese á su heróico nombre, era el hombre mas inofensivo y tímido del mundo: mas el buen ex-colejial laureado se acojia á la filosofia estóica y á las máximas del divino Séneca, y lo aguantaba todo con resignacion increible.

—Mira, Martinito,— me decia aquella criatura cándida y buena:—aquí tengo alimento, cama, casa y ropa: puedo leer á Séneca mientras espuma el puchero ó hago el guisado de la tia Mayor y.... (aquí bajaba Leónidas la voz y exhalaba una mirada al rededor suyo por si le escuchaban) y de ese gran pícaro de Poireau que me ha tomado tirria como los condiscípulos atrasados.... que me aborrecian por envidia.... pero nada me importa, yo estoy hecho á ello, y diariamente bendigo la costumbre que de chico contraje de sufrir toda clase de sinsabores.... y por otra parte, Martin, no todo es rosas en esta vida; cada vez que recuerdo que despues de trabajar como un negro durante mi infancia y mi adolescencia pasé dos dias sin pan ni abrigo, y que me tiré al rio de desesperacion, no me atrevo á acusar á la suerte. Pudiera vengarme, es verdad; pero, añadió con un suspiro de sentimiento y vergüenza, tengo las fuerzas de la pulga y el valor del conejo: la tia Mayor me aplastaría de una puñada y Poireau me desharia de un puntapié. Mas como por último la justi-

cia brilla siempre y hay una providencia vengadora de los oprimidos—proseguia Leónidas en tono solemne de triunfo; como un alumno distinguido de la universidad, coronado y abrazado cien veces por el Excmo. Sr. ministro de instruccion pública al son de una brillante orquesta y llamado por S. E. la *esperanza de la patria*, como un hombre de esta clase, repito, no ha nacido al cabo para servir impunemente de juguete y víctima á un ignoble histrion ni á un avestruz ó hércules femenino,.... (aquí bajaba otra vez la voz con misterio y zozobra) yo.... yo suelo echarles un enorme puñado de sal.... en el puchero.... y.... ¡ sea lo que Dios quiera ! .... voy á confiar este peligroso secreto á tu honor, Martin... Algunas veces me escondo en la parte mas oscura de la cocina como un malhechor, y allí.... solito.... sin que nadie me vea... escupo.... alguna vez... ¡ bah ! no quiero reticencias cobardes contigo.... escupo casi todos los dias en los guisos que mis tiranos me condenan á preparar.... Y ellos se los comen ... sin conocer nada: ¡ infelices! se los comen, y entonces creo que está saciada mi venganza. Mas no, se reproduce como una hidra.... y vuelvo á la misma operacien.... Si sigue así.... voy á acabar conmigo, voy á volverme ético!!!

La voz de Leónidas espiraba en sus labios al confiarme este horroroso secreto: sus ojos se clavaban aterrados en cuanto le rodeaba, cual si me estuviera revelando el crímen mas negro.

Esclusivamente ocupado en sus faenas caseras, solo podia Leónidas prestarme un ausilio muy corto, y yo era, por decirlo asi, el único que cuidaba de Bambocbe y Basquine, enfermos.... esta del dolor causado por la separacion de su familia, á quien adoraba... y aquel, de la honda impresion qne le hizo el saber que en adelante podia vivir al lado de la que adoraba con una pasion tan profunda como prematura.

La fiebre de Bamboche se complicó, degenerando en tifoidéa, y como fue preciso separarle de Basquine por órden del médico, tenia yo que repartir el

tiempo entre mi nueva compañera y mi amigo.

La misma noche en que llegó Basquiné deshecha en llanto á nuestro carro, cayó enferma: asi es que no pudo ver á Bamboche hasta un mes despues de haber entrado en la compañía.

Su desesperacion se reveló al principio por medio de sollozos, interrumpidos solo por los gritos de: *papá... papá... socorro!...* cual si él pudiera oirla; y cuando la desgraciada niña no tenia ya fuerzas para llorar, la atacaban crisis nerviosas, quedándose despues azorrada ó dormida, pero agitada en este último caso por ensueños siniestros.

Yo pasaba á su lado todo el tiempo que no empleaba con Bamboche: mas apenas daba ella muestras de advertir mi presencia; ensimismada, uraña, desconfiada, no pronunciaba una palabra. La tia Mayor llamó á un médico, prevenida con el documento firmado por la muger del aperador, precaucion inútil, porque Basquine guardaba un tenaz silencio, sin responder á pregunta ninguna: y como tambien se obstinase en no tomar nada de lo que la recetaban, me ocurrió la idea de prometerla, si variaba de conducta, una entrevista con su padre.

Aun me parece estarla viendo, acostada en la inmensa cama de nuestro triste y miserable cuártucho. Su linda cara, pálida como el mármol, habia enflaquecido en pocos dias de un modo increible: sus cabellos rúbios, rizados comunmente, pero bañados entonces en un sudor frio y febril, caian en mechones casi rectos al rededor del rostro hasta sus hombros: tenia fijos en el cielo sus rasgados ojos, amoratados, sécos é hinchados, y las dos manecitas cruzadas sobre el pecho.

Cuando la dije:

—Escucha.... Basquine.... Si eres buena y bebes lo que hay en esta taza.... verás muy pronto á tu padre,„ no teniendo fuerzas para incorporarse, volvió vivamente la cabeza hácia mí; se humedecieron sus ojos y á poco vertieron gruesas lágrimas; sus labios tem-

blason, y me preguntó con su dulce vocecita, debilitada por la enfermedad.

—Mientes?

Turbado por aquella inocente mirada en que brillaban al mismo tiempo la esperanza y una desconfianza dolorosa, vacilé, pero al fin respondí temblando:

—No .... no miento.

Sin duda notó Basquine mi indecision, porque replicó mirándome fijamente:

—No mientas.... mira: la Santísima Vírgen se enojaria contigo.

Era la primera vez que oia yo hablar de la Santísima Vírgen: sin embargo, respondí sin cortarme:

—Te digo que no miento.

—Y veré á papá... si me bebo esto? preguntó Basquine sin apartar de mí los ojos.

—Sí tal.

—Dámelo... dijo la niña.

Y apuró la taza de un sorbo.

Desde aquel momento me trató con alguna confianza, preguntándome sin cesar cuándo veria á su padre.

Los consejos y el ejemplo de Bamboche, el miedo al castigo, la necesidad de ocultar ó paliar mis faltas á los ojos de mis terribles amos, habianme ya familiarizado con la mentira; me fué, pues, fácil engañar á la candorosa niña, haciéndola esperar de dia en dia la llegada de su padre, quien, añadí, debia llevarla consigo.

Sirvieron estas mentiras para acelerar su curacion; pues desde entonces se resignó á obedecer al médico: con la esperanza de volver al seno de su familia, su salud se mejoró de dia en dia.

Mis primeras conversaciones con Basquine me causaron una impresion indestructible, y al recordarlas ahora me sorprende no poco la rectitud, la honradez con que educaba, ó por mejor decir, de que daba ejemplo el aperador á su hija, pues por lo comun el ejemplo es la única educacion del pobre, y de nosotros los hijos del pueblo se puede decir ca-

si siempre con absoluta certidumbre en alabanzas ó vituperio:

"A tales padres, tales hijos."

De manera que juzgándola por Basquine, su padre debia de ser laborioso, honrado, de conducta ejemplar: en cuanto á su madre, es de inferir que tuviese la tierna supersticion de tantas otras infelices... una fé infantil cándida en la intercesion de la Vírgen, pues muchas veces la invocaba Basquine durante su enfermedad.

Niña infeliz y angelical á quien en breve debia iniciar la fatalidad, como á mí, en el idioma torpe y repugante de los corifeos de nuestra compañía... y en cosas mucho peores, pues aun me faltan revelaciones harto vergonzosas y crueles. Fáltame hablar del singular papel que desempeñé en los amores prematuros de Bamboche y de Basquine, papel que hice con inconcebible ingenuidad de corrupcion, fascinado tambien por el cariño profundo, ciego, casi fanático que á Bamboche tenia.

Diré cómo y con qué ocasion pronuncié por primera vez su nombre delante de Basquine.

Hablando de su padre con ella, en los primeros dias de su convalecencia, para tenerla contenta, pues era su conversacion predilecta, le dije que para sostener su numerosa familia debia de trabajar mucho.

Basquine me contestó.

--Oh! sí... papá trabajaba mucho... ni los domingos descansaba, y algunas noches las pasaba tambien en su tarea. Como dormíamos con mamá, en el cobertizo... lo veíamos nosotras... En una ocasion pasó papá tres noches seguidas de vela... yo estaba durmiendo con mis hermanitas... mamá nos dispertó y nos dijo llorando:

--Mirad á vuestro padre, hijas mias.

Nosotras miramos.

Papá estaba de rodillas y habia empezado á hacer agujeros en madera con una barrena de mango muy grande... por fuerza estaba muy cansado, porque se habia dormido sin soltar el mango, y recostado en

él... No se movía. Mamá no dejaba de llorar y nos decía muy quedo, para no despertar á papá... Solo porque tengamos pan trabaja tanto vuestro buen padre... Debemos pedir á la Vírgen María que tenga compasion de él y de nosotros... y que le recompense, porque no hay en todo el mundo otro padre mejor... Vamos, hijas... poneos de rodillas y decid lo que yo, pero bajito para no despertarle.

Todos nos pusimos de rodillas y empezamos á decir detrás de mamá:

Vírgen santa y bondadosa... no abandoneis, señora, en tan grande afliccion á este pobre padre que trabaja tanto: Santísima madre de Dios que protegeis á las madres y á los niños, oid á una madre y á sus niños y recompensad á nuestro padre por su mucho valor, señora.

Estábamos acabando de decir esto muy bajito, cuando dispertó papá y nos vió á todos de rodillas con las manos cruzadas: le preguntó á mamá que por qué rezábamos. Mamá se lo dijo... y entonces él nos cojió en brazos y lloró tambien mucho... porque nos mojó á todos la cara al besarnos.

. . . .

Muchos años han pasado desde que me hizo Basquine este sencillo y tierno relato. Los acontecimientos, desgracias y hechos ignominiosos de que he sido actor y testigo, debian haber mancillado y endurecido mi corazon: sin embargo, solo al recordar la voz, el acento, la espresion de la pobre niña cuando me contó este episodio de la miserable y laboriosa vida de su padre, se humedecen mis ojos como me sucedió aquel dia oyendo á Basquine.

Hondamente conmovido al escuchar un lenguaje tan nuevo para mí, entusiasmado con la fé y la esperanza que Basquine manifestaba tener en la omnipotencia providencial de aquella madre de Dios, dulce y cariñosa patrona de las madres y de los pobres niños, dije á mi amiguita con toda sinceridad:

—¿Y la Vírgen santa y bondadosa recompensó á tu padre, verdad?

—Oh! no, me dijo candorosamente la muchacha

moviendo con tristeza su linda cabecita cubierta de rizos y dando un gran suspiro..... oh! no, nunca.

Recordé entonces lo que me hiciera olvidar mi conmocion, el doloroso espectáculo de que habia sidio testigo en casa del carretero y repuse:

—Es cierto: la Vírgen no recompensó á tu padre por su mucho valor..... Pero entonces, de qué sirve rezar?

—Toma!.... qué sé yo?.... Mamá nos decia que rezásemos con ella para ser menos infelices y para que papá fuera premiado. Nosotros lo haciamos..... como decia mamá.

Me ocurrió un pensamiento detestable: recordé la horrible muerte del padre de Bamboche, que tambien habia trabajado con ardor infatigable, que tambien habia amado tiernamente á su hijo..... y que tambien habia perecido abandonado de la *Vírgen santa y bondadosa* y de sus semejantes. El *hombre-pez* por su parte, despues de una infancia y una adolescencia estremadamente laboriosas, tambien se habia querido librar, segun decia, de la miseria y del hambre, quitándose la vida.

Razon tenia, pues, Bamboche en repetir sin cesar lo que el tullido le enseñára.

«Los que trabajan son unos tontos, porque se mueren de hambre ó de miseria.»

El ingenioso relato de Basquine, la escena aflictiva de que fuí testigo en casa de su madre, daban desgraciadamente, en mi concepto, mas peso á las crueles máximas de Bamboche.

Envanecido de mi reciente y triste *conocimiento de los hombres*, dije á Basquine:

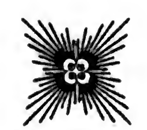
—Ya lo ves, tu padre se mata á trabajar y la Vírgen Santísima no ha tenido lástima de él, ni le ha recompensado: el padre de Bamboche trabajaba tambien como un negro y se murió en un bosque comido de cuervos. Mira, Basquine, el trabajar es una simpleza: mas vale divertirse uno mientras pueda, reirse del *prógimo* y.....

Mas como aun no me habia gangrenado completa-

mente el contagio del mal y del vicio, no pude continuar; tal efecto me hicieron el asombro, la tristeza, la curiosidad con que me miró Basquine al oirme hablar de aquel modo.

La parte que aun se conservaba buena en mí se rebeló ante la idea de dar, por decirlo asi, la primera leccion de incredulidad y corrupcion á una criatura inocente, y añadí:

—En fin.... Bamboche te esplicará eso mejor que yo.



CAPITULO XVIII.

Fraternidad.

Cuando pronuncié el nombre de Bamboche, Basquine que le oia por primera vez, me miró sorprendida y dijo:

—¿Quién es ese Bamboche?

—Un compañero, un chico como nosotros.

—¿Y dónde está?

--Arriba en un gabinetito... tambien ha caido enfermo. Pero si tú le conoces...

--¿Yo?

--¡Vaya!.. no te acuerdas de cuando La Lebrasse estuvo en casa de tu padre... hace algunos meses... que queria traerte...

--¡Ah! sí... me acuerdo... y cuando se marchó papá dejó el trabajo muchas veces todo aquel dia para ir á besarme... Lloraba, pero estaba tan contento, y decia, haciéndome caricias:--¡Oh! no me han de quitar tan fácilmente á mi Juanita!

--¿Y al otro dia qué pasó?

--¿Al otro dia?

--No te acuerdas de que fué un muchacho á reco-

ger una cartera que debia de haber perdido el hombre en casa de tu padre?

--Es verdad... pidió licencia para buscarla por todos los rincones; le ayudamos... y yo la busqué mucho tiempo con él... el chico no dejaba de mirarme... con una atencion!.. y una vez que yo estaba bajada, me dió un beso en el pescuezo sin que lo viese papá... me reí mucho...

--Pues ese chico es compañero nuestro... es Bamboche... y á él tampoco se le ha olvidado... si supieras cuánto te quiere!..

--¿Me quiere?.. ¿ y por qué?..

¡Toma!.. respondí algo cortado... porque eres muy guapa... muy amable... muy buena: desde que te vió, ha estado siempre hablando de tí... en fin, aunque fueses su misma hermana no te habia de querer mas.

--Entonces... yo tambien le quiero.

--¡Oh! bien haces... ha sido tan desgraciado!

—Sí?

—Ya lo creo... Cuando era chiquitina, vió morir á su pobre padre en un bosque... los cuervos se lo querian comer... y él hacia lo que podia por echarlos.

—Dios mio!....--dijo Basquine con los ojos arrasados en lágrimas.

—Y luego, como se quedó solo, sin nadie, y como era mas pequeño que nosotros, tuvo que pedir limosna por los caminos.

--Pobrecillo!.... Sin padre ni madre?

--Por supuesto: pero despues se encontró con un pordiosero, muy malo, que le hacia pedir con él, y le pegaba casi todos los dias...

--No tener padre ni madre!.... pedir limosna..... y recibir tanto golpe!.... repetia lentamente Basquine con una sorpresa y conmocion que crecian por momentos y demostraban que apenas podia figurarse la suerte cruel de Bamboche, á pesar de la miseria en que ella misma habia vivido hasta entonces.

--Mas adelante... La Lebrasse le encontró pidiendo en un camino... y se le llevó... tambien ha sido muy

malo con él, tan malo que el pobre Bamboche quiso escaparse... tenia proporcion...

--Y por qué no la aprovechó?

--Por tí.

--Por mí?

--Sí... Desde que te vió, cuando fué á buscar la cartera, no paraba de hablar de tí... y como La Lebrasse habia asegurado delante de él que tarde ó temprano tu papá te dejaria venir con nosotros, Bamboche dijo: «No me importa ya que me sacudan... me harán todo el daño que quieran... pero me quedaré, porque Basquine va á venir... y entonces no me apartaré nunca de ella.»

Ahora que la esperiencia y la reflexion me ayudan á interpretar y completar estos recuerdos, tan presentes en mi memoria, comprendo el asombro y la conmocion de Basquine al oir estas pruebas del cariño que á Bamboche habia inspirado. Con toda la ignorancia de su edad y el candor de su corazon, tenia sin duda la pobre niña una gran conmiseracion de nuestro compañero y se sentia propensa á quererle como á un hermano, porque él, segun mis palabras, la queria á ella como á una hermana : porque habia sido tan desgraciado y porque la esperanza de reunirse con ella cuando viniese á la compañía, le habia hecho aguantar con paciencia su aperreada vida... mas este último rasgo, algo novelesco para la edad de Bamboche, causaba á Basquine mas asombro que enternecimiento, y la cosa que mas hondamente conmovió á aquella inocente y candorosa criatura, fué la desgracia de que habia sido víctima mi compañero desde su infancia: asi es que me dijo, despues de oir meditabunda mi relacion:

—Cuando venga papá... sabes?... le diremos que se lleve tambien á Bamboche, ya que aqui le tratan tan mal... Mira, en casa tenemos muchas veces hambre y frio, pero no pedimos limosna, y nunca nos pegan papá y mamá, porque no somos malos... No mentimos, tenemos juicio, aprendemos lo que mamá nos enseña, porque sino ella se afligiria mucho... y rezamos tam-

bien á la Vírgen por nosotros y los que todavía son mas desgraciados que nosotros... Conque ya lo ves, prosiguió pasado un momento de reflexion, con gracia encantadora,—habré rezado á la Vírgen por Bamboche sin saberlo, y ella le protejerá, si papá se le lleva con nosotros... para que aqui no le sacudan.

Aunque tambien entonces me pareció muy poco eficaz la proteccion de la Vírgen, no me atreví á disipar las esperanzas de Basquine y contesté :

—Eso es ; tu padre se llevará á Bamboche.

—Y á tí tambien, repuso ella mirándome con dulzura inefable—á tí tambien, porque eres muy bueno conmigo ; siempre estas á mi lado.

—Oh ! si Bamboche no estuviera en cama, él si que te hubiera asistido mejor que yo.

—De veras ?

—Ya lo creo.

—Y por qué habia de ser mejor que tú?

Aquel terrible *por qué*, tan familiar á los niños, me ponia en grande apuro: quise allanar la dificultad, diciendo :

—Te quiere mas que yo.... porque hace mas tiemque te conoce...

Esta razon no dejó enteramente satisfecha á Basquine: se quedó pensativa, y luego me dijo con ingénua curiosidad:

—Cúando veré á Bamboche ?

—Cuando se ponga bueno.

—Está peor que yo ?

--Sí tal... todavía no me ha conocido....

--Pues ahora que ya puedo levantarme, iré contigo y le cuidaremos, dijo Basquine.--El año pasado estuvo mala mi hermanita Elisa.... y yo la velé muchas noches con mamá.

--No puedes ir conmigo, contesté á Basquine.... porque correrias peligro....

--Y tú no le corres ?

--No, porque no acabo de pasar una enfermedad como tú....

Nuevamente se quedó Basquine callada, y luego dijo pensativa:

—¡Caramba! cuánto deseo que venga papá para que nos saque de aqui á tí, á Bamboche y á mí...

....

Dias despues de esta conversacion, que no fue la única en que hablé á Basquine de mi compañero en los términos mas favorables, me pareció que la muchacha iba concibiendo un cariño progresivo á Bamboche; este se mejoró notablemente, cobró poco á poco el conocimiento, y me conoció: las primeras palabras que pronunció despues de unos momentos de silencio en que congregó sus recuerdos fueron:

—Dónde *está*?

—Aquí... ha pasado como tú una enfermedad grave

—Tambien ella!... esclamó Bamboche profundamente afligido—y ahora? añadió mirándome y temblando.

—Ahora está ya fuera de peligro, le contesté.

Sin responder Bamboche empezó á llorar, y habiéndome yo acercado me estrechó contra su corazon con toda la fuerza que podia: asi pasamos algunos minutos, llorando los dos, enternecidos y silenciosos.

El fue quien interrumpió primero el silencio, diciéndome con una espresion de gratitud imposible de describir.

—Yo no tenia casi conocimiento... pero algunas veces te veia como en sueños.... pasabas á mi lado los dias y las noches... yendo y viniendo... Oh! estoy seguro.... y eso me consolaba..... y me tranquilizaba... pues no sé por qué llegué á creer que la tia Mayor queria envenenarme...

Variando de pronto de conversacion, preguntó:

—Y de Basquine.. ¿quién ha cuidado?

—Yo...

—Tú... pero si estabas siempre conmigo.

—Siempre no... algunas veces, sobre todo por la noche cuando estabas tranquilo... me iba á ver á Basquine.

—Tambien á ella! esclamó Bamboche en otro ar-

ranque de gratitud; y habiéndose quedado silencioso un poco de tiempo, añadió con voz grave, sincera, casi solemne:

—Mira, Martin, tienes derecho para mandarme que me tire á una hoguera por tí... te prometo hacerlo...

Luego repitió, tan profundamente enternecido como antes:

—¡Tambien á ella!

Mas de pronto su pálida cara se puso mas blanca todavía, sus ojos adquirieron una espresion siniestra, feroz, y noté que temblaba nerviosamente la articulacion de su mandíbula, síntoma seguro en él de una idea de venganza: retiró ásperamente la mano que yo le tenia cojida... y procurando penetrar hasta lo mas profundo de mi corazon, clavados en mí sus grandes ojos que todavía chispeaban con el ardor de la calentura, me dijo sordamente:

—¿Conque has pasado tantas noches junto á ella?

—Sí... le respondí con toda ingenuidad, aunque muy sorprendido de la súbita variacion de su fisonomía.... Sí, he pasado á su lado todas las noches y momentos que no me hallaba contigo.

—Y estabas solo con ella? me dijo con acento cada vez mas reconcentrado.

—Solito: la tia Mayor no se separaba de Poireau; el hombre-pescado venia tambien algunas veces á velar á Basquine, pero no muchas, porque como estaba tan cansado de la cocina y demas menesteres de la casa, se acostaba al momento.

—Te estabas solo con ella? repitió Bamboche, y sus ojos brillaron con resplandor siniestro.

—Sí, hombre, me estaba solo con ella; pero... qué tienes? Cómo me miras!

Bamboche hizo un movimiento para tirarse á mí, mas le faltaron fuerzas y cayó con casi todo el cuerpo fuera de la cama murmurando:

—Ladron!... tú la quieres... Sí, añadió agarrándose trabajosamente á la cabecera; pues yo, paralizado por el asombro, no pensé siquiera en irle á ayudar... Sí, tú la quieres... te has hecho amar de ella... la has

contado perrerías de mí... estoy seguro... os he de matar á los dos.

Esta violenta conmocion apuró sus pocas fuerzas, y le hizo caer sin movimiento sobre la almohada.

Al principio no habia yo comprendido que Bamboche tenia celos de mí; pero cuando se esplicó con mas claridad.... sentí una indignacion dolorosa, á la que se siguió una especie de satisfaccion que no me permitió encolerizarme: estaba yo seguro no solo de calmar la celosa inquietud de Bamboche, sino tambien de probarle hasta qué punto me habia hecho llegar el cariño que le profesaba.

Al violento ex-abrupto de mi compañero sucedió un gran abatimiento: como no se movía, me acerqué á él, y me traspasó el corazon el estado en que le hallé... no demostraba ya cólera ni odio, sino una desesperacion cruel, desgarradora. Sus hundidas mejillas estaban bañadas en lágrimas. Doblé violentamente el cuerpo hácia él, pero cerró los ojos por no verme, y continuó vertiendo abundante llanto.

Este dolor, esta especie de flaqueza, en un muchacho de carácter tan arrebatado y duro me conmovieron profunda y aun tiernamemente, si así puede decirse:—Qué fortuna para mí, pensaba yo poder desengañarle al momento... decirle y probarle cuán lejos he estado de usurparle el cariño de Basquine!

—Lloras? le pregunté.

—Y qué?... ya se vé que lloro... es una cobardía... me contestó con voz acongojada... pero no puedo remediarlo... Pedazos me hubieran hecho, sin arrancarme un grito... pero lo que es ahora me duele el corazon como si me le retorcieran, y lloro sin querer.

Mas cobrando su acostumbrada aspereza, añadió entre dientes:

—Anda, que no siempre he de ser tan cobarde!... dia llegará en que me vengue de tí y de ella... Vaya si me vengaré!

— No te pido mas que una cosa, le dije sonriendo, y es que no hagas imprudencias y te pongas bueno cuanto antes.

Creyendo Bamboche que le hacia burla, contestó solo con un sordo jemido de dolor y cólera.

—Sí, continué... y asi que puedas levantarte iremos al cuarto de Basquine, y verás á quién de los dos ama...

Bamboche hizo un movimiento brusco, y me miró de hito en hito: pero sin duda leyó en mi cara la sinceridad de mis palabras, pues se despejó su frente.

—Conque me ama? esclamó.

—Oh! te quiere mucho ya.

—Pero si no me ha visto mas que una vez en casa de su padre...

—No importa; desde que está en casa la he hablade tantas veces de tí, cuando se ha hallado en estado de oirme... la he dicho tantas veces lo desgraciado que habias sido, contándole la muerte de tu pobre padre, y todas tus miserias con el tullido... y todo lo que has rabiado aqui... que...

—De veras le has dicho eso? preguntó Bamboche.

Hubiérase creido que aspiraba mis palabras, cual si ellas le devolvieran la esperanza, la salud y la vida... Su pecho se dilató: respiraba libremente.

—Le has dicho eso de mí? repitió.

—Y otra porcion de cosas... Le he dicho que pudiste escapar de aqui, donde te trataban sin compasion y que te quedaste solo por esperarla, porque desde que la viste en casa de su padre no pensabas ni soñabas en otra cosa que en ella... Pero ya que te ama, no tienes necesidad de sacudirla, verdad?

Al oir estas palabras, cambiaron nuevamente de espresion las flexibles facciones de Bamboche: no denotaban ya gratitud, ni desconfianza, ni desesperacion rencorosa; sino una confusion, una dolorosa vergüenza de haber sospechado de mí tan cruelmente: singular mezcla de ternura, ruego é indignacion contra sí propio. Aquel indómito muchacho juntó las manos, se puso de rodillas en la cama, venciendo su debilidad, y me dijo con suplicante voz:

—Martin.... hermano... perdon... ten lástima de mí!...

—Vamos... calla... que me haces daño, respondí apartando los ojos; tan verdadero era el dolor que revelaba la fisonomía de Bamboche. Piensas que porque eres feliz debes atormentar asi á los demas? añadí limpiándome los ojos.

—Martin, quiero que me perdones, repitió Bamboche con inquietud febril, lo necesito.

—Hace falta que te perdone?... esclamé echándome en sus brazos... ¿no estás perdonado, una vez que eres dichoso y que me llamas hermano?

—Sí, hermano.... mi único y verdadero hermano.... para siempre jamás, murmuró Bamboche con voz que revelaba su infeliz satisfaccion..........................

....

Mucho hemos envejecido Bamboche y yo desde aquel dia, nos hemos encontrado en posiciones diversas, contrarias, terribles... mas nunca hemos podido contener las lágrimas al recordar esta escena de nuestra infancia. . . . .

. . . .

Bamboche estaba completamente restablecido á los pocos dias de esta conversacion.

Cierta mañana en que el cielo estaba nublado, tempestuoso (no sé por qué me llamó la atencion esta circunstancia), llevé por la primera vez á mi amigo al cuarto de Basquine.

Aunque el ver tan contento á Bamboche me causaba una satisfaccion indecible, sentí que mi corazon se oprimia... se quebrantaba cuando entramos en el miserable aposento.

Y es que sin duda adiviné por instinto que aquel dia, en aquel momento, comenzaba á consumarse fatalmente el destino de la infeliz muchacha... y que sin querer, con la mayor buena fé, era yo instrumento de la fatalidad.

Tanto por discrecion, como por no turbar con mi repentina é involuntaria tristeza aquella súbita entrevista... me retiré diciendo á Basquine:

—Aqui tienes á mi buen hermano, de quien te he hablado tantas veces.

—Oh! sí, respondió Basquine candorosamente:—yo le quiero mucho...

. . . .

Una hora despues volvieron de improviso la tia Mayor y Poireau; creiamos nosotros que estuviesen fuera todo el dia, pero el mal tiempo les precisaba á volver á casa. Marché á toda prisa hácia el aposento en que estaban Basquine y Bamboche, para anunciarles la llegada de sus amos, pues habiamos determinado que tanto él como ella fingiesen que se prolongaba su enfermedad, para empezar las funciones lo mas tarde posible.

Entré, pues, en su cuarto.

Basquine, sentada en la cama, jugaba libremente con los cabellos negros de Bamboche, que le habian crecido mucho durante su enfermedad, y él sentado á los pies de Basquine en un taburete, con los codos sobre las rodillas y la barba apoyada en las palmas de las manos, la contemplaba silencioso con una ternura indecible, al par que con una timidez que me estrañó mucho.

Mi repentina presencia no sorprendió á mis dos amigos.

Bamboche se levantó, acercóse á mi y me dijo conmovido señalando á Basquine:

—Hermano... ahi tienes á mi mujercita por toda la vida.

—Sí... y Bamboche será mi maridito: nos iremos con papá en cuanto nos venga á buscar... Bamboche le ayudará en su trabajo, y tú tambien, Martin.

Hízome Bamboche una seña, y dijo á Basquine:

—Eso, nuestro hermano Martin vendrá con nosotros... y nunca nos separaremos de él, ¿verdad Basquine?

—¡Oh! nunca... dijo la niña con encantadora gracia, porque es hermano tuyo y mio. . . . . .

. . . .

He sabido luego por Bamboche que aquella entrevista fué inocente y pura, como debia.

No obstante, aunque admitidas en el inocente idio-

ma de los niños las palabras *maridito* y *mujercita*, me causaron una impresion inesplicable, dolorosa: me parecia que no la habria sentido si Bamboche y Basquine se hubiesen llamado hermano y hermana.

En esta reflexion no entraba el menor asomo de celos, pues á pesar de las eróticas revelaciones de Bamboche, aun no habia alzado su voz mi corazon. Dábame, sí, una vaga inquietud el porvenir de Basquine, y como las espresiones de *mujercita* y *maridito* me recordasen involuntariamente los amores de Bamboche con la tia Mayor, sentí nuevamente y con mas fuerza aquella afliccion profunda que me domināra al llevar á Bamboche á su primera entrevista con Basquine.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en el tomo I.

INTRODUCCION.

PARTE PRIMERA.

		Páginas.
I.	*La caza doble.*	3
II.	*El soto.*	18
III.	*La pista.*	24
IV.	*Un padre del dia.*	29
V.	*Lumineau.*	43
VI.	*El albergue.*	53
VII.	*Misterios.*	62
VIII.	*La granja.*	74
IX.	*La Carrasca.*	82
X.	*Los consejos.*	103
XI.	*El tio Santiago.*	110
XII.	*El retrato.*	123
XIII.	*La conferencia.*	135
XIV.	*Revelacion.*	142
XV.	*La madre y la hija.*	152
XVI.	*El amor maternal.*	160

INDICE

de los capítulos contenidos en el tomo II.

INTRODUCCION.

PARTE SEGUNDA.

		Págs.
I.	*El banquete.*	3
II.	*El jardin de invierno.*	12
III.	*El café.*	23
IV.	*La pajarera.*	34
V.	*El padre y el hijo.*	44
VI.	*Continuacion del mismo asunto.*	54
VII.	*La venta.*	67
VIII.	*El cazador furtivo.*	77
IX.	*El juez.*	87
X.	*La sorpresa.*	97
XI.	*La espulsion.*	108
XII.	*El aposento. de Martin.*	112

MEMORIAS DE MARTIN.

PARTE PRIMERA.

I.	*Lemosin y su perro.*	119
II.	*La Lebrasse.*	129
III.	*El encuentro.*	141
IV.	*La tia Mayor.*	151
V.	*El Leñador.*	163
VI.	*Los amores de Bamboche.*	174
VII.	*Martin á un rey.*	179
VIII.	*La educacion.*	186
IX.	*El Hombre-Pescado.*	195

X. *El segundo premio.* 205
XI. *Fragmentos de una carta de Leónidas Tiburon.* 208
XII. *Continuacion de la carta de Leónidas Tiburon.* 216
XIII. *Fin de la carta de Leónidas Tiburon.* 225
XIV. *La partida.* 239
XV. *Las cabelleras.* 246
XVI. *La nueva Basquine.* 256
XVII. *Basquine.* 268
XVIII. *Fraternidad.* 278

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS

DE

UN AYUDA DE CAMARA.

POR

EUGENIO SUE.

Tomo III.

MADRID.

IMPRENTA á cargo de D. Anselmo Santa Coloma.
Plazuela de ISABEL II, núm. 6.

1846.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

MEMORIAS DE MARTIN.

(Continuacion de la primera parte.)

CAPITULO XIX.

Gran representacion.

Ocho meses hacia que formaba Basquine parte de la compañía; estabámos á fines de setiembre y en nuestras diversas peregrinaciones habiamos ido á parar á Senlis.

Debíamos dar una gran representacion para inaugurar nuestros trabajos, y desde el dia anterior podia leerse en todas las esquinas de la ciudad un anuncio colosal concebido en estos términos:

GRAN REPRESENTACION.

Primera salida de la compañìa acrobàtica del cèlebre Donato Borin (a) La Lebrasse.

PRIMERA PARTE.

Escenas cómicas entre el payaso y su amo.--Canciones jocosas entre la niña Basquine, de edad de nueve años, y su amigo el payaso.

SEGUNDA PARTE.

La gran pirámide humana por el Hércules hembra, Martin, Bamboche y Basquine (el mayor de estos niños no pasa de trece años.)

En seguida se presentará:

El famoso HOMBRE PEZ, *cogido en las aguas del rio Nilo por un aficionado. La naturaleza ha dotado á este maravilloso fenómeno de dos magníficas aletas en vez de brazos: vive, come y duerme dentro del agua, y se mantiene solo de peces vivos que comerá* EL MISMO CRUDOS *delante del respetable público.*

Este gran fenómeno es tan manso y cariñoso que ha aprendido cuatro lenguas, á saber: FRANCES, LATIN, GRIEGO Y EGIPCIO DEL NILO, *su pais natal. Los señores que gusten visitar al* HOMBRE-PEZ *podràn dirigirle la palabra en cualquiera de estos cuatro idiomas, seguros de que serán contestados en el acto.*

Finalizará la funcion con los grandes ejercicios de esgrima entre el célebre HERCULES-HEMBRA *y un maestro de las academias de Moscow, Constantinopla, Persépolis y Caudebec.*

Estábamos instalados en un terreno á propósito concedido á La Lebrasse junto á las últimas casas de la poblacion, camino de París: habíamos construido para dar nuestras funciones una gran tienda, y junto á la puerta destinada al público varios tablados cubiertos con diferentes lienzos, de los cuales representaba el mas considerable al hombre-pez: el carreton nómada en que viviamos todos, estaba á espaldas de la tienda, que prolongada por aquella parte y separada del resto por una cortina de lienzo, servia de cuadra y almacen de forrajes para nuestros tres cuadrúpedos.

La víspera hicimos un ensayo general en *familia*, y todos los ejercicios salieron con maravillosa precision. En los cinco meses que llevaba de duracion nuestro viaje acrobático, ninguna representacion se habia anunciado bajo tan buenos auspicios.

Es tal la fuerza de la costumbre, que esceptuando las

horas de leccion en que se me aplicaban tormentos casi contínuos, yo conllevaba alegremente mi suerte; esforzábame en trabajar lo mejor que podia, una vez puesto ante el público, y mi vanidad quedaba singularmente lisonjeada cuando recogia mi parte de aplausos. No hay duda en que me hubiera resignado á aceptar *sériamente* la azarosa posicion de saltimbanquis, á no haber sido por la esperanza que conservaba de alcanzar con Bamboche y Basquine la dulce vida del gitano, ociosa y vagabunda, que era objeto de nuestros cotidianos ensueños.

Si preguntaba á Bamboche cuándo nos separariamos de la compañía, me contestaba con misterio:

—Aun no: tengo mas ganas que tú de largarme con Basquine; pero debemos aguardar ocasion.

—¿Pues no podemos irnos cualquier noche? le replicaba yo: ya ves que no nos encierran.

—Ya lo sé... no habria cosa mas fácil.

—Pues entonces...

—Todavía no es hora...

—Por qué?

—En primer lugar... porque *aun no he encontrado lo que busco*: y ademas, añadia con espresion de rencor reconcentrado, porque no quiero apartarme de La Lebrasse, la tia Mayor y el payaso *sin pagarles lo que les debo*... alguna vez me ha de tocar á mí, caramba!

—Qué significa eso de que *no has encontrado lo que buscas*?

—Es un secreto, respondia Bamboche en tono mas misterioso aun, que ni tú ni Basquine podeis saber; pero pierde cuidado; no me interesa á mí solo, sino á los tres, y asi que podamos tomaremos soleta.

Aguardaba yo, pues, con paciencia el misterioso momento, cuando supe por fin que habia llegado. Fue de esta manera.

Siempre que estableciamos el teatro en el interior de las poblaciones, nos alojabamos en una posada, mas cuando le teniamos en las afueras, dormíamos revueltos en el carro y el coche nómada, distribuido en

parte como la cámara de un buque, de modo que eran casi imposibles las conversaciones secretas y nocturnas.

Durante la cena al aire libre, que siguió al ensayo general, me hizo Bamboche diversas señas, cuya significacion comprendí al punto: procuré, pues, acercarme á él en el corto espacio de tiempo que mediaba entre la conclusion de la cena y la hora de acostarnos.

—Ahora sí,—me dijo Bamboche muy quedo y con la voz conmovida por la gravedad de la noticia que me anunciaba,—ahora sí que tengo lo que queria.—Y recalcó de un modo estraño estas palabras. Mañana por la noche... nos vamos con mi *mujer*.

—¿De verás?—esclamé sin poder disimular mi alegria,—y por qué no hoy?

—Es imposible... ya te diré por qué... Pero mira no te pille el sueño mañana: cuando nos acostemos, cierra los ojos, pero no duermas: y añadió con una espresion reconcentrada de gozo y triunfo:

—Mañana por la noche... seremos por fin libres... libres como los pájaros... y nos habremos vengado... ¡Oh! en grande!... hacia tiempo que andaba buscando un buen modo.. y ya pareció.

La voz ronca de la tia Mayor interrumpió mi rápido diálogo con Bamboche.

—Ea, á la cama, voto á una legion de demonios!—dijo el Alcides hembra, colgándose del brazo del payaso.

—Allá van, allá van... voto á una lejion de demonios! respondió Basquine, ahuecando su voz infantil.

Y soltando una carcajada corrió á abrazarse á Bamboche, mientras que La Lebrasse, que no se habia levantado de la mesa, clavaba en los dos muchachos, al retirarse asi abrazados, una mirada siniestra, irónica y ardiente.

No tardó la noche en cubrir con sus sombras el carruaje, en que nos metimos amontonados para dormir.

. . . .

Lo que me falta decir para esplicar la dolorosa transformacion de Basquine, niña infeliz, tan inocente y candorosa pocos meses antes... cuanto se refiere á este espantoso cambio, me abrasa por decirlo asi los lábios.

Ahora que miro con ojos esperimentados é inteligentes lo pasado, no sé quien vence, si la repugnancia, la indignacion ó el espanto: mas como quiera que sea, he de proseguir la tarea que voluntariamente me he impuesto y que tengo una satisfaccion en cumplir, conforme voy escribiendo estas páginas. Lo conozco, es muy provechoso para mí volver la vista á aquella odiosa época. La aversion, el horror cada vez mayor que me infunde, me prueban que voy internándome en la senda de lo bueno y lo justo: la penosa conmocion que hoy siento, la especie de temblor que me ataca al pensar que tengo que atravesar de nuevo, aunque solo en imaginacion, por ese abismo de perversidades, corrupcion é infamia, me dice claramente que no basta tener aversion al mal, sino que debo á pesar de ser tan ínfima y oscura mi condicion, hacer cuantos esfuerzos quepan en mi humilde esfera para evitar, impedir y curar ese mal que me inspira un temor y un aborrecimiento saludable.

Sí... me abrasa los labios lo que me falta referir para esplicar la transformacion de Basquine... Y no obstante, pienso abstenerme de decirlo todo, pues hay revelaciones tremendas ante las cuales se me caerá involuntariamente la plúma de las manos.

Al separarse la pobre niña de su padre, era inocente y pura, como debia serlo á su edad y criada en el seno de una familia tan laboriosa y honrada.

A los ocho meses... digo mal, á los dos ó tres meses de su incorporacion á la compañía, Basquine, que sin cesar oia las sucias y obscenas chanzonetas del payaso, los juramentos, las blasfemias y dichos cínicos de todos, paró en reirse de aquellas obscenidades é indecencias puestas en breve al alcance de sus ocho años, y juró y blasfemó como todos los de-

mas... porque no necesito decir que yo tambien habia cedido como ella y antes que ella, á la misma influencia perversa y corrumpente.

Restablecida completamente de su enfermedad, Basquine perdió poco á poco la memoria de sus pesares, aunque muchas veces preguntaba todavía por su padre. La distraia nuestra grosera jovialidad. Bamboche y yo nos esforzábamos en desvanecer de mil maneras la tristeza que de cuando en cuando la acometia al pensar en su familia. Poco á poco cobró Basquine una estremada aficion á las lecciones de baile y canto (licencioso por supuesto), que le daban la tia Mayor, La Lebrasse y el payaso: dotada por la naturaleza de una agilidad y gracia increible, no tardó en aprender con perfeccion dos ó tres pasos de *carácter* y algunas coplas. El metal de su voz, pura é infantíl, poseia un indefinible hechizo que contrastaba notablemente con la letra de aquellas canciones licenciosas y groseras.

La primera vez que se presentó Basquine en público, obtuvo una acojida maravillosa, inaudita. Las ganancias fueron enormes, y desde aquel momento se desarrolló en ella una inclinacion fatal á nuestra profesion. ¿Qué criatura, aunque hubiera tenido mas juicio, habria resistido á aquella especie de ovaciones tan lisonjeras, tan fascinadoras siempre, por mas que las tributase el público ignorante y rústico que se agolpa al rededor de los tablados de los titiriteros, por ser este el único espectáculo lícito á su pobreza?

Despues de cada representacion ó sea de cada triunfo, porque Basquine hacia *furor*, como suele decirse, su hechicero semblante despedia rayos de satisfaccion y orgullo. Tanto se acostumbró en poco tiempo á aquella vida jitanesca, llena de sensaciones irritantes, de viajes escabrosos y de goces groseros, que á los seis meses me decia pensativa:

—Ahora me parece que me moriria de fastidio si tuviese que vivir como antes, allá, en casa... y á pesar de esto, siempre que me ves triste es porque

me acuerdo del buen papá... de la pobre mamá... de mis hermanitas...

Basquine en efecto se acordaba mucho de su familia al principio, pero luego eran menos frecuentes sus recuerdos, porque solo de tarde en tarde asomaban las lágrimas á sus rasgados ojos negros, que de pronto se ponian tristes y meditabundos.

En una ocasion ví á Basquine dominada por cierto terror involuntario é inesplicable. Al fin de una funcion en que cantó y bailó con su acostumbrada gracia, pidió el público desaforadamente que volviera á salir, mas ella habia desaparecido. Buscábanla por todas partes inútilmente: yo la encontré acurrucada debajo del carreton en medio de algunos cajones de forraje: estaba llorando y tenia la cara pálida y trastornada.

—¿Qué es eso hermanita? la pregunté.

—No sé, contestó alterada, he tenido miedo.

—Miedo! de qué?

—De toda esa gente que me estaba llamando.

—¡Si era para aplaudirte! No has oido los gritos que daban de tan guapa como les parecias?

—Pues yo he tenido tanto miedo como si me llamaran para hacerme daño, y he dicho lo que nos mandaba mamá decir en casa:—Vírgen santa y bondadosa... madre de Dios... tened misericordia de mí!

¿Hablaba por instinto? ¿presentia lo funesta que para ella debia ser la carrera en que estaba dando los primeros pasos? No lo sé; pero aunque tan niño, aquella circunstancia me chocó mucho.

—De quién podias tener miedo? la dije; por qué pedias á la Vírgen que tuviera misericordia de tí? Nunca habias lucido mas.

—Verdad es, respondió Basquine enjugándose las lágrimas; pero lo cierto es que tuve miedo. Es la primera vez que me sucede. Pero no se lo digas á Bamboche, añadió recelosa; me pegaria para que no fuera miedosa... y luego descargaria su rabia en sí mismo, y eso me dá mucha pena.

Bamboche, en efecto, poniendo en práctica los ig-

nobles principios del tullido sobre el *arte de hacerse amar*, golpeaba algunas veces á Basquine, y en seguida establecia una rara compensacion, causándose un dolor físico diez veces mas vivo que el de la muchacha. Aguantaba su dolor con valor heróico, y la decia:

—Te he sacudido para probarte que soy tu amo, mas no por gana de hacerte daño; porque ya ves que me le hago mayor que á tí.

Entre otras pruebas que aducía en apoyo de este raciocinio insensato, de que nadie le apeaba, solia clavarse friamente un alfiler entre uña y carne hasta la profundidad de cinco ó seis líneas. Su fisonomía no revelaba en lo mas mínimo el atroz dolor que debia sentir: antes al contrario, decia con una exaltacion de ternura salvaje:

—Te he pegado, Basquine, pero te adoro.

Y Basquine se arrojaba en sus brazos pidiéndole perdon, por decirlo asi, de haber recibido aquellos golpes.

Por desgracia la influencia de Bamboche sobre Basquine no se ceñia á hacerle olvidar con su feroz estoicismo los actos de barbarie á que algunas veces se propasaba con ella. Es tan sutil, tan funesta la ponzoña de la mala educacion y del mal ejemplo, se difunde y comunica con rapidez tan espantosa, que el contagio de los execrables principios del tullido y vagabundo mendigo habia inficionado ya tres víctimas... Bamboche, yo y Basquine.

A fuerza de oirle repetir que los hombres laboriosos y honrados eran unos tontos, mártires de su laboriosidad y de su honradez, en prueba de lo cual no olvidó Bamboche citarla el ejemplo de su propio padre—á fuerza de oir preconizar la astucia, el engaño, y en caso necesario el robo como *medios*, y como *fin* una vida alegre, holgazana y vagamunda; á fuerza de oir que todos los ricos tratan con desprecio y crueldad á sus semejantes, privados de recursos, y que estos debian mirar á los ricos como á *enemigos* obligada asi poco á poco (y esto es lo mas grave) por hechos demasiado positivos por desgracia, á conside-

rar el mal, siempre que pudiera hacerse, como unas represalias terribles pero justas; Basquine, predispuesta ademas al contagio por la atmósfera corrompida en que vivíamos, incurrió muy pronto, siguiendo mi ejemplo, en los funestos errores de Bamboche, y desde entonces fué dos veces mas poderosa la influencia que sobre ella ejercia mi amigo: la pobre niña habia concebido un ciego cariño á Bamboche y le profesaba un afecto compuesto de amor y miedo, pues al dolor de los malos tratamientos con que á á veces la afligia, sucedia en breve una admiracion profunda á la indómita energía y rara intrepidez de su carácter.

Todo esto era en proporciones infantiles, es verdad, pero completas. No sé qué gran pensador ha dicho que *los niños son hombres pequeños*. Las escenas de que he sido testigo me prueban cuán verdadero y profundo es este axioma... sobre todo cuando la fermentacion de una corrupcion precoz desarrolla prematuramente la inteligencia, y hace brotar en la edad del candor y de la inocencia las pasiones ardientes y sensuales de la virilidad.

Permítaseme decir todavía algunas palabras, tocando someramente las impuras olas de este golfo de infamia. . . . .

El apasionado amor de Bamboche á Basquine fué al principio objeto de chanzas obscenas, y luego de la infernal proteccion de la compañía, y en particular de La Lebrasse. Mas adelante supe los abominables cálculos de este hombre, contra el cual abrigaba Bamboche unos celos instintivos.

En una farsa licenciosa y sacrílega llegaron cierto dia nuestros amos hasta el estremo infame de parodiar la celebracion de un matrimonio entre Bamboche y Basquine.

La Lebrasse hacia de padre del novio, y la tia Mayor de madre de la novia.

El payaso dió la bendicion nupcial en términos burlescos é indecentes, entre las carcajadas de los circunstantes.

Me equivoco, una sola persona protestó con una lágrima furtiva contra aquellos horrores disimulados bajo tan grotesca apariencia. Hízome la casualidad fijar los ojos en Leónidas Tiburon, el hombre-pescado que metido en su cuba presenciaba la ceremonia... Su fisonomía espresaba una dolorosa indignacion; por sus mejillas corrian dos lágrimas que trató de ocultar, bajando la cabeza.

Celebróse esta indigna ceremonia en Troyes, cierta noche despues de la representacion, y á presencia de los habitantes de la posada en que parábamos. Estos no vieron ni podian ver en semejante parodia, que implicaba una realidad monstruosa, oculta para ellos, mas que una broma, no muy decorosa tal vez, pero suficientemente autorizada, al parecer, por el ejemplo de las frecuentes calificaciones de *maridito* y *mujercita* que con la mayor inocencia permiten á sus hijos los padres mas escrupulosos............................

. . . .

. . . .

Al dia siguiente se escribió Bamboche en el pecho con letras indelebles las siguientes palabras.

BASQUINE MIENTRAS VIVA:
SU AMOR O LA MUERTE.

. . . .

Tales eran las relaciones de Basquine y Bamboche en la víspera de la gran representacion que habiamos de dar en Senlis, despues de la cual debiamos fugarnos Basquine, yo y Bamboche, quien, según su espresion, *habia dado con lo que andaba buscando.*

CAPITULO XX.

Canciones alegres.

No he visto dia de otoño mas hermoso que el de nuestra gran representacion en Senlis. El sol brillaba puro, y á las cuatro de la tarde estaba la puerta de nuestro teatro ambulante obstruida por los espectadores, que se reian á carcajadas de las pantomimas del payaso y de su amo La Lebrasse, encaminadas á llamar gente. Como siempre, figuraban en ellas los bofetones prodigiosos y los fabulosos puntapiés que prodigaba La Lebrasse con cómica gravedad, y que aceptaba el payaso con las recriminaciones, gestos y lamentos de costumbre.

A esta escena siguió el *paso jocoso* cantado por Poireau y Basquine.

Cuando apareció esta en el tablado, precedida de su fama, hubo un gran silencio al cual siguió un sordo murmullo de admiracion.

—Qué guapa es!

—Y qué bien vestida!

—Si parece una mujercita.

—Hermoso pelo!

—Y la pícara no se corta.

—La cara es preciosa.

—Buen bocado dentro de cinco ó seis años... con ese palmito!

—Y con esa cintura, hecha á torno...

—Pues y las piernas?... repara, repara que pantorrilla.

—No digo nada de los hoyitos de los hombros.

—Y de ese gestecillo tan avispado y tan chusco.

—Qué! si oirla canciones alegres dicen que es morirse de risa...

—A bien que pronto lo veremos; porque el *paso* con el payaso es de lo mas salado!

—Viva lo bueno!

—Es remonona y retrechera como ella sola.

—Ya, ya!... Demonio debiais haberla puesto por nombre y no Basquine.

Oia yo todos estos dicharachos, medio tapado con una cortina de las que rodeaban el tablado, y ahora que se une la esperiencia á mis recuerdos, comprendo perfectamente la impresion que produjo mi compañera en el público.

Si Basquine estaba transformada moralmente, su físico habia sufrido una transfiguracion no menor. Sus facciones, encantadoras siempre, habian perdido la dulce espresion de candor infantil que las animaba, y sus megillas, (permítaseme esta frase) su fresca é inocente redondez: el cutis, aunque conservaba esa tersura y transparencia que revelan la fuerza y la salud, era pálido y no tenia ya el color lácteo y sonrosado peculiar á las carnes de los niños: y los rasgados ojos, tímidos en otro tiempo hasta rayar en la cobardía, se fijaban ahora vivos y descarados, aunque algo hundidos, en la turba que admiraba su color negro como el ala del cuervo, en tanto que por sus lábios rojos, cuya espresion denunciaba pocos meses antes tanta ingenuidad, discurria una sonrisa burlona, maliciosa y desenvuelta.

El raro y poco respetuoso traje que la habia pues-

to, en vez de repugnar al público debia agradarle estraordinariamente.

Sobre los rubios cabellos, que cayendo en dos gruesas trenzas llegaban casi al suelo, llevaba Basquine calaverescamente ladeado un gorrito griego de color de grana cubierto de lentejuelas plateadas: el corpiño, desmesuradamente escotado y tambien de grana y plata, dibujaba su flexible talle, y estaba solo sostenido por unos estrechos tirantes de ojuela de oro que dejaban enteramente en descubierto su garganta, pecho, hombros y brazos, blancos, mórbidos y lustrosos como el marfil: una cortísima falda de raso azul bajo, salpicada tambien de lentejuelas y que remataba mucho mas arriba de la rodilla, ponia en evidencia los deliciosos contornos de sus piernas, cubiertas con el pantalon llamado *carnes* estrechamente ajustado; el breve pie, digno en todo y por todo de la pierna, calzaba borceguíes de tafilete encarnado guarnecidos de armiños falsos.

Posteriormente he podido ver y admirar la divina escultura del *Amor antiguo*; las formas juveniles, esbeltas y puras de aquella obra maestra me han recordado las de Basquine.

Tal era su traje al presentarse en el tablado para cantar con el payaso una escena picaresca.

Su interlocutor tenia el rostro, no precisamente feo, pero ignoble: llevaba el traje propio de su papel, á saber, chaqueta y pantalon de tela de colchon, sombrero puntiagudo y peluca bermeja.

Reinó un profundo silencio en el auditorio, y comenzó la escena con una especie de recitado y algunas coplas, llenas de trivialidades, pero popularizadas de largo tiempo atrás entre el público de las calles. Titulábase aquella obra informe, *Los amores del Payaso.*

Salió este con ademan compunjido, saludó torpemente á Basquine, y cantó lo siguiente alternando con su compañera:

De amores me muero:
tened compasion.

BASQUINE, *haciendo un mohin desdeñoso.*

¿Tú, costal de paja,
morirte de amor?

PAYASO, *pugnando por abrazar á Basquine, la cual se defiende riendo.*

Por pasar contigo
una noche ó dos,
no digo costal,
fuera yo jergon.

BASQUINE, *dandole un bofeton.*

Toma; y no me vuelvas
á ser hablador.

PAYASO, *llorando, berreando y metiendose los puños en los ojos, cantaba, con una musica vulgar y voz tan afligida como burlesca, lo siguiente:*

¡Ji, ji, ji! niña bonita,
ya sé por que me maltratas;
Arlequin te solicita,
que es un tuno, un papanatas.
A la luna, de bracero
os ví juntos ante ayer,
el te tocaba...

BASQUINE *interrumpiendole con una carcajada, le preguntaba maliciosa y descaradamente:*

¿El pandero?
No me acuerdo; puede ser.
(*Y volvia a empezar por el mismo tono.*)
Ibamos cojiendo un fruto
que es manjar del paraiso,
y para comerle, bruto,
ir á pares es preciso.
Aunque soy niña y soltera,
no voy sola al bosque ya:
que mi amante alli me espera
sin saberlo mi mamá.

PAYASO *sollozando y berreando mas fuerte.*

¿Y en aquel recinto oscuro
en qué os soleis divertir?

BASQUINE *con provocativa malicia.*

En cortar á mi futuro
unos gorros... de dormir.

PAYASO *con amarga ironia.*

Coronado
se verá.

BASQUINE *finjiendo ternura.*

¿No es su hado
deseado
de tí ya?

PAYASO *enfurecido.*

No me quiero ya casar,
que será mucha gabela
si á Arlequin solo has de amar
y yo he de tener... ¡canela!

Concluia la escena con una repeticion de estos dos versos, cantados á duo por Basquine, burlándose del Payaso, y por este sollozando de una manera grotesca.

A DUO.

BASQUINE.

A Arlequin solo he de amar
y tu has de tener... canela!

PAYASO

A Arlequin solo has de amar
y yo he de tener... canela!

Estos equívocos, apenas rimados, estas alusiones miserables tenian por principal objeto el servir de pretesto, de marco al *juego escénico* y á las indecentes reticencias del payaso, haciendo asi resaltar la gracia infantil de su compañera.

Y en efecto, jamás me habian parecido los inmundos modales del titiritero mas licenciosos que aquel dia: al acercarse dos ó tres veces á Basquine, en actitud descarada y obscena, y con los ojos chispeantes, para abrazarla, llevó tan allá su ignoble pantomima, que algunos espectadores lo chichearon, si bien la mayor parte aplaudió con groseras carcajadas. Yo presenciaba involuntariamente la escena á favor de un agujero practicado en la cortina, cuando advertí que estaba la tia Mayor á algunos pasos de mí, aunque ella no podia verme... me asustó la espresion

de cólera y rencor semi-feroz que sorprendí en su cara, manchada con un chafarrinon rojo, porque estaba disfrazada de *salvaje*. Sus ojos despedian chispas, sus labios gruesos y adornados con un leve bigotillo, temblaban convulsivamente, y dos ó tres veces estiró los brazos con los puños cerrados en ademan amenazador.

Al principio no me ocurrió la idea de que estando namorada aquella vengativa Meguera del payaso, podria tener celos del miserable, y que exasperado el Alcides-hembra por la única pantomima de que era testigo, seria capaz de meditar alguna venganza atroz. Y por desgracia, entre nuestros ejercicios se contaban algunos tan peligrosos, que aquella venganza podria ser mortal y quedar impune... un movimiento en falso, la mas lijera falta de equilibrio atribuida á la casualidad, bastaban para escusar y encubrir un crímen.

No tr té, pues, de averiguar cuál fuese la causa de la cólera de la tia Mayor, la cual, terminada la escena del payaso y Basquine, desapareció rápidamente por una escalera interior. Como tambien estaba yo vestido, alcé la cortina para acercarme á Basquine y darla el parabien, pues habia obtenido un triunfo completo, inmenso... inmenso, sí, aun cuando no hay cosa mas triste y repugnante que oir la vo argentina y pura de una niña mancharse con dicharachos de taberna.

Eran, empero, tales la mel día y ajilidad de voz de Basquine, la gracia, el desembarazo, la encantadora travesura con que representaba, que eclipsaron la vulgaridad de la escena, y fueron recibidos con una salva de aplausos frenéticos: llegó á tal punto el entusiasmo, que muchos espectadores arrojaron gran cantidad de *monedas blancas* á la escena, largueza tanto mas espontánea, cuanto que aquel *paso*, destinado solo á llamar gente al interior del establecimiento, se representaba al aire libre, y era considerado como gratúito, no debiéndose *pedir* despues de él.

A aquel rasgo de munificencia popular siguieron los gritos de ¡*otra!* ¡*otra* !

Sin salir de mi escondite me acerqué á Basquine para cumplimentarla, lleno de orgullo y gozo, pues lo que ahora me aflige me entusiasmaba entonces.

—No dirás que te reciben mal,—la dije al oido entreabriendo la cortina.

—Calla, calla, me contestó con rostro animado y radiante, las mejillas encendidas y chispeantes los ojos;—estoy medio loca... qué cosa tan divertida!

En aquel momento se oyeron con mas fuerza las voces de ¡*que se repita!*

Basquine, algo menos entusiasmada ya, encojió de un modo imperceptible los hombros y señalando al público con una mirada burlona y maliciosa, me dijo con voz agitada todavia por la conmocion del triunfo:

--Mira, mira, cómo se acalora *Avetonta* (1): pero eso no es nada... Ya verás cuando lo repita.

--Si llegas á repetir... te ahogo. No quiero que el payaso te toque y te mire como antes, murmuró á mis espaldas una voz sorda é irritada.

Volvi la cabeza y ví á Bamboche muy pálido y con las facciones trastornadas por la cólera y los celos.

--No te enfades... yo no tengo la culpa... lo reza el papel, -contestó Basquine temblando y dirijiéndose hácia donde estaba Bamboche.

--¡La escena del payaso y Basquine... ¡que se repita !.., que se repita ! gritaba el público impaciente.

--Te lo prohibo,--repuso Bamboche alzando un poco la cortina y echando una terrible mirada á Basquine, ¿me entiendes?

Y desapareció.

—Le daré gusto, me dijo en voz baja la pobre criatura con los ojos preñados en lágrimas, y añadió:

—Anda á decirle que no se enfade.

Viendo que se repetian los gritos de la concurrencia, La Lebrasse, á quien llenaba de gozo el triunfo de Basquine, subió al tablado y la dijo:

—Mira que Avetonta se incomoda... Vamos, en qué estás pensando?... A la escena, á la escena.

---

(1) El público.

—No... respondió la muchacha con firmeza, é hizo un movimiento para retirarse detras de las cortinas que eran nuestros únicos bastidores.

Como continuase el vocerío, La Lebrasse saludó tres veces al público é hizo seña de que estaba rogando á Basquine que accediera á la repeticion pedida; en efecto, sin variar en lo mas mínimo la risueña espresion de su fisonomía, la dijo en tono de cólera:

—Seó trasto, mira que vas á enfadar al público, y á hacernos perder una entrada magnífica. Sal.

—No me dá la real gana, contestó Basquine con ademan tan resuelto, que renunciando La Lebrasse á vencer su resistencia, añadió en voz baja:

—Tú me las pagarás!... Y cubriendo nuevamente su cara con la acostumbrada espresion de risa se volvió al público, el cual calló entonces, y esclamó haciendo otra cortesía:

—Me tomo la libertad de manifestar al respetable público, que debiendo presentarse en otros ejercicios de canto y baile la niña... la inimitable niña Basquine, correría peligro su salud si repitiera en este instante el paso por complacer al respetable público.

Gritos furiosos de despecho siguieron á estas palabras. La Lebrasse prosiguió con su voz chillona, que dominaba el tumulto:

—Pero, tranquilícese el respetable público.... la funcion concluirá con esa famosa escena que ha tenido la suerte de agradarle.

No satisfizo esta promesa á la muchedumbre, ansiosa de oir á Basquine, antes bien fué recibida con nuevos clamores. La Lebrasse apeló á una diestra estratajema, haciendo á la muchacha una seña para que se metiera adentro, y diciendo á la orquesta, que se componia de un bombo, dos trombones y dos clarinetes:

—Música, música.... firme!... aturdid á *Avetonta.*

Rompió la infernal orquesta á estas palabras; el payaso unió á su discorde y atronador ruido el de una enorme campana que se alzaba sobre el griterio de la concurrencia; asomóse entonses con La Lebrasse á

la barandilla del tablado, y empezó á gritar desaforadamente:

—Adelante, señores... adelante: es una miseria lo de la puerta, comparado con lo que adentro se va á hacer. Adelante, adelante.

Mas á pesar de la hábil maniobra de La Lebrasse, muchos espectadores se arrojaron contra nuestro tinglado, llevados de su irritacion y armaron un tumulto tan espantoso, que costó trabajo á los gendarmes, obligado accesorio de nuestras funciones, el reprimirle. Triunfó empero, la ley: quedaron presos algunos apasionados sobrado celosos de Basquine, y pudo por fin comenzar la representacion interior, ante una numerosísima concurrencia, pues aquel suceso habia naturalmente duplicado la curiosidad general.

Habíame yo marchado adentro antes que Basquine, deseando calmar los celos de Bamboche... Al pasar por un estrecho saloncillo formado con cortinas, que nos servia de *sala de descanso*, oi la ronca voz de la tia Mayor; sus palabras llegaban distintamente á mi oido, á pesar de que queria hablar bajo y procuraba contenerse. Hice alto inmediatamente.

—Repito que quieres *pescarla*, bribon, pero yo mataré á ese... viborezno, murmuró aquella furia... ya hace tiempo que la ando rondando.

—Qué has de matarla, gordinflona, si eres tan cobarde? respondió la voz ignoble y aguardentosa del payaso.

—Qué no la mato? Sí, *que no sé toser*... repuso la tia Mayor recalcando estas palabras de un modo estraño.

Sin duda las completó con alguna pantomima significativa, pues pasado un momento, replicó el payaso seriamente.

—Ah! Tosiendo. Bien podrá ser, pero apuesto ciento contra uno....

Movióse á este tiempo el lienzo que me separaba de los dos interlocutores y escapé á toda prisa.

Comprendí entonces la causa de la cólera de la tia Mayor y creció mi zozobra en cuanto á Basquine, la que mas de una vez me habia llamado para defender-

la de la brutalidad del payaso, suplicándome luego que por evitar alguna desgracia, no digese nada á Bamboche, cuyos celos eran terribles. Amenazaban, pues, á la pobre niña la venganza de la tia Mayor y el odio del payaso. Pensé decírselo todo á Bamboche, mas reflexionando que segun su promesa, debiamos huir aquella misma noche, y viendo solo una amenaza muy vaga en las palabras de la tia Mayor (palabras incomprensibles por otra parte para mí, pues decia que con toser podia matar á su rival) creí mas prudente guardar silencio.

Llegué adonde estaba Bamboche, casi al mismo tiempo que Basquine.

Acercóse la pobre niña juntando las manos, bañados en lágrimas los ojos, en que se leia el ruego, y con una indefinible espresion de deferencia, miedo y cariño pintada en su fisonomía:

Dí una palabra... y no vuelvo á salir-murmuró con voz alterada, añadiendo luego en tono enérgico y resuelto:

—No... aunque La Lebrasse me haga cuartos, no vuelvo á salir si tú me lo prohibes.

—Ahora ya no me importa, porque no tienes que trabajar mas que conmigo, Martin ó la tia Mayor, respondió Bamboche fingiendo dureza, si bien sus miradas y todo su rostro revelaban la impresion que le habian hecho las palabras de Basquine, impresion tan grande que por disimularla tuvo que volver el cuerpo diciendo:

—Me han llamado.

Y se marchó precipitadamente con los ojos preñados de lágrimas.

—Pobre de mí!... qué le ha dado? me dijo Basquine, que no habia advertido, como yo, el enternecimiento de Bamboche.

—Está llorando, y no quiere que le veamos.

—Llorando! y por qué? preguntó la muchacha.

—Por qué le ha enternecido esa promesa que le has hecho de no salir, si él no queria, por mas que te amenazasen.

—¡Oh! mira si es bueno... aunque me pega, esclamó Basquine, hondamente conmovida.

CAPITULO XXII.

La piramide humana.

De pronto entró la tia Mayor en el salon de descanso, vestida de salvaje con una corona de grandes plumas encarnadas y negras, y una especie de chaqueton de tela atigrada que queria ser una piel de pantera, traje que no llegaba á cubrir sus escabrosas piernas cubiertas con las correspondientes *carnes*. Estaba pálida, á pesar de la espesa capa de bermellon que llevaba en la cara; contraia involuntariamente las abultadas cejas y sus miradas eran siniestras. Estas observaciones me sorprendieron mas, porque nos dirigió la palabra con una dulzura á que no estábamos acostumbrados.

—Pronto, pronto, hijos, esclamó cordialmente: no nos queda mas tiempo que el preciso para preparar nuestra *salida* para la *piràmide humana*... cuyo obelisco serás tú, angelito, añadió jovialmente la tia Mayor cogiendo por la barba á Basquine y dándola un beso....

Aquella caricia hipócrita me hizo temblar.... Cono-

cí que se aproximaba el peligro que amenazaba á Basquine, y que yo suponia estuviese mas distante;.... pero qué peligro era?

—¿Y ese maldito Bamboche? prosiguió afablemente la vieja, va á tener la culpa de que no hagamos á tiempo nuestra salida.

—¡Bamboche! grité.

—¡Allá voy, allá voy! contestó mi compañero corriendo á reunirse con nosotros.

Bamboche y yo debíamos figurar tambien en la *piràmide humana*, é íbamos vestidos segun la rigorosa tradicion de los saltimbanquis, con carnes de color de plomo que nos cubrian todo el cuerpo, anchos calzones encarnados, salpicados de lentejuelas, y borceguies del mismo color, guarnecidos de piel de gato.

—Ea, Basquine, trepa, dijo la tia Mayor presentándola la espalda y apoyando sus brazos en las rodillas.

Basquine subió con ligereza por los monstruosos lomos, y llegado que hubo á los hombros, que eran una verdadera plataforma, se puso de pié con los brazos cruzados y las piernas abiertas. En seguida nos cogió la tia Mayor á Bamboche y á mí de la mano, abrióse una cortina, y en esta disposicion entramos en el estrecho circo en que dábamos nuestras funciones.

No tardé en observar que la tia Mayor que me llevaba de la mano, temblaba á veces cual si la ajitára una conmocion fuerte y reconcentrada. Aumentados asi mis temores, eché una rápida ojeada á nuestra Meguera, cuyo enorme pecho palpitó con tal fuerza dos ó tres veces, que comunicándose el movimiento á sus hombros, único punto de apoyo de Basquine, tuvo esta que inclinarse imperceptiblemente para restablecer y conservar el equilibrio.

De repente recordé las palabras del payaso: P*uedes matarla tosiendo....* y lo comprendí todo.

Para que fuese completo el ejercicio de la pirámide humana, debiamos Bamboche y yo ocupar el sitio de Basquine sobre los hombros de la tia Mayor, á cuyo tiempo se alzaria la muchacha sobre los nues-

tros, de pié tambien y con los brazos cruzados. Cualquier movimiento imprevisto de la vieja que á todos nos sostenia podia desbaratar la pirámide y ocasionar la caida de Basquine desde una elevacion de nueve ó diez pies: esta caída, acaso mortal, sería cuando nó, de las mas peligrosas para una niña de edad tan tierna. Ahora bien, la tia Mayor podia hacer impunemente el movimiento susodicho, fingiendo un violento ataque de tos que conmoviendo su obesa persona nos hiciese perder á todos un equilibrio, muy dificil de conservar de todos modos.

Ocurrióme á la mente este raciocinio con la velocidad del relámpago, y justamente cuando hizo alto la tia Mayor en mitad del circo y se apeó Basquine para dejarnos ocupar su sitio en los hombros del coloso femenino.

Erame imposible participar mis recelos á Bamboche; pues estábamos todavía separados por la enorme rotundidad de la tia Mayor. Debiera haberme negado á tomar parte en aquel ejercicio, haciendo así imposible la pirámide y evitando la desgracia que temia, empero tales eran mi turbacion y espanto que ni siquiera me ocurrió esta idea, y obedeciendo maquinalmente á la costumbre me encaramé al hombro derecho del Alcides hembra, en tanto que Bamboche lo hacia al izquierdo.

La tia Mayor recibió nuestro doble peso, inmóvi como una cariátide de piedra, con la espalda ligeramente arqueada y los brazos en jarras: apenas sintió que habiamos cojido el equilibrio, dijo en voz baja á Basquine:

—Ahora tú... pronto.

Pasaba todo esto con una rapidez sin igual; pues ejercicios tan cansados y peligrosos solo duraban instantes Luego que me puse de pié sobre la tia Mayor tuve que pensar en cojer el equilibrio antes de avisar á Bamboche, y en seguida le pasé el brazo izquierdo por debajo de la cintura, operacion qué él hizo tambien conmigo. Aproveché este momento que

apenas duraria un segundo, para decir rápidamente á mi amigo en voz baja:

—Cuidado! está alerta sobre Basquine.

—No hay miedo, me contestó Bamboche creyendo que le daba algun consejo vago de prudencia.

—No, no, repliqué vivamente; desconfia de la tia Mayor... ten cuidado.

No me escuchaba Bamboche, pues ya Basquine, despues de haberse servido de la túnica y hasta del pelo del Hércules-hembra para alcanzar la espalda de esta, ponia, dando un nuevo salto, su pie pequeño en la mano de mi compañero, apoyo que la venia holgado y que estaba á la altura de las caderas de aquel, Subió Basquine á los hombros de Bamboche, afirmó allí el pie derecho y colocó el izquierdo en los mios, cruzando los brazos y saludando al público con un movimiento lleno de jentileza

Al ver este sorprendente acto de destreza, de gracia y de intrepidez los espectadores prorumpieron en una salva de *bravos* frenéticos.

Sentí de repente, si asi puede decirse, por la lenta y progresiva elevacion de los hombros de la tia Mayor que se preparaba á toser con fuerza... en el mismo instante, Basquine, alentada por los aplausos, se puso en la actitud llamada *de Fama*, levantando el pié izquierdo que se apoyaba en Bamboche y echando atrás la pierna; la pobre niña no tenia otro punto de apoyo que la punta del pie derecho que descansaba en mi hombro.

Obedeciendo á un impulso instintivo que no me dió tiempo para reflexionar, me incliné hácia atrás alargando los brazos. Basquine hubo de torcerse hácia adelante y cayó delante de mí... mas tuve la increible fortuna de cogerla en brazos en nuestra comun caida, á la altura de los hombros de la tia Mayor, y de caer de pie, abrazado asi con ella.

Con este inesperado movimiento, Bamboche perdió tambien el equilibrio, mas ni para él ni para mí tenia aquel salto nada de peligroso, y le dió con toda limpieza

Los tres habiamos caido de pie. El público creyó que aquella era la conclusion natural del ejercicio y aplaudió estrepitosamente, mientras yo me llevaba en brazos á Basquine, aturdida, diciendo á Bamboche:

—Ven... ven...

Y desaparecimos tras de la cortina, dejando á la tia Mayor tan estupefacta y turbada con este incidente que frustraba su funesto plan, que permaneció algunos momentos petrificada y con la boca abierta en su actitud de cariátide, lo cual arrancó algunos chicheos y silbidos á la concurrencia.

Para aumentar su despecho, dije inmediatamente al maestro de esgrima de la academia de San Petersburgo, Caudebec etc., que agúardaba el momento de tirar con el Alcides-hembra:

—Se ha variado el órden de la funcion y ahora os toca salir. Pronto, que está aguardando la tia Mayor.

Deseaba yo tener un momento de libertad para decir á Bamboche y Basquine el peligro que habia esta corrido.

El maestro acudió á toda prisa, conforme yo esperaba, á presentarse en escena, y poniéndose respetuosamente en guardia delante de la tia Mayor, la manifestó con la mayor galantería que estaba á sus órdenes.

Siempre me acordaré de la figura del maestro: era un hombrecillo seco, delgado y entrecano, sumamente ágil y vestido coquetamente con su chaleco de tirar y unos pantalones blancos de punto con los cuales contrastaban maravillosamente sus bonitas sandalias de marroquí encarnado. El buen hombre no cabia en sí de orgullo al pensar que era discípulo del ilustre é inimitable Bertrand que habia sabido (son palabras que he oido decir á uno de mis amos) unir la gracia y nobleza de la academia clásica con lo mas brillante y fascinador de los caprichos de esgrima, ¡que, cosa rara !... daba al hierro un nuevo poder... el del raciocinio, el cálculo y el pensamiento, y que por fin combatia tanto con la cabeza como

con la espada... Debo confesar que el maestrillo no careció de gracia y firmeza al plantarse delante de la tia Mayor, pero estaba esta tan irritada por el modo como se habia sustraido Basquine á su venganza, que ansiosa de desahogar su cólera, tomó la careta, el guante, el peto y el florete, que con la mayor galantería la presentaba su antagonista; se cubrió rápidamente con los objetos defensivos, se puso en guardia y comenzó á atacar al infeliz maestro con la furia del huracan, repitiendo los golpes sin atender á su defensa y zapateándole tan ciegamente, que no contenta con romper en diez pedazos su estoque contra el pecho de su adversario, apeló furiosa á los puños para continuar el ataque, de manera que la escena, que comenzó con suertes de esgrima, acabó con otras de pujilato.

Gran trabajo costó arrancar, en medio de las carcajadas del público ,al maestrillo lleno de cardenales y contusiones de manos del terrible Alcides-hembra. La representacion continuó sin otro estorbo y término con la aparicion del hombre-pez.

Leónidas Tiburon representó airosamente su papel, comiéndose una anguila viva, un sollo de dos libras y una docena de gobios frescos, despues de hacer maravillas en su cuba, merced á sus magnificas aletas azules de resorte, que artísticamente pegadas á un peto de escamas de hojalata, y vistas de lejos á la humeante luz de los quinqués, producian la ilusion suficiente. Tenia tambien cubierta la cabeza con un ajustado gorro de tafetan engomado azul, á cuyos costados se mostraban ingeniosamente pegadas un par de orejas de hule lo cual le daba el aspecto mas singular del mundo.

Solo un incidente estuvo á punto de comprometer aquella perfecta ilusion, mas por fortuna el hombre-pez estaba prevenido, de resultas de otro lance análogo.

Acababa Leónidas Tiburon de tragarse en medio de generales aplausos el último gobio crudo, y demostraba su satisfaccion de haber comido tan bien,

ajitándose en su cuba donde movia las aletas, como un pájaro que retoza entre los árboles, cuando se levantó un espectador, tan indiscreto como enérgico, y dijo en voz alta:

—Doy medio franco por examinar de cerca las aletas del hombre-pescado.

Esta peligrosa manifestacion de incredulidad encontró eco por desgracia, y otros muchos espectadores se levantaron gritando:

—Nosotros tambien.., nosotros tambien... damos medio franco por acercarnos á la tina.

—Y por tocar las aletas, añadió un escéptico obstinado.

Recelando una invasion de curiosos demasiado indiscretos, La Lebrasse hizo una seña á los gendarmes que cuidaban del órden, y alentado con su apoyo dijo al público:

—Comienzo poniendo al hombre-pescado bajo la proteccion de la fuerza armada y de la ley, pues ni directa ni indirectamente se dice en los carteles que se permitirá á nadie acercarse á él, y mucho menos tocar sus aletas.

Y como esta protesta fuese recibida con risas irónicas, La Lebrasse añadió majestuosamente:

—No obstante, para probar al respetable público que mi fenómeno no tiene por que temer el mas escrupuloso exámen, el mas minucioso reconocimiento, acepto la proposicion de los señores de la concurrencia, pero con una condicion.

—Hola!.. condiciones tenemos... esclamaron los escépticos.

—Sí, señores, pongo una condicion, repuso La Lebrasse; pero una condicion muy sencilla, y es que no se acerquen á examinar al hombre pescado mas que cuatro personas, á eleccion del respetable público.

—Y por qué no han de ser mas de cuatro? gritaron algunos.

La Lebrasse bajó modestamente los ojos y replicó:

—Señores, en su calidad de hombre-pez, mi fenó-

meno existe naturalmente en el agua sin el menor asomo de vestido; pero esta costumbre no le impide tener un pudor... estraordinario. Pudor loable, y que por otra parte le honra en estremo... pero tan fácil de escitar, que no respondo de que la sola presencia, de los cuatro espectadores que vengan, por decirlo asi, á registrarle en su tina, no le ofenda muy sensiblemente.

Un triste gemido del hombre-pez vino al parecer á confirmar las palabras de La Lebrasse, quien prosiguió volviéndose hácia Leónidas Tiburon en tono grave y persuasivo cual si tratara de prepararle á algun doloroso sacrificio:

—No hay remedio, hijo mio, por muy sensible que sea, hay que someterse á la investigacion del público: de cristal quisiera yo que fuese esa cuba, para evitar toda sospecha acerca de tu probidad fenoménica... Resígnate, pues, amigo, y sacrifíquese tu pudor esta vez mas.

Oyéronse nuevos y dolorosos jemidos de Leónidas, quien zambulléndose en la cuba casi por la coronilla, desapareció completamente.

—No hay cuidado, señores, dijo La Lebrasse, en tono de suficiencia, al público que comenzaba á inquietarse.—Ahora volverá á la superficie para respirar aire puro, como el cachalote y demás ballenas.

Volvióse luego hácia los gendarmes y añadió:

—Gendarmes, que se acerquen cuatro personas.... Pero prevengo que retiraré el permiso si se obstinan en pagar el medio franco, por el derecho que tengo el honor de ofrecerles gratúitamente.

Imposible era mostrar mas generosidad que La Lebrasse.

Apareció en esto el hombre-pescado en la superficie del agua, y los cuatro escojidos iban ya á sondear con ojos indiscretos las misteriosas profundidades de la cuba, cuando les atajó La Lebrasse el paso diciéndoles con ademan solemne:

—Téngase presente, señores, que he manifestado de antemano el escesivo pudor del hombre-pez.

—Y á nosotros qué nos importa ? preguntó uno de los curiosos.

—No puede decir mas, respondió La Lebrasse en tono sentencioso. Ahora, señores, que están avisados... satisfagan su curiosidad... ya que se empeñan.

—"Cuando se acercaron aquellos cuatro imbéciles „á la cuba, me decia el hombre pescado, refiriéndome „luego esta escena, dí á entender con mis movimien„tos que se alarmaba mi pudor, meneándome lo mis„mo que una náyade perseguida por un rio : llegaron „los curiosos, y aprovechando el momento en que apo„yados en el borde de la cuba, abrian desmesurada„mente los ojos para verme mejor... hice una pequeña „cabriola y... paff... el agua limpia hasta entonces, se „puso de pronto negra como la tinta y despidió un „olor sulfuroso, tan horriblemente infecto, que sofo„cados los pobretes tuvieron que echarse atras tapán„dose las narices, y retrocedieron mas que á paso mi„rándose unos á otros, ínterin decia La Lebrasse:

—"El pudor, señores, el pudor! bien lo decia yo, „ahí están los efectos del pudor ofendido, pues á la „manera del *Sepià* que para huir del tiburon tiene la „cualidad de despedir un líquido negro que enturbia „el agua y frustra la persecucion de su enemigo, no „de otro modo el hombre-pescado, cuando quiere sus„traerse á miradas que hieren vivamente su pudor, tie„ne la cualidad de rodearse de una nube que...

"No necesitó la Lebrasse estenderse mas sobre la „utilidad de mi nube, pues el olor de veinte baños de „Barege hubiera sido de rosa y jazmin comparado con „los que mi cuba exhalaba: á mí mismo me estaba sofo„cando; mas al cabo tenia la satisfaccion de ver á toda la „falange de espectadores correr precipitamente hácia „la puerta sin querer ver mas, y castigada del mal pen„samiento de examinar mis aletas por medio de sus „imbéciles *emisarios*. Supérfluo seria el deciros, que„rido Martin, que cuando llegaba el desesperado caso „de rodearme con mi nube para huir de una peligrosa „curiosidad, agujereaba con un clavo una gran vejiga „que siempre llevaba en el fondo de la cuba, llena pré-

„viamente de hollin desleido y de una fuerte dósis de „las preparaciones mas infectas y sutiles que hacerse „pueden con el hidrógeno sulfurado y los demás ga- „ses pestíferos... La utilísima invencion de esta vejiga, „preñada de ponzoñosas nubes, era efecto del apuro en „que me encontré una vez con otro curioso de la mis- „ma ralea, y para zafarme de él no tuve mas remedio „que dar patadas y puñetazos en el agua con tal fuer- „za, que en cuanto se aproximaba un poco le cegaba „y remojaba de lo lindo. Asi pude salvarme en aque- „lla ocasion; pero la vejiga es mucho mejor, prescin- „diendo de que despeja en un tris el teatro, y que des- „pues de la representacion no queda nadie rezagado á „mirarme por las rendijas de la tapa.„ . . . . .

. . . .

A las nueve de la noche nos pusimos á cenar des- pues de apagar los últimos quinqués del estableci- miento. Bamboche, que sin duda de propósito delibe- rado evitaba el estar junto á mí, me dijo rápidamente por lo bajo:

—Todo va perfectamente... esta noche nos lar- gamos.



CAPITULO XXII.

La evasion.

Como el terreno que para dar nuestras funciones se nos habia concedido, distaba bastante de las últimas casas de Senlis, vivíamos en el carreton nómada; nos pusimos á cenar, y aunque el producto de la representacion habia sido grande, reinó en toda la cena una tristeza desusada. La noche estaba magnífica. Durante nuestra colacion, que tomábamos en el teatro, la tia Mayor, irritada sin duda por haber perdido aquella ocasion de matar tal vez á Basquine dejándola caer desde lo alto de la pirámide humana, guardaba silencio lanzando de vez en cuando miradas siniestras al payaso, quien menudeaba los tragos mas de lo regular. Sin embargo, no sé por qué razon habia perdido aquella noche su habitual y repugnante verbosidad.

El hombre-pez, tan tímido y humilde como siempre, comia, se hacia el pequeño por no incomodar á nadie, y procuraba no llamar la atencion para sustraerse á la brutalidad con que Poireau acostumbraba á tratarle.

La Lebrasse, perseguido al parecer por una idea fija, bebia tambien sin tasa, aunque por lo general era bastante sóbrio, como si quisiera atolondrarse: repetidas veces le sorprendí mirando á Basquine con una espresion tan ardiente, que me hizo temblar y turbarme. Nuestra compañera, entretanto, siguiendo probablemente las instrucciones secretas de Bamboche, esforzábase en aparentar travesura y alegría, mas á las esplosiones de júbilo sucedian frecuentes intervalos de silencio, por los que conocí que su aparente buen humor encubría una zozobra tan grande como la que yo mismo esperimentaba al pensar que aquella noche debíamos separarnos para siempre de la compañía.

Bamboche, por el contrario, estaba estremadamente uraño; habló poco durante la cena, bostezó, se esperezó, afirmó que se sentía muy cansado, y aprovechando un instante en que creyó que nadie le miraba, se levantó de la mesa echándome una ojeada significativa; mas al pasar por detrás de la silla de La Lebrasse, este que al parecer no habia reparado hasta entonces en él, le cortó rápidamente el paso, diciendo:

—A dónde vas?

—A acostarme... estoy rendido.

—No se permite acostarse unos sin otros... repuso La Lebrasse en tono de zumba... quédate...

—Corriente, replicó Bamboche, me tenderé en el suelo, y aqui dormiré : que me avisen cuando concluya la cena...

Y se tumbó efectivamente junto á una cortina que separaba aquella pieza de un compartimento que servia de cuadra al asno negro de La Lebrasse.

—Hola, Lucifer... cuidado con darme coces desde ahí, dijo Bamboche fingiendo que sucumbia al sueño y acomodándose para dormir.

Basquine me echó á hurtadillas una mirada angustiosa. Habianos dicho Bamboche, que so pretesto de ir á acostarse se levantaria de la mesa á la mitad de la cena, para concluir de hacer algunos preparativos indispensables á nuestra fuga, previniéndonos

que no pasásemos cuidado por su ausencia Al ver que La Lebrasse se lo estorbaba mandándole quedarse, dímoslo todo por perdido, y aun yo llegué á imaginar que el amo habia sorprendido ó adivinado nuestros proyectos, y que trataba de armarnos algun lazo peligroso.

Aumentáronse mis recelos cuando ví que poco despues sacaba La Lebrasse un libro de memorias, y escribiendo con lapiz algunas palabras en una hoja, arrancaba esta y se la alargaba á la tia Mayor por encima de la cabeza del hombre-pescado.

La tia Mayor cogió el papel sin leerle, y miró á La Lebrasse con sorpresa.

—Hay cosas que no pueden oir los niños, le dijo mi amo echando á Basquine una singular mirada.

Leyó la vieja y pintándose en su cara una espresion de infernal alegría, esclamó:

—Corriente...

Dió en seguida el papel al payaso y le preguntó, como recelosa y enojada:

—Y á tí, te acomoda?

—Pues no!... respondió Poireau, despues de leer, y acompañando estas palabras con una ignoble risa... Aunque otro vaya delante... algo quedará.

—Sí, interrumpió la tia Mayor, irritada... si no estuviera yo aquí.

—Conque acomoda? preguntó La Lebrasse sin hacer caso de la esclamacion de la vieja.

—Acomoda, contestó esta.

—Acomoda, dijo el payaso devolviendo el papel á La Lebrasse, y se puso á talarear con ronca voz la cancion popular... *Pronto si... pronto si... pronto el niño ha de dormir*.

Y soltó la carcajada ínterin La Lebrasse quemaba el papel á la luz de un quinqué.

Basquine y yo nos miramos: conocí que ella temia tambien las misteriosas palabras que acabábamos de oir cual si encubriesen algun nuevo peligro y tuviesen relacion con nuestros proyectos de fuga.

Maquinalmente volví los ojos hácia el sitio donde-

estaba Bamboche... habia desaparecido, saliendo á gatas sin duda, y levantando la cortina que nos separaba de la cuadra de Lucifer. Mas, lo habia hecho antes ó despues de la lectura del papel que diera La Lebrasse á sus compañeros? Ignorábalo yo, y esto aumentó mi zozobra.

En esto se echó La Lebrasse un gran vaso de vino hizo seña al payaso y á la tia Mayor de que le imitasen, y luego que lo hicieron dijo con un acento singular que me pareció de fatal agüero:

—A la salud de la individua!

Fué recibido este brindis con carcajadas por los otros dos saltimbanquis, carcajadas que tenian un no se qué de falso y siniestro: en seguida bebieron ambos y La Lebrasse.

Levantóse despues la tia Mayor y dijo con su enorme vozarron:

—Vamos, Bamboche, Basquine, Martin... vamos á la cama, maldecidos.

—Estás sordo?... gritó La Lebrasse mirando hácia donde se habia tendido Bamboche algunos momentos antes.

—Calle!... pues se ha marchado... continuó con sorpresa.. No está aquí...

—¡Lindo!... esclamó la tia Mayor, cual si la ocurriese alguna súbita idea: si se ha metido en el coche le echaremos... para que aprenda y dormirá al raso.

—Eso, eso, dijeron el payaso y La Lebrasse trocando una mirada de intelijencia con la tia Mayor..... perfectamente, que duerma al raso el gran pícaro.

—Y no le daremos vino con azúcar como á Basquine y Martin, antes de acostarse, añadió la tia Mayor.

—He rejistrado las tres divisiones del carro, dijo á esta sazon el payaso, apareciendo despues de una corta ausencia, y no he hallado á Bamboche.

Al pronunciar estas palabras me pareció que entregaba un paquetito á la tia Mayor.

—Quiere divertirse eh? esclamó La Lebrasse, pues

que lo haga en grande y le dure la diversion toda la noche.

Esperaba yo que á lo mejor apareciese mi compañero, mas no fué asi. Creer que nos abandonara y huyese solo era imposible... Por otra parte él nos habia dicho que aquella misma noche debiamos escapar, mas ignorábamos los medios de hacerlo y aguardábamos para saberlo al momento crítico de emprender la fuga.

Cuando dijo la tia Mayor: vamos á la cama, nos habiamos todos levantado de la mesa.

Despues de conversar algunos momentos en voz baja con la vieja, á la puerta del teatro, La Lebrasse llamó á Poireau y le habló tambien al oido.

Me fué imposible ver sus movimientos, porque los tres estaban casi á oscuras; pero se me figuró oir el choque de dos botellas.

Iba y venia entretanto el hombre-pescado, que hasta entonces se habia mostrado completamente indiferente á cuanto pasaba, recogiendo segun su costumbre los cubiertos de hierro y los vasos y platos de estaño.

Basquine se acercó á mí y me dijo por lo bajo con voz agitada:

—No vuelve Bamboche... dónde estará? qué hacemos nosotros?

—Maldito si lo sé, le contesté consternado.

—No bebais esta noche vino con azúcar... y estad alerta, nos dijo rápidamente y muy quedo el hombre-pez, al pasar junto á nosotros cargado con una pila de platos.

—Vamos, canalla... á la perrera, esclamó la tia Mayor volviéndose hácia nosotros. Si no viene ese tunante de Bamboche, peor para él, que duerma con Lucifer si quiere.

Pocos minutos despues estaban apagados los quinqués y guardados en un gran cajon con la vajilla: no quedaba fuera del carro mas que la tienda que servia de teatro, algunas sillas, los tablados y Lucifer, que daba de vez en cuando algun rebuzno. Asi las cosas, entra-

mos en el carro, donde, segun costumbre, debiamos pasar la noche.

Aquel enorme vehículo, verdadera casa ambulante, construida con suma solidez, no tenia mas que una puerta á la parte trasera y recibia luz y aire por algunos ventanillos provistos de sus correspondientes rejillas. La Lebrasse atrancó la puerta por dentro sólidamente y nos dijo á Basquine y á mí, llevándonos á la division del centro que servia para guardar la ropa:

—Hijos, como hoy habeis trabajado tanto y necesitareis pasar buena noche, he dispuesto que en lugar de acostaros en el cuarto con nosotros, durmais solos, pero separados, para no estar incómodos. Tú, Martinillo, irás al almacen de delante, y tú Basquine quédate aqui en el guarda-ropa. Además de esto, y en premio de haberos portado bien, os daré á cada uno antes de meteros en la cama un soberbio vaso de vino con azúcar... y canela; así dormireis como unos príncipes, y tendreis ágiles las piernas y caderas para la representacion de mañana. Mira los golosos y cómo se lamen ya los lábios... y volviéndose hácia el cuarto de dormir gritó: Vamos, tia Mayor, está ese vino?

—Allá voy, estoy acabando de desleir la azúcar.

—Ea, anda á tu alcoba, Martinito, que ahora te llevaré tu racion, me dijo La Lebrasse, abriendo la puerta de la division delantera: en el suelo hay un colchon... te tiendes, y roncas á pierna suelta.

Quedé consternado, pues conocí que me era imposible eludir esta órden ó negarme á ejecutarla, y obedecí maquinalmente, disponiéndome á entrar en mi departamento, y echando una mirada de desesperacion á Basquine. De pronto abrió la tia Mayor la puerta y dijo vivamente á La Lebrasse:

—Ven acá y escucha... A Poireau le ha ocurrido una buena idea.

La Lebrasse nos dejó solos y cerró por fuera.

—Ni debemos beber ese vino, ni tú separarte de mi en toda la noche, me dijo Basquine.

Y se arrojó pálida y trémula en mis brazos, añadiendo: tengo mucho miedo.

Sin contestarla corrí á echar el cerrojo de la puerta por donde acababa La Lebrasse de marcharse.

Aun no le habia soltado, cuando oí al ama gritar, despues de su corta ausencia, con acento de cólera y sorpresa.

—Qué es eso?... Os encerrais?

Aterrados, palpitantes, no le respondimos.

—Ea, ea, dijo La Lebrasse con voz melosa, abrid, picaruelos. Vaya que hoy estan todos de broma! Bamboche se esconde, vosotros os encerrais. Es muy chistoso, muy divertido, cierto: pero no debe durar mucho. Conque abrid que os traigo el vino.

—No abras, murmuró Basquine, cada vez mas asustada, porque la pobre niña comprendia perfectamente lo que mi ingenuidad no me permitia alcanzar. Echarán la puerta abajo... si quieren... me matarán, pero por fortuna Bamboche ya está en salvo, añadió con exaltacion.

—Martin... Basquine... acabais de abrir? gritó La Lebrasse empujando la puerta.

En esto se oyeron algunos golpes que desde afuera daban con fuerza en la puerta del carreton; la tia Mayor dijo á La Lebrasse.

—Escucha... están llamando.

—Será ese bribon de Bamboche que querrá entrar, dijo el payaso: no hay que abrirle.

---Bamboche está ahí... nos hemos salvado, esclamó Basquine gozosa, apretándome las manos.

—Abrid con mil demonios, gritó La Lebrasse enfurecido, si no quereis que echemos la puerta abajo.

—Ya que está ahí Bamboche, dije en voz baja á Basquine algo mas animado, procuremos ganar tiempo.

Hízome Basquine una seña recomendándome silencio, y dijo con voz firme, para disimular su ajitacion.

---Quién anda ahí?

---Quién ha de ser? Yo, La Lebrasse.

---Luego abriré.

---Y por qué no ahora mismo?.

---Toma! porque...

---Por qué?... acaba.

---Porque quiero que me *hagais antesala*, respondió Basquine en tono de chanza.

—Seguro estaba de que era una broma,—respondió La Lebrasse respirando mas libremente; pero te advierto, niña, que ya se va haciendo pesada: conque, abre.

—Y nos dareis vino con azúcar? preguntó Basquine.

—Pues no estás oyendo que traigo dos vasos enormes para tí y Martin, maldita?

Durante este diálogo habíame yo encaramado hasta el ventanillo del guarda-ropa, para ver ú oir si podia á Bamboche.—No poco sorprendido, percibí un fuerte olor á azufre, y ví un resplandor débil al principio, y que tomando cuerpo en seguida cubrió con rojizos reflejos el lienzo blanco de nuestra tienda, iluminándole casi todo en mitad de la noche. Dí un salto y me tiré de la silla á que me habia subido, mas no pude contener un grito de espanto y sorpresa. Al bajarme, en vez de tocar el suelo con el pié derecho, le introduje por una especie de trampa abierta de improviso á mis plantas.

Iba á retirar vivamente el pié, cuando al bajarme oí salir de aquel agujero, tan inopinadamente practicado, la voz de Bamboche que nos llamaba por lo bajo.

—Basquine... Martin.

Levantóse en esto un pedazo del pavimento que tendría diez y ocho pulgadas en cuadro y estaba aserrado con anticipacion, aunque hasta entonces se habia conservado en su sitio, y por aquel hueco, aunque estrecho, practicable para muchachos de nuetra edad, vimos aparecer la cabeza de Bamboche.

—Pronto... por aquí cabeis... venid—nos dijo, y se quitó al momento para dejarnos pasar.

--Ve delante, dije á Basquine

Dió esta un brinco y se deslizó por el hueco: yo la imité sin pérdida de momento, en tanto que La Lebrasse empujaba con violencia la puerta, sospechando ya sin duda nuestra evasion, y que la tia Mayor gritaba con voz atronadora y espantada:

—Fuego!... fuego!

Era tan bajo el carreton, que aun tenia yo el pecho al nivel de su fondo cuando puse los pies en el suelo: acabé de salir, marchando encorvado por entre una porcion de haces de paja destinados en un principio á servir de cama á Lucifer, y cuando llegué á afuera me deslumbró un gran resplandor que brillaba á mi izquierda, iluminando una vasta porcion de terreno: frente á mí vi á Bamboche con una gruesa tea de paja en la mano.

Cojerme el brazo con la que tenia libre, arrancarme de allí violentamente, y arrojar su incendiario proyectil en medio de los haces amontonados debajo del carro de que acabábamos de salir, fué obra de un segundo para mi amigo.

A favor de la corriente de aire establecida por el agujero que nos habia dado paso, el fuego se propagó con espantosa rapidez, rodeando todo el carro, junto á cuya única puerta habia Bamboche puesto tambien una razonable cantidad de paja.

—Fuego!... esclamé luego que pude hablar, pues todo esto habia ocurrido con la rapidez del rayo.

—Fuego...sí... me dijo Bamboche con cara pálida y contraida por una espresion de júbilo feroz.... fuego, sí... van á asarse en ese horno como lo merecen demonios cual ellos, porque he clavado la puerta por fuera.

—Oh! cómo gritan.... ¿no ois? dijo Basquine tan espantada como yo de los ahullidos que salian del coche, que se iba quemando por el fondo.

—Pronto callarán, respondió Bamboche impasible y añadió precipitadamente:

—Ahora, á caballo en Lucifer.... y dentro de un par de horas estamos en el bosque.... sé el camino.

—Los tres... en Lucifer?... esclamé—es imposible... sube tú, Basquine... yo haré por...

—Sube, gritó Bamboche con voz terrible y haciéndome dar media vuelta me tiró, por decirlo asi, sobre los lomos de Lucifer, que ya tenia puestos cabezal y albarda y que espantado con las llamas, meneaba las orejas, coceaba y procuraba romper el ronzal con que estaba atado á una estaca.

—Eres mas lijero que yo, prosiguió Bamboche,—quédate ahi y sienta á Basquine delante: tu la irás sujetando, yo montaré á las ancas, y...

Basquine, que era tan lijera como un pájaro, se colocó de un brinco delante de mí. Entretanto se oian los gritos, cada vez mas horribles, de las víctimas encerradas en el coche. Bamboche cortó con una navaja la cuerda que sujetaba á Lucifer... El espantado animal dió un bote y se disparó como una flecha, al mismo tiempo que saltaba Bamboche á las ancas.

—Déjale á él, me dijo mi amigo... lleva camino opuesto al fuego; bien va.

Era insignificante nuestro peso para un asno tan fuerte y vigoroso mas aunque hubiese sido tres veces mayor, habria Lucifer corrido con la misma velocidad, gracias al espanto que le infundia el incendio.

Apretando bien las rodillas á las ancas, en las que descargaba vigorosos talonazos, Bamboche volvió la cara para lanzar el último grito de odio, de venganza y de maldicion al carro inflamado que ya estaba bastante lejos. Tendiendo los puños en aquella direccion dijo:

—Mucho he aguardado, bribones... pero ya llegó la mia.

Asi continuamos caminando al través de la oscuridad, interrumpida tan solo por las chispas que arrancaba á los pedernales la furiosa carrera de nuestra cabalgadura, carrera desenfrenada que Bamboche precipitaba mas y mas, clavando la punta de la navaja en los hijares de Lucifer.

CAPITULO XXIII.

El oasis.

Caminamos casi toda la noche al galope, dejando atrás el carro quemado; pero poco antes de amanecer, Lucifer cayó rebentado al suelo, siendo inútiles todos los esfuerzos que para levantarle hicimos. Esto nos obligó á esperar el dia en mitad del bosque, por donde andábamos hacia algunas horas. Estábamos entregados á una alegría loca: la impresion de miedo y lástima que nos habia inspirado á Basquine y á mí la terrible venganza de Bamboche se desvaneció en breve, ante el recuerdo de la crueldad de que fuéramos víctimas bajo el dominio de La Lebrasse, de suerte que aquellas espantosas represalias, de que por otra parte no eramos cómplices, nos parecieron suficientemente motivadas.

En medio de la embriaguez de nuestro júbilo, haciamos proyectos á cual mas disparatados, seguros de que en adelante gozariamos de las delicias de una vida libre, holgazana y rica, porque éramos en efecto ricos, enormemente ricos. Asi lo afirmaba Bambo-

che, y nosotros nos absteniamos de contradecirle: nos prometió, empero, enseñarnos, en cuanto amaneciese, nuestro tesoro.

Aunque nuestra inesperada opulencia nos sorprendia y llenaba de gozo, fuerza es confesar que á Basquine y á mí nos era todavía mas grato el pensar en la fortuna que teniamos de ser dueños absolutos de nuestra voluntad, y en los dias que íbamos á pasar juntos divirtiéndonos á destajo.

Bamboche, mas positivo y fijo en sus deseos, no cesaba de ponderar el hermoso vestido que iba á comprar á Basquine, y los festines sin cuento que debiamos celebrar. Hablaba tambien mucho de un magnifico reloj de oro que pensaba regalarme. En vano queria yo renunciar este don: obstinábase tenazmente en que le aceptase.

Tan rara alhaja debia ir acompañada de una cadena adornada con sellos de oro americano: en la tapa habian de leerse estas palabras: *Bamboche y Basquine á su amigo Martin.* A esta última circunstancia no pude resistir; acepté el reloj, y ya solo faltaba comprarle. Tambien se deleitaba Bamboche en la descripcion de su traje, y por consiguiente del mio, pues debiamos ir iguales como hermanos: mi amigo se proponia vestirnos con frac azul, chaleco escarlata, pantalon azul amarillo claro y botas con borlas. Dió margen á una larga discusion el determinar si estas borlas habian de ser negras ó de oro; Basquine decidió por fin, demostrando un gusto harto precoz, que fuesen simplemente negras. Este traje debia alternar con una magnífica levita á la polaca, con sus alamares negros y su cuello de pieles, traje un tanto militar, cuyo carácter bélico completarian unos pantalones cenicientos, adornados con anchas franjas de grana en las costuras. Los vestidos de Basquine se componian esclusivamente de plumas, raso, terciopelo y pedrerías. Por supuesto que debiamos arrastrar coche.

La mañana nos sorprendió en medio de estos ensueños; ya he dicho que Bamboche habia prometido

probarnos en cuanto amaneciera que éramos colosalmente ricos.

Estábamos sentados en medio de la selva y al pie de un arbol jigantesco: á pocos pasos teniamos el cuerpo inanimado de Lucifer. Bamboche se acercó á él y sacó de la albarda, donde estaban sólidamente asegurados, dos repletos bolsones de cuero que no habia yo visto en la precipitacion de nuestra fuga. Trájolos en la mano con aire solemne, y nosotros esperamos impacientes á que nos enseñase el contenido.

Quitó Bamboche la especie de tapa con que estaba cubierto uno de ellos, y sacó, con no poca sorpresa y abatimiento nuestro, un par de pistolas de las que vulgarmente se llaman de medio arzon; y un bote de pólvora.

—Y es eso todo? preguntó Basquine estupefacta: en eso consiste nuestra riqueza?

—Con esto debíamos defenderla, defendernos, si escapaba de la hoguera ese pícaro de La Lebrasse y nos perseguia.

—Ah! bien, repuso Basquine, pero veamos ahora las riquezas... pronto.

—Aqui las teneis, dijo Bamboche triunfalmente, sacando del bolsillo un saquillo de pellejo del tamaño de un ridículo de mujer, y cerrado con una boquilla de plata, negra ya en fuerza de su vejez.

—Toma eso á peso, Basquine, dijo Bamboche, y tú tambien, Martin.

Basquine y yo cogimos el saco, que era en verdad muy pesado.

—Y está todo lleno de plata? preguntó Basquine.

—De plata, eh? dijo Bamboche, encogiendo los hombros con desden... de plata? buena cosa!

Esto diciendo, sacó una llavecita, y dándomela, pues yo tenia á la sazon el bolso en las manos, me dijo:

—Abre... hermano.

Introduje la llave en un agujero de la boquilla, y se abrió el resorte.

—Saca un cartucho, añadió Bamboche.

Hícelo así, tomando á la casualidad dos ó tres cartuchos: tendrian tres pulgadas de largo, y estaban curiosamente envueltos en un papel, pegado con lacre en una estremidad, y doblado en la otra.

—Mira ese paquete, dijo Bamboche.

Desdoblé el papel, que tapaba la primera moneda, y esclamé:

—Oro!

—Oro! repitió Basquine: es oro todo eso?

—A otro cartucho, dijo Bamboche con una satisfaccion cada vez mayor.

Dí á basquine el que antes habia cojido y tomé otro.

—Oro tambien! la dije.

—Todo es oro, esclamó Bamboche gozoso, todo.... Es cosa de nunca acabar. Esos paquetes estan llenos. No he tenido tiempo para contarlos, pero lo menos hay quince ó veinte mil francos.

—Quince ó veinte mil francos! repetí estupefacto.

De improviso soltó Basquine una carcajada tan estrepitosa mirando al paquete que en la mano tenia, que Bamboche y yó esclamamos á un tiempo:

—¿Por qué te ries?

—¡Qué chasco tan bueno! respondió Basquine riendo cada vez mas. ¿Sabes en qué se ha convertido tu oro, Bamboche? En plomo puro.... Mira, mira....

Y abriendo la mano nos enseñó un puñado de ruedecillas de plomo del tamaño de una peseta. Entre ellas brillaba el luis de oro que se habia ofrecido á mi vista al abrir el cartucho.

Bamboche se puso amarillo como la cera, quedándose un momento como petrificado. Cogiendo luego el saco por el fondo le vació sobre la yerba. Cayeron hasta unos quince paquetes que mi amigo partió sucesivamente por la mitad, hincándose de rodillas.

¡Ay! ninguno de ellos contenia mas que ruedecillas de plomo, como el primero: y solo habia dos ó

tres en que aquella moneda falsa estuviera cubierta con una pieza de oro.

Luego que se cercioró Bamboche de que nuestra colosal fortuna no pasaba de tres ó cuatro luises, esclamó furioso:

—¡Ah infame La Lebrasse!

—Por qué? le pregunté.

—Porque sí, respondió pateando con rabia: yo sabia que él tenia escondido mucho dinero; le seguí la pista por espacio de seis meses... porque no queria separarme de ese bribon sin llevarme algo para pasar buena vida... Anteayer por fin descubrí el escondite... preparo lo necesario para asar á La Lebrasse... llevándome su tesoro... y ese tesoro consiste en pedazos de plomo... esceptuando á lo mas cien francos... habráse visto canalla!

En vano procuramos adivinar, pasados los primeros momentos de estupor, con qué objeto habia dispuesto La Lebrasse aquel cambio. Mas esperimentado ahora, estoy seguro de que nuestro amo contaria entre sus oficios menudos el de cómplice, siempre que se ofreciera, de esa clase de robos tan vulgar despues; pero que á la sazon florecia impune y feliz: hablo del robo á la *americana*. Sin duda tendria preparado con anticipacion aquel saco para engañar á algun tonto, si se presentaba ocasion.

Algunos minutos permanecimos consternados, viendo desvanecerse de tan lastimosa manera nuestros proyectos. Basquine fué la que primero interrumpió el silencio, esclamando jovialmente:

—Pss! qué mas nos dá? Estamos libres como pajaritos... hace un tiempo magnífico, estos bosques son muy lindos, y con los cinco luises de oro no nos moriremos de hambre. Lo que importa es pasear y divertirse... Iremos á beber leche á un pueblo... y tú Bamboche, no seas uraño, añadió arrojándose en brazos de nuestro compañero.

Pero este la rechazó duramente diciendo:

—Estate quieta... no tengo gana de bromas.

El rostro de Basquine se revistió de una espresion

de tristeza: la muchacha miró á Bamboche tímidamente, y le dijo con humildad :

—No te enfades...

—Despues de haber creido que érais tan ricos!... repuso él con amargura y cólera.

—Mira, Bamboche, le dije : sí el sentir la pérdida de tus tesoros es por tí... corriente, enfádate cuanto quieras... pero si es por mí, no... porque yo me contento con vernos libres... y juntos los tres...

—Tiene razon Martin, añadió Basquine tímidamente; estamos juntos, conque el dinero es lo de menos... no, seré yo quien le llore... Ademas, prosiguió vacilando... siquiera... asi... no nos dirán que hemos robado... y siempre es mejor... no haber robado, verdad, Bamboche

—Sí por cierto, repuse yo. Los luises de oro que estan con el plomo, los tenemos ganados... porque desde que trabajamos con él, no nos ha dado La Lebrasse un cuarto... y eso que ha tenido entradas famosas.

—Y á mí, qué me importa robar? respondió duramente Bamboche: como decia el tullido, si no me lo dan, lo cojo donde puedo... asi hacen los lobos... nadie les da, y ellos se lo buscan... Ademas, que robar á un ladron no es robar... y La Lebrasse lo era.

—En fin, ya que ha querido la suerte que solo hayamos cogido lo que nos debian, tiene razon Basquine, es mejor... dije yo á Bamboche... A ella y á mí, nos importa muy poco el no ser tan ricos... Tanto apego tenias tú á ese dinero, Bamboche?

—Pues no le habia de tener, voto á brios!... por vosotros, y por mí.

—Pero si á nosotros nos da lo mismo.

—A mí, no... ya lo sabes, respondió Bamboche con aspereza.

—De modo que Basquine y yo... no valemos nada para tí... no piensas mas que en tu dinero perdido... repliqué yo... eso tampoco es justo...

Sin duda hizo mella en Bamboche esta reconvencion, pues sacudiendo un gran puntapié al bolsillo

vacío y á los otros dos sacos, repuso en tono casi jovial.

—Largo de aqui... teneis razon... Nada adelantaria con estarme repudriendo la sangre una hora... nos han robado?... pues ya no tiene remedio... Dame un abrazo, Basquine, y tú otro, Martin: recojamos esas *amarillas* y viva la Pepa! viva la vida jitanesca.

Dímonos un abrazo semi-serio, semi-jocoso, y muy parecido al que, á orillas del gran lago, unió á los tres libertadores de la Suiza, y repetimos:

—Viva la Pepa! viva la vida jitanesca!

En seguida registramos escrupulosamente las ruedecillas de plomo, entre las que encontramos por junto cuatro luises de oro, que Bamboche se metió en el bolsillo diciendo:

—Algo es algo. Como sean buenos!

Y abandonando al asno muerto, echamos á andar á la aventura por la selva de Chantilly, la mas admirable del mundo. Hacia una hermosa y apacible mañana de otoño.

Despues de dos ó tres horas de marcha interrumpida por algunos altos al pié de las enormes moreras silvestres que nos ofrecian su abultado fruto, de color negro retinto, y de dulce sabor, nos condujo la casualidad á la orilla de un riachuelo, cubierto de plantas acuáticas, sobre las cuales zumbaban, relucian y revoloteaban insectos de todos colores, entre los cuales habia magníficas *señoritas* de alas de gasa, cuerpo de esmeralda y ojos de rubíes

Pasamos el tiempo entretenidos en perseguir aquellos brillantes insectos con la irreflexiva alegría de nuestra edad. Con no poca sorpresa ví á Bamboche desplegar tanto ardor como Basquine y yo en esta caza: no le hubiera creido capaz de complacerse tanto en una diversion de aquella clase. Creció mi asombro observando que sus facciones, tan contraidas por lo regular, tan duras, y que solian llevar el sello de una virilidad tan prematura, se dilataban poco á poco perdiendo la espresion sarcástica y perversa que tan agena era de su edad, y dejaban adivinar su gozo in-

fantil cuando el éxito premiaba sus esfuerzos. Parecia que su perversidad anticipada y poco natural se desvanecia al contacto del aire de la soledad y de la lilibertad.

—Mira qué rareza! me dijo parándose y dejando á Basquine que cortetease á algunos pasos de nosotros... esta selva... este hermoso sol... este gran silencio me recuerdan mis dias buenos... aquellos en que era yo tamañito, é iba á cortar leña á lo interior de los bosques con mi pobre padre.

Al decir esto estaba Bamboche visiblemente enternecido; mas de pronto vió una soberbia mariposa encima de una caña, y gritando:

«Esta pará mí...» se precipitó en su seguimiento.

Por lo que hace á Basquine, la espresion de su bellísimo rostro, cambiada tambien casi completamente, me recordó su cándida fisonomía en los tiempos en que, conservando aun la inocencia y pureza de los ángeles, me contaba, durante su enfermedad, la fé que tenia en la Santísima Vírgen, madre del Dios piadoso.

Correteando así recorrimos la orilla del riachuelo hasta un punto en que se dividia en dos, formando una isla què tendria á lo mas media fanega de tierra: era muy alta y estaba cubierta de árboles inmensos y de peñascos cenicientos, cuyo pié bañaban las límpidas aguas.

El aspecto de aquel sitio pintoresco é inculto nos llenó de admiracion y de una impaciente curiosidad.

—Qué hermosa isleta! esclamó Basquine juntando las manos. Qué bonita debe ser por dentro!

—Vamos á verla, dijo Bamboche resueltamente.

—Y pasaremos allí el dia. Debe de haber moras silvestres como en el bosque... con ellas comeremos.

--Y con castañas, añadió Bamboche, mostrándonos unos enormes castaños que se alzaban sobre las rocas de la isla. Comeremos castañas asadas al rescoldo.—Qué gusto! A la isla! esclamó con aire de conquistador. Seguidme... A la isla! á la isla!

--Pero no tenemos lumbre para asar las castañas, observó Basquine.

--Pues qué, no traigo aquí un eslabon?... Pronto encontraremos ramas secas, y yo me encargo de lo demás, añadió en tono de suficiencia. Entiendo la vida de los bosques; cuando iba á cortar leña con mi padre, siempre encendia yo la lumbre..... Ea, á la isla.

--Corriente, á la isla, dije yo; pero cómo atravesamos el rio? qué hacemos si está hondo?... Cómo pasará Basquine?

--Dejadme á mí, respondió Bamboche; sé nadar, voy á tentar el vado, y si hay fondo pasaremos entre los dos á Basquine. Si no lo hay... tengo fuerzas y os pasaré uno tras otro.

Esto diciendo se quitó la blusa, la camisa y los zapatos, y se remangó los pantalones hasta las rodillas.

—Ten cuidado, dijo Basquine inquieta.

—No hay miedo, respondió Bamboche, cortando una larga rama.

—No te asustes, añadí... Yo le he visto nadar muy bien.

Bamboche se metió atrevidamente en el agua y echó á andar, sondeándola primero con la varita, conforme avanzaba.

Imposible es decir la alegria que sentimos al verle pisar la orilla opuesta, sin haberle llegado el agua mas que á la cintura.

—El suelo es de arena, y tan suave como si estuviera enlosado... Esperadme, vuelvo allá y entre Martin y yo te traemos en brazos, Basquine: no tengas miedo.

Hízolo asi: el rio tendria á lo mas diez pies de anchura, de manera que pocos momentos despues entrábamos en la isla, trepando por los peñascos que la cubrian casi enteramente, y entre los cuales crecian encinas, pinos y castaños gigantescos.

A escepcion de una vereda, apenas marcada, que encontramos pocos instantes despues y que serpenteaba por entre las rocas, no se descubria ningun camino:

en algunos trozos de tierra vegetal crecian abundantes plantas silvestres. Diez minutos nos bastaron para llegar ante una casucha desmantelada, aunque abandonada hacia poco tiempo, segun se dejaba ver, pues por la parte en que nos hallábamos estaba rodeada de algunas pérticas de tierra, plantada todavía de patatas y hortaliza; veíanse ademas diseminados hasta una docena de añejos perales cargados de fruta, y un emparrado cubierto de racimos de color de púrpura violada, que tapizaba enteramente una pared de la casa.

No viendo ni oyendo á nadie entramos en ella: componíase de dos piececillas sin mueble alguno; en la una habia una gran chimenea ennegrecida y deteriorada por el humo; sin duda habia pertenecido aquella casilla á algun guarda-bosque encargado de cuidar la isla; pues despues vimos desde lejos, en una noche de luna, numerosas manadas de ciervos y corzos de las vecinas selvas ir á beber y bañarse en el riachuelo, y aun atravesar á veces pacíficamente la isla solitaria (1).

Gozosos con nuestro descubrimiento dimos la vuelta á la casa; la fachada opuesta caia á una verde pradera mucho mas larga que ancha, y limitada por peñascos cenicientos sobre los cuales se alzaban castaños tan enormes que casi formaban un dosel, cruzando sus ramas de un lado á otro de la pradera... A pocos pasos de la casa brotaba un pequeño manantial de una peña, y de cascada en cascada terminaba murmurando en un pilon natural rodeado de berros silvestres, desde donde se perdia sin duda en seguida por algun camino subterráneo.

---

(1) Posteriormente he vuelto á este sitio que por tantas razones debia eternizarse en mi memoria, y he sabido que la isleta á que me refiero, situada á la izquierda del *Desierto* (gran llanura inculta y pedregosa que separa las selvas de Ermenonville y de Chantilly) se llama la isla *Molton*: encontré la casilla del guarda enteramente arruinada.

(*Nota de Martin.*)

—Si no vemos á nadie en la isla, dijo Bamboche, propongo que nos establezcamos aquí por uno ó dos dias... tenemos agua... patatas... castañas, ubas, peras... viviremos como príncipes.

—Yo propongo que estemos ocho dias, esclamó Basquine con entusiasmo.

—Estaremos hasta fastidiarnos, añadí yo.

—Concedido, dijo Bamboche, pero antes es preciso cerciorarse de que no hay aquí nadie que nos pueda echar...

—Ay! es verdad... pueden echarnos, respondió tristemente Basquine, ¡qué lástima!

—No hay que afligirse antes de tiempo, repliqué, vamos á registrar la isla, no tardaremos tanto.

En efecto, la operacion fue corta: una hora despues estábamos seguros de ser los únicos habitantes de la que desde entonces llamamos NUESTRA ISLA.

Un poco antes de ponerse el sol, lavaba Basquine unas magníficas patatas amarillas, arrodillada al pie de la peña, que manaba un agua limpia y fresca; Bamboche, sentado á su lado, pelaba castañas verdes y yo entre tanto atizaba en la chimenea una lumbrada de leña seca, cuya ceniza estaba destinada á asar aquellos frutos. Nuestra cena se componia ademas de algunos soberbios racimos de ubas, y una docena de peras doradas. Tal fue el primer dia que pasamos en NUESTRA ISLA.

CAPITULO XXIV.

La Cancion.

Apenas habiamos pasado dos dias en medio de la paz y soledad de nuestra isla, y ya aparecian mas patentes los síntomas de reforma moral que antes habia yo notado en mis dos compañeros, y sentido en mí.

Sería aquello efecto, si me es lícito espresarme así, de la *mudanza de aires*? No lo sé, pero cualquiera habria dicho que desde nuestra separacion de La Lebrasse y la perniciosa atmósfera en que vivíamos, eran mejores nuestros instintos y se depuraban diariamente.... Verdad es que al principio procurábamos con cuidado ocultarnos unos á otros aquella fêliz y saludable novedad, pues por desgracia estábamos ya corrompidos lo suficiente para avergonzarnos de ser buenos.

Las circunstancias de la segunda noche que en la isla pasamos, se cuentan entre mis recuerdos mas indelebles.

Despues de cenar frugal y alegremente con patatas asadas al rescoldo, y fruta, nos hallábamos Bas-

quine, Bamboche y yo tendidos en la pradera que habia delante de la casa: poco hacia que desapareciera el sol; la noche estaba templada y bellísima, y aunque todavía no habia luna, las estrellas brillaban lo bastante para dar alguna luz á la oscuridad nocturna.... No corria el menor soplo de viento: la atmósfera estaba tan pura, tan serena, tan sonora, que al través del murmullo del manantial que serpeaba entre las peñas, percibíamos mil diversos rumores.... ora susurrantes y confusos como un lamento, ora claros y arjentinos como el tañido de una campana de cristal.

Estábamos silenciosos y pensativos contra nuestra costumbre.

—¡Qué grato es... el ruido de ese manantial!... dijo Basquine.

—Sí, respondió Bamboche: en ello estaba pensando... es mucho mejor que la música de nuestras representaciones.

—Ya lo creo!... dije con un suspiro.

Y volvimos á callar.

A poco, se oyó lejano y repetido el canto de no sé que pájaro, plañidero y monótono, pero de una dulzura indecible... sonó en intérvalos bastante largos y luego cesó del todo... volviéndose solo á oir el susurro del manantial.

Aquel canto triste, sordo, solitario, me infundió un enternecimiento inesplicable.

—Ea... ya se calló el pájaro... dijo Bamboche apesarado. Qué lástima! verdad, Basquine?

Nuestra compañera no respondió.

—Basquine..... te has dormido? preguntó Bamboche.

—No, contestó la niña dulcemente... estaba llorando.

—Por qué?

—No tengo ningun motivo, estoy muy bien aqui... con vosotros dos... Pero me he acordado de mi padre... de mi madre... de mis hermanos, y he llorado... y me he consolado asi.

Creí que Bamboche riñese á Basquine, ó hiciese burla de ella, mas no sucedió esto: antes al contrario, contestó enternecido.

—Anda, llora... que á veces es mejor... que reirse.. porque...

No concluyó la frase, tal vez por estar demasiado agitado, ó por ocultarnos su conmocion. Durante algunos minutos permanecimos los tres en un profundo silencio.

Bamboche fué el primero que le interrumpió diciendo:

—Basquine... si no lloras ya... cántanos algo... una vez que el pájaro ha callado...

—Bien, dijo Basquine—qué canto?

—Lo que quieras.

La eleccion de la pobre niña debia recaer en canciones picarescas ú obscenas, por la sencilla razon de que no sabia otras.

Comenzó pues á cantar con su voz infantil de angelical pureza:

Buenos dias, amigo Vicente:
¿Qué me traes de tu pueblo natal?
Si me quieres hacer un presente
Dame...

—No... suprime la letra... saltó impetuosamente Bamboche: talarea.. talarea lo que quieras.. pero sin letra.

—De muy buena gana, dijo Basquine: no sé por qué será, pero noto esta noche que la letra..... me estorba.

Todo lo comprendí... pues lo mismo que à Bamboche me habia causado por la primera vez de mi vida, una dolorosa repugnancia oir aquella voz angelical, cuyo dulce y melancólico acento nunca me habia parecido mas encantador, entonar las primeras frases de una cancion ignoble.—Basquine habia sentido el mismo impulso de disgusto y vergüenza; pues decia, ¡pobre criatura! que *aquella noche sin saber por qué la letra le estorbaba.*

¿A qué fenómeno se debia el que se desarrollase en

los tres aquella delicadeza súbita, estando Basquine tan acostumbrada á cantar en públieo coplas llenas de obscenidades como nosotros á oirlas.

Yo no podia entonces analizar aquella estraña sensacion, pero mas esperimentado ahora, me parece descubrir en la manifestacion de nuestra repentina delicadeza, asi como en la variacion de nuestros sentimientos, debida sin duda á la benéfica influencia de la soledad y contemplacion de la naturaleza, una prueba mas de que la corrupcion mas íntima y prematura nunca es incurable, y que en circunstancias dadas, cede á aspiraciones involuntarias á lo bueno, á lo justo, á lo bello, momentos divinos en que el alma envilecida tiende el vuelo hácia la esfera de que ha caido: momentos preciosos... aunque fugitivos por desgracia, en que todavía es posible la rehabilitacion mas difícil.

Complaciendo á Bamboche, empezó Basquine á talarear la cancion del *amigo Vicente*... pero con un compás lento y triste, que desnaturalizando el carácter vulgar de aquella tonada picaresca, la daba un acento de singular melancolía.

Animándose luego poco á poco, como el pájaro que se eleva al azul y esplendente cielo despues de rastrear algun tiempo junto á la tierra, consiguió Basquine por medio de transiciones tan instintivas como maravillosas, refundir aquel primitivo tema en una improvisacion llena de dulzura y melancolía, y melódica hasta lo sumo. Era una tonada sencilla, triste, tierna, inefable... alada, si asi puede llamarse, que un poeta habria comparado tal vez con el canto de un serafin alzando su voz infantil y encantadora para implorar el perdon de los pecadores.

Esta comparacion me ocurrió entonces, porque Basquine estaba sentada cuando empezó á cantar, y cediendo luego á no sé qué inspiracion secreta, se puso lentamente de rodillas, y prosiguió asi, con las manos cruzadas y el bellísimo semblante vuelto hácia el cielo, en que brillaba una muchedumbre de estrellas.

Bamboche y yo la escuchábamos en medio de un

estático recogimiento, pues nunca la habiamos oido cantar como entonces; nos acercamos uno á otro, y al fin nos arrodillamos como ella. A poco sentí que Bamboche apoyaba su frente en mi hombro... y que caian sobre mi mano algunas lágrimas.

Yo no habia visto nunca á Bamboche llorar, asi es que me causaron una sensacion indescriptible las lágrimas que en medio de la oscuridad humedecieron mi mano... eché los dos brazos al cuello de mi compañero, é iba á hablarle cuando me dijo en voz baja é interrumpida:

—Deja... déjala cantar... si vieras cómo me consuela... *Me parece que pide perdon por mí...* Pobre angelito... ella no pensaba en ser mala... ni yo tampoco me acordaba cuando chico de tal cosa... Pero me han perdido, y yo la he perdido tambien... á ella.

. . . .

Por mas estraordinarias que debieran parecerme las palabras y los tardíos remordimientos de Bamboche, no me asombraron, pues el canto de Basquine me causaba á mí tambien una sensacion dolorosa.

Muchos años despues de esta escena, y contándose ya Basquine, gracias á su genio, en el número de los artistas mas ilustres, me ha confesado ella misma que aquel dia en que lleno el corazon de profunda tristeza al pensar en sus padres, en las primeras creencias de su juventud.. y por fin en el siniestro porvenir que la preparaba su desmoralizacion tan horriblemente precoz... improvisó, involuntariamente casi, su triste canto enmedio de *nuestra* isla solitaria, desde aquel dia se reveló vagamente á su inteligencia juvenil *el arte* en su parte mas sencilla, mas *humana* y sin embargo mas ideal.

"Ninguna palabra hubiera bastado á espresar la „sensacion tierna y desgarradora á la vez que me do„minó aquella noche, me decia: Creí oir como una voz „lastimera que se alzaba dentro de mí... y la repetí „casi sin advertirlo, y con toda naturalidad, tan fiel„mente retrataba mis impresiones. Siempre me he „acordado enternecida de aquel canto, y hoy mismo,

„añadia con una triste sonrisa, no le puedo repetir „sin deshacerme en lágrimas.. . . . .

. . . .

La voz arjentina y vibrante de Basquine, á quien escuchábamos en silencio, empezó á atenuarse al cabo de algunos minutos... bajó poco á poco de tono y espiró progresivamente en los labios de la niña como un lamento armonioso que se desvaneciera á lo lejos... En seguida Basquine inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció silenciosa algunos instantes... mas como no nos oyese hablar, se volvió hácia nosotros y nos vió fraternalmente abrazados.

--Qué teneis? esclamó al oir nuestros sollozos, pues Bamboche me habia comunicado su enternecimiento: qué teneis? repitió Basquine arrodillada junto á nosotros y apretándonos la mano, estais llorando.

--Si... lloramos... como tú antes, respondió Bamboche, y estas lágrimas consuelan.... Estrechándonos luego contra su pecho, esclamó con un acento que nunca olvidaré:

—No somos malos por naturaleza!

Oh! no; nunca olvidaré la espresion con que Bamboche pronunció estas palabras, en que se espresaba su arrepentimiento por el mal que habia hecho, una dolorosa recriminacion contra la fatalidad de su destino, y una tendencia sincera y tierna á volver á la senda del bien..................................

....

Con ramas y musgo nos habiamos hecho dos camas, una para mí en la primera pieza de la casilla, y otra para Basquine y Bamboche en la segunda.

Aquella noche Bamboche durmió conmigo. Antes de acostarse dió á Basquine un beso en la frente y la dijo:

—Buenas noches, hermana..............................

....

Bamboche durmió poco: toda la noche le sentí revolverse, y muchas veces suspirar profundamente: á los primeros albores del crepúsculo me despertó. Su fisonomía conservaba una espresion meditabunda,

dulce y grave. Entramos en el cuarto inmediato : Basquine que tenia el sueño tan lijero como un pájaro, nos sintió, abrió sus rasgados ojos, y nos miró asombrada y risueña.

Salimos juntos al campo: brillaban todavía algunas estrellas, el horizonte comenzaba á teñirse de púrpura á la parte de oriente, el aire tenia una frescura deliciosa, mil perfumes aromáticos se exhalaban de las plantas bañadas de rocio... La mañana que se anunciaba era digna de la noche anterior.

--Escucha, Basquine, y tú, Martin, nos dijo Bamboche, obligándonos á sentar junto á él en uno de los grandes peñascos que habia á orillas de la pradera.

--Es preciso que nos hablemos francamente, que cada cual diga lo que piensa sin avergonzarse... estamos solos, y...

Sorprendidos de la gravedad de Bamboche, le miramos Basquine y yo sin contestarle, visto lo cual continuó:--para quitaros todo escrúpulo... voy á empezar... burlaos luego de mí si quereis... pero seré franco...

--Burlarnos de tí?.. por qué? le dije.

--Porque me rebajo... porque reniego del culto del tullido, que tantas veces os he citado... porque reniego de mí mismo... pero no importa... lo primero es hablar con franqueza.

Volviéndose hácia mí, añadió:

--Hermano, ya te acuerdas como empezó nuestra amistad: te pegué, me devolviste mis golpes, te pegué otra vez á traicion, y entonces no me resististe... aquello me llegó al alma... y te hablé de mi padre.

Con la relacion me enternecí... tú te aprovechaste de mi enternecimiento, y desde entonces somos hermanos..

--Sí... y lo seremos siempre.

--Ahora mas que nunca... pues conozco que soy mejor que antes... y lo que me ha sucedido... ha sido tambien... acordándome de mi pobre padre.

—Pues qué te ha sucedido? preguntó Basquine.

—Cuando me consolé del trueque del saco de oro en plomo, respondió Bamboche, empezamos á recorrer estas selvas.

—Sí, y eso te trajo á la memoria... á tu padre... y el tiempo en que eras pequeñito y cortabas leña con él, dije á Bamboche... me lo has confesado.

—Es verdad... hace dos dias que estamos aqui... solos, tranquilos, en un sitio tan delicioso, y desde anoche sobre todo... no soy el mismo que era... Por qué he cambiado de carácter?.. qué sé yo!.. pero que he cambiado es indudable... No he dormido en toda la noche... me he examinado bien, me he hecho preguntas y siempre he contestado: desde la muerte de mi pobre padre me he portado como un bribon... conmigo y con los demás... esto debe acabar... basta con lo hecho, no quiero mas...

Observando que le mirábamos, cada vez mas sorprendidos, prosiguió...

—Os estraña esto?.. á mí tambien. Repito que no lo comprendo; pero lo cierto es que desde que no tengo á la cola á La Lebrasse, á la tia Mayor, al payaso y toda su innoble caterva, respiro á mi gusto, aunque á veces se me oprime mucho el corazon... porque... porque... y mirando hácia el lado en que estaba Basquine, con una espresion indefinible, interrumpió la frase. Despues prosiguió ahogando un suspiro.

—Pero no siendo esos momentos en que se me oprime el corazon, los demas le tengo lleno de gozo... porque empiezo á pensar que ese canalla de tullido puede haberme engañado: esta noche pensaba yo: mi padre murió despues de trabajar toda su vida, y vivió miserable aunque era honrado y laborioso... Corriente, bien está... pero eso no quita para que los hombres de bien le apreciasen y dijeran: ¡es un Juan Lanas! bien sé que los pícaros como el tullido dirian ¡es un tonto! pero al fin ni buenos ni malos le llamarian *pillastre*!

—Oh no! esclamamos, yo y Basquine.

—Pues bien, repuso Bamboche resueltamente, des-

pues de pensarlo mucho esta noche, quiero que me llamen *Juan Lanas*, mejor que *pillastre*.

Basquine y yo lanzamos otra esclamacion de alegria.

—Cuando murió mi padre, prosiguió Bamboche, mi primera idea fué buena, me propuse trabajar, y pedí pan y trabajo á un rico.—Es verdad que me respondió azuzando contra mí su perro, pero no todos son canallas como él.

—¡Ya se vé que no! dije.

—Entonces encontré por mi desgracia al tullido y luego á La Lebrasse y toda su compañía... eso me perdió, pero ¡punto redondo! aquí hay algo (Bamboche se dió una fuerte puñada en el pecho) é insisto en mi tema.... No me volverán á llamar *pillastre*; bastante lo he sido para mí y para los demas.

Diciendo así miró nuevamente á Basquine con una ternura y conmiseracion profundas: luego prosiguió:

—Y has de saber que á ella se debe en parte este cambio.... Anoche cuando estaba cantando.... como para pedir perdon en mi favor, se me deshacia el corazon mirando al cielo, y decia entre mí: dicen que Dios es tan bueno: ¡cuanto lo seria si nos permitiera vivir mucho en este rincon de tierra donde no hacemos daño á nadie: solos los tres, respirando este buen aire, pronto nos haríamos buenos del todo.... y luego que estuviésemos curados de las... cosas del tullido, y firmemente resueltos á no recaer, entonces....

Un incidente enojoso interrumpió á Bamboche. Atentos Basquine y yo á lo que nos decia, no habíamos visto ni oido á cierto individuo que, dando la vuelta á la casa, nos divisó de pronto y dijo con tonante voz:

—En nombre de la ley.... daos presos.... Seguidme á casa del señor *Maire*.

CAPITULO XXV.

El guarda.

INMOVILES de sorpresa y de miedo quedamos Basquine, Bamboche y yo al escuchar repetido el grito amenazador de: seguidme á casa del señor alcalde.

El personaje que motivaba nuestro terror era un sujeto jóven todavía, alto, moreno, de traza robusta y resuelta: por encima de la blusa azul llevaba la bandolera oficial de guarda, y en la mano, sin desenvainar, un enorme sable de caballeria: un perrazo que de vez en cuando clavaba en él los rojizos y feroces ojos, no se apartaba de su lado y podia servirle de ausiliar temible.

Lo primero que se me ocurrió fué que nos perseguian de resultas del incendio del carruaje de La Lebrasse, y clavé una mirada consternada en mis dos compañeros.

—En nombre de la ley, daos á prision, repitió el guarda acercándose. Echad á andar á casa del señor alcalde.

—Por qué nos quereis prender? dijo Bamboche, que

era el mas atrevido de los tres: à nadie hacemos daño.

—Sois unos vagabundos, repuso el guarda con voz amenazadora: un vaquero me avisó que os habia visto entrar en la isla hace tres dias.

—Verdad es, señor, y desde entonces no hemos vuelto á salir, respondió Bamboche.

—Pues cómo habeis vivido aqui?

—Con las legumbres y frutas que encontrábamos.

—Que encontrabais, eh? esclamó el guarda: no sabeis que eso es robar? Oh! ya se os ajustará la cuenta... vagabundos y ladrones!

—Por ventura es robar tomar lo necesario para comer? dije yo.

—No creiamos hacer perjuicio á nadie, buen amigo, añadió Basquine tímidamente.

—De veras, rubilla? es esa tu opinion? repuso el guarda; pues veremos si vuestros padres creen lo mismo: cuando os reclamen os sacudirán una buena tunda, y harán perfectamente. De qué pueblo sois?

—No tenemos padres, replicó Bamboche.

—Como que! sin padres? esclamó el guarda.

—Sí señor, yo no tengo ya padre ni madre; mi compañero Martin es espósito y esta...

—Pues dónde residiais antes de venir aqui? preguntó el guarda concibiendo nuevas sospechas.

A tan embarazosa pregunta contestó Bamboche:

—Venimos de muy lejos, señor... de cien leguas lo menos, y pediamos limosna por el camino.

—Hola! hola! esclamó el guarda, mejor que mejor: con que sois mendigos, vagabundos y ladronzuelos? tampoco teneis padres que os reclamen? Pues ya estais aviados, no os digo mas.

—Qué nos van á hacer, señor de nuestra alma? dijo ingenuamente Bamboche, retrocediendo con prudencia, y por lo bajo me dijo: Ve y coje dos buenos puñados de ceniza, ponte detras de mí y atencion! En seguida añadió, como para no escitar la desconfianza del guarda: No te parece? Se lo diremos todo al señor: corre á buscar nuestros papeles y certificados.

—Qué papeles á vuestra edad? dijo el guarda encojiéndose de hombros, no hay papeles que valgan: os entregaré á los gendarmes que os lleven esta noche al depósito de mendicidad, de donde saldreis para ser encerrados en una buena casa de correccion hasta los diez y ocho años...

—Presos hasta los diez y ocho años!...

—Por no tener padre ni madre! dijo Basquine cruzando las manos, presos por comernos unas patatas.....

—Cabalito, presos, repitió el guarda: ea, seguidme á casa del señor alcalde, que bastante se ha charlado, galopines: andando, ó cojo á dos por las orejas y encargo del tercero al perro... Acá, Cordero, añadió el guarda llamando al temible animal.

De repente, Bamboche, que poquito á poco habia ido dando la vuelta, se arroja sobre el guarda, le sujeta por detras los brazos y me grita:

—Echale la ceniza á los ojos!

Ejecuté la órden de Bamboche con tanta destreza como rapidez, y por un momento desapareció la cabezota del guarda entremedias de una espesa nube de cenizas: ciego por el pronto el malhadado funcionario y traspasado de dolor, vomitaba mil injurias y le gritaba al perro:

—Muérdeles, Cordero, á esos!

Pero con una vigorosa pedrada calmó Bamboche las iras de Cordero, que se apartó aullando, en tanto que su amo, con las manos en los ojos, prorrumpía en gritos furiosos, trompicando á cada paso que queria dar.

Sin perder un minuto, echamos á correr por la senda que ya sabiamos; llegamos al rio, le vadeamos cargados con Basquine, y sin aflojar el paso nos metimos por lo mas intrincado del bosque.

—Habrá hombre mas pícaro! ir á atormentarnos, cuando no hacíamos daño á nadie, dijo Basquine, asi que moderada la carrera, pudimos reflexionar acerca de nuestra crítica situacion.

—Es una lástima, respondió Bamboche pensativo;

ya están sobre aviso, y si nos pillan, la cárcel...

—Pero es de veras? le dije, porque somos unos pobres muchachos abandonados, nos han de meter en la cárcel?...

—Sí, no mentia ese hombre, lo mismo me dijeron los gendarmes, cuando me cogieron con el tullido... Si no tienes persona que te reclame, si no tienes asilo, á la cárcel por vagabundo: y habria ido, á no ser porque logramos escaparnos.

—Válgame Dios! qué va á ser de nosotros? dije.

—Diantre! saltó Bamboche rascándose, parece que el hacerse hombres de bien no es tan fácil como se cree á primera vista... en fin, ya veremos... ante todas cosas, lo que urge es salir de esta tierra.

—Tarde ó temprano, le dije á Bamboche, habriamos tenido que abandonar nuestra isla: verdad es que hemos perdido una cosa buena, pero en saliendo de la isla, qué hubiéramos hecho?

—Yo pensaba volver á casa del padre de Basquine.

Y como la niña hiciera un movimiento, añadió Bamboche:

—No te asustes: ya sé yo cómo debia habérmelas con tu padre. Puesto que es carretero, nos hariamos aprendices suyos y buenos obreros. Pero qué tienes, Basquine, saltó Bamboche, estás llorando?

—Acaso haya muerto mi padre, dijo anegada en llanto, y con dolorido acento prosiguió: hace un año, es cuando debimos volver como me prometiais los dos.

—Es verdad, dijo Bamboche con ademán contristado: te engañamos, pero ya está hecho. Con todo vámonos á tu tierra.

—Ver á mi madre!.. jamás me atreveria, dijo Basquine temblando de vergüenza, jamás!

—Te comprendo, respondió Bamboche, y creo que tienes razon. La culpa es mia... mia... añadió bajando la cabeza.

—Mirad, esclamé movido por una idea repentina, esta mañana decia Bamboche que porque un hombre

rico le negó socorros y trabajos despues de muerto su padre, no se debia deducir que fuera malo todo el mundo. Por lo tanto vamos á una ciudad: por cada cien personas bien hallaremos una compasiva: se lo contaremos todo y nos tendrá lástima.

—Tiene razon Martin, no es verdad, Bamboche? saltó Basquine.

—Sí, si nos despiden, llamaremos á otra puerta, hasta encontrar un buen corazon.

—Con el dinero que tenemos hay para vivir unos dias, añadí, y...

—Truenos de Dios! esclamó Bamboche dando en el suelo patadas de desesperacion.

—Qué te ocurre?

—Que por miedo de perder las cuatro monedas las habia escondido en un rincon debajo de una piedra, y alli se han quedado... No tenemos una blanca!

—Silencio! esclamé en voz baja, oís? parece ruido de coche.

—No nos rebullamos hasta que haya pasado, me dijo Bamboche.

Quedámonos mudos, inmóviles, agazapados entre la espesura donde nos habiamos detenido á descansar, despues de algunas horas de andar perdidos por aquel monte, cuyas zarzas acabáran de desgarrar nuestros raidos ropajes.

Fuese aproximando el ruido que yo percibiera porque sin saberlo estábamos cerca de una encrucijada. A favor de un claro del ramaje, disminuido ya por los primeros frios del otoño, pudimos divisar un coche que hizo alto junto á un coto que indicaba el camino, y cuya base estaba rodeada de una mesa de piedra circular.

El tal carruaje, que era el mas hermoso que hasta entonces habia yo visto, era una carretela tirada por cuatro soberbios caballos, y guiada por dos jóvenes postillones con casacas de color de castaña y cuello azul celeste: dos criados de gran librea, castaña y azul tambien, con anchos galones de plata, iban en el asiento de la trasera.

El carruaje iba ocupado por tres niños y una señora, jóven todavía.

Asi que se paró, bajó uno de los criados, y con sombrero en mano se acercó á la portezuela; pero antes de que desplegara los labios, esclamó imperiosamente un precioso niño de cinco ó seis años, y adornado con una larga melena rubia:

Bajemos aquí... quiero apearme aquí...

--Señorita, dijo el lacayo dirigiéndose á la señora, que era el aya, por lo que luego supimos: señorita, el *señor vizconde* desea apearse: abro la portezuela?

Iba á contestar el aya, pero el niño se adelantó á decir, pateando de cólera:

—Digo que quiero apearme aquí—al momento—yo lo mando...

—Si Mr. Escipion quiere apearse, abrid, dijo el aya con acompasado tono.

Despues de tirar del estribo, alargaba el lacayo los brazos para cojer al niño á quien llamaban *señor vizconde.* Pero este, levantando un junquillo que tenia en la mano, hizo apartar al criado y dijo:

—No me toques; quiero bajar solo.

--Mr. Escipion quiere bajar solo, dijo con gravedad el aya, indicando al lacayo que se hiciera á un lado.

Apeóse entonces Mr. Escipion de un salto, mientras que los dos lacayos, mocetones de seis pies, se estaban con sombrero en mano á ambos lados de la portezuela.

Despues de saltar al suelo, viendo que el otro niño iba á imitarle, esclamó:

—No, tu no, Roberto; estate quieto, que quiero que Regina baje antes. *El coche es mio.*

Encojióse de hombros Roberto torciendo el jesto, pero obedeció. Una graciosa niña, algo mas crecida que Basquine, se apeó con ligereza del carruaje, y fué seguida por Roberto y por el aya.

Dirijiéndose esta al vizconde de seis años, dijo:

—Escipion, quereis merendar ahora ó mas tarde?

—Merendaremos aqui, no te parece, Regina? dijo el niño.

—Oh! contestó esta en tono irónico, no te digo que sí ni que no. Si dijera que sí, eres tan voluntarioso, que querrias lo contrario.

—Es verdad, añadió Roberto, Escipion es el mas pequeño, y hay que sucumbir á todos sus caprichos.

—Ya... como que tengo coche y vosotros no, contestó el vizconde orgullosamente.

—Tambien mi papá tiene coche, repuso Roberto, ofendido su amor propio.

—Sí, pero no tiene mas que uno, y no te le presta nunca... mi papá tiene cinco ó seis carruages, y este es mio solo para que yo me pasee.

—Pues yo, saltó Regina alegremente, soy mas digna de lástima que Roberto... Papá no gasta coche...

—Por eso te hago lugar en el mio, respondió el vizconde en tono de conquistador.

En este intermedio, los criados fueron sacando de los cajones del coche abundantes y delicados preparativos de viandas que colocaron sobre la mesa de piedra, con todo el correspondiente aparato de servilletas, vajilla, copas y botellas, en las cuales se pintaban los inciertos reflejos del sol de ocaso que atravesaban las espesas ramas de las encinas.

Bamboche, Basquine y yo, agazapados en nuestro escondrijo, apiñados uno contra otro, inmóviles y sin atrevernos á respirar, contemplábamos aquel lujo deslumbrador, tan nuevo para nosotros, con silencioso pasmo, dirigiéndonos á ratos algunos codazos significativos á vista de cada una de las escelentes cosas que veiamos servir en vajilla de plata. Estábamos en ayunas desde la víspera y el aspecto de tan apetitosos manjares escitaba, grandemente nuestra hambre, no siendo lo que menos nos chocaba el ver los melindres con que comian aquellos niños.

Detras del vizconde Escipion estaba uno de los lacayones, que le servia con respetuosa deferencia, esforzándose, lo mismo que el aya, para adivinar los menores deseos del niño.

Apenas acababa de tocar á un trozo de no sé qué sabroso pastel, cuando cojiendo el vaso lleno de

agua y vino, derramó el líquido sobre el pastel riendo á carcajadas.

—Escipion, á qué viene estropear ese pastel? dijo el aya.

—A que no quiero mas, dijo el vizconde.

—Yo hubiera comido de él, esclamó Roberto.

—Bien, comerás otra cosa, que de sobra hay. Lo siento; pero el pastel era mio.

Bamboche no pudo contener un movimimiento de indignacion, murmurando por lo bajo.

—Haya galopin!

Pero Basquine y yo le empujamos con el codo, y se contuvo.

De repente héte que el vizconde esclama con sorpresa y enojo:

—Calle! no hay crema?

—Escipion, ya sabes que la crema os hace daño, por eso no la han traido, dijo el aya.

—Pues yo quiero crema.

—Pero...

—Digo que la quiero... Que vayan à buscarla inmediatamente.

Y como se resistiera el aya, asaltóle al vizeonde, morado de furor, una de esas rabietas de niño mimado, tan exagerada, que rayaba en convulsion. El aya asustada hubo de decir á uno de los criados:

—Este acceso puede causar un mal á Mr. Escipion: id volando con el coche á buscar crema.

—Si fuera yo que ella, voto á...! que buena crema le dària! murmuró otra vez Bamboche sin poderse contener.

—Y dónde la hallaremos? preguntó el lacayo al aya. En medio de un bosque no es fácil hacerse con crema.

—Id hasta Marfontaine, que alli debe haberla. Vos vais por un lado y Santiago por otro. Disponedlo de modo que traigais la crema, porque sino tendrá el señorito una de esas convulsiones que le ponen en tanto peligro.

Avezados sin duda á obedecer los infantiles capri-

chos del señor vizconde, tomaron el coche los criados encargando á los postillones que apretaran hácia Marfontaine.

—Siento, Escipion, que hayais enviado el coche, dijo el aya, poco despues: se cubre el cielo y no será difícil que tengamos tormenta antes de que vuelva.

—Y á mí qué me importa? yo quiero crema, contestó obstinadamente el vizconde, entretenido por pasatiempo en desparramar por el suelo las sobras del refrigerio.

A la atencion devoradora que promoviera en mí el cuadro de los manjares, siguió una abstraccion menos material, no pudiendo apartar los ojos del encantador semblante de Regina.

Hasta entonces era Basquine la mujer mas bonita que habia yo visto: pero Regina presentaba un contraste tan notable con la belleza de nuestra compañera, que la admiracion que inspiraba la una no perjudicaba en nada al efecto que causaba la otra. Basquine era rubia: mas su cutis, primitivamente blanco rosado, habia adquirido el color dorado de las morenas en fuerza de nuestra vida nómada: Regina por el contrario, tenia los cabellos negros como tinta y un cutis de alabastro: tres lunares muy marcados, uno junto al ojo izquierdo, otro sobre el labio superior, y el tercero en la barba hacian mas vistoso el trasparente brillo de su cutis, y realzaban la púrpura de sus lábios. A pesar de estos tres graciosos signos, la fisonomía de Regina me pareció algo séria para la edad que tenia: sus rasgados ojos negros eran á la par penetrantes y melancólicos; en tanto que su boquita de diminutos lábios y la barbilla algo saliente revestian sus facciones de un marcado carácter de reflexion y firmeza: espesos cabellos negros retozaban en torno de su cuello, elegante y enhiesto como el de un cisne. Llevaba un vestido muy sencillo de muselina blanca y pantalon guarnecido de encaje: medias y zapatos de color. Una ancha cinta de color de ce-

reza ceñia su talle, é iguales eran las que adornaban el sombrero de paja.

....

....

Tengo muy presentes todos estos recuerdos. Ay! Quién me hubiera dicho entonces... Pero cada cosa vendrá en su tiempo y lugar.

....

Olvidado del hambre de Basquine, de Bamboche y de nuestra apurada situacion, no podia apartar los ojos de Regina: dos ó tres veces sentí que el rubor me abrasaba las mejillas y la frente, y que el corazon me latia con violencia: á no ser por el ejemplo de los precoces amores de Bamboche, la rara belleza de aquella niña no me habria causado sin duda tanta admiracion, que luego se trocó en profunda simpatia; porque Regina me pareció tan discreta y reservada, como caprichoso era el vizconde, y aun dos ó tres veces se le opuso con una dignidad que me hechizó.

Roberto, el otro niño, que sería de la estatura de Bamboche, aunque mas delicado era muy lindo: queria hacerse el hombrecito y dirigia frecuentes apartes á Regina. Sin querer, me irritaba esta intimidad, así como los obsequios que la prodigára mientras comian: vestia como Escipion una elegante blusa, pantalon claro, y la camisa terminaba en un cuellecito plegado, sujeto por una corbata de raso.

Me entretengo en estos pormenores, primeramente, porque los tengo tan fijos en la memoria, que muchos años despues conocí á primera vista á estos personajes, y ademas, porque la compuesta traza de aquellos afortunados niños contrastaba mas con nuestros andrajos destrozados por las zarzas del bosque, pues prescindiendo de los dias de funcion acrobática, generalmente íbamos horriblemente mal pergeñados.

Habíamos presenciado, silenciosos y escondidos el banquete de los tres niños: rato habia que se alejára el coche, y los truenos lejanos y las ráfagas de viento anunciaban una tormenta próxima, cuando

Bamboche, que habia estado pensativo, se levantó de pronto y dijo:

—Seguidme.

Apartando en seguida las ramas que nos ocultáran, aparecimos los tres en la plazoleta donde estaban el aya, Regina, Roberto y el vizconde Escipion.



CAPITULO XXVI.

Los hijos de los ricos.

La cara pálida y flaca de Bamboche, cubierto con un mal gorro griego que solo tapaba á medias sus largos y erizados cabellos negros, su blusa andrajosa, su robustez y altura, no muy comunes en su edad, y la espresion áspera y resuelta de su fisonomia, eran circunstancias de mal agüero para nuestra aparicion, y digo nuestra, porque Basquine y yo íbamos vestidos tan miserablemente como èl; así fué que apenas nos vieron, Roberto y Regina se acercaron instintivamente al aya, y solo Escipion, que aunque mas pequeño, era el mas valiente de todos, esclamó:

—Mira, mira, esos pobres.... ¿Qué querrán? ¡Pues no estan poco sucios!

Bamboche se quitó el gorro y aproximándose al aya la dijo con voz dulce y conmovida que contrastaba no poco con su talante enérgico:

—Señora... quereis hacer una buena accion por la que Dios os premiará... lo mismo que á estos señoritos... y á esa señorita?

—No comprendo, respondió el aya con suma

sorpresa, no sé... lo que me pedís... ¿Por qué estabais escondidos en este bosque?

—Voy á hablaros con franqueza, señora, repuso Bamboche fervorosamente, ninguno de los tres tenemos padres... ni recursos... venimos de muy lejos y perteneciamos á una compañía de saltimbanquis... viendo que aquel oficio no nos convenia... que nos íbamos volviendo malos sujetos... nos escapamos. Vos sois rica, proporcionadnos medios de ser hombres de bien... no deseamos mas que trabajar y ser buenos... Hasta ahora nos han tratado tan mal, señora, que por poco que se interesen por nuestra suerte nos parecerá mucho... Vamos, buena señora... un rinconcito en vuestra casa hasta ponernos de aprendices donde querais... lo mismo nos da... Solo deseariamos aprender un oficio para ganarnos el dia de mañana la vida como Dios manda... Tenemos ánimos y hemos pasado tanta miseria, que ningun trabajo se nos hará duro... pero queremos ser hombres de bien... de veras, nos corre prisa... mucha prisa.

El aya estaba callada y confusa: los niños se miraban como si no comprendieran las palabras de Bamboche, el cual se habia espresado con una decision tan loable y una conmocion tan sincera que dos veces ví asomar las lágrimas á sus ojos.

Yo, por ayudarle, añadí:

—Vamos, buena señora... que se encargue este señorito, (y me volví hácia Escipion) de mí... este otro de mi camarada, y esta señorita tan guapa de nuestra compañera; no os arrepentireis.

—Oh! ya se vé que no, señorita... dijo Basquine mirando en ademan de súplica á Regina, de quien yo tampoco apartaba la vista, pues de cerca me parecia todavía mas deslumbradora su belleza, y me turbaba hasta lo mas profundo.

—Bah! respondió el aya encogiéndose de hombros y haciendo melindres de desprecio: eso es un disparate... no os conocemos... no sabemos absolutamente quiénes sois.

—Somos tres niños... muy desgraciados, dijo Bam-

toche con voz vibrante... muy dignos de lástima.. sí al. Por Dios, señora... ya habeis oido lo que ha dicho Martin; que cada señorito se encargue de uno de nosotros: son tan ricos... tan felices!.. Nada les cuesta, y mañana tendrán unos amigos... unos hermanos... que se dejarán matar por ellos.

—Vaya con los chicos! esclamó Escipion haciendo un gesto de desden—dicen que serán amigos nuestros—yo no quiero ir con pobres.

—Ay, señorito! repuso Bamboche enternecido acercándose á él... Siempre habeis sido feliz... no es verdad?.. nunca habeis tenido hambre ni frio... nunca os han pegado... Pues poneos en el lugar de nosotros que hemos pasado por todo eso.

—Qué bestia es ese grandullon! dijo Escipion. Pues no me pregunta si he tenido hambre y frio?

Advertí que temblaba la mandíbula de Bamboche, como le sucedia siempre que reprimia sus ímpetus naturales, pero permaneció quieto.

Regina era la única que parecia estar conmovida: dos veces se tiñó de púrpura su blanco semblante y otras tantas se acercó á Basquine con una espresion confusa de interés, de reserva y casi de miedo. Alentada Basquine dió un paso hácia ella, presentándola las dos manos, pero fuese por temor ó por indecision, ello es que Regina retrocedió vivamente... La segunda vez creí que iba á vencer sus dudas, pero una ojeada severa del aya, acompañada de esta esclamacion:

--Regina!... paralizó sus buenas intenciones.

El cielo se habia ido encapotando: al través del follage se vieron brillar algunos relámpagos; el aya, que sin duda comenzaba á inquietarse sériamente, dijo con acritud á Escipion:

--Se te antojó que nos separásemos del camino, porque eres caprichoso como niño mimado, y ahora se nos echa encima la tempestad...

--Y á mí que me importa?... Quiero crema, y crema tendré, respondió Escipion.

El aya se encogió de hombros, volviéndose hácia

Bamboche, que con los ojos bajos y la frente bañada en sudor aguardaba respuesta humildemente.

--Soy, le dijo, aya de Mr. Escipion, hijo del señor conde Duriveau. Mr. Robert y Mlle. Regina me han sido confiados por su familia para venir á merendar con el señorito Escipion, y por lo tanto no puedo encargarme de vosotros, prescindiendo de que siempre seria una locura... un absurdo el hacerlo... Si hubiera una de recoger á todos los pordioseros que encuentra!... vamos, seria una ridiculez.

—Señora, replicó Bamboche dominándose y en tono suplicante, si supierais cuál es nuestra posicion!... de un momento á otro nos pueden prender como vagabundos... y meternos en la cárcel... sí, en la cárcel hasta los diez y ocho años... Eso le podeis decir al señor conde, y estoy seguro de que no se incomodará porque hayais tenido compasion de nosotros: ya haremos por enternecerle, llevadnos á su presencia.... dejadnos subir á la trasera del coche...

—En *mi* coche... estos chicos tan desarrapados! esclamó el vizconde con asombro, pues estará bueno!

—Amiguito, contestó el aya á Bamboche volviendo á encojer los hombros, si conocierais al señor conde Duriveau sabriais que él menos que nadie comete semejantes locuras. Todo lo que por vosotros puedo hacer es...

Aqui se interrumpió el aya, pues se le presentaba una buena ocasion de enseñar prácticamente la caridad á sus educandos: sacó pues el bolsillo, cojió con gravedad tres medios francos, y dando uno de ellos á cada niño de los que á su guarda estaban encomendados, dijo compunjida:

—Ya veis, amados mios, qué diferencia tan grande existe entre vosotros y esos miserables chicos: debeis tener buen corazon y compadeceros de ellos; dadles estos diez sueldos á cada uno, y ademas pueden comerse los restos de la merienda, añadió majestuosamente el aya.

—Es que Escipion, dijo Regina, lo ha llenado todo de arena y tierra...

—No os apureis por eso, Regina, contestó el aya, no se andarán en delicadezas por un poco de arena, porque en su vida habrán hecho comida igual.—Volviéndose á nosotros prosiguió.—Vais á recibir algun dinero, aparad las blusas para llevaros las sobras de la merienda, y dejadnos en paz, amiguitos, porque esto ya se va haciendo pesado...

En aquel momento sonó un violento trueno, y casi al mismo tiempo gritó Bamboche acercándose al aya, pálido de rabia y con ojos amenazadores:

—Hola!.... asi se nos trata!..... Pues nosotros no queremos limosnas vuestras, entendeis? no queremos sobras que habrán llenado de babas estos galopines, estamos?

Bamboche estaba espantoso, y confieso que yo tambien sentia la misma indignacion: tanto desden, tanta dureza en el modo de darnos limosna, me repugnaban como á él: ademas... creo que abrigaba ya vagamente en mi interior una especie de celos de Roberto, quien á las primeras palabras con que les amenazó Bamboche, se acercó á Refina como para protegerla.

Basquine estaba avergonzada cruelmente, y me dijo en voz baja con los ojos llenos de lágrimas que la arrancaba la indignacion:

—Vaya, que estos niños ricos...

El aya, aunque al principio se asustó porque la selva estaba solitaria y nuestra cara no era para infundirla confianza, habíase luego tranquilizado, reflexionando que al fin éramos todos unos niños: así es, que contestó con tanto desprecio como enojo:

—Habráse visto á miserables como ellos... recibir con tanta insolencia la limosna con que les honra una?

Bamboche permaneció silencioso un momento, echando á su alrededor miradas siniestras, cual si estuviese combinando algun proyecto. De pronto se arrojó sobre el aya con la agilidad de un gato montés, la asió por el pescuezo y gritó:

—Martin... sujeta á ese par de tunantes... tú Basquine, échale mano á esa chica.

Roberto cojió animosamente una botella y me la tiró

á la cabeza; huí el golpe, y cojiéndole por la mitad del cuerpo con la lijereza y vigor que habia ya adquirido, le tendí en el suelo con facilidad. Escipion en tanto, naturalmente atrevido, se me agarró á las piernas y procuraba morderlas; mas luego que puse una rodilla sobre el pillo de Roberto, bastándome una mano para sujetarle, cojí con la otra á Escipion por su largo pelo y logré hacerme dueño de él, mientras que Basquine, obedeciendo tambien á la voz de Bamboche, caia sobre Regina y la apretaba con fuerza entrambos brazos diciendo:

—Si no os moveis... no os haré daño.

Todo esto pasó con estremada rapidez. Luego que ejecutamos de esta manera, casi maquinal, las órdenes de Bamboche, tratamos de averiguar á qué altura se hallaba con el aya.

La pobre mujer, lívida de espanto y dominada fácilmente por Bamboche, que era muy robusto y estaba muy alto para su edad, se dejaba atar á un árbol con un largo chal que llevaba.

Sacando despues de la blusa las pistolas que ya nos habia enseñado, cuando cayó Lucifer reventado, Bamboche se las puso al aya delante de los ojos y la dijo:

—Si dais un solo grito... os levanto la tapa de los sesos.

Aunque no estaban cargadas aquellas armas, bastó su vista para hacer llegar al estremo el terror del aya, que cerró los ojos y dejó caer la cabeza como un cuerpo inerte, agitado solo de vez en cuando por una contraccion convulsiva.

Marchó entonces Bamboche hácia la mesa, dejó sobre ella sus armas cogió una botella con vino que creo fuese de Madera, llenó tres vasos y nos dijo á Basquine y á mí:

—Soltad á esos bribones... ellos se estarán quietos, y sino...

Esto diciendo les enseñó las pistolas.

Roberto y el mismo Escipion, á pesar de su valor, se quedaron inmóviles al oir esta espantosa amenaza.

Regina corrió con un sentimiento instintivo de pudor y compasion hasta donde estaba el aya, y procuró hacerla volver en sí.

Mostrándonos entonces Bamboche con la vista los vasos llenos, cogió uno, le levantó en alto y dijo con cierta exaltacion salvaje que en mi vida olvidaré:

—Bebamos este vino por el *odio á los ricos*...! Tengamos siempre presente que dos veces hemos deseado en lo mas profundo de nuestro corazon ser hombres de bien y que nos han amenazado con la cárcel ó rechazado con desprecio y crueldad. Ya lo veis... el tullido tenia razon... Odio á muerte á los ricos.

Y apuró su vaso de un trago.

—Odio á muerte á los ricos! dijo Basquine vaciando tambien el suyo.

Por la primera vez advertí en su rostro infantil una espresion de malicia sardónica que me sorprendió.

—Odio á muerte á los ricos, repetí yo, bebiendo como mis compañeros.

Parecerá pueril esta escena, pero á mí me dejó un recuerdo eterno y siniestro: oíanse truenos espantosos, el viento silbaba, caian anchas gotas de lluvia, que presajiaban la tempestad, y casi no se veía bajo aquella bóveda de follaje; pues empezaba á anochecer y el cielo estaba cubierto de negras nubes.

Aquel vaso de un vino que tan poderosamente obra sobre la cabeza, bebido de una vez y en ayunas, como lo estábamos desde el dia anterior, no nos embriagó, pero nos puso en un estado de sobre escitacion violenta.

—Mira, dijo Bamboche volviéndose hácia Roberto y Escipion, que no atreviéndose á huir se habian escondido asustados debajo de la mesa de piedra donde estaban acurrucados llorando á lágrima viva, ahora vamos á enseñar á esos hijos de gente rica... que se rien de nuestra miseria,... lo que es la miseria:

—Dicho esto se inclinó y cogiendo á Roberto por el cuello de la chaqueta, le atrajo á sí á pesar da su resistencia, y prosiguió:

—Vamos, añadió.... ven á pedir limosna con nosotros... á vivir como nosotros. Martin, coje al *señor vizconde*, añadió con ironía.

Mas abandonando de pronto á Roberto, despues de haberse quedado pensativo, Bamboche le dió un empujon diciendo:

—Bah!... á tí te doy suelta; pareces mas bestia que pícaro... pero el vizconde... el Sr. Escipion, que es la flor y nata de los hijos de ricos, vendrá con nosotros.... Tú, Martin... coje á la chica; no tienes mujer, esa es guapa y te ha caido en gracia, conque échala mano, tuya es.

—Sí, eso es, esclamó Basquine animada como nosotros por el vino, y sin disimular una especie de júbilo feroz.

--Apodérate de esa corderita, Martin... tambien á mí me separaron de mi padre.... que sea ella como yo y no me dará vergüenza.

--Conque al avio, dijo Bamboche cojiendo con una mano las pistolas y arrastrando con la otra á Escipion que se resistía, dando penetrantes gritos... internémonos en la selva, porque puede volver el coche. Martin, carga con tu mujer y vamos andando.. te advierto que si gritas ó te mueves te dejo tieso, añadió poniendo una pistola en la frente á Escipion.

Exaltada mi cabeza por el vino y turbada mi razon por la belleza de Regina, que tanto me habia impresionado, corrí hácia ella, y á pesar de la desesperada resistencia que opuso agarrándose á los vestidos de su aya, y pidiendo socorro, la abrazé brutalmente y me la llevé, sin que su leve peso embarazase mi marcha.

--Pasa delante de Basquine y ábrenos camino; antes de diez minutos habrá anochecido... y no se conocerán nuestras huellas.

A los esfuerzos convulsivos de Regina sucedió un estado de lasitud estremada, cual si estuviesen enteramente agotadas las fuerzas de la pobre niña: la sentí desmayar en mis brazos, su cabeza cayó sobre

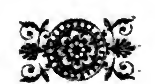
mis hombros y sus heladas mejillas se tocaron con las mias.

Llevábamos ya andado algun trecho por la espesura; asustado de verla así, esclamé involuntariamente:

--Bamboche, se pone mala.

--No te apures, respondió Bamboche soltando una carcajada y sin soltar á Escipion, pronto la harás volver en sí.

Y habiendo cerrado enteramente la noche, nos internamos en lo mas profundo de la selva.



CAPITULO XXVI.

Claudio Gerard, el maestro del lugar.

Claudio Gerard! No puedo escribir este nombre sin un hondo arranque de admiracion, enternecimiento y gratitud inefable.

Voy á deciros cómo conocí á Claudio Gerard.

Algun tiempo habia pasado desde que en la selva de Chantilly robara yo á Regina, en tanto que Bamboche se llevaba por fuerza al vizconde Escipion. Despues de andar errantes por aquellos bosques, hízonos la casualidad tropezar con una ronda de gendarmería. Escipion gritó pidiendo socorro, y aterrados nosotros abandonamos nuestra presa y huimos.

La oscuridad de la noche, la espesura del bosque y nuestra agilidad nos permitieron burlar la persecucion de los gendarmes, malamente montados: al amanecer habiamos salido del bosque y marchábamos por el camino de Louvres volviendo la espalda á París.

Contrariadas nuestras tendencias al bien, habíanse dispertado nuevamente nuestras malas pasiones, mas vivas, mas ácres, mas rencorosas que antes; los de-

saires, los desprecios de que habíamos sido objeto, lejitimaban á nuestros ojos aquella funesta insistencia en el mal.

Ibamos alegres, burlones é insolentes, camino adelante y cuidando solo de no entrar en poblaciones grandes donde es mas activa la vijilancia de la policía: en los lugares pedíamos limosna ó cantábamos en las tabernas, hurtando lo que podíamos, ya la ropa blanca que ponian á secar en los cercados, ya alguna gallina rezagada etc.: luego vendiamos el fruto de nuestros robos como encontrados por casualidad y rara vez dejábamos de encontrar comprador en aquellos caminos. Dormíamos en las granjas y cuadras que nos franqueaban de caridad, ó bien pasábamos la noche en el interior de algun molinero harinero en que buscábamos abrigo, pues al otoño habia sucedido el invierno.

Jamás he conocido las sensaciones del juego: pero Bamboche que posteriormente pudo disponer por medios, sino criminales, poco escrupulosos, sumas considerables que jugó, perdiendo como es natural unas veces y ganando otras, Bamboche me ha dicho que nada habia mas parecido á la agitacion del juego que quellas contínuas alternativas de miedo y esperanza, de terror y júbilo, abundancia y privacion que caracterizaron los dias de nuestra vagancia.

¿Dónde dormiremos esta noche? nos preguntábamos. ¿Será abundante la limosna? Habrá ocasion de hurtar algo? producirán mucho las canciones de Basquine? Nos sorprenderán si robamos?... Qué zozobra, qué terror al hacerlo! Y si lo hacíamos impunemente y lográbamos vender lo hurtado, qué gozo, qué orgullo ya sobre todo, qué burlas de nuestra víctima!

Casi ningun dia pasaba sin estas febriles conmociones. La *casualidad,—lo imprevisto*, estas dos palabras eran el resúmen de nuestra vida; y aunque despues me he hallado en condicion muy diversa, no recuerdo haber vivido, no diré mas feliz, pero sí mas aprisa que en aquella azarosa época de mi existencia...

Sí, ademas de la fatalidad á que obedecemos, se

pudiera atenuar con algo la vergüenza y odíosidad de nuestra conducta de entonces, seria con la reflexion de que obrábamos con una especie de travesura infantil, de que no nos jactábamos de hacer robos sino de dar *chascos; arañábamos* algo, como dicen los chicos, y el gendarme era para nosotros lo que el maestro para el estudiante rebelde.......................................

....

Estábamos á las inmediaciones de un pueblo de poca importancia que habíamos descubierto desde un alto del camino en que habia una cruz de piedra. Tocaba el dia á su término y esperábamos hallar allí un albergue donde pasar la noche, porque iba creciendo el frio: era á principios del invierno.

No tardamos en llegar, atravesando el campo, á las últimas casas del pueblo: una de ellas, bastante aislada, pobre y miserable, tenia abierta una ventana que caia á la vereda por donde ibamos: al otro lado se estendia un espeso retamar.

Bamboche iba delante, seguíale Basquine y yo cerraba la marcha... De pronto se para mi compañero, asoma la cabeza por la ventana, hace un movimiento de sorpresa, y volviéndose vivamente hácia nosotros, dice en voz baja.

—Dinero!... mas de cien francos, quizá!...

Y encargándonos silencio con un ademan, nos hace seña de acercarnos.

Vimos entonces por la ventana un estrecho cuartucho contiguo á una cuadra, de la cual solo le separaba un zarzo de mimbres que dejaban entre sí paso para un hombre. Bamboche nos hizo notar en un rincon del cuarto una mala capa sobre la cual brillaban heridas por un rayo del sol poniente muchas monedas de plata.

La casa estaba sola: al través del establo se veia abierta la puerta que daba á un corral lleno de estiércol.

Despues de un momento de reflexion nos dijo Bamboche:

—Basquine, anda y ponte de acecho en la vereda:

yo y Martin entraremos en la casa por esta ventana, y mientras él cierra la puerta del establo para que no me sorprendan, recojo yo el dinero... que es cosa de un momento.

—Bueno, contesté: pesca tú la plata... y yo cerraré la puerta.

—Si tratan de perseguirnos, prosiguió Bamboche, no hay mas que largarse cada uno por donde pueda. dentro de tres ó cuatro horas nos reuniremos en la cuesta desde donde vimos el pueblo: ya sabeis, donde habia una gran cruz de piedra.

—Sí, dijimos yo y Basquine, vimos la cruz, ya nos acordamos.

Haciendo entonces Bamboche otra seña á nuestra compañera para que marchara á ponerse de acecho, dió un salto y entró por la ventana.

Yo le imité, y mientras mi amigo corria hácia la cama á cojer el dinero, acudí á cerrar la puerta... ya la iba á tocar, cuando apareció de repente un hombre que venia del corral, y á quien no habia yo podido ver hasta entonces. Aunque con alguna sorpresa, me dijo afablemente:

—Qué haces aquí, hijo mio?

En vez de contestar dí un grito convenido de antemano con Bamboche, y me tiré á las piernas del recien llegado, abrazándolas con tanta fuerza, que perdió el equilibrio, cayó... y fueron vanos los esfuerzos que por algunos segundos hizo para levantarse, tanta era la fuerza con que yo le abrazaba.

Mas no podia yo sostener con ventaja por mucho tiempo una lucha tan desigual: como era de suponer mi adversario me sujetó con mano vigorosa y sacándome de la cuadra me llevó al corral, sin duda para examinarme mejor, y sin sospechar siquiera que acababan de robarle y que yo era cómplice de aquel robo.

Yo le seguí sin resistencia, reflexionando que ya Bamboche y Basquine habian tenido tiempo para huir.

—¡Oiga!... me dijo Claudio Gerard.

El era... y su acento revelaba mas asombro que cólera.

—¿Qué te ha dado? ¿á qué ha venido esa furia con que te arrojaste á mí?

Y mirándome con mas atencion prosiguió:

—Pero... tú no eres del pueblo.

Permanecí callado.

—De donde eres? de donde vienes?

Continué guardando silencio, pues la prolongacion del interrogatorio aseguraba mas y mas la fuga é impunidad de mis cómplices.

—Vamos, hijo, prosiguió Claudio Gerard con paternal dulzura—esplícate.,. esto no es natural... estas temblando... conmovido... pálido, mírame.

Entonces alzé por la primera vez los ojos sobre Claudio Gerard.

Desempeñaba á la sazon la escuela del lugar, funciones que aceptadas como él las entendia, equivalian á un sacerdocio... Ví á un hombre de treinta años, de regular estatura, apariencia robusta y miserablemente vestido con una blusa remendada: los pies desnudos medio desaparecian en unos zuecos rellenos de paja llevaba un sombrero muy viejo de fieltro pardusco, de: copa hundida y anchas alas, como los que usan los carreteros franceses: sus pronunciadas facciones no tenian regularidad, pero me sorprendieron por su espresion de melancolía, dulzura y gravedad.

—No quieres responderme, hijo mio? continuó Claudio Gerard con una sorpresa no exenta de inquietud.

—Y ahora reparo... repuso de pronto... yo estaba en el corral hace un cuarto de hora y no te he visto entrar... ¿Cómo has llegado á la cuadra?

Iluminado sin duda entonces por una súbita idea esclamó:

—La ventana de mi cuarto estaba abierta, y ese dinero...

Pero añadió corrigiendose.

—No, imposible!... es un niño!... sin embargo, cuan-

dò me agarró las piernas dió un grito... acaso seria una señal.

Esto diciendo me habia Claudio Gerard cojido un brazo: hízome atravesar el establo, se dirigió precipitadamente hácia lo que el llamaba *su cuarto*, entró, echó una ojeada á la cama y vió que el dinero habia desaparecido.

Tirándome entonces con fuerza del brazo, esclamó:

—Desgraciado!... me han robado y tú lo sabias.

—Yo no, contesté.

—Quién me ha quitado ese dinero?... responde! gritó con voz sonora.

Igual silencio en mí.

—Dios mio! dijo Claudio Gerard, llevándose con desesperacion las manos á la frente... un depósito que me acaban de entregar!... me le han robado!

Aprovechando el movimiento de Claudio Gerard, quise escaparme... pero me volvió á coger al trepar por la ventana.

Mirándome luego con una espresion de cólera, dolor y compasion, murmuró:

—A su edad! Dios mio!... tan pronto!...

Y sin decir mas me obligó á seguirle, atravesó rápidamente conmigo el establo y el corral, se paró delante de una especie de perrera de mamposteria muy reducida, y á pesar de mi resistencia desesperada me encerró, asegurando la puerta esteriormente con un cerrojo.

Al verme prisionero, mi primer pensamiento fué escaparme; pero la pared era gruesa y yo no poseia ningun instrumento para taladrarla: en la puerta que tenia mucha solidez, habia algunos agujeros: apliqué á ella el rostro... mas nada pude ver ni oir.

Convencido de la imposibilidad de fugarme, empezaron á agitar mi ánimo crueles dudas. Olvidando los peligros de mi posicion, no pensé mas que en los que podian correr Bamboche y Basquine, pues si Claudio Gerard daba el alarma y empezaban los habitantes del pueblo á registrar las inmediaciones, era mas que

probable que cojiesen á los dos ladrones. Esta idea me desesperó, aunque tal vez menos que la posibilidad de una separacion.

—Siquiera en la cárcel, decia yo con el egoismo de de la amistad, estaremos juntos.

Al cabo de una hora ví entrar en el corral hasta una docena de vacas y dirigirse al establo guiadas por un muchacho de mi edad: casi al mismo tiempo apareció una mujer vestida con cierto esmero, y gritó con voz desentonada é imperiosa, por varias veces, consecutivas:

—Claudio Gerard

A los gritos salió el vaquerilo del establo y dijo:

—No está en casa el maestro, señora Honoria.

—Cómo que no está! repitió desabridamente ella: pues á dónde diablos ha ido?

—No sé... En su cuarto no hay nadie y tiene la ventana abierta.

—A que tendré que hacer antesala al señor maestro de escuela! murmuró Honoria para sí, como reprimiendo su enojo.

Y empezó á pasear arriba y abajo por delante de mi encierro con una irritacion que á cada vuelta iba en aumento.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, bastante pequeña y rechoncha: tenia cejas pobladas y negras, carrillos abultados y encendidos, aire resuelto y altanero: vestia un bonito traje de seda y llevaba en la garganta una cadena, en la cabeza un gorro con cintas, y que dejaba descubiertos en parte sus negros y lustrosos cabellos.

Diez minutos haria que estaba fulminando maldiciones la señora Honoria cuando ví entrar á Claudio Gerard, pálido y trastornado...

Venia solo...

Mi corazon dió un brinco de alegría. Basquine y Bamboche estaban en salvo... no habian podido dar con ellos.

No bien apareció Claudio Gerard, salió velozmen-

ta la señora Honoria á su encuentro, y esclamó con espereza, encendido el rostro por la cólera:

—Sabeis que hace diez minutos que estoy esperando, con un pié en el aire como la grulla? Dónde habeis estado? Vamos, responded!

—El maestro, sin atenderla apenas, se pasó la mano por la cara, trastornado y bañado en sudor, y murmuró tristemente:

—No hay esperanza, Dios mio!... Perdí el dinero.

Ya no me quedaba duda: Basquine y Bamboche no tenian nada que temer. Harto me lo decia el abatimiento de Claudio Gerard.

La Señora Honoria, tan sorprendida como irritada del silencio del maestro, esclamó.

—Pues me gusta!... estoy hablando al Sr. Claudio Gerard, y no se digna responderme.

—Perdonad, señora Honoria, dijo Claudio con voz inmutada: y reponiéndose, iba á...

—Qué me importa adonde fuérais? el caso es que hace un cuarto de hora que estoy esperando.

Con no poca sorpresa noté que el maestro de escuela no decia una palabra del robo de que acababa de ser víctima. Venciendo su conmocion, respondió á Honoria con tanta dulzura como deferencia:

—Siento haberos hecho esperar, señora... ignoraba que íbais á venir... En qué puedo serviros?

—Quisiera saber ante todo, por qué no habeis arreglado y barrido la sacristía como os mandé esta mañana.

—Empezé á barrer, pero llegó la hora de la clase y...

—La clase, la clase! .. como si no fuera primero la sacristía..... No se os paga para tenerla limpia?

—Es verdad, señora Honoria.

—Pues si es verdad, por qué sois tan holgazan? Y el palomar? Mas de ocho dias hace que no habeis puesto los pies en él. Está asqueroso. El señor cura subió esta mañana y tuvo hasta náuseas... se enfureció contra vos.

—Señora... permitid que...

—Basta: vais á decirme que no os dan nada por limpiar el palomar... lástima fuera! como si no pudieseis servir en una cosa tan pequeña al señor cura.

—Ya sabeis, señora Honoria, que le sirvo en cuanto puedo, respondió el maestro de primeras letras, con una calma y dulzura inalterables. En cuanto tenga un momento libre limpiaré el palomar.

—Se busca ese momento.

—Le buscaré, señora Honoria.

—No, que no!.. Pero vamos á otra cosa: para mañana hay que abrir una sepultura; os lo venia á decir de parte del señor cura; pero como andabais corriendo la pavana... ya se ve!

—Una sepultura! dijo vivamente Claudio Gerard... sin duda para esa señora tan jóven? Con que no hay remedio?

—No, no hay remedio, respondió secamente Honoria. El señor cura la ha administrado al acabar de comer... asi, á manera de *pus-café*...

—Pobre jóven! dijo Claudio Gerard con acento de dolor y compasion: morir à su edad... tan hermosa!..

—Maldita la lástima que tengo yo de esas señoronas, tan hermosas y tan encopetadas, pero que se escapan de casa del marido con sus amantes, repuso agriamente Honoria.

—Dos años ha estado esa jóven en el pueblo, y siempre ha vivido absolutamente sola con su criada; de qué se la puede acusar? replicó Claudio Gerard en tono severo.

—Toma! vivia sola, porque antes de venir la habia dejado plantada su amante; y á fé que hizo lo que debia.

—Y su hija? qué dolor de niña! dijo Claudio melancólicamente: venir aqui para ver morir á su madre.

—El tonto es el marido que se la envia.

—Señora... harto castigo era el haber estado separada de ella tanto tiempo.

—Ella se lo quiso.

Por muy culpable que sea una mujer... quién la

puede privar de ver á su hijo... para abrazarlo por última vez antes de morir?

—Pues yo se lo hubiera negado.

—Sois muy severa, señora Honoria... muy severa... verdad es que teneis derecho á ello.

—Ya lo creo! Pero el que vos no teneis y os tomais, respondió Honoria, es el de hacerme esperar como hoy. A ver si mañana está la sacristía barrida y el palomar limpio. (1)

—Procuraré que lo estén, señora Honoria.

---

(1) Aunque en esta pintura de la miserable condicion que se halla reducido el maestro de primeras letras de un lugar, único dispensador de la educacion, rivalice en la parte odiosa con la ridícula, no se crea que hay en estos hechos la menor exageracion, ni menos que son escepcionales. En un escelente libro *oficial*, y muy moderado por consiguiente, pero escrito bajo el imperio de las ideas mas generosas, leemos.

"Podemos decir que el maestro de escuela es colocado á „menudo en los lugares *en la misma categoria que los pordio-„seros*, y que entre el pastor y él la *preferencia está á fa-„vor del pastor* (p. 213) que cuando los alcaldes quieren dar „al maestro una prueba de aprecio *le hacen comer en la coci-„na.*„— Y mas adelante — "Apremiados siempre por la ne-„cesidad de cobrarse de los 200 francos que al maestro se „dan, muchos cabildos municipales han pretendido que al-„menos se consideren comprendidas en sus obligaciones mil „diferentes cosas que bastan para quitarle todo el tiempo: „le hacen *ser sepulturero y tambor*, *limpiar el lavadero pú-„blico*, *dar cuerda al reloj, ejercer las funciones de chantre y „sacristan, comprar de su bolsillo las hostias, lavar los paños „de altar y comprar las escobas* (234.„)

Las notas siguientes á que se remite el autor del libro de que hablamos, están estractadas de los informes dados por los cuatrocientos noventa inspectores de las escuelas de Francia.

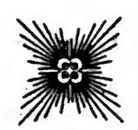
"(112) Los maestros de primera educacion son pobres „y andan mal vestidos: dan leccion con zuecos y sin me-„dias, chaleco ni corbatin. A pesar de la triste idea que „tenia yo de la instruccion en estos campos, estaba muy „distante de pensar que los maestros se hallasen en una

—Cuidadito, dijo el ama del cura alejándose, con magestuosos pasos.

„situacion tan deplorable. ¿Ni cómo podia ser menos, „cuando cada alumno les paga 40, 90 y aun algunos 25 „céntimos al mes, y están la mayor parte casados y carga- „dos de familia? (214) B... que no saca de su profesion de „maestro mas que unos cien francos al año, *sirve de criado* „*en casa de un labrador*. (234) En los contratos se estipu- „lan todas las funciones del profesor de primeras letras. Es „*chantre, sacristan, sepulturero, secretario gratuito del señor* „*alcalde y criado del señor cura*. (214) En Saint Antonin, el „maestro R... *mozo del concejo, campanero y sepulturero*, se hallaba ausente.„

Tendremos ocasion de citar muchas veces este escelente libro titulado: "Estado de la instruccion primaria en „Francia, sacado de documentos auténticos, remitidos al „ministro de instruccion pública, por los cuatrocientos no- „venta inspectores encargados de visitar todas las escuelas „de Francia, por Mr. Lorrain, profesor de retórica en el „colegio de Luis el Grande.„

París: Hachette.



CAPITULO XXVII.

Libertad.

La inalterable dulzura, la resignacion tranquila de Claudio Gerard, me causaron una impresion singular: sentime enternecido y casi me asaltó un remordimiente de haber tenido parte en un robo tan sensible al parecer para aquel hombre.

Estaba anocheciendo cuando se alejó la señora Honoria.

Claudio Gerard se encaminó hácia la cuadra, mas acordándose de mí sin duda, retrocedió de improviso, se aproximó á mi encierro, le abrió y dijo:

—Seguidme.

Andando delante del maestro, acompañele á lo que llamaba su aposento.

Una empalizada semejante á las que sirven para encerrar los rebaños, separaba del establo el recinto donde moraba Claudio Gerard. Al débil resplandor de una vela distinguí encima de la mala cama del maestro algunas tablas cargadas de libros: en un rincon, apoyado en la tapia habia un cuadro de madera negra

donde aun se conservaban guarismos hechos con yeso, y sobre una mesa coja estaban amontonados muchos cuadernos de escritura.

Miraba yo con inquietud á Claudio Gerard, no sabiendo lo que haría.

Seguramente, dije para mì, querrá obligarme á que nombre á mis cómplices y entregarme en seguida á los gendarmes que me llevarán á la cárcel á pasar años y años; pero me matarán antes que delate á Basquine y á Bamboche, esclamaba yo heróicamente, reflexionando con dolorosa angustia acerca de nuestra separacion que podia ser eterna. Cómo haría para encontrar á mis compañeros? Cómo me escaparia para incorporarme con ellos en el sitio que habiamos designado?

Sin dirijirme la palabra tomó Claudio Gerard un pedazo de pan casi negro, puso sobre la mesa un sa quillo de nueces y un puchero con agua y partiendo un cantero, acompañado de algunas nueces, me le alargó diciendo con reposada voz:

—Si tienes hambre... come...

A pesar de mis inquietudes y pesares sentía un hambre devoradora: habiamos caminado todo el dia en ayunas, y asi agradecí doblemente la hospitalaria oferta de aquel hombre que tantos motivos de queja tenia contra mí.

Mientras yo devoraba un pan muy duro y cascaba las nueces, Claudio Gerard sentado en un jergon me observaba atentamente hasta que al cabo de un rato dijo como si hablara consigo mismo.

—Sin embargo, esa fisonomía respira dulzura é inteligencia.

Abrióse de pronto la puerta del corral, cerrada solamente con picaporte, y un vozarron grueso esclamó:

—Eh! Hola, Claudio Gerard!

—Qué se ofrece? preguntó el dómine. Quién vá?

—Soy yo, Pimpollo, el porquero del señor alcalde, vengo de su parte y con urgencia.

—Qué ocurre? dijo Claudio Gerard. Adelante.

—Gracias, repuso Pimpollo, no me gusta andar entre las vacas: hablaré desde aqui porque voy de prisa.

—Enhorabuena, hablad.

—El señor alcalde dice que vayais mañana al amanecer con la campana para tocar lo que él os diga, á fin de que sea el toque antes de que la gente salga al campo... estamos?

—Amigo, le direis al señor alcalde que no me es posible cumplir su órden, porque el señor cura me ha mandado abrir una sepultura á la misma hora para enterrar á una señorita. De suerte que no hay medio...

—Bah! yo no sé... digo lo que me han dicho... Ah! Tambien han ido á quejarse las lavanderas de que era menester limpiar el lavadero porque la ropa se ponia negra y olía mal, de tanto fango como hay en la pila: con que el señor alcalde dice que limpieis mañana tambien el lavadero.

—Amigo mio, contestó Claudio Gerard con el mayor aplomo, aunque disimulando una ligera ironía, decidle al señor alcalde que á pesar de que el señor cura me ha mandado limpiar inmediatamente su palomar, como que el lavadero interesa mas al procomun, me adelantaré á desahogar la pila, asi que haya abierto la sepultura, y luego iré á tocar para la hora en que la gente vuelve del campo.

—Voy á decírselo, pero se va á enfurruñar, porque ya sabeis qué genio gasta...

—Adios, Pimpollo, dijo el maestro de escuela, deseoso sin duda de poner término á la conversacion.

—Buenas noches, Claudio, replicó el porquero, voy á decir al señor alcalde que no quereis tocar mañana por la mañana.

La puerta se cerró en seguida.

No era posible que tuviera yo entonces ideas muy fijas acerca de la estension y variedad de cargos de un maestro de escuela: sin embargo, no habia dejado de sorprenderme oir á la señora Honoria mandar á Claudio Gerard, de parte del cura, abrir una huesa, barrer

la sacristía y limpiar el palomar. Mi sorpresa subió de punto cuando por otro lado vino el porquero mandando, de orden del alcalde, á Claudio Gerard que tocara las campanas y sacara la broza de la pila.

Otra cosa que me chocaba mucho era la admirable resignacion con que aceptaba Claudio Gerard esta multiplicidad de empleos y prometia ejecutar órdenes tan diversas...

Despues que marchó el porquero, quedóse Claudio un rato silencioso, y díjome mirándome con atencion:

—Atiende... el dinero que me han robado, no era mio... era un depósito... se han escapado tus cómplices y yo he perdido el dinero... Cómo he de restituirle cuando me lo reclamen? Ciento veinte francos habia, y soy harto pobre, y gano harto poco para economizar jamás una suma como esa...

Un medio tendria no mas de probar que me han robado... entregarte á la justicia como cómplice del robo.

Calló un momento Claudio Gerard sin apartar de mí la vista: su amenaza, que como supe despues, solo era una prueba, me hizo estremecer.

—Tienes miedo de ser preso? me dijo.

—De ser preso solo, sí, porque en la cárcel estaré separado para siempre de mis camaradas y mas quería morir que renunciar á verlos.

—Son tus camaradas los que me han robado? los quieres mucho?

—Sí, sí, mucho, contesté enternecido.

—Creo que dices la verdad y eso revela que tienes buen corazon... Mas cómo puedes querer á unos ladrones? Miserables, sin duda que habrán abusado de tu infancia para hacerte su cómplice!

No contesté, creyendo que lo mas prudente era ocultar que mis cómplices eran de mi edad y no dar noticia alguna de Basquine y de Bamboche, para dejar en su error á Claudio Gerard.

Como se prolongara mi silencio, continuó el dómine:

—Quiénes son tus padres? Cómo han podido abandonarte tan jóven?

—No tengo padres.

—No los tienes?

—No, soy espósito...

—Ah! comprendo, esclamó Claudio con un suspiro de lástima: asi es, se comienza por el abandono, viene luego el ejemplo del vicio y detrás el vicio... Pobre criatura! no tengo yo valor para acusarte.

La melancólica faz del maestro espresaba tan tierna compasion que me conmovió.

Despues de unos momentos de reflexion, añadió Claudio Gerard:

—A tu edad, es siempre posible volver al buen camino... vaya... sé franco, confiésamelo todo y tal vez...

—Nada tengo que confesar, repliqué brutalmente, no quiero delatar á nadie; enviadme á la cárcel, si os da gana..

En lugar de irritarse con mi respuesta, repuso Claudio Gerard con dulzura, encogiéndose de hombros:

—A la cárcel? Cuando te sorprendí, cuando hallé que me habian robado, no te habria mandado prender, no habria denunciado el hurto, á no arredrarme la idea de enviarte á la cárcel? Si fueses hombre, no vacilaria, porque el robo es un crímen infame y debe hacerse justicia... Mas á tu edad, pobre niño, aun no es justo desesperar. En la cárcel te tendrian hasta los diez y ocho años, y saldrias de allí criminal endurecido, incurable...

—En ese caso, buen señor, dejadme marchar, esclamé con las manos cruzadas, viendo lucir un rayo de esperanza. Oh! por Dios, dejadme partir.

—Y donde irias?

—A buscar á mis compañeros.

—Y en encontrándolos, qué harás?

—Irme con ellos.

—Para robar, desdichado?

—Oh! no, siempre no....

—Cómo!

—No robábamos, sino cuando no podiamos pasar por otro punto.

—Luego conoces que habria sido mejor no robar?

—Toma! no hay el riesgo de ir preso, y ademas...

—Qué?

—Dicen que no es bien hecho el robar, perocuando hay hambre... es necesario comer.

—Si no robábais siempre, como vivíais el resto del tiempo?

—Pediamos limosna y otras veces cantaba Basquine en las tabernas, respondí sin reflexionar.

—Basquine? repitió Claudio Gerard, mirándome sorprendido.

No le contesté, pesaroso de que se me hubiera escapado aquel nombre: el maestro tambien guardó silencio un breve espacio y añadió á poco, sin darse por entendido de su repentina reticencia.

—Por qué deseas tanto reunirte con tus compañeros?

—Porque nos hemos jurado no separarnos nunca! esclamé.

—Generalmente un niño de tu edad no empeña tales juramentos con personas mayores, me dijo Claudio.

—Mis compañeros no son personas mayores.

Viendo que yo me mostraba apesadumbrado por esta segunda revelacion involuntaria, añadió Claudio Gerard.

—Vaya, no te pese haber dicho la verdad, acaso eso sea mas ventajoso para tí y para tus compañeros... si... para tus compañeros...

Miraba yo al maestro con tanta sorpresa como desconfianza, y adivinó mis sentimientos sin duda, por que prosiguió con un acento lleno de franqueza y de bondad.

—Desconfias de mí: por ventura tengo traza de hombre malo? te he maltratado en el primer momento en que descubrí el hurto? te he hablado con dureza? No te he manifestado mas compasion que cólera á pesar de tu accion perversa? Y sabes por qué lo hago,

pobre niño? Porque creo que abrigas buenos instintos porque tengo seguridad de que solamente estás descarriado, como acaso sucede tambien á tus compañeros. Vamos, qué edad tienen?

—Basquine tiene dos años menos que yo y Bamboche dos mas, contesté sin poder resistir á la penetrante influencia de Claudio Gerard.

—Una niña de esa edad, cómplice ya de robos, de robos cometidos por otro niño! Qué horror! esclamó Claudio.

—Míseras criaturas! Qué estrañas circunstancias os han reunido? No tienen padres tus camaradas tampoco?

—No señor...

—Y hace mucho tiempo que andais vagabundos mendigando por los caminos?

--Sí señor, hace algunos meses.

--Creo haberte oido que esperas encontrar á tus compañeros, si te dejo en libertad... Teniais convenido punto de reunion?

—No he dicho eso.

—No, pero es verdad. Tus compañeros, á quienes no pude atrapar, te estarán aguardando sin duda en estas cercanías.

—Os juro que no, esclamé asustado de la penetracion de Claudio... ademas, aun cuando supiera donde están... me matarias antes que consintiera en delatarlos...

A estas razones añadí con sorna y muy hueco por lucir tambien mi penetracion:

—Todo eso lo decis para agarrar á mis compañeros y recobrar vuestros dineros; quereis pegármela...

Claudio Gerard se sonrió tristemente.

—Esa malicia, cuando tan indulgente me muestro contigo, me entristece. Mas al cabo, qué puede suceder con la vida que has llevado? Te compadezco, sí, te compadezco.

—Si he llevado esta vida, no es mia la culpa, dije conmovido por la mansedumbre de Claudio. Dos veces quisimos hacernos buenos y nos recibieron como

perros. Asi, pues, tanto peor, seguiremos como estamos.

—Dices que tus compañeros y tú habeis tenido conviccion de la mala vida que arrastrais?

—Vaya, yo lo creo, como que Bamboche decia una vez llorando: *ro, pues nosotros no eramos malos.*

Estas últimas palabras chocaron á Claudio: dió una vuelta por el aposento y dijo acercándoseme:

—Mira, te creo capaz de ser hombre de bien con una buena direccion. Si quieres, quédate aqui, pero te prevengo que tu situacion será penosa! El pan negro que has comido esta noche es mi alimento cotidiano: como yo, dormirás en este establo: participarás de mis duras faenas, mas te arrancaré de una vida que conduce al crímen. Desarrollaré tus buenos instintos, te instruiré... te pondré en disposicion de que algun dia ganes tu vida honradamente... Me has inspirado un interés singular, que me asombraría, si no pensara en la circunstancia que le produce, porque este es el momento decisivo de tu vida... Ahora vas á elegir entre el bien y el mal...

—Yo!

—Escúchame: deseo que te quedes á mi lado, pero no puedo obligarte... Si aceptas, que sea libre... voluntariamente, porque á cualquier hora podrás abandonar esta casa. Reflexiona bien y toma un partido.

Asustábame este triste y laborioso porvenir: no le contesté pero me sentia profundamente conmovido por las bondades de Claudio quien continuó:

—Oye ahora lo que te propongo para tu camarada y esa pobre niña que le acompaña.

Sorprendido, miré al maestro.

—Aun es temprano, la noche está clara y esa ventana próxima al suelo; si sabes dónde hallar á tus compañeros, ve á buscarlos.

Claudio Gerard abrió la ventana.

Brillaba la luna; á lo lejos ví la campiña y al estremo del horizonte la colina que cortaba el camino real y donde nos habiamos dado cita al pie de una cruz de piedra.



Como no comprendia las intenciones de Claudio me hallaba estupefacto.

En tanto, prosiguió:

—Si tus compañeros sienten aun deseos de entrar en mejor vida, diles que hallaré dos personas que hagan por ellos lo que me comprometo á hacer por tí: pero que tambien lo pasarán con miseria. Diles que el dinero que me han sustraido no me pertenece, y que este robo puede causarme crueles aflicciones. Si tus compañeros conservan aun algun sentimiento bueno se volverán contigo, me traerán ese dinero que ellos gastarian locamente, y disfrutarán un asilo, pan y buenos consejos. De esta suerte no sereis separados.

—No nos separaremos? esclamé.

—Espero que no, porque tus camaradas residirán en este pueblo y vendrán á la escuela. Si persisten tus compañeros en el mal, déjalos, ó vete con ellos, si es que mi oferta no te mueve. Mas, cuenta que algun dia llorarás tu error.

--Estaba yo inmóvil, fijos los ojos en Claudio Gerard, y combatido por la emocion que sus palabras me causaban y el temor de caer en un lazo.

Estrañando mi inmovilidad, me dijo Claudio Gerard.

—Vete... qué esperas?

—No me atrevo... querreis engañarme.

Claudio se encogió de hombros, y respondió con longanimidad angelical:

—Engañarte!... cómo?... Supongo que tendrás la suficiente resolucion para resistirte á mis amenazas, si me empeñara en saber á la fuerza el sitio en que te aguardan tus compañeros.

—Oh! eso sí... primero me mataríais.

—Pues bien, permito que te vayas solo.

—Y si me seguís de lejos?

—Hace luna, y el campo es llano: si ves que te sigo, puedes pararte.

Nada encontraba mi tenaz desconfianza que objetar á estas reflexiones: asi es que guardé silencio.

—Vamos, prosiguió Claudió Gerard, despacha, ha-

ce tres ó cuatro horas que se cometió el robo: si tus compañeros no te ven volver, pueden cansarse de esperar... date prisa...

Confieso que aunque me conmovian las pruebas de compasion é interés que me daba Claudio, no pensé mas que en el placer de reunirme con Basquine y Bamboche, y de continuar con ellos nuestra vida vagabunda, si no admitian las proposiciones que iba á hacerles.

Corrí hácia la ventana.

Iba ya á trepar por ella cuando me detuvo Claudio Gerard, y dijo enternecido, abriendo los brazos:

—Abrázame, pobre niño... Dios te inspire y haga que vuelvas... solo ó con tus compañeros.

Yo me arrojé en sus brazos sin poder contener las lágrimas que mas de una vez habian asomado á mis ojos durante este diálogo: y ¿cómo podia no haberme enternecido la indecible bondad, la indulgencia paternal con que aquel hombre me trataba, á mí, cómplice de una accion perversa que podia producir para él los peores resultados? A su voz se reprodujeron en mi alma los saludables remordimientos cuya influencia habíamos sentido mas de una vez mis compañeros y yo, y acaso sin el ciego cariño que me inspiraban Basquine y Bamboche hubiera yo aceptado la generosa proposicion de Claudio. Arrancándome por fin de sus brazos, me dirigí á la ventana.

Al poner los pies afuera, vacilé unos segundos en abandonar el asilo tutelar que se me ofrecia.

Oprimido cruelmente el corazon, me pareció que renunciaba para siempre á todo bien: pero venció el recuerdo de mis amigos y salté por la ventana.

Dí corriendo algunos pasos, mas conociendo de pronto cuánta ingratitud seria marcharme sin decir una palabra de agradecimiento á Claudio Gerard, hice alto y me volví.

La luz de la luna me permitió ver al maestro de escuela sentado en la ventana, y mirándome con ojos tristes.

—Adios, señor maestro, le dije con el corazon pre-

ñado de lágrimas,—tantas gracias por vuestra bondad, por no haberme enviado á la cárcel.

—No me puedo resignar á darte un á Dios eterno, me respondió el maestro con voz aflictiva: déjame que aguarde tu regreso. Es imposible que no te hayan hecho fuerza las razones que te he dado, los ofrecimientos que te hecho; si asi fuese... añadió con sentido dolor, no habria ya remedio para tí... Cúmplase tu suerte.

—Me parece que no volveré, dije moviendo la cabeza, me despido... para siempre... estoy seguro...

Y me alejé rápidamente por el lado del camino real en que nos habíamos citado para el caso de que nos persiguieran.

La costumbre de a dar errante me habia hecho adquirir gran memoria para retener los sitios, asi es que encontré con facilidad la senda que necesitaba entre las mil veredas que se cruzaban por aquellos campos.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha nice alto en una eminencia desde la cual podia ver todavia la ventana del maestro de escuela, que ténuamente iluminada, permitia divisar la silhueta de Claudio Gerard, que sentado en su borde, continuaba sin duda siguiéndome con la vista.

Bajé por la parte opuesta de la colina, y la casa desapareció á mis ojos. Proseguí rápidamente mi camino.

Cuanto mas me alejaba de aquella especie de faro salvador, menos fuerza tenian mis buenos propósitos.

Pensé en la penosa condicion á que me hubiera reducido aceptando las proposiciones de Claudio Gerard; y comparando el porvenir que me ofrecia con aquella vida holgazana, alegre, errante, llena de azares, cuyo irritante atractivo habia ya saboreado, con aquella vida en fin, que yo compartia con los dos amigos de mi infancia... no acerté muy luego á comprender mi reciente indecision y me eché en cara mi debilidad.

Una hora despues llegué al camino real, y en su

parte mas alta vi la cruz de piedra al pie de la cual debiamos reunirnos.

La desierta y silenciosa carretera estaba alumbrada de lleno por la luna.

Confiaba yo en encontrar allí á mis compañeros, pues una vez puestos en salvo debian haber sentido una viva zozobra respecto á mí, y eran incapaces de abandonar el pais sin hacer cuando menos una tentativa para reunirse conmigo. Deseoso pues de avisarles de mi vuelta lo mas pronto posible, me paré, aunque todavía me separaba una larga distancia del lugar de la cita, y dí un grito conocido ya de Bamboche y Basquine.

No puedo espresar la angustia, la agitacion con que aguardé su respuesta á esta señal.

Mis esperanza se frustraron. Nadie respondió.

—Están muy lejos... no pueden oirme, dije corriendo hácia la cruz de piedra cuyos brazos se veian heridos por la luna, pero cuyo macizo pedestal desaparecia entre sombras espesas.

Merced á la agilidad de mis piernas, y á pesar de lo empinado de la cuesta, llegué en pocos minutos la pie de la cruz.

No estaban allí mis compañeros.

En vano tendí la vista á lo lejos, dominando desde el punto en que me hallaba los dos lados del camino: á nadie ví. Desgarrado el corazon, dí gritos llamando á mis amigos.

Ninguna voz respondió á la mia.

Rendido de cansancio, jadeante, desesperado, caí entonces al pié de la cruz, deshaciéndome en lágrimas... sintiendo mas que míl muertes el odioso abandono de mis compañeros. De pronto advertí que tenia mojadas las manos que tenia apoyadas en el suelo: bajé los ojos y ví un ancho charco de color negruzco en medio del cual estaba caido un pedazo bastante grande de tela blanca... le cojí, y á la luz de la luna brillaron entonces tres monedas de á cinco francos que en él habia envueltas.

Pero ¡cuál no fué mi sorpresa al reconocer en aquel

dedazo de tela el chal andrajoso que habia llevado Basquine en aquel mismo dia... y al verle manchado de sangre, pues de sangre era el charco negruzco en que habia yo puesto las manos!

El chal y las tres monedas dejadas ó caidas allí por casualidad eran pruebas suficientes de que Basquine y Bamboche, fieles á su palabra, habian acudido al lugar de la cita despues del robo; ¿pero què les habia sucedido luego? ¿Era sangre de Basquine ó Bamboche la que bañaba la tierra? ¿Qué misterioso acontecimiento la habia hecho correr?

Todos estos pensamientos se ajitaban con espanto en mi mente. Sentí que se trastornabcn mis ideas, me dió una especie de vértigo y caí sin conocimiento al pié de la cruz, apretando en la mano el chal de Basquine.



CAPITULO XXVIII.

Indecision.

IGNORO cuánto tiempo tardaria en salir de mi postracion, durante la cual nada ví ni en nada pensé: mas cuando recobré los sentidos habia la luna desaparecido y estaba la noche enteramente oscura. Reuní mis recuerdos. Las tres monedas, y el chal ensangrentado me hicieron volver á la realidad.

¿Qué debia resolver?

¿Esperar á que amaneciese para buscar á Basquine y Bamboche? ¿Mas cómo podia hallarlos? ¿Hácia qué parte debian dirigirse mis investigaciones? ¿ Aquella sangre fresca, seria de ella... ó de él? Si uno de los dos habia sido gravemente herido... ó muerto tal vez, á dónde se habia refugiado el otro? ¿A qué albergue se habria trasladado el herido? dónde estaría oculto el cadaver?

Perdíase mi imaginacion en medio de tan desgarradora incertidumbre y no atinaba con ningun partido posible y practicable.

Cansado de buscar una salida en medio de tanta

perplejidad, me acordé de Claudio Gerard y de sus generosos ofrecimientos.

La idea de continuar solo aquella vida errante y azarosa cuyo principal encanto consistia para mí en compartirla con Basquine y Bamboche, me sedujo poco, lo confieso.

Mas por otra parte Claudio Gerard me habia dicho francamente que al aceptar sus ofertas debia resignarme á una vida de privaciones y trabajos: y estaban tan arraigadas en mí la holganza y la independencia, que no podia mirar sin cierto terror aquella prolongada série de dias tristes y laboriosamente empleados que me esperaban en casa del maestro de primeras letras. Sin embargo, alli podia encontrar una existencia, dura y miserable, pero segura á lo menos, y aunque entre Claudio y yo mediase una grande diferencia de años, quizá podia su cariño ayudarme á conllevar la pérdida de la ausencia de mis amigos de la infancia.

Aquella necesidad de tener una persona á quien amar y con quien desahogarme, necesidad tan natural y viva en mí, se habia desarrollado mas y mas en vez de debilitarse, con la costumbre de servir á mis compañeros, aun á costa de grandes rasgos de abnegacion, siempre que su amistad lo habia exigido; parecíame muy cruel resignarme á vivir solo, sobre todo sabiendo por esperiencia cuanto trabajo costaba encontrar un amigo.

Semejantes reflexiones hacian que se inclinase la balanza en favor de Claudio Gerard, aunque veia que jamás habria entre nosotros intimidad, confianza, compañerismo.... El maestro de escuela me infundia bastante respeto, y ya me conocia yo lo suficiente para preveer que mi gratitud y veneracion nunca se trocarian en tierna familiaridad....

No sé cuánto tiempo habrian durado estas vacilaciones, poco honrosas para mí, sin un pensamiento singular que me ocurrió súbitamente.

Aun no se me habia olvidado mi encuentro con la encantadora Regina, robada por mí en la selva de

Chantilly, aunque con resultados harto inocentes por cierto, á pesar de los malos consejos de Bamboche; pues todo en mi temeridad no me animó á mas que á estampar un beso en la frente pálida y glacial de la infeliz niña cuando la llevaba desmayada en mis brazos, hasta que espantados por la proximidad de una ronda, abandonamos Bamboche y yo á nuestros dos cautivos.

Arrastrado por el ejemplo de los amores prematuros de Bamboche que sin duda habian dipertado en mí una sensibilidad precoz... me habia prendado súbitamente y continuaba cada vez mas enamorado de Regina, cuya imágen no se apartaba de mi memoria.

Al principio se burlaron mis amigos de mí, pero tardaron poco en mirar seriamente mi pasion. En medio de nuestras azarosas caminatas, era aquel amor frecuentemente el objeto de nuestras conversaciones. Preciso es renunciar á decir la estravagancia ó la brutalidad de los medios que yo imaginaba para relacionarme con Regina y obtener su correspondencia *cuando fuese grande*: uno solo habia, menos disparatado y grosero que los otros: luego que tuviésemos la edad debíamos engancharnos Bamboche y yo en el ejército, Basquine nos seguiria como cantinera (porque no queriamos separarnos) y como en nuestro concepto no podia haber soldados sin guerra, yo alcanzaria á fuerza de valor algun grado como de general ó de capitan, en cuyo caso me casaría con Regina, ó la robaría *de veras* si no me la daban.

Por mas absurda que fuese esta novela infantil ya me complacia en ella abrigando una vaga esperanza... y cosa singular, que tuve buen cuidado de ocultar á mis amigos! muchas veces, sentia pensando en Regina cierto arrepentimiento de la vida que llevábamos, conociendo por un instinto inesplicable, á pesar de los ejemplos de Bamboche, que el verdadero amor es puro, recto, elevado...

En medio de la confusion y del dolor en que me tenia la suerte de mis amigos, olvidé por un momento á

Regina, mas su recuerdo se despertó nuevamente en mí, cuando mas dudoso estaba sobre las ofertas de Claudio.

—Por ninguna cosa del mundo me hubierayo separado de mis amigos, dije: pero ya que ha sucedido esta desgracia, creo que siguiendo los consejos de Claudio Gerard *me acercaré á Regina*, y que esta idea hará mas llevadera la suerte que me aguarda.

Ahora que por tantas razones, ay!... examino escrupulosamente mis mas mínimos recuerdos relativos á Regina, veo perfectamente que por mas estraordinaria que me parezca, esta fué la razon principal que me movió á volver á casa del maestro de escuela. La idea de acercarme mas á Regina, enmendándome...

. . . .

Recogí el chal ensangrentado de Basquine, junto con las tres monedas y volví al pueblo.

Al llegar á lo alto de la cuesta, desde donde se descubría la casa, ví que todavía tenia luz la ventana.

—Me estaba aguardando, dije para mí.

Y no sé por qué concebí una especie de resentimiento contra Claudio Gerard. La seguridad con que en mi concepto había previsto mi regreso, me avergonzaba hasta tal punto que á pesar de mi resolucion me dieron tentaciones de volver atrás... Aun tenia quince francos, restos del robo... podia vivir con ellos muchos dias.... pero reflexionando que aquel dinero estaba teñido con la sangre de Basquine ó de Bamboche, me horroricé de apelar á tal recurso, escrúpulo raro que no habia sentido al apropiarme parte del hurto hecho á Claudio Gerard.

Proseguí, pues, mi camino.

A pocos pasos de la escuela me paré, y oculto entre la sombra, observé atentamente al maestro, por la ventana que continuaba abierta.

En el estudio que de mí mismo estoy haciendo, frente á frente con mi conciencia, nada quiero omitir y mucho menos tratándose de los sentimientos depra-

vados que he combatido despues enérgicamente, ya que no vencido completamente.

No observaba yo á Claudio Gerard... *le espiaba* con cierta amargura. Desde entonces iba á ser *mi amo*, y me causaba curiosidad el averiguar por su fisonomía, ínterin estaba solo, si era en realidad diferente de lo que al principio me habia parecido.

Sentado junto á una mesita. puesto un codo sobre ella y la frente apoyada en la mano izquierda, escribia lentamente con la derecha.

Al cabo de algunos instantes dejó caer la pluma, dobló la cabeza hácia atrás y se quedó inmóvil, apretándose las sienes con las dos manos violentamente crispadas. Grande fué mi sorpresa al ver su rostro bañado en lágrimas, mientras alzaba los ojos al cielo con dolorosa espresion.

Mas á poco se enjugó el llanto con el dorso de la mano, se levantó y empezó á dar precipitados paseos.

Yo observaba todos sus movimientos con curiosidad é inquietud. Despues de recorrer por algun tiempo su cuarto, se asomó á la ventana, y pasados algunos momentos de silencio interrumpidos solo por profundos suspiros, murmuró:

—No viene ese pobre niño... está perdido completamente... me equivoqué.

Y cerró la ventana.

Nuevamente se disiparon mi desconfianza, mis maliciosos recelos ante la afeccion dulce y grave que Claudio Gerard me inspiraba. Aguardé algunos momentos antes de llamar para que no sospechase mi espionaje.

Apenas toqué tímidamente los vidrios, se abrió la ventana.

Aun me parece oir la esclamacion de sorpresa y de júbilo conque fué saludada mi presencia.

De un brinco entré en el cuarto. Claudio Gerard me estrechó contra su corazon con un gozo inesplicable.

—Dios sea loado... decia... no, no... no me equi-

vocaba... Pobre mnchacho!... te habia juzgado bien.

La reflexion le hizo añadir.

—Y tus compañeros? no se han resuelto á seguir tu ejemplo?

Referí á Claudio la utilidad de mis pesquisas, y le enseñé temblando el pañnelo ensangrentado de Basquine, y las tres monedas de plata.

—Puede haberse cometido un crimen, me dijo grave y pensativo. Sin comprometerte como cómplice del robo, procuraré aclarar mañana este misterio... tranquilízate, hijo mio, y sobre todo, descansa de las penosas sensaciones de hoy... acuéstate en mi cama, ahí estarás mejor... yo voy á echarme en el establo... haz por dormir bien.. mañana me contarás tu vida, y hablaremos del porvenir... Ea, buenas noches... cómo te llamas?

—Martin.

--Martin!... esclamó Claudio Gerard, inmutándose.

- "Martin! repitió con una espresion indescriptible. Y no conoces á tus padres?

--No señor... Me acuerdo de que he sido muy pequeño, fuí aprendiz de un albañil: luego me cojieron unos saltimbanquis, y he estado con ellos hasta hace pocos meses que me escapé con mis compañeros para mendigar.

--Locura, murmuró para sí Claudio Gerard... Qué idea!... es imposible... Pero ese nombre... el interés singular que me inspira este niño!... Bah! lo mismo me hubiera compadecido de cualquier otra criatura tan próxima como él al precipicio... Sin embargo, ese nombre... ese nombre... me pareco que por él he de querer mas todavía á este infeliz.

--Volviéndose á mí añadió:

--No recuerdas alguna circunstancia de... pero no, duerme, duerme... hijo mio... mañana hablaremos.

--No tengo sueño, le contesté: estoy muy triste.

--Pues entonces cuéntame en pocas palabras, pero francamente, tu vida.

--Hícelo así, refiriéndole todo, á escepcion del amor que tenia á Regina.

--Mi ingenioso y sincero relato enterneció é irritó alternativamente á mi nuevo amo, quien me manifestó el horror que le inspiraban La-Lebrasse, la tia Mayor, etc., y el profundo dolor que le causaba la suerte de Basquine. Acusaba á Bamboche, pero tambien le compadecia. En suma, Claudio Gerard me dijo muchas veces que sentia amargamente la desaparicion de mis compañeros, pues en vista de lo que yo le contaba, estaba seguro de que podian enmendarse.

Cuando llegué á nuestra última tentativa para obtener el apoyo de los *hijos de los ricos* que encontramos en la selva de Chantilly, nombré al vizconde de Scipion Duriveau, título y nombre que habia repetido á menudo con mis compañeros, ya para burlarme del primero, aplicado á un niño, ya para no olvidar la insolencia y perversidad del que lo llevaba.

Apenas pronuncié el apellido de Duriveau dió Claudio Gerard un bote en su silla, y sus facciones revelaron un dolor tan agudo y repentino cual si acabasen de clavarle un puñal en el corazon.



CAPITULO XXVIII.

Indecision.

Despues de un largo rato de silencioso abatimiento, díjome con amarga sonrisa:

--Tú tambien pronuncias el nombre de Duriveau con dolor y aversion, no es verdad?

--Ya se vé, dije sorprendido de la pregunta, como el vizcondesito, segun le llamaban sus criados, se mostró tan malo, tan desdeñoso con nosotros...

--Yo tambien, esclamó, yo tambien pronuncio ese nombre con dolor, con aversion... tendremos por tanto ese lazo mas...

--Conque conoceis tambien al vizconde? dije: y os trató mal como á nosotros?...

--El no: pero su padre... su padre... jamás le...

Interrumpiendo lo que iba á decir, pasóse Claudio la mano por la frente, y dijo encogiéndose de hombros:

--Por cierto, que el dolor me hace delirar... Qué voy á contar á este niño? Ah! mis recuerdos! mis recuerdos!

Exhalando un profundo suspiro, me dijo:

--Continúa, amigo mio.

Terminé mi confesion con el retrato de lo que nos habia ocurrido desde el encuentro con los niños ricos: vagabundez, mendicidad, robo, nada le oculté.

Despues de escucharme con sumo interés, dijo Claudio Gerard dándome un abrazo:

—Hijo mio, si es posible, me felicito cada vez mas de haberme acercado á tí: á poco tiempo que hubieras seguido en esa vida vagabunda, tu rehabilitacion habria sido, si no imposible, muy dificil por lo menos: lo que te ha sostenido, lo que te ha salvado casi, es la *amistad*, es ese íntimo cariño que á tus amigos mostrabas, y con que ellos te correspondian. La presencia de ese sentimiento único bueno y generoso en su corazon y en el tuyo, ha bastado para preservar vuestras almas de una corrupcion completa. Sí, por haber *amado* os habeis mantenido mejores que tantos otros en vuestro lugar! Oh! bendito sea el *amor*, dijo Claudio Gerard, con inefable espresion: puede salvar al hombre, como puede salvar á la humanidad.

No sé por qué estas palabras me recordaron quízá mas dolorosamente que antes la pérdida de mis camaradas, y rompí á llorar amargamente.

—Qué tienes? me preguntó con bondad.

—Nada, señor, dije esforzándome para ahogar mis lágrimas, temeroso de ofender á mi maestro con mi pesadumbre.

—Habla hijo mio, dijo Claudio Gerard con aquella voz penetrante y dulce que sojuzgaba; habla, adquiere la costumbre de decírmelo todo. Si has pensado ú obrado mal, no lo acriminaré, te demostraré el mal y el por qué del mal...

—Pues bien, al encontrar el chal y las monedas en medio de un charco de sangre, al no obtener respuesta á mis voces, esperimenté un gran sentimiento: parecíame que desfallecia de dolor, mas ahora es mas aguda mi pena.

—Y asi debe ser, hijo mio; esa pena aumentará todavia: no será ni hoy ni mañana cuando sientas mas profundamente la ausencia de tus compañeros. El cam-

bio de existencia, tus nuevas ocupaciones te distraerán en un principio, pero dentro de algun tiempo, en tus dias de tristeza, de abatimiento, llorarás mas amargamente á tus amigos. Las amistades nacidas como la vuestra desde la infancia, en medio de desgracias y de aventuras comunes, dejan en el corazon raices indestructibles, en la memoria recuerdos indelebles: dentro de diez, de veinte años que encontraras á esos compañeros de tu niñez, esperimentarías el mismo afecto que ahora.

Mientras miraba yo con inquietud á Claudio, él continuó:

A otro le hablaría de diferente manera: mas por el relato de tus primeros años y por lo que creo conocer ya de tu carácter, estoy seguro de que posees valor, buena voluntad é intelijencia bastante para oir la verdad sin disfraces: sí, te juzgo bastante fuerte para poder anunciarte los momentos de desaliento que te asaltarán, pero que asi no podrán sorprenderte... Martin, prométeme confiarme tus penas, tus dudas, tus malos pensamientos, si los tienes... Prométeme sobre todo, en caso de que te pareciera demasiado triste, demasiado miserable la suerte con que te brindo, decírmelo francamente y no escaparte furtivamente de aquí; porque acaso entonces pudiera yo acomodarte de un modo mas conforme á tus aficiones que quiero estudiar antes... Pronto va á ser de dia... descansa un rato, hijo mio, que yo tambien necesito un poco de reposo. Buenas noches, Martin.

Despues de obligarme Claudio á echarme en su cama apagó la luz y á poco le ví tenderse en la cuadra sobre la paja.

En vano traté de reconciliar el sueño que tanta falta me hacia: estaba demasiado agitado y así me puse á meditar las palabras de Claudio.

Era una cosa singular que acaso por mostrarme el porvenir, bajo colores austeros, por no haber temido dirigirse á mi valor, á mi buena voluntad y á mi inteligencia, me sentí alentado, realzado á mis propios ojos y dispuesto á arrostrar heróicamente el porvenir

que entreveia: me habia llamado mucho la atencion el modo con que acogiera Claudio las máximas salvages del tullido, de quien le hablara por encima y no sin algun elogio: mi nuevo maestro no condenó estos principios, no se indignó, limitándose á sonreirse tristemente. Traté de esplicarme esta aparente tolerancia, diciendo que la existencia de Claudio Gerard era sin duda una prueba mas en apoyo de la teoría del tullido, pues aunque apenas conocia á mi protector, su generosidad, la honradez y nobleza de sus sentimientos revelaban bien la bondad y elevacion de su alma, en tanto que todo lo que le circundaba era un cuadro vivo de la miseria y privaciones que debia padecer.

Vencido por la fatiga, me adormecí haciendo estas reflexiones, si bien con un sueño inquieto, ligero, pues á las dos horas me despertó el ruido que hizo Claudio entrando en su aposento, y eso que andaba con precaucion.

Incorporéme en seguida; aquellas dos horas habian calmado, refrescado mi sangre.

—No queria despertarte, dijo Claudio apesadumbrado, mas el daño está hecho, procura volverte á dormir.

—Gracias; por hoy he dormido bastante: si teneis algo que mandarme, estoy dispuesto.

—No, hijo mio, ahora voy á una triste tarea.

—A cavar la sepultura de esa pobre señora? pregunté.

—Quién te lo ha dicho? esclamó sorprendido.

—Ayer, contesté bajando los ojos, cuando me tuvísteis encerrado ví llegar á aquella señora gruesa preguntando por vos y oí lo que os dijo.

—Ahora comprendo... Sí, hijo mio, voy á abrir una sepultura.

—Si quereis llevarme, os ayudaré; casi prefiero seguiros mejor que quedarme solo.

—Enhorabuena, dijo Claudio con melancólica sonrisa. Supuesto que por algun tiempo has de participar de mi vida, será este dia para tí una prueba, una iniciacion; vamos.

Seguile á Claudio con la vista y le ví coger un azadon y una pala.

—Quereis que lleve esas herramientas ?

—Toma la pala que pesa menos.

Obedecí, y á la puerta encontramos al vaquero quien dijo familiarmente á Claudio dando una risotada :

—Famosa clase teneis hoy, Claudio.

—Por qué?

—Porque tendreis mas dicípulos que ayer.

—Cuales son esos nuevos discípulos ?

—Bah! mis vacas!

—Las vacas? Pues estos dias durante la clase estaban en el campo...

—Sí, pero el amo ha dicho que por el poco pasto que pueden tener las vacas en esas tres ó cuatro horas, se pierde el mejor estiércol. De forma, que ha resuelto que este invierno no salgan del establo.

—Corriente, dijo Claudio, dejad las vacas en el establo, yo procuraré que no distraiga la vecindad á los muchachos, añadió sonriéndose. Martin, vamos.

Cargado con la pala, seguí al maestro que llevaba el azadon.

Aquel maestro sepulturero, la clase junta con un corral de vacas, no dejaban de parecerme sorprendentes: dos ó tres veces estuve á punto de manifestar mi asombro á Claudio, mas no me atrevia y en pos de él llegue al cementerio del pueblo.

CAPITULO XXIX.

La Carta.

Antes de referir el dia estraordinario que dejó en mi ánimo recuerdos indelebles y en mi pecho una impresion profunda y saludable, necesito dar aqui algunos fragmentos de correspondencia que vino mas adelante á mis manos por un singular acaecimiento.

Estos trozos de una carta escrita poco antes de mi encuentro con Claudio Gerard esplican perfectamente la resignacion de este á los empleos mas variados, mas penosos, mas repugnantes, y el encono que esta resignacion inspiraba á sus enemigos.

Esta carta dirigida á una persona que yo no he conocido, la escribió el abate Bonnet, cura de la parroquia en que era maestro Claudio Gerard.

«......En una palabra, esto es intolerable......

«Es imposible hacer caer en falta á este Claudio Gerard: todo lo acepta, á todo se somete con una paciencia, con una sumision que en un hombre de su capacidad (indisputable por desgracia) no puede menos de ser el colmo del desden.

Claudio Gerard se cree sin duda de un talento de-

masiado elevado, demasiado superior para suponerse humillado por nada.—Desempeña los empleos mas bajos, mas viles con una serenidad que me confunde, no solo se somete rigorosamente á todas las cargas que se le imponen como anejas á sus funciones de maestro, sino que ademas halla medio de obedecer á exigencias mias que yo esperaba verle declinar (y en rigor podia hacerlo) á fin de tener contra él un pretesto al menos: mas es sobrado astuto para esto, y con su sumision diabólica y desdeñosa me obliga á confesar que debo estarle agradecido. Tal vez le canse al cabo... Asi lo espero por lo menos................

....

Seria menester ante todas cosas desconsiderarle, lo cual es muy difícil, porque tiene el arte de realzar sus mismos ínfimos trabajos con la especie de dignidad tranquila que usa para todo. Es un lazo mas por cuyo medio se atrae toda esa plebe consagrada por fuerza á los trabajos groseros: se esfuerza en hacer resaltar á los ojos de esa gente la utilidad de las cosas; de este modo se honra y se hace honrar con someterse á los mas repugnantes empleos. Cómo se desconsidera á semejante hombre!

Qué podré deciros? ese infeliz con su inalterable dulzura, con su obediencia, con sus andrajos y miserable vida hace mi desesperacion: me estorba, me acosa, me critica del modo mas insolente, mas amargo... no porque yo sepa que haya hablado de mí una palabra, sino que esa austeridad, esa resignacion que afecta, unida á su saber y á su rara inteligencia, son una especie de protesta continua contra mi modo de vivir; contra la especie de comodidad de que disfruto, gracias á las liberalidades de ese escelente conde de Bouchetout, la perla de mis feligreses; pero temo...

....

Se necesitaria una razon de gran peso para alejar á Claudio Gerard de esta parroquia, donde por mil lazos invisibles, pero muy fuertes, ejerce sobre todo el mundo una especie de influjo, y los mas dominados por

este influjo son los que le conocen menos, porque esos animales le tratan con familiaridad y no conocen que hace de ellos lo que quiere. No podeis tener idea de los asuntos contenciosos que arregla, de los gérmenes de pleitos que sofoca: da á los pequeños colonos los consejos mas pérfidos contra sus propietarios, porque tiene el arte infernal de no traspasar jamás la legalidad, á la cual aparenta el mayor respeto.

"Todo esto comprueba mis asertos, á saber: que ese hombre disfruta de gran popularidad y que urge des-"truirla: esta es la cuestion.

Creia yo descubrir algun secreto desagradable refe-„rente á las frecuentes salidas de nuestro hombre, sa-„lidas que duraban parte de la noche; pues por no „faltar á ninguno de sus deberes, robaba al sueño el „tiempo necesario para estas escursiones.

"Supe por fin la verdad: me dijeron que iba sema-„nalmente á la casa de locos de vuestra ciudad, y en „consecuencia mandé tomar informes del director. En „efecto, Claudio Gerard visita la casa una vez á la „semana, y ha caido tan en gracia al director, que por „él se falta al reglamento, admitiéndole á horas bas-„tante avanzadas.

"La persona á quien tan constantemente va á visi-„tar es una mujer de veinte y seis á veinte y siete „años, que á pesar de su demencia tiene segun dicen „notable hermosura. Aunque no parece que conoce á „Mr. Claudio Gerard, el aspecto de esta persona pro-„duce, sin embargo, en la infeliz una impresion sa-„ludable. Despues de sus visitas se queda mucho mas „tranquila, y hé aqui la razon porque el médico no „solo las autoriza, sino que las desea.

"Como la tal loca está de caridad en la casa, care-„ce de muchas comodidades: Claudio Gerard halla „modo de vez en cuando, y sin duda á fuerza de pri-„vaciones, de dejar algun dinero, aunque poco, para „atender á los caprichos de su protegida.

"¿Que se puede inferir de esto? En la apariencia, „nada que no redunde en honor de Claudio Gerard: „pero es lo cierto que no tiene tanto apego á este pue-

„blo sino por su proximidad á la ciudad en que vive „encerrada esa demente.

„Me han dicho tambien, pero esto no tiene desgra„ciadamente ninguna importancia contra él, me han „dicho que antes de la demencia de esa mujer estuvo „perdidamente enamorado de ella, que luego se vió ol„vidada por otro, y que el amor de este otro la volvió „loca

„Sin duda tiene alguna parte este suceso en la pro„funda melancolía que devora á Claudio Gerard y que „él trata de ocultar con una serenidad aparente.

„Os he dicho cuál es la influencia de Claudio Ge„rard sobre la clase baja: fáltame ahora encomiar la „que ejerce sobre personas de categoria mas elevada, „lo cual me traerá naturalmente á esplicar en seguida „cómo y por qué temo que me eche á perder al bueno.

"Por largo espacio de tiempo han luchado los ri„cos como no ignorais contra la fundacion de una es„cuela primaria en el lugar. Tenian razon: com„prendian cuantos peligros ofrece el abrir los ojos al „pueblo: porque es darle medios de contar sus filas, „de entenderse, de concertarse y sobre todo de anun„ciarse y exaltarse con la lectura de los libros y pe„riódicos execrables que en el dia se imprimen. En mi „concepto y en el de esos cuerdos y prudentes propie„tarios, la educacion del pueblo debiera limitarse á „la enseñanza oral del catecismo por el cura; á nada „mas. (1).

"Por desgracia la fuerza de las cosas lo ha dispues„to de otra manera: la buena fe del gobierno ha sido „sorprendida con chismes imprudentes y hemos teni„do que aceptar la escuela primitiva.

---

(1) En la escelente obra oficial que ya hemos citado se espresa así M. Lorrain, deplorando la resistencia sistemática y torpe que se hace al desarrollo de la educacion.

"*Pero los mismos hombres francamente adictos al gobierno „alegan a menudo mil objeciones contra la ley.—* [illegible] *se „apoyan en los intereses de la agricultura.—Cuando todos „los muchachos del lugar sepan leer ¿donde encontraremos bra-*

"Naturalmente supondreis que hemos empleado to-
„da clase de medios para hacer por largo espacio de
„tiempo ilusoria esta medida. Pero forzados al fin en
„nuestros últimos atrincheramientos, confinamos la
„escuela en un establo infecto y mal sano, fijando la
„paga de cada niño en un sueldo mensual, lo cual pro-
„ducia al maestro cuarenta ó cincuenta francos al
„año: obligamos ademas al profesor á toda especie de
„ejercicios penosos y viles: el antecesor de Claudio
renunció á los tres meses: la escuela ha estado cer-
„rada dos años y ha sido precisa toda la paciencia de
„Claudio Gerard para arrostrar y sufrir tanta miseria,
„tantos disgustos, tantos malos ratos con una abnega-
cion tan insolente.

"Entre los propietarios ricos del pais se contaba un
„hombre bastante de bien, no un alma cándida y obe-

„*zos?*—*Viñadores* necesitamos y no *lectores*, dice un propie-
„tario de Medoc, *en lugar de irse a perder el tiempo en la escuela*, *que vayan a limpiar una zanja*, aña-
„de un labrador del Gars.—Otras veces un necio
„amor propio hace que se revelen los arrendata-
„rios algo acomodados á la idea de que vayan sus
„hijos á sentarse en el mismo banco que los indijentes.
„Leer, escribir y contar es para ellos una muestra de re-
„gular caudal lo mismo que ir en pollino al mercado en
„tanto que el indijente camina en pié junto á ellos; lo
„mismo que sentarse en la iglesia en banco propio en vez
„de arrodillarse en el pavimento comun á todos."

Siguen luego las notas estractadas en los informes de los inspectores generales.

"Hay otra causa que estorba el progreso de la instruccion: *tal es la influencia qae egercen en los campos ciertas*
„*personas distinguidas por su fortuna y que afirman que es*
„*inutil enseñar a leer al pueblo, puesto que debe ganarse el*
pan con el sudor de su frente.—(*Ardennes* cant. de Mezieres, p. 185.) Los propietarios acomodados dicen que tendrán muy buen cuidado de no dar instruccion á los maes-
„tros pobres de su pueblo. *Si otra cosa hicieramos*, *añaden*,
„*no se encontraria quien cultivase la tierra*. (Gironda,
„p. 186.)

„ l'ente como elouen Bouchetout (que Dios me conser-„ve y guarde de Claudio Gerard) sino un hombres á „quien fácilmente logré convencer de los peligros que „ofrecia la educacion del pueblo. Confiaba yo del to-„do en él, cuando no sé por qué casualidad se encontró „un dia con Claudio Gerard

Sabeis lo que sucedió? Que á las dos horas de conversacion habia mi hombre variado completamente de ideas, gracias á la diabólica astucia del maestro.

"Esta primera víctima me habló aquella misma noche en los siguientes términos.

"Señor cura, hoy he encontrado al pobre Claudio „Gerard... ¿Sabeis que habla perfectamente... y que

---

"Por desgracia la fuerza de las cosas lo ha dispuesto de „otra manera: la buena fé del gobierno ha sido sorprendi-„da con chismes imprudentes, y hemos tenido que aceptar „la escuela primaria.

—"*No queremos*, dicen los propietarios, *instruir a los „niños pobres, porque abandonarian el cultivo de nuestras „tierras y aprenderian un oficio.* (GERS.)

"(BORDOÑA.) Los habitantes de clase mas elevada no „son en general partidarios de la estension de los estudios „primarios, *persuadidos de que el campesino que adquiere „cierto grado de instruccion se convierte en un ente inutil.* (p. 185.)

"(DROME.)—Las familias ricas estan muy lejos de alen-„tar la instruccion primaria, dan claras pruebas de que „*temen que se difunda la instruccion en las clases pobres.*

„(CHER.)—Muchos propietarios sin ninguna aversion *al „gobierno, pero amigos ante todo del orden y de la paz, no „pueden ver sin cierta inquietud que se difunda la instruccion „elemental en tiempos en que tanto pululan los periodicos, y „temen a los abogados de lugar*, como ellos llaman. Estos „propietarios no comprenden, (añade con mucha sensatez „el inspector en su informe.) que los *abogados de lugar* solo „deben su perniciosa influencia al monopolio de la lectura y „escritura, y que luego que estén estos recursos al alcance „de todos, cesarán de aprovechar á algunos contra el ma-„yor número. (p. 183.)

"(CHARENTE.)—Es demasiado cierto en general que los „*propietarios ricos* y acomodados, sin educacion, *sentirian „ver a los indijentes recibir la misma instruccion que sus hijos.* „(p. 188.)

„alega escelentes razones en favor de la enseñanza „popular?

« -O el pueblo os inspira una simpatía fraternal, me ha dicho Claudio Gerard, y entonces debeis pro„curar que reciba tanta instruccion como la vuestra, „pues que la instruccion moraliza y mejora, teniéndose presente que de cada cien criminales hay no„venta y cinco que no saben leer ni escribir:

«O considerais al pueblo, no diré como enemigo, pero sí como un antagonista de intereses encontrados con los vuestros... En ese caso, dadle tambien edu„cacion, pues en vez de habéroslas con un adversario „á quien la miseria y la ignorancia pueden hacer fe„roz, estúpido y brutal, tendreis otro á cuyos senti„mientos, á cuya inteligencia, á cuya razon podreis „apelar con buen éxito.

«Habeis de saber, señor cura, me dijo el pobrete „engañado por Claudio, que este lenguaje sencillo me „ha conmovido hasta el punto de hacerme avergon„zar é inspirarme lástima de ver á un hombre tan ins„truido, tan bueno, tan resignado, tan laborioso co„mo Gerard, vestido lo mismo que un mendigo y cal„zado con zuecos: me ha dado vergüenza y compa„sion al pensar en el establo que sirve de escuela, „y estoy casi decidido á satisfacer por mi cuenta los „gastos de un local mas conveniente, y á subir el suel„do de Claudio Gerard á una cantidad que le permi„ta siquiera vivir con decencia.

Con la consternacion que podeis suponer dije al víctima de Claudio, mirándole fijamente.

«Hablais de veras?

—«Tan de veras, padre cura, que ya he puesto los ojos en una casa que me parece á propósito.

«La Providencia por fortuna vino en mi auxilio: la „muerte casi repentina del pobre tonto le precisó á sa„lir del pais: negocios importantes le detuvieron en la „capital precisándole por fin á fijarse en ella, y el „pobre Claudio Gerard sigue como antes, dando lec„ciones en un establo infecto, malsano... de que debian „huir los niños como de la peste... Verdad es que á

„pesar de que caen enfermos muy á menudo por el aire „que allí respiran, la diabólica escuela está siempre llena...

....

“Pasemos á lo que ahora ha ocurrido y vereis si „tengo razon ó no para temer que ese infernal maes- „tro eche á perder hasta al escelente y cándido Bou- „chetout.

» Algunos alumnos de Claudio Gerard se entretu- vieron hace tres dias en derribar á pedradas las nue- »ces del huerto de Bouchetout. Sorprende este á los »galopines, les rompe el baston en las espaldas y vie- »ne en seguida á buscarme para ir juntos á pedir á »Claudio Gerard el competente castigo de sus discí- »pulos. Por lo que resultó de aquí vereis confirmado como las mas pequeñas causas producen á veces los mas grandes efectos.

—“Teneis que castigar con rigor y severidad á tres „de vuestros arrapiezos que me han robado las nue- „ces, le dijo el bueno de nuestro amigo, ya les he sa- „cudido yo bien...... y se acordarán...... pero una „buena correccion que vos apliqueis completará el „ejemplo.

—„Han hecho mal esos muchachos... respondió hi- „pócritamente Claudio Gerard... han cometido una „gran falta, pero si vos les habeis pegado... me parece „que están suficientemente castigados. Yo les haré „ademas comprender cuán grave es la culpa en que han „incurrido.

—„Con esa indulgencia y esos principios, esclamé „indignado, saldrán esos chicos hechos unos ladron- „zuelos. Hé aquí las consecuencias de la educacion „anti-religiosa que los estais dando... Los criais como „paganos... como paganos proceden... Educadles como „cristianos y como tales obrarán.

—„Es evidente, repitió Bouchetout como un eco; „para que obren como cristianos preciso es darles edu- „cacion cristiana.

—„Ay! repuso Claudio Gerard, ese seria mi mayor

„deseo... pero no me atrevo, no puedo criarles cris-
„tianamente.

—„Por qué no?

—„Porque las costumbres, los usos... las leyes mis-
„mas se oponen á ello, replicó Claudio.

—„Conque las leyes y las costumbres se oponen á
„que eduqueis cristianamente á vuestros discípulos?
„le dige asombrado de tanta audacia.

—„Sí, señor cura, las leyes.

—„Estais loco!

—« Si yo educase á esos niños segun los divinos
„preceptos, predicada por Cristo y propagados por sus
„apóstoles y por los padres de la Iglesia, en lugar de
„reprenderlos por haber robado la fruta al señor ma-
„yordomo de la fábrica, tendria que decirles: *Hijos*
„*mios, el señor mayordomo de fàbrica es el que os roba*
„*guardándose tanta fruta solamente para sí.*

—„¡Buena es esa! saltó Bouchetont enfurecido;
„¿con que yo, dueño de esas nueces, soy ladron por-
„que me las guardo?

—„Precisamente, señor mayordomo, respondió
„Claudio Gerard con insolente calma.

„Y cogiendo un libro de encima de la mesa, aña-
„dió.

—„Voy á leeros la calificacion que hace San Basi-
„lio Magno de los ladrones.

„*Qué es un ladron? El que reserva para sí las cosas*
„*que pertenecen à todos.. ¿Y no eres ladron tú que te*
„*apropias los bienes que solo has recibido de Dios pa-*
„*ra propagarlos y distribuirlos? Si el que sustrae un*
„*vestido es llamado ladron, el propietario que se abstie-*
„*ne de cubrir con él à un semejante suyo no merece ser*
„*caflicado con el mismo nombre?*

—«¡Esto ya pasa de raya! gritó el buen Bouchetout.
„¿ladron yo, porque no equipo á todos esos andra-
„josos?

—«Permitidme deciros que no soy yo quien habla,
„sino *San Basilio Magno*, cuyas palabras son sagradas
„para vos, como deben serlo para todo buen cristia-
„no... El santo padre continúa de esta manera:

"*El pan que tú guardas es del hambriento: el vestido
„que encierras en tu armario es del que no tiene ningu-
„no: el calzado que dejas reposar en tu casa es del que
„lleva los pies desnudos: el dinero que posees, como en-
„terrado, es del que se halla en la indigencia* (1).

"En vista de esto, continuó Claudio Gerard, ¿có-
„mo quereis que bajo el punto de vista cristiano, re-
„prenda yo á mis alumnos porque os cojan algunas nue-
„ces, señor mayordomo de fábrica.

—"San Basilio ha dicho cosas monstruosas,—escla-
„mó el pobre Bouchetout lleno de asombro é indigna-
„cion. Ah padre cura, padre cura! añadió mirándo-
„me con enojo; nunca me habiais hablado de San Ba-
„silio.

—"La traduccion está al frente del testo, dijo Clau-
„dio presentando el libro.

"Pero Bouchetout le rechazó y repuso con mas có-
„lera.

—"Ese santo es un anarquista! Llamar ladrones á
„los propietarios!

—"Ladrones de la hacienda del pobre... San Basilio
„el grande lo dice... replicó Claudio Gerard.

"Yo estaba confundido, pues no habia contado con
„aquella diabólica salida, y estaba fatigando mi me-
„moria para recordar otro testo que oponer al de Clau-
„dio.

"El pobre Bouchetout entre tanto continuaba ful-
„minando esclamaciones coléricas.

—"Bueno fuera, decia, que un San Basilio me tra-
„tara de ladron, porque uso como se me antoja de lo
„que me han dejado mis padres. Vaya, no puede ser;
„es un San Basilio falso. No le pertenece ese libro, ó
„si le ha escrito de veras... reniego de él... A fé, á fé
„que no ha de quedar despoblado el paraiso por un
„santo menos.

—"De herencias hablais? repuso el abominable Clau-
„dio Gerard: ay!.. san Agustin, otro padre de la igle-
„sia cuyas palabras deben ser tan sagradas para vos...

(1) S. Bas. Magn. De Avar. 21 p. 328. París 1632.

—"Ta, ta, ta, decidme primero cuáles son esas „palabras, y veré luego si las he de mirar como sa„gradas... Oh! me he de acordar de San Basilio!.. es„clamó el buen Bouchetout.

—"Hé aqui lo que San Agustin dice de la herencia, repuso Claudio Gerard abriendo otro libro.

"*Guardaos de tomar el pretesto del amor paterna „para aumentar vuestros bienes! Trabajo para mis hijos: „buena escuela. Tu padre guarda sus bienes para ti, tú „paratus hijos, estos para los suyos y asi sucesivamente. „De esa manera nadie observará la ley de* Dios!„

—"Eso se atreve á decir San Agustin! esclamó „Bouchetout, cuya sorpresa y cólera iban en aumento.„

—"Pues San Gregorio el grande es mas severo.

—„Qué dice ese jacobino?

—„Trata á los propietarios de homicidas.

—„Mejor está que estaba, gritó el pobre.

„Homicida ahora y ladron antes, todo por ser pro„pietario. Veo que estais de broma.

—„Leedlo vos, respondió Cláudio Gerard.

„*Sepan*, dice San Gregorio, *que la tierra donde han „salido es comun á todos los hombres, y que por lo tan„to los frutos que produce pertenecen á todos indistin„tamente. En vano alegan, pues, que son inocentes los „que convierten en una propiedad privada los dones de „Dios, porque reteniendo asi la snbsistencia de los po„bres, matan casi á todos los que diariamente mueren.*„

—"¡Qué indignidad! esclamó mi mayordomo... ¿no „habia leyes ni policía en aquellos tiempos?... Si no „¿cómo se toleraban infamias como esas?

—"¡Oh! esclamó Claudio Gerard con una compa„si onpérfida... Vos que sois tan buen cristiano... que "ois misa todos los dias... ¡hablais asi de los santos?

—"Señor mio, es verdad que soy católico, pero „antes s oypropietario.

—"Entonces qué pensareis de San Juan Crisósto„mo, el cual dice en términos precisos:

"*Los ricos y los avaros deben ser considerados como „ladrones que salen al camino, desvalijan á los viajeros*

»*y convierten sus viviendas en cavernas donde entierran*
»*la hacienda agena.*

"Y como último golpe, añadió el perverso Claudio :

—"Renegareis tambien de San Ambrosio, señor »mayordomo de fábrica, pues dice formalmente que »LA PROPIEDAD ES UNA USURPACION (1).

Pero señor, esclamó el pobre Bouchetout, aturdido, sofocado;; pero señor, esos santos padres serian una compañia de jayanes, de jacobinos, de anarquistas, de volucionarios! de enemigos monstruosos de los dechosion hereditarios y de familia, del órden y de la paz! Es posible, señor cura, que nunca me hayais dicho una palabra sobre el particular.

"Acudí al socorro de Bouchetout: era tanto mayor mi deseo de tranquilizarle, cuanto que las tales citas de los santos Padres podian anonadarle completamente, asi es que á pesar de ser tan escelente católico díjome despues de una pausa.

--Jamás me habiais hablado de esos padres de la Iglesia que consideran á los propietarios y á los ricos como otros tantos usurpadores y les recomiendan no guardar mas que unos calzones, si tienen dos, sopena de que se diga que han robado los unos... Puf! ese catolicismo me parece bastante populachero y revolucionario.

"No era menester mas para disgustar á un simple é indisponerle con la religion: oh! y ese buen Bouchetout es un tesoro para la fábrica: asi es que tomé la palabra para contestar al imprudente Claudio.

---

(1) Copiamos las citas precedentes del *Evangelio á presencia del siglo*, por Mr. Simon Granger. (Paris, 1846.) Es imposible leer un trabajo mas concienzudo, mas instructivo, mas abundante en datos y escrito con mejor idea. No hay cosa tan curiosa y de que se desprenda una leccion tan profunda como el ver el increible contraste que existe entre los *actos* de una sociedad que se llama cristiana, y los preceptos sagrados que forman la esencia del cristianismo.

--Señor mio, habeis citado varios pasages de padres de la iglesia... mas con los tiempos cambian las costumbres... la civilizacion ha adelantado...

--Ya se vé, dijo Bouchetout cobrando ánimo, eso es evidente; la civilizacion ha adelantado y hecho justicia de esas boberias... Por fortuna Rousseau y Voltaire se...

"Interrumpí al buen Bouchetout, arrebatado por su celo, porque Claudio Gerard se estaba ya gozando en oir á su piadoso mayordomo invocar á esos dos demonios de Voltaire y Rousseau contra los padres de la iglesia: en este concepto dije al maestro:

—A las autoridades que citais, yo opondré otras.

—Enhorabuena, dijo el mayordomo, ahora sabreis lo qne es bueno.

—Cierto que dijo S. Lucas: *dad lo que os sobre en limosnas y todo se purificará en torno vuestro.* San Agustin tambien dijo: *El sobrante de los ricos es o necesario de los pobres, y poseer lo supérfluo es poseer lo ageno.* Pero antes es menerter que entendamos lo que es necesario y supérfluo.

—Bien dicho! esclamó Bouchetout, bien, yo nunca llamaré superfluidad á tener dos ó tres pares de botas de repuesto.

—Asi es verdad, le dijo Bouchetout, porque el bienaventurado padre Ligorio, de la compañía de Jesus, santificado, canonizado por nuestra santa Iglesia, declara:

"*Que las gentes del mundo rara vez tienen lo que se llama supérfluo, que no se puede considerar como supérfluo lo necesario para mantener criados, hacer regalos, dar banquetes, obsequiar á los amigos y hacer alarde de cierta magnificencia.*

—Bien! viva ese santo Ligorio! esclamó Bouchetout, ese es otra cosa y da buen julepe á los otros santos de antes.

—Dice mas el reverendo padre Ligorio, añadí, dice testualmente:

Cuando el prógimo se halla en una necesidad estrema, en cique socorrerle ordinariamente en os bienes que son

en cierto modo necesarios para conservar la dignidad de rango; y digo ordinariamente, porque si el perjuicio hacho á vuestro rango os pareciera un daño mayor que la MUERTE DEL POBRE, NO ESTARIAIS ligado POR PRECEPTO. (B. A. de Ligorio, Teología moral, libro 2.°, Trac. 3. Núm. 31 y 32.)

—«Bravo, santo mio! esclamó el buen Bouchetout triunfante, bravísimo! Ah! ah!, ese si que tapa el pico á esa manada de aves de rapiña que llamais padres de la Iglesia; San Ligorio, te declaro mi patron y te festejaré y te incensaré y te levantaré una capilla. Eso se llama un hombre religioso y que respeta las cosas que lo merecen. ¡Un amigo del órden y de la paz, un buen pensador!»

—«Responderé, repuso Claudio, que el bienaventurado Ligorio calumnia á los ricos de una manera horrible. No, jamás creeré que un hombre rico puesto en la alternativa de optar entre la satisfaccion de su orgullo y la muerte del pobre, sacrifique al pobre. Tocante á vuestra reconvencion, señor cura, de no dar una educacion cristiana á mis discípulos, ya conoceis que falsea por la base. Seria querer colocar á esos niños en lucha abierta contra la ley y contra la sociedad el educarlos en los austeros principios del cristianismo y de los padres de la iglesia, tan implacables contra los ricos, contra los egoistas, contra los hartos de todo género..... Nó es aun la ocasion..... Por el contrario, les digo á mis discípulos, cuando tienen edad para comprenderme: una cosa debeis respetar ante todas cosas, hijos mios, la ley; pero como las leyes son hechas por hombres y suelen cambiar... Ilustraos, moralizaos, tened conciencia de vuestros derechos; con la instruccion viene la dignidad, el respeto de uno propio.

Sed justos, humanos, laboriosos, resignados; amaos, socorreos unos á otros: llegad á ser contados no solo por vuestro gran número, sino tambien por vuestra inteligencia; que dia llegará, pobres desheredados, en que por la fuerza de las cosas, tambien vosotros dicteis leyes... entonces podreis acordaros de esos di-

versos preceptos que previenen que tenga cada cual por su trabajo una parte equitativa en lo que Dios creó para satisfaccion de todos y no para unos pocos privilegiados. . . . .

. . . .

. . . .

Y despues de esta larga conferencia con Claudio sabeis lo que me dijo el inbécil de Bouchetont despues que salimos.

—Ese Claudio... es mucho mejor de lo que yo creia Es un ente original, pero tiene buen fondo.

Afortunadamente tengo yo bien cogido á Bouchetout y no me le arrancará el tal Claudio sin una lucha encarnizada. Pero por esta escena juzgad de la infernal destreza del tal maestro. Puede darse otro hombre mas religioso? Creo que no...

Reasumamos: ya conoceis al enemigo: con qué medios contamos para destruirle?

Seria menester en primer lugar... . . . . . , ...

. . . .

. . . .

Faltaba el final de la carta, porque estaba hecha pedazos y solo recogí fragmentos, pero bastan para dar á conocer á Claudio Gerard y á los enemigos que se aprestaban á combatirle en todos los terrenos. . . .

. . . .

Volviendo á mí, recordaré que me habia levantado al mismo tiempo que el maestro, ofreciéndome á ayudarle en su triste faena: á este fin nos encaminamos hácia el cementerio del pueblo.

CAPITULO XXX.

La sepultura.

Aparecia el sol, cuando en compañía de Claudio llegué al cementerio, cementerio pobrísimo donde solamente se veian cruces humildes á medio cubrir por los yerbajos, entremedias de los cuales se elevaban algunos añosos cipreses. Hácia el centro, en una eminencia, quedaba un espacio bastante ancho.

A este punto se encaminó Gerard, diciéndome:

—Manos á la obra, hijo mio: por fortuna el deshielo ha ablandado el terreno. Vo· á cavar, y mientras tanto apartas tú la tierra con la pala. Démonos prisa, que el atahud debe llegar pronto.

Añadió en seguida como si hablara consigo:

—Muerta ayer... enterrada esta mañana... no se dan poca prisa!

Tiró el maestro el sombrero, se arremangó las mangas y se puso á cavar el suelo vigorosamente con una destreza que anunciaba larga esperiencia en trabajos manuales.

Yo le ayudaba del mejor modo que podia con arreglo á mis fuerzas.

—Estamos abriendo la huesa de un mártir, me dijo Claudio despues de un rato, enjugándose con la mano el sudor que inundaba su frente á pesar del frio.

—La huesa de un mártir! dije.

—Sí... de una mujer de quien puede decirse que ha contado con lágrimas cada uno de los dias de su vida, aun siendo tan gran señora.

—Quién la ha hecho padecer tanto?

Fuese que Claudio no entendiera la pregunta ó que no quisiera contestar, bajó la cabeza y volvió á cavar con brio, añadiendo á poco, suspirando:

—Permita el cielo que su hija sea mas dichosa que ella...

—Tiene una hija?

—De tu edad, poco mas ó menos. Llegó hace pocos dias despues de haber estado largo tiempo separada de su madre á quien idolatraba... mas cuando la pobre señora vió próximo su fin, reclamó á su hija con tantas instancias que se la volvieron... Ay! poco tiempo ha disfrutado de su presencia... Pobre madre! pobre madre! Y qué valor necesita su hija!

—Pues por qué?

--Para acompañar hasta aqui al ataud de su madre.

—Sí, dije estremeciéndome, es menester que sea muy animosa.

—Desgracia has tenido, me dijo Claudio Gerard; te espera una penosa vida y aun asi será preferible tu suerte á la de esa pobre niña que viene á acompañar los restos de su pobre madre... sin embargo, es rica, jamás debe conocer las privaciones.

—Dios mio! si los ricos no son felices, quién ha de serlo?

—Hijo mio, los que pueden decir: He cumplido con mi deber: he desempeñado una tarea util, por humilde que parezca: he alargado la mano á otro mas débil ó mas infeliz que yo, á nadie he causado daños y he perdonado los que me han hecho...

Estas máximas estaban tan en contradiccion con las del tullido, demasiado infiltradas en mi ánimo por desgracia, que me admiraban mas de lo que me convencian. Sin duda lo conoció Claudio Gerard, pues que continuó con gran dulzura:

—Espero que algun dia comprendas mis palabras: esta noche, despues del primer dia que vas á pasar sin tener delante de los ojos el ejemplo del mal ó del vicio, me dirás lo que piensas, lo que sientes, y quién sabe si creerás menos digno de lástima, aun cuando sean las mismas tus privaciones?

Charlando de esta suerte, acabamos de abrir la huesa; acababa Claudio de salir de la escavacion, cuando oimos á lo lejos un canto fúnebre, acompañado de los lúgubres ecos del serpenton.

—Ahi está el cuerpo! dijo Claudio, hemos acabado á tiempo!

Cerca de la huesa habia un ciprés, junto al cual fuí á colocar el azadon y la pala. Desde este sitio un poco culminante ví el entierro, que se componia de un clérigo con sobrepellíz, un chantre, un niño de coro y el serpenton. Cuatro aldeanos con blusas conducian el ataud sobre dos palos cruzados que cada uno sostenia por la punta.

Dos personas no mas acompañaban el entierro... una muger enlutada que conducia á una niña, vestida tambien de luto. Desde donde yo estaba no me era posible distinguir sus facciones.

Claudio Gerard, de pie junto á la sepultura, contemplaba aquel cuadro con profunda tristeza.

Pobre criatura, dijo, perseguida, humillada hasta el fin — A no ser por su hija, y esa vieja, nadie habria acompañado su cadáver.

Las pocas palabras que me dijera Claudio sobre la muerte de aquella muger me oprimian el corazon: parecióme que no era yo estraño en que los funerales y que tenia, por decirlo así, derecho para interesarme.

Desapareció breves instantes el cortejo tras la empalizada que cercaba el cementerio, pero al punto se acercaron los cánticos y entró el ataud dentro del sa-

grado recinto: los conductores y el sacerdote me ocultaban las únicas dos personas que iban en pos; mas al dar la vuelta reconocí á Regina.... acompañada por una mujer de edad.

Creo que á no ser por el árbol en cuyo tronco me apoyaba habría caido redondo de estupor: por fortuna Claudio no observó mi turbacion, pues se hallaba aun junto á la sepultura que debia rellenar despues de colocado el cuerpo.

Temeroso de ser visto y conocido por Regina, me acurruqué tras el tronco, sin atreverme apenas á respirar.

Tenia el rostro de Regina la blancura é inmovilidad del mármol, y sus tres lunares daban una espresion singular á sus facciones pálidas: no lloraba: clavaba con tanta obstinacion en el ataud los ojos, secos y fijos, que cuando la marcha irregular de los conductores producia alguna oscilacion, Regina hacia un ligero movimiento en la misma direccion.

Los mas insignificantes movimiento de aquella niña tenian una especie de rigidez automática: andaba por decirlo así á saltos, como si todo su ser se encontrara bajo el imperio de una tension nerviosa. Al recordar la brutalidad con que robé á Regina, recordaba igualmente su belleza y al verla tan horriblemente demudada, despedazóseme el corazon y tuve que aplicar la mano á mi boca para sofocar mis sollozos.

La muger que llevaba á Regina de la mano lloraba amargamente. Parecíame que el cura decia las últimas preces con prisa y distraido.

Al ir á bajar el ataud al fondo de la huesa, Regina inclinó la cabeza y habria caido á no ser sostenida. Cosa singular! aquella niña no derramaba una lágrima: permanecian fijas sus miradas, inmóviles sus facciones: sus labios cárdenos se contraian levemente frunciéndose por momentos.

Al cabo fué colocado el ataud en la sepultura.

Hizo entonces Regina un esfuerzo violento, se desasió de las manos de la criada, arrodillándose al pie de la sepultura, en tanto que Claudio Gerard echaba

algunas paletadas de tierra que retumbaron sordamente.

Con cada una enviaba Regina, por decirlo así, un beso de despedida al ataud, con una espresion de desesperacion sombría, mil veces mas lastimosa que torrentes de sollozos.

Mucho antes de llenarse la sepultura se marchó el cura velozmente seguido del chantre: el monacillo que llevaba la cruz se la echó al hombro, el músico se colgó el serpenton, y salieron juntos del cementerio

Regina y la criada se quedaron solas á orillas de la huesa que estaba rellenando Claudio. La niña seguia arrodillada, inmóvil como una estátua.

Una puerilidad me distrajo de este triste cuadro Sentí un olor fuerte á tabaco, y descubrí la cabeza de un hombre de mala traza que fumaba su pipa imperturbablemente: era de color de ladrillo y un mal birrete cubria sus cabellos ligeramente canosos.

A pesar del doloroso espectáculo que á la vista tenia, las repugnantes facciones de aquel hombre espresaban tan cínica indiferencia, que lleno de indignacion y de disgusto aparté la vista, atraido por Regina, que cada vez me interesaba mas...

Rellena la sepultura, contemplaba Claudio silenciosamente como yo á la niña, que seguia arrodillada' Díjola la criada algunas palabras muy quedo, pero Regina haciendo una señal de súplica, volvió á su inmovilidad...

A mi pesar torné á mirar hácia donde apareciera el hombre mal encarado, pero habia desaparecido.

De repente oí entonces los cascabeles de un carruaje de camino que se acercaba y paró á la puerta del cementerio.

Entró á poco un mulato ya viejo, vestido de negro y portador de una capita y un sombrero de niña: se acercó á la criada y la dijo secamente:

—Gertrudis, la ceremonia ha concluido: ignorais las órdenes del señor baron?

Con suplicantes ojos señaló Gertrudis á la niña arrodillada.

—No pasará ahí el dia? dijo el mulato. Un cuarto de hora poco mas hace, pero las órdenes del señor baron son terminantes.

—Regina, dijo la criada sollozando... es preciso partir... vais á enfermar... vamos...

Hizo la niña una señal negativa y continuó inmóvil.

—No se la puede arrancar de la tumba de su madre; dijo Gertrudis al mulato: ¿qué puedo yo hacer?

Encogióse de hombros el mulato y acercándose á la niña dijo:

—Señorita, tengo órden de llevaros, luego que esto se acabe. Vuestro padre el Sr. baron lo ha dispuesto así: vamos, pues.

Regina no mudó de postura.

—Señorita, continuó el mulato, por Dios, vamos ó tendré que cogeros en brazos.

La niña no se movió.

—Es preciso acabar de una vez, dijo el mulato.

Y se acercó, sin duda para tomarla en brazos

Yo esperaba oir llantos, ser testigo de una penosa lucha, pero no fué así.

Regina se dejó conducir sin resistencia, sin pronunciar una palabra siquiera.

Unicamente, estando ya levantada en alto por el mulato, volvió la cabeza hácia la huesa, clavando en ella una mirada obstinada: mientras pudo distinguir la tierra recien removida no apartó la niña los ojos de ella, enviando besos de despedida.

Pronto los perdi á todos de vista y oi el galope de los caballos que arrastraban el carruaje.

Esta escena singular, inesperada, me hacia el efecto de una apariencia, de un sueño.

Fué necesario que Claudio me llamara dos veces para hacerme volver en mí. No estaba menos conmovido que yo, y en nuestra distraccion comun, dejamos olvidado al pié del ciprés el azadon y la pala, encaminándonos hácia el pueblo.

CAPITULO XXXI.

La escuela.

Regina ha perdido á su madre, y por muy desgra„ciada que sea tu suerte, lo es acaso menos que la „que espera á esa pobre niña.„—Habiame dicho Claudio Gerard: este pensamiento era para mí el resúmen del triste espectáculo que acababa de presenciar.

Pude, sin embargo, librarme de él y desempeñar con gran satisfaccion de mi amo la parte que me tenia señalada en sus trabajos diarios, reservando para mis horas de soledad y de reposo nocturno el triste deleite de saborear á mi antojo los amargos recuerdos, las ideas de toda especie que me habia sujerido la escena de que fuera testigo.

Por otra parte, la variedad de mis ocnpaciones durante el resto del dia, la sorpresa que me causaban varias particularidades de la vida de Claudio Gerard creo que hubieran bastado á distraerme de mis cabilaciones sobre Regina. Supe tambien aquella misma mañana que la pobre niña no debia volver al lu-

gar, porque se iba á poner en venta la casa hasta entonces habitada por su madre.

Asi empleó el dia el maestro de escuela, y salvas algunas diferencias en los trabajos manuales, asi los empleaba todos.

Despues del entierro volvimos á casa. Claudio cogió una especie de raedera con un mango muy largo; me entregó un cubo y una pala semejante á las que usan los marineros para sacar el agua de las barcas, y echamos á andar, yo deseando saber á lo que ibamos; Claudio Gerard tranquilo y grave como siempre...

A los pocos minutos llegamos á una pradera de corta estension que confinaba con el pueblo, y en cuya estremidad habia un manantial subterráneo, que alimentaba el lavadero público, reservatorio de agua negra y viscosa entonces, groseramente rodeado de piedras lisas que formaban una especie de parapeto.

Claudió Gerard se quitó á pesar del frio los zuecos, se arremangó los pantalones hasta las rodillas, y la blusa hasta las caderas, sujetándola con una cuerda, y me dijo:

—Vamos á limpiar este lavadero, hijo mio... Podria hacerte daño el entrar en el agua... entraré yo, removeré el cieno con esta raedera, tu le echarás en el cubo y le irás á tirar allá al pie de aquellos álamos que miras...

Al darme esta órden y anunciar la parte que iba él á tomar en nuestro penoso y repugnante trabajo, era perfecta la indiferencia del maestro de escuela; pero á pesar de mi ignorancia, de los hombres y de las cosas, no pudo menos de parecerme singular que un maestro de escuela fuese, no tan solo sepulturero, sino encargado de la limpieza de un lavadero; asi es que le miré pasmado.

Adivinando mis pensamientos, se sonrió afablemente y me dijo:

—Te causa sorpresa, hijo mio, el ver á un maestro de escuela, á un *hombre sabio*... como por ahí me llaman, limpiar un lavadero...

—Confieso que me estraña. .

—Y crees que es vergonzoso para mí, verdad?

—Sí, señor.

—Por qué?

—Toma! porque sois tan sábio... y meteros asi en un sitio cenagoso me parece que es rebajaros...

—Oyeme con atencion, hijo mio... las pobres mujeres que vienen á lavar su ropa á esta agua llena de poso... se la llevan casi tan sucia como la trageron... quedándola ademas un insoportable olor á barro: sucede luego que los ninos á quienes ponen esos pañales humedos é infectos caen malos y cogen calenturas dañinas; pero si se limpia el lavadero y se saca el cieno, ya no suceden esas desgracias.

—Bien está, señor Claudio... pero bien podian ocupar vuestro sitio aqui otros que no sepan....

—Ocuparle en otra parte, eh?

—Eso quise decir

—Tienes razon, pero se trata de un *deber* que he prometido cumplir, y fuerza es que cumpla mi promesa. En cuanto á la humillacion que dices ¿dónde la ves? Si yo tuviese orgullo podria decir por el contrario: hago á la par lo que puede hacer todo el mundo y lo que sé hacer yo solo, mi mérito por lo tanto es doble. Mas sin raciocinar así, hijo mio, me basta con decir que nunca es vergonzosa una accion cuando es provechosa á todos.

Yo no sabia que responderle.

—Consiste la humillacion en andar con las piernas desnudas por entre el fango? Pues entonces, continuó Claudio sonriendo, esos caballeretes ricos y nobles que vienen á cazar todos los inviernos á nuestros pantanos, se humillan mucho mas profundamente que yo, porque se meten en el lodo hasta la barriga, solo por el gusto de matar algunos pajarillos... Vamos, hijo, ánimo y alegra ese corazon.... nuestro trabajo será útil á todos. Despachemos, porque á las doce tenemos que estar de vuelta para preparar la clase.

Y poniendo manos á la obra empezó Claudio Ge-

rard á echar hácia la orilla con su rastrillo una gran porcion de cieno de que yo iba llenando el cubo para llevarlo en seguida á tirar al pié de unos grandes álamos que formaban un estenso bosque.

Confieso que el ejemplo y las palabras de Claudio Gerard hicieron que me pareciese menos penoso y repugnante aquel trabajo, enalteciéndole á mis ojos.

Sin duda para seguir alentándome, me dijo mi nuevo amo al cabo de una hora:

—Para la primavera vendremos á visitar los álamos, con el cieno que vas echando al rededor, verás qué verdes y poblados se ponen, porque ese fango tan malo en el lavadero, es un escelente abono para esos hermosos árboles, y nutre sus raices.... Dime ahora, hijo mio, si te dará vergüenza por ventura, de haber contribuido à que esos grandes álamos adquieran mas belleza y robustez, con haber echado unos cuantos cubos de cieno á su pié.

—Oh! no, señor.... lejos de eso, vendré á verlos con mucho gusto, esclamé cada vez mas satisfecho de las reflexiones de Claudio Gerard.

Y es tal el carácter de los muchachos, que no terminé sin ciertos impulsos de amor propio aquella obra comenzada con tanto disgusto.

Si insisto en estas lecciones prácticas de Claudio Gerard, es porque tuvieron una influencia decisiva y casi incesante sobre mi vida: debo añadir, en elejir propio tal vez, ó mejor dicho, en elogio de Claudio Gerard, que sus lecciones tan sencillas, claras y lógicas, penetraron casi inmediatamente y con mucha intensidad en mi espíritu y corazon, al paso que para aceptar las execrables máximas del tullido que solia repetirme Bamboche, habia tenido que vencer cierta incomodidad moral, cierta repugnancia instintiva.

Dejando asi empezada la limpia del lavadero, volvimos á toda prisa al pueblo: un pedazo de pan negro y algunas nueces compusieron nuestro almuerzo, despues del cual ayudé á Claudio Gerard á hacer en la cuadra los preparativos de la clase, raros preliminares

que hicieron subir de punto el asombro causado por los sucesos anteriores de aquel dia.

Como las vacas salian muy pocas veces en el invierno, á causa de los malos tiempos, su presencia casi cotidiana en aquella estacion disminuia mucho el espacio destinado á los discípulos. Difícil era definir si los alumnos estaban en el establo, ó las vacas en la clase, pues el local se hallaba dividido casi por partes iguales entre la raza humana y la vacuna.

A la derecha se veian los aperos colgados, el pesebre y un monton de estiércol que tenia dos ó tres meses y exhalaba un hedor insoportable: junto á la pared izquierda colocamos algunos banquillos cojos, pusimos encima unas largas tablas, y delante de estas mesas portátiles alineamos varios bancos sobre un piso enlodado é infecto, pues el desnivel del suelo hacia que corriese hasta aquel lado el rezumo fétido de todas las inmundicias de los animales.

Haciamos estos preparativos casi á oscuras, pues aquel local de veinte pies de largo no tenia mas luz que la que dejaban pasar la puerta por un lado y por otro la reducida ventana del tabuco rodeado de zarzas que servia de cuarto al maestro : el techo muy bajo, compuesto de vigas agujereadas y adornado con colgaduras de telarañas, permitia alcanzar con la vista la paja y el heno que llenaban el granero. Cuando apretaba el frio se cerraba la puerta y quedaban en tinieblas las dos terceras partes del establo, de manera que de treinta muchachos que eran, solo cinco ó seis podian trabajar á la luz que penetraba por la ventana de la alcoba. El maestro remediaba en estos casos el inconveniente llamando alternativamente á su cuarto á los discípulos colocados en la parte mas oscura del establo y haciendo trabajar á cada uno un cuarto de hora á su presencia.

Acabamos de preparar las mesas y los bancos cuando empezaron á entrar los niños. El cielo que por la mañana estuviera bastante despejado, se habia encapotado luego: caia nieve en abundancia, y fue preciso

cerrar la puerta del establo atestado de animales y séres humanos, quedándonos á buenas noches.

Acurrucado en un rincon asistí con una viva curiosidad á la primera leccion que veía dar. Los rústicos alumnos de Claudio, lejos de ser revoltosos, alborotadores é inmorales, y de no ver en las horas de escuela mas que un trabajo pesado é indiferente, estaban quietos, callados y atentos: me parece, si asi puede decirse, que no solo les interesaban, sino que les divertian las palabras de Claudio Gerard, profesándole todos un respeto casi filial.

Mas tarde vine en conocimiento de cómo, valiéndose de un método de enseñanza, ingenioso y sencillo á la par, en que se combinaban la *curiosidad*, el *amor propio* y el *espíritu de imitacion* (palancas que obran omnipotentemente sobre la infancia), obtenia Claudio Gerard resultados tan prontos como satisfactorios. Siempre bueno, tranquilo, indulgente y sufrido, penetrado de la santidad del sacerdocio que ejercia, guiado, sostenido y alentado sobre todo por su profundo amor á los niños, estudiaba sus caractéres, instintos y pasiones, y sabia casi siempre encaminar hácia el bien aquellos ímpetus naturales, que, comprimidos, falseados ó mal dirigidos se hubieran convertido en vicios y aficiones depravadas.

A la media hora de leccion se hicieron tan sofocantes y deletéreos el calor del establo y el hedor del estiércol, aumentados con aquella aglomeracion de gente, que á mí y á otros alumnos nos dieron náuseas y sofocos acompañados de un violento dolor de cabeza y un copioso sudor.

Fue por fin preciso abrir la puerta del establo, cuya atmósfera no era ya respirable. La fuerte y glacial corriente de aire que sucedió de repente á aquella sofocante temperatura me hizo tiritar y heló el sudor en mi frente. Volvióse á cerrar la puerta pocos instantes despues, mas yo continué temblando, arrecido de frio, lo mismo que mis pobres compañeros, que estaban casi todos miserablemente vestidos. Posteriormente me dijo Claudio Gerard que aquellas repentinas alter-

nativas de frio y calor, aquella atmosfera viciada y dañina en que vivian las tristes criaturas, las causaban frecuentemente enfermedades graves, mortales quizá, y que rara vez podia un alumno dar leccion quince dias de seguida.

Terminó la clase: era sábado, nunca lo olvidaré, merced á la circunstancia siguiente:

Claudio Gerard cogió unas alforjas, me entregó una cesta y me dijo:

—Sígueme, hijo mio...

—Ahora si que te va á causar sorpresa la humillacion á que me espongo, añadió sonriendo.

—Pues cómo?

—Vamos al pueblo á pedir de puerta en puerta..... alimentos para la semana que viene.

Estas palabras me dejaron pasmado.

El sueldo que me tienen señalado por mis funciones de maestro y demas trabajos á que ya me has ayudado, es, hijo mio, tan insuficiente, que me veo en la precision, lo mismo que mis compañeros, en sus respectivos pueblos, de recurrir á la caridad pública para atender á mi subsistencia diaria: ademas, como la mayor parte de mis discípulos son tan pobres, prefieren sus padres pagarme su corta retribucion en artículos de consumo... Háblame ahora francamente, hijo mio..... ¿no te parece esto el colmo de la vergüenza?

—Para mí, que estoy acostumbrado á pordiosear, no, señor... respondí; pero vos que sois sabio y haceis tantos favores al pueblo.....

—Justamente porque conozco que estoy prestando algunos servicios á todos, no me causa el menor empacho recibir de cada uno lo que me pueda dar para ayudarme á ir viviendo... ya que no tengo otro recurso... Si por el contrario fuera yo un perezoso ó un hombre inútil, cometería un acto de cobardía degradante aceptando de esa pobre jente un pedazo de pan. Ea, pues, ven y acaso será tu cena de hoy menos frugal que la de ayer, porque ya se estaban acabando las provisiones....

A cada instante me daba Claudio Gerard algun ejemplo como este de resignacion y dignidad. Le acompañé en su escursion.

Recordando despues este incidente y reflexionando sobre él he podido calcular la consideracion de que debian gozar en los pueblos estos maestros..... que disponiendo de recursos materiales, podrian cambiar en veinte años la faz de un pais y crear una generacion enteramente nueva, solo con la educacion que la diesen; pero sin duda se opone alguna razon política á esta grande regeneracion social.

Claudio Gerard era generalmente querido y aun respetado: sin embargo, á causa de su existencia miserable y de las funciones acccesorias que desempeñaba, se le colocaba al nivel de un pastor bonachon, ó de un honrado é inteligente mozo de labranza.

Los pobres en especial le tenian gran cariño, todos le presentaron con una cordialidad fraternal su modesta ofrenda: cual le daba una medida de judías secas, cual alguna fruta, este un poco de centeno, aquel un monton de patatas; en una palabra, comparativamente nos trataban mucho peor los habitantes acomodados, pues sentian contra el maestro una especie de envidia mezclada con desprecio, que á veces se desahogaba procurando avergonzarle; mas no era fácil avergonzar á Claudio Gerard.

Algunos propietarios de menor importancia, pertenecientes al bando del cura, miraban, amen de esto, la escuela con malos ojos: decian que era inútil, impropio y peligroso, propagar la instruccion por el populacho y repetian ingénuamente: "Si todo el mundo supiera leer, ¿en qué se habia de distinguir el hijo de un hombre que tiene algo del que lo es de otro que no tiene nada?„ Consecuentes con estas ideas contribuian estos presuntuosos con todo su poder municipal á hacer casi imposible la escuela de Claudio Gerard, confinándole en un establo infecto y dañino, y prohibiendo á los padres de familia sobre quienes ejercian algun mando, que enviasen sus hijos á la escuela. Entre jente tan arrogante fué nuestra colecta escasa á

mas de ofensiva en el modo de darla. Medio pan duro como una peña, y algunos pedazos de tocino y queso rancio fué lo que recogimos entre muchos *notables* del pueblo.

Era yo un mísero espósito, habia sido un vagabundo, un mendigo, y sin embargo al oir las duras y despreciativas palabras de que iban acompañadas las limosnas que nos arrojaban, sentí dos ó tres veces latir mi corazon y ruborizarse mi frente de cólera. Mas se aumentó mi sorpresa al ver que la inalterable serenidad de Claudio Gerard no se desmentia un punto y que ni su actitud ni su fisonomía revelaban que se le hubiese ocurrido un momento la idea de que tratasen de ajar su amor propio. ¿La conviccion de ser superior al ultrage, no es á veces el colmo de la dignidad?

Volvimos á la escuela con el cesto y las alforjas casi enteramente llenas.

Tocaba el dia á su fin y la nieve que continuaba cayendo en abundancia, se habia amontonado durante nuestra ausencia á la puerta del establo. Claudio Gerard buscó para dejar franco el paso la pala que se nos habia quedado olvidada en el cementerio junto con el azadon, despues de haber abierto y terraplenado la sepultura de la madre de Rejina.

—La pala se quedó en el cementerio junto al árbol verde... dije á Claudio Gerard, iré á buscarla.

—Bien, respondió, porque si se amontona la nieve á la puerta, nos inundará en cuanto empiece á deretirse... pero sabes el camino?

—Sí, señor, no hay cuidado.

Y me dirijí rápidamente al cementerio. (1)

---

(1) Lejos de ser exajerada esta triste pintura de los medios de educacion que se conceden á las poblaciones agrícolas, se quedan por desgracia muy inferiores à la espantosa realidad. Continuaremos citando la obra oficial de Mr. Lorrain, pàg. 5, 6 y 156.

—"Las lecciones se dan casi siempre en cuadras sucias donde solo se respira á menudo un aire infecto.

—"En general las clases son estrechas é insalubres: he

visto á los niños de un pueblo reunidos en una cuadra con los caballos.

«La clase es á veces una caballeriza, una granja húmeda, una sala baja, una cueva á que es preciso bajar rastreando.—Tienen unas proporciones tan reducidas que parecen inereibles; la estension de la escuela de P.. es de 12 pies cuadrados y en este local se hallan á veces reunidos en el invierno *ochenta* discípulos, sin tener mas aire respirable que el que entra por un ventanillo del tamaño de un vidrio. ¡Cuánto mas perjudicial todavia que en las ciudades no debe ser la privacion de un aire puro á la salud de esos jóvenes campesinos, arrancados á la atmósfera de os campos y trasplantados á esas *carceles sofocantes*, á esas ocacas estrechas, infectas y dañinas en que apenas penetra la luz y que ofrecen á los pies desnudos de los niños un pavimento húmedo, sin ladrillos, sin losas.....

...Insisto sobre las *relaciones uniformes* de gran número de inspectores que afirman sin vacilar que *estos focos de infeccion son la causa de un sin numero de enfermedades graves, epidemicas* y *cronicas a veces que atacan a la juventud de las escuelas.*

—Un abuso que en los campos hemos notado es la falta de toda clase de medios higiénicos para renovar el aire puro con ventanas ó ventiladores. Esto nos ha hecho oir sin asombro que *a los quince dias de asistencia caen enfermos la mayor parte de los niños y dejan la escuela* (Meuse.)

—«El local de las clases es malsano en casi todos los pueblos y estoy seguro de que *la mayor parte de las enfermedades de los niños provienen de su estancia en ellas:* en muchas se reunen materiales entre los que no seria estraño encontrar reptiles. (Calvados.)

—«La escuela del pueblo es tan reducida é insalubre *que cada invierno hay una epidemia en que perecen muchos niños que la frecuentan.* (Somme.)»

Y mas abajo página 61.

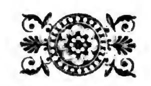
—«El maestro es considerado en el lugar como un *pordiosero;* cuando los alcaldes le quieren dar una muestra de preferencia *le llevan a comer en su cocina;* en muchos puntos no le pagan en dinero, sino que *dejan aparte lo peor de la cosecha* para dárselo cuando vaya mendigando de puerta en puerta con la alforja al hombro... Y no siem-

pre se le recibe bien cuando va á las casas *a pedir su corta porcion de patatas, porque perjudica a los cerdos.*»

Siguen en comprobacion las notas estractadas de los informes de los inspectores generales.

«...Es de notar que en los cuatro pueblos principales de este canton, no se dá retribucion pecuniaria, sino *que el maestro vive de lo que los padres le quieren dar* á cada cosecha.»

—«Los maestros se contentan con cierta colecta que hacen en las casas. Figuraos al señor maestro yendo en tiempo de vendimia de puerta en puerta á mendigar un poco de vino, que la mayor parte de las veces le dan de mala gana. (SEINE-ET-OISE ETAMPES). Hay en diversos lugares una forma de retribucion vergonzosa hasta cierto punto para el profesor de educacion primaria, pues le asimila «con el individuo que tiende la mano para recibir la recompensa de su trabajo... y què recompensa! guisantes!



CAPITULO XXXII.

La nieve.

Aunque la luna caminaba por entre opacas nubes pardas sacudidas por un huracan violento, bastaba su claridad para guiarme y distinguia perfectamente los objetos.

Acercábame al cementerio con una especie de satisfaccion melancólica, pues distraido durante el dia de los pensamientos de que Regina era objeto, me consagraba enteramente á sus recuerdcs: satisfecho de pensar que en lo sucesivo viviria cerca de la postrera morada de la madre de Regina, de aquella madre tan sentida... era á la vez para mí un consuelo y un lazo mas que me unia á aquella niña. Habia hecho propósito de cuidar con piadoso respeto la tumba donde estuviera arrodillada, de protegerla contra la invasion de las plantas parásitas, y para la primavera, pensaba trasplantar algunas flores rústicas, con la loca esperanza de que si Regina volvia hallára al menos la tumba cuidada, sin saber por quién.

Cierta estraña coincidencia me parecia encontrar

entre la inesperada aparicion de Regina y mi buena resolucion de hacerme hombre de bien. Este incidente singular era en mi juicio una especie de consagracion de mi pensamiento favorito, á saber, que todas mis buenas tendencias me aproximarian à Regina.

Que me aproximaria? no...no es ésta la palabra exácta, pues no podia esperar volver á verla, ni mucho menos acercarme á ella: no obstante, me figuraba, aun convencido de la estravagancia de aquella pasion infantil y un resultado, que cuanio mas *hombre de bien* fuera, mas derecho tendria para pensar en Regina, pensamiento dulce y amargo á su tiempo, secreto sagrado que me proponia sepultar para siempre en lo mas recóndito de mi corazon.

Actualmente, amaestrado por los años, apenas acertaria á esplicar cómo aquellas estrañas ideas, empapadas, por decirlo asi, en una refinada sensibilidad, pudieron producirse en un niño de mi edad: las comprendo sin embargo, recordando la preciosidad de sensaciones que despertaria y desenvolviera en mí el egemplo de los amores de Basquine y de Bamboche..........

....

Dominado por estas reflexiones, me encaminaba lentamente hácia el cementerio.

La brisa mas violenta, habia disipado parte de las nubes que oscurecieron hasta entonces la luna: despidió vivos resplandores, cesó de caer la nieve, que ya cubria todo el campo del reposo, como una inmeusa mortaja.

El silencio profundo, solemne, tan solo se interrumpió por los agudos silbos del viento norte que azotaba las hojas de los árboles.

Jamas he sido cobarde y por mi vida bagabunda estaba familiarizado con toda clase de incidentes nocturnos: era tan espesa la capa de nieve que cubría la tierra, que puedo decir que ni siquiera oia mis pasos.

Asi llegué á corta distancia del ciprés junto al cual dejára por la mañana la pala y el azadon para ocultarme durante el entierro de la madre de Regina.

Mas de repente me quedé plantado, inmóvil de estupor y de espanto.

En lugar de ver á pocos pasos la sepultura cerrada como la dejamos por la mañana y cubierta de nieve al igual del resto del suelo, habia sido abierta la huesa recientemente sin duda, pues á ambos lados se elevaban dos montones de tierra negruzca destacando sobre la blancura de la nieve.

Si la sacrílega violacion no se habiera hecho con la tumba de la madre de Regina, acaso me habria amedrentado el pensamiento de indagar aquel siniestro misterio, mas la indignacion, la cólera acrecentaron mi valor, y sin dejar de ser prudente, avancé con precaucion estremada, llegando hasta un ciprés conocido, donde encontré la pala, pero el azadon habia desaparecido.

Hasta entonces no habia oido el menor rumor, é iba á poner atencion, cuando de repente sentí un fuerte olor á tabaco que se exhalaba de la huesa abierta.

Por presentimiento adiviné que el violador de la tumba era el hombre de mala traza á quien ví fumando tan cínicamente, durante los funerales.... pues luego percibí unos golpes sordos que salían de las entrañas de la tierra.... á poco una mano invisible echó fuera el azadon y ví asomar la cabeza y el cuerpo de un hombre que pugnaba por salir de la sepultura abierta, y acababa sin duda de soltar la pipa, pues traia asido de los dientes un envoltorio bastante pesado al parecer.

Reconocí en efecto al hombre á quien por la mañana habia visto.

Oculto por el tronco del ciprés y por la sombra que proyectaba, no podia ser atisbado por aquel miserable. Permaneci inmóvil por tanto, sin saber qué hacer, temeroso de ser descubierto, y aguardando inspiraciones de las mismas circunstancias.

El hombre á quien en lo sucesivo llamaré el *tullido* (despues diré cómo conocí qué era este personaje) el execrable maestro de Bamboche, se puso derecho, así que salió de la huesa, como para desentumecer

sus miembros fatigados, pareciéndome aun mas formidable que por la mañana su erguida y robusta estatura. Miró á todos lados, tomó en la mano el paquete, y reparando en el ciprés, se vino para donde yo estaba.

Contuve la respiracion, hecho un ovillo, me acurruqué como pude para esconderme en la sombra, y cuando se acercó el tullido, me dí por muerto.

Por fortuna en vez de avanzar mas, se sentó en un mantoncillo de piedras, vuelto enteramente de espaldas, mientras desataba el lio que sacó cojido con los dientos: era un mal pañuelo que contenia sin duda diferentes objetos robados en el ataud.

Púsose tullido el envoltorio sobre los muslos, comenzó à examinar el botin atentamente á la luz de la luna, no temiendo ser sorprendido á aquellas horas.

De repente se me ocurrió la inspiracion que yo aguardaba de las circunstancias: un movimiento involutario me puso en la mano el mango de la pesada pala que por la mañana habia usado, y púseme en pie con gran recato; el ruido de los vientos me favorecia: así con ambas manos la pala enarbolándola como una clava; pero al calcular el alcance de mi arma, advertí que para alcanzar al tullido y poder sacudirle en la cabeza, necesitaba dar dos pasos y salir enteramente de mi escondite. Vacilé por un momento, abandonado por la resolucion. El menor ruido, la mas leve vacilacion podian perderme, porque á aquel hombre no le arredraria un asesinato.

La imágen de la Regina vino en mi ausilio y la invoqué mentalmente como se invoca al ángel de la Guarda. Dí un salto y la pala cayó sobre la cabeza del tullido con la rapidéz del rayo. Tan violento fué un golpe, que la pala se dividió en dos pedazos.

Levantó los brazos el tullido como para llevar las manos á la frente, mas le faltaron las fuerzas y cayo nerte y sin movimiento. Temiendo no haber hecho mas que aturdirle, le asesté nuevos golpes con feroz encono y en breve la sangre salpicó la nieve.

El aspecto de la sangre me hizo estremecer... tiré la pala, temblando de espanto, como si hubiera cometido un crímen.. aunque dominé esta conmocion reflexionando que habia sido un justo castigo de aquel profanador de tumbas.

Acerquéme al tullido, á fin de quitar le los objetos robados en la huesa.

Ví un estuche abierto por entre el cual asomaba una gruesa cadena de oro y un medallon del mismo metal... ademas de varios anillos de piedras preciosas arrancados sin duda de las manos del cadáver... finalmente, una cartera que acababa de abrir el tullido, pues estaban esparcidas una porcion de cartas, y en una de ellas asomaba un rizo de pelo, del cual pendia una crucecita de acero y una medalla de plomo del tamaño de una moneda de diez sueldos.

Mi primera idea fué recojer estos objetos é ir al instante á llevárselos á Claudio Gerad, contándole lo que acababa de pasar, mas reflexionando que el tullido podia haberse guardado algunas joyas en el bollido, traté de registrarle á pesar de mi repugnancia y de algun tanto de miedo. Tenia heladas las manos, esto me alentó... Al registrarle los bolsillos entreabrí casualmente su camisa hecha jiras y á la luz de la luna que caia sobre él de lleno, ví marcada sobre su pecho una calavera de tamaño natural: en las órbitas habia pintados unos ojos rojos y una rosa entre los dientes.

—El tullido! esclamé, porque muchas veces me habia hablado Bamboche de la siniestra marca que el bandido tenia en el pecho, marca bastante particular para que pudiera quedarme duda acerca de la identidad de la persona.

—El tullido! repetí arrodillado junto á aquel hombre.—Mejor que mejor! esclamé con feroz alegría, me alegro de haberle muerto, despues de tanto daño como hizo á Bamboche.

Seguí registrando al bandido, pero nada le encontré como no fuera un eslabon, una bolsa con tabaco y un puñal; pero júzguese cuál seria mi sorpresa y

mi dolor al hallarle en los bolsillos del pantalon los dos cachorrillos que la víspera aun estaban en poder de Bamboche.

Por qué estraña casualidad habia vuelto á encontrarse con Bamboche, causando su perdicion? Recordando el charco de sangre en que la noche antes habia encontrado el chal de Basquine y las tres monedas, no podia dudar de la complicidad del tullido en este nuevo crímen, puesto que hallaba tambien en su poder los cachorrillos de Bamboche; pero me confundia la parte que el miserable hubiera tenido en aquel trágico suceso, tan misterioso para mí; toda vez que ignoraba cuál habia sido víctima ó si habian sucumbido mis dos compañeros.

Estrañábame por otra parte no encontrarle al tullido dinero alguno. ¿Que habia sido de la suma robada por Bamboche á Claudio Gerard, suma que era el único incentivo qne pudiera haber para asesinar á mis camaradas?

Todos estos pensamientos me asaltaban á un tiempo, dejándome lleno de turbacion é incertidumbre. Por un instante me pesó haber muerto á aquel malvado, única persona que podia ilustrarme acerca de la muerte de mis amigos, pero al recordar su vida y sus crímenes, díme el parabien por mi accion.

Rocojí por tanto en un faldon de mi blusa la cadena de oro, el medallon, los anillos, la cartera con las cartas y el cordoncito de pelo que tenia atadas á un estremo, una crucecita de bronce y una medalla de de plomo, y dejando al tullido tendido cuan largo era, salí á escape del cementerio, para contar á Claudio lo sucedido.

Réstame una confesion penosa...

Se trata de malas tentaciones y de una accion vergonzosa... accion cuyo remordimiento me ha perseguido hasta el dia, en que lejos de arrepentirme de lo hecho, fui... Mas ah! todo se dirá á su tiempo.

Cualesquiera que fueran las consecuencias reservadas á un hecho indigno por sí, yo no podia preverlas

cuando la cometí, y asi su indignidad no se atenua absolutamente.

Caminaba de prisa hácia la casa de Claudio mirando de vez en cuando y sin pararme, las joyas quitadas al tullido, que me parecian de valor inmenso.

—Ah! pensaba, qué alegría si encontrase á Basquine y Bamboche... con esto para cuánto tiempo tendríamos...

Mas aqui paró mi mal pensamiento, y á pesar de este retroceso hácia las peligrosas tendencias de la vida pasada, conocí que pensar de tal suerte era hacerme cómplice del tullido... cómplice de la violacion de la tumba de la madre de Regina, y rechacé con horror esta tentacion. Pero á mi pesar me asaltó una idea, á la par pueril y maligna.

—No, no, dije, respetaré las joyas, mas esta cartera contiene cartas..... sin valor ciertamente, pues que la humedad de la tumba ha de destruirlas en breve..... ademas nadie puede ya sospechar su existencia, supuesto que guardándolas sin conocimiento de Claudio Gerard, á nadie hago perjuicio..... y para mí será gran dicha poseerlas, sin contar con que el ardiente deseo de saber lo que contienen, me *servirà de poderoso estimulo* para aprender á *leer y escribir.*

Ahora que lo reflexiono friamente, la razon ó mas bien la escusa que daba á una tentacion culpable, me parece puerilmente estúpida, incomprensible, aunque nada hay mas cierto.

Sin embargo, lo positivo es que desde el dia siguiente comenzé á aprender á leer y á escribir con un celo, con un empeño, con una aplicacion obstinada que admiró á Claudio Gerard. Mi único objeto era leer aquellas cartas, pensando sacar de su contenido un lazo misterioso, más, que me uniera á Regina á insabiendas de todo el mundo y de ella misma.

No trato de paliar esta accion: solo me propongo recordar sinceramente las razones absurdas, aunque reales, que me impelieron á un acto doblemente culpable, porque no saqué de la cartera el cordoncito de

pelo, ni la cruz, ni la medalla, escudado en su valor insignificante, y por la idea de que eran objetos perdidos para todo el mundo.

Otra razon de este robo era el deseo de poseer algo que hubiera pertenecido á la madre de Regina, ya que no podia tener nada de esta.

Resolvime á este latrocinio y antes de entrar en casa de Claudio, fué á esconder provisionalmente la cartera debajo de un monton de hierro.

Cuando entré, inquieto Claudo por mi prolongada ausencia, iba á acudir á mi encuentro.

—Mas asi que le hube referido la violacion de la tumba y la muerte del tullido, asi que le entregué las joyas, me abrazó tiernamente, asustado por el peligro que habia corrido, y alabó mucho mi valor, diciendo no obstante:

—Aunque la muerte por mas que sea de un criminal... nos echa encima siempre una grave responsabilidad, porque la muerte es estéril, no estorba los crímenes é imposibilita el arrepentimiento ó la espiacion saludable.... el aspecto de semejante profanacion, el miedo de ser descubierto y muerto por aquel miserable, legitiman el asesinato.... es preciso ir inmediatamente á la justicia á declarar este suceso, y y volveré á cubrir la sepultura indignamente profanada Tú, pobre niño, quédate aquí... caliéntate, que vienes transido de frio y á mi vuelta cenaremos.

Partió Claudio Gerard y no tuve valor para acompañarle: me sentia destrozado por la fatiga y por las emociones del dia.

Luego que se alejó el maestro, mi primera idea fué poner à buen recaudo la cartera. Despues de discurrir largamente los medios de esconder con seguridad mi hurto, descubrí debajo de un pesebre un puchero roto dentro del cual cabia perfectamente la cartera, que no dejaba de ser abultada: en seguida abrí un hoyo bastante profundo debajo del pesebre y despues de tapar con yeso la boca del puchero le metí en el agujero, disimulandolo del mejor modo que me fué posible.

Terminada esta operacion, me senté en un banco y vencido por la fatiga no tardó en apoderarse de mí un sueño calenturiento, turbado por estrañas é incoherentes pesadillas; en uno de estos ensueños con la imaginacion poseida sin duda de lo que Claudio Gerard me habia dicho sobre las personas aletargadas y enterradas vivas, me pareció ver á la madre de Regina salir de su féretro hermosa, engalanada y mirarme con inefable dulzura, haciéndome señas para que la siguiera.

A mitad de este sueño desperté sobresaltado por Claudio que me sacudia el brazo: abrí los ojos; traia la blusa cubierta de nieve y en una mano una linterna, en otra una azada. Venia súmamente pálido y desencajado.

—Se ha escapado el miserable! me dijo, poniendo la linterna sobre la mesa: tu golpe no haria mas que aturdirle.

--A quién? dije estupecfacto?

--Al tullido!

--No ha muerto? esclamé.

Así que salí de aquí, me dijo Claudio, fuí en busca del alcalde, quien acompañado por dos hombres, dispuso que nos dirigiéramos al cementerio. Hallamos en efecto la huesa abierta y junto al ciprés la nieve manchada de sangre...

Aturdido sin duda, herido gravemente, recobraria el malvado sus sentidos al cabo de algun tiempo, y asi tratamos de seguir sus huellas por la nieve. Fácil nos fue conocer que estas huellas iban inciertas, mal seguras... Salimos á una pradera donde á cierta distancia las señales se hicieron menos visibles, hasta desaparecer bajo la nieve, porque habia vuelto á nevar con abundancia... Ocultóse la luna y como hay bosques espesos cerca del sitio donde perdimos el rastro del miserable, renunciamos á una pesquisa inútil... Mañana se avisará á la gendarmería para que haga su reconocimiento... Me volví solo al cementerio... coloqué en el féretro los preciosos objetos y rellené...

la.... la sepultura, añadió Claudio Gerard con voz que me pareció profundamente alterada.

Tan violenta fué su conmocion, que se detuvo pasándose la mano por la frente bañada en sudor.

—Ah, señor! le dije, si supierais lo que soñaba cuando me despertasteis...—Qué?

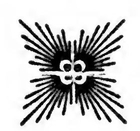
—Parecíame ver á la difunta salir del ataud y...

—Eso soñabas, esclamó Claudio estupefacto! y fijaba en mí una mirada indefinible:

—Sí señor, repuse sorprendido de la importancia que daba á un sueño, cómo esta mañana me hablasteis de casos que...

—Sí, sí, contestó Claudio apresurándose á aceptar esta esplicacion, eso seria.... Qué sueño tan singular! Oh! á Dios gracias, no es mas que un sueño, porque la huesa está cubierta y solo queda el recuerdo de la infame violacion. Hijo mio, confiemos en que el miserable autor no se escapará de la justicia. Mas descansa, yo tambien estoy derrengado.

Claudio Gerard se tendió en su pobre lecho.



CAPITULO XXXIII.

Los aniversarios.

Desde el dia en que ví á Regina en los funerales de su madre, desde aquel dia que fué tambien el primero que pasé en casa de Claudio Gerard, fechaba, por decirlo así, mi rehabilitacion, y yo me complacia con un triste placer en confundir entrambos aniversarios en mi memoria.

Habia yo cumplido escrupulosamente el propósito que formára de cuidar con piadoso respeto la tumba de la madre de Regina, tumba modesta en que solo se leia la palabra Sofia, nombre de bautismo de la infeliz jóven y última humillacion impuesta á su memoria, puesto que su lápida funeraria no espresaba ni su apellido, ni el nombre de su esposo.

Claudio Gerard, hondamente conmovido con el triste fin de aquella desventurada, aprobó mi proyecto de preservar su sepulcro de un deterioro inminente. Hice una verja rústica que iba circularmente á terminar junto al robusto ciprés, detras del cual me habia yo

escondido al divisar á Regina: planté césped alrededor de la lápida, y esparcí fina y amarilla arena por el estrecho paseo que circuia aquella pequeña pradera destiné tambien para cuando llegara la estacion de las flores, árboles y yerba, un acirate en forma de canastillo á la estremidad del sitio cubierto de césped.

En aquel jardinillo melancólico solia yo pasar muchos dias parte de las horas de *recreo* que me concedia Claudio Gerard.

El invierno destruyó las últimas flores plantadas por mí durante el otoño que precedió al primer aniversario del entierro, mas á mediados de febrero comenzaron á florecer las campanillas y prímulas silvestres de que estaban cubiertos nuestros campos, y el 27 por la mañana, dia de *cabo de año*, habia yo convertido el acirate de la pradera, que ya estaba enteramente verde, en un verdadero canastillo de flores rústicas, blancas y lilas, colores melancólicos, suaves y de encantadora frescura.

Termiuada mi tarea y bien nivelada ya la arena del paseo, habíame sentado á descansar en un banco colocado por mi al pié del ciprés... Abandonándome alli á mis meditaciones, recordé que en aquel mismo sitio habia vuelto á ver por la primera vez á Regina... despues de su rapto en la selva de Chantilly.

De pronto oí á lo lejos el ruido de un carruaje corriendo que se iba acercando cada vez mas. Un presentimiento secreto me hizo temblar, sentí latir violentamente mi corazon... A poco se paró el coche, y algunos segundos despues ví á Regina aproximarse á m vestida de negro como el año anterior.

Dábale la mano su anciana criada, y el mulato de siniestra catadura les seguia à pocos pasos de distancia.

Permanecí unos momentos inmóvil, lleno de gozo y al mismo tiempo paralizado de asombro, hasta que viendo que Regina continuaba acercándose, eché á correr tan espantado cual si me hubiese hecho culpable de alguna mala accion; salté de un brinco la

cerca del jardin, y continué mi carrera por el campo, no sin oir antes una esclamacion de sorpresa y júbilo arrancada sin duda á Regina por el aspecto de aquellas flores que no esperaria probablemente encontrar en el sepulcro de su madre.

Llegué sofocado á casa de Claudio Gerard.

—Amigo mio, esclamé al entrar (pues mi nuevo amo habia exigido que le diese este título) —amigo mio, si vienen á preguntar quién ha cuidado el sepulcro de esa pobre señora, os suplico no digais que he sido yo.

Mi inquietud, mi espanto, mi afan de sustraerme al agradecimiento lejítimo que merecian mis desvelos y desinteres, causaron grande estrañeza á Claudio Gerard y le hicieron creer que le ocultaba algo.... En el transcurso de aquel año habia adquirido grande influencia sobre mí; asi es que estrechado por sus preguntas no tuve fuerza para callarle ya *mi secreto*, esto es, mi amor infantil á Regina.

Le oculté sin embargo el robo de la cartera y de la crucecita; la verguenza no me permitió hacerle esta última confesion.

Esperaba yo que mi amo se irritase, mas no sucedió así: se redujo á decirme:

—Dentro de algunos años te hablaré de la revelacion que acabas de hacerme; hasta entonces continua cuidando con veneracion ese sepulcro, y si alguno me pregunta diré que quien ha cumplido con ese deber soy yo, ó mas bien tú, por órden mia.

Regina deseó en efecto saber quién habia mirado tanto por la tumba de su madre, y antes de salir del pueblo envió al mulato, criado que merecia su confianza, á casa del cura para averiguar aquel hecho. El párroco estaba fuera, pero en defecto suyo encontró el mulato á la señora Honoria, la cual contestó con una maravillosa presencia de espíritu mercantil.

—Nuestro sepulturero es el que ha cuidado ese sepulcro por órden del Sr. Cura; se le paga para eso, y asi nada teneis que darle. Vuestra ofrenda corres-

ponde de derecho á la *fàbrica*, y si quereis se continuará por el mismo precio.

Hizo, pues, el mulato su dinativo á la fábrica, cerró el mismo trato para los años sucesivos, y se marchó aquella misma noche con Regina, que desde entonces estuvo en la persuacion de que el cuidado con que se atendia al sepulcro de su madre tenia una causa interesada y mercenaria.

Cada aniversario del fallecimiento de la madre de Regina fué para mí un manantial de emociones indefinibles. Los años pasaban con increible rapidez, merced á la impaciencia, al ansia, llena á la par de de esperanzas y recelos, con que aguardaba yo aquel dia, único entre todos los demas, en que volvia Regina al pueblo.

Observando al tercer aniversario, desde el hueco de un árbol en que estaba escondido, que Regina se estaba junto al sepulcro de su madre hasta que entraba la noche, por grande que fuese el rigor de la estacion, improvisé con una estera de paja sostenida con estacas, una especie de cobertizo sobre el banco que habia al pié del ciprés, precaucion que me fué tanto mas satisfactoria, cuanto que en todo el dia apenas dejó de nevar...

. . . .

De esta manera ví á Regina desarrollarse de año en año, y convertirse de niña en adolescente. Como la veía solo una vez y sin transicion, en cada invierno, era mas notable para mí el desarrollo de sus gracias y hermosura, que llegó á ser deslumbradora.

Cuando llegó Regina á la edad de diez y seis años, eran incomparables la perfeccion de su esbelto talle, la regularidad de sus facciones, el hechizo de su porte y de sus menores movimientos. Sus tres lunares de color de ébano como sus cabellos, hacian resaltar mas y mas la trasparente frescura de su tez y la púrpura de sus labios.

Segun iban pasando años, aparecia en su fisonomía, no ya una afliccion desgarradora, pero sí una melancolía grave y un recojimiento profundo.... Estaba horas

enteras inmóvil y con la frente apoyada en las manos, cual si tratara tenazmente de encontrar la clave de algun misterio: á veces se estremecia con dolorosa impaciencia, y un dia, por fin, pude notar desde el fondo de mi escondite ordinario, y despues de una de sus largas meditaciones, que contraido el rostro por la indignacion y el dolor, y bañadas en llanto las mejillas decia.

—¡Oh madre mia! ¡madre mia!...! yo vengaré tu memoria!..

Habia yo entrado en casa de Claudio Gerard siendo muy niño; alli me hice hombre y adquirí en pocos años gracias á su solicitud paternal, alguna instruccion: y en verdad que cuanto mas pienso en ello, mas me admira la enerjia de que estaba Claudio dotado: á pesar de las dificultades y obstáculos de toda clase que se le oponian, á pesar de la insalubridad casi mortal de la escuela y la falta de los libros mas elementales que los pobres no podian dar á sus hijos, y que, como él tampoco los podía suministrar, suplia en parte con manuscritos imitando la letra de imprenta, en que invertia parte de la noche; a pesar de la triste y culpable indiferencia de las familias y de la mala voluntad de las autoridades, Claudio Gerard obtenia generalmente los resultados mas increibles.

Lejos de limitar su instruccion á la lectura y escritura, daba á sus discípulos en lo posible una educacion *útil*, *practica* y acomodada á su clase.

En sus lecciones claras, sencillas, variadas, tocaba y resolvia todas las cuestiones fundamentales de la agricultura, aplicadas al pais que habitaba, emancipando asi á toda una generacion de las preocupaciones y de la rutina.

Amen de esto, Claudio Gerard llevaba dos vece por cada semana á sus alumnos á casa de los poco artesanos que se contaban en el pueblo, y allì aprendia cada uno segun su inclinacion los primeros rudimentos de un oficio de esos que son, por decirlo así, indispensables al labrador aislado en su hacienda á gran distancia de toda poblacion; de suerte que la

mayor parte de los discípulos entendian algo de carpintería, herrería ó albañilería, y podian, en un apuro, apuntalar una armazon de tablas, guarnecer un arado ó afirmar una pared ruinosa. Para obtener de los artesanos estas lecciones prácticas, á mas de servirles los alumnos de aprendices dos veces á la semana y ayudarles en sus trabajos, les daba Claudio Gerard ciertas nociones de geometría y mecánica elemental aplicadas á su profesion y muy necesarias al carpintero para el corte y ensamble de la madera, al albañil para la corta de piedras y la construccion, y al herrero para el cálculo de los resortes, pesos y palancas.

Los domingos se invertian en herborizar y aprender á distinguir y emplear una porcion de plantas rústicas dotadas de virtudes salutíferas: y los jueves enseñaba Claudio Gerard el canto por un método de admirable sencillez y claridad, en que los signos tan díficiles de comprender de la escritura música estaban sustituidos con las cifras ordinarias 1, 2, 3, 4, conocidas é intelijibles para todos los niños. (1)

Gerard mismo escribia las sencillas y cómodas partituras que sus discípulos copiaban en seguida, poseyendo asi una especie de biblioteca música en un pequeño espacio. El efecto que producian aquellas voces de niños y adultos, cantando los domingos en la iglesia, era sorprendente y lleno de encanto: en las hermosas noches de verano habia tambien reunion para cantar al pie de los árboles.

Claudio completaba la instruccion de sus alumnos con la esplicacion sumaria y lucida de los principales

---

(1) Tendremos ocasion de volver á tratar de este maravilloso descubrimiento de Galin, que da tan magnífico desarrollo á una idea de Rousseau y la convierte en una ciencia nueva y al alcance de todos. Mr. L. D. Emne Chevé, uno de sus mas fervientes adeptos, ha vulgarizado esta ciencia con tanto brillo y acierto como desinterés, y la hace obtener diariamente resultados casi increibles.

fenómenos de la naturaleza, y con algunas nociones elementales de higiene, tan útiles á la salubridad de la clase pobre.

Algunas ideas sobre la ley (que nadie debe ignorar y que en realidad ignora la inmensa mayoría) en lo concerniente á los mas importantes derechos y deberes de los ciudadanos y el análisis sucinto de los acontecimientos mas notables y gloriosos de nuestra historia, terminaban la educacion de los adultos.

En esta última clase de lecciones, rápidas é incompletas, pero palpitantes de patriotismo, enseñaba Claudio Gerard, si así puede decirse, EL AMOR A LA FRANCIA.

—Hijos, repetia á menudo, dos madres teneis á quienes debeis amor, cariño y respeto... á quienes debeis vuestra sangre y vuestra vida: la madre que os dió el ser y la Francia... Los lazos y deberes que con las dos os unen son los mismos... Tributad, pues, ante todo vuestro culto á Francia, envaneceos de pertenecer á ella, de servir, de defender... á una madre tan vieja y bonachona.

La creencia, altanera y cándida á la par, en un ser racional llamado Francia, arrancaria una sonrisa de lástima à mas de cuatro *sprits forts*, pero aquellos rústicos, rectos, enérgicos, propensos á amar, y cuya inteligencia estaba acostumbrada á las lecciones de Claudio Gerard, tenian todavía la inocencia suficiente para inflamarse en un verdadero amor al pais. Mas adelante, cuando se hacian hombres aquellos niños, sentian cierto orgullo en servir á su patria, al llegar la hora de la recluta; pagaban libremente y con arrogancia la contribucion de sangre, en vez de poder procurar sustraerse á ella, escondiéndose en los bosques y viviendo alli como vagos é innobedientes á las leyes y asi se oia confesar á los mayores enemigos del maestro que desde que la educacion primaria corria por su cuenta, eran cada vez mas raros los prófugos, tan numerosos antes.

Citaré otra prueba sorprendente de la influencia de la educacion incompleta en verdad, pero abundante en

sentimientos honrosos que habia conseguido dar Claudio Gerard á aquellos niños, á fuerza de inteligencia, abnegacion y energia.

Estalló la revolucion de julio, y en muchas provincias, inclusa la nuestra, hubo algunos amagos de desórdenes que se reprimieron muy pronto: hubo intrigantes que pretendieron esplotar los recuerdos de la revolucion, y arrastraron en pos de sí á cierto número de infelices sumergidos en la miseria y en la ignorancia, y llenos de rencor y envidia por lo mismo que eran miserables. De resultas, parte de los habitantes de dos pueblos próximos al nuestro que se habian sublevado al grito de ¡*Guerra a los propietarios*! vinieron á reclutar entre nosotros jóvenes de quince á veinte años que les acompañasen para marchar contra una magnífica quinta situada á alguna distancia de nuestro lugar, y ocupada por un propietario que disfrutaba de un caudal considerable. Jamas olvidaré aquel dia, cuyo imprevisto resultado pudo tener tanta influencia en mi suerte.

Era terrible el aspecto de aquella tropa de aldeanos armados de fusiles, hoces y bieldos, que precedida de un tambor, y cosa singular, de un *serpenton*, tomado en la parroquia, hizo alto en la plaza del pueblo, sonó un redoble, y los cabecillas llamaron á las armas á todos los buenos hijos de la patria para volar la quinta de San Estéban.

Noticioso de esta novedad, salió Claudio Gerard de su casa y tuvo una larga conversacion con el gefe de los insurgentes, en tanto que el alcalde y el cura huian despavoridos. Despues de esta conferencia, el maestro de escuela prometió levantar en una hora una partida de mozos resueltos y marchar á su cabeza contra la quinta.

En efecto, media hora despues se unian á la primitiva partida veinte y cinco de nuestra parroquia, armados bien ó mal, y al mando de Claudio Gerard, que pidió como un favor especial formar la vanguardia.

En el tránsito del pueblo á su quinta, acalorados los insurgentes, cuyos ausiliares éramos con sus pro-

pios gritos y cánticos, cayeron sobre una casa aislada del camino, destaparon dos ó tres barriles de vino, y aumentaron con la embriaguez su exaltacion.

Nuestra tropa, lejos de tomar parte en esta orgia, se aprovechó del desórden y del retraso que era consiguiente, para continuar avanzando con rapidez hácia la quinta, sin que el resto de la columna concibiera el menor recelo, pues al cabo cumplíamos con los deberes de la vanguardia.

Llegados á la quinta de San Esteban, Claudio Gerard me enseñó desde lejos al dueño de aquella magnífica posesion. Muy distante de adivinar el peligro que le amenazaba, paseábase á la sazon por un patio de la casa con su esposa, sus hijos y algunas señoras. Para llegar á la quinta habia que pasar un puente construido sobre un canal que circuia el parque. Claudio Gerard nos mandó ocupar aquel puente y cortar á todo trance el paso... á nuestros ausiliares, á quienes llevabámos cerca de seiscientos pies de delantera.

Acercándose entonces al dueño de la quinta que comenzaba á alarmarse, le dijo mi amo:

—Nada temais, caballero... cuatro docenas de hombres estraviados por su miseria ó por malos consejos han resuelto atacar vuestra casa, y venido á nuestro lugar á pedirnos ausilio: al cuarto de hora de conferencia con ellos, me he persuadido de que me seria imposible disuadirlos de su intento, y esto me ha determinado á venir acompañándolos para protegeros en caso necesario; traigo conmigo veinte muchachos honrados que están allá abajo guardando el puente. Todavía no desespero de calmar á esos infelices, de que nos hemos hecho ausiliares para contenerlos, pero si no lo consigo, os defenderemos de ellos... No me lo agradezcais, — dijo Claudio Gerard al asombrado propietario,—no os conozco, pero al oponernos arriesgando nuestra vida á un acto de violencia y brutalidad, que carece de toda autorizacion, y que ni siquiera tiene el pretesto de una venganza legítima, esos jóvenes y yo defendemos la causa del pueblo de

que formamos parte, y no otra. Tranquilizaos, pue porque haremos respetar vuestra persona y bienes por cuantos medios pudiera humanamente emplear cualquier hombre de valor.

Esto dicho, volvió Claudio Gerard á nuestras filas, nos encargó de nuevo que guardásemos el puente, y prohibiendo, para evitar una colision, que ninguno de nosotros le acompañase, se acercó solo á la partida que venia medio borracha y distaba ya pocos pasos de nosotros. Fueron necesarias la serenidad, la resolucion, la increible autoridad que naturalmente poseia Claudio Gerard para dominar el furor de nuestros ausiliares cuando pretendió esplicarles cuán desleal é indigna era la accion que iban á cometer. Uno de aquellos infelices dió en su exasperacion un golpe con un trillo de mano á Claudio Gerard: pero este, dotado de tanto vigor como arrojo, derribó en tierra á su contrario, le puso fuera de combate y continuó apelando á los generosos sentimientos de sus adversarios. La mayor parte permaneció sorda á sus exhortaciones y marchó tumultuosamente hácia el puente: pero una minoría bastante considerable cedió á los consejos del maestro de escuela y se formó á su lados

Qué mas diré? Despues de una lucha de corta duracion por fortuna, y poco sangrienta, nuestros agresores se dispersaron desordenadamente temiendo un nuevo ataque. Pasamos la noche al pie de los árboles del parque, y al amanecer del siguiente dia volvimos al pueblo, convencidos de que ningun peligro amenazaba ya á la quinta. . . . .

CAPITULO XXXIV.

La despedida.

El dia que el tullido profanó el sepulcro de la madre de Regina, cojí una cartera que contenia gran número de cartas y una crucecita de bronce.

Mas para atenuar á mis propios ojos esta vergonzosa accion, formé un singular proposito: juré no leer aquellas cartas hasta que Claudio Gerard no me volviese á hablar de mis revelaciones acerca de Regina.

Poco tiempo antes de uno de los últimos anniversarios á que asistí, escondido, como acostumbraba, me dijo Claudio:

—Hijo á estas horas debes de tener diez y siete años... Algunos há que me confiaste tu amor precoz á la señorita Regina. Esa pasion, si bien se esplica por la influencia de los tristes ejemplos que tuviste á la vista en tu infancia, estaba tan poco en armonía con tu edad, que no quise volverte á hablar de ella, ni reprenderte. Si era una idea pueril debia borrarse en breve de tu corazon, y entonces ¿para que recor-

dártela? Si por el contrario era un amor duradero, yo no podia vituperarle, pues te he estudiado atentamente y estoy convencido de la escelente accion que ha ejercido esa pasion sobre tí, y que ejercerá largo tiempo todavia... Amores de esta naturaleza, aunque sin esperanza, y quizá por eso mismo, son para mi corazon como el tuyo la mayor salvaguardia contra los estravios de la edad.

Sí, hijo mio, no te hagas ilusiones, tu amor es sin esperanza. Regina es estremadamente hermosa: su piadoso respeto á la tumba de su madre, anuncia un alma noble y tierna, tiene una rara firmeza de carácter, una singular fuerza de voluntad sin duda, pues ha debido allanar grandes obstáculos antes de conseguir que su padre la permita hacer todos los años un viaje de doscientas leguas, para venir á pasar un dia rezando sobre el sepulcro de su madre. El padre de tu amada, sin poseer un capital inmenso, es rico y pertenece á la mas antigua nobleza. Regina parece estar engreida con su cuna, pues hace dos años trajo una placa esmaltada con las armas de su familia, y la mandó colocar en la piedra humilde y desnuda que cubre los restos de su madre.... Orgullo, por el que yo no la acriminaré en esta ocasion, pues sin duda ha querido protestar á si contra el borron vergonzoso con que se queria mancillar la memoria de aquella infeliz señora....

Resulta pues, hijo querido, que esa jóven es admirablemente hermosa y rica, que su elevada cuna la infunde orgullo, y que tiene un carácter tan firme como el corazon.

Ahora bien, todas esas prendas naturales, todas ventajas de sangre y dinero son otros tantos obstáculos insuperables que entre ella y tú se alzan. Amala, pues, como hasta ahora, sin que te vea ni te conozca. Ten siempre presente la distancia inconmensurable que de ella te separa; y sea Regina la estrella que guie tu vida por la senda del bien. Cuando tengas alguna mala tentacion, evoca en tu mente, evoca la altiva y hermosa faz de Regina, y te correjirás de tus inclinaciones torcidas. . . . .

. . . .

Al oscurecer de aquel mismo dia en que tuve esta conversacion con Claudio Gerard, aproveché una hora de soledad para desenterrar la olla, visitada por mí frecuentemente para sacar la cartera con una violenta palpitacion de corazon y ruborizado, cual si me estuviera haciendo culpable de algun indigno abuso de confianza.

Mas ¡cuál no fué mi sorpresa, mi disgusto! Las cartas no tenian mas sobre que unas iniciales, y estaban escritas en una lengua incomprensible para mí: (mas tarde supe que era el aleman, y por eso lo sé en el dia,)

Rejistré sin embargo toda la correspondencia, carta por carta, esperaudo hallar una en francés. ¡Vana esperanza! me fué imposible entender una sola.

Hallé sin embargo entre aquellos papeles un objeto muy singular.

Era una corona de dimensiones pequeñas (corona real á lo que posteriormente supe) de forma particular recortada, con sus calados correspondientes en una laminita de oro muy delgada. Esta corona sujeta con do hebras de seda amarilla y azul al medio de un pergamino cuadrado y de bastante cuerpo, estaba rodeada de líneas simbólicas y de S. S. y W. W. entrelazadas formando cifra.

Debajo se leia esta fecha en francés:

Veinte y ocho de diciembre de 1845.

—*Calle del Faubourg de Roule, número* 107.

—*Las once y media de la mañana.*

Mas abajo todavia habia cinco renglones en lengua alemana, de longitud desigual y de letras diferentes.

El primero, el tercero y el quinto estaban trazados por una mano firme; el segundo y el cuarto eran obra de otra mas delicada y menos segura.

Este singular objeto me sorprendió en estremo, y procuré, aunque en vano, adivinar la significacion de los signos simbólicos que le cubrian: la corona de oro escitaba tambien vivamente mi curiosidad, mas no habia medios de satisfacerla.

Guardé, pues, tristemente el pergamino, la cruz, la

medalla y las cartas en la cartera, y me eché á discurrir un modo de saber en qué lengua estaban estas, sin infundir sospechas á Claudio Gerard.

Un incidente harto imprevisto interrumpió mis meditaciones por entonces...

Fuéme preciso separarme de Claudio.

Habia entrado en su casa siendo niño, y salía hecho un hombre, no tanto por la edad (contaba á la sazon unos diez y ocho años) cuanto por la razon y la esperiencia que habia adquirido en su rigorosa escuela.

Durante aquellos años pasados al lado de un hombre lleno de ciencia, dotado de las mas raras prendas, filósofo práctico como pocos, se desarrolló mi intelijencia, se cultivó mi espíritu algun tanto, y mi carácter adquirió un temple vigoroso.

Poseía yo ademas una profesion manual, la de carpintero, que podia servirme de recurso en los dias de adversidad.

Mas no sin trabajo habia llegado á obtener este resultado: muy á menudo tuve que luchar contra el desaliento amargo y profundo que me causaba la vida miserable, fatigosa y sin porvenir á que me veia condenado: contra la tristeza desesperada que me poseia siempre que recordaba á mis dos compañeros de la infancia, de cuya suerte no habia vuelto á tener la menor noticia y á quienes guardaba en mi memoria el mismo cariño que les profesaba el dia de nuestra separacion.

Costábame tambien gran trabajo contener los impulsos de odio y rabia que me inspiraban los indignos enemigos de Claudio Gerard.

Ni una sola vez se habia cansado la admirable resignacion de mi maestro: ni una sola se habia desmentido su calma estóica y llena de dignidad, al paso que la animadversion de sus perseguidores, lejos de apaciguarse, se exasperaba de dia en dia hasta rayar en frenesí. Sublime fué la humildad, la abnegacion con que resistió Claudio Gerard y ¡cosa estraña! en fuerza de la ciega sumision con que se amoldaba á

las exigencias mas brutales, á las mas patentes injusticias, logró reducir á la impotencia á sus enemigos y conservar su humilde puesto en el pueblo.

Llegó por fin el dia del triunfo del enemigo mas encarnizado é infatigable de Claudio Gerard: con esto queda nombrado el cura.

Este indigno sacerdote despues de mil intrigas, calumnias y maniobras infames, logró introducir la desconfianza y la frialdad entre el maestro y la pobre gente, cuyo cariño se habia grangeado este: una vez conseguido este objeto á que con tanta tenacidad habia aspirado por el espacio de años enteros, le fué ya fácil obligar á Claudio á salir del pueblo................

....

....

Siempre estarán presentes en mi memoria los últimos momentos que pasé al lado de mi amo.

Era á fines de diciembre de 1832.

Claudio Gerard y yo nos hallábamos reunidos en el cuartucho separado solo del establo por unos zarzos de mimbres.

La mañana estaba oscura y lluviosa: la luz penetraba turbia por la estrecha ventana que me diera paso algunos años antes, cuando entré á robar al maestro en compañía de Bamboche y Basquine. (Para atenuar en algo esta vergonzosa accion debo decir que trabajando como aprendiz de carpintero pude en dos años pagar la cantidad robada á Claudio Gerard, quien restituyó entonces el depósito que se le habia confiado.)

A la pálida luz de una mañana de invierno, paseábase, pues, lentamente mi amo por la reducida estancia, silencioso, pensativo y con la frente inclinada hácia el suelo.

Sentado yo en la mala cama en que pasé la primera noche de mi residencia en aquella humilde casa, me apoyaba negligentemente con una mano en un pequeño morral de viaje que al lado tenia.

Claudio Gerard, vestido segun su costumbre con una mala blusa, y calzado con unos zuecos en que

desaparecian sus pies desnudos, estaba muy avejentado: numerosas arrugas cruzaban su rostro, sus cabellos iban tornándose grises hácia las sienes; solo la espresion grave y dulcemente melancólica de sus facciones era siempre la misma.

No obstante, en el aquel momento tenia contraido el semblante cual si le agitara una sensacion violenta que pretendiese reprimir.

Logrando por fin vencerse, me dijo con voz serena levantando la mano hácia la ventana:

—Por ahí, hijo mio, te introdujiste hace ocho años en esta casa... El abandono...la miseria... el mal ejemplo.... la ignorancia te impelieron á robar... hoy tienes diez y ocho años, y vas á salir de aquí siendo un hombre de bien, dotado de una instruccion que ha servido para desarrollar tu talento y dar elevacion á tu alma: vas imbuido en otros principios, animado de las mejores ideas, y posees por fin una profesion mecánica que en cualquiera ocasion te proporcionará el pan...

—Ah! nunca olvidaré....

—Escucha, hijo querido, prosiguió Claudio Gerard interrumpiendome: si te recuerdo tu punto de partida y el camino que tan animosamente has recorrido hasta ahora...no ha sido por vanagloriarme de los beneficios que te he hecho, sino á fin de que esta última ojeada á tu vida pasada te dé fuerzas para contemplar tranquilamente el porvenir.

Desde el momento en que te recojí, he estudiado su vida paso á paso, dia por dia, y testigo de todas esas luchas y pruevas de que con tanto honor has salido, yo solo he estado en el caso de conocer cuántos elementos buenos se reunen en tí, cuánta generosidad abrigas, cuánta firmeza y energía para marchar por el buen camino.

Animo, pues, hijo mio...

Aceptar, como tú, una vida laboriosa, dura sin goces, sin placeres, é iluminada solo una vez al año por la brillante aparicion de una jóven á quien siempre debes amar sin esperanza; conllevar por fin esa

vida de desprendimiento y abnegacion, sin la menor amargura, resistencia ni odio en el corazon... es bello... es bueno...

—Ay, amigo mio!... si al marchar por esa senda áspera y cansada me faltaban acaso las fuerzas... vos estabais conmigo y con pocas palabras me infundiais nuevo valor. Pero ahora... me traspasa el corazon la idea de que tenemos que separarnos por mucho tiempo... para siempre tal vez.

—Para siempre?..... no..... hijo mio. Han logrado echarme de este lugar... despues de una lucha de diez años... pero no es de esperar que en el pueblo á que voy me tropiece con gente que me quiera tan mal .. El año que viene puede que ese caballero de Paris, á cuya casa vaste conceda licencia por algunos dias... Entonces tendremos un dia de gozo... nosotros que tan pocos tenemos...

—Ah! si vos hubieseis querido, no nos habriamos separado... yo continuaria ayudandoos en vuestros trabajos...

—No, hijo, no... ese porvenir es impropio de tí. Se te presenta una posicion inesperada... seria una insensatez desaprovecharla. Nunca hallarás un protector mejor que Mr. de Saint-Etienne. Cree deberme un grande agradecimiento porque salvé hace dos años su quinta del saqueo...

—Y su vida tal vez... arriesgando la vuestra, amigo mio.

—Bien está... ello es que á escepcion de algunos libros elementales para la escuela, siempre me he negado á admitir las ofertas que en prueba de gratitud me ha hecho... hasta que ahora ha creido que es llegado el momento de demostrármela. Ocupa en Paris un puesto importante. Necesitaba de un hombre íntegro y seguro que ejerciese á su lado un cargo de importancia, y me ha escrito proponiéndome el ser su secretario íntimo, aceptando desde luego las condiciones que yo estableciera. He rehusado...

—En vuestro nombre, pero aceptado en el mio.

—Porque me ha parecido que es una posicion hon-

rosa para tí. He respondido de tu conducta, como de la mia propia: Mr. de Saint-Etienne tiene, no sé por qué, tanta confianza en mí, que á pesar de tu juventud te ha admitido por su secretario... á condicion de probar, es cierto; pero esa prueba no la temo yo por tí... Repito, hijo, que debes aceptar á toda prisa la inesperada posicion que se te presenta.

—Y solo por asegurarme esa vida tranquila y feliz os resignais á continuar vuestra trabajosa carrera!

—Por humilde y miserable que sea, hijo mio, esta carrera es ya sagrada para mí... Lo digo sin orgullo, y tú lo has visto: á pesar de tantos obstáculos como he tenido que vencer, he conseguido á menudo felices resultados... Me basta esa recompensa... hacer que una generacion de niños pobres, ignorantes, casi embrutecidos por la miseria, se trueque en otra de hombres inteligentes, honrados, instruidos y trabajadores... esto es hermoso... y me hace mirar con mucho desprecio ó mucha lástima las indignidades con que me abruman... Ya he hecho el bien del pueblo... que me importa su aborrecimiento.

Y Claudio Gerard añadió con dolorosa ajitacion.

—Ah! si no tuviera yo mas pesares que los que me dan mis enemigos!...

--Os entiendo amigo mio... hablais de esa pobre loca... á quien visitabais todas las semanas en la ciudad... Muy separado vais á estar ahora de ella!

Claudio Gerard guardó silencio por largo rato: tenia las facciones contraidas, y parecia estar pensativo y ajitado: haciendo por fin un grande esfuerzo me dijo:

--Tengo que revelarte una cosa... he vacilado mucho... pero por mas que me cueste esa confesion debo hacértela, puesto que vamos á separarnos... Acaso obraré con cordura, acaso será insensata mi franqueza... el tiempo lo dirá.

--¡Vos, amigo mio, hacerme una revelacion que os cuesta tanto? dije á Claudio Gerard con asombro.

CAPITULO XXXV.

El misterio.

Sí, me respondió Claudio Gerard, me costará trabajo hacerte esta confesion, porque te hará ver que sospeché de tí... y de mí.

—Y por qué?

—Te acuerdas aquella ausencia tuya de quince dias, hace cosa de un año despues de tu enfermedad ?

—Sí, amigo mio, vos quisisteis que fuese á pasar mi convalecencia á algunas leguas de aquí, esperando que el cambio de aires la apresuraria.

—Pues bien!... durante tu ausencia, me dijo Claudio Gerard, algo confuso, un sugeto ha venido preguntando por tí.

—Por mí! y quién era?

—Uno de tus compañeros de infancia.

—Bamboche! esclamé, con una emocion de júbilo indescriptible; con que mis temores eran infundados, vive... y no me ha ovidado?

Y con lágrimas en los ojos, añadí: perdon amigo mio; pero si supierais lo que me pasa en este instante!

—Lo comprendo, hijo mio, y estoy lejos de vituperar tu ternura. Oye lo que ha pasado durante tu ausencia, hace un año.

Estaba yo aqui una mañana, cuando ví entrar un gallardo y robusto jóven, de fisonomía enérgica, y vestido, segun me pareció, con mas lujo que gusto. —Caballero, me dijo, hará cosa de siete años que habeis recogido un niño abandonado, segun he sabido por los informes que acabo de recoger en esta aldea.—¿Y qué interés tomais por ese niño? dije al recien llegado, examinándolo con no menos sorpresa que curiosidad.—Es mi hermano, me respondió.—¡Hermano vuestro! esclamé, y acordándome de la relacion y retrato que me habias hecho de Bamboche, repuse. No sois el hermano, sino el compañero de Martin, y os llamais Bamboche.—A pesar de su aplomo y audacia se turbó, y me dijo con cierto ceño:—Poco os importa quién soy yo, lo que quiero es ver á Martin. Mucho me ha costado descubrir sus huellas, y os aseguro que lo veré, añadió con ademan amenazador.—Me encojí de hombros, y respondí secamente.—¿Y si os digo yo que no lo vereis? Hace quince dias que Martin ha salido de esta aldea.—¿Y dónde se encuentra ahora? esclamó Bamboche impetuosamente, quiero saberlo.—Es imposible, respondí.—Nunca podré darte una idea, añadió Claudio Gerard, de la pertinaz instancia de Bamboche, á fin de saber dónde te encontrabas, usando para ello desde el tono amenazador (de cuya inutilidad se convenció bien pronto), hasta las súplicas mas humildes y tiernas, si he de decir verdad; pero todo fué en vano, pues me resistí.

Entonces, queriéndome ganar por medio de su franqueza, me confesó el robo que cometísteis, y quiso obligarme á tomar una bolsa llena de oro, como indemnizacion. Rechacé la bolsa y le respondí que tú habias conseguido devolverme la cantidad trabajando tres veces por semana en casa de un carpintero. Quiso

Bamboche intentar el último esfuerzo, diciéndome que en los dos meses escasos que tenia de fecha su brillante posicion, solo habia abrigado una idea, la de hallarte, y que para conseguirlo, solo despues de mil trabajos habia logrado hallar el camino y parajes que habiais recorrido juntos en un tiempo y que entonces era cuando yo queria alejarte de su amistad. Habia en las palabras de aquel singular jóven, tal mezcla de astucia y sinceridad, de osadía y profunda sensibilidad, que llegó á interesarme á pesar mio, y por eso mismo me mantuve firme en mi resolucion de no dejarte ver á Bamboche. Conozco á los hombres; estaba seguro y lo estoy todavía de que tu compañero de infancia no habia podido ganar honradamente la existencia casi lujosa que queria compartir contigo. El por su parte confirmó mis sospechas con su cínica franqueza: diciéndome:

Seguramente que no he ganado este dinero *trabajando para el premio Montyon* (1), pero á fé de Bamboche, que la justicia mas sospechosa no tiene derecho para mirar dentro de mis bolsillos. Me mantuve inflexible. Durante tres dias consecutivos, esperando sin duda Bamboche vencer mi resistencia, vino todas las mañanas desde la ciudad vecina donde permanecia momentàneamente. Convencido, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, se decidió á partir. Sus últimas palabras en lugar de ser amargas é irritantes como yo esperaba, fueron por el contrario, respetuosas y penetrantes. Aunque desalmado, como me creis, no soy ningun necio; aunque jóven, no carezco de esperiencia. Conozco el mundo, y veo que sois un hombre como hay pocos. Por eso mismo, añadió con ironía, estais metido en el rincon de un establo.

—Siempre el mismo... dije á Claudio Gerard.

—Sí, y he hallado en él el mismo carácter que me pintaste, pero acompañado de ciertas maneras de hombre de mundo, facilidad en la espresion, y un cinis-

(1) Premio que distribuye á la virtud anualmente la academia francesa.

mo sarcàstico que estaba muy lejos de encontrar en él.—Al fin y al cabo, repuso, habreis hecho de Martin un buen muchacho; habia tela en él; no os habrá costado mas que el desbastar aquella naturaleza franca y leal, pues Martin no tenia inclinacion al mal, y solo mordia con la punta de los dientes, no á bocados como yo; solamente que aunque mordiendo poco y comiendo menos, el pobre muchacho no se atrevia á quitar la gana á los demas.

—Pobre Bamboche! dije á Claudio Gerard.

—Como á tí, me respondió, me enternecieron aquellas palabras de Bamboche.

—Pero vos, le dije, vos que creeis en el bien y que hasta podeis admirarlo en otro, por qué no lo practicais?

—Y qué os respondió, amigo mio?

—El caso es, buen señor, repuso Bamboche, que creo en una hermosa estátua de mármol, de actitud fiera y fisonomía dulce y grave á la vez, como la debe tener á estas horas Martin; admiro tan hermosa estátua, que á pesar de la lluvia, el viento y la tempestad permanece inmóvil y tranquila sobre su pedestal. Oh! yo hallo eso magnífico, es un espectáculo que admiro, solamente que, como soy de carne y no de mármol, no trato de hacerme estátua, y me digo á mí mismo: rueda tu *jiba* en el huracan del mundo; añadió terminando con esta chuscada grosera.

—A pesar de esa última grosería, la primera imágen era grande, esclamé: cómo se ha desarrollado la imaginacion de Bamboche?

—Sí, me dijo gravemente Claudio Gerard, esa imágen es grande, pero falsa. El hombre fuerte puede ser de mármol para resistir al huracan de las malas pasiones. A pesar de eso, me estraña como á tí semejante lenguaje, á la vez trivial, cínico y elevado. Pensaba en qué escuela aquel jóven, perdido en tan mal camino, podia haber adquirido esos pensamientos tan poco comunes que aparecian en su lenguaje, cuando Bamboche, despues de un momento de silencio, repuso con voz conmovida:

—Ea, quedaos con Dios; pueda ser que valga mas para Martin que no le vea, yo me entiendo. Dadle un abrazo de mi parte, un abrazo de todo corazon. Ah! vos sois dichoso', añadió llevando bruscamente las manos á los ojos. Decidle que lo quiero ni mas ni menos que hace ocho años, y que no comprendo nada de lo que me pasa, pues vive Dios! yo no era nada tierno, y me he vuelto muy correoso. Pero esto no importa: para él, no he mudado, decídselo asi, y que cuando quiera le pertenezco en cuerpo y alma, con bolsa y brazo, en fin, á vida y muerte, como en casa de La Lebrasse, y si quiere venir algun dia á París, aque están las señas de mi habitacion.

—Y esas señas! esclamé involuntariamente con los ojos llenos de lágrimas

—Las señas, dijo Claudio Gerard dando un paso hácia la mesa negra, de cuyo cajon sacó un papel plegado y sellado, aqui están. Las he encerrado en este papel, hijo mio. Cuando estés en Paris podrá enterarte de ellas con toda libertad.

Me apresuré á tomar el papel plegado, y lo contemplé silenciosamente y no sin cierto temor.

Claudio Gerard continuó:

—He titubeado mucho tiempo, hijo mio, antes de hacerte esta relacion, y de haber titubeado es de lo que acaso ahora me arrepiento. Mucha seguridad debia yo tener en la solidez de principios que te he inculcado, y en la firmeza de tu carácter, para no ocultarte nada; pero he tenido por tí la influencia resistible á veces, de una amistad de la niñez. No pasaba casi ningun dia en que no me hablases de tus antiguos compañeros, echándolos de menos; verdad es que no habrian como tú, encontrado un guia seguro y austero; pero el pensar contínuamente en Basquine y Bamboche me probaba tus simpatías hácia ellos.

--Y de Basquine, esclamé, no os ha dicho nada?

--Nada.

--Pobrecita! sin duda habrá sido víctima del crimen cuyas huellas encontré.

--Esperemos que no, hijo mio, me dijo Gerard, y luego añadió en seguida:

—Estos han sido los motivos que he tenido para ocultarte mi entrevista con Bamboche; el porvenir dirá si he hecho mal en no insistir en mi determinacion. Unas palabras mas acerca de lo mismo. Si, (lo cual es imposible) te hubiera yo enviado á París sin recurso, sin apoyo y sin una posicion asegurada, Dios me es testigo de que nunca te hubiera enterado de mi entrevista con Bamboche, ni de los medios de poderlo encontrar en París; pero tú vas á esa ciudad con la certeza de ocupar á tu llegada un puesto honroso cerca de una persona honrada. Debo, pues, desechar todo temor, y no arrepentirme de haber tenido entera confianza en tí.

—No, no, amigo mio, no tendreis que arrepentiros de vuestra confianza, le dije tomando el papel plegado que contenia las señas de la habitacion de Bamboche, lo rompí, no del todo, pues lo confieso, una fuerza invencible me detenia, y no tuve el valor suficiente para abrirlo del todo.

Claudio Gerard tenia fijos sus ojos en mí, se sonrió, y me dijo:

—Te comprendo, pobre muchacho, y añadió animándose:

—Vamos, fuera vanos temores, y tengamos mas ánimo uno y otro. Asi como asi, has de renunciar á la esperanza de volver á ver al antiguo compañero de tus desgracias Quién sabe si ha continuado siguiendo la mala vida? Y quién nos asegura que la influencia eficaz de tu amistad no le será provechosa?

Acaso debemos abandonar al amigo á quien está matando la enfermedad? No, no, hijo mio, considerándolo bien, ya no temo esa entrevista. Tú no puedes perder nada, y tu amigo podrá ganar mucho.

Tambien yo abrigué bien pronto el generoso modo de pensar de Claudio Gerard; mis temores deparecieron y renació toda mi resolucion.

--Ahora, repuso Claudio Gerard, despues de guardar silencio bastante rato y con una emocion mar-

cada, ahora, hijo mio, una última palabra acerca de mis intereses personales.

Lo miré admirado, y él prosiguió.

--Tu protector, al mismo tiempo que accede á tenerte á su lado á fin de que desempeñes el trabajo que me tenia destinado, me escribe ofreciéndoseme todavía.

—Esta vez acepto sus ofertas, y en la carta de recomendacion, que aquí tienes, y que pondrás en sus manos á tu llegada á Parìs, le pido un favor, un gran favor.

--Vos, amigo mio?

--Sí, y te ruego que le recuerdes mi súplica, no sea que se olvide de mí, rodeado de tantos negocios como se halla.

—Y cuál es ese favor?

—El pueblo donde voy ahora está situado cerca de una gran ciudad. Es probable que allí tambien haya casa de locos, y en ese caso.

—Comprendo, vuestra pobre loca...

--Sí, miraria como un gran favor que pudiera ser trasladada allí, podria verla, casi tan á menudo como la veia aquí, y mi asistencia le es en la actualidad mas necesaria que nunca.

--Mas necesaria que nunca? Esplicaos, amigo mio.

Claudio Gerard no me respondió; en sus facciones se pintaba una dolorosa afliccion, su frente se puso encendida, y se mostró algo cortado.

--No te he confiado este nuevo pesar, me dijo, porque no puedo pensar en ese acontecimiento sin una mezcla de dolor y espanto; hay cosas tan horribles que al referirlas solamente se siente una gran vergüenza. Pero al participarte ese terrible secreto, comprenderás todavía mejor la importancia del favor que pido para esa infeliz criatura. Ay! me figuraba yo que la mayor desgracia y degradacion humana era el perder el juicio... me equivocaba! añadió Claudio Gerard con terrible sonrisa, sí, lo que le ha sucedido á esa desdichada es una prueba de que me equivocaba.

—Qué decis?

—Escucha, y te convencerás de que todos los horrores que presenciastes en tu niñez en casa de aquellos miserables saltimbanquis no son nada, comparados con esta monstruosidad. Esto sucedió por una fatal coincidencia al dia siguiente en que ví aqui á Bamboche por última vez, pero añadió Claudio Gerard, interrumpiéndose, para hacerte comprender todo el horror de ese misterioso lance, son indispensables algunos pormenores. La casa de locos tiene un gran jardin que limita por un lado las paredes de unas casas, y del otro la huerta de la mejor posada de la ciudad. La infeliz mujer de quien te hablo, á pesar de los grandes pesares que la han vuelto loca, conserva todavía notable hermosura.

Claudio Gerard se cubrió los ojos con las dos manos.

No me atrevía yo á interrumpir su triste silencio, y á poco añadió con agitacion:

—Te decia que era de una belleza notable. Su locura, furiosa en un principio, se ha vuelto tan inofensiva que la dejan en gran libertad. La permitian pasearse en una parte reservada del jardin, que como te acabo de decir, lindaba con una posada. Una noche, y vuelvo á repetirte, que por una fatalidad estraña fué al dia siguiente del en que vino Bamboche por última vez, una noche, pues, la desgraciada, que cuando la dejaban pasear sentia un placer singular, se hallaba en el jardin de la casa de locos.

Claudio Gerard calló otra vez y dijo luego:

—Pues bien; por un misterio oculto hasta la fecha...

No pudo continuar Claudio Gerard.

Entró un chico en nuestra miserable estancia gritando:

—Señor maestro, el carricoche está á la entrada de la aldea, y solo se puede detener cinco minutos pues ha llegado algo tarde y el conductor teme no poder alcanzar á la diligencia en la parada.

—Prefiero eso, dijo bruscamente Glaudio Gerard como si se sintiera aliviado de un gran peso, no sé si hubiera podido concluir, se me destrozaria el corazon,

te escribiré. . . . .

Y Claudio Gerard me abrió los brazos. . . . .

Esta separacion me causó el dolor mas vivo de cuantos he tenido en mi vida.

Y una terrible casualidad contribuyó á hacerme mas amargo ese dolor.

El carricoche que me conducia á la parada donde debia encontrar la diligencia de París, atravesaba en toda su estension el campo de retama hácia donde caia la ventana de Claudio Gerard.

Desde mi asiento vi de lejos al maestro de pié en su ventana, dirigiéndome el último adios con la mano.

No pude contener mis lágrimas, el carruaje dió una vuelta y todo desapareció de mi vista.

Como último padecimiento, el carricoche llegó á la cuestecita que conducia á la cruz de piedra, á cuyo pié habia yo encontrado el chal de Basquine en un charco de sangre.

Al cabo de una hora, llegamos á la parada y tomé la diligencia de París. El protector que debia yo á la paternal bondad de Claudio Gerard, habia pagado mi viaje y hecho los adelantos necesarios para que llegase á París vestido con decencia.

Esta idea de *vivir en Paris*, ambicion de tantas gentes precisadas á vivir en provincia, no me deslumbraba alegremente, como debiera haber sucedido Lejos de eso, al pensar en Claudio Gerard y en el aislamiento en que me iba á ver, produjeron en mí gran tristeza y cierta pena mezclada de temor, en el momento de dirigirme hacia la gran ciudad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

de los capítulos contenidos en este tomo.

MEMORIAS DE MARTIN.

PARTE SEGUNDA.

		Págs.
XIX.	*Gran representacion.*	3
XX.	*Canciones alegres.*	13
XXI.	*La pirámide humana*	23
XXII.	*La evasion.*	33
XXIII.	*El oasis.*	43
XXIV.	*La cancion.*	54
XXV.	*El guarda.*	63
XXVI.	*Los hijos de los ricos.*	74
XXVII.	*Claudio Gerard, el maestro del lugar.*	83
XXVIII.	*Libertad.*	94
XXIX.	*Indecision.*	107
XXX.	*La carta.*	119
XXXI.	*La sepultura.*	134
XXXII.	*La escuela.*	140
XXXIII.	*La nieve.*	151
XXXIV.	*Los aniversarios.*	161
XXXV.	*La despedida.*	171
XXXVI.	*El ministerio.*	179


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DONACIÓN DEL EXCMO.
SR. D. J. F. CAMACHO
1894
MADRID

